

Iris Murdoch

Una derrota
Bastante honrosa

Traducción de

Rafael Vázquez Zamora

PLANETA

CLASICOS CONTEMPORANEOS INTERNACIONALES

Dirección: Ymelda Navajo y Manuel García Piriz

Diseño de colección: Nacho Soriano

Título original: A Fairly Honourable Defeat

© Iris Murdoch 1970

Primera edición: mayo de 1997

Impresión y encuadernación: Cayfosa

Impreso en España

A Janet y Reynolds Stone

Parte 1

Capítulo 1

—Julius King.

—Pronuncias su nombre como si estuvieras meditando sobre él.

—Y eso hago: medito.

—Pues no es un santo. Y, sin embargo...

—¿Se sabe algo de él?

—Que está en Inglaterra.

—Ya lo sé.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Axel.

—No sabía yo que Julius conociera a Axel.

—Eso es característico, tanto de Julius como de Axel.

Hilda y Rupert Foster, que celebraban su vigésimo aniversario de boda bebiéndose una botella de champán bastante seco, estaban sentados al sol de la tarde en el jardín de su casa en Priory Grove, Londres, S.W.10. Hilda, ya un ángel más rechoncho, se echaba hacia atrás blandamente exhibiendo sus relucientes rodillas bajo su corto vestido amarillo anaranjado. Estaba descalza. Su cabello negro y ondulado mostraba algunas vetas grises finas como agujas. Su marido, de gruesa cara de muchacho y al que ella por fin había convencido de que no llevara shorts, estaba sentado con la camisa abierta y tostándose al sol. Con la esperanza

de ponerse moreno, se iba enrojeciendo. Con el paso de los años había ido perdiendo el brillo de su cabello, que se le secaba, aunque lo tenía aún muy rubio. Eran una hermosa pareja. Altruistas, se concedían, sin embargo, prudentes lujos. El último, al que aún no se habían acostumbrado, era una diminuta piscina que ponía un rectángulo de tembloroso azul en medio del jardín en el patio. Estaba cercado el jardín por un viejo muro de ladrillo rojo rematado por un enrejado cubierto de espléndidas flores. El aire estaba denso con los aromas de las rosas y las manzanillas que Hilda quería cultivar por entre las piedras del pavimento.

— ¿Quién te lo dijo? — preguntó Rupert.

— El Evening Standard

— Claro. Supongo que Julius será ya bastante famoso. Y con toda aquella publicidad cuando dejó lo de la guerra biológica.

— ¿En qué trabajaba Julius exactamente?

— En el gas de los nervios. Y en una clase de ántrax que resiste a los antibióticos.

— Todos estabais alabando a Julius por ocuparse de ello, y en cambio a mí me parece que hizo muy mal.

— Hay que estudiarlo para encontrar los antídotos.

— Detesto ese razonamiento. De ello vienen muchos males.

— Esas fronteras de la ciencia suelen ser muy peligrosas, Hilda. Un biólogo puede andar buscando algo que sea muy útil o sólo interesante y acabar descubriendo algo de gran interés militar. Entonces, ya no podrá cambiar de objetivo. De todos modos, siempre será preferible paralizar a la gente de modo temporal que hacerla saltar en pedazos.

— No estoy tan segura. Un biólogo traiciona a la ciencia si se mezcla con la guerra. Y algunas de esas enfermedades no son tan pasajeras como se cree. Prefiero que me hagan pedazos de una vez.

— Pero podrías quedarte mutilada.

—No discutas, Rupert. Hace demasiado calor y no puedo pensar. Pareces tener demasiado interés en defender a Julius.

—No necesita que lo defiendan. Él sigue sus principios.

—A los hombres os parece que eso lo justifica todo. Pero Julius no ha hecho sacrificio alguno. Es un distinguido bioquímico. Puede colocarse muy bien en cualquier sitio del mundo. Y tiene dinero de sobra. A propósito, ¿de dónde ha sacado Julius tanto dinero? ¿Lo heredó?

—Sí. Creo que los suyos eran banqueros. Te acordarás, Hilda, de que en aquel sitio de Carolina del Sur tenía un maravilloso laboratorio y toda clase de medios. ¿Cómo se llama aquello?

—Dibbins College. Lo llevo grabado en el corazón.

—A causa de Morgan.

—Sí. Pero el trabajo aquél lo financiaban los militares, ¿no?

—Desde luego. El laboratorio no sólo se ocupaba de guerra biológica y sé que Julius se interesaba en muchos otros proyectos. Nunca podrá encontrar tan buenas condiciones de trabajo en la vieja y empobrecida Europa.

—Bueno, tampoco ha de quedarse en la vieja Europa, y tan pobre. Le dijo a la prensa que abandonaba su trabajo anterior porque le aburría. No habló de principios. Estos se los han atribuido sus amigos intelectuales de aquí.

—Julius es muy irónico. Sería incapaz de descubrir su alma ante la prensa.

—En fin, me ha gustado que se escudara con eso y estoy convencida de que Julius puede hacer lo que sea si se aburre.

—¿Te refieres a su asunto amoroso con tu querida hermanita?

—No. Pensaba en Morgan. Eso ha debido ser importarte, por lo que sé.

—Para ella sin duda lo fue.

—Sí. Pero no he podido llegar a saber qué sintió Julius. Las cartas de Morgan eran frenéticas pero nada informativas.

—¿Qué ocurrió entre esos dos en Carolina del Sur? ¿Y quién dejó a quién?

—No sé, Rupert. Cuando llegue mi querida hermanita nos lo dirá.

—No sé si Morgan estará enterada de que su antiguo amante estará también en Londres.

—Sí, es raro que vengan los dos hacia aquí al mismo tiempo.

—¿No crees que se hayan citado en Londres?

—No. Morgan daba ya por definitiva la separación. De eso por lo menos no cabe duda. Sospecho que todo aquello pasó hace ya tiempo. No tengo idea de si él sabe que Julius estará por aquí. Un encuentro puede ser de efectos muy desagradables.

—Precisamente cuando uno intenta vencer al otro.

—Es que no sabemos quién desea vencer a quién.

—No hay motivo para que se encuentren, Hilda. Morgan vivirá aquí, supongo. Y si viene Julius, me lo llevaré a mi club. A propósito, ¿sabe Tallis que viene Julius?

—Lo dudo. No tiene contactos con el mundo de Julius. Y no lee los diarios de la tarde; no son lo bastante serios para él. ¿Sabe Tallis que viene Morgan? Eso es lo principal que hay que saber.

—¿No ha dicho Morgan si ella se lo ha comunicado?

—¡Durante todo el año pasado no se ha mencionado el nombre de él!

—Bien, pero creo que Tallis debe saberlo. Después de todo, él y Morgan siguen casados el uno con la otra. Ella es aún Mrs. Tallis Brownie.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es esperar a que llegue Morgan y sepamos lo que ella quiere.

—Quizá vuelva para vivir otra vez con Tallis.

—Si es que él la acepta después de una ausencia de dos años y de una tormentosa pasión amorosa.

—Sabes perfectamente, Hilda, que él la perdonaría.

—¡Oh!, perdonar y hacer como si nada hubiera pasado. Lo que necesita Morgan es que la lleven con mano firme.

—Todas sus cosas las tiene aún en casa de Tallis, ¿no?

—Ya sé. Tallis no me ha dejado que me las lleve.

—¡Supongo que, para él, es todavía aquella la casa de Morgan!

—Patético. Pero me parece una insensatez por su parte

—Y una prueba de sensatez.

—Dando por cierto que desee vuelva ella con él, sí. Todos los manuscritos de ella están allí, aquel libro que estaba escribiendo sobre glossy no sé qué.

—Glosemática.

—¡Vaya palabra! ¡Qué lista tiene que ser Morgan sólo para saber lo que significa eso!

—Bueno, Hilda, creo que debemos adoptar una actitud abierta y si Morgan quiere volver con su marido, debemos ayudarla y animarla. No nos corresponde a nosotros juzgar si sus heridas están curadas o no.

—De acuerdo. Pero no me figuro a Morgan volviendo con su marido después de tanto apasionamiento en Carolina del Sur. Bueno, nunca se sabe. Pero hazme el favor de no decirle ni una palabra de eso a Tallis, Rupert. Después de todo, ni siquiera sabemos si Morgan se propone quedarse en Londres. Quizá venga de paso para algún otro sitio.

—No le sería tan fácil colocarse. A los biólogos los acogen con gran interés en todas partes pero los filólogos de mentalidad filosófica son mucho más difíciles de colocar en el mundo moderno.

—Lo que lo empezó todo fue aquella conferencia de filología en Dibbins, ¿no? Ella conoció a Julius el segundo día. Había ido a pasar quince días y se estuvo dos años. La culpa la tuviste tú.

—Mujer, era natural que le ofreciese al que fue compañero mío de estudios que conociera a mi cuñada y la sacara a ver la ciudad.

—No sé si Tallis querrá ver a Julius. ¿No se han visto nunca, verdad?

—No. No creo que supieran el uno del otro hasta que Morgan se fue con Julius. Pero ¿quieres decir que Tallis debería ver a Julius para hacerle la escena del marido ultrajado? ¡Eso me parecería impropio!

—No, sólo es por curiosidad. Es natural que se quiera ver al hombre que ha destrozado el matrimonio de uno.

—Pero no haces más que decir, Hilda, que Julius no tuvo la culpa. Tu teoría es que de todos modos el matrimonio de Morgan y Tallis estaba naufragando.

—Con lo que tú nunca estuviste de acuerdo. Eres demasiado sentimental respecto a los vínculos matrimoniales, Rupert.

—¿Qué ocurrencia decirme eso precisamente hoy querida!

—Bueno, es por sentimentalismo. Te emociona mucho todo lo que se refiere a las parejas y hay que ser más realistas. Incluso te pones demasiado blando con Axel y Simon.

—Creo que son felices, si te refieres a eso. Y quiero que sigan siéndolo, si eso es lo que me reprochas.

—¿Pero crees que Simon es homosexual?

—Sí.

—Supongo que conocerás bien a tu propio hermano.

—Y también llevo mucho tiempo conociendo a Axel como estudiante y luego colega de ellos en el departamento. Creo que está muy bien.

—¿Cómo conoció Axel a Julius?

—Estudiaron juntos en Oxford. Los tres estábamos allí.

—Tiene gracia; se me había olvidado que Julius estuvo en Oxford. Es tan exótico que no lo sitúa uno allí. Qué reservado Axel al no decir que lo conocía. Supongo que los “raros” siempre son un poco tímidos.

—Querida Hilda, ser homosexual no decide todo el carácter de un hombre, como tampoco lo determina el que sea heterosexual. Lo que le pasa a Axel es que habla poco. Y probablemente no ha surgido ese tema. Axel es muy callado y Simon habla por los codos. Y a propósito, ¿vino hoy Simon a nadar?

—Sí, estuvo chapoteando como un loco poco antes de almorzar. Hablamos un poco. Tiene gracia que la piscina haga venir más aquí a Simon.

—¿Sabía él que les esperamos aquí esta noche?

—Sí, sí. Y ya sabes que siempre vienen tarde.

—Debes recordar preguntarle su consejo para decorar el cuarto de baño.

—Para un especialista en el siglo dieciocho su gusto para los cuartos de baño es bastante malo: Buen Simon, qué caso. ¿Recuerdas qué buena pareja hacían Morgan y él en nuestra boda? Cuesta trabajo creer que han pasado veinte años, Rupert querido.

—Entonces eran niños. ¡Y ya andabas tú haciendo planes para casarlos! Sí. Tu hermano y mi hermana. Hubiera resultado un poquito incestuoso. Pero habría estado bien. Y la verdad es que se tenían mucha simpatía.

—Desde luego, pero recuerdo que más tarde, cuando una vez le pregunté a Morgan de qué habían estado hablando tan íntimamente, me dijo que Simon le estuvo contando sus aventuras homosexuales. Creo que hablaban mucho de sexo. Morgan quería enterarse. Sospecho que lo que a ella le hubiera gustado habría sido ser un chico aventurero en busca de otros en la estación de Picadilly Circus.

—¡Hilda!

—Salva a esa avispa de la piscina, Rupert. Eso es. Me gustaría que los insectos tuvieran más sentido de conservación.

—¿Hemos hecho muy mal empezando a beber champán antes de que lleguen nuestros invitados?

—No. Todo nos está permitido hoy.

—¿No está mal ser tan felices?

—Una aventura no es una desgracia, Hilda.

—¿Estamos muy bien en Sión?

—Somos sionistas naturales.

—¿Y no crees que eso nos hace un poquito egoístas?

—Sí. Pero debemos perdonarnos a nosotros mismos, ¿no crees? Y precisamente hoy.

—De acuerdo, Rupert, es formidable que después de tantos años no necesites a otra persona. La mayoría de los hombres de tu edad van detrás de mujeres más jóvenes. Es estupendo que sigas llevando el anillo de boda y escribiéndome cartas de amor.

—Igualmente formidable es que tú las guardes.

—Sobre todo, siendo mayor que tú.

—Olvidalo, Hilda. En verdad, no lo eres.

—¿Te has acordado de mandarle dinero este mes a Oxfam?

—Sí. ¡Y ya veo la asociación de ideas!

—Sí. Es tonto sentirse tan responsable de nuestra buena suerte, ¿verdad?

—¿Más champán, querida? Cielos, está caliente. Estoy sudando como un cerdo. ¿No crees que bebo demasiado, Hilda?

—Bueno, los dos nos pasamos de la raya y no nos sirve para adelgazar. Yo confiaba en que nadando perderíamos algunos kilos.

—La natación refresca el alma, pero no afecta el tamaño de la cintura. De todos modos, beber me cura el insomnio. Gracias a Dios soy feliz y los insomnios deben de ser el infierno cuando uno es desgraciado.

—Qué día más espléndido hace, Rupert. Me alegro muchísimo de que no fuéramos a Pembrokeshire.

—Pues en el cottage se estaría bien. De todos modos aquí, en nuestro jardín, estamos como en el campo.

—Quizá haya sido una tontería invitar a Simon y Axel esta tarde.

—¿Por qué no? Es un día propio para la familia.

—Pero Axel es tan antifamiliar. Es de esos “raros” que no les gusta que les recuerden las relaciones normales.

—No podría haber invitado a Simon sin él. Están casadísimos.

—A veces creo que Axel detesta ver un matrimonio normal que se lleve muy bien. Le gustaría que todos los hombres abandonaran a sus mujeres.

—¡Qué tontería, Hilda! Él puede considerar estas cosas del modo más convencional y elevado. ¿Recuerdas cuánto le impresionó que Morgan dejase a Tallis?

—Eso fue porque Tallis le es simpático y no puede ver a Morgan.

—Bueno, pero tú le caes bien.

—Ya lo sé. Pero ten en cuenta que a mí también él me resulta simpático. ¿Crees que durará ese ménage?

—¿Por qué no? Dura ya más de tres años. No sé por qué no han de seguir.

—Esas relaciones tan raras no suelen mantenerse.

—Eso se debe sencillamente, Hilda, a que se exponen a más riesgos de índole social. Las relaciones heterosexuales serían igualmente inestables de no ser por la institución del matrimonio y la procreación de los hijos. Pero, si dos personas se avienen bien la una a la otra ¿por qué no han de seguir juntas?

—¿Crees que tú y yo habríamos continuado unidos tantos años si no hubiéramos contado con la bendición de la sociedad?

—Sí, estoy convencido de ello, queridísima esposa. ¿Y tú?

—Sí, yo también, Rupert. ¡Angel! Pero nosotros somos un caso especial, y sobre ello estamos ya de acuerdo: somos tan parecidos en algunos extremos. En cambio, Axel y Simon son tan diferentes. Axel debe de ser un hombre muy difícil para vivir con él. Es tan sombrío y moroso. En cuanto a Simon es demasiado sensible e infantil, demasiado dado al placer. Y no lo digo en mal sentido. Precisamente a todos los maricas les gustan los líos y trastornos. Nunca he conocido a uno que no fuera así.

—Toda frase que empiece diciendo “todos los raros, o todos los maricas” es ya falsa. Es como cuando se dice “todos los hombres casados...”, “todos los hombres casados de más de cuarenta años engañan a sus mujeres”.

—¡Bueno, nosotros sabemos muy bien que eso es falso! Pero estoy segura de que Axel trata mal al otro.

—A alguna gente le gusta que la traten mal.

—Ya lo supongo. Desde luego, Simon es mucho más joven que Axel. Gracias a Dios la relación que tenemos con ellos es democrática. Supongo que todas las noches se pelean.

—No tienes motivos para pensar eso, Hilda. Además, pueden pelearse todas las noches y seguir amándose.

—Gracias a Dios, nosotros no nos peleamos todas las noches. Y si lo hiciéramos yo lo consideraría como prueba de que no nos amábamos.

—Ten en cuenta que hay toda clase de matrimonios.

—Eres irremediabilmente compasivo, Rupert.

—Yo diría que lo que les pasa a esos dos es casi lo contrario. Están tan envueltos el uno en el otro que apenas si pueden ver el mundo exterior.

—¡Hablando de la institución del matrimonio y de la procreación, no creo que nuestro hijo nos honre esta noche con su presencia!

—Naturalmente, se lo he preguntado. Y como es natural, ¿no me ha contestado!

—¿No vendrá?

—No.

—Querido Rupert, ¿vas a escribir otra vez a Cambridge?

—Nada de nuevo hay que decirles. Debo reconocer que han sido muy pacientes con las ocurrencias de Peter.

—¿Tiene mucha importancia que no se haya examinado el primer año?

—No, no mucha, siempre que vuelva en octubre.

—Ya sabe que no le obligarán a estudiar los clásicos. Podría estudiar otra cosa.

—Lo que a él le molesta no son las asignaturas. ¡Es la universidad!

—Habría que pensar que a su edad sería para él, Cambridge, como el cielo. El primer año en la universidad, un chico de diecinueve años rodeado de amigos...

—No ha tenido tantos amigos, Hilda. Creo que ahora los jóvenes no se hacen amigos como en nuestros tiempos. La amistad está pasada de moda. Cuando tenía la edad de Peter y estaba en Oxford tenía los amigos a centenares.

—Y aún conservas a la mayoría de ellos, ya lo sé. Si por lo menos tuviese nuestro hijo alguna amiguita. ¡Espero que no saldrá a su tío! ¿Por qué no le habrá ido bien Cambridge a Peter? Bueno, esa pregunta nos la hemos hecho muchísimas veces.

—No creo que haya sido nada específico. Sólo una visión completamente distinta del mundo y que ni tú ni yo podemos imaginar, aunque empecemos a imaginárnosla.

—Yo es que no entiendo a estos jóvenes de ahora. No puedo ver que haya mérito en apartarse de la gente, ¿verdad?

—Tienen un sentido más agudo del que nosotros teníamos para darse cuenta de lo que está podrido en la sociedad.

—Los jóvenes siempre han tenido ese sentido. Pero no solía afectarles a su *joie de vivre*. En esas edades nosotros rechazábamos también a la sociedad, pero eso no nos impedía ir a los bailes.

—La verdad, Hilda, es que no la rechazábamos. Y a veces la *joie de vivre* trae consigo irresponsabilidad y compromisos. Estos chicos de ahora quieren protestar contra una sociedad que les parece mala en su mayor parte. Debes recordar, Hilda, que Peter pertenece a la primera generación que puede enfrentarse con el final de la raza humana. Y es de la primera generación que crece sin Dios en absoluto.

—También nosotros no creíamos a veces en Dios. Lo cual no nos ponía en contra de toda la creación.

—No. Cuando nosotros éramos jóvenes, Dios andaba siempre cerca. Ahora es diferente.

—Pues que se hagan del Partido comunista. Quedarse fuera de todo, así en el aire, es un cinismo.

—No, no. El cinismo es un vicio auténtico. Es el vicio de nuestra época y puede acabar con todos nosotros. Lo que consume a estos jóvenes es una especie de amor incoherente...

—A veces dices cosas absurdas, Rupert, querido mío, pero me encanta oírte de todos modos. Habría preferido que Peter no fuera con Tallis que también está, en cierto modo, fuera de la sociedad.

—¡Vamos, vamos, Hilda!, también estoy yo de acuerdo que haya sido un error dejar ir a Peter a Notting Hill. Creía yo que pudiera sacar de allí algún sentido de la realidad. Ya sabes, después de que nuestras relaciones con él se hicieron tan... por lo menos, las mías...

—Desde luego, Peter ha tenido muchas ganas de apartarse de nosotros.

—Y por eso ha sido preferible dejarlo con Tallis, que solo.

—Ya sé y tengo mucho miedo de que empiece a tomar drogas. Él quería quedarse con Tallis y eso nos hizo pensar que quisiera hacer algo.

—Tallis, por su parte, creyó que podría ayudarle.

—Eso es lo malo. El pobre Tallis suele creer que puede ayudar a la gente pero, en verdad, es incompetente sin remedio. Y aquella casa, Rupert. Nunca la limpian. Está siempre llena de porquería. Huele como el parque zoológico. No me sorprendería que hubiera piojos, aunque Tallis ni siquiera se daría cuenta. Peter necesita disciplina y orden. Vivir entre aquella porquería no puede ser bueno para su mente.

—Exageras, Hilda. Cuando Tallis y Morgan vivían en Putney, su casa, lo recuerdo muy bien, era un desastre.

—Eso me parecía muy mala señal. Cuando la gente se quiere, tienen sus cosas en orden y limpias.

—Eso es absurdo. Y, seguramente, no había duda de que se querían.

—Quizá. Pero yo nunca tuve seguridad de ello. Bueno, admitamos que se querían, pero eran unos inútiles.

—Si por lo menos hubieran tenido un hijo.

—Dudo mucho de que Morgan lo quisiera tener. Quería estar libre para poder huir llegado el momento. Desde luego, Tallis es un hombre rarísimo. Probablemente, perder a su hermana gemela a los catorce años le trastornó para toda su vida.

—Creo que Tallis es uno de los hombres más cuerdos que conozco.

—Me estaba figurando que ibas a decir eso, querido. Yo estaba segura de que ese matrimonio no seguiría bien.

—Pero no debiste decirlo con tanta frecuencia. A veces no se perdona al profeta.

—Morgan lo perdonaría todo. Yo a ella, en cambio, no le perdonaría nada.

—Ya lo sé. Estáis muy unidas.

—Sí. Quizá mucho más de lo que tú te habías dado cuenta hasta ahora.

—¡Me pones celoso!

—No seas tonto, amor mío.

—¿Acaso no eres demasiado posesiva con tu hermana menor?

—Desde luego. Nunca me había parecido nadie bastante bueno para Morgan.

—Claro, el hecho de que tú seas guapa y ella no...

—Eso nada tiene que ver. Morgan tiene una cara interesante. Y es listísima. Se podría haber casado con quien hubiera querido. En cierto modo, Tallis era el último a quien podía haber escogido. Necesitaba a alguien con más dignidad que él.

—O quizás uno de esos matones.

—No, no, Rupert, Morgan es también una demócrata. Si Tallis hubiera logrado un buen trabajo, por ejemplo, el de profesor universitario, podría..., si se lo hubiese propuesto...

—Pero no llegó, y...

—¡Oh, los que tú consideras superiores! Tallis es un buen intelectual que se respeta a sí mismo o lo sería a poco que se lo propusiera ¿Qué ha sido de ese libro sobre Marx y Tocqueville que estaba escribiendo?

—Creo que abandonó ese proyecto.

—Eso es, que sus actividades son todas de aficionado, inconexas. Muchos intentos para no llevar nada a efecto. Siempre hubo debilidad en lo que se propuso. Y me gustaría que se portase más normalmente con Morgan.

—¿Quieres decir que estuviera más celoso?

—Sí. Y no me digas que es más noble vencer los celos.

—Estaba a punto de decirlo.

—No se puede traicionar a la naturaleza; no se puede traicionar a la biología.

—A mí, personalmente, me atrae mucho la magnanimidad. Pero en realidad, mi querida Hilda, no podemos saber hasta qué punto siente celos Tallis o no los siente. ¿Es que nos lo va a decir a nosotros?

—Ya, ya. Pero le falta empuje. Y es muy confuso.

—Lo que me parece es que está cansadísimo.

—¿Cansado? Claro que lo está. Toma sobre sí demasiado y es lógico que se canse y harte. Desde que Morgan lo dejó se ha ido destrozando. Se ha inutilizado.

—Para los que ante todo trabajamos, puede ser muy difícil figurarse cómo reacciona una persona así. ¡Pero creo, guapa, que eres demasiado implacable con la gente que no reacciona enérgicamente!

—Es que, para mí, una razonable dosis de eficacia es un aspecto de la moral. Hay una especie de ordenada vida completa y un uso inteligente del talento de uno que viene a ser la característica de un hombre. Y en estos momentos viene a ser Tallis un ejemplo muy peligroso para Peter. Parece que Tallis nunca sabe lo que puede resolver y lo que no puede. Por ejemplo, es una locura que su viejo papá viva con él. Y lo mismo lo de querer tomar a su cargo a Peter. ¿Sabes que Tallis le llama a Leonard “papaíto”? Un hombre mayor que le llama a su padre “papaíto” es un atrasado.

—¿Por qué va a serlo, Hilda?

—No seas tan revolucionario, Rupert. “Sí, papaíto.... como quieras papi.” No digo que esté mal, pero es un síntoma de total ineficacia. Ya sabes que Leonard nada tiene de tonto, aunque también sea bastante raro en algún aspecto. Creo que me llevo con Leonard mejor ahora que con Tallis.

—A Leonard le es muy simpática Morgan.

—Sí. Debe de haber sentido mucho que el matrimonio se haya separado. He pensado ir mañana a verlo. ¿Tienes algunas cajas de fósforos para Leonard?

—Ya miraré. ¿Qué vas a decirle a Peter?

—Nada especial. Nada puedo hacer con Peter, querido. Ya sabes cómo es. Nos emocionamos los dos y luego Peter se encierra en su horrible insensibilidad. ¡Dios mío!

—La culpa me la echo yo.

—¿Por qué? ¿Qué hemos hecho nosotros contra Peter? Tienes que volverlo a ver pronto, Rupert, debes de hacerlo.

—Cuando vea a Peter estaré interpretando el papel de padre severo. Y no es que lo sienta, es una actitud mecánica.

—Ya lo sé. Temo que tanto tú como yo tomemos una actitud mecánica respecto a Peter. Creímos que si Cambridge le parecía demasiado lujoso se pondría automáticamente a ayudar a Tallis con sus jamaicanos. ¡Pero tampoco parece gustarle eso!

—Si por lo menos le gustara irse al extranjero. Cuando yo tenía su edad...

—Sí, sí, ya supongo que Tallis no tendría nada nuevo que decirte cuando le viste la última vez. Nunca se le ocurre nada.

—¿Que si me dijo algo de Peter? Pues me hizo una observación bastante crítica. Me dijo que Peter no era lo bastante fuerte ni en mi frente ni en el tuyo.

—¿Y qué demonios significa eso? ¿No querrá decir que Peter robe cosas?

—No seguí con ese tema. Me pasé media hora bastante sombría con el chico. Y en la puerta chillaban varios niños negros.

—¡Querido, sospecho que Tallis te irrita tanto como a mí!

—Carece de sentido de la vida privada.

—De todos modos, Tallis siempre exagera. Le gusta que todo sea horrible.

—Es la característica de un hombre desgraciado.

—Rupert, creo que deberíamos invitar aquí a Tallis, discutirlo todo con él y trazar un plan completamente nuevo. Pero maldita sea, no podremos si tenemos aquí a Morgan.

—Temo que Tallis haya perdido contacto en lo que se refiere a Peter. Solía tener alguna autoridad sobre él, pero ya no la tiene.

—Sí, todo va a parar contra él y ojalá alguien pueda convencer a Peter de que vuelva a Cambridge en octubre.

—Creo que quizá si hablásemos con Axel...

—Sí, ya he pensado en eso, pero sospecho que Peter se ha alejado de Axel. Antes solía estar muy bien con él, pero recientemente..., y ya sabes que Peter nunca se ha llevado bien con Simon.

—Ambas cosas pueden relacionarse. Aún tenemos mucho tiempo y el colegio se está portando muy bien.

—Ya sé que no tenemos que inquietarnos demasiado. Y me pregunto si Morgan podría ayudar a Peter.

—Solía quererla mucho y la admira, lo que es importante para Peter.

—Desde luego ha crecido mucho desde que vio por última vez a tía Morgan.

—Pero es que Morgan puede necesitar que la ayuden.

—Lo sé, Rupert. Me parece que todo esto ha venido a ser como un naufragio. Morgan atesora su propia estimación. Y debe de haberse llevado un buen golpe en ella. ¿Cómo es esa frase latina que tú estás siempre citando? ¿Algo de dilig...?

—*Dilige et fac quod vis*. Ama y haz lo que quieras.

—Sí, creo que Morgan cree poder vivir según esa norma. Y le ha resultado un lío.

—Dudo de que un ser humano pueda atenerse a eso. El que no sea posible es una característica de esta selva.

—¿Selva?

—Me refiero a la existencia humana.

—¿Por qué estás citando siempre eso, si de nada sirve?

—Es que resulta una idea atractiva.

—¡Bah! Pues sí, creo que Morgan necesitará ayuda y no sólo de mí. Todos debemos apoyarla. Después de todo, os tiene mucha simpatía a ti y a Simon. Debemos todos echarle una mano.

—¿Cuándo llega Morgan de América? ¿Vendrá por barco, no?

—Sí, tardará por lo menos otros diez días. No ha dicho la fecha exacta.

—Quizá por entonces se haya marchado Julius.

—Pues no estaría mal... No sé si Morgan le habrá escrito a Peter.

—Habríamos leído la carta.

—No, si es que ella ha escrito al colegio.

—¿Quieres decir que, en tal caso, Peter le habrá dicho a Tallis que viene ella?

—Dudo de que le haya escrito. Ha estado tan deprimida últimamente. Es probable que haya olvidado la existencia de Peter. De todos modos, haría por hablar con él cuando venga. Por lo menos, ella es una intelectual, no una como yo.

—No seas tonta, Hilda. También tú eres una intelectual, por supuesto. Tú...

—¡Nada puede haber más tonto que discutir en nuestro veinte aniversario de boda sobre si soy una intelectual! De lo que no cabe duda es de que no soy una de tus bien entrenadas mentalidades.

—Podías haberlo sido, pero la culpa la tengo yo por haberte interrumpido tan pronto. Pero ¿verdad que no echas de menos, guapa, no haber pasado por la universidad? Sabes muy bien que eso no tiene importancia.

—Sí, es importante que Tallis haya tenido un título. Lo estás diciendo una vez al mes, por lo menos. En fin, sólo te digo eso para hacerte rabiar. No me iría ser universitaria. Morgan, en cambio, es una intelectual hasta los huesos. Bien sabes que el ser ella más lista que Tallis ha

sido la causa de que el matrimonio no vaya bien. Tallis es un hombre sin ideas, mientras que Morgan vive de ellas. No es extraño que Julius tuviese para ella un atractivo tan grande.

—Sí. Era inevitable que la deslumbrase la inteligencia de Julius. Temo que tu hermana es un poco snob de la listeza.

—¿Por qué sólo? Se trata de valores ajenos a la inteligencia, en cierto modo, es como la potencia sexual. Debo reconocer que Julius es muy atractivo con su aspecto sombrío y bello de judío. En cambio, Tallis es un lamentable hombrecillo.

—¡Qué cosas dices, Hilda!

—Supongo que Julius nos visitará. Quiero decir que no se creará persona non grata aquí después de lo de Morgan.

—Creo que vendrá. Julius es muy buen cumplidor.

—He de confesar que me interesa ver cómo llevará Julius este asunto. No es que le conozca mucho, pues él más bien es amigo tuyo. Pero resulta una persona muy interesante.

—También yo tengo curiosidad. Pero estoy seguro de que no habrá falsas disculpas. Por listo que sea Julius, también es sincero y, en cierto modo, sencillo.

—Qué lástima que Julius y Morgan no se hubieran conocido hace años.

—Pues se conocieron y la cosa no parece haber dado buen resultado.

—Ya veremos, ya veremos. Dame más champán, ¿quieres?, cariño. ¿Y ladeas un poco más la sombrilla? Rupert si viniera Peter, si apareciese ahora por esa puerta, yo sería feliz. Y, en todo lo que se refiere a ti, lo soy de sobra. Pero ese otro asunto es como una nube en el horizonte. No puedo evitar preocuparme de que Peter tenga ese estado de ánimo.

—Sí, querida, creo que no es más que un estado de ánimo y por eso se le pasará.

—Ojalá tengas razón. Si pudiéramos romper el mecanismo..., si pudiera yo dejar de ser la madre emotiva y tú el padre severo.

—Estoy seguro de que al final se impondrá el amor, Hilda. Hay veces en que uno tiene que seguir amando a alguien sin esperanza. Cuando el amor sólo es esperanza y fe en su

forma más pura, entonces el amor se convierte en casi impersonal y pierde todo su atractivo y su capacidad de consuelo. Pero es entonces cuando ejerce su mayor fuerza. Sí, entonces es cuando puede redimir. El amor tiene su propia astucia por encima de nuestros engaños conscientes. Peter está difícil pero sabe que tiene un hogar en nuestro amor. Probablemente cuenta con esto mas de lo que cree.

—*Amor vincit omnia*. Esa es una de las frases que sé.

—En cierto sentido es cierto. Es decir, cuando se llega al final.

—Eres una persona muy sabia, Rupert. Tienes gran sabiduría instintiva y mucha bondad de corazón. A veces me preocupa que pongas todo eso en un libro; ya entenderás por qué te lo digo.

—¡Crees que puedo perjudicar a mis excelentes instintos analizándolos! Pero en ese libro no hablo de mí mismo. Es un libro sobre la verdadera virtud, no acerca del instinto.

—Creo que tienes auténtica virtud. Desde luego. Creo que la verdadera virtud sólo aparece instintivamente en personas como tú. Está relacionado con el corazón, las responsabilidades naturales y los auténticos afectos. Todo lo demás es frío, abstracto; sólo filosofía.

—Pues mi libro no es de filosofía, Hilda. Soy un funcionario, no un filósofo, propiamente dicho. Sólo un metafísico de domingos.

—Pues a mí me parece filosofía.

—¡Si lo fuera, no lo comprenderías!

—¡Y no lo comprendo! No estoy contra tu libro, querido. Pero me gustaría que lo hubieses acabado ya. Ya sé que lo echarías de menos. Pero me preocupa que se pudiera quemar o perder o algo así. Son ocho años de trabajo. Tantísimas páginas estupendas de escritura menuda y ni siquiera has hecho una copia.

—Ya casi lo tengo terminado. Y cuando llegue al final, lo celebraremos. Entonces me lo copiarás a máquina y ya no tendrás que preocuparte.

—¡Te hará famoso, Rupert!

—Temo que no, cariño. ¿Quieres que sea famoso? Hilda, no te molestaría que rechazara aquel título, ¿verdad?

—No, eso es diferente. Aunque “Lady Foster” habría sonado muy bien. Me habría hecho unas tarjetas rosas impresas con las palabras De lady Foster. No, no amor mío, debes siempre hacer lo que creas mejor. O lo que yo llamo tu instinto. Confío plenamente en tu absoluta rectitud. Que Dios te bendiga, querido. Desde ahora y durante los próximos y felices veinte años.

Capítulo 2

—Julius King.

—¡Oh!

—¿Qué quieres decir con ¡Oh!?

—Pues sólo eso: “¡Oh!”.

—Pareces fastidiado.

—Pues no lo estoy.

—Quizá deberías estarlo.

—Déjate de tonterías, Axel.

—¡Te irritas en seguida, Simon!

Axel estaba bordeando Cromwell Road, con sus luces azules en la hora de mayor tráfico, en el Hillman Minx. Para Simon era un misterio, él que no sabía conducir, cómo tantos coches podían amontonarse unos detrás de otros sin rozarse siquiera. Simon, aunque era tan esbelto y grácil y mañoso en la casa, tenía cierta inclinación a los accidentes y Axel no lo dejaba aprender a conducir. Simon fingía ofenderse por esta prohibición, lo cual podía serle útil a veces para que Axel tuviera la impresión de deberle algo. En verdad, ser conducido por Axel

era una fuente inagotable de éxtasis. Y Simon lo sentía ahora al extender un brazo por la espalda de su amigo tocándole con la tela de la manga el cuello de la chaqueta de Axel.

—¿Cuándo llega Julius?

—Ha llegado ya.

—No me lo dijiste.

—Si me he enterado esta mañana, Simon. Me mandó una carta a la oficina.

—¿Por qué a la oficina?

—Porque no sabía mi dirección, tonto.

—¡Ah!

Simon y Axel habían vivido en el pisito de Axel en Bayswater durante los primeros dos años de su liaison. Hacía un año que habían comprado la casa en Barons Court. Simon seguía disfrutando al dedicarse a la decoración interior.

A Axel, en cambio, le era indiferente el aspecto de donde vivían. Para Simon la compra de la casa tuvo gran significado. Axel nunca había manifestado creer en que durarían sus relaciones mucho tiempo. Por lo menos, se negaba a predecir el futuro de ambos.

—¿Cuándo viste a Julius por última vez, Axel?

—Hace ya cerca de cuatro años. Antes de que se fuera a Carolina del Sur. Y un poco antes de mi trascendental encuentro contigo en Atenas, querido. ¿Cuándo le viste por última vez?

—Hace muchísimo tiempo. Por lo menos seis años. Le conocí en casa de Rupert. Pero, la verdad, a Julius nunca le conocí de verdad. Nunca me ha hecho caso.

—¡Bueno, lo dices como ofendido!

—No me siento ofendido. Él era amigo de Rupert. Tiene gracia, nunca nos ha visto juntos a los dos.

Axel había sido colega de Rupert como funcionario. Era un hombre listo y silencioso. Por medio de Rupert, Simon había conocido a Axel durante algún tiempo, sin tener ni la menor idea de que era homosexual. Simon sospechaba que tampoco lo sabía Rupert. Y también creía que Rupert veía con malos ojos que su antiguo amigo y colega se aficionara a su hermano menor. Pero desde luego ya no podía hablar de Axel con Rupert. Axel había tenido relaciones amorosas con hombres cuando era estudiante y vivió algún tiempo con un dentista que después emigró a Nueva Zelanda. Cuando ocurrió el accidental y revelador encuentro de Atenas, llevaba Axel viviendo solo varios años y, como le dijo a Simon, se había resignado ya a seguir siendo un solitario toda su vida. Axel nunca cazaba. Una vez le dijo a Simon, con lo cual alegró la vida de éste durante muchos días: “Fuiste una suerte fantástica para mí, corderito”.

—Otra vez vamos tarde, Axel. Cuando vamos a casa de Rupert, siempre te las arreglas para que lleguemos tarde.

Me parece que lo haces a propósito.

—Es posible que sí, chiquitín.

Simon sabía que Axel tenía la impresión de que Rupert hacía mal en invitarles a un aniversario de boda. Pero nada hablaron de eso. Rupert y Axel seguían siendo muy buenos amigos. Simon, aunque le tenía mucho cariño a su hermano mayor, veía cierto peligro en esta amistad, lo mismo que le había parecido amenazadora la unión de Rupert y su padre, aunque dedicaran tanta atención al bienestar de él. Había querido mucho a su madre, que fue actriz, y murió teniendo él diez años. El hermano mayor y el padre le habían cuidado mucho a él. Simon lo agradecía, pero se sentía oprimido. El padre murió teniendo Simon veinte años y Rupert siguió siendo instintivamente paternal con su hermano.

—Invitemos a Julius a cenar —dijo Simon.

Esta ocurrencia, que sorprendió al mismo Simon, fue el rápido resultado de una asociación de ideas: Julius y Axel comiendo juntos. Simon era un buen cocinero. Le gustaba invitar a la gente a comer en su casa. Le enorgullecía su *ménage* con Axel y le agradaba mucho que los vieran felices sus amistades selectas.

—Como quieras. Elige la fecha y le haré llegar a Julius nuestra invitación.

— ¿Dónde se va a alojar Julius?

— En el Hotel Hilton. Pero está buscando un piso.

— Vaya. ¿Piensa quedarse mucho tiempo?

— Sí.

Al principio de sus relaciones, Simon le había dado a Axel una conferencia sobre los celos. “Debemos confiar el uno en el otro y no ser celosos.” Simon movía la cabeza afirmativamente, pero no podía controlar sus sentimientos por actos de voluntad, como era incapaz de dominar una reacción de sus intestinos. Cuando otro hombre se acercaba a Axel, los celos le hacían daño a Simon. Y lo curioso era que, por naturaleza, Axel era muy celoso, lo que quizá daba mayor valor a las advertencias que le hacía al otro acerca de ese asunto.

— ¿Cómo te ha ido en el museo, muchachito?

— Como siempre, más o menos. Sigue el enfado con V. y A. ¿Y en la oficina, qué tal?

— Aburrido. La reunión para el balance de cuentas parecía no ir a terminar nunca. Es lástima que Rupert no siga de presidente.

Axel le había explicado varias veces a Simon qué era el balance de cuentas, pero éste nunca lo entendió. Y no le parecía oportuno pedir más aclaraciones.

— ¿Has nadado hoy?

— Sí. fue maravilloso.

— Eres un gran aficionado. ¿Viste a Hilda?

— Sí, Axel; vuelve Morgan.

— ¿De verdad? ¿Cuándo?

— Muy prontito, dentro de diez días. ¿Sabrá ella que Julius está en Londres?

— Supongo que vivirá con Rupert y Hilda.

—Yo también lo creo. A propósito, Hilda dijo que no le dijéramos a Tallis que viene Morgan.

—¿Y por qué no?

—Es que a Morgan puede no gustarle ver a Tallis y para qué disgustar a éste.

—No me gustan esos subterfugios.

Otro tema sobre el cual había aleccionado Axel a Simon cuando empezaba el amor de ambos, fue el de la veracidad. “No me digas mentiras, aunque sean triviales, y no me ocultes cosas. En el amor no debe haber miedo.” A Simon le había resultado eso muy difícil de seguir. Llegó a la conclusión de que debía de tener un temperamento excepcionalmente evasivo. Ahora que había empezado a darse cuenta de ello, reconocía su tendencia a decir mentirijillas casi sin importancia y a “adornar” cuanto decía. Se lo confesó a Axel y éste lo recompensó con un insólito despliegue de afecto. Disminuyó el número de mentiras y eran casi siempre insignificantes. Sin embargo, persistió la tendencia. Axel, por su parte, era muy verídico. Y quizás el haberse dado cuenta, al principio, de la inclinación de Simon a los embustes fue lo que le hizo hablarle tan seriamente sobre el tema.

—Creo un error ocultarle eso a Tallis —dijo Axel.

—Bueno, pues habla de eso con Hilda. —“Espero que no va a ser una de esas tardes”, pensó Simon. “Porque Axel se pone muy agresivo.” Y añadió —: Invitemos pronto a Tallis. Hace muchísimo tiempo que no va por casa.

—De pronto quieres ver a Tallis porque te interesa.

—Qué cosas se te ocurren, ¡Ay, Axel! Es que nunca quieres ver a la gente cuando tienen conflictos.

—Los intereses de uno siempre son bajos.

—Ya sabes que le tengo aprecio a Tallis; ambos se lo tenemos. ¿Y qué hay de malo en interesarse por las personas?

—Cualquier preocupación que sintamos por estos asuntos resultará vulgar. Creo que ser preferible que dejemos tranquilo por ahora a Tallis. No podemos ayudarle. Sólo seríamos para él turistas.

—¿Crees que lo está pasando mal?

—Sí. ¿No lo crees tú?

—No sé —dijo Simon. Le había impresionado la noticia del regreso inminente de Morgan. Le alteró mucho la noticia de que ella se hubiera casado con Tallis, aunque tenía mucho afecto a éste y, por supuesto, no había deseado en absoluto casarse él con Morgan. Ella, un año mayor que Simon, había sido siempre para él como una deliciosa hermana. Se acostó con ella una noche, cuando ya tenía él veintiún años y experiencia homosexual, mientras que ella, con veintidós, era ya una experimentada heterosexual. Sin embargo, a pesar de cuanto hizo Morgan para animarlo, nada pasó. Y aquel fue el único experimento de Simon con el otro sexo. Y en cierto modo le pesaba en la conciencia no habérselo contado a Axel, el cual nunca se había acostado con una mujer.

—¿No crees que Morgan volverá con Tallis? —preguntó Simon.

—No, no lo creo. Pero no es asunto nuestro. —Axel era puritano en cuanto a las murmuraciones. No sabía Simon lo que sentía el otro de que Morgan pudiera volver con Tallis. Suponía que deseaba ocurriera para que Tallis fuese feliz y al dar él por cierto que Tallis deseaba el regreso de ella. Tallis nunca sería vengativo. De todos modos, ¿no sería más digno, en cuanto a Morgan, no volver con su marido? A Simon le interesaba que Morgan conservase su dignidad. Volver, en lo que se refería a Morgan, le sonaba a Simon a penitencia, humildad, perdón, cosas que le hacían temblar levemente, aunque en sus propias relaciones con Axel fueran aspectos de la vida sexual. A Simon le había impresionado que Morgan se quedase en Carolina del Sur y sus relaciones con Julius. La verdad es que Morgan era una fuente de grandes trastornos.

—Supongo que Tallis quiere que vuelva Morgan con él —dijo Simon.

—No tenemos pruebas en uno ni en otro sentido.

—Pero dudo de que ella desee volver con él y dudo de que saliera bien si lo hiciese.

—Es probable que Tallis se encuentre más a gusto solo —dijo Axel—. Es por naturaleza un solitario. Me sorprendió que se casara y precisamente con Morgan.

—Creo que Morgan es tremendamente atractiva —dijo Simon y luego deseó no haberlo dicho.

—Morgan tiene buena intención, pero es muy tonta. Hilda es un ser más racional, aunque como tantas mujeres haya preferido el matrimonio al desarrollo de su mente. Morgan es un peso pluma.

A Simon no le importaba la división que solía establecer Axel de la humanidad en peso pluma o ligeros y pesos pesados. Tenía una noción demasiado clara de a qué categoría podía decirse que pertenecía él. Nunca podría entender la hostilidad de Axel contra Morgan. Ultimamente había llegado a sospechar que el antiguo y profundo afecto de Axel por Julius había sido herido por la unión de éste con Morgan. Simon era demasiado desconfiado para creerse que a Axel le era antipática porque él la quisiera. Sin embargo, ése era en realidad el origen de la antipatía.

—Supongo que Julius y Morgan se han separado por completo —dijo Simon—. Hilda parece creer que, por lo menos, eso es seguro.

—No tengo ni la menor idea.

—Bueno, supongo que lo sabremos pronto. Será estupendo ver de nuevo a Julius, y tan pronto.— “¡Qué embustero soy!”, pensó Simon.

—Me alegro de que Julius haya dejado eso de la guerra con gérmenes —dijo Axel—. Ya estaba yo seguro de que lo dejaría. Y debo decirte que tengo ganas de verlo. Julius tiene estilo. Es la clase de hombre que puede llevar un monóculo con naturalidad.

—A él le va bien todo.

—Es muy ameno.

—¿Más que yo?

—¿Por qué tienes que referirte en seguida a ti? No son cuestiones personales.

—Esto es personal.

—No tienes por qué decirme esas cosas para divertirme, Simon. Sabes muy bien que te quiero.

—Gracias. —Simon le apretó un brazo levemente contra la espalda. Ese contacto que había tratado de evitar, alegró mucho al otro.

—Siempre he temido un poco a Julius, ésa es la verdad —dijo Simon. Así estaba mejor, pues era algo más cerca de la verdad, una manera de mitigar la mentira que había dicho.

—A veces resulta alarmante.

—En efecto, no querría uno tenerlo como enemigo.

—Cierto. Pero nunca ser nuestro enemigo, de modo que no nos preocupemos.

—Recuerdo que alguien dijo que era un poco implacable y cínico. —“Voy demasiado lejos —pensó Simon—. Y en realidad nunca he oído a nadie decir eso. Son mis propias impresiones.”

—No es cínico —dijo Axel—. Lo parece a veces porque es muy honrado. Dostoievsky dice que la pura verdad es tan poco plausible que la mayoría de la gente la mezcla por instinto con un poco de falsedad. Y Julius no es de esos. En cuanto a lo de ser implacable, un hombre de principios puede parecérselo a los mortales corrientes. Julius no es hombre de compromiso.

“Pues yo sí lo soy”, pensó Simon.

—Sí, ya comprendo lo que quieres decir.

—Julius no se anda con tonterías en cuanto a sí mismo.

“Yo, en cambio, soy un hombre con mucha tontería —pensó Simon—. En realidad, vivo en ese elemento: la tontería.”

—Sí, desde luego.

“Julius puede leer todas tus cartas si le dejas solo en tu piso, pero después te lo confesará. Aunque sea rudo, hay algo en él moralmente atractivo. Estoy seguro de que yo tengo muchos atractivos —pensó Simon—, pero dudo de que uno de ellos sea el moral.”

—Me doy cuenta de ello. Julius es guapísimo, ¿no crees?

—Sí. Es muy raro que un judío sea tan rubio. Claro que es sefardita.

—Había olvidado por completo que era judío. —ésa era otra razón, pues a Axel le caían muy bien los judíos.

—Julius carece casi por completo de vanidad —dijo Axel—. Y eso es raro.

—Siempre me ha parecido más bien orgulloso —dijo Simon. Pensar en Julius le hacía recordar que éste le ignoraba.

—He dicho vanidad —dijo Axel—. No orgullo. Son conceptos diferentes.

Axel, que como Rupert había estudiado filosofía en Oxford, era aficionado a discutir las palabras. Cuando hablaba de esas cosas con otros que habían estudiado en Oxford ponía nervioso a Simon, que había estudiado historia del arte en Courtauld. Pero incluso acerca del arte le contradecía con frecuencia Axel. Y muchas veces llevaba éste razón.

—No sé si Julius irá a ver a Rupert —dijo Simon—, o si se quedará por ahí.

—Claro que visitará a Rupert.

—Entonces puede encontrarse con Morgan.

—Eso no es asunto nuestro —dijo Axel, impulsando rápidamente el Hillman Minx para llegar antes de que cambiaran las luces.

—Vaya, llegamos tarde, Axel.

—Ellos estarán muy entretenidos bebiendo. Y a propósito, no se te ocurra que nos estemos allí demasiado tiempo. La última vez no pude arrancarte de allí. Recuerda la señal. En cuanto yo empiece a pasarme los dedos por la solapa, empiezas tú a presentar disculpas porque tenemos que irnos.

—¡Bueno, no lo hagas demasiado pronto!

—Ya sabes que me fastidia mucho empezar a beber tan temprano por la tarde.

Para Simon no era nunca temprano para comenzar a beber.

—Muy bien.

—Rupert bebe demasiado —dijo Axel.

—Yo no lo creo así. —Axel había intentado algunas veces reducirle a Simon la ración de alcohol. Simon, muy aficionado a beber, hacía todo lo posible por evitar choques en cuanto a eso.

—Sí —dijo Axel—. Rupert es tan intelectual que se le olvida a uno lo inestable que es.

—Yo no llamaría nunca a Rupert inestable.

—Es muy emotivo. Su racionalidad es superficial. Por otra parte, tiene muy buena suerte.

—¿Quieres decir que no ha pasado por pruebas? Pero es tan intelectual, Axel. Ese libro sobre filosofía...

—Ya veremos lo de ese libro que se supone ser de filosofía. Sospecho que resultará farragoso de emociones.

—No fastidies a Rupert hablando de eso, Axel.

—Estás en todo, chiquillo, y has tenido un buen detalle al acordarte de comprarle flores a Hilda, aunque creo que el ramo es absurdamente grande.

—Es que lo he comprado así a propósito.

—Bueno, siempre resultará bien si se lo entregas con algunas palabritas bien elegidas. ¡No hagas eso, Simon, maldita sea, ya te lo he advertido antes!

Simon había ladeado el espejo para que reflejase su cara.

—Lo lamento.

Lo que Simon veía en el espejo era una cara delgada de joven con nariz puntiaguda y un prominente labio inferior, y ojos oscuros e inquietos. Mucho pelo, levemente rizado, de un tono más oscuro que el de Rupert y considerablemente más largo. Una delicada cabeza de dandy. La semejanza de los dos hermanos radicaba más en la expresión que en los rasgos: una mirada suave de Rupert, y desconfiada en la de Simon. Axel, cuyo aspecto podía ver Simon ahora en el espejo desviado, era moreno, aunque su apellido era Nilson y sus antepasados eran suecos. El cabello de Axel era liso y del color de la buena tierra oscura, también bastante largo. Tenía las cejas abundantes y los ojos de un curioso color gris azulado claro. La boca, aunque no exageradamente fina, era recta y de expresión dura. Algunos consideraban que el gesto de Axel era duro y de superioridad. A Simon le parecía bellamente austero. Adoraba los rasgos de ascetismo en un individuo a quien, en lo que se refería al amor, nada le era negado.

—Por Dios, Simon, deja de darte palmaditas en el pelo.

—Perdona, cariño.

—Y creo que has vuelto a ponerte esa espantosa loción para después del afeitado.

—Pero me he puesto muy poquita. Si la hueles es sólo por el calor que hace dentro del coche.

—Procura recordar que eres un macho y no una hembra.

—Perdona, rico.

A Axel le molestaba mucho toda referencia a lo “camp”. Detestaba los chistes homosexuales y todos los que eran atrevidos, y no toleraba que Simon empleara el lenguaje del mundo homosexual, aunque estuviese dispuesto, fastidiándole mucho, a aceptar el calificativo de “raro” .

—Nada —declaró Axel— es más fastidioso que los homosexuales que sólo pueden hablar de homosexualidad.

Simon, que siempre hacía caso a Axel, echaba de menos esas superficialidades. Era un mito de sus relaciones que la vida de Simon, antes de conocer a Axel, hubiera sido deprimente e incluso sórdida, pero esto sólo era una verdad a medias. La naturaleza de

Simon tendía a entregar su corazón y quería darlo por completo, por lo cual los compañeros irresponsables e infieles, de los que había tenido muchos, le habían causado grandes disgustos. Sin embargo, disfrutó de algunas de sus aventuras y lo pasaba bien en la atmósfera de los bares que frecuentaba antes de Atenas y de Axel. Su filosofía había sido: uno se ofrece en varios sitios y espera encontrar amor. El amor que él había esperado era auténtico. Pero en la búsqueda había encontrado los aspectos amorosos más livianos.

En realidad, Axel hizo algo de gran importancia para Simon. Le hizo comprender por primera vez que era corriente ser homosexual. Y no es que Simon se hubiera creído culpable de su preferencia. Pero pensaba poseer una rara peculiaridad, algo extraño e incluso un poco divertido, algo así como un juego, pero muy extraño, y que debía ser ocultado, motivo de risitas e interminablemente discutido en compañía de otros “raros”. Nunca lo había llegado a ver como una manera corriente de ser humano, que era como Axel lo veía. Éste aceptaba un cierto grado de discreción que los prejuicios de la sociedad parecían hacer inevitables. Pero se negaba a pertenecer a un “mundo” homosexual especial, a lo que él llamaba “esa maldita organización secreta”. Simon hizo cuanto pudo por cambiar los puntos de vista del otro, a la vez que renunciaba a lo que Axel llamaba sus “hábitos tribales”. Pero a veces sentía que el cambio era sólo superficial y casi se hacía culpable de insinceridad. Le intranquilizaba que alguno de sus instintos fueran lo que él ya consideraba frívolos y especulaba interminablemente sobre lo que este pensaría verdaderamente de él. No dudaba del amor de Axel. Pero en un principio Axel lo había querido contra su propio juicio. ¿Lo hacía aún así? ¿Qué importancia podía tener no entender la balanza de pagos? ¿Creía Axel que él era tonto? ¿Le veía un poco vacío, algo corrompido y, lo que era peor, bastante vulgar? Un espectador resentido de las primeras etapas del idilio de Simon le había dicho una vez: “Axel dice que adora tu peculiar forma de vulgaridad”. Esta observación estuvo torturando a Simon hasta que comprendió que Axel no podía haberlo dicho. “¿Y por qué no lo comprendió desde un principio?” Pues porque esas palabras correspondían a un profundo miedo. A los tres años ese miedo había disminuido, pero no desaparecido del todo. Simon seguía desconfiado e inseguro. “Eres un tremendo liante; no digo lioso, sino liante, Simon—le había dicho Axel una vez muy enfadado. Es una falta moral que nada tiene de agradable.” Simon reflexionó sobre ello y reconoció cuantas veces había caído en el pasado en esa debilidad. ¿Le llevaría ese defecto algún día a cometer un error fatal? ¿Podría haber un error fatal? Pensó a veces preguntárselo a Axel, pero sabía que éste no le contestaría, como tampoco respondería a la

angustiosa pregunta repetida tantas veces por Simon: “¿Me querrás siempre?”. “¿Cómo demonios quieres que lo sepa?”, solía responder Axel.

—Te querré siempre, Axel, hasta el fin del mundo. Me entrego a ti ahora y para siempre. Y siempre te seré fiel. Es una gran alegría para mí que tu existas, haberte conocido, poderte tocar, que vivamos en el mismo siglo... Nunca dejaré de bendecirte por la buena suerte que tengo.— Simon no podía evitar estar siempre diciendo esas cosas. Era el resultado del agradecimiento que sentía por su fenomenal suerte al haber descubierto a Axel y descubrir que si él amaba, también era amado. Axel sonreía. A veces decía: “Bueno”, o “haz eso” o “así está muy bien”, y le tomaba el pelo a Simon y también decía: “Cállate, Simon. Eso nada significa”. Simon no entendía bien los estados de ánimo de Axel, éste se deprimía con frecuencia sin dar explicaciones y muy de tarde en tarde enloquecía a Simon con su ternura y preocupación hasta hacerle romper a llorar. “Sentimos la vida de modo tan diferente — pensaba Simon—. Qué martirio, amar tanto a alguien y no ser él.”

Esta diferencia de “sentimientos” era a veces motivo de conflictos. A Simon le apetecía mucho lo superficial de su propia vida, cuya sustancia masticaba lujuriosamente, segundo tras segundo, como si fuera una fruta de fina y suave piel y firme interior dulce y carnoso. Incluso la desgracia, si no era terrible, se le aparecía así (la desgracia terrible era diferente, le divorciaba de su propio cuerpo). Simon amaba las horas del día, la comida, la bebida, mirar y tocar. Todas sus experiencias eran ceremonias. Le gustaba saborear lentamente los momentos de placer y se las arreglaba para que su vida contuviera el mayor número posible de ellos. A veces le parecía que todas sus diversiones eran parecidas en su clase, pero no de grado, ya fuese acariciar un gato, pasar la mano por una silla Chippendale, beber un martini seco, contemplar un cuadro de Tiziano o acostarse con Axel. En cambio, Axel tenía una actitud mucho más petulante y retraída y su vida estaba mucho más segmentada y en capas. Simon estaba seguro de que el placer que le proporcionaba a Axel *Don Giovanni*, era muy diferente de la delicia que pudiese causarle el propio Simon. Axel tenía vidas secretas y ocultaba modos de experiencia muy ajenos a Simon. Le apasionaba la ópera. Simon, que detestaba la ópera, había fingido durante casi un año que le entusiasmaba, hasta que por fin su aburrimiento fue tan grande que le fue imposible ocultarlo y Axel se lo reprochó amargamente, no por su mal gusto sino por no haber sido sincero. Cuando viajaban juntos por el extranjero, Simon era un turista ansioso, mientras que Axel solía desinteresarse de las urgencias del presente. Axel era capaz de quedarse leyendo en el hotel una novela y sin hacer caso de un monumento que estuviera a un centenar de yardas de distancia. Una vez riñeron

furiosamente, en Venecia, cuando el retraso de Axel, dos días seguidos, les hizo llegar a la Academia precisamente cuando estaban cerrando.

“Mi amor nunca está libre de angustia —pensaba Simon, doliéndole siempre—. Sin embargo, quizás esta aguda condición sea inseparable de mi felicidad, de lo mejor de ella.” ¿Podría ser de otra manera? ¿Acaso no era de modo muy distinto para la gente heterosexual casada, por ejemplo, para Hilda y Rupert? No podía creer que viviesen en esta constante condición de dolor extático. Para que Axel no le hiriese a él terriblemente en los aspectos más vulgares de su vida común, les costaba a ambos cierto esfuerzo. A cada momento se producía una total vulnerabilidad. Surgía un tembloroso circuito interior en el alma. Simon había intentado explicarle a Axel esa tremenda vulnerabilidad y Axel no se había burlado de él. Sin embargo, no había dicho Axel: “Sí, también yo siento algo así”. ¿Llenaba el amor la vida de aquél como la de Simon? A veces pasaban en paz la noche. Al dormir con quien se ama se escapa uno del tiempo. Pero a veces, al despertarse muy temprano, se preguntaba Simon qué cosas terribles podían esperarle.

El Hillman Minx azul claro se deslizaba por los Boltons. Arbustos muy densos y árboles de mucha hojarasca se hallaban inmóviles en la tarde contra los muros en cuyo blanco amarilleaba un sol polvoriento. Subían rosales por balaustradas de estuco, e irisaciones multicolores asomaban por entre celosías pintadas.

—Sí, creo que Tallis probablemente lo pasará mal durante algún tiempo —dijo Axel, pensativo.

—¿Por qué precisamente ahora?

—Morgan hará algún lío.

—Pobre Tallis. —“Y pobre Morgan—pensó Simon—. Pobrecilla Morgan, y a la vez, orgullosa. Intentaré ayudarla —pensó—. Tengo que hablar con ella. La ayudaré a recoger las piezas que se le caigan.” Y, al ocurrírsele lo de “recoger las piezas”, sintió que le recorría un curioso estremecimiento de placer. Sin duda, lo de ayudar a Morgan a recoger los pedazos que se le cayeran le proporcionaba una cierta diversión.

El automóvil entró por Priory Grove.

—Mira ese perrito de aguas, Axel. ¿Verdad que es monísimo?

—No seas “sentimental”, querido. Sí, es una monada.

—Lo que me gustaría es que tuviéramos un gatito, Axel. ¿Crees que podríamos hacernos con uno?

—Sería demasiada responsabilidad, Simon. Recordarás que ya hablamos de eso. Estamos todo el día fuera de casa. ¿Quién iba a cuidarlo?

—Yo me encargaría de él. ¡Piensa cuanto me haría disfrutar un animalito en casa!

—¡Nos esclavizaría!

—Pero a mí me encantaría... ¡Parece que no vamos a tener dónde aparcar!

—Cuando conocí esta calle no pasaba por ella ni un solo coche.

—Siempre que vamos a ver a Rupert haces esa observación.

—¡Lamento ser tan pesado, querido!

—No, no, si me agrada y me resultan agradablemente familiares esas repeticiones. ¡Axel!

—Di.

—Es que me chifla lo bien que te queda el pelo por detrás. Me vuelve loco vértelo.

—Vaya.

—¿Me querrás siempre?

—No tengo ni la menor idea.

—Pues yo a ti te querré siempre.

—Eso está bien. ¿Podremos meternos por ahí?

—No, no creo... Tú eres Apolo y yo soy Marsyas. Acabarás dejándome.

—Eso de Apolo y Marsyas es una buena imagen del amor.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que la agonía de Marsyas es la inevitable agonía del alma humana en su deseo de llegar a Dios.

—¡Cuántas cosas sabes!

—Las que tú no llegaste a aprender en el Courtauld.

—No lo creo. Sólo hay sangre y dolor, y no amor.

—¿Crees que nuestro planeta es así?

—Sí, creo que es así.

—¿Sin gracia redentora?

—Ninguna.

—¿Es posible que ninguna, Simon?

—Bueno, sólo de esta clase.

—¿Qué quieres decir con “sólo de esta clase”? Por favor, Simon, dejémoslo, estamos ante la casa de Rupert!

Capítulo 3

—¡Oh, queridos, hola! —exclamó Hilda poniéndose de pie de un brinco.

Axel y Simon entraron en el jardín por los grandes ventanales hasta el suelo. Simon levantó una mano para protegerse contra los móviles reflejos azules de la piscina.

—Lamento que lleguemos tarde, querida —dijo Simon—. Te hemos traído este pequeño ramillete con muchísimo amor. Deja que te bese. Hola, Rupert. Ya era hora de que volviéramos a vernos.

—Os felicitamos por la longevidad de vuestra dicha conyugal —dijo Axel.

—Simon, qué preciosas flores y cuantísimas de ellas! No creo que nadie me haya dado un ramo tan enorme y hermoso en toda mi vida. ¡Su peso me hace tambalear!

—¡Eso quería yo, batir un récord!

—Vamos a refrescarlas en la piscina. Luego las pondré en un jarrón. Axel, ¿quieres abrir esta botella de champán? Tú lo haces muy bien, mientras que Rupert siempre rompe algo con el tapón. Lamento que Rupert y yo nos hayamos bebido ya casi una botella mientras os esperábamos.

—Habéis hecho muy bien—dijo Simon—. Ahora tendremos que ponernos a vuestro nivel. Caramba, qué calor hace. Esperábamos encontraros en la piscina.

El tapón salió disparado y cayó limpiamente en el agua.

El champán cremoso se vertió en cuatro copas.

—¡Felicidad, queridos! —exclamó Simon—. ¡Felicidad!

—¡Felicidad! —repitieron todos y bebieron.

—Bueno, las pondré en un jarrón —dijo Hilda.

Llevando las flores cruzó por las ardientes losas a la oscuridad de la casa. Al llegar al súbito frescor de la sala, se detuvo. En contraste con la brillantez del sol, la sala parecía al principio casi invisible, un confuso conjunto de manchas de color y puntos de leve luz. Hilda dejó sobre la mesa el jarrón con las flores. Suspiró, flotando en el fresco y ya más visible rico colorido y extendió las manos como acariciando en el aire los aterciopelados colores. Pensaba: “Estoy un poquito alegre. Resulta agradable”.

Al cabo de unos momentos la habitación pareció rehacerse, los sombríos colores empezaron a ser superficies familiares. Hilda se miró en el alto espejo rematado en curva y que se elevaba por encima de la chimenea para comprobar si su maquillaje resistía al tiempo que había estado al sol. Un Cupido dorado, con el arco listo para ser disparado, miró silenciosamente, mientras Hilda sacaba de su bolsita la barrita de labios y los polvos. Miró fijamente su cara airosa, radiante, aunque ya quizá se fuera poniendo algo regordeta. Si no se tiene cuidado de llevar siempre levantada la cabeza, se forma una papada. Unos rizos morenos y naturales le enmarcaban el rostro y le caían en cascada sobre el cuello. El famoso aspecto de ángel. ¿No tendría que teñirse el cabello antes que se notara demasiado el tono grisáceo? Sus ojos azul-grisáceos, algo saltones, observaban la imagen, tras la cual se acumulaban en el espejo los objetos de la habitación. Se aplicó rápidamente lápiz de labios, polvos naranja oscuros en la nariz y las mejillas. Se aprobó asimismo.

Volvió al jardín. La dura división entre el sol y la sombra parecía alejar a aquél separándolo de ella como por un arco de proscenio. Axel y Rupert hablaban, aunque no se les oía. Se inclinaban el uno hacia el otro en sus sillas de lona. Simon se había quitado los calcetines y las sandalias, enrollándose las perneras de los pantalones. Sentado en el borde de la piscina se remojaba las piernas hasta casi las rodillas. Había cogido unas flores de manzanilla que aspiraba con delicia mientras cerraba los ojos. Pensó Hilda: “Cómo se le van a arrugar los pantalones”. Suspiró de nuevo y sintió otra vez el habitual dolor que le hacía llevarse una mano al pecho. “Cuánta suerte he tenido toda mi vida —pensó—. Sería injusto que a veces no me asustara un poco mi alegría.” Se acordó entonces de Peter e hizo con una mano un leve movimiento como de bendición. “Peter irá por buen camino —se dijo, y en ese momento estaba segura de ello. Nunca se ha roto mi vínculo con él. Todo ha de irá bien.”

Pero había algo más y casi perezosamente reconoció que precisamente había sido eso lo que de pronto la había impresionado y agradado tanto. Morgan regresaba. Volvía Morgan en busca de consuelo y refugio. Hilda recogería los destrozos.

Hilda se llevó las flores al pequeño repostero donde se guardaban las macetas. Había allí tanta oscuridad y frescura que casi temblaba. Encontró un gran jarro y lo llenó de agua, dejando que ésta le rebosara sobre sus caldeadas muñecas. No deshizo el ramo sino que sólo metió en el agua los tallos tal como estaban. Luego, llevando el jarrón chorreante, volvió cruzando el salón y salió al deslumbrante jardín.

—Voy a darte más champán, querida—dijo Simon poniéndose en pie de un brinco y salpicando gotas de agua.

Hilda colocó el jarrón, junto a la botella abierta, sobre la mesita de hierro.

—Bueno, sí, por favor. Creo que seguiré tu ejemplo.

Se sentó en el borde de la piscina. El agua, apenas fresca, le envolvió los pies, los tobillos y las pantorrillas.

—Con este tiempo se derrite uno. Tengo los pies secos me los queman las losetas. Aquí tienes, querida Hilda...

—Gracias, Simon. Quería pedirte consejo sobre el cuarto de baño.

—Sí, ya sé. Me tomé esta mañana la libertad de ocuparme de eso. Hay ahora un papel muy bueno a prueba de vapor, lo he visto en Sanderson's, negro y con enormes rosas turquesas en grandes cuadrados... Te traeré una muestra el lunes, y también de los azulejos de Marruecos. Lo malo es que son más bien caros. Tendrás que llevar, para hacer juego, una bata de baño turquesa.

—Y supongo que también las toallas.

—He pensado que quizá vengan mejor toallas verde esmeralda.

—No entiendo ni palabra de lo que están diciendo —se refirió Hilda a Rupert y Axel—. ¿Crees que lo hacen a propósito para que no nos enteremos?

—¡Probablemente! Muévete, Hilda, tengo que meter bien las piernas en el agua. ¿Verdad que es maravilloso que vuelva Morgan? No dejo de pensar en eso y me alegra mucho.

—Sí, figúrate lo que me alegraré yo. No podía resistir pensar en que fuese desgraciada tan lejos.

—Tenemos que hacer todo lo posible para que no sea ya desgraciada, ¿verdad?

—Espero que harás cuanto puedas para verla, Simon. Necesitará las viejas amistades.

—Y a propósito —dijo la voz de Axel, algo metálica— le dije a Simon, Hilda, si no creerías que convendría avisar a Tallis del regreso de Morgan. Es decir, si no lo sabe ya.

—Creo que es mejor no decírselo—respondió Hilda. Sacó del agua los pies chorreantes y se los metió bajo el calor de los muslos. Axel y Rupert seguían inclinados hacia delante y en las sillas de lona y aluminio, mientras tenían en las manos las copas vueltas a llenar de champán—. Dudo que él lo sepa—siguió diciendo Hilda—. Estoy segura de que Morgan no le ha escrito. Habría que dejarla en libertad de verlo o no. Que lo decida ella.

—¿Y qué de la libertad de Tallis? —dijo Axel—. ¿Acaso no tiene él los mismos derechos? ¿Por qué no ha de poder él decidir verla o no? Quiero decir, Hilda, que comprendo tu punto de vista pero creo que Tallis...

—¿Cuál de nosotros conoce mejor a Tallis? dijo Hilda.

Después de una pausa, respondió Axel:

—Creo que yo.

—Entonces, ¿sabes cómo reaccionará Tallis al enterarse de que ha vuelto Morgan?

—No tengo ni la menor idea.

—Eso es. Y ser mucho mejor no decírselo. Y también más amable. Puede Morgan ir directamente a otro sitio...

—Lo que haga o deje de hacer Tallis no es asunto nuestro —dijo Axel—. Y no somos nosotros quienes hemos de cuidarnos de sus sentimientos; eso sería una impertinencia. Ponte en su lugar. Supón que descubre luego que Morgan lleva muchísimo tiempo en Londres o que sólo llevaba poco tiempo y que todos nos habíamos puesto de acuerdo para que él no se enterase... ¿No estás de acuerdo conmigo, Rupert?

—Sí, desde luego —dijo Rupert—. Antes estuve de acuerdo con Hilda, pero me has convencido ahora tú. Sería engañar a Tallis y tendría mucha razón para echárnoslo en cara. — Dejó su vaso para secarse el sudor de su recalentada y gruesa cara. Se echó el sudor de ésta hacia atrás en su descolorido cabello.

Hilda sabía que Rupert se ponía nervioso cuando discutía con Axel estando presente Simon, quizá para disminuir la tensión que le producían los celos de su cariño, al hermano y del amiguito de éste. Pero no era eso en lo que ahora pensaba Hilda. Desde luego, Axel llevaba razón en cierto modo y sólo había que explicarlo bien para que se le diera la razón, pero de todos modos no quería ella que avisaran a Tallis. Deseaba que se librase a su hermana de toda posible presión. Quería que la dejaran en paz, por lo menos durante algún tiempo. ¿Y si Tallis acudía pidiendo que le dejaran ver a su esposa, pidiendo su inmediato regreso? Hilda conocía a Tallis desde mucho tiempo antes que todos ellos. Había sido ella la que le había presentado a la familia después de haberlo conocido durante una campaña de elecciones generales. Pero no podía—más que Axel—predecir sus reacciones. No es que fuese capaz de mostrarse muy desagradable, pero sí era capaz de carecer de tacto en extremo. Hilda quería que Morgan viviese con ella y que no la molestaran y la dejaran tiempo para rehacerse. Quería que dejaran sola a su hermana. “Creo que debemos esperar hasta que Morgan venga. Después de todo, por lo menos tardará diez días en venir. Y aún puede decidir tardar más o no venir en absoluto.”

—Bueno, pues voto por decir la verdad. Me parece que tu libro, Rupert, trata de eso. Tengo ya mucha impaciencia por leerlo. Espero que me diga cómo he de vivir, querido. Lo tomaré como norma de conducta y la seguiré como un esclavo.

Hilda sabía que Axel era escéptico en cuanto al valor del libro de Rupert. Y pensó “Ya le enseñaremos”.

—Lamento que si quieres una guía de conducta, te decepcionaré, Axel —dijo sonriente Rupert. También él se daba cuenta de la actitud de Axel, mas esto no parecía molestarle—. Ningún filósofo produjo jamás una guía de conducta, aunque creyese estar haciendo eso.

—¿Así que por fin reconoces ser un filósofo?

—No, no. Quiero decir que incluso los filósofos son ambiguos de modo que, *a fortiori*, lo soy. Se trata sólo de una meditación sobre algunos conceptos.

—Supongo que ser la relación del amor con la verdad y la justicia y algunas otras minucias por el estilo.

—¡Minucias por el estilo! Pero depende del individuo su aplicación.

—¡Pobre individuo! Nadie se preocupa verdaderamente de él. Lo que ahora necesito yo es una guía de moral, algo así como una guía de etiqueta.

—En fin, creo que no debemos decírselo a Tallis —intervino Hilda hablando a la vez—. ¿Qué te parece, Simon?

—Morgan necesitará algún tiempo para descansar y pensar.

—Eso es. Te das cuenta de mi punto de vista. No quiero que la fastidiemos.

—La gente no suele saber aplicar la filosofía. Dudo de que ni siquiera los filósofos sepan hacerlo.

—La gente puede usar conceptos morales lo mismo que tú has usado ahora el concepto de la verdad para convencerme. Cualquiera puede hacerlo.

—Quizá. Pero creo que la filosofía moral es algo que resulta desesperanzadamente personal. No puede ser comunicado. “Si un león hablase, no podríamos comprenderlo”, ha dicho Wittgenstein.

—¡Hilda, Axel, mirad! Hay un erizo ahí. Se asoma por detrás de ese delfinio. Podemos verle su hociquito. ¡Un erizo!

—Sí, Simon —dijo Rupert—. Ya íbamos a decirte que había ahí un erizo, ya que eres tan aficionado a nuestros amigos mudos.

—¿Verdad que es monísimo? ¿Lo ves, Axel? —Simon estaba arrodillado en las losetas junto al delfinio. El erizo estaba inmóvil con el lomo arqueado mirando como miope y arrugando su hociquillo negro y húmedo—. ¿Creéis que le molestará si lo cojo?

—Están cubiertos de pulgas —dijo Axel.

—Sólo un momentito. Por debajo estará suavísimo. Ahora intenta desenrollarse, pero nunca logran hacerlo bien. Son unos bichitos tan indefensos. ¡Ay, cómo pincha!

—Ponlo detrás de las plantas—dijo Axel—. Lo estás asustando.

Simon levantó cuidadosamente el erizo y lo dejó fuera de la vista, detrás del macizo de flores.

—Ten cuidado con mi *Galtonia candicans*, Simon.

—Oh, Hilda, qué maravilla tener un erizo. ¿Lo ves con frecuencia? ¿Le das de comer?

—Dejamos ahí leche y pan y suponemos que es él quien se lo come. Me aterra que se pueda caer a la piscina.

—Son animales increíblemente tontos —dijo Axel.

—Estoy seguro de que no lo será tanto para dejarse caer en la piscina —replicó Simon.

—Es que Simon es tan sentimental —dijo Axel—. Incluso se cree obligado a defender la inteligencia de los erizos.

—Estoy convencido de que tiene más prudencia de lo que nos figuramos. Ojalá tuviéramos un buen jardín. Y tú, Hilda, deberías tener un gato. Figúrate lo feliz que sería aquí un minino. Axel no quiere que tengamos un gato...

—¡Por favor, Simon, sé exacto! Quedamos de acuerdo en que no nos convenía tener un gato.

Bueno, está bien. Pero me gustaría que tú, Hilda, tuvieses un gatito; y podría yo venir a verlo. Quizás un gato siamés.

—Yo preferiría una gata corriente. Una negra con pezuñas blancas.

—Y la cara blanca y el extremo de la cola también blanca

—No, blancas sólo las pezuñas y...

—¡Dios mío! —exclamó Rupert.

Hubo un breve silencio. Hilda se volvió para seguir la mirada de su esposo. Había salido una mujer del salón y se había quedado quieta mirándolos desde el otro lado de la piscina. Era Morgan.

Hilda empezó a esforzarse por ponerse rápida en pie.

—Morgan! —exclamó Simon, a la vez que el grito de Hilda.

Llevaba Morgan un makintosh gris claro y en una mano un saco de viaje de lona azul que dejó a sus pies. Miraba vagamente de un lado a otro de la piscina.

Hilda llegó hasta ella y lanzando una baja y confusa exclamación rodeó el cuello de su hermana con los brazos. Apretó contra ella a Morgan y apretó una mejilla suya contra otra de su hermana, cerrando los ojos.

—¡Gracias a Dios que te tenemos en casa!

Morgan se mantenía completamente rígida y luego agitó la cabeza. Apoyando firmemente una mano en Hilda, terminó el abrazo.

—Tienes una piscina.

—Sí, es nueva. —Hilda lloraba al decirlo.

—Queridísima Morgan—decía Simon mientras le cogía la mano que colgaba floja a un costado de ella. Pareció que iba a besarla en una mejilla, pero en cambio le besó la mano. Y repetidas veces.

—Querida —le dijo Rupert—. Bienvenida. —Y le estrechó cariñosamente la otra mano.

—Hola, Morgan —dijo Axel. Se pasaba dos dedos por una solapa de la chaqueta.

Morgan apartó las manos. Los miró a todos vagamente. Llevaba gafas de fina montura metálica; se las quitó y empezó a limpiárselas con un pañuelo más bien sucio.

—Deja que te dé champán—dijo Simon—. No te preocupes por el vaso, Hilda. Puede beber en el mío.

Morgan volvió a ponerse las gafas. Seguía de pie y muy tiesa. El sol la hacía guiñar los ojos. Miraba el champán, las flores.

—Veo que habéis organizado algo. Debe de ser el cumpleaños de alguien...

—Nuestro aniversario de boda, querida.

—No esperaba esto... tanta gente... una reunión así...

—¡Pero si sólo estamos nosotros, además del matrimonio! Sólo dos personas más y tú, que acabas de llegar.

—No, gracias, Simon, no quiero champán. Me quitaré la gabardina. —Se encogió de hombros y la gabardina gris cayó al suelo. Simon se apresuró a recogerla.

Hilda, interrumpiendo sus súbitas lágrimas, miró a su hermana. Morgan llevaba un vestido de algodón gris muy arrugado. El cabello liso y moreno lo tenía cortado a lo muchacho, pero no demasiado corto. Sus ojos, estrechos y alargados, y la nariz, larga y nerviosa. Era de tipo esbelto y largas piernas. Una rápida visión le bastó a Hilda para comprender. Habían llegado a una edad en que ésta se notaba. Y esa finura le sentaba muy bien a Morgan. Incluso el aire de cansancio le iba bien. E incluso las gafas de leve montura le favorecían. Ahora, de ellas dos, la guapa era Morgan.

—¡Ay, corazón! —exclamó Hilda abrazando otra vez rápida a su hermana por los hombros.

—Creíamos que tardarías por lo menos diez días en llegar —dijo Rupert—. Pero, ¿no te vas a sentar?

—No, gracias. Ya se que me he anticipado. Decidí salir y que me siguiera el equipaje. He venido directamente del aeropuerto. Una vez decidí venir, se me hacía muy duro esperar otra hora.

—Ya me lo figuro —dijo Hilda—. Gracias a Dios que estás ya aquí, querida. Me aterraba que cambiases de idea.

—Morgan, quiero que bebas algo —dijo Simon—. Te sentará bien. Deja que te prepare un whisky.

—Espero que te quedarás con nosotros mucho tiempo —dijo Hilda—. No tendrás el proyecto de ir a otro sitio, ¿verdad? ¿Qué planes tienes?

—No sé lo que haré —dijo Morgan—. No sé adónde ir. No tengo un plan fijo. Ni intenciones; acabo de salir de un reactor y estoy como loca. —Se volvió hacia la sala.

—¡Claro, claro! exclamó Hilda —. Ahora ven arriba, cariño. Tenemos libre y dispuesta la habitación de los huéspedes. Lo primero que has de hacer es descansar. Rupert, trae la maleta ¿quieres? Dame la gabardina, Simon. Ven, querida mía, que por fin estás en casa.

Capítulo 4

— ¿En qué habitación me quedaré?

— Aquí...

Hilda empujó la puerta y Morgan entró, seguida por su hermana y su cuñado. Rupert dejó la maleta en el suelo, vaciló y luego, obedeciendo una señal de Hilda, se retiró.

Hilda cerró la puerta.

Morgan miró la cama cubierta por una pesada colcha de seda verde. Lentamente quitó la colcha y la dejó caer en el suelo. Se quitó las gafas, se echó cuidadosamente boca abajo en la cama, hundió la cara en las almohadas y, precisamente cuando Hilda empezaba a decir algo, ella rompió a llorar suavemente. Lágrimas silenciosas.

Hubo un leve ruido al arrastrar Hilda una silla por la alfombra hasta el borde de la cama. Un momento después le puso un brazo a Morgan sobre sus palpitantes hombros.

— Por favor, Hilda, no me toques.

— Perdona, querida.

— Perdona tú.

—¿Quieres que me vaya?

—No; estate aquí, pero déjame que me desahogue.

Había silencio en la habitación, aunque por la ventana abierta llegaba el canto de un pájaro y un murmullo de voces, pues Rupert, Axel y Simon seguían charlando en el jardín.

Hilda no estaba ya sentada; se paseaba por la habitación. Había arrojado a la ardiente mejilla de Morgan un gran pañuelo limpio, doblado. Morgan lo cogió tanteando y lo desdobló. Más lágrimas, más lágrimas, más lágrimas.

—Hilda.

—Sí, querida.

—¿Puedo tomarme un gran whisky on the rocks?

—¿On the...? ¡Ah, claro, con hielo! Lo prepararé en seguida.

—Allí abajo no podía beber... con todos ellos...

—Al instante te lo doy. ¿Quieres comer algo con la bebida? ¿Un poco de cordero frío? ¿Quieres también aspirinas o algo así?

—No, no, sólo el whisky. Trae toda la botella, ¿quieres? Y un jarro de agua. Y dos vasos.

—Sí, sí, ¡creo que también me vendrá bien un poco de whisky!

En cuanto se cerró la puerta, Morgan se sentó violentamente en el borde de la cama y se secó la cara con el fresco pañuelo. Las lágrimas casi habían cesado. Fue al lavabo, se enjuagó la cara con el agua fría y luego se la secó con una toalla bordada y endurecida. Se puso las gafas y se acercó a la ventana. Volvió y estuvo mirándose algún tiempo en el espejo del lavabo. Habría querido decirse algo a sí misma, algo adecuado, animoso y estimulante, quizás algo ingenioso; pero no pudo darle forma y se quedó mirándose a sí misma en silencio. Luego, cuando oyó los pasos de Hilda en la escalera, tomó de nuevo la posición postrada en la cama. Aquellos momentos de atención a su propia persona la habían fortalecido, efecto que ella sabía le producirían.

Hilda acercó una mesita para poner la bandeja y volvió a sentarse en la silla. Morgan se incorporó arreglándose las almohadas.

—¿Es así como te gusta, guapa?

—Sí, así está muy bien. Sin agua; por ahora no. Sólo, hielo. Gracias.

—¿No quieres descansar, quedarte sola?

—No; lo que quiero es hablar contigo. Estoy loca Hilda,

—Tómalo con calma, chiquilla.

—El whisky sienta bien. ¿Me dejas un peine? Gracias.

—Estás guapa, Morgan.

—Estoy hecha una calamidad. Tú sí que estás bien, Hilda, has engordado un poquito. ¿No te importa que te lo diga? También Rupert está más grueso.

—Vamos envejeciendo.

—¡Qué tontería! ¿De modo que Simon y Axel siguen juntos?

—Sí.

—¿No hay indicios entre ellos de que vayan a romper? Me parece raro que lo de ellos pueda durar tanto.

—Parecen llevarse muy bien.

—Lamento que Simon sea de esos. Sospecho que a Axel no le caigo bien.

—Es que es tímido.

—¡Recuerdo cuando éramos niñas y tú nunca admitías que nadie le fuese antipático a nadie! Pero debes reconocer que eso suele ocurrir. ¿Tienes un cigarrillo?

—Sí. Ten. ¿Te mandarán el equipaje por barco?

—Sí; principalmente libros. Bueno, ropa y otras cosas. Cuadernos con mis apuntes. Quizá no hablara de eso en mis cartas pero trabajé mucho en Dibbins.

—Vaya. En tus cartas no solías contar mucho. Eran entre enigmáticas y frenéticas. La verdad es que no pude hacerme con ellas una idea clara.

—¡Cristo! ¿Acaso crees que la tengo yo? Hilda, no sé quién soy. Quizá tengas que decírmelo tú. Y tardarías bastante en explicármelo.

—Pues tomémonos el tiempo que necesitemos, querida. ¿Te quedarás aquí, verdad, no te irás a otro sitio? Debes considerar esta casa como tuya.

—No tengo casa, Dios mío. La tuya es elegante, Hilda. Mira esos cojines de *toile de Jouy* negra y blanca y ese perro de porcelana amarilla, esos jarrones y la urna francesa a rayas en la que, si hubieras sabido que venía, ¡habrías puesto tres rosas perfectas!.

—¡Siempre eres la misma! Siempre solías burlarte de nuestros arreglos caseros.

—Envidia, Hilda, pura envidia. ¡Cuánto daría yo por tener una casa como ésta y un marido como Rupert! Un marido eficaz. Quiero decir, que funcione. ¿Me pones un poco más de whisky?

—Temo que el hielo se esté derritiendo.

—¿No tienes una hielera? Te compraré una. Lo malo, maldita sea, es que no tengo dinero.

—No te preocupes por el dinero, Morgan. Quiero insistirte en eso. Ya tienes bastantes preocupaciones y es tonto preocuparte por el dinero si no es necesario. A Rupert y a mí nos sobra y tú puedes quedarte aquí...

—Bueno, tampoco es que yo esté en la miseria y si reanudo los antiguos contactos espero poder lograr trabajo en Inglaterra.

—Me tranquiliza tanto que te quedes con nosotros...

—Dios mío, ¿qué jaleo es ese en el jardín?

Hilda se levantó.

—Es Simon que ha tirado la bandeja con las copas de champán. Temo que las haya roto todas.

—Querido Simon. Es el mismo de siempre. Excepto que está más guapo que nunca y con más aspecto de persona mayor.

—Es evidente que la vida de casado le sienta bien.

—Ven aquí, Hilda. No me toques, pero quiero que estés cerca. Necesito mirarte. A veces en América te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti. ¡Qué feliz me sentí cuando supe que volvías!

—Debes de pensar muy mal de mí.

—Te quiero tanto, tontísima.

—No creo que pudiera resistir que tú me condenases. Creo que me moriría.

—No te condeno, idiota. Desde luego, no comprendo, pero cuando llegue a comprender, nunca te condenaré.

—Ah, crees que llegarás a comprender; no sé, no sé...

—Morgan, ¿sabías que Julius...?

—Sí. Lo leí en el periódico. Compré en el aeropuerto de Londres el Standard y allí venía una fotografía de Julius.

—Es raro, ¿no?

—Asombroso. Pudimos haber venido en el mismo avión. Me fue muy agradable volver a ver el Evening Standard aunque ya me he perdido muchas historietas. ¿Siguen publicando la serie de Modesty Blaise y La Abeja Billy?

—Morgan, Morgan, Morgan...

—¿Dónde está ese maldito pañuelo? —Morgan se quitó las gafas y se tapó la cara con el pañuelo. Hubo un momento de silencio.

—¿No tenías idea de que Julius venía a Londres?

—No sabía dónde estaba Julius. Sólo sabía que ya no trabaja en Dibbins.

—¿Cuándo le viste la última vez?

—¡Ah, hace muchos meses! Me parece como si hubieran pasado muchos años. Y es absurdo. ¿No? Cuando subía a aquel avión creí que me alejaba muchísimo de Julius. Y ahora resulta que está aquí. Quizá sea el destino.

—El destino... Morgan, ¿dejaste tú a Julius o te dejó él a ti?

—Supongo que esa pregunta se ha hecho mucho.

—Temo que sí, querida.

—Bueno, en realidad fui yo la que dejó a Julius, pero espiritualmente me abandonó él a mí. Fue complicado y... horrible, horrible, horrible.

—¿Se han roto del todo las relaciones entre vosotros?

—Sí. Completamente rotas. Desde entonces no hemos vuelto a comunicarnos, desde principios de año cuando dejé lo de Dibbins, abandoné mis clases y todo aquello.

—Ya lo recuerdo. Te pasaste sin escribir mucho tiempo. Luego enviaste aquella dirección en Vermont.

—Sí, estuve viviendo con un matrimonio anciano, un filólogo alemán y su esposa. Nada entendían de mi asunto. Por supuesto, tampoco yo. Estaba casi loca y sigo estándolo. Por favor, más whisky. Esos malditos cubos de hielo se han disuelto.

—Traeré más.

—No, no. No te muevas. ¿Supongo que Julius no vendrá aquí?

—Rupert se ocupará de que no venga. ¿Acaso crees que Julius intentará verte?

—No, no. Pero tampoco se esforzara por no verme. Hará lo que de todos modos hubiera hecho.

—¿Y tú? ¿Quieres verlo?

—No.

—Ya procuraremos que no os encontréis

—Hace calor, ¿verdad, Hilda? Hace casi tanto calor como en Nueva York.

—Sí. Hace calor.

Hubo un silencio. Morgan volvió a arreglar sus almohadas. Las dos mujeres se miraban. Morgan cambió de sitio sus vasos y frunció las cejas entrecerrando mucho los ojos. “Sí, sí. Me alegro mucho de volverte a ver Hilda.”

—Estoy segura de que deberías comer algo.

—No. Me he quitado de la comida. Vivo sólo de Bourbon y aspirina. Ahora tendrá que ser Scotch y aspirina. Por cierto, ¿dónde están mis cosas?

—¿Tus cosas? Supongo que quieres decir los vestidos, los libros y...

—Pensaba sobre todo en los manuscritos. El material sobre lingüística teórica en el que trabajaba cuando fui a dar aquella conferencia, de tan tremendas consecuencias, en Carolina del Sur.

—Temo que lo tenga todavía...

—Yo creía que habías guardado todas mis cosas.

—Lo intenté. Pero hubo oposición.

—Ya comprendo.

—¿Y qué quieres que haga?

—Nada por ahora. Sólo quiero que existas tranquilamente junto a mí mientras descubro quién soy y cuál es el propósito de la vida. ¿Cuál crees tú que es el propósito de la vida, Hilda?

—Creo que amar a la gente.

—Una cuestión de matrimonios felices.

—No, me refiero a amar a todos.

—Ese es el punto de vista de Rupert, ¿no? Creo que el amor es más difícil de lo que él cree. Te quiero y eso es seguro, pero, a veces me pregunto si soy capaz de amar a alguien más.

—Estás muy cansada, cariño. No es este el momento de decidir quién eres ni la finalidad de la vida. Sólo tienes que quedarte aquí conmigo y todo irá resolviéndose poco a poco.

—Espero que tengas razón. ¿Cómo está Tallis?

—Pues... está ...

—¿Sabe que estoy en Inglaterra?

—No lo creo. ¿No escribiste a Peter avisándolo?

—¿Peter? Ah sí. He tardado un momento en darme cuenta a quién te referías. No, no le escribí.

—Es que Peter vive con Tallis. No lo que te figuras sino, sencillamente, que se aloja en casa de Tallis. ¿Sabías que éste se había mudado?

—Nada sé de Tallis.

—Dejó la casa que tenía en Putney hace casi un año.

—¿Qué hizo con la hipoteca?

—No sé. De todos modos, se mudó a Notting Hill, donde ha alquilado el piso bajo de una casa y se llevó con él a su padre, y ahora también a Peter.

—¿Y por qué tiene que vivir Peter con él?

—En estos últimos tiempos está un poco raro. Ya te hablé de eso en una carta, pero supongo que lo habrás olvidado. Pasó aquel año en Cambridge y luego decidió no volver, y no quería vivir con nosotros. Le pareció una buena idea alojarse con Tallis y nosotros

esperábamos que éste le convenciera para volver a Cambridge, pero hasta ahora no ha dado resultado.

—Ya comprendo. ¿Cómo está Tallis?

—Muy bien.

—Vamos, Hilda, dímelo. Sabes que no estaba segura de poder pronunciar su nombre.

—Ya lo sé. Es difícil decírtelo, querida, y no porque haya nada especial que decir sino precisamente porque nada hay que decir. Sigue dando aquellas lecciones sobre el movimiento tradeunionista y trabaja algún tiempo para el departamento de la vivienda en Notting Hill y está metido en algún comité sobre las relaciones entre las razas. Aparte de eso, desde luego, el Partido laborista y otras varias tareas. En verdad no lo he visto mucho en los últimos tiempos, pero, por lo que sé, parece el mismo de siempre.

—¿Qué hay del libro sobre Marx y Tocqueville?

—Rupert dice que lo ha abandonado.

—Ya sabía yo que lo dejaría. Y ha hecho muy bien, Hilda. Deja, que por ahora me basta con este pañuelo. ¡Oh Cristo!

—Cariño, lo siento muchísimo. No sé si deberías tomar tanto whisky.

—No te preocupes. Durante los seis meses pasados he estado llorando el whisky. Creo que debe haberseme producido algún cambio químico. ¿Es feliz? Ya sé que es una pregunta idiota, pues, ¿cuándo ha sido Tallis, feliz?

—Seguramente, cuando te tuvo a ti. Incluso ahora parece bastante contento.

—¿Tiene alguna mujer alrededor?

—No que yo sepa. Morgan, ¿qué vas a hacer con Tallis?

—¿Quieres decir que si voy a volver con él?

—Pues sí. Estoy segura de que él te acogería bien.

—¡Acogerme bien! No estoy tan segura. No sé lo que haría Tallis si yo quisiera volver con él.

—¿Pero querías tú?

Morgan estuvo callada unos momentos oliendo su vaso vacío.

—Parece ridículo no saberlo, pero no es que no lo sepa sino que por ahora lo veo todo confuso. No puedo verme a mí misma ni ver mi matrimonio...

—¿Es que lo olvidaste por allí?

—¡No hubiera podido! Llegué como Mrs. Browne y tuve que seguir siendo Mrs. Browne. Cuando Julius se enfadaba conmigo solía llamarme “Mrs. B.”.

—Quiero decir que supongo que el asunto con Julius debe haber borrado en ti a Tallis.

—Ah, lo de Julius fue fantástico. Pero de todos modos Tallis es imborrable. Ya sabes que solía verlo en América, no se me borraban esos grandes ojos castaño claros. Solía verlos de noche cuando Julius estaba dormido...

—Parece cosa de fantasmas. ¿Es que te sientes culpable con respecto a Tallis? No debes sentir esa culpabilidad.

—¿Por qué no? Soy culpable. No, es más profundo que la culpabilidad, Hilda. Su conciencia liga a la mía incluso ahora.

—Parece como una obsesión.

—Sí. Es algo que siempre he tenido hacia Tallis. Y tengo que librarme de eso. Al principio creí que Julius me ayudaría a liberarme pero no quería hablar mucho de Tallis. Cuando yo intentaba decirle cómo es Tallis, resultaba... imposible.

—Es difícil describirlo. Querida, ¿no pensaste en divorciarte y casarte con Julius?

—Llegué a pensarlo, pero, y esto es difícil de explicar, mis relaciones con Julius eran tan elevadas, más que las del matrimonio. Era un mundo heroico. Algo así como vivir en Grecia. La luz era tan radiante y todo resultaba de mayor tamaño que el natural. ¿Puedes comprenderlo?

—Sí, creo que sí. Julius es bastante notable, ¿no?

—Julius es extraordinario. Es maravilloso y a la vez espantoso. Bueno, no es espantoso. Soy yo la espantosa. No debemos exagerar cuando me refiero a él. Estaba terriblemente enamorada.

—¿Estabas?

—Pues no sé. No lo sé. No me parece posible que pudiera alejarme de él, irme de aquella casa. Fue una tortura. Tuve el convencimiento de que me había abandonado en su corazón y que deseaba que me fuera. Sin embargo, nada de esto resultaba evidente. De todos modos, ya ha pasado todo. Y ahora, Hilda, tengo este trabajo.

—¿Trabajo?

—Sí, el de descubrir quién soy y qué significa la vida. Y dejar de preocuparme por Tallis. Ya ves, en cierto modo no puedo pensar en el verdadero Tallis y quizá nunca lo hice. Tengo que librarme de esa figura fantasmal, como de ensueño. Tengo que pasar por alguna prueba para librarme, y luego...

—Entonces, ¿es que piensas volver con Tallis?

—No sé. Ojalá no venga por aquí.

—No. Nunca viene. Y creo preferible que no se le diga que estás aquí, por lo menos por ahora.

—Sí, de acuerdo. ¡Oh, quizás esté exagerando también en cuanto a Tallis! En cuanto decidí regresar empezó a aparecerse en pesadillas. Ahora que estoy aquí, quizá desaparezca. Es un problema sin resolver. Pero ya veremos con el tiempo.

—¿Crees que sigues queriendo a Tallis?

—Sí. No. Es bastante curioso pero esta cuestión ni siquiera se me plantea.

—Pues debes planteartela.

—No comprendes. Casarse con Tallis fue una especie de... acción. Sólo una acción. Sé que siempre estuviste en contra de que me casara con él. Sí, lo estuviste. Pero, sencillamente yo

estaba segura de que era alguien a quien no podía dejar. En fin, ya lo hemos visto. Una loca incoherencia y ternura me llevó a casarme con ese hombre. Fue como los animales...

—¿Como los animales?

—Sí. El sentimiento que me producía Tallis era parecido a lo que se siente por los animales. Quiero decir, esa horrible piedad y misericordia desnuda. ¿Por qué es tan taladrante el dolor de un animal? Alguna música le afecta a una de esa manera, es horroroso. ¿Recuerdas cuando éramos niñas cómo nos afectaban las historias sobre animales? Podíamos comprender casi como en una diversión, que seres humanos se murieran de hambre o los matasen, pero que un animal fuese herido nos hacía llorar en seguida.

—En fin, algo así era lo que me ocurría con Tallis. Cualquiera cosa que le ocurriera, me hería. Quiero decir, a través de él me sentía vulnerable al mundo entero. Era como compadecerse de un animal. Y no sólo se trataba de piedad; era mucho más. Bastaba su existencia para hacerme saltar mis cuerdas sensibles.

—Eso me suena a amor.

—Supongo que es una especie de amor. Desde luego siempre he sabido que Tallis era inmensamente distinto a mí. No podía prever que llegaría a sentir ese terrible... apetito. Que alguna vez desearía del modo rapaz en que deseé a Julius.

—Sin duda, Julius debe de haber sido deslumbrante y supongo que una gran novedad, algo que implicaba una nueva afición.

—¡Oh, en cuanto a afición, la única nueva que he sentido en estos últimos tiempos ha sido por grandes casas, el dinero y la bebida! Y no es que Julius sea mundano. En cierto modo lo es muy poco. Pero es mítico. Algunos hombres tienen destinos míticos. Tallis, en cambio, carece de mito, mientras que Julius todo él es mito. Eso fue lo que me atrajo.

—¿Era divertida la vida con Julius?

—Esa palabra la definía mal. Julius y yo vivíamos como dioses. No puedo darte una impresión de cómo fue aquello. Ya sabes que en cierto modo Tallis es enfermizo. No es que esté enfermo; al contrario, está perfectamente sano, pero es una salud deprimente que le rebaja a una su vitalidad. Mi amor por él fue siempre nervioso y no era él capaz de hacer

instintivamente que las cosas fueran fáciles y agradables. Tallis carece de vida interior y de un auténtico concepto de sí mismo. Hay en él una especie de vacío. Solía yo creer que Tallis esperaba algo, pero luego decidí que no. A veces su manera de ser casi me asustaba. Es oscuro y, sin embargo, sin misterio. Julius, en cambio, es tan abierto y tan claro y a la vez misterioso y excitante. No sé si te darás cuenta de lo que quiero decir. Julius me convertía en un ángel. Es todo alma, vida interior y me contagiaba su ser haciéndome sólida, compacta y real.

—Morgan, querría que te hubiera resultado bien. Julius es mucho más la clase de persona...

—Creo que vivíamos cada uno por la conciencia del otro, aunque dolorosamente. Ha de haber interioridad y espíritu, ingenio, gracia y estilo...

—Estoy convencida de que debes comer algo, querida. Íbamos a tomar una cena fría...

—No me hables más de comida. Come tú si tienes ganas. Sé que estoy borracha pero me está sentando bien. Tengo tanto que decirte...

—¿Cuándo escribiste por última vez a Tallis?

—Hace muchísimo tiempo. Casi al principio. Le escribí para decirle que me iba a vivir con Julius.

—¿Y te contestó Tallis?

—Sí. Una carta muy comprensiva, como te figurarás, agradeciéndome haber sido tan franca con él, y que si cambiaba de idea, etcétera... ¡Dios mío!

—¿Volvió a escribirte?

—Pues sí. Algunas cartas en que se tomaba gran trabajo para describirme, eran como ejercicios, lo que hacía y hablarme de la situación política. ¡Cristo! Y de camino me aseguraba que seguía queriéndome. Sus cartas me ponían tan nerviosa que empezaba a romperlas sin haber abierto los sobres. Desde luego, no le contesté. Y por fin dejó de escribirme. Nunca había escrito cartas.

—En Tallis hay algo horriblemente vulgar. Puedo figurarme esas cartas.

—Ya sabes, es una lástima que Tallis no fuese a la guerra. Ésta le habría dado algo de la dureza natural y corriente.

—Parece que va por todas partes de puntillas.

—A veces me daba la impresión de un aparecido. Hay algo raro en él, como si atrapara los fantasmas o algo así. Hilda, tengo que liberarme. Y no se trata sólo de Tallis.

—Tienes que vencer lo de Julius.

—Probablemente, nunca me libraré de él; bueno, sí, pero siempre que aprenda a vivir. Hilda, fue terrible cuando su voluntad me rechazó. Supe que todo había terminado. E hizo que pareciera yo la culpable. Sin embargo, nada se dijo. Lamento hablar así, Hilda. Y tuve que tragármelo todo. No he hablado de eso hasta ahora desde los últimos buenos días que pasé con Julius. Y el nombre de Julius no lo había pronunciado desde hace un año. Hilda, ¿tienes por ahí algún retrato de Tallis? Me apetece estar viendo sus ojos. Y lo que tú solías llamar su boca de capullito de rosa. Pero no puedo recordar toda su cara. He olvidado su aspecto.

—Espera un minuto.

Al quedarse sola, Morgan metió la mano en el bol con

los cubos de hielo fundidos. El agua se había calentado. Levantó los dedos mojados y sintió que le latían sus ojos cerrados. ¿Cuándo terminarían las grandes tormentas de lágrimas?

—Aquí tienes, Morgan. Ya recordarás que esta foto la tomó Rupert en la casa de campo.

Morgan tendió una mano para coger la fotografía. La estuvo contemplando en silencio mucho tiempo. Luego rompió la foto en pedacitos y se los entregó a Hilda.

—¿Por qué has hecho esto?

—Había olvidado su aspecto.

—Pero, ¿por qué? ¿odio, amor, miedo?

—¿Qué sé yo? Creo que descansaré un poco. Aunque no, primero me bañaré. Y si me das algo de comer, un sandwich o algo así, por poco que sea, me caer mal. ¿Por qué está tan oscuro? Debe ser muy tarde He perdido el sentido del tiempo.

—De todos modos te dejaré aquí unos sandwiches y café. Báñate y creo que deberías dormirte pronto. Y no te preocupes de nada. Ni Julius ni Tallis vendrán a molestarte. Debes sentirte completamente segura y descansar.

—Tú siempre me haces sentirme segura.

—Recordarás que cuando éramos niñas y teníamos alguna preocupación, solíamos decir: “Colguemos nuestros estandartes en el muro de fuera”.

—También me has hecho sentirme siempre valiente. Lo siento, pero mis estandartes están ya destrozados. ¿Cuánto tiempo va a quedarse Julius en Londres?

—No lo sé, cariño.

—Hilda, es inconcebible, ¿no crees?, que esos dos puedan conocerse personalmente.

—¿Julius y Tallis? No sé si ser o no inconcebible pero es de lo más improbable. ¡No me figuro que nadie los presente el uno al otro! No puedo imaginármelos al uno mirando al otro.

—Sí, sí, es de lo más improbable, ¿verdad? De todos modos, no podría resistir que se encontrasen. Sería horrible, destructivo. Algo así como un choque en el espacio exterior.

—No te angusties, querida, pues eso no ocurrir .

—Hilda, no te vayas aún. Mi Hilda, ¡cuánto te quiero!

Morgan se echó abajo de la cama y abrazó las rodillas de su hermana poniéndole la cabeza en el regazo. De nuevo empezó a sollozar mojando con sus lágrimas la falda de Hilda. Los fragmentos de la fotografía habían quedado esparcidos mientras Hilda, llorando también, acariciaba la temblorosa y morena cabeza.

Capítulo 5

—Vaya lío que es el sexo—dijo Leonard Browne—. Y no me refiero sólo a su maquinaria, aunque ya eso es bastante estúpido, en verdad. La proyección de un cuerpo se inserta con cierta dificultad en un agujero de otro. Es el invento de un mero sistema mecánico y por cierto muy poco seguro y falto de imaginación. Recuerdo que cuando me lo contó un compañero de la escuela no podía creérmelo. No podía creer que eso a lo que le echaban tanto misterio fuese algo tan grotesco. Más tarde, cuanto más pensaba en eso, llegué a darle más importancia. Pero con el paso de los años he vuelto a ver ese asunto como realmente es: un lamentable y feo mecanismo carnal. Y no debemos dejar de tener en cuenta lo que hay de carne en ello, una cosa que, aparte de ratos muy infrecuentes, suele estar fofa y que si se descuida uno huele mal y de un aspecto tan raro cuando se hincha. Además, cubierto por horribles pelos. Por lo menos el motor de combustión interna o émbolo de una locomotora son más eficaces y es muy fácil engrasarlos. Mientras que mantener a la carne en buena condición es imposible, incluso dejando aparte el proceso de envejecimiento y el hecho de que la mitad del mundo se muere de hambre. ¡Qué planeta! Y aliméntese, si usted tiene la suerte de poderlo hacer. Meterse pedazos rellenos de animales muertos en un agujero de la cara y luego ñanch, ñanch, ñanch, ale a masticar. Si alguien lo observa sólo como espectador, cómo se reirá. Y la forma del cuerpo humano. ¿Quién que no sea un incompetente artífice o un bromista puede haber inventado esa luna sobre dos palos? Las piernas son una ocurrencia disparatada. Ale, tuinkel, tuinkel, tuinkel. Sin embargo, como iba yo a comentar, el sexo es un invento absurdo que a pesar de serlo no aspira más que hincharse y penetrar. Se supone que tiene algo que ver con el amor, por lo menos ésa es su leyenda, pero el amor es un mito estimulante y aunque no lo fuese no podría tener relación alguna con el sexo. No mezclamos

el amor con la comida, ¿verdad? Ni con el hipo o sonarse la nariz. ¿Y con la respiración? o con la circulación de la sangre o el funcionamiento del hígado. Entonces, ¿por qué relacionarlo con nuestro curioso impulso a meter partes de nosotros mismos dentro del cuerpo de otras personas? ¿O con ese otro impulso igualmente curioso de apretar nuestra maloliente boca y picados dientes en orificios igualmente blanduchos y salivosos de otros cuerpos? Contésteme, querida señora.

—¿Está en casa Tallis?—dijo Hilda.

—No sé, estimada señora, ni lo sé ni me importa. Desde luego sería difícil decidir quién es más tonto, el hijo de usted o el mío. Probablemente el mío. Aún se figura que sus insignificantes agitaciones y solemnidades son algo diferentes de este asqueroso montón de porquería. Se ha acostumbrado a la vanidad, haciendo siempre declaraciones, desaprobando esto o condenando lo de más allá. Puede perder el tiempo en sus comités o escribiendo sus manifiestos, pero el género humano no está compuesto más que de animales con mirada triste. No merece la pena preocuparse de esas cosas. Por ejemplo, fíjese usted en mí. ¿Qué ha sido mi vida? No quería a mis padres, no quise a mi mujer, no me gustaba mi trabajo, no tenía talento ni me divertía. Tengo un hijo medio tonto al que le molestan mis riñones, digámoslo así. Cuando mi mujer me abandonó para irse con otro hombre, tuve que preocuparme por si era más feliz con él de lo que había sido conmigo. Pero no pudo haber sido más desgraciada. No tuve tranquilidad en cuanto a ella hasta que se murió. Qué buena noticia fue aquélla. Pero incluso entonces no pude dejar de desearle que hubiera tenido catástrofes retrospectivas. ¿Acaso merece vivir alguien como yo? No. Pero no es ése el asunto. Yo no pedí que me dieran la existencia, ¿verdad? ¿Por qué tiene que llenarse ese espacio del universo con una carne maloliente y una inteligencia lamentable? No tiene usted que decirme que hubiese sido más limpio y más sano no haber existido. El asunto es si ha sido justo conmigo el universo. No, no lo ha sido. Si me obligaron a existir habían de haberme dado algo para defenderme, ¿no le parece? No quiero decir algo vulgar como la felicidad. Yo diría que ese es otro mito. Me refiero a algo de significado quizá tan pequeño como una perla, una gotita de agua o un poco de polvo que se le ponga a usted en la yema del dedo.

—Va usted a coger psitacosis de tanto alimentar palomas—dijo Hilda.

—La psitacosis la contagian los loros, querida señora.

—Se llamó psitacosis porque la gente creía que sólo la contagiaban los loros, pero en realidad puede uno cogerla de cualquier ave. Los palomos, por ejemplo, son conocidos portadores de la psitacosis.

—No me diga—dijo Leonard—. Bueno, bueno, tengo artritis, cistitis, colitis, fibrositis, fiebre del heno, catarro crónico y varices y enfermedad de Memere, y ahora resulta que también voy a tener psitacosis. Supongo que quiere usted visitar a su vago, inservible retoño de tan malos modales. Supongo que es inconcebible que haya usted saltado la distancia que hay entre el medio tan caro y saludable donde vive usted y esta puerca miseria llena de vicio, sólo por la idea de pasar un rato conmigo. Me pregunto y me respondo. Es inconcebible.

Leonard estaba sentado en un banco de madera, al sol a la salida de la iglesia de San Lucas. Apoyaba su bastón contra un muslo y una bolsa ya casi vacía que contenía pedazos de pan apretada contra su chaleco. Le rodeaba un buen número de palomas azules que se subían unas sobre otras buscándose sin dignidad las migajas de pan. Las suaves alas se agitaban y los duros ojitos brillaban al mirar. Un palomo posado en la rodilla de Leonard comía de la misma bolsa. En cada uno de los hombros se posaba otro y uno en la cabeza. Leonard, que no se parecía a su hijo, era alto y delgado, con ojos oscuros y acuosos, una gran cabeza, aunque con pequeña mandíbula. En torno a su calva tenía mucho pelo blanco. Su cara era blanducha, compuesta por pequeñas capas de carne como hongos pálidos levemente surcadas con arrugas. Carecía de dientes y no quería ponerse dentadura postiza, lo cual, que influía en su pronunciación, le daba un aspecto peculiar cuando hablaba, ya que movía los labios con mucho vigor sacándolos y metiéndolos, con lo que revelaba sus rojas y húmedas encías, como si su boca fuera una anémona marina tratando de darse la vuelta. Vestía de modo anticuado y siempre llevaba cuello duro, chaleco y un reloj con cadena. Su ropa estaba sucia.

Hilda que había observado antes la escena de los palomos, siguió mirándole con cierta diversión, aunque no dejaba de preocuparse por Peter y seguía curiosamente exaltada por Morgan. Esperaba no tener que ver a Tallis y evitarse así la ocasión de mentir. Rupert había telefoneado desde la oficina para decir que Axel estaba de acuerdo en no decir por ahora el regreso de Morgan.

—He venido para ver a Peter —dijo Hilda—, pero no le había olvidado a usted. Aquí tiene una nueva caja de cerillas para su colección. Por lo menos, espero que sea nueva. Rupert la trajo de su último viaje a Bruselas.

Leonard aceptó dignamente la caja de cerillas y la estuvo observando.

—Sí. Es de un buen formato que data de los años 1900. Muy bonita y en buen estado. Por favor, dele las gracias a su noble esposo por haberse acordado de que existe este lamentable despojo humano. Hoy tengo mal la artritis, me duele mucho en la base de la columna vertebral y tengo un dolor muy insistente en el muslo. Me queda poco de vida.

—¿Cómo ha estado Peter en estos últimos tiempos? —preguntó Hilda—. ¿Algo especial?

—Rechaza a todo el universo. Por lo menos eso lo tenemos en común. Sólo que yo lo rechazo gritando con rabia mientras que estoy de pie y él lo censura tumbándose en la cama y quedándose allí atontado.

—¿No cree usted que mi hijo tome drogas, verdad?

—No lo sé, querida señora. Debe usted preguntárselo al idiota de mi hijo. Incapaz, sin duda, de procrear hijos propios, aparte el hecho de que su esposa lo ha dejado por otro, lo que se comprende muy bien, pierde el tiempo ocupándose, como una vieja gallina, del crío de usted.

—Bueno, Leonard, me he alegrado de verle.

—Desde luego, exagera usted.

—Y he de marcharme ahora para ver a Peter. ¿Viene usted hacia la casa y podemos ir juntos?

—No, no. Seguiré quieto aquí hasta la hora del almuerzo dedicado a la pesadísima tarea de esperar que pase el tiempo. Sin darnos apenas cuenta hemos pasado diez minutos en nuestra conversación. Los diez siguientes, en cambio, se harán muy largos. Y luego otros diez. Y así sucesivamente, con gran trabajo y aburrimiento, seguiremos arrastrándonos hasta la hora y el momento de nuestra muerte.

—Tengo que irme, querido Leonard.

—Todo es un mito, estimada señora. El amor, la felicidad. No pueden hacerlo, no pueden hacerlo. Todo ha ido mal desde el principio.

—Creo que algunas personas se aman unas a otras, Leonard, y hay algunos momentos agradables. Lo he pasado muy bien hablando con usted y viéndole dar de comer a las palomas.

—Miente usted. No olvide decirle a su marido que todo ha ido mal desde el principio. Puede ponerlo en su libro.

—Se lo diré. De modo que adiós, Leonard.

Hilda se apresuró a cruzar la carretera. Cuando llegó al otro lado se había olvidado ya de la existencia de Leonard. El vago optimismo que había sentido la noche anterior con respecto a Peter, había desaparecido por completo. El impacto del regreso de Morgan, más violento de lo que ella esperaba, había dejado a su alma abierta a los temores. Y al acercarse la posibilidad de ver a Peter se hacía aún más alarmante de lo que esperaba.

La puerta estaba fuera de sus bisagras, caída hacia adentro y rozando el suelo. Sólo se necesitaban cinco minutos de trabajo para apretar los tornillos. Cuando Hilda había mencionado la puerta a Tallis una vez, él le contestó que nunca la había cerrado de noche como si eso fuera una respuesta. Hilda pasó, empujó y volvió a poner en su sitio la puerta y se encontró en la semioscuridad. La asaltó el horrible e indescriptible olor de la casa. Era un olor verdaderamente desagradable de un modo misterioso.

Hilda nunca había olido nada igual. Las viejas y sucias casas de vecinos suelen tener un olor rancio, a comida estropeada, orines descompuestos y el denso olor a polvo. El olor en la casa de Tallis era fresco y amargo y al mismo tiempo nauseabundo. Hilda se preguntaba si no la causaría alguna forma en extremo complicada de carcoma, o quizás algunos insectos demasiado repugnantes para que se pudiera pensar en ellos. Se estremeció y escuchó. Silencio. Empujó la puerta de la cocina.

Nadie había en la cocina, lo que era un alivio. Cuando Tallis estaba en casa solía instalarse en la cocina durante el día y allí trabajaba en la gran mesa. En realidad un libro de apuntes abierto y varios volúmenes gastados y de aspecto erudito de la London Library estaban en la mesa, entre periódicos manchados, platos con restos de mermelada, tazas de té con los bordes manchados y una botella medio llena de leche agria solidificada. Hilda se acercó a la mesa y miró el libro de notas. En la parte superior de la página vacía aparecía escrito en la letra bastante grande de Tallis: En mi última conferencia yo...

Hilda inspeccionó la cocina. Se parecía a muchas otras. El grupo habitual de botellas vacías que se cubrían de telarañas. Unas veinte botellas más de leche, no limpias, amarillentas, con diversas cantidades de leche agria. Una silla medio rota, de paja entrelazada, y dos sillas verticales con muy malos asientos grises forrados. La ventana, que daba a un muro de ladrillos, estaba sucia, dejando pasar la luz pero a la vez impidiendo que se supiera qué tiempo hacía ni qué era hora era. En el fregadero había pilas de platos sucios. Muchas latas vacías y tarros abiertos de mermelada llenos de avispas muertas o moribundas. Una vieja carbonera estaba abierta, revelando una masa coagulada y podrida de material orgánico lleno de moscas. El aparador estaba cubierto hasta un pie de altura de las cosas más varias: libros, papeles, cuerdas, cartas, cuchillos? tijeras, gomas, lápices sin punta, botellas vacías de tinta, cajetillas vacías y cigarrillos y pedazos de viejo y rancio queso. El suelo no sólo estaba sucio, grasiento y pegajoso sino que hacía un ruido como un denso chapoteo cuando Hilda lo pisaba. Resistió ella al impulso natural que le invadía a ponerse a limpiar. No quería que la sorprendiera Tallis en esa tarea si volvía. Y el grifo no daba agua caliente, mientras que en la estufa de gas tardaría por lo menos diez minutos en hervir el agua de un cacharro.

Hilda subió las escaleras, sintiendo algo de asco, y llamó a la habitación de Peter. Entró al oír el murmullo suyo. Peter descansaba en su cama, como de costumbre, apoyado en un gris montón de almohadas, vestido con camisa y pantalones y descalzo. Tenía las manos sobre el pecho y los ojos soñadores. Peter era un chico guapo, muy rubio, como su padre, y la cara le tendía a engordar. Su nariz era recta y sus luminosos ojos azules, grandes e inteligentes, le daban el aspecto de un joven soldado. “Parece un jefe”, pensó Hilda, contemplando con ternura y exasperación el blando cuerpo de su hijo. Éste saludó a su madre con un bostezo y moviendo los dedos sin dejar de tener unidas las manos.

— ¿Está Tallis en casa? — dijo Hilda.

— Tallis está sin duda en algún sitio, si es que sigue vivo. Aquí no está. Supongo que no tienes razón alguna para creer que no sigue viviendo. Ninguna.

— ¿Recibiste mi nota?

— Sí.

— Peter, el espectáculo de la cocina es indignante ¿Por qué no friegas, por lo menos?

—Lo pensaré.

—Y creo que deberías arreglar la puerta de la entrada. Sólo necesitas un destornillador. ¿No hay alguno en la casa? Creo que he visto uno en la alacena.

—Es posible.

—Y creo que deberías cerrar de noche esa puerta.

—La gente de arriba entra y sale por aquí a todas horas.

—¿Por qué no tenéis pestillos como cualquier cristiano?

—Es que no son cristianos, sino musulmanes. Y si les diéramos llaves, las perderían o nos dejarían encerrados.

Hilda suspiró. Se sentó con bastante cuidado en el borde de la silla. Era una trampa. El sol que entraba iluminaba la habitación poniendo de manifiesto su vaciedad. Hilda tembló. Un sitio tan vacío como aquél producía miedo. Aparte de la cama de hierro de Peter y de la silla, apenas había más muebles. En un gran cajón estaban unos viejos zapatos —que no eran de Peter—, pedazos de cuerda y lo que parecían ser cinturones. Un tocador, cuyo espejo había sido quitado, estaba atestado de cosas. El suelo era de tablones de madera muy sucios, granujientos de polvo, y en las paredes blanquecinas aparecían resquebrajaduras como telarañas y estaban festoneadas de éstas efectivamente.

Hilda miraba molesta los objetos de la alacena. Entre ellos había dos transistores, tres pañuelos de seda, sin duda nuevos, una cámara, una brillante envoltura de cuero que pudo haber contenido gemelos o joyas, una linterna eléctrica que parecía más bien cara y un encendedor marfileño. Hilda estuvo a punto de preguntarle sobre esas cosas cuando se abrió la puerta.

Una brillante dentadura y una abundante pelambrera negra aparecieron tras la puerta.

—¿Canyiu berow yatiput agen?

—Desde luego, ya sabe usted donde está .

Se cerró la puerta.

—¿Quién era ése?—preguntó Hilda.

—Un musulmán.

—¿Qué idioma hablaba?

—Inglés.

—¿Qué quería?

—Quería que le prestásemos la tetera.

—¿Por qué no se compra una? No son caras.

Peter pensó un momento: “No sé”. Cerró los ojos.

—¡Oh, Peter, Peter! —dijo Hilda—. No quisiera que vivieses en semejante lío. Y, a propósito, ¿dónde están los libros que te traje de casa la última vez que vine? No los veo por ninguna parte.

—Los vendí.

—¡Peter! ¡Tus libros de arte! Solían gustarte mucho.

—Esa clase de arte no me interesa ya. Y el dinero era muy útil. Le di algo de él a Tallis. — Peter abrió un poco los ojos y miró a su madre.

—No es preciso darle dinero a Tallis. Yo pago esta habitación. Y, ¿no te basta para tus gastos con lo que te da tu padre y lo que además te doy yo?

—No me quejo. En realidad os lo agradezco.

—Y por amor de Dios no le digas a nadie, ni siquiera a Tallis, que te proporciono dinero extra, pues ni siquiera se lo he dicho a tu padre. No lo consentiría y, la verdad, tendría razón.

—Ya se lo he dicho a Tallis, pero él sabe guardar los secretos.

—Hijo, no querría que todo se volviera tan complicado. Creo que no sirvo para ser madre.

—No empieces otra vez a decir esas cosas, madre, por favor. No empecemos otra vez con las lágrimas.

—Pero, ¿qué vas a hacer? Tienes que encajar de algún modo en esta sociedad en la que vives. No puedes pasarte la vida acostado.

—Sssh, sshh, queridísima mamá. Dame la mano. Así. No, sólo la mano. Sí, sí, vamos, sabes muy bien que te quiero.

—Pero, Peter, tienes que intentar...

—Quieres decir que compita. Y no voy a competir.

—Está lo de Cambridge, y tendrás que decidir...

—Ya he decidido. Vemos las cosas de modo diferente, mamá. Vemos el tiempo de manera distinta. Te preocupas del tiempo. Te esfuerzas contra él. Yo, en cambio, me dejo llevar por el tiempo tranquilamente. En cuanto a Cambridge, encarna todos esos podridos e insoportables valores de clase. No debe uno ni tocarlos. No hay que comprometerse ni rendirse a ellos.

—Homero, Virgilio... y Sófocles y, ¿cómo se llama?, ah, Esquilo, no representan lo que tú llamas “todos esos podridos e insoportables valores de clase”.

—No; esos está bien a su manera. Pero el sistema, en su conjunto, está podrido. No puedo explicártelo, madre querida. Pero yo tengo mis propios imperativos categóricos. He de rechazarlo todo *in toto*.

—Peter, procura pensar. Tienes que ganar dinero.. ¿O esperas que te mantengamos toda la vida?

—Claro que no. Sin embargo, el dinero no es lo bastante importante. Puedo fácilmente ganar algo si quiero.

—Cuando seas mayor querrás tener más dinero ¡y no estarás en condiciones de ganarlo!

—Esto de querer más dinero a medida que pase el tiempo es precisamente una de las bases de esta puerca sociedad que me niego a aceptar. La gente se pasa la vida tras el dinero, en busca cada vez de más y deseando incesantemente más cosas y más innecesarias. Creen

haber fracasado si no escalan continuamente una especie de pirámide de posesiones materiales. Se sacrifican para tener casas, refrigeradores y lavadoras y automóviles y al final se dan cuenta de que no han vivido en absoluto. Sus casas y sus lavadoras han vivido por ellos. No quiero ser así. Deseo vivir mi propia vida, fuera del sueño capitalista. Esta habitación contiene cuanto necesita un ser humano.

—Pero no hay libros—dijo Hilda—. ¿Qué haces con tu mente? Eres listo. ¿No quieres desarrollar tus facultades?

—No te preocupes por mi mente, mamá. En ella ocurren muchas cosas. Probablemente muchas más de las que pasaron en la tuya durante toda tu vida.

—¡Peter, tomas drogas!

—No, no. Bueno a veces he tomado alguna, pero inofensiva. No, no me drogo. No lo necesito. Me basta esperar tranquilamente y se me ocurren las cosas más extrañas y maravillosas. Sólo hay que esperar, ése es el secreto. Tanto luchar con el pensamiento consciente nos separa del mundo real. Fíjate en esa bola de metal, al pie de mi cama. Para ti sólo es una bola de metal; para mí, es un microcosmos de oro.

—Sí—dijo Hilda—, para mí es una bola y seguir siéndolo. Peter...

—Quiero vivir en el presente. Los sentimientos son la vida. La mayoría de la gente de esta sociedad no vive en absoluto.

—Sé que tu padre opina...

—Por favor, mamá. Tú y yo estábamos de acuerdo.

—Ya, ya. Pero ¿ha sido Tallis quién te ha metido en la cabeza esas ideas tan raras?

—Tallis! ¡Qué ocurrencia, mamá! ¡Tallis está de tu parte!

—En fin, creo que si rechazas a esta sociedad, y en muchos sentidos haces bien en rechazarla, has de equiparte para poderla cambiar y no quedarte tumbado en la cama teniendo sentimientos, con lo cual quiero decir...

—Te refieres a la lucha por el poder. No, madre. Precisamente lo que no quiero es el poder. Ese es otro falso dios. ¡Logra poder para que puedas hacer el bien! Ya he oído eso de sobra. Es otro modo de desperdiciar la vida. Fíjate en Tallis. ¿Cuánto ha vivido el buen Tallis?

—Es terriblemente inquieto, pero...

—Tallis está siempre en otro lado, no existe en el presente. ¿Puedes, por lo menos, darte cuenta de lo poco inquieto que soy yo?

—Sí... sí. Pero creo que debe uno tratar de ayudar a la gente...

—Desde luego, pero no de cualquier modo. Y se puede ayudar más si uno es una auténtica persona. Sé que perteneces a la Vieja Guardia Socialista, mamá, pero no es eso lo que se necesita ahora. Créeme, no es ese el camino. No me atosigues; deja que ante todo me descubra a mí mismo.

—No te comprendo, Peter, pero tampoco puedo discutir contigo, pues me parece que te basas en argumentos sólidos. Pero a la vez me dan la impresión de que son tonterías; algo tan borroso como las fantasías de Alicia en el País de las Maravillas.

—La auténtica sabiduría parece insustancial en el mundo materialista. Pero, en verdad, lo que es un sueño es tu propia vida.

—No puedo estar de acuerdo contigo, pero tampoco puedo llevarte la contraria. No sé qué decirte. Tengo que hacer que Morgan hable contigo. Quizás ella pueda argumentar contigo bien.

—¿Morgan?—Peter se sentó en el borde de la cama, moviendo por un lado de ella las piernas y sacudiendo su cabellera rubia y larga—. ¿Hay alguna perspectiva de ver a tía Morgan?

—Pues, sí. Escucha, Peter, ¿guardarás el secreto y no se lo dirás a Tallis? Morgan está aquí; por ahora, en nuestra casa. Llegó ayer.

—Vaya, vaya, vaya —dijo Peter. Se pasó los dedos por entre el cabello, se lo alisó con ellos y relajó la postura de su cuerpo, levantando las piernas y escondiendo sus pies descalzos en un nido de mantas al extremo de la cama.

—Me alegro. Me gustaría mucho ver de nuevo a Morgan. ¿Vivirá con Tallis?

—No lo sabemos. Y por ahora, no hay que decirle ni palabra a él, por favor, Peter. Morgan quiere un poco de tranquilidad y...

—Bueno, bueno. ¿Me has traído un chequecito, mamá? Muy bien. Ponlo debajo de la almohada, por favor.

—Me estás diciendo que me vaya.

—Creo que es lo sensato, querida. Ahora sería cuando, si te quedaras más tiempo, empezarías a sentirte mal. Y luego me disgustarías.

—Y eso estropearía el encanto que te causa la bola de bronce. Muy bien, muy bien. Pero, Peter, me duele dejarte.

—Vamos, mamá, déjate de escenas de amor maternal. Sí, sí, te quiero mucho. Ahora vete, cariño, vete ya.

Capítulo 6

—Simon, me gustaría que no llamas a todos “queridos”. Es una de las costumbres tribales de que desearía curarte. Está muy bien que a mí me llames “querido”, si sientes el sincero impulso de decírmelo. Y es probable que ahora no se te apetezca. Pero si se lo dices a todos. Le quitas valor y luego no lo tiene cuando te diriges a mí con esa palabra. Debías de tener la suficiente inteligencia para darte cuenta de eso.

—Lo siento... querido.

—No disimules.

—¡No estoy disimulando!

—Debes de estar enfadado conmigo.

—¡No estoy enfadado contigo, Axel, maldita sea! .

—Pues sí que resultan convincentes tus palabras.

—Desde luego, no es cierto que le llame a todos “querido”.

—La otra tarde se lo llamaste a Morgan... y a Hilda.

—Bueno, son personas especiales para nosotros. Siempre he sentido por ellas una cosa y...

—¿Qué quieres decir con “una cosa”? ¿Acaso hablas inglés básico? ¿Y a quién intentabas telefonar cuando entré yo?

—Llamaba a casa de Rupert.

—¿Qué ibas a decir?

—Pues... en fin... quería hablar con Morgan. No estaba. .

—Colgaste con una prisa tremenda.

—Oye, Axel ¿no te parece que la sala de estar ha quedado monísima?

—No está mal. Ya veo que has comprado otro ridículo papel. Querría que no estuvieras siempre comprando monerías. Ya tenemos bastantes cosas.

—Me ha salido muy baratito.

—Y por amor de Dios, Simon, no bebas demasiado esta noche. Recuerda que cuando me lleve yo los dedos al lóbulo de una oreja significar que has bebido ya demasiado.

—No aceptaré esa señal, Axel.

—¡Pues más te valdrá hacerme caso! La última vez que estuvimos en casa de Rupert te emborrachaste. No podía sacarte de allí y rompiste todos aquellos vasos. Me avergoncé de ti.

—Lo siento, guapo.

—Y no quiero que tararees nervioso mientras haces cosas en la casa. Creo que ni te das cuenta de que tarareas. Hasta lo haces mientras hablas.

—Lo lamento mucho...

—Termina de una vez con esas malditas flores. Llevas veinte minutos arreglándolas. No puedo comprender que en esta época del año andes siempre manoseando flores artificiales.

—No seas convencional, Axel.

—Y supongo que no deberías mezclar juncos de plástico con auténticas flores.

—Pero con éstas es distinto, porque son artificiales. ¿Y por qué dices que los juncos son de plástico?

—Ya veo que lo son.

—Pues hace poco he visto que los tocabas.

—Es una horrible fascinación.

—¿No estabas seguro que eran de plástico? Y no lo parecen...

—Es un escándalo que tengas juncos de plástico y que los metas en esta casa. Se supone que eres un especialista decoración interior, pero a veces me das la impresión de tener el gusto de un ama de casa suburbana.

—Sólo te has fijado porque va a venir Julius.

—¿Qué se supone que significa ese estúpido comentario

—No sueles preocuparte ni una pizca del aspecto de esta casa.

—¡Quizá no quiera que luzcas tu falta de gusto!

—Muy bien. Puedes arreglar tú mismo el maldito cuarto de estar.

Simon se fue a la cocina y cerró de un portazo. Estuvo unos momentos a punto de romper a llorar. Pero en seguida se sintió mejor. Incluso la menor discusión con Axel le desquiciaba. Pero ya sabía que eso era frecuente, estaba en el aire. Axel le había dicho al principio: nunca debe uno llevarse berrinches con aquel a quien ama. Ni hay que ponerse con él enfurruñado. La verdad era que Axel le solía soltar impertinencias y a veces, incluso en público, le decía cosas hirientes aunque ciertas. Como en una ocasión en que dejó que Simon estuviese algún tiempo contemplando la Pieta de Tiziano en la Academia sin decirle que la había terminado Palma el Joven, hecho que sin duda debía haber sabido aquél. En público, sufría Simon en silencio. Privadamente, a veces reaccionaba. Pero sabía que Axel lo lamentaba casi siempre y la cosa no llegaba a mayores. No era propio de Simon enfadarse en serio y por mucho tiempo. El enfurruñamiento se le pasaba relativamente pronto.

Habían sido descorchadas dos botellas de Pulingny Montrachet y una de Barsac. Las dejaron en el refrigerador. Iban a empezar la preparación de una combinación de pepino y yoghurt con pimienta, que había inventado Simon. Después, trucha salmonada con almendras y patatas nuevas. A continuación, peras estofadas con vino blanco y servidas con una crema de huevos. Luego, queso inglés. Simon observó la trucha de mar y la envolvió con papel de plata. El pepino y las peras estaban ya listos para servirlos. Las patatas no tardarían mucho. Todo parecía estar bien controlado. Faltaba aún media hora para que llegase Julius.

Simon se sentía nervioso. A veces se preguntaba si las mentes de otras personas eran tan difíciles de controlar como la de Julius era para él. No resultaba fácil descubrir esas cosas. De nada le servía a Simon darse a sí mismo instrucciones y disponerse a ser irracional. Habría inmensos tramos de fantasía. Durante los últimos días había perdido a Axel de muchas maneras, todas ellas relacionadas en cierto modo con Julius. Simon se esforzaba, mientras pensaba en ser generoso. Por lo menos, eso podía lograrlo. Su temperamento le permitía echarse sobre sí la culpa que pudiera haber. No pensaba en serio que Julius quisiera quitarle a Axel. Por cuanto él sabía, a Julius no le interesaban relaciones de éstas. No podía pensar que Julius pudiera causarle un trastorno en tal sentido. Lo que temía era la proximidad de este antiguo amigo tan inteligente, de mentalidad tan poderosa y que él pudiera abrirle los ojos a Axel. Éste se daría cuenta en seguida de la poca cosa que era Simon, qué poco complicado intelectualmente, qué falta de inteligencia e ingenio, lo poco que sabía de temas importantes, como Mozart, las menciones de la verdad y la balanza de pagos. “No tiene mucho allí dentro”, había dicho una vez Axel refiriéndose a la cabeza de un amigo. ¿Y aquí, cuánto había? Se preguntaba Simon. A veces llegaba desesperadamente a la conclusión de que no sabía gran cosa. ¿Cómo era posible, y por qué feliz circunstancia que le hubiera inspirado amor él a Axel? Simon tenía muy poca conciencia de su propia identidad y a veces le parecía que sólo existía por virtud del amor de Axel, el cual estaba basado en lo que debía de ser un error sobre su casi inexistencia.

Sin embargo, no era ése todo su miedo. Simon estaba asustado por otro motivo, aún más irracionalmente, asustado de cómo recordaba él al propio Julius, temía ciertas emanaciones de éste que él nunca había sido capaz de entender. Simon se había servido una copa de jerez y notó, cuando se la llevaba a los labios, que le temblaba la mano. Se preguntó si no debería haberle dicho a Axel, francamente, cuanto había sentido en los últimos días Sabía que al ocultar esos pensamientos y basarse sólo en un convencional “Qué bien ver otra vez a Julius”, estaba ofendiendo a un importante canon de coexistencia con su amante. Axel le había

insistido para que dijera todos los pensamientos peligrosos que le pasaran por la cabeza y sin duda tenía razón. Si le hubiera confiado sus pensamientos a Axel, éste habría encontrado la manera de tranquilizarlo de modo absoluto. Esto solía ocurrir cuando le contaba algo que había pensado y le torturaba. Pero esta vez no lo había hecho y no sólo por sentir que era una tontería y que no debía darle importancia. Es que había descubierto en Axel una contrapartida de su propia inquietud. Axel se hallaba tranquilamente excitado —si cabe la expresión— ante la idea de ver de nuevo a Julius. Y también había adoptado Axel una actitud poco sincera. “Vigilaré —se dijo Simon—. No hablaré. Observaré.”

Axel había entrado en la cocina. Simon no se volvió sino que continuó ocupado junto al hornillo eléctrico preparando la intensidad del fuego para asar las patatas. A los pocos momentos sintió que le abrazaban la cintura por detrás. Sabía por experiencia que a Axel le gustaba que en esas ocasiones permaneciera él impávido. Empujó la sartén en el círculo de fuego. Axel empezaba a darle la vuelta.

Simon lo miró fríamente.

—“Cuando me enredo en tu cabello y me encadeno a tus ojos, los pájaros que revolotean en el aire no tienen tal libertad.”

—Eso está bien—dijo Simon.

A veces cambiaban sus papeles.

Sonó el timbre.

—Debo decirte, Axel—dijo Julius—, que cuando supe que te habías unido a esta belleza de ojos oscuros, ¡me sentí un poquito celoso! —Miró con asombro a Simon a través de sus gafas. Comían el queso. La trucha de mar y las peras habían estado riquísimas. Pero el pepino y el yoghurt dejaban algo que desear. Quizá necesitasen más sal. El comedor estaba iluminado sólo por seis altas velas negras en los dos candelabros Sheffield. Axel, relajado, había consentido por una vez que usaran candelabros. Julius y Axel habían hablado sin cesar. Era la clase de conversación en que había tantas cosas interesantes que decir y escuchar que los interlocutores pasaban con frecuencia de un tema a otro. Cada tema sugería otros seis, cada uno de los cuales era rápidamente recorrido para volver con más calma al comienzo del anterior. No había lagunas en la matriz original. Y más pronto o más tarde se volvía a cada tema ya con más calma. Uno u otro de los interlocutores principales repetía: “Sí, aquello

surgió cuando tú dijiste tal y tal” y luego hablaban con más calma del “tal y tal” que había dicho el otro. Apenas notaban que Simon quitaba los platos y nadie alabó la trucha de mar.

Julius estaba más grueso de como Simon lo recordaba pero un poco de embarnecimiento le sentaba bien. Parecía mayor y más benigno. Antes solía tener un aspecto atigrado, pero había desaparecido. Su cabello, de curioso color no exactamente rubio, parecía una pálida peluca sobre un hombre moreno. Tenía una cabellera bastante rizada y corta revelando la prominencia de una cara grande y larga, más pesada, bronceada por el sol que había tomado y ahora acalorada quizá por la discusión. Había bebido muy poco vino. Sus ojos, de un color oscuro difícil de determinar marcados por densas pestañas y muy guiñadores. En aquellos momentos, entre las radiantes lumbres de dos velas parecían violetas, pero esto debía de ser una ilusión. Su nariz era un poquito ganchuda y la boca, que daba una cierta dulzura y tristeza a la expresión, al ser grande y de forma delicada. Era un rostro no muy de apariencia judía, excepto quizás en la pesada expresión de los ojos. Julius hablaba con un leve acento centroeuropeo y algo de tartamudeo, aunque muy poco.

Se rió Axel.

—Desde luego, hace muchísimo tiempo que conoces a Simon. Probablemente lo conoces desde antes que yo.

—¿Cuándo nos hemos conocido tú y yo, Simon? —dijo Julius—. Fue en casa de Rupert, ¿no?

Fue la primera entrada directa de Simon en la conversación. Calculó un año.

—Sí, fue poco antes de conocerlo yo—dijo Axel.

—Te equivocas —dijo Simon—. Me conociste antes pero no te fijaste en mí.

—¡Bueno, pues ya se ha fijado!—dijo Julius.

Se rieron los tres, aunque Simon un poco forzadamente.

—Toma un poco más de queso —dijo Simon.

—Gracias. os aseguro que me encanta librarme de la comida norteamericana.

—¿No había allí buenos restaurantes extranjeros? —preguntó Axel.

—¡En Carolina del Sur, no! En este último mes estuve en San Francisco y allí hay excelentes restaurantes chinos. Me gusta mucho la comida china.

—Tenemos que llevarte a nuestro restaurante chino local—dijo Axel—. Creo que está muy bien.

—Nada de eso—dijo Simon.

—Entonces iremos tú y yo—le dijo Julius a Axel.

—Nunca sabe uno qué va a beber con la comida china —intervino Simon.

—Lager —dijo Axel.

—Té —dijo Julius.

—Ni siquiera la Lager es bastante fuerte para Simon —le reprochó Axel—. ¡Voy a tener que preocuparme en serio de su afición a la bebida!

—Déjame llenarte el vaso, Julius —dijo Simon.

—No, gracias, bebo poco. He de cuidar mi interior. ¿Qué bien se conserva Rupert, no os parece? ¡Nada de úlceras de estómago!

—Sí, Rupert va muy bien. Supongo que habrás comido con él en su club, ¿no es verdad?

—Sí. adoro los clubs ingleses y ver a Rupert luciendo su condición inglesa. Es absurdamente Ingles, ¿no os parece.?

—¿Por qué no te haces de un club, Julius? —preguntó Simon.

—No soy hombre de clubs. ¡Me estropearía el placer que pudiera ocurrírseme encontrar en ellos!

—¿Sigues en el Hilton? —preguntó Axel.

—No, los grandes hoteles me dan dolor de cabeza. Pensaba decíroslo; me he mudado a un piso muy lujoso de Brook Street. Debéis venir los dos a visitarme allí. Os apuntaré aquí la dirección.

—¿Has visto a Hilda?

—No, Axel, aún no. Como Morgan vive ahora con ellos no me han invitado y desde luego no quiero ir. ¿Creéis que por ahora estoy mal visto por Hilda?

—No, no. Yo no diría eso, ¿y tú, Simon? Hilda es terriblemente racional. Mucho más de lo que ahora pueda serlo Morgan.

—Me gustaría ver a Hilda, pero creo que no es la ocasión. ¿Oporto, Simon? No, claro que no. Un poco de whisky con mucha agua.

—¿Te habló Rupert de su libro?

—Se refirió a él. Creo que deseaba que le preguntase yo detenidamente pero no me encontraba lo bastante preparado. ¡Temo que ese libro nos fastidie algo a todos!

—Eso mismo creo yo, querido—dijo Axel.

Simon se ruborizó y derramó el whisky. Luego sintió que le pisaba el pie de Axel por debajo de la mesa. Se fue a la cocina para coger un trapo y ocultar una sonrisa idiota que parecía incapaz de contener. Seguramente empezaba a ponerse un poco piripi. Bebió un buen trago de la botella de whisky que ocultaba en la alacena de la cocina. Cuando volvió se habían puesto a hablar de nuevo de ópera.

—Dudo de que te guste Fidetio—decía Axel—. Iré el viernes. Saqué la entrada hace mucho tiempo e incluso entonces no pude encontrar un buen sitio.

—¿Qué ponen en Glyndebourne?

—Interpretan a Purcell.

—-Delicioso! ¿Podré encontrar todavía entrada? ¡Vayamos los tres!

—En Glyndebourne tengo alguna influencia —dijo Axel—. Podríamos entrar los tres. Pero a Simon le sienta mal la opera.

—Entonces podemos ir tú y yo. Se me apetece desesperadamente volver a oír ópera. Ya te figurarás las veces que he tenido ocasión de ver y oír buena ópera en los últimos dos años pasados.

—No puedo comprender por qué van a Glyndebourne —dijo Simon—. Siempre llueve y hay que estarse en el coche como en una excursión interrumpida, y cuando no llueve es seguro que se encuentra uno a alguien molesto cerca del lago y hay que darle la mitad del champán y del pastel de pollo.

—Se trata de música, querido muchacho —dijo Axel—. Glyndebourne no es sólo champán y pollo.

—Recuerda cuando fuimos en tu cumpleaños —dijo Simon— la tormenta que hubo, tanta agua en el coche y el pinchazo que tuvimos a la vuelta.

—Merecías padecer —dijo Axel— y ya recordarás los motivos.

—¿Por qué te lo merecías? —preguntó Julius guiñando un ojo.

—Oh, sólo fue una pequeña *suppressio veri*. Un poco de *suggestio falsi*.

—Creo que para tu cumpleaños prepararé trucha de mar y almendras otra vez, que están muy buenas. Gracias a Dios, este año pasaremos esa fiesta en casa. Y tomaremos un vino del Rin en vez del Borgoña blanco.

—¿Será pronto tu cumpleaños, Axel? —le preguntó Julius.

—Sí y preferiría que Simon no le diera tanta importancia. He pasado ya de los diez años.

—Me encantan los cumpleaños —dijo Simon— cualesquiera, aniversarios y celebraciones.

—¡O sea, cualquier motivo para emborracharse! —exclamó Axel, que empezó a tocarse el lóbulo de su oreja derecha.

Simon se sirvió otro cumplido whisky.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —le preguntó Julius a Axel.

—El veinte.

—Así que eres Cáncer. Yo soy Leo. ¿Y tú, Simon?

—Sagitario.

—De modo que tu sabes también de horóscopos. Simon se sabe los signos de todos los conocidos. Cree firmemente en las estrellas.

—Morgan es Geminis—dijo Simon—. Rupert es Cáncer; Hilda, Virgo; Tallis, Capricornio. Peter es Acuario...

—También yo creo mucho en las estrellas—dijo Julius—. Soy terriblemente supersticioso. Creo en la mano de hierro del destino. No me atrevería a que me hicieran el horóscopo.

—Yo no creo en el destino—dijo Axel—. En lo único que creo es en lo que uno se esfuerza.

—¿Y qué quieres conseguir de la vida, Axel?

—Llevar a cabo mi trabajo y tener amistades inocentes con personas amables e inteligentes.

—Es delicioso lo poco ambicioso que eres. ¿Verdad, Simon?

—Creo que ya es pedirle mucho a la vida—dijo Simon.

Un pie de Axel volvió a pisarle.

—En cuanto a mí, pido mucho más—dijo Julius.

—¿Qué? ¿Alegría? ¿Poder?

—No, alegría no. Quizá poder ¿Y cómo han de ser esas amistades tuyas, Axel?

—Pues sólo amistades. “El amor que no puede ser clasificado es el mejor”, ha dicho Wittgenstein.

—Toma un poco de crema de chocolate con peppermint —ofreció Simon.

Sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién demonios puede ser tan tarde? —dijo Axel—. Simon, dile a quien sea que se vaya a freír espárragos. —A Axel le molestaba mucho que llegara gente no invitada y a deshora.

Simon se levantó, salió del comedor y dejó medio cerrada la puerta tras él. En el vestíbulo encendió la luz, que reveló el brillo del armario de roble, en el cual había colocado Simon un jarrón de cobre con rosas blancas. Allí se hallaba también el gran espejo taraceado que había pertenecido a la familia de Axel. De paso, ante el espejo, se alisó Simon el cabello y fue a abrir la puerta. Se asomó para mirar.

El visitante era Tallis.

El inmediato movimiento instintivo de Simon fue cerrar la puerta, luego salir y cerrar tras él dudando, empezó a empujar la puerta poquito a poco; luego salió a la vez que echaba la mano atrás para que no se cerrase y haciendo retroceder a Tallis.

—¡Ssssh! —susurró Simon.

—¿Qué pasa? —se extrañó Tallis aunque sin alterársele

—¡Ssssh! Tenemos ahí a Julius King, y...

—¿Qué ocurre? —dijo la voz de Axel por detrás—. ¿A quién le estás susurrando en ese tono de conspirador?

—Axel abrió del todo la puerta —. ¡Oh!

Tallis empezó a dar explicaciones.

—Lamento mucho venir tan tarde, Axel. Ya sé cuánto te molesta que venga la gente a horas inadecuadas, pero es...

—Es que Julius está aquí—dijo Axel.

—¡Ah, eso era lo que me decías! —se disculpó Tallis con Simon—. No te oía. Debo estar quedándome un poco sordo.

—Lo mejor ser que pases y le saludes —dijo Axel—. No me gusta que mis amistades se queden cuchicheando a la entrada.

—Tallis no cuchicheaba —dijo Simon.

—Bueno, es que no me enteraba de lo que me decías —se disculpó Tallis.

—Pasa, Pasa —dijo Axel—. Aunque quizá no quieras.

—No, no, claro que pasaré. Ya comprendo, me doy cuenta de que...

Tallis siguió a Axel y a Simon por el vestíbulo. La luz le hacía parpadear. Tallis era más bien bajito; de cabello corto de color jengibre, densas cejas anaranjadas. Su gran frente reluciente y abultada, sus ojos castaños claros muy separados, la nariz corta y brillante y la boca pequeña y un poco fruncida. Se quedó en actitud violenta en el vestíbulo, empezó a quitarse su desastrada gabardina y luego se la puso otra vez hasta que Axel le cogió por el brazo y le hizo entrar en el comedor iluminado por los candelabros, donde esperaba Julius sentado, solo, al otro lado de la mesa.

—Julius tenemos visita. Éste es Tallis Browne. Julius King. Se levantó Julius. Era mucho más alto que Tallis.

Éste miró a Julius y tembló. Luego dio un paso hacia él tendiéndole la mano.

—Hola.

Levantando las cejas de modo muy intencionado estrechó Julius la mano que le ofrecían.

—Buenas noches.

Julius se sentó.

—Bebe algo, Tallis —dijo Simon a la desesperada. Le era simpático Tallis, al que nunca había considerado como una amenaza. En aquella circunstancia sentía en sí la terrible violencia de la situación.

—Siéntate, Tallis —dijo Axel—. ¿O es que tienes que irte pronto?

Tallis se sentó en el sitio que ocupaba antes Simon frente a Julius y Simon sacó otra silla.

—¿Qué vas a beber, Tallis?

—Cerveza—dijo Tallis—. Perdón, recuerdo que no tenéis cerveza en casa. Cualquier cosa me irá bien. Jerez. Cualquier vino blanco me gustará. Gracias, Simon.

Axel y Simon se sentaron, este último un poco apartado de la mesa detrás de Tallis y poniendo un brazo sobre el respaldo de su silla. Julius, que había echado hacia atrás su silla como para tener una vista mejor, contemplaba a Tallis con un aire algo sardónico y, sin embargo, amistoso. Le temblaban un poco las comisuras de su larga boca y se le volvían hacia arriba. Axel tenía enfurruñado el gesto y enseñaba los dientes como cada vez que estaba inquieto. Tallis bebió algo del vaso de vino que le había puesto delante Simon, como si bebiese ritualmente con los ojos bajos y prestando gran atención al vaso. Tenía unas largas pestañas anaranjadas. Se produjo un breve silencio que sin duda le divertía a Julius.

Simon y Axel hablaron a la vez. El primero dijo:

—¿Cómo has venido aquí, en autobús o en el metro?

Axel dijo:

—¿Para qué querías verme?

Tallis le dijo a Simon:

—En el metro —y a Axel—: A propósito de Morgan.

Axel dijo:

—Ah —y empezó a jugar con la botella de whisky. Julius levantó sus triangulares cejas de nuevo. Simon exclamó.

—¡Oh, Tallis...

—¿Está Morgan en Inglaterra? —preguntó Tallis. Miró primero a Axel y luego a Julius.

Después de un momento de silencio, respondió Julius:

—Sí. Llegó hace varios días. Vive en casa de Rupert y Hilda.

—Gracias—dijo Tallis. Se levantó—. Siento haberos interrumpido.

—Debimos habértelo dicho—dijo Axel—. Mis disculpas, Tallis.

—No te preocupes.

—Hilda nos convenció de que no te hablásemos de eso —dijo Simon—. Quería que Morgan tuviera tiempo para reponerse.

—Ya lo comprendo. Peter no dejaba de hacer alusiones, pero no me dijo nada en concreto. Yo no iré por allí. Si ella no...—Tallis se interrumpió. Simon le puso una mano en una manga—. Por ahora no iré. —Envolviéndolos a todos en una despedida colectiva, Tallis salió de la habitación y abrió la puerta de la calle. Simon salió corriendo detrás de él y le alcanzó en los escalones de la entrada.

—Tallis, ya no está Morgan con Julius. Llegaron por separado, ella no ve ya a Julius. ¿Quieres que le diga algo de tu parte?

El poste de la luz estaba distante y se veía mal la cara de Tallis.

—No, gracias, Simon. Pero te agradezco que hayas pensado en eso. Buenas noches.

Simon volvió corriendo al comedor.

Axel se había cubierto la cara con las manos. Julius sonreía y se balanceaba en su silla.

—Vaya, vaya —dijo Julius.

—¡Dios mío! —dijo Axel pasándose las manos por el cabello.

—Que personita tan extraña—dijo Julius—. Debería estar sentada en un taburete pequeño.

—No debió haberte tendido la mano dijo Simon. Se sentía de pronto muy trastornado, lleno de piedad hacia Tallis.

—Desde luego —dijo Axel.

—También yo estoy de acuerdo dijo Julius —. En realidad fue él quien me tendió la mano y creo que lo hizo sin saber lo que hacía. Fue un movimiento instintivo. Indudablemente es muy nervioso.

—Tallis es una persona maravillosa—dijo Simon y se sirvió un poco más de whisky.

—No me cabe duda—dijo Julius—. Sólo tengo primeras impresiones, que probablemente no aclararé. Bien, Axel, tengo que irme. Ya recordarás que me acuesto temprano. Tengo ahí fuera el coche, que he alquilado, de modo que no tendré que encontrarme a ese amigo vuestro de pelo naranja, en la estación del ferrocarril. —Julius se levantó y fueron todos hacia el hall.

—Tu abrigo está arriba, ¿verdad? —dijo Axel—. Estáte aquí, yo te lo traeré.

Simon y Julius quedaron de pie juntos.

Julius le sonrió a Simon. Luego se inclinó hacia él, poniéndole una mano en un hombro. Simon tembló, incapaz por un momento de interpretar ese gesto. El otro dijo en un murmullo al oído de Simon:

—Ven el viernes próximo a mi piso, a las ocho de la tarde. No se lo digas a Axel.

Se cerró una puerta arriba y reapareció Axel con el abrigo de Julius.

—Bueno, gracias, Axel, gracias a los dos. Ya veis que mi coche está ahí fuera. Un coche inglés que os gustaría ver. ¡Rupert estaría muy satisfecho! ¡Buenas noches, amigos míos, buenas noches!

Simon cerró la puerta y siguió a Axel hasta el cuarto de estar. Le había impresionado mucho la invitación de Julius. ¿Qué podría significar ese “no se lo digas a Axel”? ¿Por qué? ¿No debería decírselo inmediatamente a Axel?

Éste se había quedado sentado frente a la estufa de gas y se quitaba los zapatos. Simon empezó automáticamente a recoger las bandejas. ¿Qué debería hacer con aquella extraña invitación? Era muy raro.

—En fin, lo que ha pasado ha sido lamentable —dijo Axel.

—A Tallis no pareció importarle mucho —dijo Simon.

—¿Quién sabe lo que le importa y lo que le trae sin cuidado. —dijo Axel—. Parecía trastornado mientras miraba a Julius.

Entonces se le ocurrió a Simon cual podría ser el significado de las palabras de Julius. El viernes era unos pocos días antes del cumpleaños de Axel. Éste estaría oyendo Fidelio. Julius quería que Simon le ayudara a preparar alguna sorpresa agradable para Axel. Eso era; eso tenía que ser. Y en tal caso, desde luego, era lo más lógico guardar el secreto. Simon sintió una curiosa excitación y también intranquilidad.

Se detuvo frente a Axel y le estuvo mirando. La lámpara que estaba junto a la chimenea iluminaba difusamente el rostro de su amigo. Parecía serio, cansado y más bien triste. Detrás de la cabeza de Axel colgaba en la pared la foto del alto kouros griego de larga nariz que está en el Museo Nacional de Atenas y que era la Deidad tutelar del amor de ambos.

—Aparte de la escena final, creo que la cosa ha quedado bastante bien, ¿verdad? —dijo Axel—. ¡Julius no te comió! Ya vi que te pusiste nervioso por anticipado.

—Es que llevo varios días nervioso.

—¿Por qué no me lo has dicho, borriquito?

—Ya lo sé. He debido hacerlo, pero reconocerás que sólo pensar en Julius asusta un poco. Ahora que le he visto, todo irá bien. Es simpatiquísimo. ¿No crees que hasta ese leve tartamudeo le sienta bien?

—Sí. Confieso que también yo estaba un poquito nervioso.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Tengo que conservar mi dignidad.

—¿Y es que yo no tengo dignidad, tonto?

—Ninguna. Ven aquí. De rodillas. No, no voy a pegarte, aunque debería castigarte porque no hiciste caso de mi advertencia. Sólo quiero rodearte el cuello con mis brazos. Cielos, veo que has quitado los juncos de plástico.

—Es que tú dijiste que no te gustaban.

—No dejes que te influya demasiado, muchacho. También yo puedo equivocarme.

Capítulo 7

—Morgan, pareces una persona diferente.

—Es que me siento mucho mejor, Rupert. Tan descansada. Hilda y tú os habéis portado como ángeles.

Morgan y Rupert estaban sentados en el despacho de Rupert. Lucía el sol de la tarde que inundaba la habitación de suave y reluciente luz. Olía a tabaco y a rosas. Rupert estaba sentado junto a su mesa de despacho y Morgan en un sillón con los pies levantados en otra silla. Movía su morena cabeza de muchacho, oliendo la cretona irisada de la silla y agitando suavemente un poco de whisky en el vaso. En efecto, parecía estar mucho mejor y, pensó Rupert, muy atractiva con su corto vestido de seda parecido a una camisa, a rayas blancas y azules y florecillas azules en las rayas blancas. Lo había comprado en las rebajas de Marshall and Snelgrove. Su rostro era fino y el sol le había dado un color moreno y tenía como dos rosas rojas en las mejillas. Rupert pensó que era notable su aspecto sin llevar maquillaje.

—Rupert, ¿son nuevos los forros de estos sillones? No los recuerdo.

—Sí, son de hace muy poco.

—Tienen ese adorable olor a nuevo de los forros que acaban de ponerse. Mmmm. Me encantan los olores. ¿Dónde me dijiste que estaba Hilda esta tarde?

—En una reunión de la sociedad para la Conservación de Chelsea.

—Cuánta energía tiene Hilda! En cuanto a mí, tengo bastante que hacer para conservarme sin ocuparme de la Conservación de Chelsea. ¿Ha venido Simon a bañarse?

—Sí. Él y Hilda han tenido otra conferencia sobre el plan para decorar el cuarto de baño. Simon ha sentido mucho no encontrarte. Siempre lamenta no verte.

—También tendré tiempo para Simon. Estoy empezando a sentirme humana de nuevo.

—¿Más whisky?

—Sí, por favor, Rupert, esta cosa la necesito terriblemente. ¿Hago mal?

—¡Esa pregunta me la haces sobre muchísimas cosas, más vale que te vigiles! Debo confesarte que a mí también me hace falta el whisky.

—¡Qué maldito naufragio es mi vida!

—No seas tonta, Morgan. Si utilizas tu mente y tu corazón puedes ponerlo todo otra vez en marcha.

—Mi mente es como una campanilla y el corazón lo tengo muerto.

—Eso no es verdad y es una traición decirlo.

—¿Una traición, a quién, a qué? No hay Dios.

—Sabes muy bien lo que quiero decir.

—Es bastante raro, pero lo sé. ¿Cómo va tu libro, Rupert? ¿Podría leer yo alguna parte de él? ¿Explicas allí lo de la traición?

—Procuro explicarlo. Ya lo leerás cuando esté terminado.

—¿Es aquello que está allí?, ¿esa enorme pila de cuadernos amarillos?

—Sí.

—Dios mío, pienso ahora en todos los papeles que dejé en casa de Tallis. Por lo menos espero que estar n allí. No puedo creer que los haya roto en un ataque de rabia. Tantas notas

sobre la teoría del lenguaje. Me hubiera gustado mucho que Hilda se las hubiera arreglado para traérselo aquí.

—Tallis no se lo habría dado.

—Ya lo sé. Demonios.

—Morgan, ¿qué vas a hacer con lo de Tallis?

—Ya sabía que me preguntarías eso. Cuando me pediste que viniese a verte esta tarde, estaba segura que me plantearías esa cuestión.

—Morgan, no seas ridícula.

—¿Y por qué no? En cierto modo, Rupert, él es la única persona que puede ayudarme. En cuanto a Hilda, estoy demasiado unida a ella. Y no hay otra persona a la que respete yo de verdad.

—Sabes que me gustaría ayudarte, Morgan. Pero hay cosas que tienes que hacer tú misma.

—Ponte otro vaso, Rupert. Me fastidia mucho beber sola. Me hace sentirme aún más inmoral.

Rupert se sirvió un poco más de jerez. Procuraba mantenerse animado hasta la tarde, pero no siempre lo conseguía. Suspiró. Había tenido un largo día de trabajo en la oficina, incluyendo una sesión muy cansada con el grupo de previsión por computadores. Se sentía cansado, aunque bastante insatisfecho de sí mismo, y su cansado cuerpo rebosaba compasión por su cuñada. Sin ser capaz por lo pronto de pensar con mucha claridad, deseaba poder convertirse, para beneficio de ella, en sabio y bueno.

—Tendrás que ir a ver a Tallis —dijo Rupert.

—Sí, pero por ahora ni siquiera puedo pensar en eso. Gracias a Dios no sabe que estoy aquí.

Rupert puso un gesto inquieto. Tanto Simon como Axel le habían contado el curioso encuentro entre Julius y Tallis y cómo Tallis se había enterado de la llegada de Morgan. Se lo

había dicho a Hilda, la cual le convenció de que no dijera nada a Morgan. Hilda no quería que su hermana se desquiciara. Y le parecía que a Morgan le sería insoportable la idea de que Tallis y Julius habían hablado. “Hay que evitarle emociones durante algún tiempo más”, le había dicho a su esposo. Rupert no estaba convencido de ese efecto en Morgan y no podía comprender el estado mental de ésta, pero accedió al silencio que le pedía su mujer. De haber estado él en el lugar de Morgan habría sido incapaz de recuperarse en una casa ajena mientras que la persona a la que había ofendido era mantenida en la ignorancia. Haber demorado el encuentro habría sido para él un tormento

—¿Has vuelto a ver a Julius? —dijo Morgan.

—No. —Rupert tenía que comer con Julius al día siguiente pero no veía razón para decírselo a Morgan.

—Quisiera que Julius se mudase. Y espero que lo haga pronto. Alguien de Dibbins me dijo que el propósito de aquél era aceptar una oferta de colocación en Alemania. No quiero encontrármelo antes en Oxford Street.

—¿Has ido a verlo, Morgan? —le preguntó Rupert. Sentía una gran curiosidad acerca de la mente y el corazón a los que había aludido tan confiadamente, pero carecía de la habilidad de Hilda para hacer las preguntas adecuadas.

—No sé. No quiero verle. Quiero mantener una cabeza clara.

—La necesitarás.

—Sí, sí, sí. Ayúdame a tenerla, Rupert. Me siento tan cobarde en estos momentos. ¿Y Peter, cómo está? ¿Vas a verlo?

—Le he pedido que venga él aquí. Quizá venga, quizá no. —Rupert se encogió ante la posibilidad de que fuese también Tallis.

—Me gustaría ver a Peter. No querría que viviera... allí.

—Tampoco nosotros, por ahora.

—Debe de haber cambiado mucho. ¿Tienes una fotografía reciente de él?

Rupert se inclinó para revolver en el cajón de su mesa-despacho. Allí guardaba Hilda el grueso álbum de fotos de la familia, meticulosamente al día.

—Aquí está

—¡Cielos, si es ya un hombre! Se te parece.

—Es más guapo que yo.

—No; más guapo eres tú. Pero él debe de ser más alto. Los dos tenéis ahora un aspecto noble. Me encantan esas caras grandes, rubias y con aire de mando. Das la impresión, Rupert, de ser jovencísimo con esa cabellera rubia suelta y con tu sonrisa tímida que te da el aspecto de un muchacho.

—¡Cómo exageras! He engordado mucho. También

—Pues te sienta bien. Deja que mire algunas de las fotos anteriores. El estar contigo y con Hilda me da de nuevo la impresión de mi continuidad. Siempre tendría una que sentirse continua, ¿no te parece? En los últimos tiempos me he sentido como un tronco. Aquí estamos Hilda y yo. Debe de ser de hace un siglo. Qué bien está aquí Hilda, tiene su aspecto angelical. Desde luego, Hilda estaba entonces maravillosa. Bueno sigue estándolo.

—Tú has cambiado —dijo Rupert. Miró aquella foto. Hilda, mucho más delgada, con rostro radiante y oscuros rizos. Morgan aparecía encogida y con la cara enfurruñada, echada hacia delante y las manos en los bolsillos—. Es como si hubieras florecido ahora...

—Indudablemente es como si el matrimonio y el adulterio me hubieran favorecido. Y Hilda... sí...

—Convéncela para que se tiña el pelo. No se decide a hacerlo.

—¿Teñirse? ¿Acaso tiene canas? No me he fijado.

—Algunas tiene. No sé por qué no se tiñe. El cabello tan oscuro como el de ella se presta mucho para quedar bien con el tinte.

—Me asombras, Rupert. Habría creído que para ti el teñido es una falsificación. Recuerda cuando me diste aquella especie de conferencia sobre el contrabando una vez que traje de Suiza una cámara.

—El contrabando implica mentir.

—¡Rupert, cuánto te admiro!

—¡Deja de burlarte de mí!

—Te lo digo en serio. Y créeme que te envidio. Os envidio a los dos, a Hilda y a ti. Tenéis lo que me falta a mí. Orden, orden, orden. Ya le dije a Hilda que le envidiaba tener un marido que funciona. Como esposo, Tallis, era un muelle roto.

—¡No puedo imaginarme a Tallis implantando el orden! Pero tiene otras cualidades.

—Vivir con Tallis era como vivir en un campamento de gitanos. Al principio todo parecía espiritual, libre y de otro mundo. Luego se hacía deprimente. Me hacía perder el sentido de mi identidad. Experimentaba aquel lío pero no podía dominarlo. Lo malo era que Tallis no confiaba en que yo dominase la situación. Con Tallis no había formas ni límites; las cosas no tenían fronteras. Es difícil de explicar. Al final todo lo de él me irritaba terriblemente, incluso sus pecas.

—¿Por qué incluso sus pecas?

—Me encanta cuando a veces te pones malicioso, Rupert. ¡Eres tan caritativo casi siempre!

—¿Qué esperaba Julius de ti?

—Que respondiera a su magia. Que pudiera predecir mi conducta. Que fuese yo alegre en las ocasiones oportunas y tranquila en las también oportunas. Que cocinara. Julius guisa muy bien.

—Ya veo que era muy distinto al otro.

—Pero difícil de conllevar. Con Julius todo era ritual. Ah, Rupert, hay gente que se comunica con los profundos abismos de la mente de una y esa gente es aterradora.

—Eso era lo que hacía Julius.

—Sí, y Tallis también. ¿Por qué no pude encontrar un hombre corriente?

—Como yo.

—Tú no eres corriente, tonto. Dime, Rupert, ¿qué hizo Julius durante la guerra? Cuando se lo pregunté no me lo quiso decir

—Tampoco lo se yo.

—Sospecho que hacía algo absolutamente celestial para los norteamericanos. Algo horrorosamente biológico.

—Me dijo una vez: “He tenido una guerra muy cómoda”. Supongo que se dedicaba a alguna clase de investigaciones.

—Seguramente era algo horrible. ¿Te importa que me sirva más whisky?

Morgan se levantó y empezó a pasear por la habitación moviendo el vaso. Estiraba sus largas piernas. Andaba de puntillas. Llevaba unas medias azul marino y sandalias también azules. Se acercó a mirar por la ventana, empujando una hoja para abrirla más. Rupert la contemplaba. Tenía la impresión de que su cansancio le estaba entonteciendo. Morgan se hallaba en un estado de ánimo eléctrico. Necesitaba que la interrogaran, que la acorralasen. Necesitaba, para decirlo con sus propias palabras, que la obligasen a hablar. Rupert deseaba poder reaccionar con mucha vivacidad y ser exacto, compasivo y serio en vez de torpón, vago y algo sentimental.

—-Qué raros son estos crepúsculos de verano! —dijo Morgan. La habitación se estaba oscureciendo—. La luz se intensifica y, sin embargo, disuelve las formas en vez de darles relieve. Qué extraño parece tu jardín. Y en la piscina hay un brillo azul muy curioso. Es una luz como para ver fantasmas. Rupert, Tallis parecía ver cosas de las que no me hablaba. A veces resultaba casi alarmante.

—Tallis no bebía mucho, ¿verdad?

—No, nada de eso. Qué luminosas son tus rosas. El aire se carga de aromas y puede olerse la oscuridad. ¡Oh, Rupert, Rupert, Rupert...!

—Ya sé, querida. Me gustaría poder ayudarte, pero esta tarde no parezco estar muy animado. ¿Quieres que encienda la luz?

—No, nada de luz! Dime lo que necesito, Rupert. ¿Debo someterme a una prueba, a un castigo o a algo así? ¿Qué me quitara esta sensación que tengo de ser un pedazo de papel sucio tirado en el suelo?

—¿De verdad quieres que te hable en serio, Morgan?

—¡Lo estoy pidiendo a gritos! ¡Necesito tu ayuda, Rupert

—¿Ha terminado definitivamente lo que había entre tú y Julius?

—Digamos que sí.

—¿Sigues amando a Tallis de algún modo?

—Supongo que sí. Me obsesiona.

—¿Le amabas?

—Era una ternura terrible y fatal. Era tan conmovedor... antes de empezar a fastidiarme.

—Supón que alguien te dijera: “Por qué no vuelves con Tallis” .

—¡Me encanta esa manera de decirme: “Supón que alguien te dijera X” en vez de decirme directamente X! Espero que eso será por tus hábitos filosóficos. No sé, Rupert. Quizá lo que deseo es huir de Tallis, escapar. Dios mío, si fuera tan sencillo.

—Imagínate que alguien... ¿Qué me dices del divorcio?

—Eres único para impresionarla a una.

—Bueno, ¿qué me respondes a eso?

—Todo lo del divorcio es feo, destructor y horrible.

—Procura pensar con claridad, Morgan. Si de verdad quieres apartarte de Tallis, lo que dudo, debes ser justa con él. Ten en cuenta que también a él se le va pasando la vida como a ti la tuya. Y él ha aguantado una situación muy poco clara con gran paciencia.

—Sí, sí. Quiero ser honrada y justa. ¿Cómo hay que hacerlo, Rupert?

—En último término, por el amor, querida. El amor es el nombre último y secreto de todas las virtudes.

—Es bonito eso. ¿Lo dices en tu libro? Pero ¿cómo pude convertir en amor una obsesión? Ya no puedo ver a Tallis como lo veía antes. Es como algo que llevase yo colgado al cuello. El amor tal como lo consideráis vosotros me resulta demasiado difícil, Rupert. Fíjame una meta inmediata. ¿Qué puedo intentar hacer de que se me suponga capaz?

—Tener calma. Es tremendamente importante la calma mental. Estáte tranquila y déjate sumergirte, por decirlo así. Húndete en las profundidades de tu propio espíritu y pierde allí tu ego tan inquieto.

—Rupert, eres maravilloso. Me muero de curiosidad por conocer tu libro. ¿Cómo quieres que esté tranquila si estoy viviendo con la perspectiva de ver a Tallis?

—Entonces, lo mejor que puedes hacer es ver a Talhs y librarte de eso.

—Aún no, aún no. Rupert...

—Dime, criatura...

—Le jugué a Tallis una mala pasada. No me refiero a lo de irme con Julius. Eso fue una catástrofe, pero no una grosería. Es que cogí dinero de Tallis.

—¿Qué quieres decir?

—Teníamos una cuenta bancaria conjunta. Lo cual es una idiotez, desde luego. De todos modos, era más su dinero que el mío. Pero cuando decidí quedarme en Norteamérica, casi lo saqué todo.

—¿Cuánto le debes?

—Unas cuatrocientas libras.

—Tienes que devolvérselas.

—Es que no las tengo, Rupert. Ahorré mucho dinero en Dibbins pero luego me lo gasté todo en la Costa oeste y en Vermont antes de decidirme a volver aquí. Tenía, además, que pagar varias cosas, y...

—Te prestaré ese dinero.

—Rupert, puedes creerme que si te he dicho esto no ha sido para...

—Escucha, Morgan, no te preocupes por el dinero. Quiero decir que no sea para ti problema alguno que te lo preste yo. Me sobra. Y soy tu hermano.

—Lo que eres es mi ángel. Siento haber planteado esto. Me estoy portando muy mal.

—Si quieres poder pensar libremente, debes pagar tu deuda. Cualquier problema cuya causa sea el dinero le saca a uno de quicio.

—Tienes razón. La verdad es que no pensé en eso que te he contado cuando estaba en Norteamérica. Pero desde que emprendí el viaje hacia aquí, eso me atormenta cada vez más. Pero parece...

—No seas tonta, Morgan! Te daré un cheque. ¿Necesitas más dinero? Me es muy fácil proporcionártelo.

—No, Rupert. Sólo esa deuda. Te devolveré ese dinero. Te estoy agradecidísima. Y no te diré más. De sobra sabes lo que siento. Y hay otra cosa, Rupert.

—¿Qué?

—Te importaría no decírselo a Hilda?

—¿No decirle a ella...?

—Lo del préstamo. Es que a Hilda no le he dicho nada de eso. Por supuesto, se lo diré más pronto o más tarde. Pero me siento tan avergonzada y ya sabes que siempre, toda mi vida, he temido que a Hilda le parezca mal algo que yo haya hecho.

—Creo que deberías decírselo. Pero, en cuanto a mí, no te preocupes; nada le diré.

—Gracias, Rupert. Te aseguro que a Hilda le parecería este asunto mucho peor que mi historia de amor. Pero tengo que decírselo.

Morgan había dejado su vaso sobre una mesita y acercado una silla a la mesa-despacho. Miraba a Rupert en la penumbra.

—¿Así que dudas de que mi verdadera intención sea apartarme de Tallis? ¿Y crees que debo verlo?

—Sí. Y pronto. Y no aquí. Sino en su territorio. Escríbele, Morgan. No has de decirle mucho en esa carta. Sólo que irás a verlo. Ya sabes que es muy amable.

—Por favor, Rupert, no, no...

—Tienes que decidir qué clase de persona quieres ser...

—Me da vueltas la cabeza sólo al pensar en escribirle. Y pensar en su amabilidad me da ganas de vomitar. Sólo pensar que voy a ir a su casa... aunque Tallis no debería tener una casa... perdón, estoy diciendo tonterías. También vive allí ahora Leonard, ¿no? Dios mío, tampoco quiero ver a su padre. No podría soportar las relaciones entre éste y el hijo. Resulta tan raro que un hombre quiera tanto a su padre. Lo siento, Rupert, estoy loca. Haces bien en reprocharme, pero temo que tus reproches me gustan. Me consuelan. Nada tienen que ver con una auténtica posibilidad de cambio. Qué curiosa es la mente de una. No hay manera de cambiarse en un ser responsable y justo. Se pierde una en su psique. Se extiende hasta el fin del mundo y es blanda, cálida y pegajosa. Nada tiene realidad, ni partes duras ni centro. La única realidad la constituyen sólo cosas inmediatas... como... esto —Morgan tendió una mano y cogió del despacho un pisapapeles alargado, verde, y se lo puso sobre la frente. Hubo un momento de silencio. Bajó la mano y se puso a observar el pisapapeles—. Qué bonito es. Debe ser un mineral. Qué maravilloso vetado tiene.

—Es malaquita. Quédate con él. Es tuyo.

—Rupert, querido, no deberías...

—Lo he tenido desde niño. Ahora me encanta regalártelo.

—Debe de ser tan precioso... Muchísimas gracias, Rupert, me quedaré con él. Habéis sido inconcebiblemente buenos conmigo, tú y Hilda... Quizá debieras encender la luz, Rupert. — Morgan se levantó.

Se oyó algo detrás de ellos y la puerta empezó a abrirse lentamente. Una figura alta, pálidamente vestida, apareció en pie en la penumbra del marco de la puerta. Morgan dio un gritito y se retiró hacia la ventana.

—Enciende la luz, por favor —dijo Rupert con voz aguda.

Varias bombillas se encendieron en la habitación, que de pronto se iluminó muchísimo. Era Julius.

Rupert se levantó con un brinco. Morgan se había llevado las manos a la garganta. Tras ella, el cielo oscurecido. Julius cerró la puerta. Dijo:

—Hola, Rupert. Buenas noches, señora Browne.

Rupert dijo:

—Escucha, Julius, te dije...

Julius sonreía aún; le relucían los ojos.

—Lo siento, Rupert. Veo que he venido en un momento inoportuno y que estoy interrumpiendo un tete-a-tete. Pasaba por aquí cerca y pensé que te encontraría solo. No era una idea irrazonable. Quiero cambiar la cita que teníamos para mañana. Pero quizá debo marcharme. Perdona. —No miró a Morgan.

—Ya nos veremos —dijo Rupert. Estaba muy enfadado. Siguió a Julius por las escaleras después de haber cerrado la puerta del despacho.

En la puerta de la casa estaba la luz de la tarde brillante, intensa, aún no había oscurecido. El jardín olía casi intolerablemente a lima y madreSelva. Cantaba un mirlo. Rupert cogió del brazo a Julius y le empujó hacia la entrada.

Le dijo en voz baja:

—¡Qué ocurrencia!

Julius murmuró:

—Lo siento. En cuanto a mañana, ya te telefonaré. Buenas noches. —Se volvió en dirección hacia Gilston Road.

Rupert volvió a entrar rápidamente en la casa.

Morgan seguía junto a la ventana en la misma actitud. Bajó las manos y miró a Rupert inexpresivamente. Luego le dijo:

—¿Quieres más whisky? —Cogió el vaso de ella, que dijo:

—Oh, Dios mío, ¿por qué tenía que haber venido?

Rupert sirvió más whisky. Dijo:

—Mira, Morgan, has de hacer un serio esfuerzo...

Y ella:

—Rupert, no me dejes hacer tonterías, átame... —Y luego—: Lo siento mucho. —Se movió, lanzó un ¡Oh!, y Rupert creyó que ella se iba a desmayar. Pero cuando tendió una mano hacia Morgan, ésta se apartó. Se abrió la puerta del despacho y Rupert oyó los pasos de ella que bajaba a toda prisa las escaleras. Se abrió la puerta de abajo.

Rupert se apresuró a salir al descansillo. Desde allí vio a Morgan que abría la verja y que salía corriendo hacia la derecha por la carretera.

Rupert volvió al despacho y puso en la mesa el vaso de whisky. La piedra de malaquita verde seguía donde la había dejado Morgan. La guardó en un cajón, luego suspiró profundamente y empezó a beberse el whisky.

Capítulo 8

En cuanto Morgan llegó a la verja supo que Julius debía haber ido hacia la derecha pues, si no, estaría aún a la vista. Corrió hasta la esquina de Gilston Road y miró en ambas direcciones pero no lo veía por ninguna parte. Toda la zona parecía de pronto llamativamente vacía, a pesar de las filas de automóviles aparcados, árboles silenciosos y casas inmóviles. Se habían encendido las lámparas de la calle, pero el cielo al fondo, con su rica luz azul aún se hacía presente. Se volvió Morgan de nuevo hacia la derecha y sus tacones resonaron sobre el caldeado pavimento. Llegó a Tregunter Road y miró a ambos lados, cruzó a la otra acera y volvió a mirar. No se veía a nadie, sólo muchos automóviles vacíos y los globos de alumbrado brillando en el aire que empezaba a oscurecer. Ahora le molestaba en los ojos la incierta y nueva luz de la noche. Respirando dificultosamente empezó a correr por la curva de los Boltons, a mano izquierda. Cuando había llegado ya a medio camino, tuvo que detenerse y apoyarse en un muro. Sollozaba con una emoción incoherente. Luego reanudó la marcha a toda prisa tocando, para sostenerse, las cremosas balaustradas de estuco. Cuando casi había llegado a la esquina siguiente vio que una pálida figura se materializaba delante de ella. Era Julius, que había ido hasta el otro lado del óvalo y que ahora se acercaba a la intersección con el Old Brompton Road.

—¡Julius!— Pero su voz era como en sueños, más bien un débil gruñido, y él seguía retrocediendo. Andaba con mucha rapidez.

Morgan empezó de nuevo a correr. Llegó hasta él en la esquina del Old Brompton Road, donde se había parado y miraba a ambos lados, sin duda confiando en que pasara un taxi.

—Julius, soy yo.

Él se volvió hacia ella, no sorprendido sino algo irritado y preocupado. Luego miró de nuevo en las dos direcciones de la calle.

—Julius...

—No debías haber corrido.

—Qué voy a hacer sino correr —dijo Morgan desesperada—. Correr, correr, correr.

Julius seguía mirando si pasaba algún taxi. Se le reflejaba el globo de luz en las gafas. Llevaba una chaqueta amarillenta y una camisa de cuello abierto. Dijo:

—Lamento mucho tener prisa, pero estoy citado.

—¿Por qué viniste a Priory Grove? —dijo Morgan—. Tenías que saber que me encontrarías. Lo hiciste a propósito. ¿Por qué? ¿Por qué?

—No fue un impulso afortunado. Me disculpo. Por favor, perdona. —Empezó a alejarse de ella a lo largo del Old Brompton Road en dirección a South Kensington.

Morgan empezó a andar apresuradamente junto a él. Transitaba ya alguna gente por las aceras y Morgan tenía que ir detrás de Julius. De nuevo se le agitaba la respiración. Bastaba la presencia de Julius para que ella perdiese toda calma. Si por lo menos se hubiera parado él para dejarla que le hablase. Morgan tuvo que gritarle:

—Julius, no vayas tan rápido, por favor; tengo que hablar contigo.

—¿De qué? Nada nos queda que decirnos, ¿no?

—Oh, Julius, ¿por qué has venido? Estoy desesperada; por favor, ayúdame. Todo es por ti; eres la única persona que puede ayudarme ahora.

—No me gustan los discursos melodramáticos en sitios públicos. Y lo que dices apenas es verdad. Lo siento, tengo además prisa por llegar a otro sitio.

—Por favor, párate un momento, sólo un momento. En seguida te dejaré. Te prometo marcharme luego.

Se detuvieron, uno frente al otro, en la esquina de Drayton Gardens. Había allí una taberna con ventanas doradas y un rumor acogedor que venía de los clientes de dentro. El cielo estaba ya casi totalmente oscuro.

—Por favor, entremos ahí un momento—dijo Morgan. Creía que en cuanto se sentara un poco podría ya pensar.

—Sabes muy bien que detesto las tabernas.

—Julius, ayúdame.

—Eres ya una persona mayor que debería saber defenderse. O si no tienes más remedio que echarle encima tus problemas a alguien, recurre a tu hermana y a su marido, a los que sin duda les gustar. No soy una nurse.

—Ya sé que fui yo la que huí de ti, Julius. Pero me hiciste dejarte. Sabes que fuiste tú.

—Ésta es una discusión inútil y más bien metafísica. No quiero parecer duro de corazón, pero sólo conseguirás trastornarnos a los dos y el episodio al que te refieres es asunto pasado.

—Quizá te sientas herido y resentido...

—Ni lo uno ni lo otro. Sólo quiero que reconozcas que; eres una persona con libre voluntad y razón. De modo que ve a ejercitar esas facultades a otro sitio.

—Pero es que sigo queriéndote.

—Eso es asunto tuyo. Hay varios métodos bien conocidos para extinguir el amor.

—Es que yo no quiero que se acabe. Julius, ¿es que ya no me quieres nada?

—Por favor, habla bajo. Como recordarás, nunca te prometí amor ni dije que te amase.

—Dios mío, es verdad —dijo Morgan, y lanzó un ronco sollozo sin lágrimas.

—Creí que nos comprendíamos el uno al otro.

—Es que nunca pude aceptar esa actitud —dijo ella—. Oh, querido...

—Vaya, vaya. Recuerda que estamos en plena calle. Me molestan las escenas y las mujeres excitables y revueltas. Lo sabes de sobra. En tiempos me pareciste no ser una de esas mujeres. En ese aspecto, me resultabas excepcional. Ése fue mi error y me disculpo por ello. Te dije claramente que de mí no podía esperarse amor. Te revelé bien claro lo que te podía ofrecer. Y tú parecías estar de acuerdo. Pero te tomaste la libertad de dar por cierto que yo sentía exactamente lo que tú deseabas que sintiera.

—Sé que fue culpa mía —dijo Morgan—. Pero no podía hacer otra cosa. ¡Te quería tanto! Y tú estabas allí. Oh, Cristo...

—Por favor, perdona, siento mucho estar tan frío. Es posible que esté tan trastornado como tú. Pero de poco te serviría si me pusiera sentimental. Eres una mujer inteligente. Trata de comprenderme.

—Me doy cuenta. Y es un infierno. Julius, ¿no podemos salvar un poco de tanto como hubo? Aquello fue lo mejor de mi vida. Bastaría un poco de aquello para salvarme. Sé que nunca me has engañado, nunca, nunca, nunca. Me he engañado a mí misma. Por favor, ¿no puedes darme algo de lo que hubo?

—¿Qué quieres?

—Amistad, apoyo, comprensión...

—Incluso eso es demasiado o bien una labor de enfermera. En todo caso, no puedo dedicártela. ¿Cómo puedes haberte equivocado de tal modo sobre mi manera de ser? Entonces creía yo que me conocías muy bien.

—Ahora soy tonta y emotiva, pero, por favor, ¿quieres que nos veamos con más tiempo? Dime que aceptas y me iré en seguida. Seré muy tranquila y sensata.

—Ese plan no tiene objeto. Reconoce que estás enferma. Y no puedo curarte, ya que soy yo la causa de la enfermedad.

—Eres el responsable—dijo ella—. Es culpa tuya.

—Te estás volviendo histérica. Tengo prisa y he de dejarte.

—¿Me das a entender que no quieres volver a verme?

—No. Esa clase de declaración sería propia de un drama que ya sólo existe en tu mente. Las cosas de este mundo terminan y ésta ha terminado. Estoy diciendo que no quiero volver a verte. Y si piensas, cuando no estés ya tan emotiva, comprenderás que cualesquiera encuentros posteriores serían tan infructuosos y desagradables como éste. Ahora, por favor, separémonos. Buenas noches.

Empezó a alejarse rápidamente, cruzando Drayton Gardens y siguiendo por la calle. La oscuridad del cielo se había hecho ya total y Julius pareció desaparecer absorbido por los transeúntes. Morgan corrió tras él. Volvió a alcanzarle y le sujetó por una manga.

—Julius, déjame ir contigo hasta que encuentres un taxi.

—Como quieras.

—Julius, ¿qué voy a hacer?

—¿Por qué no vuelves con tu marido? Me pareció muy buena persona.

—¿Cómo?—Morgan se detuvo y Julius, parándose a uno o dos pasos delante de ella, miró hacia atrás .

—¿Qué te pasa ahora?

—Espera un momento—dijo Morgan—. Has dicho que te pareció... Pero si nunca has visto a Tallis.

—Lo conocí hace uno o dos días en casa de Axel. ¿No te lo ha dicho nadie?

Morgan empezó a andar automáticamente y siguieron juntos aunque ya más despacio.

—Así que en casa de Axel conociste a Tallis. Oh, Dios mío...

—¿Y qué hay de raro en eso? No me agredió. Incluso me dio la mano. ¿Por qué te trastorna tanto esa noticia?

—Te estrechó la mano. —Fluían las lágrimas por las mejillas de Morgan y se frotó los ojos con los nudillos.

—Deberías alegrarte de que nos hayamos conocido como personas civilizadas. Y, como te he dicho, me pareció un buen hombre.

—En cierto modo, esto es el final. Lo siento. No sé lo que digo...

—Me extraña que nadie te lo haya dicho. Rupert tiene que haberlo sabido.

—Lo siento. Creo que ahora me volveré. ¿Sabe Tallis que yo he regresado?

—Sí.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Axel —dijo Julius después de pensarlo un poco—. No llores. En fin, buenas noches.

—Un momento —dijo Morgan. Estaban parados en la esquina de Cranley Gardens.

—¿Qué quieres ahora?

—Escucha —dijo. Su boca parecía rebosar amargura y dolor—. Hay algo que no sabes. Cuando te dejé, cuando me hiciste dejarte, me llevé de Carolina del Sur un pequeño recuerdo.

—¿Qué quieres decir?

—Descubrí que estaba embarazada.

Julius lanzó un tembloroso suspiro. Se apartó rígido de ella, andando hacia Cranley Gardens. Ella le siguió, tratando de ver su rostro.

—¿Y qué ocurrió?

—Por supuesto, tuve un aborto. Fue muy caro. Pero no voy a pedirte dinero.

El tráfico rugía detrás del moviente friso de figuras oscuras. Después de un momento dijo Julius:

—Consideras la destrucción de una criatura como una operación financiera.

—Entonces parecía eso. —Morgan sintió un horroroso temblor premonitorio de miedo.

—¿Y no se te ocurrió consultarme sobre la posibilidad de que mi hijo viviese?

—No creí que te importase. —Ni por un segundo había pensado que a él le preocupase.

Julius estaba silencioso. Luego murmuró: “otra vez”, y empezó a moverse hacia la calle central. Luego dijo:

—¿Era varón?

—No lo pregunté —dijo Morgan—. No pensé en aquello como si tuviera sexo. En lo que a mí concernía, era como si fuera una enfermedad.

Un taxi fue avanzando hacia las luces de tráfico. Julius le hizo señas y el taxista se acercó a la acera. Le dio una dirección —calle Brook— y a Morgan “Buenas noches”. La portezuela del taxi se cerró de golpe. Las luces cambiaron y el taxi partió.

Morgan se quedó allí empujada y codeada por la gente. Luego se apartó unos cuantos pasos y, apoyando la cabeza en un muro de ladrillos, empezó a sollozar histéricamente.

Capítulo 9

—¿Y después de todo, para qué son, sino para besar al pie que les ha dado una patada en los dientes? Y cuando el ganado ha muerto y han muerto los niños y se están rascando con tiestos aunque nunca he podido descubrir qué es eso, supongo que si uno no tuviese jabón se podía rasparuno la suciedad como se quita uno el barro de una bota vieja y no es que tenga interés hablarte de jabón, ni tampoco de tiestos si, vamos a ver, ya que tú nunca te lavas y vas por ahí como un cordero sucio, con una cola asquerosa y después de todo eso y de tanta porquería sobre los elefantes y las ballenas, las estrellas matutinas y demás, ahí siguen gimiendo y arrastrándose y disfrutando de que les den patadas en la cara. Me pican endemoniadamente mis dedos de los pies. ¿De qué crees que puede eso ser síntoma?

—De tener los pies irritados—dijo Tallis.

Estaba sentado a la mesa de la cocina. Había intentado escribir una conferencia intitulada “El Movimiento de la Trade Union y la Revolución Rusa”. Había empezado una frase: Durante aquellos años Lloyd George desempeñó un papel ambiguo, y él... cuando había entrado en la cocina Leonard. Eso había sido una hora antes.

Aunque ya era tarde hacía aún calor en la cocina. La ventana estaba abierta de par en par y la luz eléctrica descubría un trozo cuadrado de desconchada y ruinosa pared de ladrillos por fuera. El fregadero apestaba a orines. Tallis había empujado unos platos sucios y apilándolos había hecho sitio en la mesa para sus cuadernos. Leonard estaba sentado en el sillón de mimbre y se mecía en él haciéndole lanzar chirridos. Los paquistaníes tocaban música de iazz arriba. En la calle, una mujer chillaba. Tallis se movía nervioso, medio se levantó y luego, cuando se fue callando la mujer que chillaba, él cayó sentado en la silla. Le

era difícil fijar la vista en la página. Leonard, al hablar, lograba el efecto de vaciarle de pensamientos la cabeza.

—Además —dijo Leonard inclinándose hacia adelante y frotando su papada sobre el mango del bastón al que sostenía entre las piernas—, además, de nada sirve todo eso que hablan del progreso. Si logran una cosa, pierden otra. Es automático. No pueden ganar. Ahora parlotean de la felicidad. Pero ¿qué es? Ni siquiera lo saben. Si disfrutaran de ella la cuidarían. Y hay otra cosa. Desean, al precio que sea, un cambio, y por eso siempre desencadenan guerras, guerras y más guerras, hasta que en este globo no haya más que viejos huesos y bolsas de plástico y una masa de arañas. Las arañas son las que sobrevivirán más tiempo. Y el plástico es indestructible. Así es este sitio. ¡Qué planeta!

—Papá, vete a la cama —dijo Tallis.

—Desde luego, todo fue mal desde el principio.

—Déjame tranquilo, papá, tengo que trabajar.

—¿Qué cenaste?

—Habas cocidas.

—¿Y qué tomé yo?

—Pollo de una manera o de otra.

—Tengo hambre.

—Pues prepárate unas tostadas.

—¿Me preparas unos huevos escalfados?

—No.

—¿Dónde está Peter?

—No sé.

—Las arañas se comerán una a otra.

—Espero que sí. Mira, papá...

—Así se quedarán tranquilas.

—Es casi medianoche.

—Pueden vivir en las bolsas de plástico.

—Tengo que terminar esta conferencia.

—¿Sabías que tu mujer estaba en Inglaterra?

—Sí.

—¿Vas a verla?

—No.

—¿Es que tengo un hijo tonto?

—Date cuenta de que...

—No sé si sabrás cómo pones la boca cuando hablas. De vez en cuando deberías mirarte a un espejo. Lo malo es que no sé si sobrevivirías a la impresión.

—¿Cómo sabías que está ella en Inglaterra?

—Me lo dijo Peter. Me advirtió que no te lo dijera.

—¡Vaya par de discretos que sois Peter y tú!

—¿Por qué no quieres verla?

—Si no quiere verme, tampoco yo a ella. Por lo menos, por ahora, no.

—¿Así que tienes un plan?

—No, no sé lo que haré. Quiero decir que no puedo predecirlo.

—Lo único realmente bello que has hecho en tu vida fue casarte con esa chica.

—De acuerdo sobre eso.

—Es un misterio el por qué se fijó ella en ti.

—Conforme, conforme...

—Y luego dejaste que te la quitara ese judío.

—Ella sigue libre.

—¡Libre! ¡Vaya una ocurrencia! Te has pasado un año sin nombrarla. Creí que la habías olvidado.

—Pues no; no la olvidé.

—Si dependiera de mí deportarían a Palestina a todos los malditos judíos y a muchos otros habría que enviarlos de donde salieron. Les convendría trabajar un poco para variar... Y a todos los norteamericanos habría que fusilarlos a primera vista.

—Deja de hacer chirriar la silla, papá; me pone nervioso.

—Nunca le diste diversión. A una mujer hay que divertirla

—¿Divertiste tú a mi madre?

—¡No te atrevas a hablarme de tu madre!

—Bueno, respóndeme a lo que te he preguntado.

—No. Pero eso fue porque no tuve el maldito dinero.

—Diversión... —dijo Tallis. Apartó sus cuadernos, y varios platos cayeron al suelo ruidosamente—. Diablos.

—¿Te atreves a insinuar que me porté mal con tu madre?

—No tengo ni idea. Teníamos... Yo tenía solo cinco años cuando ella se fue.

—Ojalá tuvieses de nuevo cinco años. Te daría lo que te mereces, aunque contigo nunca ha servido de nada pegarte. Pero, Dios mío, cómo me divertía.

—Vete a la cama, papá.

—No pude conseguir a una mujer en todos aquellos años. Necesitaba alguna satisfacción erótica. Sacudirte en el culo era algo.

—Vete a la cama. Estoy cansado.

—Siempre estás cansado. Me cansa tu maldito cansancio. Tenías todas las ventajas y mira lo que has hecho con tu vida. Mira como estás.

—En otra ocasión me miraré, si te da igual.

—He pasado una vida horrible y lo peor es que casi se me está acabando.

—No digas tonterías, papá.

—Nada me queda que esperar. ¿Qué es lo mejor que puedo tener aún? Que alguna señora de las que visitan a los ancianos venga a verme y me preste un libro. Cristo, aún debería estar contento. A eso he llegado. Tú fuiste a una universidad. Yo he sido un esclavo tuyo.

—Tuve una beca.

—Hablando espiritualmente, fui tu esclavo. Dios, qué vida tan podrida. Empecé a trabajar a los trece años. Y cincuenta años de aburrimiento. La zorra de mi mujer me abandonó y me dejó un retoño, tú. Muchas veces me pregunto por qué no acabé con todo eso hace mucho tiempo.

—Sí, ¿por qué no lo hiciste?

—Y ahora intentas empujar a tu anciano padre hacia la tumba.

—No, papá, desde luego yo no...

—Sé que te molestan mis huevos.

—Papá, no digas disparates.

—Dios, por si no fuera bastante castigo vivir en esta casa de mierda y ver tu cara todos los días, tengo este maldito dolor continuo en la cadera. ¿Puedes imaginarte lo que es esto? No, no puedes y ni siquiera intentas darte cuenta. Te falta la “simpatía” física.

—El médico quería que fueses al hospital a hacerte un test.

—De esos sitios se sale con los ples por delante. Además, hay allí muchas chinches. Ya no se preocupan de esterilizar las cosas. Saben que lo mismo da.

—Ahora pueden operar la artritis, papá. Pueden arreglarte la cadera.

—¡No quiero que la maquinaria de esa gente se enmohezca dentro de mí!

—Nada de eso. Las cosas sólo se enmohecen cuando les da el aire.

—Sí que sabes mucho de eso. Creo que no conoces ni un solo hecho real.

—Ya son más de las once y media de la noche.

—No estamos en Australia ni en la Luna. Aquí no es un problema que sean las once y media.

—Como quieras. Haz que te ayude alguien o deja de quejarte. Por cierto, el doctor dijo...

—El doctor es un tonto. En estos tiempos no les enseñan bien. ¿Sabías que tu pelo sigue creciendo después de tu muerte?

—No

—Tienen que afeitar los cadáveres. En el hospital hay un hombre sólo dedicado a eso.

—OK. OK...

—¿Por qué has de hablar como un maldito norteamericano? No tendrás que ocuparte de afeitarme. Además, estarás demasiado ocupado celebrando mi muerte.

—Papá, por favor...

—Y te diré otra cosa que no le diste a tu mujer.

—Cállate, papá, y déjame solo. Tengo que trabajar.

—Y le llama trabajo. Vives en un mundo de sueño. Vete; me pone malo verte y olerte.

Tallis se puso en pie, recogió sus cuadernos. Recogió del suelo los pedazos de los platos rotos y los puso en lo alto de una pila de viejos periódicos, debajo del fregadero. Logró vencer el habitual impulso a dar un portazo y empezó a subir lentamente las escaleras. La música de jazz que venía de arriba se hizo más fuerte. Tallis fue subiendo apoyándose en los pasamanos, llegó a su dormitorio y cerró la puerta. Echó la persiana. No había cortinas. Se sentó en la cama diván y se cogió la nariz.

Era una habitación pequeña y estrecha y la cama, que se extendía justo a la pared, ocupaba la mayor parte de ella. No había sábanas sino un montón de finas mantas bajo las cuales dormía Tallis en el invierno y encima de ellas en el verano. Había libros amontonados contra la otra pared. Tallis se echó en la cama. No podía pensar cuando no disponía de una mesa. Era mejor renunciar y dormirse. Levantarse temprano y terminar la conferencia. Dormir. No ser. De nada servía arrodillarse, doblar las manos, murmurar. Rebajarse a sí mismo, postrarse, lamer el suelo y retorcerse. Lágrimas y sexo. “Dios, qué montón de fango es mi mente”, pensó Tallis. Cerró los ojos y procuró respirar despacio y con regularidad. Surgían las palabras involuntariamente hundiéndose en su mente como guijarros. Palabras de un pasado perdido y antiguo. “Ilumina mi oscuridad.” Tiddy pom, tiddy pom, tiddy pom, desde arriba. Los peligros y escollos de esta noche. Teniendo aún cerrados los ojos estiró las piernas y se dio la vuelta para quedar hacia abajo en la cama y hundiendo la cara en la almohada. Esa paz que el mundo no puede proporcionar. Había luz en algún sitio, una luz fresca y preciada, pero muy lejos. La almohada olía a polvo, edad y pena. Era una vieja almohada. Había servido a la vida, la muerte, los nacimientos y estaba muy cansada de todo ello. No tenía funda y le hacía cosquillas a Tallis en la nariz. Desnudarse y apagar la luz. Es una idiotez dormirse así.

Su hermana estaba a los pies de la cama con un largo vestido. Había visitantes de otro mundo que le torturaban a veces con su presencia y le dejaban turbado, perplejo y que muy raramente le deleitaban. Sabía que eran presencias menores, reflejos de la conciencia. Ésta vez era diferente. Aquella figura llegó con una vividez que no era la del sueño y que, sin embargo, surgía en esos momentos de calma y de noche. A veces le parecía que ella le privaba de otras cosas. Se interponía. ¿Era una protección? Llevaba una larga vestidura de color pálido. La mujer debía de haber cambiado con los años haciéndose más vieja, aunque él no

podía recordar. Estaba silenciosa y, sin embargo, parecía hablar. Quizá le hablaba a alguna parte de él, de la cual él mismo nada sabía. Le miraba y, sin embargo, no podía verle los ojos. Siempre estaba muy tranquilo cuando aparecía ella, contento y, sin embargo, un poco asustado al mismo tiempo.

Se sobresaltó latiéndole rápido el corazón. Nadie más que él en el cuarto. La luz eléctrica estaba encendida. Demasiada luz. Con la boca había mojado la almohada. Se sentó en la cama. Llenaba el cuarto la impresionante evocación de Morgan. Mientras ésta se halló inconcebiblemente lejos, fue soportable pensar en ella. Ahora le dolía a Tallis saber que Morgan había regresado a Inglaterra y no fue lo primero que hizo ir a verle. Pero, ¿por qué iba a esperar eso de ella? En realidad, nada había esperado, pensó, mientras ella estuvo fuera. Procuró no pensar en ella, aunque ni por un momento se dijo a sí mismo: eso se ha terminado. Era como si a su mujer la hubieran trasladado a otro planeta. Y no hubo tirón espacial entre ellos. Sin embargo no perdió la esperanza y seguía pensando que allí estaba el hogar de su mujer y la base terrenal de ésta.

Ahora que había regresado, cada día y cada hora de su silencio convertían aquella esperanza en una tortura. Ya no se hallaba Morgan fuera del mundo. La distancia entre ellos era familiar y fácil de atravesar entre W.11 y S.W.10. Podían llegar en autobús cada uno hasta el otro. No, en cuanto a él, no tenía plan alguno. Ni siquiera se preguntaba si era el orgullo lo que le paralizaba cuando sus nervios gritaban: ¡Vuelve! No profundizaba tanto en sí mismo. Sabía que por lo pronto nada podía hacer. Sólo pensar en ella y en el pasado. Desde el principio había sabido que sus reacciones serían difíciles. La tierna y humilde conciencia de las dificultades y distancia entre ellos había sido parte de su amor. Pero había parecido el comienzo de una gran empresa. Y nunca se habían peleado.

Sentado en la cama, se frotó los ojos. Los tenía cansados, le picaban y le parecía tener polvo en ellos. Tenía caldeado el cuerpo, inquieto con el deseo sexual. No había vuelto a hacer el amor desde la última vez con ella. La radio de los paquistanés tocaba Dios salve a la Reina y se calló. Buenas noches, buenas noches. Se oían automóviles a lo lejos e intermitentes gritos en la vecindad. Casi siempre se oían algunos sonidos de turbación humana, gente que gritaba, o que se peleaba, o que lloraba, y borrachos. Tallis se preguntó dónde estaría Peter. Aunque lo procuraba, cada vez se comunicaba menos con el muchacho. El Peter de Tallis era una persona muy diferente al Peter de Rupert e incluso al Peter de Hilda. Tallis lo sabía. Con sus padres, Peter representaba. Tallis había pensado que eso estaba mal, pero empezaba a

creer que podía ser un elemento de salvación para el joven. La separación de la que tanto se había esperado, quizá hubiera privado al chico de su última defensa, la imperativa necesidad de mantener las apariencias. Con Tallis no tenía Peter un papel seguro y vivía en un estado de vulnerabilidad y desnudez no muy lejos de la desesperación.

También habían empezado a ponerse nerviosos el uno al otro. Tallis era torpe, y Peter rudo. Aquél había esperado que su protegido prestase atención a los desventurados que le rodeaban, y que aunque no siempre pudieran inspirar compasión, le parecieran interesantes o por lo menos pintorescos a un muchacho criado en un mundo donde el dinero y la buena educación impedían los gritos y los golpes. Y en ese ambiente las causas de la miseria humana, aunque eran infinitamente complejas, se veían como en sombras, pero se distinguía la máquina. Tallis había esperado que si Peter entreveía la máquina, éste entendería algo y se daría cuenta de que la rebelión puede ser también mecánica y que los males humanos necesitan pensamiento y trabajo que son disciplinas de la imaginación. Si Nothing Hill le hubiese hecho a Peter desear Cambridge, ya hubiera sido algo. Pero ya esos cálculos sólo parecían estúpidos. Peter se había encerrado en un mundo de mitología privada y de aventura personal y lo pintoresco se limitaba a eso. Tallis conocía todos los peligros que había: delitos, heroína, desesperación y desequilibrio mental. Peter no le contaba ya con quiénes pasaba el tiempo. Los objetos que aparecían de vez en cuando en la habitación de Peter no habían sido adquiridos por el anticuado procedimiento de entregar dinero por encima de un mostrador. Y Tallis no había logrado que Peter le hablase seriamente de eso. Se había figurado que Peter necesitaba amor y no precisamente el de sus padres. Y ahora llegaba a creer que quizá lo que necesitase el muchacho fuera ayuda profesional psiquiátrica.

Pensar en eso era muy desagradable.

Todas las cosas de Morgan seguían guardadas con llave en una habitación de abajo. ¿Iría a buscarlas? No. Enviaría a Hilda. ? En este momento no podía negarse a entregárselas. “Podré alquilar la habitación”, pensó. Podría sacar cuatro libras por semana. Hilda le pagaba por la habitación de Peter, desde luego, pero ella no parecía darse cuenta de cuánto habían subido los alquileres en Londres y sólo le daba treinta chelines a la semana, aunque era la mejor habitación de la casa. El gerente del banco planteaba cada vez más dificultades sobre la cuenta en descubierto. Se hacía cada vez más insoluble llevar una vida corriente. “¿Cómo puedo seguir haciéndome responsable de Peter —pensaba Tallis—, si yo mismo no soy capaz

de organizarme? Tengo que dar más conferencias, y por lo menos una clase más.” Pero sabía que, con toda probabilidad, mientras viviera irían aumentando sus dificultades sin cesar.

Tallis se levantó y empezó a quitarse los pantalones. Aún tenía la camisa puesta. Se rascó la espalda vagamente. Se sentía deprimido, amoroso y muy cansado.

Se oía que alguien subía las escaleras y en seguida una llamada en la puerta. Era Peter. Su rolliza cara y sus mechones de pelo rubio asomaron por la puerta.

—Hola, Tallis. Tengo mucha hambre. ¿Hay algo de comer? No veo que haya nada por aquí.

—Hay una lata de lengua en la alacena —dijo Tallis—. Por ahí está el abrelatas. En el aparador. ¿Dónde has estado?

Peter había desaparecido. Tallis se quitó la camisa. Siempre dormía en camiseta. Retiró la manta superior y apagó la luz. Se sentó en la cama con la espalda apoyada en la pared mirando al rojizo cielo nocturno que aparecía por la parte levantada de la persiana. Le parecía ver el rostro de Morgan iluminado de ternura y humor. Deliberadamente, lo hizo desaparecer. Pensó en otras cosas, muy distintas. Empezó a acariciarse vagamente.

—Tallis, ¿estás dormido?

—Maldita sea. No, Peter, ¿qué pasa?

—¿No puedo hablar contigo?

—Muy bien. ¿Dónde has estado?

—Paseando.

Peter se sentó a los pies de la cama de Tallis y su cabezota se perfilaba contra la luz rojiza.

—Peter, miré hoy en tu cuarto y ¿qué vi? Pues vi dos transistores, dos cámaras fotográficas, dos lámparas de bolsillo, tres maquinillas eléctricas de afeitarse, dos bufandas de seda y un encendedor.

—¿De verdad?

—¿Robaste esas cosas?

—La lámpara pequeña, no. Hace mucho tiempo que me la trajo mi madre. Es mía desde los diez años. Creo que le pareció que me alegraría volverla a tener, como si me trajera un osito o algo así que fuese mío.

—Peter, sabes que no debes robar.

—Ya me lo has dicho antes. Pero no me has explicado por qué.

—En primer lugar, está muy mal. Y además puedes buscarte un lío muy serio.

—Esto último me es indiferente y además no entiendo. ¿Qué significa decir que robar está muy mal? Sólo me llevo cosas de los grandes almacenes. No daño a nadie. ¿Qué hay de malo en eso?

—Está mal.

—Pero, ¿qué significa estar mal?

—Demonios —dijo Tallis. Se sentía muy cansado y le sacaba de quicio el deseo insatisfecho. El bien y el mal eran tan sombríos para él como murciélagos—. Es indigno.

—Supón que rechazo la dignidad como valor.

—Deberías respetar la propiedad ajena.

—Estoy dispuesto a respetar a la gente. Pero en el capitalismo esas cosas no son propiedad de la gente sino de inmensas empresas impersonales que ya ganan más dinero de la cuenta.

—Pero eso que haces implica ocultación y falsedad.

—No tanta ocultación como crees. Me llevo las cosas por las buenas y no tengo que engañar a nadie. Si alguien me pregunta qué estoy haciendo, le diré sencillamente que estoy robando. A ti tampoco te miento.

—Les darías a tus padres un disgusto tremendo si te detuvieran.

—Quizá, pero eso nada tendría que ver con robar. Y los padres han de exponerse a esos disgustos.

—No te habrás unido a ninguna banda de ladrones, ¿verdad?

—No, voy por mi cuenta. Soy libre. Sólo estoy experimentando conmigo mismo. No debes preocuparte tanto.

—Todo eso es fatal para ti, Peter. Dios mío, ojalá hubieras vuelto a Priory Grove.

—¡No, allí no vuelvo, ni hablar! Si me echas de aquí ya encontraré otra habitación por aquí.

—No voy a echarte, descuida. Pero deberías darte cuenta que la vida que llevas es disparatada, que vives en pleno enredo.

—También tú vives en un constante lío. Y crees que tu modo de vida es superior a la muy ordenada que llevan mis padres. Y tienes razón.

—No lo creo así.

—Sí, estás convencido de ello. La moralidad, esa moralidad de ellos, es toda ella superstición y egoísmo. Bien lo sabes.

—No sé lo que creo ni lo que pienso. Acuéstate, Peter. Estoy cansadísimo.

—Tallis, no te enfades conmigo. Pero, ¿te importaría dormir conmigo esta noche? Me siento muy fastidiado esta noche; creo que lo pasaré mal si duermo solo.

Tallis estaba acostumbrado a estos cambios de humor y últimamente a esa petición.

—De acuerdo, pero date prisa.

—Noto como si hubiera demonios por aquí.

Tallis empezó a salir de la cama. Cuando dormían juntos utilizaban la cama de Peter, que era más ancha. La interesante fantasmagoría de Tallis no había terminado aún, pero habría sido una lástima renunciar a la vaga e inadecuada satisfacción de tener abrazado a Peter. Abrazar a otro ser humano ayuda a veces. Siguió a Peter al otro lado del pasillo.

Tallis guiñó los ojos por la luz eléctrica y se estuvo junto a Peter mientras éste se ponía un pijama a rayas. Había un olor amargo. Tallis se sentía nervioso, malhumorado y cansado de su conciencia. Le apetecía la oscuridad.

—Vamos, Peter, durmámonos ya por Dios.

Preparó un poco la cama de Peter y se metió en ella. Se apagó la luz. La cama crujía. Se acostaron juntos, ajustando uno contra otro brazos y rodillas en el reducido espacio y luego se inmovilizaron, Peter con la cara apretada contra el hombro de Tallis y éste mirando el pelo claro y fresco en la casi oscuridad de la habitación. Peter sentía los demonios. Tallis los veía. No eran de los peligrosos. Abarcando con sus brazos al muchacho ya dormido, Tallis, con los rudimentos de una erección, veía cómo jugaban los demonios.

Capítulo 10

Morgan empujó la puerta. Ésta chirrió al abrirse y luego quedo inmóvil a medio abrir. Morgan penetró en la oscuridad. Frente a ella se abrió una puerta.

—Oh, Cristo —dijo Tallis.

Retrocedió rápido a la soleada cocina y ella le siguió después de haber cerrado la puerta. Quería decir algo inmediatamente sobre la cocina tan desordenada y sucia a la que podía ver con toda claridad mientras que, en cambio Tallis no lo veía. Pero lo único que se le oyó fue un sonido inarticulado que ella convirtió en una tos. Volvió a toser llevándose la mano a la boca. Tallis le ofreció la silla en la que él había estado sentado y a toda prisa se puso al otro lado de la mesa. Morgan se sentó y Tallis dijo otra vez:

—¡oh, Cristo! —Eran las cinco de la tarde.

—¿Estabas tomando el té? —preguntó Morgan. Aún no podía verlo.

—No. Estaba trabajando.

Hubo un silencio. Tallis se apoyaba en el aparador dándole golpecitos a algunas de las cosas que había sobre él.

Morgan le dijo:

—Perdona que no te haya avisado que iba a venir. Es que lo decidí esta mañana.

—¿Quieres un té, Morgan? —dijo Tallis.

—No, gracias. ¿Tienes whisky?

—No, sólo tengo cerveza. ¿Quieres una?

—No, gracias.

—Puedo salir y traer whisky.

—No, no, no importa.

Desde que supo que Tallis estaba enterado de su presencia en Londres y que había conocido a Julius en casa de Axel. Morgan había sentido una angustiosa y casi humillante necesidad de ver a su esposo. Éste la obsesionaba y la atraía. Sin embargo, hasta que no estuvo ya por la calle no pensó en que no tenía idea de cómo reaccionaría Tallis. ¿Estaría enfadado? ¿Tendría con ella una actitud fría? ¿Lloraría? Morgan había conseguido trasponer el umbral sin desmayarse y ahora estaba sentada allí y había dicho algo, no recordaba qué.

—¿Por qué no viniste, Tallis? —le preguntó Morgan. Parecían habersele paralizado los ojos, fijos en un pico del aparador donde una cuerda colgaba del borde, pero su voz sonaba firme. Sabías que yo estaba en Londres.

—No quería... verte... si tú no querías.

—¿Cómo voy a saber lo que quiero? Qué olor tan horrible hay aquí. ¿Qué es?

—Viene a ser como el olor que teníamos en Putney.

—¿Dónde están Leonard y Peter?

—Por ahí.

—Qué lástima.

—Pero, ¿no es a mí a quien has venido a ver? Morgan guiñó los ojos hasta poder enfocarlos en él. Tallis la estaba mirando, pero Morgan procuró no mirarle a los ojos. Agarraba éste el aparador tras él con ambas manos. Había empalidecido bajo sus pecas y tenía cara enfermiza. Su cara de antes, indefensa, avejentada, hinchada. Morgan pensó que Tallis tenía menos cabello

—He venido para llevarme mis manuscritos. —Como Tallis seguía quieto mirándola, añadió Morgan—: Espero que los tengas aún. —Volvió a toser y se dio unas palmaditas en el pelo. Había logrado que transcurrieran unos minutos y ya tenía que ser más fácil. Deseaba respirar con mayor intensidad. Y cuidar de no mirarle a los ojos.

—Sí, todas tus cosas están aquí. Las guardé bajo llave. ¿Quieres verlas?

—Sí, por favor, Tallis. Quiero que estemos muy tranquilos y ocupándonos de cosas “de negocios”. Nada de charla emotiva. ¿Comprendes?

—Sí, tus cosas están ahí, en la habitación de enfrente.

—¿Puedo verlas en seguida? Tengo una cita a las seis.

Tallis lanzó un ruido inarticulado que sonó medio a risa medio a gemido. Luego dijo:

—No sé dónde está la llave. —Se volvió y empezó a revolver entre las cosas amontonadas en el aparador. Emitió un prolongado “ooooh”, teniendo aún la cara vuelta. Morgan le miró a la espalda y a las zapatillas bamboleantes con los talones agujereados. Se dijo a sí misma: “Nada de ternura ni de piedad, nada. Tengo que verle como a un muñeco. Y debo pasar por esto como una máquina”. Se sentía mareada y le faltaba la respiración, pero sus ojos estaban secos.

Tallis abrió con llave una puerta.

—Lamento que todo esté tan revuelto aquí. Traje todos tus papeles cuando nos mudamos. Creo que los manuscritos están todos ahí, en ese rincón. Pero, quizá quieras mirar todo lo demás. Hay vestidos y otras cosas...

—Deberías haber quitado el polvo. —Una nube de polvo parecía tendida a la entrada como una cortina. Morgan estornudó.

—¡Quitar el polvo! —otra vez la risa y el gemido.

—¿No te importa que mire por aquí? —dijo Morgan—. No tardaré más de diez minutos.

—¿Cierro la puerta?

—No, déjala abierta. No quiero asfixiarme. ¿Podrías abrir la ventana, si llegas a ella?

—Está atascada, no se abre.

—Bueno, no te preocupes, gracias, gracias.

Tallis se esfumó y la puerta de la cocina se cerró. Morgan entrecerró la de la habitación donde estaba ella, se sentó en un baúl y se cubrió la cara con las manos.

“De todos modos —pensó—, lo he visto. Algo de lo peor ha pasado. Este choque de verlo, nunca puede volver a ocurrir. He conseguido mantenerme erguida.” Durante todo el día se había sentido fastidiada, como si tuviera que examinarse. Había esperado hasta las cinco para estar más segura de encontrarle en casa. No quería ir a aquella calle dos veces. Su imaginación no pudo figurarse de antemano el momento del encuentro. Era como si con esa anticipación sus facultades más profundas le fallasen. Lo que sí pudo imaginar, y a eso se aferraba desesperadamente, era a la idea de que llegaría un momento, más tarde, pero aquel mismo día, en que ya habría visto a Tallis. Cuando le hubiera visto y se hubiese marchado ya. Cuando estaría bebiendo algo con Hilda y hablarían de la visita. Morgan bebió mucho whisky antes de salir de casa de su hermana. A nadie dijo que se proponía visitar a Tallis.

No recordaba ya lo que habían hablado, sólo aquel terrible aire de sufrimiento. Procuró recordar lo mucho que la había irritado ese aire en otro tiempo. La vocación de Tallis era el sufrimiento. Pues que sufra. Ella debía seguir siendo fría, dura, fiel a sus propósitos e indigna. Debía mantener afilado y rígido su afán de sobrevivir, aunque se oyeran lamentos y se vertiera sangre. “Mientras pueda tenerlo todo completamente deshecho —pensó—. Hacer que todo siga pequeño, separado y manejable. Nada de enmarcar un cuadro general. No me preocupa lo que esté haciendo él en la cocina.” Pensaba, y su conciencia parecía darle vueltas por el esfuerzo: “No debo ceder ante esta horrible ternura que parte el corazón, ese sentimiento animal. Por ahora, no debo tener cuerdas que me hagan reaccionar mi corazón”. Morgan sentía que se mareaba. Era como si el amor, el terror o algo así tratasen de meterse en la mente. Sentía una angustia que era curiosamente como el deseo sexual. Estaba a punto de romper a llorar.

Morgan se puso en pie. Detalles, detalles, detalles, hay que mantenerlo todo pequeño y separado. Cerró la puerta. Respiraba el aire caldeado y polvoriento espirándolo lentamente por la boca. El sol daba, marchándose, en la ventana tan sucia y la atestada habitación estaba muy luminosa y notablemente atenta, aunque en calma, como si cuanto había en ella se hallase alerta y vivo. Lo escudriñó todo. El suelo estaba completamente cubierto de papeles y

otras cosas. Había tres baúles y varias maletas, varias cajas de cartón con etiquetas de tiendas, montones de libros medio caídos y algunas latas. Los manuscritos de Morgan, atados con una cuerda, estaban en un rincón sobre una maleta. Había tirados por allí chaquetas, abrigos, jerseys, cubiertos de polvo, junto a libros, folletos y separatas. Morgan echó a un lado algunas cosas para hacer sitio y levantaba grandes hojas de periódicos amarillentos que habían sido tendidos como protección contra el suelo entarimado. Trepó hasta los cuadernos y soltó la cuerda que los ataba. Los comprobó rápidamente. Ahora le parecían muy raros. Lenguaje, Fonación o sustancia, Teoría de la asociación y homónimos, De Saussure a Chomsky, El Circulo de Praga y después, Hacia un álgebra del lenguaje. Volvió a atarlos. No faltaba nada. Podría llevárselos ella misma. Empezó a mirar más despacio que antes las cosas que estaban en torno a ella y sintió, con un ramalazo de malestar, la espantosa realidad del pasado. Todas aquellas latas de foie-gras y pollo en gelatina, cangrejos y salchichas para cócteles, y lengua de cordero, de Fortnums, que ella había decidido de pronto comprar para aprovisionar la despensa. ¿Por qué no se habían comido todo aquello mucho tiempo antes? ¿Por qué estaban allí aquellas latas, ya mohosas, entre los viejos jerseys que, según podía ver ella ahora, estaban apolillados? Y aquellas horribles cajas de cartón que parecían de pesadilla. Durante su último período con Tallis, poco antes de marcharse ella a aquella ridícula conferencia de filólogos, se había permitido Morgan una frenética racha de compras. Siempre gastaba el dinero cuando estaba deprimida. Vestidos faldas, zapatos, incluso sombreros, aunque apenas si se los ponía. Esas compras, que no se podía permitir, que nunca se había puesto, algunas de las cuales ni siquiera había desenvuelto, estaban en aquellas cajas de cartón. Le recordaban lo que ya había olvidado: el olor especial de su desventurada vida con Tallis, incluso antes de saber que Julius existía.

¿Pero, había sido en realidad una vida desgraciada? Había habido, desde luego, actitud mental que ahora se desprendía de las cajas de cartón en aquella atmósfera cálida, polvorienta y pesada. En tiempos había amado a Tallis. Éste la había taladrado con su angustiosa y protectora ternura, con su falta tan peculiar de vitalidad. Y en cierto modo la había exaltado haciéndole pensar que lo quería con lo mejor de sí misma. Recordaba ahora esa exaltación y reconocía que había sido un error, una extraña idea que resultó fatal. Sencillamente, Morgan no podía vivir con aquella parte de sí misma, la cual era demasiado pequeña y no le bastaba. Aquel amor estuvo mutilado desde un principio. ¿Podía haber cambiado con el tiempo y creía ella que llegaría a cambiar? Quizá había creído que las dificultades de la vida matrimonial los haría a ambos más corrientes el uno para el otro, más

como cálidos animales compartiendo una trampa. Había habido demasiada conciencia entre ellos. ¿Habría sido todo más fácil y mejor si no hubiera habido un Julius? ¿O de todos modos la inquietud de ella había inventado un Julius? “Esperaba demasiado de mí—pensó Morgan—. No, no era eso, ¿cómo podía haber sido? La verdad es que Tallis esperaba tan poco, quizá demasiado poco. Era como si me aburriera, pero no era aburrimiento. Estamos hechos de diferente material.”

—¿Puedo ayudarte? —dijo Tallis. Había entreabierto la puerta.

—No, gracias. Bueno, llévate esto, ¿quieres? —echó hacia él la pila de los cuadernos con el pie. Sin aventurarse a rozar sus manos con las de él. Tallis sacó los cuadernos pero estuvo en seguida junto a la puerta cuando Morgan abrió una de las cajas de cartón. Para evitar el silencio, dijo ella—: Este vestido no me lo he puesto nunca. Y ahora resulta demasiado largo para lo que se lleva. Se sostuvo contra el cuerpo el largo vestido de terylene color azul oscuro.

—Podrías acortarlo—dijo Tallis.

Morgan temía que se le soltaran las lágrimas. Dejó a un lado el vestido.

—¡Qué revuelto está todo! —exclamó.

—Lo siento. Si hubiera sabido...

—Bueno, lo sabías.

—Sí, debí de haberme figurado que vendrías.

—Las polillas se han metido en todas esas lanas.

—Pensé haber echado algún insecticida.

—¿Por qué no te has comido esas latas de foie-gras, pollo y las demás? Seguramente están ya estropeadas.

—Las habías comprado tú, te gustaban y creí...

—Esas latas no tenían nada especial. Eran para comer. Vaya, mi collar de cuentas de mbar. Me preguntaba dónde estaría.

—Temo que siga roto —dijo Tallis. Se apoyaba en el quicio de la puerta mirando hacia abajo. El collar asomaba por debajo de un papel fino amarillento. Morgan se agachó para sacarlo. Recordó que el cierre se había roto y que Tallis había dicho que lo arreglaría. Le gustaba arreglar cosas para ella. Recordó Morgan la escena en la cocina, la mirada contenta de Tallis cuando examinaba el cierre. Colgó el collar en un gancho y dijo que iba a buscar el material que necesitaba para arreglarlo. Aquello debió de haber sido la tarde en que ella le dijo que se iba a América. Morgan había estado un poco desafiante, Tallis callado. Ambos debieron haberse dado cuenta de que era una decisión muy importante para ambos. Poco después salió ella de Inglaterra. Y Tallis no había arreglado el collar. Evitaba mirarle, pues él tenía aún inclinada la cabeza. Morgan miró su reloj pero tenía la esfera turbia.

—Tengo que cuidar de que no se me haga tarde.

—Ven un minuto a la cocina —dijo Tallis.

Morgan pestañeó varias veces, dejó caer el collar en la masa de prendas de lana apolillada, y siguió a Tallis. Sólo dentro ya de la cocina oyó que se cerraba tras ella la puerta del cuarto de los trastos, y sintióse de pronto amenazada. Probó de nuevo el recurso de la tosecilla, pero esta vez le dio la impresión de que había enfermado de verdad. Le subió a la garganta la amargura.

Tallis, muy deliberadamente, situó una vez más la mesa entre los dos. Parecía ya menos pálido y Morgan observó lo cansado y sucio que estaba. Su escaso pelo rojizo estaba despeinado. Llevaba un informe jersey azul claro con un cuello muy estropeado y muchísimas manchas en la parte delantera, y unos pantalones gris claro, deformes y con rodilleras. Los grandes ojos castaños claros la miraban, no acusadoramente, sino con asombro. Parecía temblar levemente. Morgan evitó mirarle a los ojos y a la boca. Volvió la cabeza sintiendo la mirada de él como un rayo físico que le pinchara la mejilla. Morgan, no aceptando el asiento que él le ofrecía a la mesa, se reclinaba sobre el aparador.

—¿Bueno?

—Creo que soy yo quién debo decirte: ¿Bueno? —dijo Tallis. —¿Vuelves a mí o has venido de visita?

Morgan se tragó su amargura. Parecía irse concentrando la oscuridad sobre su cabeza. Dijo:

—No me figuré que desearas que volviera. —Concentró su atención sobre unas botellas sucias de leche en el alféizar de la ventana.

—Por supuesto que deseo tenerte en casa de nuevo.

—¿Por qué “por supuesto”? No es tan sencillo. Desde luego, para mí, no tan sencillo.

—¿No sigues ya con...?

—No, eso ha terminado.

—Entonces es ya asunto pasado.

—¿Significan tus palabras que ya no te importa?—dijo ella. Tallis estuvo callado un momento.

—No seas idiota, Morgan. Has vuelto, estás aquí. Eso es lo principal, ¿no?

—No te comprendo —dijo Morgan. Y entonces sintió: “No sólo soy vil, también soy vulgar. Sin duda lo comprende. Está hablando con un hermoso sentido común y, de pronto, todo debería parecerme sencillo. Pero no permitiré que lo sea. Tengo que desempeñar un papel, representar un personaje, actuar en una escena, conservarme, he de hacerlo. Ahora debería dar muestras de cierta emoción auténtica; me siento lo bastante mal para exteriorizar mi estado de ánimo. Debería llorar. Pero no lo haré. Dios mío, soy algo vacío.”

—Por favor, no... —dijo Tallis—. No importa lo que argumentes. De nada sirve ahora argumentar.

—No puedo volver así como así —dijo Morgan—. Para mí no tendría sentido.

—¿Quieres decir que antes tendría que ocurrir algo más?

—No, no...

—Sé que esta casa es fantasmal. Pero no tardaríamos en limpiarla y arreglarla. Al tenerte de nuevo aquí, me interesaría que la casa estuviera bien. Todo sería diferente.

Morgan intentó imaginarse a sí misma fregando el suelo de la cocina.

—Bueno, ¿por qué no? oh, no seas tan incongruente —dijo ella. Le lanzó una rápida mirada y vio que le temblaba su pequeña boca. Pensó: “He de marcharme, ya basta, basta, basta”.

—Morgan, piensa.

—Estoy pensando. De nada sirve que vuelva. Lo que debería hacer es irme otra vez. Si no, todo acabaría en llanto

—Ya estamos llorando. —Sin embargo, no lloraba ninguno de los dos y la voz de Tallis era bastante firme.

—No sé tú; yo, no —dijo Morgan. Se sentía exasperada, más fuerte—. Lo he pasado maravillosamente en estos dos últimos años. He vivido de veras. Y voy a seguir viviendo maravillosa y aventureramente. No me meteré en más jaulas. No debimos habernos casado, tú y yo, como sabes de sobra. Es evidente, que no nos convenimos el uno al otro. No me imagino cómo o por qué pudo ocurrir. Fue un error. Nunca hemos compartido nuestros pensamientos más profundos. Estoy convencida de ellos, ahora que me conozco muchísimo mejor. Creí que te amaba. Y en realidad no te quería. En fin, mientras menos digamos, mejor.

—Desde luego me amabas. Y me amas. Pero yo...

—Basta, por favor. ¿Puedes dejarme una bolsa para meter en ella estos cuadernos? Una bolsa de papel me servirá siempre que sea lo bastante fuerte.

Tallis anduvo revolviendo debajo del fregadero y sacó una bolsa arrugada de papel con un mango de cuerda. Cogió de la mesa los cuadernos y los metió en la bolsa. Dijo:

—Morgan, te ruego...

—Y hay otra cosa —le interrumpió ella precipitadamente—. Saqué del banco todo aquel dinero.

Él se quedó mirándola y Morgan apartó la vista.

—Saqué el dinero, que era tuyo y mío. ¿o no te has dado cuenta?

—Sí, me di cuenta.

—Quisiera pagarte algo de aquello ahora. ¿Lo aceptarás? ¿Por qué no vas a aceptarlo si en realidad es dinero tuyo? —Revolvió en su bolso. Cuando tuvo en la mano el libro de cheques, vaciló. Llenó un cheque por cien libras y suspiró profundamente—. Aquí tienes cien libras. Te pagaré el resto más adelante. —Echó el cheque sobre la mesa.

Tallis lo recogió y se lo guardó, sin doblarlo, en el bolsillo de sus pantalones.

—Gracias.

Seguía mirándola fijamente y Morgan no podía ya evitar aquellos ojos. No acusaban pero la mirada resultaba bastante difícil de soportar. Pensó: “Tallis es como el radio. Exponerse demasiado a sus efectos daña los tejidos”. Se daba cuenta de que al fondo resonaba un ruido débil y raro. Quizá fuese el eterno tormento del tráfico de Londres lo que de pronto la había inquietado. O quizá fuese la sangre que latía en sus oídos. Quizás...

—¡Tía Morgan!

Peter había empujado la puerta de la cocina.

—¡Oh, Peter, Peter! —El alivio de Morgan era intenso. Peter llevaba unos pantalones negros muy ajustados y una limpia camisa blanca descotada. Tenía el aspecto de un joven comandante.

—¡Qué maravilloso que hayas vuelto! ¡Has vuelto! Se precipitó hasta ella y se abrazaron entre risas.

—¡Peter, has crecido tanto, estás tan guapo, tan alto! ¡Qué contentísima estoy de verte!

—¡Pues tú, Morgan, estás imponente!

Peter le llevaba, por lo menos, la cabeza a Tallis. A Morgan le había encantado confusamente la estatura del muchacho y el alivio que le había proporcionado con su presencia para terminar el tete-a-tete con su marido. La regordeta cara de Peter estaba sonrosada y brillante y su largo y abundante cabello brillaba con salud y juventud.

A la vez que se disculpaba por estorbar, se reía muy divertido.

—Ya me iba —dijo Morgan cogiendo la bolsa de papel—. ¿Me acompañas, Peter? Me gustaría mucho que me contaras cómo te va todo.

Peter abrió la puerta de la cocina para que ella pasara. No dejaba de reír y de lanzar exclamaciones. Le quitó de las manos la bolsa.

—Oye, déjame que te lleve esto.

—Good-day (buenos días) —dijo Morgan. Había querido decir “Good-bye? (adiós), pero se interrumpió a la mitad y prefirió lo otro. Sonrió forzosamente.

Nada dijo Tallis. Movi6 la cabeza. Su rostro se haba endurecido y se hizo m6s remoto. Los ojos castaños claros miraban en direcci6n a ella, pero sin concentrarse en su figura.

Morgan levant6 la mano en un vago saludo y sigui6 r6pida a Peter. Con alivio y ya casi con alegrfa, respir6 el soleado y rancio aire de la calle, miraba como asombrada las casas y el cielo azul. Pens6: “Ya le he visto, por fin lo hice lo peor ha pasado, ha pasado, ha pasado. Se lo contar6 todo a Hilda mientras bebemos algo. ¡Oh Dios, qu6 alivio!”. Guardase el futuro lo que fuera, cuando volviese a tener intenciones y prop6sitos, lo cierto era que el choque principal ya pas6 y todo serfa mucho m6s f6cil y m6s agradable. Un s6bito sentido de libertad la hizo sentirse ligera e ilimitada como una sombra danzante. Se volvi6 y mir6 los ojos de Peter, que a6n se refan. Empezaron a charlar incoherentemente los dos.

Capítulo 11

—¡Qué crío es Simon! dijo Rupert.

Éste y Axel, con vasos en las manos, estaban junto a la ventana del estudio de Rupert mirando a la soleada escena del jardín. Axel miraba malhumorado la esbelta figura de su joven amante que entonces salía de la piscina. Nada dijo. Hilda, envuelta en un esponjoso albornoz rojo, se hallaba tendida en una estera azul sobre las losetas y se untaba con una loción bronceadora sus brillantes y morenas piernas. Simon miró hacia arriba y agitó un brazo. Rupert respondió al saludo moviendo también un brazo. Axel, casi imperceptiblemente, levantó su vaso.

—¡Dios mío! —exclamó Rupert—. Mira quién está ahí.

Habían entrado Peter y Morgan por los ventanales que llegaban al suelo.

Hilda se levantó a toda prisa y con ese movimiento tiró el tarro de loción bronceadora sobre la estera. Simon lanzó un grito de alegría y abrió los brazos. Axel se apartó de la ventana.

—Ven, Axel, vayamos abajo.

—¡Pensé que debía traerlo conmigo! —dijo Morgan.

—Morgan, ¡qué maravilloso verte! Te he echado mucho de menos todo el tiempo. Hola, Peter —gritó Simon.

—Buenas tardes, Peter, qué bien verte por aquí— dijo Rupert.

—¿De dónde venís? —preguntó Hilda.

—De casa de Tallis —respondió Morgan con indiferencia—. ¿Me da alguno de ustedes algo de beber?

—En seguida, en seguida —dijo Simon—. Traeré más vasos. ¡Qué suerte que se nos ocurriera venir a Axel y a mí!

—¿De modo que viste a Tallis.? Eso está bien, muy bien —dijo Rupert. Sonrió con aprobación, mirando a Morgan pero ella no lo estaba mirando a él.

—Querido... —dijo Hilda, al besar a Peter el cual se apartó muy erguido y luego le tendió un brazo a su madre y le dio unas palmaditas.

—Bebidas para todos, bebidas para todos.

—Gracias, Simon, pero sécate un poco antes de abrazarme, que está s empapado. ¡La verdad es que me apetecen muchísimo unos tragos!

—Perdona la tardanza, queridísima Morgan.

—Peter, ¿puedo decirte unas palabras?— dijo Rupert.

—Por supuesto, padre.

—Entonces, sentémonos ahí un poco apartados de los otros.

—Morgan, ¿qué ocurrió en casa de Tallis?

—Nada, Hilda, que recogí mis cuadernos.

—Pero, ¿lo viste?

—Sí, ¿qué es esa mancha naranja sobre la estera?

—Loción bronceadora.

—Creí que alguien había devuelto. ¿No deberías limpiarla?

—Más tarde, más tarde. ¿Y me dices que nada ocurrió?

—Desde luego, no ocurrió nada. Nada tenía que ocurrir, ¿o sí? ¡Cómo se ha puesto de guapo y buen tipo tu chico!

—Morgan, te voy a hacer una corona de rosas. Hilda, ¿puedo coger algunas rosas para hacerle una guirnalda a Morgan?

—Claro, Simon, pero no las arranques de cualquier modo; necesitarás tijeras de podar. Las encontrarás en el cajón de la cocina.

—Ya sé, ya sé. Oh, Axel, lo siento muchísimo, no te he dado de beber.

—Siéntate aquí, Morgan, por amor de Dios. Peter y Rupert están embebidos en su conversación. ¿Qué le dijiste a Tallis?

—Nada.

—Vamos, vamos, ¿no le dijiste algo de volver con él?

—Le dije que había ido en busca de mis cuadernos, los cogí y me fui.

—¿Se emocionó él?

—No gran cosa. Por lo menos, no me fijé.

—¿Prefieres las rosas rojas o las blancas para tu guirnalda, Morgan, o una mezcla?

—Mezcladas, por favor, Simon.

—Creo que las dos clases juntas van bien, ¿no te parece? ¿Las plantaste tú, Hilda?

—No; ya estaban aquí cuando vinimos.

—Y, ¿se llaman de verdad, éstas, Pequeñas Favoritas Blancas?

—Sí, así las llaman.

—Qué nombre tan precioso. Creí que lo habías inventado tú.

—Es bonito, ¿verdad? Bueno, Morgan, ¿te impresionó?

—No mucho.

—No te creo. ¿Qué te pareció Tallis?

—Más bajo.

—Morgan, deja que te llene otra vez tu vaso antes de ponerme a trabajar en la guirnalda.

—Gracias, Simon.

—Peter, me cansa ya un poco escribirle cartas evasivas a tu tutor —dijo Rupert.

—En Cambridge les llaman supervisores.

—Muy bien, pues a tu supervisor. Hombre, tiene gracia que desprecies aquel sitio y, sin embargo, creas que merece la pena corregirme.

—No te pedí que tuvieras una correspondencia con mi supervisor. Por lo que a mí se refiere, he terminado con Cambridge.

—Pero, ¿por qué? Eso es lo que no puedo comprender.

—Todos aquellos valores son falsos.

—Lo que necesitas, hijo mío, es un poco de entrenamiento filosófico. ¿Qué quieres decir con “aquellos valores” y “falsos”?

—Los valores sobre los que estás escribiendo ese libro tan voluminoso.

—Vamos, vamos, sé más concreto. Debemos cuidar más nuestra terminología, ¿no crees? Las proposiciones son verdaderas o falsas. Los valores son reales o aparentes. Pero la educación es algo auténticamente valioso. Entrenar tu mente...

—Eso son tonterías. Una especie de conspiración. Hacen leer a la gente muchos autores antiguos sin comprenderlos ni que les guste; aprenden gran cantidad de hechos sin sentirlos ni relacionarlos con algo que sea concreto y real, y le llaman a eso entrenar sus mentes.

—Pero precisamente ése es el objetivo de la educación: conectar el pasado con el presente.

—Entonces, en Cambridge no se hace eso.

—Empecemos de nuevo, Morgan y cuéntame todo lo ocurrido allí. Simon y Axel no están escuchando. Axel está enfadado y Simon demasiado ocupado con las rosas.

—¿Qué quieres saber? Te he contado ya lo poco que hubo.

—Ibas calle abajo, llamaste a la puerta. ¿Qué ocurrió luego?

—No llamé a la puerta. Estaba entreabierta, la empujé y allí estaba Tallis.

—¿Y qué os dijisteis?

—El dijo “Cristo” o algo así. Había muchas cosas en la mesa de la cocina y le pregunté si iba a tomar el té.

—¡No sabes contar una historia! Ya estás en la cocina Pero, ¿cómo has entrado en ella?

—Pues, si la cocina está allí mismo. Sólo tuve que dar unos pasos. Sí, Simon, esas rosas son un encanto. ¿Por qué no le llenas el vaso a Axel y le ofreces aceitunas de esas tan curiosas?

—Por favor, no animes a Simon para que cuide a Axel. No creas que te lo van a agradecer.

—Oh, Hilda, no seas tan sensible. Me estás poniendo nerviosa.

—De modo que estás impresionada.

—¿Quieres que me eche a llorar?

—Y si hay algunos que no comprenden ni les gusta lo que leen, tanto peor para ellos. Yo entendía lo que leía en Oxford, y me gustaba. Aquello sigue dentro de mí desde entonces.

—¿Sí? ¿Cuándo abriste por última vez una obra de Homero o de Vitgilio?

—Bien, debo confesarte que desde hace varios años.

—Así no forma, en absoluto, parte de tu vida corriente.

—Sí, es que lo he absorbido. Todo ello forma parte de una escala de valores.

—¿Qué escala de valores?

—Saber que una cosa es mejor que otra.

—¿Qué es mejor que qué, por ejemplo?

—Shakespeare mejor que Swinburne.

—Afirmas eso porque lo dice todo el mundo. No lo sabes por experiencia propia, no lo sientes de verdad. Has dejado de experimentar cosas desde hace muchísimo tiempo. ¿Cuándo comparaste Shakespeare con Swinburne? ¿Cuándo fue la última vez que leíste una obra de Shakespeare?

—Reconozco que ha pasado mucho tiempo.

—Apostaría a que nunca has leído todo Shakespeare.

—Quizá me falten un par de obras menores...

—Tus rosas pinchan muchísimo, Hilda. Axel, ¿me dejas tu pañuelo? Andar con flores cuando está uno casi desnudo es exponerse mucho.

—¡Pues vístete ya!

—Es que acababa de salir de la piscina cuando empecé a ocuparme de esto, Axel. No revuelvas las rosas. ¿Puedo coger una cuerda en la cocina, Hilda?

—Claro que sí. ¿De modo, Morgan, que Tallis estuvo tranquilo y negativo?

—Farfulló algunas frases.

—¿Y tú estuviste fría y práctica?

—Sí.

—¿Tuviste miedo de echarte de pronto a llorar y de abrazarlo?

—Antes de ir, sí. Cuando ya estaba allí, no.

—¿Por qué no?

—De pronto lo vi vulgar. ¿Sabes, Hilda? Tallis me hacía pensar antes en que bienaventurados serán los pobres de espíritu, pero ahora me hace pensar en aquel a quien le será quitado incluso aquello que tiene.

—Con frecuencia he sentido, querida, que después de todo no hay gran distancia entre esos dos textos.

—Eran los recuerdos los que resultaban horribles, no algo presente.

—No sé si estás segura de lo que dices. ¿Estás de verdad fuera de ello?

—Claro que no. Estoy, como si dijéramos, silbando en la oscuridad.

—Lamento que ahora los jóvenes seáis los cínicos, mientras que los idealistas somos nosotros, los mayores.

—No somos cínicos. Pero me inclino a pensar que somos los hedonistas decentes, egocéntricos y libres de hábitos, quienes tenemos en marcha a esta sociedad.

—¿Por qué debe estar en marcha esta sociedad? Lo malo es que tú no puedes ver nuestra moralidad como una moralidad.

—¡Confieso que la veo como una especie de locura!

—Vuestra moralidad es estática. La nuestra es dinámica. Lo que esta época necesita es una moralidad dinámica.

—La moralidad es estática por definición. Una moralidad dinámica es una contradicción en los términos.

—Nada es verdadero si no se siente y está presente. Tu mundo está todo él en otra parte.

—Vaya, Simon, trabajas con rapidez. Me gusta mucho cómo contrastan las franjas rojo claro con las de azul oscuro y el verde de las hojas.

—Gracias, Morgan. Es una corona india. Creo que me ha salido bien. El rojo le va bien a Hilda, ¿verdad? ¿Vamos a beber todos? Peter, ¿si no has bebido nada!

—Para mí nada, gracias.

—¡Pero tienes que beber algo!

—Tomaré agua. ¿Hay alguna en esa jarra, no?

—Vaya, qué muchacho tan abstemio. Nos avergüenzas a todos. Es curioso que los jóvenes no beban en estos tiempos. Es algo que le intranquiliza a uno.

—¡No es lo único de ellos que le saca a uno de quicio!

—Pero, claro, volverás pronto a ver a Tallis.

—No sé. Es posible. Pero por lo pronto no tengo intenciones de verlo otra vez. Hará falta mucho tiempo para que se borre Tallis. Y hay algo más que he de hacer, algo bastante urgente, antes de pensar en un nuevo encuentro con Tallis.

—Querida Hilda, ¿no es esta una escena feliz? ¿Verdad que sí?

—¡En efecto, Simon, espero que lo sea!

—Por lo pronto, Peter y Rupert no se están peleando. ¿Oyes desde aquí de qué están hablando, Hilda?

—No. Morgan, pero por lo menos están hablando. Peter no había puesto aquí los pies desde hace siglos. Tenemos que agradecerte a ti esta visita.

—Morgan, he terminado tu corona. Es una obra de arte. Mirad todos, he terminado la guirnalda de Morgan. Voy a coronarla Reina de Priory Grove.

Todos dejaron de hablar. Peter y Rupert, que habían estado sentados en el banco de teca junto a las ventanas del salón, se levantaron y se unieron al grupo que se hallaba junto a la piscina. Hilda y Morgan estaban sentadas en las losetas. Axel, en mangas de camisa, en una silla de lona junto a la mesa blanca de hierro forjado. Simon, con pantalones azul claro y camisa india a rayas, pirueteaba con la guirnalda y luego, con un teatral gesto de obediencia, la puso suavemente sobre la oscura cabellera de Morgan.

—Encantadora —aprobó Hilda—. Querida, ¡podrías llevarla puesta a Ascot!

La guirnalda, densamente tejida con ramitas profusamente floridas de albertina y de Pequeña Favorita Blanca formaba una corona bastante alta, roja y blanca entrelazada con hojas verde manzana y translúcidos tallos rojos.

Le daba a Morgan un aspecto curiosamente formal y disfrazado como si estuviese arreglada para ir a Ascot o a una garden party en el Palacio de Buckingham.

—¡Tienes que verte! —exclamó Simon—. Te traeré un espejo.

—Aquí tengo uno en el bolso —dijo Hilda.

Morgan se contempló. Hubo sonrisas, algunas un poco forzadas.

—Simon, verdaderamente eres un artista.

—Ahora eres la Reina de Mayo, querida, aunque estamos en julio, y...

—Y técnicamente no se me puede considerar una Reina de Mayo. Oh, cómo pincha, Simon.

“Es curioso—dijo Axel como para sí mismo—. La corona de espinas original debió de ser una corona de rosas.”

—Creo que la debería llevar Peter—dijo Morgan—. A él le vendría mejor. ¡Y conste que no aludo a tu vida sexual, Peter! Pero, indudablemente, es la persona más joven y menos corrompida entre los presentes. Ven aquí.

Un poco malhumorado, Peter inclinó su rubia cabeza, grande, y dejó que Morgan le pusiera sobre ella aquella confección rojiblanca. Le venía demasiado pequeña y parecía absurda en extremo. De pronto, con la corona, se hacía evidente lo grandísimo que era Peter, corpulento y rollizo, ancho de espaldas, más grande que su padre. Todos se rieron.

—¡Oh, Peter, cómo te sienta eso!—dijo Hilda—. ¡Parece que llevas encima un nido de pájaros prerrafaelista! ¡Lo que falta para completarlo es una enorme paloma instalada arriba!

—Yo creo que le sienta divinamente—chilló Simon—. Peter, estás monísimo con eso. Pareces un joven dios de los bosques. Una especie de Flora macho.

—Entonces quien se la debía poner eres tú—dijo Peter. Se la quitó con brusquedad y se la dio a Simon.

—Te has arañado la frente, Peter —le dijo Morgan. Le tocó la frente y quedó en su mano una mancha de sangre.

Simon se había puesto la guirnalda. Le sentaba perfectamente. La alta corona de flores parecía ampliar sus finos rasgos y le dio de pronto una ambigua belleza de travieso duendecillo a su risueña cara, que se había arrebolado.

—Hilda, tengo que ver cómo me queda. ¿No estoy maravilloso, Axel? ¿Quién soy? ¿Puck? ¿Ariel? ¿Peaseblossom? ¿Mustardseed? —Empezó a bailotear ágilmente sobre las calientes losetas.

—Tenía entendido que esos que has citado eran varones —dijo Peter.

—No seas tan malo, Peter —le reprochó Hilda riéndose.

—He de marcharme —dijo Peter. Simon interrumpió su danza.

—Por favor, no te vayas aún, Peter —le dijo Morgan—. Quédate a cenar. Hay comida de sobra, ¿verdad, Hilda?

—Claro que hay.

—Dejad que se vaya, si quiere —dijo Axel—. Y nosotros tenemos también que irnos. Estamos invitadas a una cena

—¡No, no tenemos que ir a cenar por ahí! dijo Simon. —Disponemos de todo el tiempo que queramos... Bueno, sí, sí, lo había olvidado, hemos de ir a una cena.

—Simon y yo tenemos que marcharnos, Hilda.

—Pues no es preciso que me llevéis en vuestro auto —dijo Peter.

—No pensaba hacerlo —dijo Axel. Empezó a ponerse la chaqueta.

—Tomemos todos un último trago —dijo Simon—. Peter, bebe algo, no sólo agua. Te irá bien.

—¿En qué sentido va a irme bien? Todos vosotros bebéis para escaparos de la realidad. Y a mí, precisamente me gusta la realidad. Estoy en ella y no quiero huir al país de la ficción.

—¡No censure tanto, Peter!—dijo Rupert.

—¡Qué duro eres con nosotros!—le reprochó Simon.

—Bueno, yo de todos modos, voy a beber algo ? —dijo Morgan— ¿Y tu Hilda?

—Vámonos ya, Simon—le dio prisa Axel—. Muévete.

—Por favor, Axel, todavía no. Nos estábamos divirtiendo tantísimo hace unos momentos

—Es lamentable que tengáis que estar borrachos para pasarlo bien—dijo Peter—. Supongo que eso es resultado de la educación elevada.

—Pues no te vendría mal elevar un poco tu educación —dijo Axel.

—Lo que vosotros llamáis buenos modales no es más que hipocresía y dar la coba unos a otros. Prefiero la verdad.

—La verdad es la recompensa a imponerse una dura disciplina —dijo Rupert—. Entenderás eso cuando seas mayor. No es cuestión de un gesto para impresionar.

—Peter, por favor, no te pelees con nosotros—intervino Hilda—. Ha sido una alegría tan grande tenerte aquí entre nosotros...

—Os pasáis el día bebiendo, ¿verdad? —dijo Peter—. Bebéis con el almuerzo y en toda la tarde. Nunca os acostáis sobrios. Sois adictos a la bebida. No podéis pasar sin ella. ¿Cuántos vasos bebes al día, madre?

—¡Peter!

—La civilización, Peter, está basada en no decir lo que uno piensa —dijo Axel—. Se basa en reprimir nuestros impulsos. Ya lo aprenderás con el tiempo. Anda, hombre, no te enfades tanto con nosotros.

—Peter, te ruego que no estropees las cosas —dijo Simon.

—Habéis empezado vosotros. Creo que sois una pandilla de hipócritas.

—Peter, Peter —le decía su madre—. Todo eso es insultante y no tiene sentido.

—¿Cómo que no? Todos vosotros pretendéis tener gran simpatía y cariño unos por otros pero es mentira. Decís las cosas más molestas a espaldas de otros. Pretendéis admirar a mi padre pero decís que su libro es una porquería. ¡Claro que no se lo diréis a él, por supuesto que no! Yo, por lo menos...

—Peter, por favor...—dijo Hilda.

—¡Basta, basta!—gritó Rupert.

Peter, que aún tenía en la mano su vaso de agua, se había retirado hasta las ventanas del salón. Hilda se agitaba nerviosamente junto a él con pequeños movimientos impulsivos como si hubiera querido llevárselo de allí antes de que ocurrieran cosas peores.

Axel, junto a la mesa blanca, iniciaba el ritual de la despedida, pero con movimientos retardados. Su rostro tenía una expresión aburrida. Simon, que aún tenía puesta la corona de rosas, miraba aturdido a Peter y a Axel y, aún más desconcertado, a su vaso vacío. Rupert, de pie junto al muro, arreglaba nervioso las rosas rojas que le habían sobrado a Simon. Cayeron de pronto muchos pétalos pálidos. Rupert parecía alejado de lo que estaba haciendo. Simon a toda prisa, se llenó de ginebra su vaso. Morgan, algo distante de los demás, lo contemplaba todo muy divertida.

—¡Anda, Peter, contra ellos!—chillaba.

—¡Dios mío, qué calor hace!—se lamentó Hilda.

—Simon y yo nos vamos —dijo Axel—. Creo que este pequeño drama puede continuar mejor sin nosotros. —Le quitó el vaso a Simon de la mano y empezó a andar hacia la puerta del salón.

—Y, ¿por qué no dices la verdad? —le preguntó Peter a Axel señalándole con su largo brazo extendido.

Se detuvo Axel y dijo:

—¿Qué quieres decir?

—Pues que haces de tus relaciones con Simon un sombrío secreto, ¿no? Desde luego, a nosotros nos dejas que lo sepamos porque somos tus supuestos queridos amigos y por nuestra discreción. Puedes confiar en nosotros para que mintamos a tu favor. Pero te morirías si alguien se enterase por ahí Qué vergüenza te entraría!

—¡No me avergonzaría!—exclamó Axel con una voz a la que la ira daba eléctricas vibraciones.

—¡Peter, hijo, ven dentro conmigo!—gritó Hilda.

—¿Por qué mientes entonces sobre ese asunto? ¿Por qué no les dices a todos en Whitehall que vives con otro hombre? ¿Temes perder tu preciadísima colocación? ¿O te da miedo que te llamen marica? ¿Por qué no les dices la verdad?

—¡Peter, cállate ya! exclamó Rupert. Se apartó del muro abriendo los brazos con un gesto de desesperación.

Axel se quedó callado unos momentos. Luego dijo con voz fría:

—Mi vida privada es cuestión mía. Y también lo sería si fuera heterosexual. ¿Por qué voy a decirle a Whitehall con quién duermo? No rechazo esta sociedad. Vivo y trabajo en ella y decido cómo he de comportarme. Nos acusas de hipocresía. Muy bien. Pocos seres humanos, muy pocos, no son hipócritas. Pero creo que deberías también tener en cuenta tu propio caso. Permíteme que sugiera este ejemplo. ¿Por qué te niegas a continuar tus estudios? No por las razones que alegas sino porque temes competir intelectualmente con tus iguales, temes medirte con otros, temes resultar de tercera fila. De modo que prefieres no competir. Te retiras al mundo onírico de las drogas y retazos de la filosofía oriental, de la que nada entiendes, y a eso le llamas la realidad. Si quieres cambiar nuestra sociedad, y estoy de acuerdo que necesita ser cambiada, tienes primero que aprender a pensar y para eso hace falta una especie de humildad que tú no tienes en absoluto. Te figuras haber salido de la sociedad, así por las buenas. Pero sigues en ella; no puedes librarte de la sociedad. Sólo eres un síntoma de corrupción, un miserable caradura que vives del cuerpo político, sin dejar de protestar. Quieras o no, eres parte de él y por lo visto prefieres ser una parte impenitente e inconsciente. Si de verdad quieres separarte de la sociedad, lo mejor que puedes hacer es emigrar o suicidarte.

Se oyó un violento ruido y un gemido de Hilda. Peter había tirado su vaso al otro lado de la piscina, donde se estrelló.

Peter se volvió y desapareció por las puertas del salón cerrándola violentamente tras él. Hilda, después de empujarlas durante unos momentos, logró abrirlas y entró en busca de su hijo.

Morgan se sirvió otro whisky. Dijo:

—Vaya, vaya, vaya.

Rupert fue hasta el otro lado de la piscina y empezó a recoger los pedazos del vaso roto esparcidos por las losetas.

—Lo siento mucho, Rupert —dijo Axel.

—No te preocupes. Ha sido culpa de Peter. Sencillamente, no entiendo a mi hijo.

—Bebe algo, Rupert —dijo Morgan—. Lo necesitas.

—Gracias.

—No fue culpa de Peter —dijo Axel—. Por lo menos no del todo. Y yo no debía haber perdido la calma. Es que dijo algo que es verdad y me trastornó mucho.

—¿No querrás decir...? —intervino Morgan.

—Que quizá haya debido contárselo a todos en Whitehall. No lo haré. Simon, nos vamos. Me disculpo, Rupert.

Axel emprendió la retirada. Simon dijo “Qué cosas, qué cosas”, e iba a seguir a Axel cuando Morgan le dijo: “Espera”. Ella le sujetó por los hombros y, muy cuidadosamente, le quitó luego la corona de flores y la dejó sobre la mesa. Después lo besó pausadamente en una mejilla.

—No te apures, Simon.

Éste dijo:

—¡Cariño!—agitó las manos y salió corriendo tras Axel.

Rupert se sentó.

—Alégrate, Rupert —le animó Morgan. Le pasó la mano por el cabello—. Los jóvenes son terriblemente crueles.

Pero es porque no saben. Creo que los jóvenes ignoran lo desgraciado y vulnerable que es cualquier corazón humano.

—Hilda y yo hemos fracasado —se lamentó Rupert.

—Qué tontería. Lo que ocurre, sencillamente, es que vosotros sois los últimos que podéis ayudar a Peter ahora.

—¿Por qué no lo intentas tú, Morgan? —le propuso Rupert—. ¿Te importaría encargarte de él? Estoy seguro de que tú podrías llevarlo por buen camino.

—Lo intentaré—dijo Morgan—. ¡Después de todo, soy una domadora profesional de adolescentes! Debo de ser capaz de influir en el joven Peter.

—¡Bendita seas!

—Tendré que darme cuenta con más calma de lo que anda por dentro de su cabeza, si no te importa. En cuanto a lo ocurrido aquí, siento que me fascinó demasiado para sacar unas consecuencias. ¡Adoro la violencia! —Dejó a Rupert y entró en la casa con pasos felinos, los labios húmedos y brillantes los ojos con el interés que se le había acumulado.

Rupert se llevó las manos a la cara. Por entre los dedos podía ver brillantes trozos de cristal en el fondo de la piscina. Estaba a punto de llorar. La violencia, las palabras de Peter, y las de Axel, le habían herido. Quizá tuviese razón Axel en cuanto a que Peter se negaba a competir. En todo caso (sentía Rupert profundamente) en todo ello hubo gran parte de culpa suya. “La mente debe estar en calma—se dijo—, no excitarse. Si pudiera ser más prudente.” Había estado muy seco y exigente con Peter, falto de cariño. No debía haberle querido reprenderle esta tarde. Lo que debió haber hecho fue abrazar a su hijo, pues lo único que importaba era una indudable muestra de amor paternal. Pero Rupert se hallaba completamente desentrenado para manifestar su amor. Ni siquiera sabía cómo ponerle una mano suya a Peter en el brazo sin que esto pareciese artificial. ¿Cómo podía comunicarle a su

hijo la ternura que rebosaba tanto de su corazón que le producía dolor físico? Amor, ése era el secreto, amor. Suponía que le escribiera a Peter una carta. Pero, ¿qué clase de carta sería la apropiada y no le agarrotaría los dedos cuando tuviera la pluma en la mano? “Mi querido Peter, querría que supieras...” El amor era la clave. Pero Rupert sabía también que toda su preparación, la sociedad entera que le mantenía tan tieso y que le hacía triunfar, le había ido privando del lenguaje directo del amor. Cuando necesitaba gestos, movimientos fuertes e impetuosos para derribar vallas, se encontraba paralizado y frío. Hay una senda, se dijo a sí mismo, porque para el amor siempre la hay, más para él era un camino montañoso con muchas vueltas y revueltas.

Capítulo 12

—¡Señora Browne!—exclamó Julius.

Abrió la puerta un poco más y Morgan entró en el piso.

—Perdona que haya venido sin avisarte con antelación —dijo—. Esperaba encontrarte en casa. ¿De modo que aquí es donde vives?

Empezó a mirar en torno suyo. El piso era pequeño, pero muy bien amueblado. Un diminuto dormitorio con cuarto de baño. Un cuarto de estar más amplio y una cocina bien dotada, en la que había un enorme refrigerador. El cuarto de estar tenía una alfombra india muy gruesa, amarillo oscuro. A cada lado de la chimenea eléctrica, unas librerías bajas y encima de cada una se hallaban unos caballos chinos amarillentos y verdosos que parecían ser Tang auténticos. El sofá y las sillas forrados de terciopelo marrón claro, y esparcidos sobre ellos había unos cojines bordados en rosa. Unos cuadros abstractos con masas anaranjadas adornaban las paredes. Una mesa cubierta con cristal presentaba una cigarrera de mármol verde y una pila bien hecha de revistas científicas. El sol relucía como un velo de nylon blanco en la ventana, entre grandes pliegues de un tejido más oscuro. Un doble vidriado apagaba el estruendo de la calle Brook.

—Vaya, hombre, vaya —dijo Morgan volviéndose para mirar a Julius.

Éste se hallaba serio. De todos modos, no fruncía las cejas. Más bien expresaba su rostro aburrimiento y algo de fastidio. Miró su reloj.

—¿Qué querías, señora Browne?

—Verte, ¿acaso es tan raro?

—Tu inesperada llegada no me hace pensar. Tengo que irme en seguida.

—Bueno, pues déjame estar contigo hasta que te vayas ¿No me das algo de beber?

Julius lo pensó:

—No.

—No estás muy atento, profesor King. Y en vista de eso tendré que servirme yo misma.

Morgan pasó a la cocina. Miró en varias alacenas y en el refrigerador. Había algunas botellas de Lager danesa. Siguió buscando pero no encontró nada más fuerte, de modo que cogió un abridor del cajón y se sirvió un vaso de la cerveza ligera Lager. La probó. Estaba muy fría y no le resultó agradable. A Morgan no le gustaba la cerveza ligera. Volvió al cuarto de estar donde Julius, que no había ido tras ella, estaba sentado en el sofá leyendo The Times.

—¿Te doy cerveza, Julius?

—No, gracias.

—¿No tienes whisky en casa?

—No.

—Pues solías tener Bourbon.

La miró en silencio y luego dejó a un lado el periódico.

—Seguramente te propones algo al venir aquí quizá decirme algo ¿no? Pues di ya de una vez lo que sea.

Ella estaba ante él con el vaso en la mano. Miró a la boca grande y a los ojos castaños-violeta y al raro cabello claro.

—¡Dios mío, Julius, qué guapo eres!

Se levantó él y fue hacia la ventana.

—¿Has venido hasta aquí para decirme eso?

—Sí, ¿por qué no? ¿Acaso no puedo decírtelo?

Julius volvió hacia ella. Si tú supieras, mi querida señora Browne, lo repelente que me resulta esa afectada actitud de engatusamiento que has creído un deber adoptar, seguramente preferirías conducirte de otro modo.

Morgan dejó sobre la mesa el vaso.

—¡Soy incapaz de ponerme afectada!

—Tengo poco tiempo. Di ya lo que tengas que decir, por favor.

—Te quiero, Julius.

☉Éste suspiró y miró de nuevo la hora.

—¿Eso es todo?

—¿Y no es suficiente? Julius, escúchame, por favor. Desde que te dejé he estado trastornada y como perdida. Pero sin dejar de pensar en ti ni un segundo. Te he respirado, te he comido y bebido, te he llorado. Quizá necesitaba dejarte algún tiempo para saber cuánto significabas para mí. Fuiste tú quien hiciste que me fuera, sabes muy bien que fuiste tú. Me tenías a prueba y por lo visto fracasé. Pero, Julius, la verdad es que no he fracasado. Si supieras cuánto he sufrido, cuánto he llorado en horribles habitaciones de hotel y cómo he seguido hablándote con el corazón. Tu ausencia me mordía como un animal que me destrozase las entrañas. Te he deseado minuto a minuto por medio mundo. Y me he dado ahora cuenta de que eres lo más importante que ha podido pasarme en la vida, lo único importante en mi vida, ¡y si he de vivir con la verdad tengo que seguir con esto durante el resto de mis días aunque me queme, aunque me mate!

Morgan sacudía la mesa. El vaso de cerveza se movía sobre la superficie de cristal. Julius lo quitó de la mesa y lo puso cuidadosamente encima de los estantes junto a los caballos.

—¿Bueno?

—¿Qué quieres decir con ese “bueno”, Julius? Te quiero y te necesito. Creía amarte allá en Carolina del Sur. Estaba exaltada, el amor me trastornaba como muy bien te dabas cuenta, todos tus sentidos te lo hacían evidente. Pero ahora me parece que aquello sólo era un

principio, una sombra... Te quiero ahora mil veces más y mil veces mejor Julius, yo podría ser tu esclava.

—Yo no quiero una esclava.

—Julius, por favor. Sólo te pido que no me eches. Tengo que verte. Déjame verte. Podemos aprendernos de nuevo el uno al otro. Y si quieres que yo sufra, estoy dispuesta a sufrir. Pero, permíteme que padezca junto a ti, no sola, nunca más sola...

—No deseo que sufras. Tus sensaciones no me interesan ya.

—Pues por lo visto quieres hacerme sufrir; si no, no te comportarías de este modo.

—Por favor, piensa con más claridad. —Hablaba con voz tranquila y clara, sin mirarla, mientras apartaba los visillos color perlino y miraba las movedizas filas de automóviles abajo, en la soleada calle Brook—. No te pedí que vinieras aquí. No te dije que vinieras a atormentarte delante de mí. Si piensas un poco, reconocerás que has hecho mal. No quiero verte más. He perdido el interés. Lo siento pero debes enfrentarte con esa realidad por muy desagradable que te parezca. Ya no me interesas. Creo que tienes que enfrentarte a este hecho, por desagradable que te resulte.

—Haría cuánto quisieras, cumpliría cualquier penitencia. Oh Julius, deja que encuentre el camino hasta ti, muéstrame el camino de regreso, ayúdame, ayúdame.

—Te engañas a ti misma. El sufrimiento llega a ser una distracción entre dos personas relacionadas entre ellas. Pero cuando no hay una auténtica relación mutua entre ellas, resulta indigno, grotesco y muy feo. Se convierte en algo completamente innecesario y sin sentido. Todos los días caen en eso muchísimas personas. Entre nosotros no hay ya relación alguna y tus contorsiones me resultan insoportables.

Morgan quedó un rato en silencio, apoyada en la mesa.

—¿Es por lo del niño? —preguntó.

—Haces una pregunta más bien elíptica. No, no me estoy vengando de ti por aquello, si eso es lo que me das a entender.

—Pero tú me echas en cara lo del niño.

—No lo diría yo así.

—Sí, Julius, me acusas de eso. ¡Julius, no puedo soportar que desapruebes algo que yo haya hecho!

—Eso no viene a cuento. Me sorprendiste, eso es todo. Una mujer lo bastante afortunada para tener un hijo y que lo asesina, me parece un fenómeno lamentable.

—Por favor, no emplees esa palabra tan horrible. Es que debe de haberte hecho una impresión horrible. Lo siento.

—Empiezas a fastidiarme. Creo que ya has preguntado lo que deseabas saber y no puede caberte ya duda de la respuesta.

—Tuviste tú la culpa de todo; allá, en América, tenías muchísimas ganas de conquistarme.

—Es de muy mal gusto lo que dices. Recuerdo que no fue especialmente difícil hacerte mía. Lamento ser tan desagradable. Me estás obligando a ser grosero y te aseguro que me fastidia. ¿Por favor, quieres marcharte ya? Tengo que mudarme.

—Bueno, pues múdate. Ya te he visto en calzoncillos. Julius, ¿no comprendes que no puedes librarte de mí? Tendrás que contar conmigo. Por lo menos, ahora estamos hablando el uno con el otro y me alivia incluso que me maldigas.

—No te he maldecido Eres tú quien tiene aquí emociones violentas.

—Podemos hablar de muchas cosas, como teníamos costumbre. Podrías hablarme del DNA...

—Te interesa muy poco saber del DNA. Como tantas mujeres intelectuales, quieres utilizar una conversación superficialmente intelectual como instrumento de seducción.

—Entonces, deja que te seduzca. Empecemos de nuevo. Voy a irme de casa de Hilda y Rupert. He encontrado un pisito en Fulham...

—No seré yo quien vaya a visitarte.

—Julius, ves este asunto como un problema. ¿No te interesa? Eres lo más importante que ha habido en mi vida.

—Eso lo has dicho ya. Pero, ¿y tu marido? ¿No eran importantes las obligaciones solemnes que prometiste guardar para con él?

—¡Bien poco te importaron esas solemnes obligaciones cuando me querías tener en la cama!

—Es cierto, pero irrelevante. Ya no me importa aquello. Como ya no quiero tenerte en la cama te recuerdo tus obligaciones sin pensar si las tuve yo en cuenta o no.

—Me parece bastante divertida esa actitud

—No me propongo divertirme. Como sabes, me molesta mucho que en cualquier sentido trate la gente de engañarse a sí misma. Estás alardeando de una gran pasión cuando no se trata de eso. Crees que puedes volverme a conseguir. Puedes, también con facilidad, volver a interesarte por tu marido. Te propongo que intentes ambas cosas.

—¿Por qué te pones de su parte?

—No estoy de parte de él. Es que me canso de oírte y estoy convencido de que podrías ocuparte provechosamente en otro sitio.

—No puedo soportar la idea de que hayáis hablado los dos. ¿Qué impresión te causó?

—No llegué a formarme una opinión. Tú creías que era... ¿qué dijiste una vez de uno de los que trabajaban en Dibbins?... “Una avispa sin importancia”...

—Y eso parece que pensaste tú de mi marido.

—No. Tallis es alguien. Por lo menos es algo. No estoy muy seguro de que sea una persona.

—Pues esos que no son personas no me interesan. En la cama no servía. Todo ocurría en unos instantes.

—No deso ocuparme de las actuaciones sexuales de tu marido.

—Julius, te aseguro que he terminado del todo con Tallis. Quizá te hayas preguntado...

—No, descuida.

—Bueno, pues ha terminado.

—Si piensas en mí para que te ayude a divorciarte, debes de buscar por ahí a otra persona.

—No había pensado en eso. Cuento contigo para cosas mucho más importantes.

—Pues no cuentes conmigo. Lo que tú quieres es que haya algo así como un drama y me tienes reservado un papel. Te sientes culpable y confusa, y quieres pasar por una especie de ritual de purificación o incluso de castigo. Pero no puedo ayudarte, señora Browne. No soy un actor. Siempre te he dicho la verdad. Te advertí que lo más probable era que mis sentimientos fueran temporales y que no debían ser llamados con nombres serios.

—Cada momento que sigues hablándome me das más esperanzas.

—Me obligas a decirte que me doy ahora cuenta de que eres fundamentalmente tonta. ¿Te irás ahora?

—Julius, ¿recuerdas este vestido?

Morgan llevaba un vestido blanco con un cuello de niña y lunares azul marino, demasiado largo para lo que estaba entonces de moda.

—Sí, lo llevabas en la primera ocasión en que hablamos.

—¡Ah, te acuerdas!

—Eso es involuntario.

—Dijiste que era un vestido sexy.

—La moda ha cambiado.

—Y este bolso, y estos zapatos...

—Quieres inútilmente hacerme recordar cosas ya viejas, rancias y muertas.

—¿Y te acuerdas de esto? —Morgan cogió del sofá el ejemplar de The Times y lo extendió sobre la mesa. Sacó las hojas exteriores del periódico y empezó a doblarlas. De su bolso cogió unas tijeras—. Fuiste tú quien me enseñó a hacer estas extraordinarias cadenas de papel sólo doblando y cortando.

—Y parece haber olvidado lo que te enseñé. Te advierto que no me harás llorar con tus recuerdos.

—Sí, lo estaba doblando mal. Ahora está mejor. ¿Recuerdas lo que ocurrió otra tarde? Estábamos sentados en tu despacho después de haber dado una vuelta por el campus. Yo te había escrito una carta pero no me hablaste de ella. Hacía un calor horrible. Y empezaste muy tranquilo a doblar el periódico sin hablar. Luego, mientras cortabas, me mirabas. Me di cuenta de pronto que aquello era una escena de amor...

—No quiero que cortes el Times. Aún no lo he leído.

—Te acuerdas. No puedes negar el pasado. Y seguimos hablando. Debes perdonarme si creo en la magia. La mayoría de las mujeres creen en ella. Y es la necesidad, la necesidad, la necesidad, lo que hace que la gente recurra a ella. Entonces dijiste que adorabas este vestido. ¿Es que ya no te gusta?

—Por favor, márchate.

—Bueno, pero antes me lo quitaré.

Morgan se apartó rápida de la mesa. Bajó la cremallera de la espalda, dejó caer el vestido y salió de éste, descubriendo la combinación de precioso encaje negro. Julius que se hallaba medio vuelto hacia la ventana y jugueteaba con la cortina, miró a Morgan con atención.

—Todavía estás interesado —dijo Morgan con voz suave—. Tienes que perdonarme este truco vergonzoso. Pero es que te quiero, ya lo ves, te quiero.

—Una mujer que no sea vieja y moderadamente atractiva, si se desnuda en parte atrae la atención —dijo Julius—. Ahora ponte el vestido y vete.

—No. —Recogiendo el vestido, Morgan corrió hacia la puerta del dormitorio. Entró en él y se quitó sus zapatos de tacón alto. Se quitó las gafas. Y siguió desvistiéndose. Echó atrás la colcha de seda verde pálido y deshizo la cama. Con más calma, lo último que se quitó fueron

las medias mientras que Julius la miraba desde la entrada. Morgan se sentó en el nido de arrugadas sábanas verde pálido, encogiendo sus largas piernas, y esperó. Sus ojos parecían más grandes y estaban como asombrados.

—Lo siento—dijo Julius—. Reconozco el mérito de tu truco, de cierto pintoresquismo elemental. Pero estoy ya hasta aquí de tu pesadez. Te he dicho muchas veces que te vayas. Ahora has de perdonarme por seguir tu consejo y cambiar... de ropa. Se me ha hecho muy tarde.

Abrió una puerta blanca en la pared y apareció un largo armario. Encontró una camisa de smoking y una corbata de etiqueta en un cajón. Sin prisa, empezó a mudarse. Dejó la ropa que llevaba junto a unas camisas limpias y unos calcetines sin usar que guardaba en un maletín. Se puso los pantalones del smoking y, mirándose al espejo, empezó a ponerse la corbata. Morgan lo miraba y, en cierto momento, gimió.

—Y ahora, señora B., me voy a pasar fuera el fin de semana y no volveré aquí. Por tanto, no quiero dejar una mujer desnuda en mi piso y he de rogarte que te vistas y te vayas de una vez. De modo que déjate ya de hacer pamemas. Creo que he sido paciente de sobra con una intromisión extremadamente grosera y lamentable.

—¡Te escribiré una carta disculpándome!

—Ale ya, que he de irme. —Julius recogió el lío de la ropa de Morgan y lo tiró sobre la cama. También el bolso los zapatos y las tijeras, en el cuarto de estar—. Me retiraré al cuarto de baño para que puedas vestirme sin verte yo. Dentro de tres minutos nos iremos.

—Está s maravilloso de etiqueta —dijo Morgan—. Me gusta muchísimo tu boca y cómo me gustaría besártela. Pero me contentaría con besarte los pies si fuera eso lo único que me dejases.

—¿Quieres empezar a vestirme de una vez?

—No —dijo Morgan—. Me encuentro muy a gusto aquí. Y no creo que te vayas a pasar por ahí el fin de semana. Nadie va a un fin de semana directamente después de haber asistido a un banquete. Te esperaré aquí hasta que vuelvas. Y si no vuelves hasta el lunes, aquí estaré esperándote.

—¿Estás provocándome para que tome una actitud violenta —dijo Julius—y tienes la esperanza de que si te toco no podré resistir tus encantos? Pues fácilmente podría intentar decepcionarte.

—Sí, sí, Julius, tócame, sé rudo conmigo. Tómame y domíname. Comencemos de nuevo como al principio. Cortemos también ahora el papel. Recuerda cómo tenía yo las tijeras en la mano y pusiste tú la tuya sobre la mía para guiarla. Y nos reíamos mucho. Después, dejamos de reír y...

Mientras ella hablaba, Julius cogió las tijeras.

Morgan se calló por fin.

Él, con las tijeras en la mano, miraba fijamente a Morgan, que se llevó una mano a un seno y luego a la garganta. Se inmovilizó cuando Julius se acercó más a la cama. Cogió el vestido blanco de nylon con lunares azules y el cuello de niña. Se sentó en una silla y puso el vestido sobre sus rodillas. Empezó a doblarlo muy cuidadosamente. Morgan lanzó un suspiro. Contemplaba fascinada lo que hacía Julius. Cuando éste comenzó a cortar el vestido, tembló ella brevemente. Pero miró en silencio hasta que todo el nylon quedó cortado en tiras no separadas. Julius sacudió el paquete de recortes y lo que había sido un vestido se había convertido en una larga cadena de trozos en zigzag. Le dio un tirón a la cadena y los pedazos, ya separados, cayeron amontonados en el suelo. Julius se levantó y empujó con un pie los jirones.

—Me quieres —dijo Morgan.

Julius cogió la combinación de encaje negro y empezó a cortarla en tiras estrechas. Después convirtió en cintas el sostén y las bragas que hacían juego. La cinturilla de las bragas fue más difícil de cortar y Julius se resignó a hacer de ella cuatro pedazos. Las medias las dobló en dos sentidos y las cortó en pedacitos, esparciéndolos con las puntas de las tijeras.

—Oh, Dios mío —dijo Morgan—. Eres maravilloso.

Julius se agachó y, recogiendo los montones de trozos blancos, del vestido, y negros de las prendas interiores los llevó en un montón al vestíbulo, donde los tiró. Volvió a poner las tijeras en el bolso de Morgan y lo arrojó encima de la cama.

—¿A quién que no fueras tú se le iba a ocurrir hacer cintas con la ropa de una muchacha? dijo Morgan entusiasmada, llamándose con gran optimismo muchacha.

Julius abrió el armario, sacó un ligero impermeable y se lo echó a un brazo. Levantó su maletín.

—Esto ha sido aún mejor que cortar el periódico —dijo ella.

Julius salió del dormitorio al cuarto de estar. Morgan saltó de la cama, excitadísima, andando de modo provocativo, feliz en su desnudez.

—Después de lo que has hecho no puedes marcharte Julius. ¿No te das cuenta de que has cedido, que te has traicionado al hacer eso?

Julius intentaba rehacer el Times. Cuando juntó todas las hojas, dobló el periódico y lo guardó. Se dirigió a la salida.

—Querido, querido Julius...

Él abrió la puerta del piso y salió, cerrándola tranquilamente tras él. Sus pasos se oyeron en las escaleras.

Su marcha fue tan súbita, la transición de su presencia a su ausencia tan rápida, que Morgan se quedó pasmada. No había perdido la esperanza de llevárselo a la cama, y por fin se decepcionó. Quedó inmóvil, en medio del cuarto de estar, con un brazo extendido, envuelta en un súbito silencio tras el cual, por las ventanas de doubles cristales, sonaba en un murmullo el interminable tráfico de la calle Brook. Dijo: “¡Oh!”. Luego miró por la ventana, precisamente cuando Julius entraba en un taxi. Exclamó. “¡Dios mío!”.

Cuando Morgan le había dicho a Julius que había llorado por él en habitaciones de hoteles y pensando en él incesantemente desde que se habían separado, había dicho la verdad. No había empezado “a librarse de él” ni muchísimo menos, excepto quizás en el sentido rudimentario, aunque de cierta importancia, de haber logrado sobrevivir algunos días sin verlo. Pero lo que no le había dicho era que se desesperaba. Morgan había visto algo en aquellos últimos días pasados con Julius que le había parecido una profunda verdad. Fue como una visión mística en el corazón de la realidad, como si le prometieran a uno el secreto

del universo y luego le mostrasen unos cuantos huesos de pollo tirados en un rincón oscuro cubierto de polvo y porquería.

Morgan había amado a Julius con toda su naturaleza y en el primer choque de ese amor le había sido imposible no creer que Julius la amaba. Tal es la ilusión natural de toda amante. Había oído la voz de Julius con leve acento y algo de tartamudeo diciéndole una y otra vez: “No estoy enamorado de ti. Sólo puedo ofrecerte emociones completamente superficiales. Y esas emociones no duran. Las mías no durarán”. Pero el sonido de esas palabras sonaba en sus oídos como el incesante zureo de una paloma que dijese: “Te quiero, te quiero, te quiero”. Lo que había notado al final era que Julius no la quería. Había percibido una inmensa frialdad, de la que había huido temblando y fue para librarse del gélido contacto por lo que había huido por fin de la casa haciendo febrilmente las maletas, amontonando las cosas mientras lloraba angustiada una tarde en que Julius se hallaba ausente en una conferencia. Después no había podido recordar cómo era aquel estremecimiento angustioso que sintió, ni pudo acordarse de que hubiera habido algún cambio completo en la conducta de Julius. Seguramente habría estado apasionado como otras veces. Sin embargo, le había parecido a ella que él se alejaba sin cesar.

Más tarde todo había vuelto a parecer diferente. Fue un sufrimiento más sencillo una llorosa autocompasión en aquellos hoteles, el horrible asunto del aborto, que le había causado gran pena y el tiempo perdido en Vermont. Morgan olvidó los detalles y ya no se preocupaba de saber cuáles habían sido. Sencillamente sintió haber experimentado una evitable pérdida que la había dejado deshecha, pero de la que quizá pudiera sobrevivir. Apenas importaba si sobrevivía o no. Tenía que pasar cada día de un modo u otro. Y entonces empezó a sentir un débil interés, convertido luego en urgente necesidad, de regresar con los suyos a Inglaterra. Empezó a serle imprescindible ver a Hilda.

Las relaciones de Morgan con Hilda eran quizá lo único de su vida que se hallaba tan profundamente enterrado que nunca había sido sometido a duras críticas. Por supuesto, las relaciones entre las hermanas habían sido a veces tormentosas, sobre todo cuando eran más jóvenes. Pero desde su infancia había aceptado Morgan a Hilda como su escudo, y sobre todo, porque resultó claro que Morgan era “la lista”. Hilda nunca se había resentido por eso. Sabía que Hilda poseía una energía y una clase de autoridad a las que Morgan no podía aspirar. Era Hilda, de las dos, el árbol profundamente arraigado. Por supuesto, Morgan había dibujado ese árbol, el árbol-Hilda, teniendo ella seis años y puso un pajarito en una rama anunciando

que era ella misma, Morgan. Las chicas se tenían más afecto, la una a la otra que amor a su padres. Morgan comprendió mas adelante lo mucho que eso había herido a la madre, pues se había ido apartando de ésta en la sociedad secreta de las hermanas. Hacia su padre, hombre más bien sibarita y falto de ambiciones, representaban los papeles de muchachas alegres y cariñosas, haciéndose las niñas. Los papeles eran sencillos y también la necesidad a la que ambas hacían frente. Eran incapaces de satisfacer el afán más complejo de su madre. Ésta murió bastante joven. El padre, que murió muchos años después, nunca supo que su esposa había ansiado tanto el amor y la confianza de sus dos hijas. Inútilmente contemplaba las caritas de las pequeñas, que guardaban su secreto. Hilda y Morgan habían hablado de esto mucho después. Era algo en lo que ambas pensaron muchos años antes, cuando parecía el momento adecuado, revelándose sus pensamientos la una a la otra. La confesión retardada, la discusión emotiva no sin derramar lágrimas, las consolaba a ambas y mitigaba su sentido de culpabilidad.

La explosión cósmica de enamorarse de Julius interrumpió la confianza de Morgan con Hilda, lo mismo que interrumpió tanto en su vida. El matrimonio de Morgan no había afectado a la intimidad de ambas hermanas. Ésta continuaba pareciendo a veces una conspiración, inalterable en medio de los cambios. Y ni siquiera Julius pudo perjudicar esos vínculos. Pero durante mucho tiempo le fue imposible a Morgan, mientras seguía en América, pensar en ver a Hilda ni en escribirle con franqueza. Intentando analizar esto, Morgan llegó a la conclusión de que estaba avergonzada. Desde luego, derrotada y desacreditada, pero también avergonzada. Siempre había sido vulnerable a la opinión que pudiera tener Hilda de ella. “Sé suave. Podrías herirme sólo con tu dedo meñique.” El hecho de que Hilda no aprobase sus relaciones con Tallis, le había parecido a Morgan un motivo a favor suyo. ¿Se había casado con Tallis como desafío contra Hilda o fue sólo su matrimonio un incidente en el largo drama de sus relaciones con su hermana? Desde luego, esto era absurdo. Más tarde y con más calma se dio cuenta de que la oposición de Hilda había probablemente minado su matrimonio. Después del desastre de Carolina del Sur, cuando vivía como podía un día tras otro, fue creciendo en ella la necesidad de estar de nuevo junto a Hilda y el antiguo magnetismo actuaba con fuerza en lo profundo de su corazón. Hilda, destructora y conservadora. En eso tenía que reconocer la derrota y vencer su vergüenza.

Sin embargo, la brillantez y la violencia que durante algún tiempo borrarón la imagen de Hilda no oscurecieron la de Tallis. Mientras vivía con Julius, Morgan pensaba en Tallis todos los días, pero de una forma rara. Le había contado a Hilda que veía de noche la cara de su

marido, aquellos grandes ojos castaño claro, radiantes y no acusadores. Se le ocurrió a Morgan que entonces, y apenas después, no relacionó su inmediato sentimiento de culpabilidad con Tallis personalmente. En su situación general había fracasado Morgan.

Hilda tenía razón al decir que el orgullo de su hermana, y en cierto sentido de sí misma, extremadamente valioso, de su dignidad y de su inteligencia, habían quedado dañados por la aventura con Julius. Pero sus relaciones con Tallis, y esto era algo que había notado desde mucho antes, eran en cierto modo extrañas. Era como si hubiera conocido a Tallis durante muchísimo tiempo, como si él fuera algo difuso y general en su vida. Esta impresión de que él no acababa de estar localizado en el tiempo había parecido, aunque más tarde no pudiera comprender por qué, una razón de su importancia. Más adelante había decidido que esta falta de localización era sencillamente algo que tenía que ver con la vaguedad peculiar de Tallis, algo casi físico en él. Fuera lo que fuese, un efecto de eso era hacer que su sentimiento de culpabilidad con respecto a él no fuera urgente. Si había ofendido a Tallis eso fue hacía años, años antes de conocerle, años antes de que hubieran nacido ella y él. Desde luego, el regreso de Morgan a casa había dado nuevo relieve a Tallis. Y, sin embargo, podía seguir pensando en él constantemente, y mucho más de lo que le decía a Hilda, sin sentir necesidad alguna de actuar. Así había podido sentarse, como tanto intrigaba a Rupert, en S.W. 10 pensando en su marido allí en W.11 y aplazando su propósito de ir a verle. Lo que hizo esa situación de pronto intolerable para Morgan fue enterarse de que Tallis y Julius se habían conocido personalmente. Aunque no estaba completamente segura de porque era tan horrible, aún más, de que Tallis supiera que ella había regresado sin decírselo. Era como si todo el molestísimo lío que significaba Tallis hubiera sido potenciado en un instante por la asombrosa energía de la resurrección, que a ella la parecía en forma aún más violenta, de su amor por Julius.

Morgan sabía perfectamente que no se había librado de Julius. Lo supo con morbosa violencia al ver su retrato en el Evening Standard la tarde en que llegó ella e inmediatamente tuvo la esperanza y en seguida la convicción de que él había venido a Inglaterra para verla a ella. Había hecho todo lo posible por serenarse y seguir comportándose como una convaleciente. Había procurado adaptarse al punto de vista de Hilda sobre la situación. Pero todo el tiempo había estado vibrando secretamente con una oscura excitación que, bien lo sabía ella, era enfermiza y quizá mala. Por fin se entregó al destino, esa perversa y consoladora fuerza, el destino que le auguraba que su senda se cruzaría otra vez con la de

Julius. Cuando viniera en busca de ella, y ya no podía haber duda de ello, a Priory Grove, Morgan había sentido como si estuviera ya en manos de los dioses.

La conversación en Old Brompton Road había sido más bien una experiencia del infierno, pero los amantes están acostumbrados al fuego. El destino del niño, aquel niño del que ella no le había hablado a nadie, ni siquiera a Hilda, y en el que Morgan no había pensado ni por un momento como en un individuo humano, le pesaba de pronto terriblemente, parecía haberse embarazado de nuevo. Sin duda había tratado al niño, como le dijo a Julius, como una enfermedad de la que tenía que librarse, como una excrecencia. Que Julius hubiese querido tener el niño, que éste hubiese podido reunirlos, que todo pudiera haber sido diferente y mejor, eran pensamientos que ella no se atrevía a pensar si no quería volverse loca. Quizás afortunadamente el otro choque, el encuentro entre Julius y Tallis, la distraían del asunto del aborto y hacían urgente el que viese a su marido. Sentía un extraño impulso al defender a Tallis contra Julius, contra el desprecio empujador de Julius, o contra los rayos que emanaban de la fuerte personalidad de su ex amante. También sentía, con la temible renovación de su amor a Julius, la necesidad de arreglar su matrimonio, hablar con Tallis, aunque por lo pronto y de un modo u otro, le dejase fuera de su vida. En cuanto a lo que decía Julius, su frialdad y su aparente resistencia a verla, no le concedía ella mucha importancia. Había decidido estar fría con Tallis. Tenía la impresión de que nada podía hacer con la ternura ni con el amor que les beneficiase a él o a ella. La amabilidad puede llevar por falsos caminos. Lo que temía más de todo era la renovación de aquella fatal ternura de su marido, aquel lamentable sentimiento "animal" que ella le había descrito a Hilda y que le había hecho parecer desde hacía mucho tiempo que Tallis era el único hombre a quien era imposible abandonar, el ser a quien hacerlo feliz supondría la felicidad de ella y esta felicidad, la asombrada humildad con que él veía su buena suerte, le había proporcionado a ella gran contento, pero por ahí estaba la piedad así como lágrimas peligrosas de ternura. Morgan se había dado cuenta, en cuanto estuvo dentro de la casa, de lo difícil que le sería no debilitarse y volverle a hacer feliz, aunque sólo fuera por un momento. Al mismo tiempo había comprendido lo que podía salvarla: el desprecio. Lo que era el extremo opuesto al amor: el cinismo de disminuir despectivamente otra persona. Y pensaba: "Lo estoy viendo lo mismo que lo ve Julius".

Desde luego Tallis no estaba "instalado". Pero por el momento quedaba fuera. El camino de Notting Hill era el de la vuelta a Julius. Ocurriera lo que ocurriese. Tenía que probar de nuevo. Julius: la segunda aventura. Y que los dioses decidieran. Ahora, mientras veía cómo se

alejaba el taxi donde iba Julius, sintió una impresión más bien alegre. Julius había dicho cosas horribles pero siempre había sido terrible su lengua. Lo que le daba esperanza a Morgan era lo que había hecho él con su ropa. Ese acto de violencia no era propio de un hombre a quien una mujer no le importaba. A Julius le importaba ella. Su acción había sido profundamente característica y la indiferencia no produce esos actos. Había visto a Julius en ese estado de ánimo cuando hizo la disección cuidadosa e implacable de un sombrero de ella. Cuando le contó que lo había admirado mucho en una garden party en Dibbins que dio un colega de él que había tonteado con Morgan. La violenta reacción de Julius la emocionó y alegró a la vez que la alarmó. Es cierto que después de la destrucción del sombrero se fueron a la cama.

De pie, aún deslumbrada por lo ocurrido, sobre la gruesa alfombra india ante la ventana del cuarto de estar de Julius, Morgan se dio cuenta de otro curioso rasgo de su situación. Estaba completamente desnuda. Fue a la puerta del dormitorio y movió el pestillo. Cerrada. Se inclinó sobre la puerta y empujó. No cabía duda: estaba muy bien cerrada. Se detuvo a pensar. Empezaba a sentir un poquito de frío. El teléfono: pero el teléfono estaba en el dormitorio. Entonces empezó a buscar por el resto del piso. No había prenda alguna. No colgaba una gabardina detrás de la puerta ni había una amplia bata en el cuarto de baño ni una chaqueta suelta y pantalones tirados en algún rincón. Julius era un hombre fanáticamente ordenado. Desde luego, toda su ropa estaría colgada en perchas en aquel armario inaccesible y que ahora se le hacía tan deseable. Y no sólo no había ropa sino tampoco tela de clase alguna, aparte de un exiguo paño de cocina y una toalla muy mojada en el cuarto de baño. Ni siquiera había estera y la del baño estaba hecha de corcho. Por supuesto, estaban las cortinas del cuarto de estar. En la cocina y en el cuarto de baño había cristales esmerilados y, por tanto, sin cortinas.

Alerta, pero no angustiada aún, observó las cortinas. Eran de nylon semitransparente. ©Ésas, las interiores, pues por fuera eran de un grueso terciopelo azul bordado con hilos dorados. Las ventanas eran altas y la parte superior de la cortina quedaba fuera del alcance de Morgan, aunque se hubiera subido en cualquier mueble de los que había por allí. Sin duda un buen par de tijeras fuertes le proporcionarían dos medias cortinas. ¿Pero de dónde iba a sacar unas tijeras grandes? Las suyas estaban en el dormitorio. Una búsqueda en la cocina sólo descubrió un gran cuchillo y armada con él avanzó Morgan hasta las cortinas sólo para darse cuenta al instante de dos cosas. Era prácticamente imposible cortar unas gruesas cortinas apretadamente bordadas con hilo dorado si se utilizaba un cuchillo de cocina romo. Y en todo caso las cortinas sólo le servirían para no pasar frío. Había pensado vagamente convertirlas

en un vestido de urgencia, pero eran tan tiesas y gruesas que serían extremadamente difíciles de coser aunque pudiera ella, y no podría, cortarlas e incluso si hubiese en el piso, y no las había, cosas de coser. Pensó que probablemente podría bajar las cortinas echando abajo la barra. Más, ¿para qué? “En fin, pueden servirme de mantas —se dijo— si he de quedarme aquí hasta el lunes.”

En verdad era una situación bastante rara. Morgan examinó el montón de ropa destrozada en el vestíbulo. Julius había hecho unos trocitos muy pequeños. Morgan se lanzó con fuerza contra la puerta del dormitorio. Resistió firmemente. No había herramientas para forzar la cerradura. Empezó otra vez a buscar. Ninguna silla a la que se pudiera quitar el forro y ningún cojín era mayor de un pie cuadrado. Tampoco había manteles ni nada por el estilo. La calefacción central no estaba encendida y Morgan tenía cada vez más frío. Aunque el sol lucía aún, el aire parecía comenzar a oscurecer. “¿Qué haré?—pensó Morgan—. Supongo que Julius volverá. Pero, ¿es seguro? Se llevó un maletín. Es perfectamente capaz de no volver.” En efecto, podía esperarse de Julius que le interesara ver lo que ella haría en tal situación. Desde luego, podría gritar por la ventana pidiendo socorro. O salir del piso tapada con el paño de la cocina y llamar en las puertas de los vecinos en busca de alguna mujer amable. Pero, ¿qué explicación podría dar de su extraordinaria facha? “Debe de haber algo que no se me ha ocurrido —se dijo—, alguna posibilidad en que no he pensado.” Se sentó en el sofá y trató de amontonarse encima los cojines. Eran pequeños y gruesos y se caían continuamente. Se esforzó en reflexionar. Al cabo de un rato empezó a llorar.

Capítulo 13

Simon se sentía muy alterado. No acababa de saber qué le pasaba. Quizá fuese el calor. Como la mayoría de los ingleses, Simon pretendía que le gustaba el calor, pero la verdad era que le fastidiaba. Londres, en julio, con el sol reluciendo constantemente, se convertía en un sitio de locos, asfixiante, seco, con filas de casas irreales, trémulas, que parecían ocultar algo completamente distinto, algo más que una desolación sahariana. “Tengo que salir de la ciudad”, se murmuró a sí mismo. Pero no resultaba tan fácil. Él podía tener permiso, pero Axel, que trabajaba mucho, quizá demasiado, en una de esas cosas que Simon no entendía, no estaría de acuerdo en irse de vacaciones por ahora. E irse en un fin de semana exigía un grado de voluntad y organización del que Simon no se sentía capaz. De todos modos, Axel trabajaba, ahora, todo el sábado.

Además, Axel estaba de mal humor. No es que estuviera enfadado con Simon. Eso habría sido soportable en cierto sentido. Lo que le pasaba era que se hallaba enfadado consigo mismo. Pasaba por uno de esos períodos suyos en que se despreciaba y se oscurecía, estados de ánimo que habían sido tan frecuentes en él, cuando Simon lo conoció. Axel se disgustó mucho de haberse irritado con Peter. Le explicaba a Simon que cuando uno se avergüenza de haber ofendido a alguien, lo que en verdad le hiere a uno es el daño causado al propio orgullo y no el causado a la otra persona.

Esta observación filosófica parecía, sin embargo, no ser efectiva. Se preocupó por su orgullo. Escribió una larga carta a Rupert. Y le escribió varias cartas a Peter, lo cual descubrió Simon por los pedazos de las que había en la papelería. Simon no creía que alguna de ellas

hubiera sido enviada. También se enfrascaba Axel en largas parrafadas sobre la injusticia de que una persona mayor intentase imponerle a un joven el amor. Especulaba sobre si no habría él estropeado la vida de Simon. Se preguntaba, si no podría resultar que Simon, después de todo, resultara heterosexual. Describió a Simon felizmente casado con una encantadora muchacha de unos veintidós años y de largas piernas. Una que le diera a Simon varios niños espléndidos. Presentó favorablemente las posibilidades de Simon como padre. Casi a lágrima viva, Simon le echó los brazos al cuello a su amigo. Axel llegó a la triste conclusión de que todo aquello, después de todo, sólo era cuestión de sexo, en el sentido más vulgar de la palabra.

También le atormentaba a Axel lo que había dicho Peter respecto a ocultación e hipocresía. Esta tormenta no era una novedad. Simon le había oído decir a Axel, con diversos acentos de amargura, cuánto detestaba que fuera necesaria la discreción. A veces, cuando se hallaba en ese estado de ánimo, maldecía la podredumbre de una sociedad que aún censuraba un fenómeno tan inofensivo y natural. Y otras veces se reprochaba a sí mismo que le faltase valor para no ocultarle a la gente sus preferencias. “Alguno tiene que empezar a atreverse”, se decía Axel. No era ése un asunto que hubiese preocupado nunca a Simon. En sus días “traviosos”, anteriores a cuando conoció a Axel, el secreto había sido para él una diversión y consideraba todo aquel asunto como una juerga. Incluso cuando su gran amor por Axel le hizo más serio y mucho más feliz, Simon tampoco compartía los escrúpulos de Axel. Tantos instintivos subterfugios y eufemismos: “Mi amigo Nilsson, con el que comparto un piso” y expresiones por el estilo las consideraba más bien como una valla protectora, una útil barrera tras la cual ocultaban él y Axel el maravilloso secreto de su amor. El secreto lo hacía todo más agradable y más íntimo. Simon no podía considerar aquello, como sin duda lo veía Axel, como algo potencialmente corruptor. “¡Bueno, escribe a The Times contándolo y te quedarás tranquilo”, le dijo Simon frívolamente, por fin, después de oírle sus cargos de conciencia. “Pues, no creas, eso debería hacer”, le replicó Axel muy serio, recayendo en seguida en su ceñudo y preocupado silencio cuando comía, sin haberlo elogiado, un excelente soufflé de queso que acababa de hacer Simon.

Por supuesto, otra fuente de inquietud era Julius. Simon no estaba completamente seguro de lo que pensaba de éste. Julius creaba, en relación con Axel, unos celos muy profundos en Simon. Esos miedos no eran para él una novedad. Con frecuencia le había confesado a Axel sus celos —con motivo de otros hombres— y él le había tranquilizado, o por lo menos le había calmado en parte. Procuraba entonces Simon, con la ayuda del propio Axel, reconocer lo

bajos, infructíferos y perjudiciales que eran esos turbios instintos. Pero por ser instintos, era muy difícil suprimirlos. En cuanto al nuevo peligro, Simon no había hablado del asunto con Axel desde la visita de Julius. No se trató entre ellos de esa nueva manifestación del “demonio”. Y eso se debía en parte a que desde algún tiempo tuvo que luchar Axel con demonios propios. Y en parte a otro motivo que Simon revolvía en su mente. Julius le perturbaba. También Simon se había sentido turbado por el ataque de Peter. Le hirió aquel tono despectivo, aunque no sintió impulso de censurar a Peter, a quien veía claramente en mal camino, a su manera. Lo que intrigaba a Simon era que la angustiada preocupación causada a Axel por Peter parecía proceder en realidad de Julius, como si éste fuera el causante. ¿Acaso Simon intuía que Julius lo despreciaba?, ¿lo consideraba Julius a él como un frívolo y afeminado poseur? Sin embargo, Julius lo había tratado muy amistosamente y nada dijo que justificase tal visión despectiva.

“Todo esto me está poniendo nervioso”, pensó Simon cuando caminaba por la calle Bond, aquella calurosa y brillante tarde. Las tiendas estaban ya cerradas y transitaba por la calle mucha gente bien vestida, algunos con traje de etiqueta. Londres parecía ociosa, lánguida y hasta perversa. “Tengo la impresión —se dijo Simon— de que algo va a suceder, algo más bien desagradable.” Se sobresaltó y sus pensamientos volaron hacia Axel en busca de protección.

Supongamos que le pasara algo a Axel, supongamos que algún auto lo atropellase, o que tuviera cáncer o... “Déjate ya de imaginaciones”, se dijo. Se detuvo para mirar el escaparate de una tienda de géneros para hombre. Concentró su atención en una corbata azul real adornada con hojas de acanto verde esmeralda. ¿Le sentaría bien? Inclino la cabeza para ver el precio, digirió la impresión que le causó, se imaginó a sí mismo impresionante con aquella corbata de azul real con verde esmeralda y decidió volver al día siguiente para comprarla. Reanudó la marcha lentamente. Entró por la calle Brook.

Axel estaba viendo y oyendo Fidelio. Simon no le había dicho a Axel lo de la extraordinaria invitación de Julius. “Ven el viernes. No se lo digas a Axel.” Iba a compartir un secreto con Julius. ¿Qué clase de secreto resultaría? Simon se sentía culpable y alarmado, excitado. Por primera vez se le ocurrió que Julius le era atractivo. Desde luego, la perspectiva de estar con él le producía ciertos temblores y síntomas a los que estaba muy acostumbrado. “Es que —pensó Simon—, nunca he podido distinguir entre el miedo y el deseo sexual.” Aumentó su nerviosismo. Se detuvo ante otro escaparate, se puso bien su corbata ante el

crystal del escaparate y revisó en general su aspecto. Se había vestido con cuidado. Llevaba una camisa morada y una corbata roja y el traje veraniego negro de terylene que había comprado en Milán. Se echó hacia atrás sus cabellos negros un poco rizados y les dio unas cuidadosas palmaditas. Contempló con gran atención su fino rostro. ¿Quizás algo zorruno? Su nariz era sin duda demasiado larga. ¿Una cara alargada y lista? “¿Parezco listo?”, se preguntó. Cuando emprendió de nuevo la marcha se esforzó en poner un gesto de persona muy despierta. Cuando llegó al número de Julius, le latía el corazón con cierta alteración. “Sera con motivo del cumpleaños de Axel —se dijo Simon— eso es seguro.” Después de todo sólo podía ser esa la causa de no decirle a Axel lo de la visita. Pues si no, ¿qué otro motivo podía ser? Julius querría darle a Axel una buena sorpresa, y necesitaba que Simon lo aconsejara. “Muy amable—pensó Simon—. Sin duda, es muy amable.” Ningún otro motivo podía haber; no había por qué excitarse. Empezó a subir las escaleras. Cuando llegó a la puerta del piso respiró profundamente y tocó el timbre.

Silencio en el interior. Luego, un leve y cauto ruido como de alguien que corriese procurando no hacer ruido. Simon acercó una oreja a la puerta y escuchó. Muy cerca de él, una voz dijo al otro lado de la puerta:

— ¿Quién es?

La voz le resultaba conocida. Era de mujer. Sobresaltado, dijo Simon:

— Soy Mr. Foster, Simon Foster. Quería ver a...

— ¡Simon!

— ¡Morgan!

— Espera un momento, Simon.

Éste sintió confusión, trastorno. ¿Qué estaría Morgan haciendo allí? ¡Qué apuro!

Se abrió la puerta y Simon entró del soleado descansillo a la penumbra del pequeño vestíbulo. Se cerró la puerta.

— Morgan, ¿qué está s...?

Morgan no llevaba encima más que un pedazo de paño de color que se había sujetado en torno a la cintura.

—¡Simon, qué estupendo! ¡Los dioses deben de haberte enviado! Eres la respuesta a mi plegaria.

—Pero, Morgan, ¿qué demonios...?

—Entra, entra. ¡Qué divertido es esto! —Morgan reía como una loca. Se volvió, con lo que reveló las limitaciones del paño de cocina. —¡Entra, Simon, bienvenido seas! La siguió al cuarto de estar, donde aún entraban reflejos del sol poniente. La habitación parecía haber padecido una explosión: los cojines estaban tirados por el suelo junto a unos recortes que podían hacer pensar en un juego chino. Sobre una ventana había unos rotos en el yeso, que se había caído a pedazos. Una de las barras se había caído y también aparecía en el suelo, en caótico montón de terciopelo, una de las cortinas. La otra barra colgaba diagonalmente sobre la gran ventana sujetando un largo visillo de nylon blanco en su extremo inferior.

—Querido Simon —exclamó Morgan—, ¡gracias a Dios que has llegado! ¡Empezaba a desesperarme! Supongo que debería taparme con una cortina, pero, ¿qué falta hace? Ya me has visto desnuda antes.

—Pues no te vi, no creas —dijo Simon—. Has olvidado que no llegamos a encender la luz.

Morgan dejó de reírse. Lo miró un buen rato y luego dió:

—Querido Simon, querido, querido Simon. —Le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Dónde está Julius? —preguntó, echándose nervioso hacia atrás .

—¡Ha ido a pasar por ahí el fin de semana! —dijo Morgan y se echó a reír de nuevo—. ¡Dios mío! Eché abajo las cortinas porque me dije que algo tenía que hacer. Y se cayeron sobre ese cacharro de porcelana. ¿Puedes averiguar por los pedacitos rotos si es auténtico?

Simon recogió un par de trozos.

—Sí, vaya por Dios, es un T'ang.

—¿Y es muy caro?

—Sí. Pero, Morgan, mira ¿me he vuelto yo loco o eres tú la que está loca? ¿Qué demonios ha pasado aquí? ¿Por qué has echado abajo las cortinas? ¿Por qué estas desnuda? ¿Por qué...?

—Es que Julius me cortó en pedacitos cuanto yo llevaba encima.

—¿Que te cortó la ropa?

—Sí, querido. Se enfadó mucho porque me desnudé y me eché en su cama.

—¡Oy!

—Nada ocurrió, no me hizo nada en absoluto. Sólo hacerme tiritas mis prendas, el vestido y todo lo que llevaba debajo. Por eso estoy sin nada que ponerme, sólo un trapo como este para tapar lo principal. Menos mal que tú eres de mucha confianza. —Se lanzó por el cuarto de estar para recoger el montón de pedazos de tejido que olía un poco a polvos faciales. Le arrojó a Simon los jirones en los brazos y él los tiró en seguida al suelo, alarmado. Aquello le había hecho gran impresión.

—¿Pero por qué hizo esto? ¿Cuál fue...?

—Estaba un poco enfadado conmigo. No sé por qué hizo esto. Debe de haberse divertido. ¿Por qué hace Julius las cosas? ¿No crees que es un hombre maravilloso? ¿A qué otro se le hubiera ocurrido hacerle a una pedazos la ropa?

—Morgan, no puedo comprender...

—¿Es que te turba verme así? ¿Quieres que me tape con las cortinas?

—No, no. Pero ¿no pasas frío así?

—No. Me estaba enfriando y pensé que quizá tuviera que pasar aquí la noche, de modo que arranqué las cortinas para que me sirvieran de mantas. ¡Pero ahora que has venido siento un gran alivio!

—¿Por qué no te pones alguna ropa de Julius?

—¡Esa es la broma! Cerró la puerta del dormitorio. Y en el resto del piso no hay ropa, ni una tela que me sirva, excepto este paño de la cocina que me he puesto aquí para tapar lo principal, aunque no es necesario ya que tú eres un gran amigo de hace tanto tiempo. —

Morgan se quitó el trapo y lo tiró. Empezó a reírse de nuevo. Paseó retozona por el cuarto de estar.

—Bien, bien, bien —dijo Simon. Sentado en el sofá, la contemplaba. Se le ocurrió que aparte de una noche tremenda en un cabaret de París, nunca había visto a una mujer completamente desnuda. Y desde luego era ahora la primera vez que veía a una mujer, a la que conocía, bailar desnuda en un piso del centro de Londres, y le temblaban los pechos con la risa y la velocidad. No le parecía divertido el espectáculo.

—Morgan, por favor. Hay que hacer algo. Suponte que vuelve Julius.

—No vendrá dijo Morgan dejando de danzar —. Ha ido al Market Harborough.

—¿El Market Harborough?

—Bueno, ha ido a alguna parte. Sí, desde luego hemos de hacer algo. Pero, por ahora pienso que éste es uno de los grandes momentos de la vida.

—¡Pues yo no lo creo! —dijo Simon.

—¡Simon, me tienes miedo! —dijo Morgan—. Es muy hermoso que te pueda asustar. —Se acercó y se arrodilló frente a él, colocando muy seria sobre las rodillas de Simon sus codos. Luego le tomó suavemente una mano y se la puso sobre uno de sus senos. Él cerró los ojos.

—Querida —dijo Simon. Dejó su mano donde se la había puesto ella y sostuvo la húmeda, suave, cálida y pesada redondez.

Morgan desnuda era un ser completamente distinto, y Simon apenas la reconocía. El bronceado rostro de ella, de acentuadas facciones, tenía un aspecto de ave, ambiguo y viejo. Parecían habersele borrado los rasgos de humor y de dulzura. Sin las gafas sus ojos semejaban ciegos e insensibles. El largo cuello se hundía en los duros y huesudos hombros y a los salientes huesos del cuello. La blanca carne delineaba, aún débilmente, en su cuerpo el perfil de un bañador. Los redondos pechos colgaban un poco y el oscuro y húmedo canalillo entre ellos olía a sudor. La carne estaba un poco en capas por debajo de la cintura, curvadas las caderas y brillantes las rodillas. Simon, que la miraba sin mirar, se alarmaba y sentía algo de compasión y de asco. A la vez sentía agitación física y cierto trastorno.

—Por favor, Morgan, por favor...

—Muy bien, haz algo. Sí. —Se puso en pie.

Simon también se levantó.

—Mira, saldré a buscarte alguna ropa. Puedo ir a casa de Rupert, en un taxi, en un cuarto de hora o en veinte minutos. Hilda me dirá dónde están tus cosas.

—No dijo Morgan —. Tengo un plan mejor.

—¿Qué?

—Me pondré tu ropa.

—¿Qué?

—Sólo por un ratito, tonto. Hasta que vaya a por mis cosas. Volveré aquí en seguida.

—Pero, Morgan...

—No seas burro, Simon, nadie va a verte. Si quieres, puedes envolverte en las cortinas. Sólo tardaré media hora. Compraría algo en la calle Bond, lástima que todas las tiendas estén cerradas.

—Morgan, ¿no es mucho más sensato que vaya yo? Después de todo...

—Sabes muy bien que en nuestros días no importa lo que vista una mujer. Ni siquiera me mirarán. No es lo mismo que si fuera al bar del Claridge.

—Pero, ¿y yo qué? Quiero decir, ¿cómo me voy a quedar? La verdad, Morgan, preferiría ir yo mismo. No tardaría apenas...

—Simon, no quiero que Hilda se entere del pequeño drama que ha pasado aquí por no haberse querido acostar Julius conmigo. Y si fueras tú y pidieras ropa para mí tendrías que contar algo. Compréndelo y sé buen chico. ¿Qué pensaría Rupert? Se escandalizaría.

—Yo podría decirles que te... no sé... que te habías caído en el río.

—Simon, no seas tonto. Desnúdate, querido. Estoy cansada de estar desnuda y, la verdad, empiezo a sentir claustrofobia en este piso.

—¡Y yo también!

—Tendrás que prestarme algún dinero. Mi bolso está en el dormitorio. Maldita sea, también están allí las gafas. Ven, deja que te deshaga el nudo de la corbata.

Simon, sin esperanza ya de evitar el plan que se le había ocurrido a Morgan, dejó que ésta le quitase la corbata y empezara a desabrocharle la camisa. Luego gimió y se quitó la chaqueta.

—Eso está muy bien. Querido Simon, has de perdonarme. De pronto estoy muy animada. Ya te dije que éste era uno de mis grandes momentos. La gran prueba era lograr salir de aquí. Tu llegada ha sido una gran suerte y ahora es necesario que me vaya. No podría soportar que volviera Julius y me encontrara así.

—¡Que volviera! Pero si dijiste que se ha ido a pasar el fin de semana fuera. ¿Hay entonces probabilidades de que vuelva?

—Sí. Podría regresar antes de lo que me dijo. Y no querría que me encontrase aquí desnuda y temblando.

—¡Es que tampoco yo querría que me encontrase aquí desnudo y temblando!

—No tienes por qué temblar. Arranqué las cortinas sólo para fastidiarle a él, pero a ti te vendrán bien si tienes frío. Lamento que se haya roto ese objeto Tang. No tardaré mucho. Qué precioso el color de esta camisa. ¿Me sienta bien?

Rezongando otra vez, Simon se quitó los pantalones.

—Puedes dejarte puestos los calzoncillos. Pero necesitare tus zapatos y calcetines. Creo que nuestros pies son casi del mismo tamaño.

Morgan empezó a ponerse los pantalones y metió en ellos la camisa morada. Subió la cremallera de la bragueta. Intentó hacerse el nudo de la corbata, pero renunció a, ello.

—¿Podrías hacerlo tú? Nunca me he puesto una corbata.

—Es muy difícil hacerle el nudo a otra persona —dijo Simon. Temblaba—. Podías ir sin ella.

—No, no puedo. Quiero ir vestida correctamente. Debo llevar también corbata. Por favor, a ver si consigues hacer el nudo.

Simon lo hizo toscamente y Morgan se puso la chaqueta.

—Vaya, Morgan, ¡pareces un chico guapo!

—Tengo la impresión de que voy tremenda. Tus pantalones me sientan maravillosamente. Y mira lo bien que me van tus zapatos. Me miraré en el espejo del cuarto de baño.

—¡Ay, Simon, que monísima estoy con corbata! ¡Debo ponerme siempre una!

Oscurecía fuera y Morgan había encendido la luz del cuarto de baño. Temblando un poco, con frío en los pies sobre las losetas, Simon contempló a Morgan en el espejo. Ésta se había transformado de nuevo. La cara huesuda, el pelo corto, los ojos alargados, que ya volvían a estar vivaces, le daban el aspecto de un muchacho muy animado, resistente y listo sin llegar a parecer un granujilla. Morgan se puso seria y apretó los labios. Simon, sintiéndose vulnerable y frágil, vio en el espejo su hombro desnudo blanquecino contrastando con la chaqueta oscura que llevaba puesta Morgan. Era sólo un poco más alto que ésta.

—Nos parecemos un poquito dijo Morgan —. Siempre lo he pensado. Sólo que tu pelo es más florido. Si tuvieras liso el pelo...

Se volvió hacia Simon y empezó a estirarle sus rizos detrás de las orejas.

—Morgan, estás como un muchacho adorable. —Le puso las manos en la espalda y la tuvo unos momentos abrazada. Estuvieron callados un ratito.

—Tengo que irme. —Besó a Simon—. Mientras antes me vaya, antes volveré. Gracias por tu ropa. —Se soltó del abrazo—. ¿Dónde tienes el dinero?

—En ese bolsillo.

—Iré rara sin bolso. Hasta la vista.

Se abrió la puerta del piso, se cerró y Simon quedó solo. Estuvo un rato mirándose en el espejo y se pasó la mano arriba y abajo por el vello negro rizado que tenía desde el pecho

hasta el ombligo. Su cuerpo era palidísimo y con aquella luz parecía levemente azulado, como leche aguada. Los huesos bajo el cuello sobresalían grotescamente. Estaba delgadísimo y estar desnudo le sentaba muy mal. Empezaba a sentir mucho frío. Fue a la cocina esperando encontrar allí ginebra o whisky pero sólo había cerveza danesa en la nevera. Volvió al cuarto de estar, que seguía oscureciéndose.

Simon no podía decidir si lo ocurrido le parecía divertido o si era en cambio un susto, quizás el comienzo de los horrores que había intuido en la calle Bond. Se imaginó a sí mismo contándole aquella historia a gente que chillaba de tanto como le divertía: "Y le dejaron solo en el piso. Sólo tenía unos calzoncillos...". Sin duda, la historia troncharía de risa a quienes la oyeran. Pero no, porque él no le contaría a nadie lo ocurrido, se dijo.

El crepúsculo hacía distinta a la habitación. Simon fue a encender la luz eléctrica, pero se dio cuenta de que lo podían ver por la ventana desnuda. Sentóse en el sofá después de haber puesto él unos cojines y de haber arrastrado hasta allí una de las cortinas de terciopelo para taparse.

Llegaban distantes sonidos de la calle. Pero la habitación tenía un silencio propio, un silencio algo dramático como si un reloj se hubiera parado. La oscuridad se hacía aún más intensa. Las paredes se convertían en enormes sombras cargadas de positiva oscuridad. Se habían hecho amenazadoras y densas, inmensas librerías de caoba que llegaban hasta el techo, inmensos armarios con sus puertas abiertas y suaves interiores con oscura ropa colgada. Sitios donde podría perderse un niño. Parecía estar pasando mucho tiempo.

Simon se movía por un jardín casi en tinieblas, bajo enormes árboles por entre cuyas hojas podía verse intermitentemente un cielo a la vez luminoso y que amenazaba la oscuridad total. Y bajo los árboles había una luz diferente, luz extraña, oscura y fantástica. Seguía a su madre, que caminaba a diez pasos por delante de él y le guiaba. Sentía una angustia terrible y le era muy difícil andar. Su madre se movía como un perro, volviéndose de vez en cuando para mirarle y cuando se volvía, la luminosidad bajo los árboles se reflejaba en las gafas con montura de acero que llevaba ella, y sus ojos tenían un brillo frío como los de un animal nocturno al que le diera un rayo de luz. Simon sabía que ella le iba a enseñar algo asombroso. El jardín parecía interminable y los plátanos silvestres crecían densos y oscureciéndose sin cesar. Por fin se detuvo su madre y señaló algo que había en el suelo. En la iluminada oscuridad vio Simon un gran montón de cenizas, como las de una fogata. Había pedazos de ramas, y flores marchitas esparcidas como si hubieran sido preparadas para la fogata, pero no

hubiesen ardido. Sintió el deseo de tocar las cenizas y se inclinó. Entonces vio, muy cerca de su mano, un trozo de tweed marrón. Era el pernil de unos pantalones. Vio las vueltas del pantalón y luego que salía de ellas un calcetín oscuro y un zapato. Retiró la mano horrorizado, pensando al instante: “Ésta es la tumba de mi padre; mi madre me ha llevado a la tumba de mi padre. Pero no puede ser, porque a mi padre lo incineraron. ¿Cómo iba a estar así, vestido, bajo un montón de ceniza? ¿Acaso la gente incinerada aparece así?”. Empezó a mover las cenizas con un pie. La tela de un traje marrón, sucia de ceniza, empezó a surgir del montón. Simon se arrodilló y cavó con las manos. Así llegó al cuerpo, apartando frenéticamente ceniza con la mano. Temía descubrir el rostro que sus dedos tocaban ya. Apartó aún más ceniza y descubrió que el rostro del muerto era el de Rupert. De pronto hubo una inundación de luz.

Simon se despertó sobresaltado. El terror del sueño que había tenido le quitaba la respiración y el corazón le latía violentamente. Jadeaba para respirar y se defendía contra un gran peso que creía tener sobre el pecho. Vio que su brazo y su mano desnudos agarraban una tela pesada, azul y dorada. La arrojó de sí tratando desesperadamente de sentarse.

Habían encendido la luz del cuarto de estar. Era Julius que estaba en medio de la habitación mirándolo. Simon tuvo la impresión de que Julius llevaba allí algún tiempo. Vestía de etiqueta, estaba muy serio y pensativo, como si estuviese mirando otra cosa. Simon recordó, logró sentarse y empujó la cortina para tirarla al suelo. Miró a Julius asombrado.

—Desde luego éste es un día lleno de sorpresas —dijo Julius y salió de la habitación. Simon le oyó abrir con llave la puerta del dormitorio.

—¡Julius! ¡Julius! Lo siento mucho... —Simon empezó a tartamudear. Quiso volver a levantar la cortina para envolverse con ella pero era demasiado pesada. Corrió detrás de Julius.

Éste abría un armario del dormitorio y sacaba una botella de whisky.

—Julius, tengo que explicarte...

—Sé buen chico y tráeme de la cocina dos vasos.

Simon corrió a la cocina. Miró su reloj de pulsera. Era medianoche. ¿Qué demonios podía haberle sucedido a Morgan?

—Lo lamento muchísimo...

—¿Quieres que te deje mi bata? Estás temblando de un modo lamentable y estás un poco raro con sólo esos calzoncillos. Deberías engordar un poco. Veo que alguien me ha destrozado las cortinas y te pueden ver muy bien desde ahí enfrente.

—No he sido yo... Quiero decir... —Simon se puso la bata de Julius, acolchada, de seda roja oscura.

—Y veo que uno de mis caballos Tang está roto. ¡Qué lástima!

—Morgan tuvo que echar abajo las cortinas porque no tenía nada para... Lo sintió muchísimo... y en cuanto al caballo... no sé que puede haberle pasado a Morgan para que lo haya dejado en ese estado.

—He dejado una mujer desnuda y me encuentro un muchacho también desnudo.

—Pues te diré: yo llegué y...

—Muy bien, puedo figurármelo. Morgan se puso tu ropa y huyó. Desde luego, tenía que imaginárselas para escaparse.

—¿Quieres decir que no volverá?

—No tengo idea de si regresará o no. Toma whisky. Pareces estar muy afectado por lo ocurrido.

—Me aseguré que cogería su ropa en casa de Rupert y volvería en seguida. Pero han pasado varias horas.

—Lo que me intriga es qué haces tú aquí. ¿Por qué viniste?

—¡Si me lo pediste tú!

—¿Sí?

—¿Recuerdas? Cuando viniste a cenar con nosotros, me dijiste al oído en el vestíbulo: “Ven a verme el viernes; no se lo digas a Axel”.

—¿Eso te dije? Bueno, quizás. Ah, sí, ahora lo recuerdo. Lo siento, pero lo había olvidado por completo. ¿Se lo dijiste a Axel?

—No. Pero yo no tenía ni la menor idea de para qué querías hablar conmigo. Pensé que quizá quisieras preparar algo para el cumpleaños de Axel, hacerle algún regalo...

—No se me ocurrió, la verdad. ¿Cuándo cumple años Axel?

—El día veinte.

—¡Pues sí, debo comprarle algo!

—Pero, Julius, si no era eso, ¿para qué me dijiste que viniera? ¿Por qué tenías que verme y no querías que se lo dijera a Axel?

—Lo he olvidado. Supongo que deseaba ver si te atrevías a venir sin él.

—¿Si me atrevía?

—Sí, si eras capaz de venir sin decírselo a Axel. Y has venido. Y no se lo has dicho a Axel. ¿Quieres agua en el whisky?

—Pues no puedo entenderlo...

—Por cierto, ¿dónde está Axel esta noche?

—En Fidelio.

—¿Y te echará de menos?

—No. Luego tenía que asistir a una super-party. Pero tengo que volver a tiempo... No puedo... Pero... ¡Ay, ay!

—No te apures tanto, chico. Todo saldrá bien. Bébete el whisky y luego decidiremos lo que podemos hacer. Ponte ropa mía. Soy más alto que tú, aunque espero que podamos utilizarla.

Sonó el timbre de la puerta. Julius se levantó y fue a abrir dejando a Simon desconcertado en medio de la habitación y con el vaso en la mano. Morgan entró despacio. Miró a Julius, pasó delante de él y entró en el cuarto de estar. Llevaba puesto un vestido y un impermeable gris encima; de una mano le colgaba un maletín. Se volvió a Julius y lo miró con gran frialdad, como si horas antes no hubiera estado haciendo tan grandes, aunque inútiles esfuerzos, para conseguir que se acostara con ella.

Julius empezó a reírse. Simon sonrió forzosamente a Morgan. Ésta parecía muy digna e indiferente. Pero en seguida empezó también a reírse. Julius y ella reían muy divertidos y recorrían la habitación tambaleándose por efecto de sus irreprimibles carcajadas. Simon se había sentado y contemplaba muy malhumorado a los dos mientras bebía el whisky.

—Oh, Julius —dijo por fin Morgan echándose en el sofá —¡es que eres un dios!

—Bebe algo —dijo Julius—. Simon trae otro vaso y también una jarra de agua.

Simon fue a la cocina fastidiado y andando como si fuera un pato.

—¡De modo que tenías whisky, después de todo! Siento muchísimo lo del caballo Tang. Te lo pagaré.

—No te lo podrías permitir —dijo Julius.

—¿Por qué has tardado tanto? —le dijo acusadoramente Simon a Morgan al traer el vaso y la jarra—. Creí que no vendrías nunca. ¿Y qué hay de mi ropa?

—Pobre Simon, pobrecillo Simon... —y más risa.

—Quiero irme a casa —dijo Simon.

—Sí. sí. Aquí tienes tu ropa. En el maletín. Siento muchísimo haber tardado tanto.

Simon se llevó el maletín al cuarto de baño y empezó a vestirse con rapidez. Oía que Morgan le explicaba a Julius:

—Ya ves, todo salió mal, como en los sueños: primero no pude encontrar un taxi, luego, cuando llegué a Priory Grove no había nadie allí y recordé que Hilda y Rupert cenaban fuera y no podía recordar dónde. Como sabes, suelen dejar la puerta trasera abierta, pero esta vez se les había ocurrido cerrarla y pasé muchísimo tiempo intentando entrar pero no pude. Me caí del alféizar de una ventana donde había conseguido subir y creí haberme roto un tobillo. Lamento haber roto tus pantalones, Simon, lo siento tremendamente. Luego decidí ir a casa de otros amigos y que me prestaran un vestido, pero no estaban tampoco y perdí muchísimo tiempo yendo y volviendo porque no había taxis. Por fin decidí resignarme a esperar en Priory Grove y cuando volvieron Hilda y Rupert pude coger la ropa y, ¿sabes lo que me dijeron cuando me vieron con esta facha?: “ ¡Qué divinamente te sienta ese traje pantalón que has comprado! ”.

Simon apareció ya vestido y tan fastidiado como antes:

—¡Buenas noches!

—¡Simon, no te enfades conmigo!

—Un momento, Simon —dijo Julius.— Espera un momento. Morgan se va contigo.

Morgan, que había vuelto a tener esperanzas, miró asombrada a Julius y levantó las cejas.

—Muy bien, como quieras. Sigues siendo un dios.

—Simon —dijo Julius, que había vuelto a estar muy serio, casi tétrico—. Te aconsejo que no le digas a Axel nada de la farsa de esta noche.

—Simon, no puedes decirle nada a Axel —exclamó Morgan—. Yo no podría soportar que lo supiera. No le parecería divertido.

—¡Es que esto no tiene maldita la gracia! —dijo Simon.

—Ya sabes lo serio que es Axel —dijo Julius—. Odia lo absurdo.

—En cambio a ti se te da muy bien lo absurdo, querido Simon —dijo Morgan.

—Le quedaría la impresión de que lo has traicionado —dijo Julius.

—Además, me dejaría muy mal que lo supiera —dijo Morgan—. Figúrate, Simon. ¡Supón que Axel se lo cuenta a Rupert! Esto debe ser nuestro secreto, nadie más que nosotros debe saberlo.

—Morgan tiene razón —la apoyó Julius.

—Muy bien —dijo Simon. Sentía otra vez el miedo al que estaba ya tan acostumbrado, un sentimiento como el de dar el primer paso en una gran oscuridad—. Pero suponer que Axel está en casa cuando llegue yo...

—Entonces inventa algo, tonto —le sugirió Morgan.

—Lo que se dice imprudentemente puede costar el amor, querido Simon —dijo Julius—. Un ingrediente necesario en un matrimonio feliz es la facilidad para decirle mentiras tranquilizadoras a la otra parte.

—Entonces, de acuerdo —asintió Simon. Miró a Morgan y luego a Julius. Aún estaban muy risueños y parecían autoritarios, fuertes.

Pocos minutos después Morgan y él se hallaban en la calle Bond buscando un taxi. Simon llegó a casa antes que Axel.

Capítulo 14

—Debes irte pronto, cariño —le dijo Hilda a Morgan—, si no quieres encontrarte con Tallis.

—¿Es que vosotros dos lo vais a someter a un consejo de guerra?

—No, qué ocurrencia, por supuesto que no.

—¡Vais a preguntarle si sus intenciones para conmigo son decentes! —Morgan rompió a reír alocadamente.

Hilda miró a su hermana, inquieta. Durante los dos días pasados, Morgan había desplegado una especie de desesperada y febril alegría que Hilda no podía comprender. No había logrado que Morgan le explicase por qué estaba tan animada. Algo ocultaba.

—No querría que te mudaras a ese piso —dijo Hilda—. Me preocupa que vayas a estar allí tú sola. No sé por qué no sigues aquí. Ya sabes que nos encanta tenerte con nosotros.

—Tengo que estar sola para pensar en mis cosas, Hilda. De sobra sé que te preocupa mi marcha. Pero, a la larga, será mejor, te lo aseguro.

—Quisiera que me dejases darte algún dinero.

—¡Ya me lo darás, descuida! Te pediré prestado dinero más adelante.

—Morgan, tienes que pensar en lo de Tallis.

—Puedes tener la seguridad, Hilda, de que Tallis ocupa permanentemente mis pensamientos. Hasta cuando estoy pensando en lo que voy a comer, ¡está allí Tallis como un cuadro oscuro colgado en un rincón! —Y se volvió a reír ruidosamente.

—Me gustaría que fueras seria, cariño.

—Pero si soy muy seria. Mortalmente seria. Mortalmente.

—Tallis esperará que estemos enterados de lo que vas a hacer.

—Si alguien lo supiera, sabría más que yo. Quizás haya un pajarito que lo sepa. O Dios. Yo, desde luego, no tengo ni idea.

—Pero has de decidirte. Es algo que tendrás que hacer. No puedes despertarte una mañana y descubrir que te lo han arreglado.

—Eso es exactamente lo que espero, Hilda, exactamente eso. Una mañana, cuando me despierte, me diré...

—¡Morgan, Morgan! ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Excepto que me he vuelto loca. ¿Cuándo va a venir el pobre Tallis para que le sometáis al consejo de guerra?

—A eso de las seis.

—Entonces, dispongo todavía de una hora.

—¿Quieres llevarte el coche?

—No; luego no podría aparcarlo. Mañana me llevaré el resto de mis cosas en un taxi.

—Espero que cuando venga el frío estés bien allí. ¿Aireaste bien la casa?

—¡Hilda, por favor, no te preocupes más! Estaré perfectamente.

—¿Verás otra vez a Peter?

—Espero que sí. No me hagáis mucho caso, pero creo haberlo convencido para que vea a su supervisor. ¡Me resultaba muy atractiva la idea de hacerle volver a Cambridge!

—¡Morgan, si lo consigieras! En cuanto a Peter, eres nuestra última esperanza. Supongo que por lo menos eso será una ventaja de que vivas en otro sitio. Así podrás ver más a nuestro chico.

—Le he invitado a tomar algo en casa. ¡Sólo será tortas y gaseosa!

—Querida, el otro día estaba Peter muy raro. Sin duda, los buenos modales son imprescindibles.

—Pues Axel tuvo también unas reacciones inexplicables, Hilda.

—Axel le escribió a Rupert una larga carta, muy emotiva, arrepentido.

—Pues sí que arregla mucho con eso. Quisiera que Simon no viviese con Axel.

—Respecto a Axel. Antes de aparecer éste, Simon llevaba una vida alocada.

—Morgan, ¿has vuelto a ver a Julius desde aquella vez en que se presentó aquí y tú saliste corriendo detrás de él?

—No.

—Mientes.

—Es verdad, estoy mintiendo. Ya te lo contaré todo más adelante, Hilda. Pase lo que pase, no pensarás demasiado mal de mí, ¿verdad? Creo que me moriría si perdiera tu buena opinión de mí.

—¡Cariño, siempre me estás atribuyendo intransigencias en los juicios morales, pero nunca los hago! ¡Lo que quiero es que seas feliz! ¡No podría condenarte!

—Las personas como Rupert y tú hacéis juicios morales sólo con vuestra existencia.

—¡Eso que dices nos hace parecer horribles!

—No, al contrario, es una actitud maravillosa. Os adoro a los dos. Pero en última instancia me inclinaré por la locura. ¡Quizá sea algo que tengo en común con Peter!

—Me preocupa qué vas a hacer cuando estés sola en tu piso.

—Voy a disfrutar de la vida. Hilda. ¡Daré fiestas escandalosas y la vecindad se indignará contra mí!

—Querida, espero que...

—No, no: no estoy hablando en serio. Desde luego. Lo pasare bien, pero siempre tranquila e inteligentemente. Cultivaré a Peter. Me emborracharé con Simon, iré a teatros y conciertos, visitaré todas las galerías de arte en Londres...

—Sí, ya sé, siempre has sido muy aficionada a ver exposiciones. Pero tienes que venir aquí a menudo. No nos abandonar s, ¿verdad? Creo que ya has de irte. ¿Telefono para pedir un taxi?

—No, no. Prefiero ir andando. Sólo llevo esta pequeña caja y la cesta. No te preocupes, Hilda. Y no lo olvides: quiéreme.

—Eso no podría olvidarlo.

—¡Dale a Tallis mi cariño!

—No seas frívola, querida.

Hilda sonreía y cuando Morgan iba a desaparecer por Priory Grove abajo, la despidió agitando un brazo desde la ventana. Luego se volvió al dormitorio y se sentó frente al espejo. ¿Le quedaría el pelo con aspecto mortecino si se lo teñía? La decisión de teñirse el cabello viene a ser como una despedida a la juventud. También hoy tenía un aspecto terriblemente cansado entorno a los ojos. Pero aún podía ver su rostro animado y angelical. A ella sí le parecía verlo, ¿y a los demás? Morgan también tenía una apariencia radiante, pero la excitación le daba un aire enfermizo. Hilda se decía que quizá debiera haberle insistido más a su hermana en el asunto de Julius.

Se pasó un peine por sus largos mechones grisáceos, aunque más bien oscuros, y quedaron rizados bellamente. Se puso un poco de polvos en la nariz y un poco de rojo en los labios. La barrita le daba un aspecto algo anticuado. Quizá no fuese del color adecuado. Hacía años que no pensaba en la cosmética. No pensaba aún en la visita de Tallis. Había sido idea de Rupert. Éste se preocupaba tanto, como sintiéndose responsable, del bienestar de los demás, que deseaba aclarar las cosas. Eso era más propio de los hombres que de las mujeres.

Hilda se sentía cada vez más desanimada. No le gustaba cómo estaba Morgan y aunque ella no hacía juicios morales, le dolía que su hermana anduviese por mal camino. Estaba segura de que el afán de Morgan por conquistar de nuevo a Julius sería un mal asunto. A Hilda éste le era ahora antipático y cuando Rupert habla sugerido que ya que Morgan se marchaba de la casa de ellos, podrían invitar a Julius a cenar, esa idea no le había entusiasmado ni muchísimo menos. Sentía Hilda una creciente compasión por Tallis, y se daba cuenta de que la irritación que le producía aquella situación se debía en parte a un sentimiento de culpabilidad. Nunca debió exteriorizar la decepción que le produjo el casamiento de Morgan. Ella había contribuido a que Tallis se fuese “encogiendo” paulatinamente. Esperaba que Rupert, el cual había censurado a Tallis por ser éste irresoluto y sin carácter, no aprovechara la visita del cuñado para hacer con él de duro inquisidor. Sería impropia esa actitud. Eran ellos los que deberían pedirle perdón a Tallis.

Hilda cruzó el descansillo, hasta el despacho de Rupert. Le dijo:

—Estuve con Morgan hasta su marcha. Cree que puede arreglárselas para hacer volver a Peter a Cambridge.

—Eso me dijo. Eso me tranquiliza mucho. Mientras más hable Morgan con él, mejor.

—¿Cómo va el libro? —Hilda se inclinó sobre su marido y le pasó los dedos por el marchito cabello rubio, seco y fresco.

Rupert apartó un cuaderno amarillo en el que había estado escribiendo con su letra diminuta pero clara.

—¡Parece mentira, Hilda, está casi terminado!

—¡Tenemos que organizar la comida de celebración que pensábamos dar!

—Desde luego. ¿No te importará que invite a Julius? Se ha interesado tantísimo por el libro.

—Muy bien. Pero si invitamos a Julius, no podrá venir Tallis.

—Supongo que ésa es la consecuencia lógica.

—En fin, Julius es amigo tuyo. ¿Dónde recibiremos a Tallis, aquí o abajo?

—Abajo es más propio para un amigo.

—¡Me alegro de que lo consideres amistosamente! Pondré las bebidas allí. ¿Qué le vas a decir?

Empezaron a descender las escaleras. Hilda iba detrás con las manos en los hombros de su marido.

—Tengo ganas de ver que dice él—dijo Rupert.

—¿Crees que debería tener una entrevista seria con Morgan?

—Pues francamente creo que sí.

—Tallis es incapaz de enfrentarse a cualquier situación violenta.

—No se trata de violencia sino de una firmeza responsable.

—Morgan a vuelto a ver a Julius.

—¿Y cuál es la situación?

—Ella no lo dice.

—Creo que Morgan se está portando mal.

—También lo creo yo. Sabes, Rupert, que a veces pienso que Morgan sigue queriendo a Tallis. Eso no lo entendía yo antes, pero es evidente que está terriblemente obsesionada con él. Si variaran un poco las cosas, si Tallis pudiera sorprenderla de algún modo, si pudiera verlo de pronto a una luz diferente...

—Vaya, quieres decir, que se produjera un cambio de gestalt. Precisamente por eso soy partidario de que hablen ellos.

—Quizá. Pero no como tú crees. Nada de: “Mira, quiero saber en que situación quedo yo”.

—Bueno, ya le hablarás tú, Hilda. Lllaman al timbre de la puerta principal. Será él.

Hilda arregló rápidamente los cojines en la sala y se miró la cara en el espejo mientras las voces de Rupert y Tallis sonaban en el vestíbulo. Las cortinas estaban un poco echadas para impedir que entrase el sol y la habitación estaba algo oscura. Descorrió las cortinas y quedó a la vista el tranquilo y reluciente jardín y la piscina azul tan tranquila que en su superficie no daba ni un reflejo de luz.

Entró Tallis.

—Hola, querido Tallis. —Le estrechó la mano y, un poco vacilante, lo besó.

—Hola, Hilda. —Siempre estaban un poco violentos cuando se encontraban.

—Siéntate aquí.

—Qué precioso es tu jardín —dijo Tallis sentándose.

Era un pequeño sillón colocado lateralmente respecto al jardín. Llevaba él chaqueta y pantalones azul oscuro, bastante viejos y manchados, misteriosamente manchados de verde y demasiado gruesos para la estación, y una camisa limpia a rayas azules y blancas que necesitaba, pero que no tenía, un cuello postizo. Hilda y Rupert se sentaron juntos en el sofá frente al jardín. Miraban a Tallis y éste miraba a través de la ventana. Hubo unos momentos de silencio.

—¡Qué tranquilo está todo esto! —dijo Tallis—. Es como una visita a una casa de campo.

—Pues no creas, oímos los aeroplanos más que tú —dijo Hilda.

—Pues a mí me gustan los aeroplanos —dijo Tallis—. Ahora pasa uno.

Hilda estaba a punto de decirle que se quitara la chaqueta cuando se dio cuenta de que llevaba tirantes.

—¿Qué vas a beber, Tallis? ¿Un poco de jerez? ¿Ginebra con agua tónica?

—Sí, por favor. Quiero decir que tomaré un poco de jerez. Gracias.

—Supongo que tienes mucho trabajo —dijo Hilda—. Oí tu nombre con motivo de ese nuevo proyecto de casas en Notting Hill.

—Sí. Temo que por ahora sea un tremendo lío.

Hilda pensó que donde quiera que estuviese Tallis habría siempre un lío. Y luego pensó que era injusto lo que pensaba. Lo que ocurría era que donde quiera que hubiese un lío, allí se encontraba Tallis.

—Tallis, queríamos hablar contigo, hablarte francamente —dijo Rupert—. Sí, gracias, querida. Ponme un poco de ginebra.

“¡Qué diferentes son estos dos! —pensó Hilda al sorprender en los ojos de su marido la mirada perpleja de sus ojos azules, a la cual estaba acostumbrada—. Rupert es tan fuerte y firme, tan típicamente masculino y tan maravillosamente honrado. Quiere que le den información completa, respuestas sinceras y actitudes nada ambiguas. Quiere que se lo aclaren todo racionalmente. Tallis, en cambio, es mucho más indefinido y femenino. Si no fuese tan buena persona se le podría llamar astuto. Y qué pequeño parece junto a Rupert.”

—Sí —dijo Tallis—. Debes de estar muy preocupado por Peter. Yo también lo estoy.

—¡Ah! —dijo Rupert—. Bueno. No se trata... naturalmente, estamos preocupados por el. Pero hay ahora la posibilidad de que lo convenzan de volver a Cambridge.

—Creo que debería consultar a un psiquiatra —dijo Tallis.

—¡Tallis! —exclamó Hilda—. ¡Siempre has sido tan contrario a ellos!

—El cariño humano normal es la mejor curación —dijo Rupert.

—Efecto que no siempre da buen resultado —replicó Tallis. Aún le guiñaban los ojos por la luz del jardín.

—Peter necesita cariño —dijo Hilda—. Desde luego es un poquito rebelde. Todos los jóvenes lo son en estos tiempos.

—Y creo que debería dejar de vivir conmigo —dijo Tallis—. Aunque, la verdad, no sabría adónde debe ir. Necesita ayuda profesional.

—Me sorprendes, Tallis —dijo Rupert—. La mayor parte de los tratamientos psiquiátricos son un camelo, como tú sabes muy bien.

—¡Qué manera de reconocer un fracaso!— dijo Hilda.

—Bueno, no me importa decir que he fracasado —admitió Tallis. Se volvió hacia la habitación, guiñó los ojos, frunció las cejas y tomó con aire distraído un trago de jerez.

Hilda, que se sentía un poco fastidiada, le dijo a Rupert con la mayor calma que pudo:

—Tenemos que pensar en algún sitio donde Peter pueda alojarse, verdad querido, que debemos decidirlo ya que Tallis cree que Peter debe mudarse. Después de todo, Tallis está muy ocupado y ha tenido mucha paciencia con Peter.

—¿Por qué no se va Peter a vivir con Morgan? —dijo Rupert.

—¡No es mala idea!

—Por supuesto —le dijo Rupert a Tallis—, sabrás que Morgan no vive ya aquí.

—No, no lo sabía.

“Y cómo iba a saberlo —pensó Hilda—, si nadie se ha preocupado en comunicárselo. Nadie le dice nada. Y le está bien empleado”, pensó en seguida.

Rupert le estaba diciendo:

—Sí, que Morgan se ocupe de Peter y lo tenga en su casa, ¿por qué no.?

—¿Adónde se ha mudado? —dijo Tallis.

—A un piso en Fulham —dijo Hilda.

—¿Vive sola?

—Sí, por supuesto —dijo Rupert.

—¿Por qué “por supuesto”? —preguntó Tallis.

—¿Quieres que te demos su dirección? —le propuso Hilda.

—No, gracias. Ya tiene ella la mía. —Tallis miraba fijamente su vaso. Metió en él el dedo meñique para rescatar a una mosca que se agitaba en él. Luego se levantó y anduvo por la habitación hasta un jarrón con rosas. Puso a la mosca en una hoja. Luego volvió a sentarse.

Hilda lo miraba exasperada.

—Tallis, ¿por qué no intentas ganártela? —exclamó—. Morgan no sabe por ahora ni quién es. Se deja vivir. Toma alguna iniciativa. Utiliza la imaginación. Haz algo que la impresione. Porque, ¿tú la quieres aún, no?

—Sí —dijo Tallis. Miró a Hilda rápidamente y volvió a bajar los ojos. Tenía la piel tirante en la frente.

—¡Bueno, entonces, por amor de Dios, haz algo en este asunto!

Tallis volvió a poner el vaso con violencia en la alfombra y se derramó un poco de jerez. Luego se inclinó para mirar la débil manchita redonda. Estaba callado. Rupert, que se había puesto impaciente, levantaba las cejas mirando a Hilda.

—Escucha, Tallis... —comenzó a decir Rupert.

—No es tan fácil —dijo Tallis—, porque ella sabe muy bien cómo soy yo. No hay mucho más que saber, nada más que saber de mí.

—¡Que tontería! —dijo Rupert—. Todos los seres humanos son misteriosos.

—No tiene objeto que yo la obligue ni represente ante ella una comedia. No parece quererme. Parece que ama a otra persona. Es su manera de ser...

—La gente no tiene “maneras de ser” en este sentido dijo Rupert.

—Desde luego, Morgan no la tiene —dijo Hilda—. Es terriblemente inestable. Lo único es que está obsesionada contigo, Tallis. ¿No ves que tienes un poder sobre ella? Podrías sacudir a mi hermana hasta sus cimientos. —Hilda, en su agitación, se había levantado y estaba junto al sofá.

Tallis levantó la cabeza. Dijo con una voz muy tranquila:

—Ya lo sé, ya lo sé, ¿pero de qué podría servir eso? No es ésa la cuestión.

—¡Oh, Tallis... eres... un tonto!

Él sonrió levemente. Su rostro tenía la tranquila mirada luminosa que Hilda había visto a veces en él cuando se ponía más serio. “Quizás un poco cómica —pensó—, pero conmovedora. ¡Qué ridículas cejas color jengibre, una nariz tan corta y brillante y esa boquita! Pero los ojos, sí, los ojos. “

—Os aseguro —dijo Tallis— que me doy perfectamente cuenta de la situación y que no me divierte. Cuando vea lo que debo hacer, lo haré.

—Escucha, Tallis—dijo Rupert—, espero que me perdonarás si resulto un poco crítico. Morgan nos preocupa a todos. Se halla en un estado mental absurdo y, como dice Hilda, está desquiciándose. Como hermana suya, ella, y yo como cuñado, tenemos una responsabilidad, pero tú tienes una responsabilidad mucho más directa y obvia. Tú eres su marido. En una sociedad más primitiva habría sido deber tuyo llevarla a tu casa, incluso por la fuerza, de haber sido necesario. Sería posible encontrar algún equivalente más civilizado para eso. De todos modos, debes intentar encontrarlo. Sé que eres muy escrupuloso y que no quieres obligarla en ningún sentido. Pero creo que debes preguntarte si esa escrupulosidad no es consecuencia del orgullo. Morgan te ha herido profundamente y puede ser una especie de venganza que adoptes una conducta reticente. Proteges tu dignidad negándote a mostrar tus sentimientos. Pero hay momentos en que el amor tiene que ser indigno, extravagante, e incluso violento. Porque no hay que equivocarse. Sólo el amor puede remediar esta situación y curar de verdad estas horribles heridas. Tanto tú como Morgan estáis heridos. Y ella es la que se ha dañado más, porque es la más culpable, y por esa razón también es probable que sea ella la más orgullosa. Por eso es tan importante que seas valiente y positivo. En una situación como ésta, la auténtica humildad es activa y debe aceptar exponerse a riesgos. Que dos orgullos no paralicen a dos amores. Muéstrale cuánto interés tienes por ella, pero no abyecta sino ardientemente. El verdadero amor es impresionante, algo muy bello. Morgan ha estado viviendo en un mundo sórdido y miserable, un mundo de prevaricación, fango y pensamientos sucios. Necesita la visión de una vida de confianza, verdad y devoción mutua. Debes dar muestras de autoridad. La autoridad de un marido. La autoridad de un marido amante.

Tallis estaba inclinado en su silla y escuchaba con gran atención. Tenía los ojos muy abiertos y la boquita fruncida. Dijo pensativo:

—Autoridad. —Luego, con una voz razonadora y nada emotiva, añadió—: Pero supón que ama a Julius King.

—¡No lo quiere! —exclamó Hilda—. ¡Te aseguro que no!

—Estoy de acuerdo con Hilda —dijo Rupert—. Debes probar. Por lo menos, intentarlo.

Tallis se puso en pie.

—Quiero a Peter. Le he hecho mucho bien —dijo en un tono reflexivo.

—Tallis, ¡nos vuelves locos cuando dices esas cosas! —exclamó Hilda.

—Lo siento —dijo Tallis. Y volvió a sonreír—. Estoy agradecido a vosotros dos por hablarme y os aseguro que pensaré con mucho cuidado lo que habéis dicho. Ahora creo que debo marcharme. Rupert, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Hombre, por supuesto. ¿Qué?

—¿Por qué está mal robar?

Rupert, que por algo tenía una mentalidad filosófica, no se alarmó por la pregunta, a pesar de lo rara que era, y en seguida estuvo dispuesto a concederle gran atención. Pensó unos momentos mientras miraba a Tallis. Luego dijo:

—Desde luego, el concepto de robar va unido al concepto de la propiedad. Donde no hay derechos de propiedad no hay apropiación indebida de los bienes de otro. En situaciones completamente primitivas donde no hay sociedad, si tales situaciones existen o existieron, podría argumentarse que no hay derechos de propiedad y por tanto tampoco robo. También en ciertas clases de comunidad, como en un monasterio o en una familia, podría haber renuncia voluntaria mutua a los derechos de propiedad, de modo que dentro de esa comunidad no existiría por definición. Aunque incluso en esos dos casos lo que un hombre suele usar, como su ropa o sus instrumentos, pueden ser considerados como propiedad natural y ergo merecedores de respeto. Por tanto podríamos argumentar que nunca estaría bien, en cualquier circunstancia, quitarle a un hombre su cepillo de dientes contra su voluntad. Sin embargo, en el Estado y la sociedad como los conocemos no hay perspectiva de que se renuncie voluntariamente, en un sentido universal, al concepto de la propiedad, y derechos de propiedad extremadamente complicados, que se extienden mucho más allá del

área de los trajes y los instrumentos, parecen existir y son protegidos por la ley. Sin duda muchos de estos complejos arreglos se consideran económica y políticamente necesarios para el bienestar y la continuidad del Estado, y en una sociedad sana los detalles de estos arreglos son en realidad tema de discusión continua y ajuste a la luz, tanto de la eficacia como de la moralidad. La aceptación de cualquier sociedad, e incluso una mala sociedad, proporciona a sus miembros muchos beneficios, y parece sugerir cierto deber a respetar la propiedad. En una sociedad mala y no democrática, podrían, sin duda, por supuesto, existir deberes especializados para no tener en cuenta ciertos derechos de propiedad, o incluso para quebrar la ley como protesta, aunque debería pensarse siempre que no deja de haber argumentos utilitarios *prima facie* contra el robo, ya que la gente puede angustiarse cuando le quitan sus bienes. Pero en una sociedad democrática el robo es, desde luego, un mal no sólo por razones utilitarias sino porque la propiedad es una parte importante de la estructura y se tiene por buena generalmente y cuya alteración en los detalles puede ser un mal.

Cuando Rupert terminó de hablar, Tallis esperó, como si aquél tuviera algo más que decir. Lo miró perplejo. Y luego dijo:

—Muchísimas gracias, Rupert. —Y a Hilda—: Por favor, perdóname, pero tengo que irme. No te molestes en acompañarme a la puerta. Sois muy amables. Gracias; adiós, adiós. — Salió sonriendo y despidiéndose con movimientos de la mano.

Hilda y Rupert volvieron a entrar en la sala. Cogieron sus vasos. Se quedaron mirándose el uno al otro completamente desconcertados.

Capítulo 15

—Quiero hacer pis —dijo Peter.

—Bueno, pues nos pararemos aquí —dijo Morgan—. Parece un buen sitio.

Detuvo el automóvil. Venían de regreso de Cambridge, donde Peter, que se había vuelto de pronto dócil y con sentido común, había hablado con su supervisor. Peter, sudando en su camisa blanca y con las mangas enrolladas, salió del vehículo y desapareció por detrás de una pantalla de alta hierba amarillenta. Morgan, sentada ante el volante del coche de Hilda, miraba soñadora el cielo azul. Se había hecho un gran silencio ahora que el motor estaba parado. No, se podían oír los insectos en un incesante zumbido, no pacífico sino más bien frenético, pero feliz. Se tenía una intensa sensación de verano, un seco olor a hierba cosquilleaba en la nariz. Las florecillas en la hierba estaban casi secas, pero había unos cuantos globos malvas, aquí y allá, y también algunas llamativas amapolas.

“El mundo está loco, pero es bueno”, pensó Morgan. Ésa parecía la manera exacta de formularlo. Todo se había vuelto mucho más claro en los últimos días. Había hecho bien en ir a ver a Julius. “Cuando se tiene una necesidad tan profunda e instintiva de hacer algo, no puede estar mal hacerlo. Julius siempre me enseña cosas —pensó Morgan—; es un gran revelador del mundo. No tengo idea de lo que va a pasar, pero me siento ahora como loca. Y la locura puede ser una especie de fuerza espiritual. Veré otra vez a Julius. No hemos terminado aún el uno con el otro y estamos en manos de los dioses. Sí, eso es. Con Julius está una en manos de los dioses, se ha caído una en sus manos. Eso es aterrador pero vitaliza. Se está profundamente en la vida sin arrastrarse ni temblar por los bordes.” Miró hacia arriba.

Venía del cielo un extraño ruido metálico con regularidad. Vio que volaban tres cisnes. Su blancura se iluminaba haciéndose a la vez casi invisible contra el pálido cielo soleado. El silbante sonido de sus alas pasó sobre la cabeza de Morgan y se perdió a lo lejos.

—Morgan, ven y mira. Qué maravilloso sitio. Es una vía férrea abandonada.

Morgan salió del coche y apartó la pantalla de hierba amarillenta. Ante ella bajaba un montículo muy pendiente por entre hierba y el blanco lechoso de unas flores. El lugar era una antigua vía férrea. Pero habían arrancado algunos trozos. Morgan cayó rodando y se le levantó la falda. Hacía más calor allí y el aire estaba cargado con los olores pesados de las flores y de la hierba. Pensó: “Éste es un lugar, un lugar humano y, sin embargo, ya se nos ha perdido, pues se han llevado lo que lo caracterizaba”.

—¿No es maravilloso? —dijo Peter. Hablaba tranquilamente, sin levantar la voz—. Voy a pasear un poco por aquí.

Ella asintió con la cabeza.

Estuvo contemplando las pendientes extensiones de hierba y de flores a cada lado de ella. Empezó a notar más detalles, más y diferentes flores ocultas entre la hierba. Flores que el científico granjero había quitado de sus campos crecían aquí en secreto, mareando con su variedad a las borrachas abejas que trabajaban entre los tallos zumbando mientras iban de una flor a otra con agotado contento. Pequeñas matas de rosas salvajes se extendían por la pequeña colina en círculos de un rojo luminoso y parecían de papel. Los nombres de aquellas flores apenas los recordaba Morgan y le llegaban desde muy lejos, de la infancia. Cogió una hoja, la aplastó y le llegó un olor de su mano.

Peter había desaparecido. Morgan vio que la hierba y las flores le ocultaban la siguiente parte de la vía. Empezó a andar despacio a lo largo del suelo cubierto de hierba. Podía sentir el sudor que le corría por la espalda abajo. Tiró de su ligero vestido azul de algodón, separándose del cuerpo en varios sitios. Se pasó la mano por su caldeado cuello, algo húmedo y levantó el círculo de su cabello. Debería haberse llevado un sombrero y gafas oscuras. Las flores empezaban a temblar ante sus ojos. “Qué extraordinarias son las flores”, pensó. Salían aquellas frágiles y complicadas cabezas de los tallos duros. La gente de un planeta sin flores pensaría que debemos estar locos de alegría todo el tiempo por tener tales

cosas en torno a nosotros. Morgan se inclinó para acariciar las pendientes cabezas de las flores y tocar los tallos fuertes y algo peludos.

En seguida estuvo tendida a todo lo largo en la hierba. Había demasiada luz. Ésta vibraba en el interior de sus ojos y nada podía ver, aparte de las deslumbrantes y pálidas sombras como si hubieran cubierto todo el lugar y lo estuviesen borrando con un diluvio de luz. Su cuerpo parecía clavado a la pendiente por una potenciada fuerza de gravedad. A través de su carne se enfocaban rayos de muy lejos. Su cabeza cayó sobre la densa hierba y le costaba trabajo respirar. La deslumbrante luz cambiaba rítmicamente en luminosos destellos negros alejándola del mundo visible y dejándola casi inconsciente. La tierra parecía presionar contra ella. Mientras resistía a este empuje, con sus manos movía la cabeza de un lado a otro haciendo esfuerzos para respirar; el cielo, tan alto sobre ella visto a través de la cúpula de hierba, era de gran brillantez a la vez que oscuro.

Morgan apartó la hierba que la rodeaba y rodó por la pendiente hasta donde estaba la hierba más baja. Estuvo allí tendida y luchando contra el mareo y las náuseas y la inconsciencia. Se dijo a sí misma, y se aferró desesperadamente a aquel pensamiento: “Me ha dado una insolación, eso me ocurre, tiene que ser eso”. Se puso de rodillas jadeando y sin levantar la cabeza. No sabía si sus ojos estaban o no cerrados. Parecía ver la expresión de suelo verde entre las altas pendientes floridas y vivas al moverse las flores como enormes formas. Un gran rayo llegado de muy lejos se le clavaba entre los omoplatos y trataba de obligarla de nuevo a tenderse. ¿Era mareo lo que sentía ahora, una deslumbrante sensación de embriaguez, o era algo distinto: miedo, horror, alguna innombrable porquería del universo? Le caía la saliva de la boca. Se tumbó de nuevo y las piedras se le clavaban en la cara. Extendió las manos sobre la hierba y las piedras e intentó levantar la cabeza. Sintió que el sol le quemaba el cuello como si se lo colocaran a través de un prisma. Pensó: “Tengo que levantarme”. Jadeando y sollozando, esforzándose por respirar, se levantó por fin y como si siguiera estando ciega y a la vez viendo, empezó a correr lo más que pudo sobre la parte llana del corte.

—¿Verdad que es un sitio mágico? —dijo Peter—. Pero, Morgan, ¿qué te ocurre?, ¿qué pasa?

El cuerpo de ella perdió el equilibrio y cayó de golpe sentada con las piernas extendidas, tendiéndose al instante sobre la hierba. Le latía el corazón con violencia, pero su vista parecía haberse normalizado y había dejado de percibir aquella horrible luz. Se limpió la boca.

—¿Qué tienes, Morgan?

—Sólo ha sido pánico —dijo ésta.

Peter guardó silencio unos momentos. Luego dijo muy serio:

—Sí, aquí es como si estuviera Pan.

—No sé cómo se llama —dijo Morgan—, pero sin duda estaba aquí hace unos instantes.

—O quizá sea algo de insolación.

—¡Sí, el sol! —exclamó Morgan débilmente.

—¿Te sientes mal?

Ella respiró profundamente. Le daba vueltas la cabeza, pero se le había quitado la náusea. Respiraba tranquila y hondamente:

—No, no, aunque me siento rara, ya no estoy mal.

—Descansa un poquito —dijo Peter—; luego volveremos al coche. ¿No estás ya asustada?

—No. Y es extraño. Hace muy poco estaba terriblemente asustada. En el verano se pueden tener estas pesadillas al aire libre, encontrarse con fantasmas en pleno sol. Pero ya ha desaparecido todo.

—Tiéndete en la hierba.

—No; mejor me resulta estar sentada. Ya me encuentro perfectamente.

De nuevo veía en torno suyo el paisaje normal, la hierba amarillenta de las pendientes salpicadas con flores, la hierba verde por entre donde estuvieron los raíles, cimbreante y más pequeña, como si la hubieran cortado, y parecía que aquel sitio hubiera sido un jardín, o más bien como si fuese un jardín no hollado por pies humanos. El aire, caliente, estaba denso con aromas florales y sutiles emanaciones de sequedad. Los insectos silbaban y murmuraban en el pequeño bosque de hierba. Mas ahora se le hacía más hermoso a Morgan, de más intenso colorido y con mayor concreción bajo un cielo que volvía a ser azul. Era como si hubiera pasado ella a través de una pantalla a un mundo más primitivo y amable, como si se hubiese

quedado a miles de años, en el pasado o en el futuro, en algún paraíso de insondable experiencia y diáfana visión.

—Qué hermoso es todo esto —dijo—. Qué infinitamente bello. Es adorable.

—Sin duda, es un sitio encantado —dijo Peter. Sentóse junto a ella en la hierba; estaba perplejo e inquieto.

—No me refiero a este sitio —aclaró Morgan— sino al mundo, al universo, a todo cuanto existe. Todo es bueno y hermoso. El cielo nos rodea.

—Morgan, ¿te sientes bien, de verdad? —dijo Peter.

Morgan se volvió hacia él. Tenía que probarle lo que había dicho. ¡Si pudiera demostrárselo!

—Las cosas son buenas, Peter.

Él se quedó mirándola, sin saber cómo tomar sus palabras. Estaban muy juntos, con las manos casi tocándose en la hierba. A Peter se le había arrebolado su redonda cara, a la que el sol ponía colorada, relucían sus ojos azul claros y su larga cabellera descolorida y lisa brillaba. La miró serio y preocupado.

—Creo que las cosas no son buenas —replicó con voz obstinada—. Hay hambre, y guerra, y terribles injusticias. Creo que las cosas van mal.

—No, Peter, van bien, muy bien. Lo que parece malo es sólo una apariencia. Basta que algo sea bueno para que todo lo demás también sea bueno. Si una cosa está intacta y es de gran valor y absolutamente bella, entonces todo lo demás lo es. Eso es. Lo que necesitamos es un punto de partida.

—Y yo te aseguro que nada hay en el mundo que esté intacto o sea de inmenso valor, ni absolutamente hermoso. Todo está contaminado y encenegado, puerco, cubierto de barro y resquebrajado.

—Algo hay de bueno —dijo Morgan—. Algo hay. Esto lo es. —Y arrancó un tallo con hojas y florecillas. Cada una de éstas era morada por arriba y azul por debajo y con unas rayas de color muy finas como si las hubieran pintado con un delicadísimo pincel.

—¡Ah ya la naturaleza! Eso no lo tengo en cuenta. Son cosas, pero no las nuestras, que son a las que me refiero. Encuéntrame una de ellas que sea buena y bella y me convenceré.

Morgan recitó unos versos queriendo convencer a Peter y luego hubo entre ellos un largo silencio. Los insectos zumbaban y murmuraban, y detrás de su diminuto, pero excitado frenesí, suspiraba el cálido e irrespirable aire con su propia calma.

Peter y Morgan se miraban el uno al otro.

—Sí —dijo Peter en voz muy baja—. Oh, Morgan...

Ella se quitó las gafas. En seguida se abrazaron.

Morgan apartó una rodilla de otra y atrajo hacia ella el cuerpo del muchacho. A través de la fina camisa sentía la firme y sudorosa carne de él. A la vez que le besaba una caliente mejilla, los brazos de Morgan le enlazaban por los hombros. Las manos de él acariciaban la espalda de ella primero con suavidad y luego con súbita violencia. La cara de Peter y la de ella, apretadas hueso a hueso, se fueron esforzando por tener más espacio entre ellas y sus labios se unieron con apasionamiento. Algún tiempo después abrió Morgan los ojos y empezó, sin gana, a apartar a Peter de ella. Después volvieron a besarse lentamente y del modo más intencionado, con los ojos abiertos, varias veces. Morgan suspiraba y Peter gemía. Sus cuerpos se separaron un poco.

—¡Oh, cielos...! —dijo Morgan.

—Lo lamento muchísimo —se disculpó Peter.

—No te apures —le dijo Morgan—. Creo que ha sido una de las sorpresas más agradables que he tenido en mi vida.

—Tampoco yo podía suponérmelo. Pero, ¿sabes?, siempre has sido para mí algo muy especial.

—Eso está bien.

Morgan se arrodilló, mientras se ponía bien su vestido de algodón.

Peter se metió los faldones de la camisa en los pantalones, medio se levantó y luego sentóse con las piernas cruzadas. No se tocaban ya el uno al otro. Se miraban luminosamente.

—Morgan, lo lamento, pero ya te darás cuenta... Por favor, que esto no signifique nada entre nosotros.

—Sí que significa.

—¿No habrá sido parte de la visión o lo que quiera que hayas tenido hace poco? ¿Puede haber sido esto real, algo del mundo corriente?

—Sí, Peter, ha sido una realidad del mundo. Quizás estemos los dos experimentando un poco los efectos de esa gran impresión. Pero ha sido real, querido, y ha sido muy bueno. Es parte de esa bondad que yo veía, pero no es ninguna fantasía.

—Entonces vuélveme a besar.

Ella le besó con suavidad, con menos pasión que antes.

—Querido chiquillo mío.

—¿Me ves como a un niño?

—En cierto modo es inevitable. Te he conocido cuando eras un pequeñito. Y, por otra parte, nada tienes ya de pequeño. Eres tan alto, tan grande... Eres ya un desconocido para mí, todo un hombre.

—Nunca he estado enamorado, Morgan. Claro, he estado con chicas, eso es diferente. Pero nunca me enamoré.

—Ya te enamorarás.

—Creo que ya lo estoy. —Frunciendo las cejas la sujetó por un hombro sin querer dejar que se apartase.

—No, no. Esto es diferente. Es...

—¿Por qué no? Siempre te he querido. No te lo pude decir antes. Antes no podía darme cuenta que es ese sentido... Pero ya he crecido en eso y mi amor por ti ha aumentado también.

—Eso te parece, pero...

—Te deseo terriblemente. ¿Me dejarás que te haga el amor? Morgan, por favor, aquí, ahora, en este sitio mágico. Desde luego, es el lugar adecuado. Y tú misma me has dicho que esto es parte de lo otro, su parte auténtica. Tenemos que hacer eso, por favor, por favor. Sería un crimen no hacerlo.

Morgan sentía que la cabeza le daba vueltas de nuevo. Deseaba a Peter, quería intensamente que la poseyera, ya que lo de antes había sido sólo externo, y precisamente aquel mágico lugar era el apropiado. Pero contra su voluntad, y con la misma intensidad, había algo que se lo impedía.

—No.

—¿Por qué no? No somos de esas personas que obedecen a los convencionalismos. Nadie se enterará nunca. Y no volverá a pasar, si no quieres. Pero ahora sí, ahora debemos hacerlo.

Morgan se llevó las manos a la cabeza. Pensaba: “¿Volveré a sentir ese horrible mareo? Si por lo menos pudiera hablarle claramente”, ya que era tan importante lo que quería decirle...

—Espera, espera.

Y por fin le dijo:

—Peter, escucha: te quiero. Eso es lo esencial que se ha revelado aquí. Y no dejaré de amarte. Pero si hacemos eso, todo será diferente, habrá toda una historia, un drama...

—¿Y qué importa? Estoy loco por ti, Morgan.

—Pues no debes estarlo.

—¿Por qué no? No eres mucho mayor que yo y aunque lo fueras... Eres la hermana de mi madre y eso es maravilloso. Eres como mi madre y, sin embargo, tan diferente. Eso te hace perfecta.

—Oh, Peter, Peter...

—Sé muy bien los inconvenientes que suelen ponerse al amor. Pero lo que importa es si hay amor verdadero y profundo, el amor que procede de la persona entera. Así es como yo te

quiero, Morgan, te quiero de esa manera completa. Morgan, cariño, vamos a hacerlo, sé que tú quieres, lo sé.

—Peter, por favor, seamos sensatos. —Le miraba intensamente mientras le ponía las manos a ambos lados de la cara, mientras su propia cabeza se movía un poco a un lado y a otro, como si fuera un objeto ajeno a ella—. Sí, te deseo. Eres guapo, joven y te haces querer. Pero hay algo mucho más importante que está en juego aquí. Hay algo que ganar en esto. —Le faltaba la elocuencia; no lograba expresar exactamente lo que quería decir. Pero le bastaría con ver exactamente la situación y entonces se expresaría bien.

—Estoy enamorado de ti. Con las otras, sólo fue casual y podrido. Tú eres la única, la auténtica. Ahora siento...

—Calla, Peter. Escucha. Estás pensando sólo en ti mismo. Piensa también en mí. No sientes que entre nosotros haya un abismo, pero yo me doy muy bien cuenta de ello. Me siento responsable... no me digas que no, porque precisamente iba a decirte que no se trata en absoluto de eso. Lo que yo necesito es algo mucho más profundo y que sólo tú, quizá solo tú, puedas darme.

—Dime qué es, Morgan. Si te lo puedo dar, descuida que te lo daré.

—El amor inocente.

Peter quedó callado, mirándola con los ojos fruncidos, porque le daba el sol en ellos. Luego dijo:

—¿Significa eso no acostarse juntos?

Morgan rompió a reír a carcajadas. Peter seguía muy serio.

—¡Oh, Peter, qué feliz me haces! ¿No te das cuenta? ¿No comprendes que eso es lo esencial? Te parece tan imprescindible hacer el amor porque apenas lo has hecho. Yo, en cambio, probablemente he abusado de eso. Ya sé que es importante, pero me siento ahora tan egoísta, tan inteligentemente egoísta. Antes quizá no comprendiese claramente, pero ahora comprendo. Peter, he sido tan terriblemente infeliz y he estado tan confundida... Ya lo sabes. Creo que si pudiera amar a alguien de un modo inocente, alguien a quien pudiera cuidar un poco, de quien me sintiera algo responsable de una manera natural, me haría mucho

beneficio. Dijiste hace poco que yo soy “perfecta”. Bueno, para mí, también tú eres perfecto, encajas exactamente en lo que yo necesito. Cuando vine pensé en que Hilda, la familia, me cuidaría y que eso me produciría un gran efecto. Pero no me basta. Me he sentido excluida por muy bondadosos que seáis todos para conmigo. Me ha dado la impresión de estar excluida de vuestras auténticas preocupaciones. Pero tú, ahora, puedes hacer que me sienta incluida. ¡Peter, en mi vida nunca he tenido un amor feliz! Haz que ahora lo tenga. Compréndeme, por favor. Por favor.

Tendió una mano e intentó estrecharle una suya. Pero la mano de Peter no se movió. Aún seguía frunciendo el ceño.

—No has respondido a mi pregunta, Morgan. ¿Significa ese plan tuyo que no vamos a acostarnos?

—Eso es.

Poco a poco fue quitándosele a Peter el gesto de enfado y empezó a ponerse triste. Dijo:

—¡Pero, querida, qué ocurrencia!

Morgan se rió otra vez y de pronto se puso a llorar. Eran lágrimas de felicidad.

—Mi queridísimo Peter, no te enfades. Conocerás muchachas maravillosas. Pero yo seré siempre especial para ti. Y tú siempre has de ser especial para mí.

—¿Para “siempre” de verdad? —dijo él—. ¿Seguirás queriéndome siempre? ¿Sí? Tengo la seguridad que no podría resistir que dejaras de quererme.

—Puedes estar segurísimo de que te seguiré amando, mi querido niño. No, no; no te enfades. Éste será un buen sitio, un sitio invulnerable. Algo que no amenazarán el tiempo ni el cambio. ¿No te das cuenta de lo importante que puede ser para ambos?

—Creo que podrías ayudarme muchísimo.

—Y tú también puedes ser una gran ayuda para mí. Ya me estás sirviendo mucho.

—Morgan, estás llorando.

—Es raro lo aliviada que me siento de pronto. Es conmovedor. Durante mucho tiempo me he sentido como encerrada... impedida por las pesadillas y por la excitación. Pero lo de ahora no son pesadillas ni excitación, sino libertad.

—Entonces, si te sientes libre, debe de ser bueno.

—Claro que sí; a eso me refiero. Seamos buenos el uno con el otro, Peter. Los seres humanos son tan mecánicos. Ciertas relaciones, ciertas situaciones, hacen que una persona se conduzca muy mal. En cambio, la de ahora puede producir efectos contrarios. Podemos ser una bendición el uno para el otro. Estamos ambos hechos para sernos un gran apoyo mutuo. ¿Comprendes?

—Sí —dijo Peter no muy convencido.

—¿Está s entonces de acuerdo? ¿Es un pacto entre nosotros?

—Espero que no entre en el pacto que no pueda ni siquiera besarte.

Morgan le echó una mano por detrás del cuello.

Pocos minutos después regresaban, cogidos de la mano, por el verde sendero hasta el automóvil.

Las lágrimas de alegría de Morgan se le secaron en las mejillas. Pensó: “Esto es la felicidad, esto. Había olvidado lo que sentía siendo feliz. La felicidad consiste en el amor inocente y libre. Es tan diferente de todo lo demás que he tenido en casi toda mi vida. Sigue el resto embrollado, horrible, las decisiones que han de tomarse, el dolor que hay que causar y sufrir, los imprevisibles edictos de los dioses, la inevitable maquinaria. Pero esto de ahora no es mecánico. Es la felicidad, la buena suerte, una maravillosa buena suerte inmerecida. Después de todo, también yo podría disfrutarla. ¡Qué bueno!”.

Capítulo 16

—No creo que puedas llevar esto con eso, querida —le dijo Simon a Morgan. Ésta se había presentado inesperadamente. Sólo avisó que iba, telefoneando desde la estación de Barons Court, y llegó en seguida a la casa. Venía desde un cocktail party que se celebraba muy cerca, dijo, pero se aburrió y quería ver a Simon. Eran las seis y media y Axel aún no estaba en casa. A Simon le entusiasmó la visita de Morgan.

Ésta se había sentado junto a él en el sofá amarillo de la diminuta salita. Bebía rápidamente un vaso de ginebra. Estaba muy colorada y un poco achispada. Parecía algo exaltada.

Tocó el collar de oscuras cuentas de ámbar. Llevaba un vestido de seda azul oscuro y con un dibujo escarlata en zigzag. Un gorrito de terciopelo azul, con borlas, un poco ladeado y hacia atrás sobre su cabeza, daban a sus gafas con montura metálica y a su inteligente rostro cierto aire de pertenecer a un guapo y culto joven judío.

—¿Te refieres a las bolitas de arriba? Pues yo creía que le iban muy bien al vestido.

—Con un dibujo muy destacado como este no deberías llevar joyas, querida, crea confusión en el efecto de conjunto.

—Queridísimo Simon, siempre andabas sacándole los defectos a mi manera de vestir, ¿te acuerdas? La verdad es que no tengo ni la menor idea de cómo he de vestirme.

—¡Déjame a mí planearte tu ropa!

—¡Encantada! Se te da tan bien dejar las cosas. Hay que ver cómo has distribuido esas flores artificiales sobre la repisa de la chimenea.

—Pues no son artificiales, sino que están secas.

—Bueno, de todos modos, hay que ver lo bien que están distribuidas. Esas rosas amarillas en el jarrón negro con hojas de eucaliptus e iris o lo que sean. ¿Quién habría pensado en esa combinación?

—Son Montbretia. Las traje del jardín de Rupert. No es verdad que las rosas tengan que estar sin que las cuiden.

—Mi querido Simon, siempre me dan ganas de reír de lo contenta que me pongo cuando estoy contigo. ¡Qué feliz me haces! —Avanzó un poco la mano que sostenía el vaso, derramando un poco sobre la alfombra, se inclinó hacia él y lo besó en una mejilla. Simon se apresuró a devolverle el beso. Se vertió más ginebra.

—Me han dicho que llevaste a Peter a Cambridge ayer.

—Sí. Habló con su supervisor. Ahora va a ser bueno.

—¿Quieres decir que volver a Cambridge en octubre?

—Sí, claro que sí. Creo que nunca se propuso en serio lo de no volver.

—Pues me parece que sí se lo proponía. Lo que pasa es que tú eres capaz de hacer “milagros”, por decirlo así.

—No, no. Sólo he puesto en ello un poco de sentido común y de cariño. Lamento que Peter se portase tan mal contigo el otro día, ¿eh?

—Ya se me ha olvidado todo aquello.

—Lo dudo. A mí no se me habría olvidado de haber sido tú. ¿Crees que debo hacerle disculparse contigo? En estos días puedo llevarle a hacer lo que le diga.

—Déjalo, Morgan, no le hables de eso, Morgan. Déjalo correr. Yo mismo iré haciendo que entre él y yo no haya una mala situación. Ten en cuenta que no soy una planta tan sensible como te figuras. ¡Tengo muchísima experiencia de que se burlen de mí!

—Pobre Simon.

—A mí no me hace efecto. Me encuentro bien.

—Dime la verdad, Simon, ¿cómo te va con la vida matrimonial? ¿Nunca echas de menos tus alocados tiempos de caza? ¿Las raras aventuras que me solías contar?

—No, ya soy feliz sin aquellas aventuras. —Era cierto, la época de aventurillas tenía su encanto, pero sólo en el recuerdo. Simon sentía, y esto le sucedía tan frecuentemente como pensaba en Axel, una especie de marea amorosa que lo elevaba y sostenía. Le sonrió a Morgan.

—¿Crees que sigues siendo monógamo, Simon?

—Con Axel, sí.

—Bien, bien. Ya veremos con el tiempo. Pero te aseguro que con eso no quiero decir nada. Dame un poco más de ginebra, querido.

—Qué maravillosa estás, cariño, como si te hubiera ocurrido algo maravilloso.

—Me siento mejor—dijo ella—. Por supuesto, aún queda tanto que... Pero estoy mucho mejor. Puedo ya hacer frente a la vida. Quizá sea cierto que me ha ocurrido algo divino.

—¿Qué?

—He hecho un descubrimiento.

—¡Cuéntamelo! ¿O es un secreto?

—Es posible amar a la gente.

—Eso lo sabía yo ya.

—No, quiero decir amar de verdad, con seguridad, de un modo inocente. Enamorarse es distinto, una especie de locura. Creo que no me daba cuenta que fuese ya capaz de fijarme en otras personas o que podría querer a la gente de una manera nueva, sin egoísmo ni frenesí. Me he vencido a mí misma, me parece, y estoy bastante satisfecha de ese cambio. ¡Qué buenas sorpresas hay, después de todo!

—No estoy muy seguro de entenderte —dijo Simon— pero resulta espléndido eso que dices. Sólo espero que me quieras a mí. ¡Y ni siquiera me importa que seas egoísta o te pongas frenética!

—Puedes estar seguro de que te quiero, cariño. Iba a decirte que me fui de aquella estúpida party.

—¡Ay, Morgan, qué maravilloso, qué cosas tan estupendas decides! He de besarte por haber venido a verme. —Simon dejó el vaso encima de la alfombra. Cogió cuidadosamente el de Morgan de su mano y lo puso junto al suyo. Luego la abrazó y la besó, primero riéndose. Entonces se miraron los dos y volvieron a besarse, serios.

—Querido Simon, siempre te he tenido mucho afecto, bien lo sabes.

—Y yo a ti. Tenía muchísimas ganas de que regresaras. Hemos de querernos y cuidar un poco el uno del otro.

—Es raro que precisamente tú digas eso. Sí, seguiremos queriéndonos. El mundo está lleno de demasiada violencia. Es una gran cosa encontrar un cariño que sea tranquilo.

—Tenemos que reunirnos con frecuencia. No, déjame que siga teniéndote una mano entre las mías. Aquí está tu vaso.

—Dudo que Axel... Ah, me he mudado a un piso, que he alquilado para mí sola, en Fulham. Ya no vivo con Hilda y Rupert. Quería tener un sitio donde pudiera recibir a la gente. Me vendrá bien, incluso me ayudará a pensar. Vindrás a pensar. Vindrás a verme en mi piso.

—¡Claro que sí!

—Muy bien, Simon, creo que debo conocerte de nuevo. ¿Te has dado cuenta de que de pronto se siente la necesidad de explorar a los amigos de antes? Tienes que hablarme de ti, de tu nueva personalidad. Ni siquiera sé cómo te uniste a Axel. No puedo recordar que fueras amigo suyo antes de irme yo. Supongo que lo conociste en casa de Rupert, ¿no? Me acuerdo de que Axel solía comer allí de vez en cuando. Yo misma lo conocí allí.

Simon tendió el brazo por detrás de Morgan y empujó un poco el jarrón negro Wedgwood en el que estaban las rosas y las hojas de eucaliptus. Dejó su vaso en la barnizada

superficie de la mesa, pasándole primero a aquél la manga de su chaqueta azul oscura para asegurarse de que no había ginebra por fuera del fondo del vaso. Luego, volviendo a cogerle una mano a Morgan, se instaló en la caldeada y oscura calma de la habitación. La ventana estaba abierta a la tarde de sol, pero no llegaban ruidos de la calle, sólo a veces el zumbido de algún aeroplano hacia el aeropuerto de Londres. A Simon le daba un sentimiento íntimo y feliz estar hablando de Axel con Morgan.

—Sí, encontré varias veces a Axel en casa de Rupert, pero en verdad no intimé entonces con él. Axel es tan tremendamente reservado. Comprendo que haya gente a quien no le guste, creyéndole orgulloso, engreído o incluso arisco. Yo le admiraba, debo reconocerlo, ya que es listísimo, pero me sentía incómodo cuando estaba él y no tenía ni la menor idea de que era “raro”. No creo que Rupert lo supiera tampoco.

—Pero él debió de darse cuenta de que tú eres homosexual —dijo Morgan apretándole la mano—. ¡Es decir, si es que tú eres “raro”, queridísimo Simon!

Éste pensó unos momentos y luego sonrió:

—No voy a preguntarte si crees que lo parezco. En cambio, a Axel no se le nota. Que yo lo soy no podía escapársele a él. Pero creía que yo...

—¿Que eras promiscuo sin remedio? ¡Perdóname!

—Sí, eso creía —dijo Simon. Había hablado con Axel de eso muchas veces. Siempre hallaban en el tema un extraño dolor y a la vez un extraño placer. Desde luego, había sido promiscuo. Tardó mucho tiempo en convencer a Axel de que había cambiado. Con mucha facilidad podría haber perdido a Axel. Fue una gran suerte para Simon que Axel, absolutamente en contra de su criterio, se enamorase. Y éste tuvo que esperar las explicaciones de Simon. Y en verdad fue Simon muy elocuente. Pero había tardado mucho. Y Simon había pasado mucho miedo de poderlo perder.

—¿Y qué os llevó a uniros? —le preguntó Morgan.

—Fue él. —Con ese él se refería Simon al que mostraba la fotografía que estaba sobre la repisa de la chimenea, la foto de una estatua griega de un joven.

—¿Y qué es eso, algo de Grecia?

—Sí, un *kouros*, un joven, un Apolo como le llaman a veces. Arcaico, del siglo V antes de Jesucristo. En el Museo Nacional de Atenas.

—Deja que lo vea —dijo Morgan. Luego volvió a sentarse en el sofá y le pasó la mano por el cuello a Simon.

—Sí, continua.

—Yo estaba en Atenas solo —dijo Simon. Fue una pura casualidad. Él había querido llevarse un compañero pero éste se puso mal del estómago y tuvo que quedarse en Roma. Simon no le reveló la existencia de este ausente a Axel hasta mucho más adelante. Y decírselo le costó una escena.

En su primer día de Atenas, Simon, que nunca había visitado la ciudad, fue al Museo Nacional y vio el *kouros*. Algo ocurrió en seguida. No es imposible enamorarse de una estatua. El *kouros* estaba solo en una gran sala y podía vérselo sin que le vieran a uno los vigilantes a no ser que alguno de ellos se asomara. Había muy pocos visitantes. Simon pudo estarse admirando el *kouros* todo el tiempo que quiso. No pudo resistirse a tocarlo. Sin dejar de mirar hacia atrás temeroso, pasó rápidamente la mano por la pierna de la estatua. Luego salió de allí como sin darle importancia. Pero incluso entonces supo que estaba cogido. Anduvo por el Museo mirando con ostensible seriedad las demás obras de arte pero sin verlas. Luego volvió al *kouros*. Y aquella misma tarde estaba allí otra vez. Volvió la mañana y la tarde siguientes.

El mármol estaba caliente y dorado y era muy poco rugoso. La figura tenía una exquisitez de detalles que se prestaba a la caricia voluptuosa con las yemas de los dedos. El *kouros*, de unos tres pies de altura, estaba en un pedestal y el ombligo caía casi al nivel de la mirada de Simon. Las manos de éste llegaron hasta los hombros y pudo tocar la línea de rígidos rizos por detrás de la cabeza. La cara no podía acariciarla. Pero, volviendo un día tras otro, logró acariciar todo lo demás. Sus dedos exploraban los huesos de las rectas y largas piernas, el hueco del muslo, la celestial curva de las estrechas nalgas, el liso estómago y la noble estructura de las costillas, el bonito ombligo en forma de ojo, los pezones, el hueco de la espalda y los omoplatos. Dio unas palmaditas a los pies, metió un dedo por entre los de la estatua y tocó reverentemente el pene. Admiró el sereno y divino aspecto de la estatua con sus enormes ojos, nariz larga y sonrisa tan enigmática. Al cabo de un rato no le bastaron los dedos. Tuvo que adorar la estatua con sus labios, con su lengua. Besó las nalgas, los muslos, las manos, y el pene, primero a toda prisa y luego con lenta adoración.

Fue atreviéndose cada vez más. Uno de los conserjes empezó a sospechar. Simon pasaba demasiado tiempo con el *kouros*. El conserje se asomaba de pronto a mirar por una esquina. Pero cierto sexto sentido le decía siempre a Simon cuando iba a suceder esto y renunciando a sus contactos miraba inocentemente su libro guía cuando el hombre se asomaba. Pero cada vez que tenía que abandonar la contemplación, sufría. Cuando otros visitantes entraban a ver el *kouros*, Simon seguía viendo el resto de la galería y regresaba muy pronto con la esperanza de que se hubieran marchado. Por la tarde, cuando cerraban el Museo, se iba a la Acrópolis o paseaba, soñador, por el jardín cerca de la figura de Bvron expirando en los brazos de Grecia. Se sentía muy feliz. En la quinta mañana había pasado en el Museo algún tiempo. Hacía mucho calor. Había dado ya su rutinario paseo por las demás salas. Tuvo la alegría de encontrar solo otra vez al *kouros*. Pasó a un lado de la estatua y le pasó la mano levemente por la espalda. Luego la llevó hacia abajo muy lentamente, señalando la curva de la nalga y pasó sus manos con suavidad por el interior de un muslo. En ese momento se dio cuenta de que alguien lo miraba. Era Axel.

Éste acababa de llegar a la entrada de la sala y contemplaba con seriedad la pequeña escena de amor. Simon reconoció al intruso en seguida y sintió una inmediata punzada de alarma. Pero por alguna razón se quedó inmóvil sin quitar la mano de su exquisita posición. Después de un momento Axel avanzó y con gran deliberación y solemnidad puso su mano sobre la de Simon.

Media hora después estaban sentados en un café bebiendo *ouzo*. Axel, después de aquel primer gesto en el Museo, había vuelto a ponerse formal. Pero un leve destello de humor en sus ojos revelaba que se daba cuenta de la magnitud de su indiscreción y también que no le importaba. “En el Museo Británico no podría haber sucedido aquello querido”, le dijo a Simon más adelante. Sentados en el café, charlaron de política griega, de Byron, de los hoteles del viaje de Axel (aquella era su primera mañana en Atenas), de la comida y la bebida, de una excursión a Delfos y de lo mal que estaba el cambio en relación con la libra y cada uno de ellos informó, como quien no quiere la cosa, que estaba solo.

Después de aquel primer contacto, Simon supo que algo asombroso había ocurrido. No dejaba de mirar a Axel en el café. Parecía muy diferente, extraño y glorificado. Simon deseaba muchísimo tocarlo. Le angustiaban los cálculos que hacía sobre sus posibilidades. Le ponía malo la mezcla de alegría y terror que sentía. Agradeció a los dioses que de verdad estuviese solo. Rogó por la humildad del verdadero amor ser favorecido mucho más allá de sus

méritos. Le rogó a Apolo y se postró mentalmente ante la figura con la que se había tomado tan raras libertades. Axel seguía hablando de antigüedades y del vino griego, pero seguía en sus ojos aquella mirada humorística y llenaba a Simon de insensatas esperanzas. Axel decidió que se separaran antes de almorzar. Estrechó la mano a Simon y se marchó a su hotel, pero convinieron que se verían por la tarde. Efectivamente, se reunieron de nuevo y bebieron muchísima *retsina*. Simon volvió con Axel a la habitación de éste en su hotel. Axel, aún serio y distante, sacó whisky. Simon le quitó la boquilla y el vaso de las manos. Quedaron mirándose. Luego Simon pasó sus brazos sobre la cintura de Axel. Fue su mayor momento de alivio cuando su abrazo fue correspondido. Luego empezó la parte seria. Luego empezaron las serias advertencias de Axel.

Éste había vivido solo durante años. Detestaba las complicaciones, le molestaban mucho las emociones. Admitía que podían cautivarlo, pero se echaba en cara a sí mismo haberlo reconocido. Culpaba al sol, a la ciudad, incluso al *kouros* que ya había visitado aquella mañana y conocía por fotografía, pero sin haber visto nunca la estatua. Culpaba también al *ouzo*, a la *retsina* y al whisky que ahora bebían ambos abundantemente. Explicó con toda claridad a Simon, y no exceptuó a éste en sus explicaciones, que había homosexuales y tipos completamente distintos. El, Axel, era por naturaleza una persona monógama. Quería vivir con alguien en fidelidad absoluta, verdad y confianza. Ya lo había hecho algún tiempo y sabía que era posible. Pero de eso hacía mucho y se había pasado años y años resignado a prescindir de lo que ya consideraba como una imposible bendición para él. Habló de su avanzada edad (tenía cuarenta y dos años) y de la extremada juventud de Simon (veintinueve). Analizó la debilidad del carácter de Simon. Éste era por naturaleza frívolo, inconstante, evasivo, impulsivo, irracional y superficial. “Entonces —exclamó Simon—, ¿cómo puedes amarme?” “El amor nada tiene que ver con el mérito —dijo Axel irritado.” “Entonces me quieres, Axel, ¿acabas de reconocerlo!” Sin embargo, según Axel, no bastaba con eso. “Pero no podemos quejarnos el uno del otro, Axel!” “¿Por qué no? No quiero que esto me destroce. Ya he tenido bastante. Soy demasiado viejo para sufrir.” “¿Y por qué vas a sufrir, cariño? ¡Te quiero!” “Eso te imaginas tú, pero no tardarás en serme infiel. Y me dirías mentiras. Te miraría a los ojos y sabría que mentías. Eso sería un infierno para mí. Más vale que lo dejemos.”

Pero eso resultó imposible. Estaban ambos demasiado enamorados. Volvieron a Inglaterra y Axel, sin dejar de expresar su arrepentimiento y desaprobación por lo que hacían, se llevó a la cama al superficial, frívolo e inconstante muchacho. La discusión no cesaba. “Me

dejarás.” “Te aseguro que no, nunca te abandonaré.” “Me dirás mentiras.” “Te juro que no.” Simon utilizó toda la fuerza de su gran amor para convencer de su fidelidad a su gran amigo. Por fin Axel quedó casi convencido.

—De modo que así ocurrió —dijo Morgan cuando la historia de Simon pareció haber terminado—. ¡Qué amor tan romántico! De modo que un dios os unió.

Simon se había excitado mucho contando esa historia. Estaba ruborizado y le latía el corazón muy rápido. Le apretó la mano a Morgan.

—Sí, nos bendijo.

—Qué maravillosa historia. No lo sabía, Rupert nunca me dijo...

—Es que nunca se lo dije a Rupert, por supuesto.

—¿Y no se lo has dicho a alguna otra persona?

—No, claro que no. A nadie se lo he dicho excepto a ti.

—Eso me gusta muchísimo —dijo Morgan—. Simon...

—¿Sí, querida?

—¿Le contaste a Axel lo que ocurrió aquel día en el piso de Julius?

—No —dijo Simon. Sentía de pronto frío como si el sol se hubiera apagado.

Simon se había sentido muy desgraciado por no habérselo contado a Axel. Éste, que llegó a casa bajo la tremenda impresión de Fidelio, sólo le había preguntado a Simon algunas cosas superficiales aquella noche. Y después habría resultado de lo más superficial sacar sin motivo el tema. Simon pensaba que aquello había pasado del todo, ya que en verdad era un asunto trivial, que no le importaba. De todos modos le preocupaba, en parte, porque el incidente había sido lamentable y en cierto modo reprobable, y en parte porque temía que Axel descubriera que él lo había ocultado, y también en parte porque no comprendía porqué no se lo había dicho. Le impresionó mucho que Julius dijera que Axel era muy digno y que se sentiría abandonado. Lo cual era sin duda cierto. ¿Pero podía uno contar una historia así de una mujer, especialmente si le pedía a uno el secreto? ¿Aunque era ésta una razón suficiente y

era el verdadero motivo? Simon tenía el perturbador sentimiento de que al callarse se protegía a sí mismo, más que a Axel o a Morgan. Desde luego, Axel nunca debía verle a él a cierta luz. Sin embargo, se dijo, todo ello debía de carecer de importancia y no merecía la pena preocuparse de ello.

—Bien, estaba segura de que no se lo contarías —dijo Morgan—. Sin embargo, debía preguntártelo. Que sea eso un secretito entre nosotros. —Le besó la mejilla y frotó la suya contra la de él—. ¡Permíteme que te decore! —se quitó el collar de cuentas de ámbar oscuro y lo puso al cuello de Simon—. ¡Qué bien te sienta! Aunque creo que mejoraría el efecto si te quitaras la chaqueta.

Simon se rió y se quitó la chaqueta. Llevaba ese día una camisa de algodón azul huevo de pato. ¡Qué suave la caricia del algodón muy fino después del resbaladizo contacto del nylon! Sin embargo, tenía que plancharla. Levantó un poco las cuentas del collar para ver el efecto con el fondo azul. Y resultaba delicioso.

—¿Sabes lo que te digo, Morgan? Deberías llevar este collar con un vestido liso, preferentemente azul.

—¡Te transforma por completo, querido Simon!

—Son lindísimas. Me parece recordarlas porque las has tenido desde hace años.

—Sí. El collar se rompió. Tallis lo acaba de arreglar. Me lo ha mandado por correo.

—¡Oh!

—Simon, no me preguntes por Tallis.

—No iba a hacerlo, cariño.

—Tienes mucho más tacto que tu hermano. He decidido que el tiempo acabará arreglándolo todo. No voy a preocuparme por eso. ¿No crees que debes ponerte a uno de los lados?

—No. Pero si lo hiciera, sería de parte tuya.

—Eres un buen chico. Qué buen aspecto tienes con eso, Simon. Déjame contemplar el efecto —Morgan se quitó el sombrero de terciopelo azul y se lo puso a Simon en la cabeza, ajustándoselo en su oscura cabellera algo rizada.

Estaban los dos riéndose y Simon se acababa de levantar para mirarse al espejo cuando Axel entró. Simon lanzó un gritito y se apresuró a quitarse el sombrero. Se hizo un lío con el collar y tardó unos momentos en sacárselo por la cabeza, con torpes y frenéticos dedos. Morgan se puso en pie. Simon le lanzó el sombrero y el collar bruscamente y ella los guardó en el bolso. Axel los miraba inexpresivamente.

—Hola, Axel —dijo Morgan. Parecía sin energía alguna.

—Buenas tardes.

—Vine a visitar a Simon. Lo siento mucho pero tengo que irme en seguida.

—Ah, sí —dijo Axel.

—Bueno, adiós, querido Simon. No olvides lo que dijimos. Vendrás a verme ¿verdad? —Dio unas palmaditas en una mejilla de Simon—. Adiós, Axel. Simon me ha estado contando que estuvisteis los dos flirteando con una estatua en Atenas. ¡Qué divertido! Adiós, adiós.

Axel se apartó y Morgan salió en dirección de las escaleras. Simon vaciló, pero salió corriendo detrás de Morgan y la despidió en la puerta principal. Ella le mandó un beso con los dedos y luego se llevó uno a los labios. Simon subió corriendo las escaleras hasta donde estaba Axel. Éste se reclinaba sobre la chimenea. Su rostro estaba frío y duro.

—Le has contado a esa mujer nuestro más sagrado secreto.

—Axel —exclamó Simon—, lo siento muchísimo, comprendo ahora que no debí contarle. Cuánto lo lamento. Ella me preguntó y yo...

—¿Te preguntó?

—Quería saber cómo nos conocimos y a mí me producía placer contarle y...

—Nunca te perdonaré.

—Axel, ¡por favor no digas eso!

—No comprendes que ella tiene muy mala intención y que disfruta destruyendo cosas.

—No lo creo. La verdad es que ella...

—En fin, por lo pronto ha destruido esto.

—Axel, no irás a...

—Puedes quitar de ahí esa fotografía. No quiero verla nunca más, está ya estropeada.

—Axel, sé que no debía de haber contado esas cosas, por favor...

—¡Y poniéndote sus cosas como un monito!

—Axel...

—Es vulgar y horrible.

—Permíteme que te diga...

—Me voy a cenar fuera. Solo.

—¡Pero he preparado un asado irlandés!

—Te lo puedes comer tú.

—Axel, por favor, perdóname.

Axel se volvió para salir. Aún protestando, Simon se encogió para dejarle pasar. Axel se detuvo en el umbral.

—Debes tener libre la noche del viernes. Supongo que por ahora debemos mantener las apariencias. Julius llamó y dijo que quería ver a Tallis otra vez.

—Pero, ¿va a venir Tallis?

—Sí. Los he citado a almorzar en el restaurante chino.

—Pero, ¿por qué no comemos aquí? Me encantaría guisar...

—Lo que pueda gustarte o no a ti, no me importa. A Julius le gusta la comida china.

—Axel, no me dejes así, por favor. No te enfades conmigo. No puedo soportarlo.

—Nunca te perdonaré por haber cotilleado con esa maldita mujer.

Axel cerró la puerta violentamente y bajó las escaleras. Un momento después se oyó un portazo en la puerta de la casa.

Simon rompió a llorar. ¿Cómo había podido ser tan inconcebiblemente tonto? Lo veía ahora todo claro, la vil indiscreción, la traición. ¿Por qué no se había dado cuenta a tiempo? No creía, en el fondo de su corazón, que Axel le rechazara a causa de esto. Pero sabía que las heridas que le había causado —en verdad, a ambos— tardarían mucho tiempo en cicatrizar y lloró amargamente su propia tontería.

Capítulo 17

—Has llegado tarde —le dijo Morgan a Tallis abriéndole la puerta de la casa en Seymour Walk. Eran las diez de la mañana.

—Perdona.

—¿Y qué traes ahí?

—Una carretilla.

—¡Dios mío!, ¿son ésas mis cosas?

—Sí. Creí que querías que las trajera.

—Por supuesto. Pero creí que las traerías en un automóvil .

—No lo tengo —dijo Tallis.

—Bueno, pero debes conocer a gente que tenga automóvil. Incluso tú los conocerás. ¿Quieres decir que has venido desde Notting Hill empujando la carretilla entre el tráfico?

—Es cuesta abajo —dijo Tallis.

—Éstas son las cosas que haces para dejarla a una mal. No tiene gracia.

—Mi intención no era...

—Si lo hubiera sabido le habría pedido prestado el coche a Hilda.

—Lo siento.

—Mejor ser que subas esas cosas. Vivo en el primer piso. Esas cajas de cartón con los libros pueden romperse. Mejor sería descargarlas antes. Eres un insensato. ¡Haber traído todas esas latas! No quiero las latas.

—Déjalas entonces en la carretilla.

—No, me quedaré con ellas. Pueden serme prácticas.

Empezaron a subir por las escaleras las cajas de cartón, cajas con libros, cajas con vestidos, cajas con peludos líos de cepillos, peines y latas de espárragos, polvos y crema de tocador secos y viejos bolsos. Las cajas amontonadas, abriéndose por los lados y cediendo por el fondo, cubrieron el suelo del cuarto de estar de Morgan.

Deberías haber quitado primero toda la porquería —dijo Morgan.

—Yo no sabía qué era porquería y lo que servía.

—No quiero todas esas cosas. La mitad de ellas tendré que tirarlas. Fíjate en eso, está comido por las polillas. No quiero polillas aquí.

—Yo no sabía... En verdad no miré con mucha atención lo que traía.

Tallis se sentía enfermo de emoción y estaba cansadísimo. No había dormido por la emoción nerviosa de que vería a Morgan al día siguiente. Había querido estar alerta y decisivo. Pasó la primera parte de la noche rígido y diciéndose lo importante que era que durmiese. Más tarde habían ocurrido fenómenos habituales: el resonante ruido, la impresión de la luz inminente que nunca acaba de convertirse en luz... Estaba inquieto, físicamente exasperado en sus nervios sacudidos por la tensión y la expectación. ¿Acaso se suponía que tenía él que estar contento? En su cuerpo se manifestaba una peculiar impresión de esos tiempos, el sentido de que los pies no le llegaban al suelo. Sabía que esto era una ilusión, pero la sensación era muy concreta y persistente. Si se tumbaba parecía flotar. Si se arrodillaba era como si volara. ¿Había sido eso éxtasis cuando era más joven? No podía recordarlo. Ahora le cansaba pensar en ello.

De un modo mecánico y repetitivo esas agotadoras manifestaciones iban acompañadas por la idea del amor. La relación era mecánica e intrigante y Tallis parecía saber sólo por una especie de asociación externa o memoria inconsciente, y no por experiencia directa, que ese concepto se hallaba implicado en cierto modo. Aceptaba tal relación ya que había renunciado casi por completo a la especulación. Sentía un vínculo en esos momentos, no con algo personal, sino con el mundo, probablemente el universo, que se convertía en una extensión de su propio ser. Ocasionalmente, esta extensión era suave y tibia, como sentir que un río se funde con el mar. Con más frecuencia era incómoda o incluso horrible, como si un martillo movido por vapor golpeará muy lentamente sobre su cabeza. En dos ocasiones extraordinarias el fenómeno del martillo de vapor se combinó inmediatamente con aquel otro de los pies separados del suelo y Tallis había perdido el sentido.

Nunca le habló a nadie de estos asuntos. Creía que su hermana le visitaba procedente de otras regiones. O el fantasma que le parecía ser su hermana. Sus visitas eran enigmáticas e incluso amenazadoras, sin embargo, quizá le protegiera de lo que era distinto y peor. Quizás a causa de la intervención de ella no tuviese Tallis ciertas tentaciones. Sospechaba esto por cierto sentido de falta de mérito en algunos aspectos en los que era irreprochable. ¿Puede uno proteger a otro del mal, y en tal caso, ha de oscurecerse el escudo protector? Pero también sobre eso había dejado de especular desde hacía mucho tiempo. Su hermana sólo se le presentaba en aquellas apariciones nocturnas claras y vívidas. Sin embargo, a veces, y cada vez más, le había parecido sentir su presencia en la casa y había abierto las puertas de las habitaciones vacías con temerosa expectación. Los demonios tomaban otro aspecto. Eran presencias menores, desechos de la Creación y sólo tenían el valor de un fastidio. A veces resultaban incluso divertidos. Cuando había otras apariciones, se mantenían ellos alejados pero le molestaban aún más cuando regresaban. Los grandes peligros de su alma eran informes.

—Bueno, eso parece ser todo —dijo Morgan—. Gracias.

Se miraron por encima de las cajas.

—Es bonito tu piso.

—Es muy barato —dijo ella como disculpándose.

—He querido decir que lo has arreglado muy bien.

—No puedo soportar lo de la carretilla.

—Perdona.

—Si dices otra vez “perdona”, me pondré mala.

A Tallis le había parecido de lo más natural llevar aquellas cosas en una carretilla. Era una carga mayor de la que podía transportarse bien en un automóvil pequeño. Y muchas veces había ayudado él a llevar muebles por las calles. Pero debía de haber pensado en qué le parecería a Morgan. ¿Lo hizo en realidad para fastidiarla o para que se sintiera avergonzada?

—Bueno, Tallis, ¿qué has estado haciendo desde que nos vimos la última vez?

—Nada especial. Lo de siempre. Unas cosas y otras.

—¿Lo mismo que antes? Dime qué harás durante el resto de hoy, por ejemplo.

—Pues hay una reunión de estudiantes que se prestan voluntarios para pintar casas. Luego tengo que ver a alguien que ha salido de la cárcel. Además, he de asistir a una reunión del Comité de Eclesiásticos Unidos que se ocupará de la prostitución. Y debo dar una clase. Luego he de hablar ante un grupo de oficiales. Después tengo que escribir un ...

—Muy bien, muy bien. No puedo comprender cómo lo resistes. Debes de sentir un mortal aburrimiento. Y no parece que todo ese trabajo dé muy buenos resultados. Abarcas demasiado y no haces a fondo ninguna de tus ocupaciones. ¿No es así?

—Sí.

—Veo que te has arreglado mucho. ¿Es por mí o por los Eclesiásticos Unidos?

—Por ti. —Tallis llevaba una camisa limpia y una corbata de buena calidad.

—Incluso parece que te has afeitado, aunque sólo sea por esta vez. Sin embargo, tienes las manos sucias.

—Perd... Estuve limpiando tu habitación. Había muchísimo polvo. Incluso me proponía fregar el suelo.

—¿Dices mi habitación?

—Me refiero al cuarto donde estaban tus cosas. He dejado lo que me falta de la limpieza para mañana. Además, hay otra cosa. Tendría que recorrer las tiendas de segunda mano y encontrar algo para amueblar aquella habitación, ya que tendría que alquilarla amueblada.

—No has perdido mucho tiempo, ¿eh?

—Necesito el dinero y he de alquilarla.

—¿Me buscas como inquilina?

—No —dijo exasperado—. Estoy cansadísimo. Si no te importa, quisiera lavarme ahora las manos.

Entró en el cuarto de baño, cerró la puerta y se apretó los ojos. Aquella conversación nerviosa, agresiva y no comunicativa, era peor que no hablar en absoluto. Si por lo menos pudiera estar tranquilo, amable, elocuente, firme y todas las cosas excelentes que se había propuesto. Además, tenía que contar con el impulso inevitable del deseo físico. E incluso su amor físico por Morgan se mezclaba con el estercolero de su mente. Si al menos pudiera ser sencillo y tierno como en otros tiempos. Intentó mirarse seriamente en el espejo pero su imagen le pareció tonta y loca. Se lavó la cara con una buena cantidad de agua fría y recordó lavarse las manos. Ensució la toalla cuando se secó en ella.

El piso era muy sencillo, pero bonito, con sus sillitas victorianas, alegres y floridos cojines haciendo juego, aunque en diferente color, con el dibujo de las cortinas; las limpias alfombras, un pequeño escritorio con tapa corrediza y una mesa elegante junto a la ventana con un trozo de cuero rojo gastado sobre ella. Las cartas de Morgan estaban muy bien apiladas bajo un pisapapeles de piedra verde granulada. Sobre la biblioteca blanca había un jarrón con fucsias.

—Bebe algo, Tallis.

—No, gracias. Tengo que... Bueno, quizá tome algo.

—¿Ginebra? Sólo tengo eso; nada para mezclar como no sea agua. Ten.

Tallis estaba de pie en medio de la habitación, sosteniendo su vaso y rodeado de cajas. Intentó apartar un poco una de ellas empujándola con el pie y muchas cosas de curioso aspecto empezaron a salir del fondo. Morgan se había sentado sobre el escritorio y movía las

piernas. Llevaba un vestido de algodón azul liso y el collar de cuentas de ámbar. Tallis miró las cuentas.

—Ah, gracias por haberme enviado el collar reparado. Me proponía darte las gracias pero he estado muy ocupada con la mudanza.

—Um... um.

—Di algo, Tallis.

—¿Qué vas a hacer, Morgan?

—Nada.

—Eso es lo que no puedes hacer —dijo él— en la situación en que estás.

—Quiero decir: gloriosamente nada. Tengo el propósito de lanzarme a la situación como el nadador al mar.

—No estoy para metáforas —dijo Tallis—. ¿Quieres divorciarte?

—Pues no tengo gran interés.

—¿Quieres, entonces, volver conmigo?

—Tampoco. No se trata de eso. Creo que voy a vivir de modo por completo diferente. Hay muchas maneras distintas de vivir. ¿Has tenido a alguien en casa mientras estuve fuera?

—Sólo a papá y a Peter.

—¿Sabes que he llevado a Peter a Cambridge?

—Sí.

—Y todo va muy bien. Peter me hace mucho caso.

—Eso tengo entendido —dijo Tallis—, pero ten cuidado.

—Lo que Peter necesita es un poco de amor.

—No. Lo que él busca es muchísimo amor. No te compliques con él a no ser que puedas darle mucho.

—Pues parece que he logrado muy buen éxito en lo que todos habéis fracasado. Y no pongas esa cara de pena.

—No pierdas el tiempo con Peter —repitió Tallis— a no ser que estés dispuesta a unirte a él de alguna manera seria y sensata. Peter necesita permanencias.

—¿Por qué no he de ser seria y sensata con él? Voy a amar a la gente. Eso es lo que entiendo por vivir de un modo distinto. Ése ha de ser mi nuevo modo de vida. Seré libre y amaré a la gente.

—Morgan, no digas tantas tonterías —dijo Tallis. Dio un puntapié a la caja más próxima y varias viejas cajitas de polvos y un tarro de crema salieron por el fondo. Retrocedió para dejar su vaso encima de la librería. Quería interrumpir la charla de Morgan y tomarla en sus brazos pero antes deseaba pensar. Se sentó en uno de los bonitos y tan incómodos silloncitos.

—Estaba segura de que aprobarías mi nuevo plan de vida —dijo Morgan, y se rió casi inconscientemente—. Siempre has comprendido el amor.

—Me confundes con Rupert. ¿Y cómo relacionas el matrimonio con esa nueva táctica de libertad y amor?

—No estoy segura de que encaje con ésta. El matrimonio es tan anticuado y tan exclusivista. Pero no pretendo decir en absoluto que desee dejar de verte.

—¿Quieres o no divorciarte?

—No me has comprendido. Ese asunto no es tan importante. Dejémosnos llevar.

—Ya, ya. ¿Podrías amarme también a mí, a tu manera libre, a la vez que a los demás?

—Eso es. ¿Por qué no? Si eres lo bastante generoso, acepta mi amor. ¿O te preocupan tus derechos de propiedad?

—Lo que temo es no ser capaz de soportarlo.

—Deberías probar.

—¿Y qué hay de Julius?

—Julius es mi padrino. Ha hecho que me comprenda mejor a mí misma.

—Lo que quiero decir es si deseas casarte con Julius o seguir viviendo con él o algo parecido.

—Con Julius tengo una relación libre. Él entiende estas cosas. ¿Tienes algo que objetar?

—No —dijo Tallis—pero no es ésa la cuestión. En todo esto hay algo absolutamente equivocado. Quiero decir que la tuya es una táctica errónea, no podrías llevarla a cabo, no comprendes el sentido de las palabras que empleas... —¿Cómo iba a explicárselo? Se levantó del asiento y se acercó a la ventana. Miró las filas de automóviles aparcados. Parecían cerdos de diversos colores. Enfrente, el muro blanco y la madera muy bien pintada de negro de una casita que debía de ser cara. ¿La sujetaría y le gritaría? ¿Daría resultado un ataque así?

—Lo siento, Tallis, pero creo haber comprendido por fin. Cuando me casé contigo era infantil y estaba medio dormida.

—Quizá. Pero de todos modos... —Concentró su mirada en los coches.

—Bien, ya estoy despierta del todo. Me despertó Julius. Tallis, creí que eras mi virtud. Pero me di cuenta que en realidad eras mi vicio.

—Soy tu marido.

—Qué término más feo y pesado. Eso ya no sirve para nombrar nada aquí.

—Sirve para designar un hecho muy importante, Morgan. Creo que te equivocas en cuanto a tu naturaleza. Lo que necesitas es pertenecer profundamente a alguien, relaciones y estabilidad.

—¿Y por qué no puedo tener todo eso en muchos sitios? ¿O intentas hacer uso de tu autoridad?

—Qué divertido. Rupert hablaba de la autoridad. Pero nada tiene que ver con la autoridad en otro sentido ni con los derechos de propiedad. ¿Qué puedo hacer o pedir en la

ridícula posición en que me hallo ahora? Estoy seguro de que me quieres. Deseo contar con ese amor para tener una oportunidad decente.

—¿Crees que no te estoy diciendo la verdad?

—Creo que las teorías te sacan de quicio. —Se volvió para mirarla— Te dejas llevar por vacías abstracciones. Lo que ocurra será muy diferente.

—Tienes fuerza, Tallis—dijo Morgan—. No niego tu poder. Y no voy a someterme a ti de nuevo. Siempre te las arreglaste para hacer que me sintiera avergonzada. Tú, con tu falsa sencillez.

Tallis no respondió.

—Lo lamento, Tallis, no quiero ser desagradable contigo. Pero la senda que debo seguir se aleja de la culpa y la vergüenza. Antes llegué a creer que me hundía en un mar profundísimo contigo. Cuando me casé contigo tuve la impresión de que me estaba matando. Sin embargo, entonces parecía maravilloso en cierto modo. No podía ya amar en los últimos tiempos, sumergida en aquel hondo mar. Y ahora tengo que estar fuera, al aire libre y claro, en los sitios elevados, libre, libre, libre. Sólo en ese aire libre y claro puedo amar a la gente. He de dejarme llevar por la clase de amor de que soy capaz. Todos deberían ceder a ese amor.

—Parece sensato lo que dices pero, de todos modos... ¡Oh, qué estúpido haces que me sienta! ¡Y quizá sea efectivamente estúpido, sobre todo en lo que se refiere a ti!

—No, Tallis, lo que pasa es que soy una persona mucho más complicada.

—Tengo la impresión de que somos parientes por la sangre. Y no se me ocurriría abandonarte, lo mismo que no pensaría en abandonar a papá.

—¡Vaya, Tallis, qué comparación! ¡No es muy halagüeña para mí! ¡Seguramente lo único que te une a ese viejo fastidioso es el sentido más agrio del deber!

—Lo siento; me estoy expresando muy mal. El matrimonio es un simbólico parentesco carnal, la creación de un nuevo vínculo familiar.

—Pues a mí no me interesan los vínculos, sean familiares o de la clase que sean.

—No me he referido a obligaciones impuestas, sino a un verdadero vínculo.

—No seas sentimental, Tallis. No puedo soportarlo. Y no hables del matrimonio como si fuera una condición.

—Pues sin duda es una condición. Todas las situaciones en que pueda hallarse uno están condicionadas y ésta lo es también, por tanto. Relaciona el pasado con el presente.

—En lo que a mí se refiere, fue un arreglo. Y para mí, el pasado ha terminado, ha desaparecido.

—Morgan, por favor. He meditado mucho acerca de lo nuestro... Que no sea en vano.

—Ahora es cuando te derrumbas, Tallis. Dime, ¿te he herido mucho? Me interesa saberlo.

—No hables así.

—Querido Tallis, no apeles a mi compasión. Si quieres impresionarme, debes recurrir a mi naturaleza moral y no a mi compasión. Pero no puedes. No dispones de esa longitud de onda. Y no has entendido lo que he estado diciendo casi todo el tiempo. Oh, Tallis, si pudieras cambiar un poco, sólo un poquito, si pudieras convertirte en un poquito distinto de cómo eres. Pero es inútil esperarlo, nunca cambiarás.

—Todavía me quieres.

—Claro que sí, tonto. Podemos hablar. Espero verte mucho en el futuro. Podemos iniciar una relación más propia de adultos.

—Eso no tiene sentido, chiquilla.

—No me llames “chiquilla” así o me echaré a llorar. Tallis, a veces te pones tan guapo. Preferiría que no lo parecieras. Lo haces a propósito. Ven aquí. —Él se acercó a Morgan despacito. Tallis, estemos tranquilos juntos un minuto.

—Por fin has tenido una buena idea.

Tallis suspiró muy profundamente. Morgan seguía sentada sobre el escritorio. Él, delante de ella, la estudiaba. Luego se inclinó hacia sus rodillas y le pasó una mano por una pierna.

Le quitó un zapato y mantuvo el caliente pie en una mano. Se acercó aún más hasta que puso una mejilla suya sobre otra de ella.

Sintió un tibio contacto. Morgan le había pasado por la cabeza su collar de cuentas oscuras de ámbar hasta dejárselo puesto en torno al cuello.

—¿Qué es eso, Morgan? ¿Un amuleto?

—Un experimento. No quiero prescindir de ti, Tallis. Quiero tenerlo todo y a ti entre todo. Quiero llevarte sujeto.

—Te quiero dijo Tallis.

—Si te arrodillas te pegaré un puntapié en la cara.

—No voy a arrodillarme, maldita sea.

El zapato que le había quitado a Morgan cayó al suelo. Tallis le pasó un brazo por la cintura y la hizo bajar de la mesa.

—¡Yu, yu-hu, Morgan!—Sonó una fuerte llamada en la puerta.

Tallis soltó a su mujer.

Peter entró de un salto.

—¡Morgan, cariño! Hola, Tallis. Morgan, hace poco recibí tu carta y he venido en seguida. Me han abierto abajo. Traigo las cosas. Tengo un destornillador, un martillo y alcajatas para colgar los cuadros. Y cuerda, fusibles para la electricidad y todo lo demás que me encargaste. Todo eso lo traigo de la ferretería de aquí cerca y también he comprado por ahí cosas para tu cocina, paños para secar, estropajos de aluminio, más material de limpieza y ¡nada menos que estropajos corrientes! ¡Mira!

Peter vació el contenido de dos bolsas de tiendas en el suelo, entre las cajas de cartón.

—¡Peter, eres super! —exclamó Morgan y le besó—. Bebe algo. Tallis, no te vayas. Le pedí a Peter que viniera a ayudarme a ponerlo todo en orden. Señor, qué lío. Fíjate en cómo está todo.

—Tengo que irme —dijo Tallis.

—¿No puedes quedarte un poco?

—Debo ver a esos estudiantes que te dije. —Fue hacia la puerta.

—¡Peter, eres un héroe! Querido Tallis, te veré. No olvides lo que te dije.

Descendió las escaleras oyendo la risa de ellos.

En cuanto llegó a la calle empezó a empujar la carretilla por la calle Fulham y luego por la calle Hollywood arriba. La dejó junto al bordillo de la acera y descansó. Aún colgaban en su cuello las oscuras cuentas marrones de ámbar y metió el collar por dentro de la camisa. Poco después cuando iba empujando la carretilla por la plaza de Redcliffe, se detuvo otra vez y se quitó la chaqueta. El sol, que iba levantándose, relucía en un cielo azul claro sin nubes. Le caía el sudor por el pecho. La carretilla estaba vacía, pero todo el camino de regreso era cuesta arriba.

Capítulo 18

—¡Cielos!, me has hecho dar un brinco, Julius.

En las mediascuras escaleras de la casa de Rupert, Julius se había materializado de pronto. Eran las nueve de la noche.

—Lo siento, Rupert. No encontré a nadie, de modo que me fui a los lavabos.

—Yo estaba en el jardín.

—¿Dejas siempre abierta la puerta principal? Podría entrar cualquiera y robarte las reproducciones de Cézanne.

—Hilda debe habérsela dejado abierta. Acaba de marcharse a una reunión convocada para que disminuyan el ruido de los aeroplanos.

—Qué altruista es Hilda. Siempre sirviendo a los demás.

—Tiene conciencia social. Y en el fondo eso es por interés propio.

—En fin, ¿puedo interrumpir tu altruismo, conciencia social e interés propio hasta el punto de pedirte un vaso de whisky?

—Claro; precisamente iba a ofrecértelo. Ven a mi estudio. ¿Has cenado?

—Sí. Estuve en una dinner party. Pero no había mujeres atractivas. De modo que me fui en seguida. ¿Decías que querías verme?

—Sí, pero no es urgente. De todos modos, celebro que hayas venido ahora, porque es buena la ocasión.

Rupert encendió las luces de su estudio y corrió las cortinas contra la tarde azul, que ya era noche.

—Mejor que cerremos, ¿verdad?

Sacó whisky y vasos. Rupert se sentó ante su gran mesa-despacho en medio de la habitación. Julius se instaló al otro lado de la mesa en una silla. Extendió sus pies por debajo de la mesa de modo que Rupert tuvo que retirar los suyos. Bostezó y se estiró como si lo hiciera intencionadamente.

—Sin agua, gracias, Rupert, lo prefiero solo. Después de una cena tan desagradable necesito beber algo que sea fuerte. ¿Por qué son tan pretenciosamente ineficaces las anfitrionas inglesas? Desde que llegué a Inglaterra apenas me han dado una buena comida.

—Necesitas unas vacaciones en el Continente.

—Ni siquiera París pudo alimentarme decentemente la última vez. Todo parece irse estropeando. O es que yo me voy haciendo lamentablemente viejo y finústico.

—Hilda y yo descubrimos un excelente restaurante la última vez que estuvimos en París; además, muy barato. Se llama A la Ville de Tours. En la rue Jacob.

—La cuisine Tourangelle. La probaré si voy. ¿Cuáles son tus planes de vacaciones?

—Este año nos quedamos en Inglaterra. Creo que debemos veranear aquí, ya que la libra está tan vacilante. La segunda mitad de septiembre la pasaremos en nuestra finca de Pembrokeshire.

—La naturaleza, la vida en el campo. Todo eso lo detesto. Y tampoco quiero residir en pequeñas ciudades. De ahora en adelante lo que deseo es vivir en grandes ciudades europeas. Por eso me fui de Dibbins.

—Seguramente hubo otras razones para que tomaras esa decisión.

—Hombre, estaba ya harto de aquel detestable campus y de la insoportable calle principal. No sé cómo la aguanté tanto tiempo.

—Eres el único hombre que conozco que disfrute presentándose a una luz que le perjudique.

—Me harté también de la investigación, pero no por la razón que crees. Al final me resultaba desagradable desde un punto de vista estético.

—Ya me figuro que el respeto que en sentido general siente uno por la raza humana...

—No tengo respeto alguno general por la raza humana. Son insoportables y no merecen sobrevivir. Pero no necesitan de mi intervención para irse destruyendo ellos mismos con gran rapidez.

—Siempre has profesado el cinismo, Julius. ¿Me pregunto a cuánta gente incluyes en tu juicio?

—No es cinismo. Estos juegucitos terminarían con la civilización y probablemente con la vida humana, en este ruin planeta, en un futuro no demasiado distante. ¿Por qué enferma tanta gente ahora con misteriosas enfermedades causadas con virus? Pequeños fugados de centros como Dibbins... y centros como ése los hay en todos sitios y habrá más de ellos, más y más sin cesar. Se filtran al mundo inferior a intervalos regulares. Es prácticamente imposible evitarlo, aunque desde luego, estos accidentes son siempre silenciados. Algún día un virus verdaderamente sensacional, el favorito absoluto de algún esforzado bioquímico como yo, se escapará y toda la vida humana cesará en cuestión de meses. Esto que te digo, Rupert, no es ciencia ficción. Desde luego no vas a creerme, una verdad como esa no puede ser creída. Por ello todo el asunto seguirá alegremente hasta que la experimentación humana termine por las buenas.

Rupert estuvo callado unos momentos estudiando a su amigo. El rostro de Julius estaba tranquilo y casi “metido para adentro”. Podía haber sido la cara de un hombre que escuchase música. Los ojos violeta oscuro, de densas pestañas, parecían adormilados y miraban sin fijeza; la boca grande y serena sonreía levemente.

—Espero que te equivoques—le dijo Rupert—. Entretanto tenemos que seguir trabajando, dando por cierto que hay un futuro. Y desde luego, hay muchísimas cosas que podemos obligarles a hacer, como ciudadanos libres y responsables que somos, a nuestros dirigentes...

—Rupert, Rupert, Rupert, tu voz parece llegarme del pasado, de algún libro de historias escrito hace milenios.

—No te comprendo, Julius.

—Es que no ves lo que hace que sucedan cosas en esta ciudad. No te preocupes. De nuevo me acusarás de cinismo. ¿De qué querías hablarme?

—Pues verás dijo Rupert moviendo su silla—. Sencillamente, quería verte y, si he de serte sincero, estoy preocupado por Morgan.

—Aj —dijo Julius centrando ahora su atención agudamente en Rupert—. Por eso me has hecho venir. El acto de un ciudadano libre y responsable, de un cuñado responsable y libre. Si te propones reñirme, no has comenzado bien.

—No seas burro, Julius. Es que necesito tu ayuda. Hilda y yo hablamos con Tallis el martes y evidentemente él no va a intervenir, de modo que pensé...

—Rupert, confiesa que desprecias a Tallis.

—Te aseguro que no —dijo Rupert irritado—. Aunque creo que está completamente invertido...

—Así que lo desprecias. Muy bien, muy bien. ¿Y dónde entro yo en este asunto? —Julius se quitó las gafas y se inclinó hacia adelante con aire divertido. Sus ojos oscuros brillaban humorísticamente.

—Tuve que pensar, como comprenderás, que tú entras en esto! —dijo Rupert.

—Ah, dentro de un momento me dirás: “Somos hombres de mundo”, y “¿cuáles son tus intenciones?”. Qué maravillosamente sirves como ejemplo de la irrealidad del tiempo.

—No somos hombres de mundo —dijo Rupert—. Digámonos ese cumplido el uno al otro. En cuanto a tus intenciones... en fin, ¿cuáles son?

—Ninguna, ninguna, mi querido Rupert. ¡Nunca he sido más inocente en mi vida de tener intenciones!

—Vamos, vamos —dijo Rupert—. Sabes de sobra lo inestable que es Morgan. Y por lo que puedo ver sigue enamorada de ti.

—¿Y qué?

—Pues que, para ser basto y grosero, debo decirte que deberías o bien volver a ella o por lo menos ayudarla a decidir si quiere divorciarse de Tallis, o bien tendrías que desaparecer de una vez.

—¿Quieres decir que me vaya de Londres?

—Sí, por ahora.

—Pero Rupert, si yo adoro Londres. He decidido comprarme una casa en los Boltons.

—¿Si? —El pensamiento de tener a Julius viviendo a doscientas yardas calle abajo alarmó a Rupert. No es que fuera precisamente desagradable, sino alarmante.

—Bueno, es una idea. Quizá cambie de propósito.

—Debes de ser rico —dijo Rupert como si le fastidiara.

—Es que tengo que vivir aquí, ¿no estás de acuerdo?

—Sí, sí. Pero respecto a Morgan... No es capaz de tomar decisiones equilibradas mientras estés aquí sin estar para ella. Es evidente que la paraliza.

—¿Por qué no la convences de que se vaya?

—Tiene deberes aquí —dijo Rupert—. Seguramente te darás cuenta...

—¿Atormentando a su esposo? Por supuesto, pobre marido...

—Y a propósito, ¿la has visto últimamente?

—No, desde un encuentro hace unos días. Pero he recibido una larga carta de ella.

—¿A qué se refería, si no es indiscreción preguntártelo?

—En absoluto. Te enseñaré la carta. Creí que la llevaba conmigo pero seguramente la he tirado. Era una especie de éxtasis. Escribía acerca de una nueva época suya de amor y libertad que se proponía inaugurar. Es una mujer tan intensa...

—Morgan es una insensata —dijo Rupert—. Siempre ha vivido en un mundo de ensueño tras otro.

—¿No nos pasa a todos eso mismo?

—Tallis era uno de los ensueños de Morgan. Representaba la sagrada pobreza o algo así. Luego, Morgan se despertó una mañana y vio que tenía de marido a un hombre débil, incapaz de lograr buenos éxitos. Eso hirió su orgullo.

—¿De modo que no me echas la culpa demasiado?

—No. Fuiste una causa eficaz, pero no formal.

—¿Descargas mi conciencia! Dime algo de Tallis. ¿Crees que es epiléptico?

—¿Epiléptico? —dijo Rupert sorprendido—. No. Eso no se ha dicho nunca. Que yo sepa, Tallis disfruta de una salud perfecta. Es muy duro. ¿Quién te metió esa idea en la cabeza?

—No me hagas caso. Fue una idea que se me ocurrió de paso. ¿Me permites que te diga que te preocupas demasiado de Morgan?

—Sólo quiero que sea feliz.

—Hay poca gente que sólo, desee que otros sean felices, querido Rupert. La mayoría de nosotros prefiere ver llorar a nuestras amistades. Si por una insólita casualidad quiere alguien que otros sean felices, invariablemente pretende que lo sean como resultado de su propia intervención.

—Quizá. Pero a mi edad, Julius, no me preocupo demasiado de mis motivos. Me basta con ver lo que debe hacerse y procurar que se haga.

—Eso es muy hermoso. Espero que lo hayas puesto en tu libro. ¿Es tu libro ese montón de papel, tantísimos cuadernos amarillos que hay sobre la mesa? ¿Puedo hojearlo?

—Sí, desde luego. Está ya acabado. Hilda quiere que lo celebremos. Te enviará una invitación.

—Qué detalle. ¿Tendremos que pronunciar charlas filosóficas como en el Symposium? Me gustará.

Rupert miraba intranquilo a Julius mientras éste se ajustaba las gafas, y se inclinaba sobre la mesa abriendo los cuadernos de notas a la casualidad y poniéndolos para que les diera la luz de la lámpara más próxima. Al leer guiñaba los ojos y sonreía con su astuta sonrisa.

—Estás bien defendido contra el pesimismo, Rupert. Todo este plácido platonismo levanta el espíritu. Deberías haber sido sacerdote.

—Espero que no resulte demasiado intelectual. Se supone que es filosofía.

—Filosofía, filosofía —dijo Julius volviendo hacia él su silla—. Todas las cosas humanas vuelan de la conciencia. La bebida, el amor, el arte son métodos de fuga. La filosofía es otra, quizá la más sutil de todas ellas. Incluso más sutil que la teología.

—Por lo menos puede uno intentar ser verídico, Julius. El sólo intento ya tiene un significado.

—Acerca de estas cosas, no. El Venerable Bede observaba que la vida humana era como un gorrión que vuela por un salón iluminado. Entrando por una puerta y saliendo por otra. ¿Qué puede saber ese pobre gorrión? Nada. Estos intentos de verdades son tejidos de la ilusión. Teorías.

Rupert quedó callado un momento. Sabía que Julius intentaba alterarle y estaba decidido a no perder la calma. Sonrió a Julius, que estaba aún de pie mirando muy fijamente, apoyado un poco sobre el respaldo de su silla y que le sonreía parpadeando.

—Creo que tú eres el teórico—dijo Rupert—. Pareces sostener algún punto de vista general que te ciega para cosas inmediatas y evidentes de la vida humana. Experimentamos la diferencia entre el bien y el mal, la maldad y el bien que da la vida. Experimentamos las puras alegrías del arte y la naturaleza. No somos pobres gorriones, es un romanticismo teológico decir que sí lo somos. Muy bien, carecemos de garantías, pero sabemos que algunas cosas son ciertas.

—¿Por ejemplo?

—Que Tintoretto es un pintor mejor que Puvis de Chavannes.

—¡Touché! ¡Ya sabes mi pasión por los maestros venecianos! Pero la verdad es que decimos muchas tonterías sobre el arte, Rupert. Lo que efectivamente experimentamos es diminuto y por completo ambiguo comparado con la larga y gran historia que hemos venido contándonos a nosotros mismos sobre eso.

—Hasta cierto punto estoy de acuerdo contigo —dijo Rupert— pero...

—No hay “peros”, querido amigo, Kant nos mostró de modo concluyente que no podemos conocer la realidad. Sin embargo, seguimos creyendo obstinadamente que sí podemos.

—¡Kant creía que tenemos atisbos de ella! ¡Eso era precisamente en lo que insistía!

—Kant era estúpidamente cristiano. Y también nosotros lo somos, aunque lo neguemos. El cristianismo es una de las más grandiosas y brillantes fuentes de ilusión que la raza humana ha inventado.

—Seguramente, Julius, no tomas el anticuado punto de vista de que es tan sólo un tejido de ficciones. ¿No es, a su manera, un vehículo del espíritu?

—Es posible. Pero, ¿qué es eso? Nada puede ser más ambiguo.

—El espíritu puede ser ambiguo —dijo Rupert—, pero la bondad no lo es. Y si nosotros...

—En cuanto a que el mal sea funesto, también eso es una vieja historia. Has notado alguna vez lo naturalmente que los niños aceptan la doctrina de la Trinidad, que es después de todo una de las más peculiares de todas las invenciones humanas conceptuales. Los hombres adultos manifiestan la misma facilidad para hacer suposiciones metafísicas completamente absurdas que ellos encuentran consoladoras. Por ejemplo, la suposición de que el bien es reluciente y bueno mientras que el mal es tétrico o por lo menos muy oscuro. En realidad la experiencia contradice por completo esa suposición. El bien es aburrido. ¿Qué novelista ha logrado hacer interesante a un hombre bueno? Es característico de este planeta que la senda de la virtud sea tan deprimente que apague el espíritu de todo el que intenta seguirla de un modo consistente. El mal, por el contrario, es excitante y fascinador y siempre

está vivo. También es mucho más misterioso que el bien. En efecto, se puede ver a través del bien. Es transparente. El mal es opaco.

—Quisiera decir exactamente lo contrario... —empezó a decir Rupert.

—Eso es porque te figuras que hay algo presente que en realidad no se halla presente en absoluto, excepto como un vago sueño. Lo que se toma por bondad humana es en verdad un diminuto fenómeno, confuso, limitado, truncado y como he dicho aburrido. Mientras que el mal, me gustaría más emplear un nombre menos emotivo para eso, llega mucho más allá en las profundidades del espíritu humano y está relacionado con las fuentes más profundas de la vitalidad humana.

—¡Me interesa que quieras cambiar el mundo! —dijo Rupert—. Me figuro que pronto querrás emplear un término más neutral como “fuerza vital” u otra tontería por el estilo, ¡sólo que no te dejaré!

—¡“Fuerza vital”! Te aseguro, Rupert, que ya he pasado de esa etapa.

—Muy bien, el mal tiene profundidades, aunque no creo que en estos días sean ya insondables. Pero, ¿por qué no admitir que el bien tiene alturas? Ni siquiera me importa que le des la vuelta a la metáfora siempre que reconozcas la distancia.

—La distancia es precisamente lo que no reconozco en el caso del bien. Admitamos tu cuadro de arriba y abajo; es conveniente y tradicional. Pero sostengo que en lo más alto de la estructura está completamente vacío. Está truncado. Los seres humanos han soñado frecuentemente en la extensión de la bondad más allá del lamentable nivel en que chapotea, pero es precisamente un sueño y, además, vago por completo. No es que la naturaleza humana prescindiera de la bondad en absoluto, sino que la bondad, en ese sentido amplio, no es ni siquiera un concepto coherente, sino que no pueden imaginárselo los seres humanos como algunas cosas de la física. Sólo que, a diferencia de la física, no hay ni una anotación con que indicarla, ya que sencillamente no está allí.

—Ha habido santos...

—Vamos, vamos, Rupert, ¡con el conocimiento que la psicología moderna ha puesto a nuestra disposición! Desde luego la gente se ha sacrificado, pero eso nada tiene que ver con la

bondad. La mayoría de los llamados santos nos interesan en realidad porque son artistas o por haber sido retratados por artistas, o bien porque son hombres con poder.

—Pero, ¿reconoces que hay bondad aunque sea limitada y aburrida?

—Lo que hay es ayudar a los demás y dejar que se le impongan a uno. Esto no es muy interesante y como sabes puede venir de toda clase de motivos. Y algo de ese género que no proceda de motivos egoístas es tan raro que me permito dudar que exista. Para ser de verdad amable y altruista con impunidad moral tendría uno que ser dios, y sabemos que Él no está allí.

—Según tú, no parece estar claro, ni mucho menos, el porqué los seres humanos concibieron alguna vez la idea de la bondad o la han creído importante.

—Querido Rupert, sabes tan bien como yo que hay centenares de razones para eso. Pregúntale a cualquier marxista. Motivos sociales, motivos psicológicos. Estas ideas siempre ayudan a los poderes que hay en el mundo. Y además son profundamente consoladores.

—Haces que los seres humanos parezcan muñecos.

—Es que son muñecos, Rupert. Y no necesitamos a la psicología moderna para que nos diga eso. Tu amigo Platón lo sabía muy bien en su vejez, cuando escribió Las leyes después de haber abandonado aquellos sueños de los lugares elevados que tanto te cautivan.

—Pero si la bondad no es importante, ¿qué lo es según tú? Aunque si todos somos muñecos supongo que llamarnos “importantes” es una palabra inadecuada.

—¡Precisamente! En fin, sabemos lo que mueve a la gente, querido Rupert: miedos, pasiones de toda clase... por ejemplo, el afán de poder. Pocas preguntas son más importantes que: ¿quién es el jefe?

—¡Aunque, desde luego, alguna gente prefiere ser mandada!

—Sí, sí. Todo es cuestión de elegir la técnica que va a emplear uno. La superstición moral es parte del consuelo.

—¿Por qué hay gente que, siendo desgraciada, quiere ser virtuosa?

—Bueno, eso es un aspecto de la cuestión. Y no sólo la gente desgraciada. Tú, por ejemplo, Rupert. Puedes negar también que te sientes profundamente convencido de que eres un hombre virtuoso. Te gusta mostrarte envuelto en una batalla contigo mismo. Sientes que eres recto, noble y generoso. Tu vida está ordenada. Te satisface compararte con otros.

Rupert se rió.

—Eso no lo admito, Julius —dijo.

—Por eso y perdóname, Rupert, tu voluminoso libro no será muy bueno. Ni siquiera concibes, ni eres capaz de enfrentarte con eso, la posibilidad de que tu mundo de bien y mal sea tan sólo una superstición consoladora.

—Desde luego, tener un sentido de la virtud consuela. Pero también es consolador saber que le juzgan justamente a uno.

—¿Por qué dices “pero”? —dijo Julius. Había estado mirando fijamente a Rupert. Ahora apartó su silla y empezó a pasear por la habitación—. Eso es lo que consuela más que todo, más que todo, más que todo. Rupert lo miró un momento.

—¿Y a ti te consolaría?

Julius se detuvo frente a su amigo.

—Escucha, Rupert. Si hubiera un juez perfectamente justo le besaría yo los pies y aceptaría de rodillas sus castigos. Pero son, tan sólo, palabras y sentimientos. No existe semejante ser e incluso el concepto de que haya uno es vacío y sin sentido. Te digo, Rupert, que es una ilusión, una ilusión.

—No creo en un juez—dijo Rupert—, pero sí en la justicia. Y sospecho que tú también, ¡O si no no te excitarías tanto!

—No, no, si no hay juez, tampoco hay justicia, y te digo que no lo hay, ninguno.

—Muy bien, muy bien. Toma un poco más de whisky.

Julius miraba a Rupert. Ahora sonreía y entrecerraba los ojos.

—Bueno, bueno, he disfrutado con nuestra charla. No, gracias, Rupert. Y ahora creo que debo irme. Espero no haberte aburrido. No más bebidas, tengo que cuidarme el interior. ¿Merece la pena vivir? Depende del vividor. Era el chiste favorito de Freud. Buenas noches, querido amigo.

Cuando se marchó Julius se quedó Rupert un buen rato sentado pensando en lo que habían hablado. ¿Era Julius totalmente serio, medio serio, o nada serio? Difícil decirlo y quizás el propio Julius no lo supiera. Rupert miró la pila de amarillos cuadernos cuyo buen orden había sido deshecho por la curiosidad de Julius. ¿Era cierto que en tantas decenas de millares de palabras, nunca se había planteado ciertas suposiciones? Su mente estaba cansada y neblinosa. ¿Era verdad que se creía a sí mismo virtuoso? Bueno, ¿por qué no iba a creer que tenía ciertas cualidades de fidelidad y generosidad y una conducta decente? Su vida era ordenada y abierta. Reconocer esto no era fantasear sobre la santidad. Había una diferencia entre las vidas ordenadas y las desordenadas. Rupert bebió algo más de whisky. Se sentía confuso e intranquilo. Cuando por fin se levantó para irse a acostar pensó que al pobre Julius lo que le pasaba era que no tenía una preparación filosófica. Cuando los científicos hablan de filosofía siempre tienden a simplificar demasiado.

En espera de Hilda se acostó y leyó a Proust.

Capítulo 19

—¡Hola, Julius! —dijo Morgan—. ¿Estamos enfadados o no?

—¿Por qué vamos a estarlo? ¡Cuánto me alegro de verte, señora Browne!

Se habían encontrado, por casualidad, en la Galería Tate, en una exposición de escultura moderna. Morgan había sentido un violento choque que poco después identificó como causado por haber visto los hombros de Julius y su pálido pelo por entre un pequeño hueco entre la multitud.

—¿Llevas aquí mucho tiempo? —le preguntó Morgan abanicándose con su programa—. Es muy interesante todo esto, ¿verdad?

—¡Interesante! ¡Cuando la gente no entiende algo se creen obligados a decir eso! ¡Es una expresión muy conveniente porque no compromete!

—Y tú, ¿te vas a comprometer?

—Sí, pero diciendo que todo esto es una pura y absoluta basura! ¡Y mira cómo se maravillan esos burros reverenciando a esos cuadros! La raza humana es incurablemente estúpida.

Morgan se reía.

—Muy bien. Por mi parte no voy a defender esos “objetos”. ¡Cuantísima gente hay aquí! Apenas si puedo respirar. Vámonos de aquí y admiremos arte auténtico.

Se abrieron paso empujando y salieron al espacio y al aire de la larga galería.

—Supongo que es demasiado temprano para beber algo, ¿eh? —dijo Morgan.

—Sí.

—Entonces vayamos a ver los Turner. Quiero hablarte.

—Como quieras.

No había nadie viendo los Turner. Morgan se sentó frente a uno de los interiores de Penworth, y Julius, después de haber dado una vuelta para ver unos cuadros, fue a sentarse junto a ella.

—¡Qué calma le dan a una los buenos cuadros! —dijo Morgan—. Me encantan esos Turner de la última época. Un apasionado torbellino que se mantiene, claro está, en una perfecta inmovilidad. Energía elemental misteriosamente construida en el espacio y la luz.

—Am.

—¿No te interesa Turner?

—No mucho. Un pintor lamentablemente derivativo. Siempre parece copiar a alguien. Poussin, Rembrandt, Claude. Nunca terminó un cuadro sin estropearlo. Y tenía una opinión demasiado elevada de sí mismo. Debió haberse quedado en un pintor menor de estilo costumbrista: ése viene a ser su nivel. Temo que su pintura se parece a su poesía.

—No sabía que hubiera escrito poesías.

—Escribió aleluyas con pretensiones.

—Pero habrá alguna pintura que te guste, ¿no, Julius? Recuerdo que cuando fuimos a Washington...

—Hay un placer característico en mirar ciertos cuadros. Pero todo ello es efímero.

—¿A qué te refieres con “todo ello”?

—Esta gran leyenda del arte y la literatura de Europa. Esas porquerías que vimos en la otra sala es un anuncio bastante claro de que se ha terminado el asunto. Dentro de cien años o así, nadie habrá oído hablar de Tiziano o de Tintoretto.

—Confío en que te equivoques totalmente. ¿Recibiste mi carta, Julius?

—Sí. lamento no haberla entendido. ¿Acaso suponías que debía entenderla? Era demasiado larga. No estoy muy seguro de haberla terminado.

—Por fin empiezo a ver claramente la vida.

—Si eso es verdad, sin duda se trata de algo muy notable.

—Desde que soy una adulta vengo siendo una especie de esclava. Siempre estuve estúpidamente enamorada. Además, la tontería de haberme casado con Tallis. Y luego, tú...

—Ya me figuré que entrarías en una especie de nueva era.

—Sí, de pronto tuve la visión de lo que sería mi libertad.

—Te felicito.

—No seas pesado, Julius. Quiero decir que de pronto vi lo maravilloso que sería para mí tener afectos libres. ¿Y sabes quién me lo hizo comprender? Peter.

—¿Quién es Peter?

—Peter Foster, el hijo de Hilda y Rupert, va sabes.

—Ah, claro, ya sé quién es.

—Es un muchacho muy interesante.

—Mucho. Parece que vive con nada y que nada hace.

—Hilda le pasa una sustanciosa pensión, pero no se lo digas a Rupert. Es un secreto. Peter volver a Cambridge en octubre Lo he convencido

—Vaya. Lo siento, pero los jovencitos me resultan fastidiosos.

—Lo tremendo es que Peter se ha enamorado de mí locamente.

—No quieras darme a entender que te fastidia eso.

—Bueno, en cierto modo me agrada, aunque es un poco molesto. Pero de pronto comprendí lo estupendo que sería para mí amar a mucha gente, no de manera frenética, sino libre, inocentemente. Eso me hace sentir Peter: inocencia. Desde que soy una persona adulta, nunca he llegado a sentirme inocente.

Se produjo un silencio. Julius miró su reloj. Morgan experimentaba un deseo incoherente de tocarlo. Por mucha inocencia que tuviera, su gran deseo era volver a las andadas con Julius. Quería tirarle con fuerza de la manga, pellizcarle el brazo, incluso darle pataditas. Entrar como fuera en contacto con él. Pero ya había entrado en la sala otra gente.

—¿Y qué, Julius?

—No sé qué quieres que diga. Siempre estás deseando que los demás actúen en una pequeña obra teatral que inventas tú. Creo que te hallas en un tonto estado emocional. ¿Por qué no intentas trabajar? Eso te tranquilizaría. A pesar de lo exaltada que te había puesto tu vida sexual, en Dibbins trabajabas.

—Ya trabajaré aquí. Primero he de realizar mi nuevo plan. Tengo que encontrar la manera de amar a la gente con mi nueva clase de amor. Eso nunca lo había hecho antes.

—Más vale que le expliques eso a Rupert. Él entiende más que yo de ello.

—Sé que tuviste toda una discusión con Rupert. Aunque sostenía que no le había afectado, creo que le preocupaba.

—No puedo soportar esa especie de optimismo facilón del platonismo de la Iglesia. A esa gente tan sensible le absorben, terriblemente, sus propias reacciones.

—Sé lo que quieres decir. Rupert siempre llevó una vida tranquila y fácil, incluso durante la guerra. Pero creo que se portaría espléndidamente en una emergencia.

—Me refería a su actitud teórica elevada.

—Rupert está algo satisfecho consigo mismo. Desde luego tiene motivos para estar contento. Le va muy bien en su matrimonio y logra muy buenos éxitos en su vida. Sólo que sería preferible que tanto él como Hilda no exhibieran tanto su felicidad.

—Detesto toda las exhibiciones de la vida familiar —dijo Julius.

—Sin embargo, te encantaba vivir conmigo, ¿verdad, Julius, en aquella casa del bosque? Era una especie de vida en familia.

—Claro que me gustaba.

—Entonces, ¿por qué has cambiado tanto?

—La gente se cansa, se aburre. Por ejemplo, esta conversación me fastidia.

—Creo que nunca me has querido, en absoluto.

—Ésa es una de las observaciones que suelen hacer las mujeres y que ponen malos a los hombres; las que muestran que las mujeres son realmente inferiores. ¿Qué te pasa ahora?

Morgan había tomado una actitud rígida, medio se levantó pero en seguida volvió a sentarse. Por fin dijo:

—Muy bien. He hablado con Tallis. Ese hombre está muy cambiado. Me obsesiona. Creo que lo veo por todas partes. Ya sabes, Tallis me llevó mis libros y otras cosas que tenía en aquella casa. ¡En una carretilla! Eso fue típico de él. ¡Y para hacerme un cumplido se le ocurrió decirme que no me abandonaría lo mismo que nunca abandonaría a su anciano papá!

—¿Qué tal van sus relaciones con su padre?

—No sé. Desde luego, se pelean sin cesar.

—Eso podría ser muy significativo.

—Lo cierto es que me siento fastidiada por mi conducta con Tallis ahora, de modo que no es raro que yo vea estas apariciones. ¡Me he quedado con trescientas libras tuyas!

—¿Cómo?

—Le debía a Tallis cuatrocientas y Rupert me las dio para que le pagase, pero sólo le di cien libras y me quedé trescientas. ¿No crees que me he portado mal con él?

—Sí.

—No le digas ni una palabra de esto a Hilda, pues no sabe que Rupert me ha prestado el dinero. Nunca le he dicho a ella que le debo dinero a Tallis.

—¿Y qué papel le has dado a tu maridito en tu nuevo plan de libre e inocente amor?

—Él tendrá también su parte.

—¿Vamos a jugar entonces al corro?

—Julius, seremos amigos, ¿verdad?, tú y yo. Es tremendamente importante. Me interesa tantísimo lo que piensas de mí. ¿Sabes cómo puede trastornar a una persona lo que otro piensa de ella? Tu opinión me podría volver loca. Debes ser compasivo. Me preocupa terriblemente. Siempre será así. Te quiero y siempre te querré.

Morgan no había querido decirlo. En realidad, sus pensamientos sobre su nueva vida no incluían a Julius, así como tampoco incluyeron a Tallis. Sentía, con feroz decisión, que debía cambiar. Pero también sentía, con una especie de desesperación relajada, que en esas dos relaciones todavía no había cambiado. El que ella hubiese mencionado la casa del bosque trajo todo su pasado con Julius siéndole infiel a Tallis. El desayuno en la terraza oliendo el cálido aroma resinoso de las azaleas, el olor a mazapán de las magnolias. Julius cantando arias mientras freía huevos y plátanos. Las alas escarlata de las aves cardenales en los robles de verde perenne. Las ardillas rojas y las misteriosas zarigüeyas colgantes. Lagartos con lomos enjorados y libélulas de enormes ojos en los pantanosos y vaporosos riachuelos. Los largos y silenciosos paseos bajo el musgo negro mientras la mano de Julius le acariciaba la espalda despegándole a ella el vestido en los sitios de su cuerpo donde se le había adherido aquél con el sudor. Cascadas de clemátides y enredaderas y buganvillas, un paraíso. El rostro de Julius, que parecía una reluciente máscara de ternura después de hacer el amor. La secreta casa con sus enormes ventanas cubiertas con ramas de pino de un verde luminoso y el reflejo del radiante cielo azul. La casa del bosque le había deshecho a Morgan el recuerdo de Londres, le había borrado Europa.

Todo aquello, pensó, no podía haber desaparecido tampoco en la mente y el corazón de Julius, ni se habría disuelto en la nada. “Julius está en mí. No se ha disuelto Julius. Todos mis estados de ánimo han sido maneras de tener ya conciencia de él. Primero el éxtasis, luego la desgracia, después el cinismo. Y ahora esta nueva impresión de una posible ampliación de las relaciones. En la cual debe él ayudarme. Este nuevo plan de querer a muchos sólo puedo hacerlo con él. Nunca nos separaremos el uno del otro, nunca. Esto es sólo el principio de una representación teatral que durará toda nuestra vida.” Pensar en eso fue muy consolador para ella.

Julius se volvió para mirarla. Antes había estado mirando vagamente toda la sala, moviendo los hombros y mirando su reloj de pulsera.

—Por favor —le dijo Morgan. Le puso levemente una mano sobre su manga.

Julius la miró como se puede mirar a una niña.

—Temo que concedas excesiva importancia a las relaciones personales.

Morgan retorció salvajemente la tela de la manga de él y la soltó en seguida.

—Eres un monstruo. ¡Eres de la clase de hombres que preferirían la destrucción del mundo para que no le arañasen un dedo!

—No, no. Te aseguro que te he hablado en serio. Esas cosas no son tan importantes como crees, Morgan. Son superficiales e irreales. Quieres una representación teatral una especie de prueba de una u otra clase, no quieres sufrir de modo aburrido y quieres que te ayude. Pero esas historias son tan sólo superficiales, como te he dicho. Los seres humanos son entidades bastamente hechas, llenas de indeterminaciones y vaguedades y de espacios vacíos. Impulsados por sus propias necesidades privadas, se juntan ciegamente unos con otros, luego se separan, luego vuelven a abrazarse. Sus pequeños sadismos y sus masoquismos diminutos son fenómenos superficiales. Cualesquiera pueden interpretar esos papeles. Nunca se ven de verdad el uno al otro. No hay relaciones, querida Morgan, que no puedan romperse fácilmente y no hay rompimiento alguno que sea de verdadera seriedad. Los seres humanos son esencialmente descubridores de sustitutos.

Morgan le miraba fijamente. Estaba encantada de que él hubiese empleado y la hubiese llamado “querida Morgan”. Era un buen momento para discutir con él. Con un

estremecimiento físico sintió la súbita inmediatez, la conexión tan cercana. la corriente que por fin volvía a fluir entre ellos.

—No estoy de acuerdo. Algunas relaciones pueden interrumpirse.

—Ninguna, ninguna. Todos los seres humanos tienen fallos de enorme tamaño que pueden ser fácilmente explotados por un observador inteligente.

—¿Qué quieres decir?

—Yo podría separar a cada uno de otro. Incluso tú podrías. Juega lo bastante con la vanidad de una persona, ahonda en una pequeña desconfianza, fíjate en la desconfianza que cada ser humano siente secretamente por otro. Cada uno se ama a sí mismo tan astronómicamente más de lo que quiere a su vecino. Fácilmente puede hacerse que cada cual abandone a cualquiera.

—Quizá pueda ser en ciertos casos... pero muy a la larga...

—¡No, no, rápidamente, en diez días! ¿No me crees? ¿Quieres que te lo demuestre?

Morgan le miró. Luego se rió. Sintió, muy ilusionada que vibraba el lazo físico entre ellos, y le brillaban los ojos mirando a Julius. El rostro de éste tenía la expresión lista y encantada que ella había amado tanto. Era el rostro que ella había besado muchísimo hacía algún tiempo.

—¡Querido! ¡Cómo eres! En fin, ¿por qué no? Pero fracasarás. Te apuesto... diez guineas. ¿Pero con quién vas a probar tu plan?

—Diez guineas, de acuerdo.

—Seré generosa y te daré un plazo de tres semanas. Cuatro, si quieres. Desde luego, estás completamente loco. ¡Qué ocurrencia! Pero, ¿a quién vas a someter a prueba? Ha de ser alguien que conozcamos los dos. ¡Cuánto te gusta ser malvada!

—Vamos a ver, vamos a ver. —Julius estaba ya muy animado.—¿Qué te parece si elijo al joven Foster?

—¿Simon? ¡Oh, no! ¿Quieres decir... qué?

—No le haría daño alguno. Sencillamente lo apartaría, sin que sufriera, de Axel. Me gustaría tener de criado al joven Foster.

—¡Tu plan parece tan cruel ahora que se trata de personas concretas!

—Pero no olvides que nadie ha de sufrir: eso es lo que pretendo demostrar. Lo haré de un modo angelical.

—Julius... en cierto modo creo que podría ser un beneficio para Simon. Tengo la impresión de que Axel le obligó a unirse a él. Y dudo de que sean verdaderamente felices. Estoy segura de que se atormentan el uno al otro.

—¡Presentas el asunto como si fuera a ser demasiado fácil! ¿Preferirías, quizá, la prueba con otra persona?

—No, no, Simon es excelente para nuestra apuesta. ¡Julius, eres la persona más fantástica que he conocido!

—Bien, creo que es la hora adecuada para un martini. Vayamos a celebrar nuestra apuesta.

Cuando se levantaron, Morgan le pasó otra vez a él los dedos por una manga y levantó la otra mano en el aire. Se sentía el cuerpo muy vivo y ligero. De repente se hallaba muy feliz. Miró en torno suyo a los Turner. Ya estaba convencida de lo muy limitados y de aficionados que eran.

Capítulo 20

El restaurante chino se encontraba en un sótano. Se llegaba a él por un tramo de escaleras en estado ruinoso. Iban agarrándose con mucho cuidado al pasamanos. Hacía calor y el anochecer estaba nublado.

Simon llegó pronto. Esperaba instalarse y beber algo antes de que llegasen los otros. Sentíase muy irritado con la perspectiva de la cena china. Axel insistiría en que bebieran Lager. Simon haría lo posible para que tomaran vino blanco. En todo caso ni una ni otra bebida le vendría bien a aquel extraño guiso de alubias anémicas e indescriptibles pedazos de fritos. ¡Dios mío, Axel querría beber té! Eso sería ya el colmo.

En todo caso, Simon no se planteaba qué tal resultaría la reunión durante la cena, aunque le interesaba algo cómo se comportarían Tallis y Julius. Le parecía raro que fuese Tallis. ¿Sería posible que a éste le moviese algo tan vulgar como la curiosidad? Las relaciones de Simon con Axel estaban aún tirantes. Nunca estuvo así Axel antes. Ahora, aunque cortés e incluso amable, se hallaba distante todavía. ¿Habría hecho, en algún departamento secreto de su mente, una condena, tomado alguna decisión? ¿Habría llegado a pensar fríamente en que debería prescindir de él? Simon se despertaba cada día, y poco antes de dormirse, sintiendo miedo. Conocía demasiado bien a su amigo para intentar un despliegue emotivo mientras Axel estuviera en ese estado de ánimo. Cualquier desesperado intento de hacer las paces lo acogería aquél levantando las cejas y con leves fruncimientos de su rostro, pero sin contestarle al asunto. Simon tendría que esperar el momento adecuado. Pero no llegaba esa ocasión y entretanto la actitud de tranquilidad adoptada por Simon ante el alejamiento interno de Axel ampliaba la zanja que se había abierto entre los dos.

El curioso incidente en el piso de Julius se resistía a hundirse en el pasado y desaparecer en el olvido. ¡Hubiera hecho mucho mejor contárselo a Axel inmediatamente!

Era imposible decírselo va. Aquel secreto no sólo constituía —y Axel le había hecho jurar que no las diría— una mentira sino que le daba al propio incidente una curiosa intensidad de consecuencias psicológicas. Consecuencias que se referían a Julius, y consecuencias que afectaban a Morgan. Simon había soñado varias veces con Julius. Había tenido una versión de un sueño que le había vuelto a lo largo de muchos años. Cuando estaba en la escuela preparatoria, las cartas que recibían los chicos las dejaban para ellos en una larga serie de casillas, una para cada letra del alfabeto. La F quedaba muy alta y cuando todavía era un alumno nuevo, excepcionalmente pequeño, Simon no podía alcanzarlas. Anhelaba recibir cartas de su madre. Llegaban con regularidad, pero hacerse con ellas era un tremendo problema por las mañanas temprano. Simon se quedaba junto al casillero tímidamente esperando que llegara algún muchacho lo bastante alto que lo conociera y fuese servicial para poderle preguntar si había algo para Foster. A veces los mayores se reían de él. Cierta vez uno de ellos levantó a Simon para que alcanzase su casilla y le gritaba: “¡Carta de mamaíta! “. Simon, avergonzado, lloró después en los lavabos.

Aquellas casillas olvidadas afortunadamente en su adolescencia, empezaron a obsesionar sus sueños en sus primeros años veinte. Muy ampliadas y profundizadas, se convirtieron en portentosas ventanas desde cuyo fondo estaba siempre Simon deseando mirar alguna brillante y policroma escena de intenso interés. Pero la abertura, a través de la cual miraba él, estaba siempre fuera de su alcance. Queriendo llegar a ella, escalaba pilas de cajas que se derrumbaban o a veces subía por interminables escaleras. Y la escena que, de vez en cuando, lograba ver desde el fondo de la profunda casilla, quedaba separada extrañamente del resto del sueño. Y quizá fuese un tétrico paisaje lo que veía o extraños animales jugando. Le producía aquello una dolorosa excitación. Pero la angustia más horrible era la que le causaba el esfuerzo de izarse. Muy raras veces en sus sueños alguien le subía y tal impresión de unas poderosas manos levantándole por la cintura le hacía revivir la terrible vergüenza que pasaba en su infancia, cuando le hacían llegar a su casilla. Cuando podía identificar a quien le subía, resultaba ser su padre o Rupert. En sus más recientes sueños de casilla se dio cuenta Simon, al despertarse con extremada aflicción, que la persona que lo levantaba era Julius.

Simon había pensado también mucho en Morgan y tenía grandes deseos de verla. Sentía una especie de desgarradura que, el hablar con ella de lo que fuese, le habría curado. Pero

sabía que si iba a verla en aquellas circunstancias tendría que ocultárselo a Axel. Cualquier referencia a Morgan aumentaría la desconfianza y la frialdad que, incluso tal como eran entonces, Simon no podría resistirlas ni un poco más. A veces sentía que no importaría demasiado si veía a Morgan y no se lo decía a Axel. Esa ocultación no sería más que una ampliación de la primera. El “pacto” del que había hablado Morgan parecía haber empezado aquella tarde en el piso de Julius, aunque luego se le hubiera dado su sustancia. Pero también creía Simon que eso era pensar muy confusamente y que la mejor manera de que la mentira anterior no se hiciera aún más grave era no hacerse culpable de otras nuevas. Le escribió a Morgan una larga y afectuosa carta y luego no la envió. De nuevo tuvo el sueño del casillero, una vez más con Julius. Y lo que Simon veía por el largo “pasillo”, con la ventana en un extremo, era Morgan andando desnuda por un jardín.

El restaurante estaba iluminado por tubos de neón y se tenía con esto una reluciente impresión, fría y morbosa, después de la luz azulada y neblinosa del exterior. Simon guiñó los ojos. Se preguntó si Axel habría reservado una mesa. El lugar parecía vacío. Miró en torno suyo en busca del sitio más “protegido” para sentarse. No, en el rincón donde le hubiera gustado que se instalasen ellos había ya varias personas en pie en torno a la mesa. Por fin, eligió Simon una bastante cerca de la entrada y contra la pared, de modo que ellos habrían de quedar de espaldas. Se entretuvo repasando un menú. Chou tal y Chou cual. Lo mejor sería beber algo bueno antes de la cena. ¿Dónde estaban los camareros?

Había algo un poco raro en la atmósfera. Simon miró, pues se le había acostumbrado la vista a la brillante pero extraña luz verdosa. Y ésta parecía vacilar un poco. Los comensales que se hallaban en el rincón más lejano, y que se volvieron a mirarle cuando él ocupó la mesa de la entrada, prestaban ahora atención a otro asunto. Cinco de ellos se habían levantado y uno se quedó sentado a la mesa. Los cinco de pie, observó Simon, eran jóvenes muy fuertes, de unos dieciocho años. El sentado era muy moreno, quizá jamaicano. Había un raro silencio. Simon vio que el supuesto jamaicano se llevó lentamente su servilleta a la cara. Y en la blanca servilleta, cuando la apartó, había manchas de algo oscuro.

Pensó Simon que debió de haberse producido algún accidente. Algo había ocurrido. El hombre estaba herido. Sintió en el pecho una súbita tensión. Luego, fijándose con mayor atención, vio que uno de los jóvenes puso la mano en un lado de la cabeza del hombre de color y luego le pasó esa misma mano rudamente por la cara, echándosela hacia atrás. La silla se movió y raspó el suelo. Después limpió ostensiblemente sus dedos manchados sobre la

camisa jamaicana. Los otros cuatro se rieron. El herido volvió a ponerse la servilleta frente a sus ojos y su nariz. Otro del grupo alargó el brazo y le quitó la servilleta. Todos se inclinaron luego sobre él.

Simon seguía sentado, rígido de miedo y horror. Detestaba y temía cualquier violencia. Nunca la había experimentado en él mismo y apenas la había presenciado. Su instinto le hizo quedarse inmóvil. Movi6 los ojos cautamente hacia la puerta de la cocina. Tenía esa puerta una ventanilla de cristal y por ella pudo ver Simon los rostros de dos camareros chinos que observaban la escena. Los chinos aquellos tenían sus propias preocupaciones. Vivían allí. En esa parte de Fulham actuaban muchos delincuentes, o algo así había leído Simon en un periódico. Probablemente los camareros chinos conocían ya a aquellos del rincón. No se les podía echar en cara que no interviniesen. Cinco hombres violentos podían paralizar a un grupo mucho más numeroso de ciudadanos corrientes y detrás de la puerta de la cocina sólo había dos camareros y el cocinero, el cual era de edad avanzada. El resto del personal eran mujeres. “Habrán llamado a la policía—pensó Simon—. Nada puedo hacer en este asunto, en absoluto.” Con mano temblorosa levantó el menú otra vez frente a él, mirándolo sin mucha atención.

—¡Podrido negro!—exclamó uno de los jóvenes. El jamaicano había levantado sus dos manos para protegerse la cara. Uno del grupo se puso detrás de la silla y le sujetó por detrás los brazos al hombre mientras que otro le pegó como quien no quiere la cosa y luego empezó a apretarle los nudillos en los ojos. El jamaicano se esforzaba por volver la cabeza. Le salía sangre de la nariz. “¿Por qué no gritará? —Pensó angustiado Simon—. ¿Cómo puede estarse callado?” “Maldito y piojoso negro”, dijo uno de la pandilla. Sonó otro golpe.

Simon se puso en pie. Estaba a punto de desmayarse. Una fría indignación le mantenía consciente y derecho. Sus piernas, aunque temblorosas, funcionaban. Anduvo hacia los del grupo, que volvieron hacia él la cabeza como desganados. El que se había colocado detrás de la silla no soltó a su víctima.

—Dejen a ese hombre —dijo Simon—. No pueden ustedes hacer eso. —Casi le faltaba la respiración de tanto miedo como pasaba y la indignación le impedía hablar claramente. Se dio cuenta de que los dos jóvenes más cerca de él estaban armados, uno con un pedazo de tubería y el otro con una cadena de bicicleta.

—¡Lo hacemos porque nos da la gana! —gritó el jefe del grupo, un enorme tipo rubio de cabello sedoso. Aún tenía un puño contra la cara del jamaicano, obligándole a echarla hacia atrás —. ¿Tiene usted algo que objetar?

—Deje usted a ese hombre dijo Simon con la respiración alterada.

—¡Mirad quién está aquí! —dijo otro de ellos—. Un jodido marica. Escuchad la vocecita chillona que tiene.

—¿Quiere que le estropee esa carita tan linda, señorito? —dijo el joven de la cadena de bicicleta—. No nos gustan los maricones. ¿Quiere que le ponga esto como un collar?

—Agitó la cadena con una intención evidente.

—Dale el “tratamiento”, Sid.

Simon quiso retirarse, pero uno de los matones le había puesto ya una mano en un brazo. Inmediatamente la apretó y fue retorciendo el brazo de Simon. Éste los miraba aterrado. Sabía ahora por qué no había gritado el jamaicano. No podría haber soltado ni un sonido. Simon esperaba el golpe.

Oyó tras él un débil ruido. Nunca llegó nada a oídos de Simon que le animase tanto. Alguien había abierto la puerta del restaurante llegando de la calle. Hubo unos momentos de silencio. Luego la voz de Axel dijo:

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Soltaron a Simon, que retrocedió rápido. Axel, Julius y Tallis acababan de entrar en el restaurante. Axel avanzando, preguntó:

—¿Qué pasa?

El joven del pelo sedoso, que parecía ser el jefe de la pandilla, dejó al jamaicano después de soltarle un buen golpe en un lado de la cabeza.

—Estamos operando a este tipejo. ¿Quiere que le operemos también a usted?

Simon se había alejado ya de ellos. Vio cómo se animaba con gran interés la cara de Julius, el cual, fascinado por lo que ocurría, miraba fijamente a Axel.

—Escuche —dijo Axel—, en este país...

—¿Quiere que le aplastemos la cara o qué? Déjame la cadena, Bert.

—Las personas como ustedes... —proseguía Axel levantando la voz.

Los ojos de Julius brillaban divertidos y tenía levemente entreabiertos los labios.

El joven del pelo sedoso se acercó a Axel. Inmediatamente ocurrió algo. Tallis pasó por detrás de Axel y antes que nadie hubiera podido gritar ni moverse dio una tremenda bofetada al muchacho. La violencia del golpe fue tal que el jovencito fue a parar contra sus compañeros y estuvo a punto de caerse al suelo.

Simon apretó los puños. Si se armaba una pelea general, se consideraba dispuesto a intervenir. Axel miraba a Tallis asombrado. Julius sonreía con incontenible satisfacción. Tallis estaba encogido como un animal dispuesto a abalanzarse sobre su enemigo.

—¡Jodido infierno! —exclamó el jovencito de la cabellera fina llevándose una mano a la cara.

—Vente —le dijo uno de sus compañeros.

Al momento siguiente se marchaba toda la banda. Cuando salió el último, la puerta del restaurante se cerró violentamente.

—Gracias, caballeros dijo el jamaicano.

—¡Aquel golpe fue terrorífico! —dijo Julius.

Bebían whisky en casa de Simon y Axel. Se hallaban muy excitados. Habían pasado dos horas desde que ocurrió lo del restaurante.

—¡Dios mío, fue impresionante! —exclamó Axel—. ¿Sabes? Todos nosotros intervinimos de modo característico. Simon intervino de manera incompetente, yo hablé, tú mirabas y Tallis actuó.

—Fue perfecto —dijo Julius.

Por acuerdo de los cuatro habían decidido renunciar a la comida china. Y les pareció más prudente abandonar aquella zona por si los matones cambiaban de idea y volvían con refuerzos. Al jamaicano lo habían metido en un taxi para que volviese a su hotel. Resultó ser el secretario de una delegación de visita en Londres. Tallis había ido a la comisaría para declarar. Se negó a regresar luego a Barons Court para beber algo.

—¡Qué simpatiquísimo aquel hombre y qué digno!

—¡Vaya primera impresión que ha tenido de Inglaterra!

—Me habría gustado persuadirle de que viniera con nosotros.

—Lo habrían dejado hecho polvo al pobre hombre.

—También estaba Tallis muy impresionado. Después temblaba, ¿Os fijasteis?

“Y yo tiemblo ahora”, pensó Simon. Aún revivía aquellos espantosos momentos de violencia. ¿Y si los otros no hubieran llegado a tiempo? Se apresuró a beber más whisky.

—Bien, debo confesar que me gustó aquello —dijo Julius—. Cuando pensaba cómo íbamos a pasar esta tarde, no se me ocurrió que sería tan imponente.

—Sí, Tallis estaba fastidiado de haber hecho aquello —dijo Simon.

—Si nosotros le hubiésemos pegado a alguien como aquel tipo, también nos habría quedado mal sabor.

—Creo que yo nunca podría pegarle a nadie —reconoció Simon.

—Ni yo tampoco —dijo Julius.

—Me sorprendes, Julius —dijo Axel—. Yo sí paz... ¡Bueno, debo decir que en ciertas circunstancias le pegaría a Simon!

Axel y Julius se rieron.

—¿En qué circunstancias? —preguntó Julius. Ambos volvieron a reírse.

Simon pensó que no tardaría en ponerse malo o en romper a llorar. “Lo mejor que haré — se dijo— es irme de esta habitación cuanto antes.” Se levantó y despacio se fue hacia la puerta.

Cuando pasó por detrás de la silla donde estaba Axel, éste levantó una mano y sujetó a Simon por la chaqueta.

—Simon.

—Dime. —Simon temblaba.

—Creo que fuiste muy valiente, cariño. —La mano de Axel le apretó un brazo.

“Ya está todo bien entre nosotros”, pensó Simon.

Axel tenía vuelta hacia él la cabeza. Por encima de ella, Simon podía ver la cara de Julius, aún muy divertido, radiante sólo con recordar lo ocurrido. Y esa cara tan animada atrajo inevitablemente la mirada de Simon. Cuando se dirigía a la puerta y volvió la cara hacia los dos que dejaba allí, Julius, lenta y deliberadamente, le hizo un guiño.

Simon llegó hasta la cocina. Pensó: “Sov un podrido cerdo”. Puso la cabeza sobre la mesa de la cocina y lloró.

PARTE DOS

Capítulo 1

Cuando el Big Ben daba las diez, Rupert Foster entró en su habitación de Whitehall. Minuto más o menos, esta era la invariable hora de su llegada. La gran ventana cuadrada le permitía ver el parque de St. James, suave en el rigor del verano, con su curvado lago azul esmaltado bajo el claro cielo, y el Palacio tan brumoso y borroso por los árboles como cualquier residencia señorial en el campo más perdido. Rupert respiró satisfecho.

Colocó sobre su mesa de la oficina su ejemplar de The Times. Casi había terminado el crucigrama en el tren. Esperaba terminarlo algún día antes de llegar. Sería un récord. La habitación tenía un aspecto de actividad agradable. Algunos colegas de Rupert instalaron allí figurillas de adorno, fotos en color de la familia, incluso flores. Rupert no era partidario de eso. A lo más que había llegado decorando era a poner en las blancas paredes una serie de grabados arquitectónicos del siglo XVIII que compró en una subasta. En cuanto a lo demás, eran muebles del gobierno, de una fealdad tolerable. La alfombra era espesa, la mesa de un tamaño inmenso. Los papeles de Rupert se hallaban en ordenadas pilas. Y es que los papeles en pilas esmeradas calman la mente. Estaban afirmadas por piedras pulidas por el agua, las que habían traído Rupert y su mujer de los viajes por los ríos y mares de Europa entera.

Rupert abrió la ventana y se apoyó en el borde para mirar afuera. No era hombre aficionado a las vacaciones y habría sido completamente feliz si no le hubiesen concedido ninguna. Le gustaban los días de trabajo corriente, cuando podía sentir el ordenado ritmo de la vida como un pulso físico de bienestar. Le gustaba su trabajo y sabía que lo hacía bien. Nunca tenía prisa. Cuando viajaba era más para agradar a su familia que porque le gustase a él. Y el cottage que tenían en Pembrokeshire era el “juguete” de su esposa. A Hilda le encantaba fregar las mesas, secar la ropa mojada de la gente y procurarse las provisiones para

toda una semana. Como muchas veces le había dicho Rupert, Hilda tenía un complejo de Robinson Crusoe.

Rupert ahora se despertaba cada mañana, en su época normal de trabajo, con una impresión de alivio, como si hubiera ocurrido algo muy agradable y entonces recordaba que su hijo Peter había decidido por fin volver a Cambridge en octubre. Afortunadamente el plan de Peter de renegar de la sociedad había durado poco. La hermana de Hilda se había ingeniado para convencer al chico haciéndose con su afecto y consiguiendo que fuese dócil. Peter incluso había visitado su casa en dos ocasiones y habló largamente con Hilda. Era cierto que había elegido veces cuando no estaba en casa Rupert. Pero Rupert no se preocupaba demasiado de la hostilidad de Peter hacia él. Era una fase que pasaría. Podía recordar un sentimiento semejante hacia su propio padre, con el que, sin embargo, se hallaba por lo general en buena relación. Desde luego su padre y él habían hecho causa común para cuidar al hermano de él, Simon, especialmente después de la muerte de la madre.

Era muy importante tener afectos inocentes y personas a las que cuidar. Siempre habían de preocuparse de Simon. Luego Hilda de Peter. Ahora también de Morgan, tanto su esposa como él. Desde luego, tenían que atender a su querida cuñada. Era un caso raro. Con mucha frecuencia había hablado de ella con Hilda, preocupándose del asunto afectuosamente. Morgan había abandonado a su esposo para vivir con Julius King. Ahora había dejado también a Julius. ¿O era Julius el que la había dejado a ella? Nadie parecía saberlo con claridad. Hilda se inclinaba a creer que Morgan terminaría volviendo con Tallis Browne. “Lo ama, está casada con él, Tallis es su destino.” No había pensado siempre así Hilda. No estaba claro para Rupert por qué pensaba ahora su mujer así. Hilda era muy emotiva con respecto a su hermana y Rupert sospechaba que esta nueva actitud era simplemente la consecuencia de una creciente hostilidad hacia Julius. Rupert podía comprender por qué a la gente, especialmente las mujeres, les era antipático Julius, con tal de que no estuvieran enamoradas de él. Julius era insultantemente honrado. Nunca había en su conducta ese poco de falsedad que la mayoría de la gente necesita para facilitar su intercambio social.

No, Rupert no creía que su cuñada volviera con su marido. En su opinión, Morgan pasaba por una seria crisis de identidad. Morgan presumía de independiente y liberada, pero en verdad había llevado una vida muy apartada. Había crecido a la sombra de Hilda. Aunque Morgan era mucho más lista que su hermana, siempre había sido cuidada y dominada por ésta, cuya naturaleza era más sencilla y amable, menos problemática. Los estudios de

segunda enseñanza y luego los universitarios habían absorbido la feroz energía de la juventud de Morgan. Había tenido algunos enamoramientos. “¡Estos hombres no le convienen!”, oyó Rupert que se quejaba Hilda. Desde luego nada que fuese superficial le convenía a Morgan. Luego llegó lo que Hilda llamaba “la fantasía Tallis”. Rupert no podía considerar a Tallis como un caballero Artúrico. “Morgan cree que con Tallis puede combinar el matrimonio con una renuncia al mundo. En ella hay una fanática monja unida a su persona.” Rupert no podía comprender aquella manera de ser.

Todo eso, pensó Rupert, había retrasado el crecimiento de la personalidad de Morgan y esto tenía lugar ahora. Ha de decidir la clase de persona que es y cuál es el objetivo de la vida humana. “No puedo verla volviendo a Tallis. Pero tampoco la concibo siguiendo con tu Julius. Y no es que Julius le haya causado daño, hay que reconocer que la ha sacudido y probablemente la ha educado. Pero Julius no es de los que se casan. Es un hombre que necesita quedarse solo y libre de vez en cuando. Morgan tendrá que estar sola por ahora. Hay mucha violencia en su temperamento y tendrá que sufrir, quizá más de lo que supone. Está dándose unas vacaciones en cuanto a sus problemas. Aún procura estar en vacaciones de sí misma.”

Pensó en ella, como la había visto la última vez, ayudando a Hilda a reponer unas rosas en la cocina de Priory Grove. Morgan, en estrechos pantalones malvas y un suéter de algodón azul, jugueteando por allí, tirando flores, poniéndose pétalos rojos y blancos en el cabello y luego a Hilda en el cuello, pinchándose, chillando y riendo. Mientras que Hilda, sin dejar de sonreír, plácida, llenita, con su pelo canoso cubierto por un pañuelo de cabeza, con un enorme delantal de carnicero sobre su vestido, siguió cortando las hojas y disponiendo los capullos afectando no preocuparse de los gritos de su hermana. “Podía haber sido la madre de Morgan —pensó Rupert, con un ramalazo de preocupación cariñosa por la mujer más joven que su esposa que debía enfrentarse con la vida—. Tengo que hablar con ella, ayudarla si es posible. Ha de convencerse de que hay todavía salida. “ La mente de Rupert pasó de modo natural, como tenía tanta costumbre, al libro sobre moral que tenía va casi terminado, pues siempre había pequeñas cosas que añadir y se preguntó si ese libro ayudaría a alguien como Morgan, que hubiera perdido el equilibrio. ¿Servirían sus palabras para consolar a otras, impedirles tomar un mal camino o reforzar a los buenos? Era un pensamiento presumido. Rupert no imaginaba que era un gran filósofo. Sólo era un hombre experimentado y de cabeza clara Y que sabía escribir. Pero abundaban hombres así. Lo que Rupert tenía de más, se decía con frecuencia a sí mismo, era sencillamente un sentido de

dirección moral y el valor para hablar de eso. Sabía dónde estaba el bien. Los moralistas son demasiado tímidos, pensó, sobre todo ahora, cuando creen que tienen que aplacar a los positivistas lógicos, a los psicólogos y a los computadorólogos y Dios sabe a quiénes más. Llenan sus páginas con apologías y escriben al estilo de otros y no al suyo propio. Su libro, en cambio, no era nada apologético. Cuando estuviese copiado a máquina, le dejaría a Morgan que lo leyese. Le interesaría muchísimo la opinión de ella.

Rupert se pasó la mano por su rubio cabello. Se había descolorido, desrizado y secado por los efectos del sol, que también le había dado a su rostro un suave matiz de bronce rojizo, haciéndole parecer, y él se daba buena cuenta de ello, aún más juvenil de lo que solía parecer. Hoy tenía que impresionar con su maduro aspecto en una reunión de economistas del Gobierno. No le sería difícil. Rupert tenía experiencia en esas reuniones. Estaba ya muy acostumbrado a los otros, y convencido de que él realizaba sus tareas mejor que ellos las suyas. Sin embargo, eran favoritos de los ministros y habían de ser tratados con suavidad. Por eso tenía ciertas consideraciones para con ellos y en modo alguno daría a entender que no le inspiraban gran confianza.

Rupert volvió a su despacho, a sentarse a la mesa-despacho, dejando la ventana abierta del todo. El aire del parque era fresco y parecía oler levemente a flores. Había aquella extraña atmósfera lúcida de las mañanas temprano en el Londres estival, cuando el sol parece limpiar la ciudad y convertirla en plateada y limpia. Sólo que, como Rupert se recordaba a sí mismo, no era tan temprano y debía dejarse ya de inspiraciones y ponerse a trabajar.

Su bien preparada ayudante personal, una encantadora muchacha muy aficionada a las macetas, que Rupert había logrado limitar al antedespacho, había instalado sus papeles, incluyendo los confidenciales que él le permitía manejar. Copias de los documentos ministeriales que le enviaban quedaban guardados en carpetas azules, amarillas y verdes. Una de ellas, desagradablemente familiar, con una bandera roja, estaba sujeta por un pedazo de piedra volcánica de Sicilia, y las cartas de hoy, ya abiertas y clasificadas, las sostenían un trozo de granito rojizo de Aberdeen. No, una de las cartas no había sido abierta. El sobre, escrito a máquina, llevaba la indicación "Personal". Rupert lo miró intrigado. Nunca había recibido cartas privadas en la oficina, aunque sabía que, por varias razones muy especiales, muchos de sus colegas las recibían. Cuando iba a coger la carta sonó el teléfono y el día de Rupert empezó con una conversación con un hombre muy inquieto porque le perseguía otro airado por lo que pensaría de lo que estaba guardado en la carpeta con bandera roja cierto

ministro, aquella carpeta que estaba sobre la mesa de Rupert. Después de casi una hora de llamadas telefónicas, Rupert escribió una pequeña minuta y envió la peligrosa documentación a la mesa de un compañero. Volvió a notar la carta y empezó a manosearla al mismo tiempo que repasaba el memorándum. Vio por el rabillo del ojo que la carta era de Morgan.

Rupert sintió un curioso choque cuando vio la letra tan familiar. Puso a un lado el memorándum, sacó la carta del todo y la desdobló. Era más bien larga. Parecía haber sido escrita con prisa y había en ella muchas tachaduras. Decía así:

Querido, escucha. Has sido amabilísimo conmigo. Me has concedido tu tiempo, me has acompañado. He sido guiada, enseñada y cariñosamente tratada por ti y he disfrutado de todos los momentos de estas relaciones. El otro día me hablaste con magnífico sentido. Creo que eres una de las personas más sensatas que he conocido. No sólo tranquilizas mis nervios sino que me haces convencerme de que soy un ser racional después de todo y capaz de desenmarañar los enredos del mundo.

Te agradezco tanto las cosas grandes como las pequeñas, tu ayuda en mi situación, tu preocupación tan amable y evidente por mí. Ahora bien. ¿Qué dirás y qué pensarás cuando leas lo que a continuación te digo? Te juro que no esperé esto, estoy tan sorprendida y alarmada como tú ahora al enterarte. Desde que llegué a este país he tenido, como sabes, muchas y varias preocupaciones. ¡No esperaba también esta! Incluso en la última vez que te vi no lo adiviné aunque he sabido, desde hace algún tiempo, que te haces importante para mí y que, "Dios mío" te necesitaba. Ahora resulta que de pronto me he enamorado de ti tan profunda y locamente como una chica de diecisiete años. Y no me queda más solución que plantearte el asunto. Soy una mujer casada. Y tú... ¡me asusta imaginar lo que pensarás de mí por haberte creado este problema! ¡Tú, con la vida tan ordenada y ocupada que llevas y tus compromisos tan importantes! Compadécete de mí, me inclino a decírtelo: sin embargo, sé que tu compasión podía llevarnos directamente a la clásica confusión, que sé detestas.

Estoy en un verdadero lío, queridísimo. Hay muchos problemas en mi vida y necesidades emotivas de las que tú tienes idea, pero eso apenas me disculpa al ofrecerte este amor no solicitado y molesto para ti. Temo el juicio que hagas sobre mí. Pero te ruego que por lo menos creas en la trágica seriedad del profundo y, ¡ay!, apasionado sentimiento que me

inspiras. Por favor, por favor, no te precipites en tomar una decisión. Necesito la frialdad y el razonar del que eres un maestro. Nunca las he necesitado más. Cuando te vea te hablaré con calma y te ruego que hagas lo mismo. Pero debo verte pronto y no en uno de los sitios habituales, por motivos evidentes. Mi piso es demasiado público. Te propondré un sitio. Por favor, queridísimo, ayúdame y perdona que te ame.

Morgan

Al final de la página, garrapateado y casi ilegible, decía:

No contestes ni hables de esta carta ni siquiera a mí. Me muero de vergüenza. Tenemos que iniciar un nuevo comienzo. Me encontrarás el miércoles, a las diez treinta en el Museo del Príncipe Regente, sala catorce.

Rupert leyó la carta con gran atención por dos veces. Luego le pidió por teléfono a su ayudante que cuidase de que no le molestaran durante la hora siguiente. Luego se acercó a la ventana una vez más y contempló, con visión muy diferente a la de antes, la turbia y boscosa vista del parque St. James. Rupert se dijo, censurándose, aunque por entonces no estaba nada claro, que su primer sentimiento había sido de un loco júbilo. Los seres humanos apetecen, sobre todo, la novedad y dan la bienvenida incluso a las guerras. ¿Quién abre el diario de la mañana sin la disparatada esperanza de encontrar unos enormes titulares anunciando algún desastre? Con tal de que, desde luego, afecte a otra gente y no a uno. A Rupert le gustaba el orden, pero nadie hay que guste del orden que no reserve un sitio al hombre que sueña con el desorden. El súbito destrozo del paisaje acostumbrado, siempre puede tener uno la seguridad de disponer de un asiento en primera fila, estimula la circulación de la sangre. Y la instintiva necesidad de sentirse protegido y superior asegura, para la mayoría de las catástrofes de la humanidad, que los no inmediatamente implicados derramen lágrimas de cocodrilo. Sin embargo, aquello fue sólo un momentáneo brinco de la conciencia. Rupert no estaba dispuesto, en absoluto, a prescindir de lo que se le presentaba. Podía haber sido, sino más

prudente, por lo menos más afortunado, si hubiera decidido en seguida reírse de la carta. Pero Rupert no era uno que se riera de las cosas surgidas en su vida. Tomó la carta en serio y se dispuso a estudiar la situación. Pensó: “Pobre Morgan”. Y también, lo que era menos agradable, pensó: “Todos estamos en peligro. Las cosas no pueden volver a ser como antes. Nuestro tranquilo mundo, nuestro mundo feliz, ha sido perturbado. La vida será inquieta, incómoda e impredecible”.

Rupert volvió a su mesa y estuvo sentado rígidamente durante casi una hora. Le tenía mucho afecto a Morgan y le apenaba profundamente que esta extraña aberración hubiese dañado, quizá fatalmente, una amistad que había llevado un curso familiar y tierno de un modo natural. Con una tristeza elegíaca pensó en cuánta cálida emoción había habido hasta entonces en aquellas relaciones. La impetuosa mujer había desquiciado aquella relación planteándoles a ambos un problema horroroso. Morgan había hablado de compromisos especiales. ¡Claro! Si Rupert estuviese casado con cualquier otra mujer del mundo que no fuese Hilda, todo aquello importaría mucho menos. Rupert contuvo la respiración. Empezaba a darse cuenta poco a poco de todo el espanto de lo que había sucedido.

Pensó Rupert: “Desde luego, Morgan se halla en pleno desequilibrio. Tallis, Julius, yo. Nadie debe enterarse de lo que ha surgido ahora, ni siquiera Hilda. Hay que convencer a Morgan de que se aleje de aquí. Y, sin embargo, pobrecilla, ¿adónde podría ir?” Había venido a Inglaterra y de pronto estaba claro que vino por él como a un último refugio. Echarla ahora sería obligarla a una vida de desesperación y quizás a un naufragio mental. “Tengo que endosármelo —pensó Rupert. No puedo hacer que se vaya. Esto hay que tratarlo con amor. ¿Cómo me sentiría si le dijera que se fuese y ella se suicidara?” Morgan era el tipo de persona que se podía suicidar. “No se debía sentir rechazada—pensó—. Debo tenerla cerca de mí. “

Rupert se levantó y empezó a pasearse por la habitación. Veía ahora con una frialdad que le helaba el corazón cuáles podían ser las dificultades. Le tenía a Morgan un grandísimo afecto que en circunstancias ordinarias nada tendría de malo. Lo que le había dicho una vez a Julius se había hecho verdad: No vino tanto para despreciar como para ignorar el drama de sus motivos. Buscaba sencillamente una visión verídica que a su vez impusiera una acción recta. El teatro de sombras de los motivos era de una insondable ambigüedad, insidiosamente interesante, pero no muy importante en verdad. ¿Podría él representarlo aquí, encerrarse en la maquinaria de la virtud y de las decisiones decentes y pasar más allá de la zona cálida traicionera de una turbia y confusa relación personal? Pues no había duda de que le tenía un

gran cariño a su cuñada. Más razón, por tanto, pensó entonces, para mantenerse absoluta y fríamente responsable. Nada le diría a Hilda, no podía decírselo. Es sólo cuestión de tranquilizarla. En las situaciones extremadas los seres humanos necesitan amor y para ello no sirve otra cosa; Morgan estaba hambrienta de un firme amor, nada violento ni egoísta, que ni Tallis ni Julius podían darle. “No puedo negarme a aceptar este desafío —se dijo Rupert—. Toda mi vida como intelectual me ha llevado a creer en el poder del amor. Sin duda, el amor resuelve problemas. Adoptar una mezquina, segura y casual solución sería injusto, tanto para mí como para Morgan. Me ha llamado prudente: intentaré serlo. El verdadero amor es templado, en calma, racional y justo: no es una sombra ni un ensueño. Lo más alto de la estructura no está vacío.”

Capítulo 2

—Naturalmente —dijo Julius—querías tener un piso propio. Esto puede ser importante para ti.

—Rupert y Hilda fueron muy amables...

—Pero tenías la impresión de que no te podías mover. Desde luego. La vida familiar de otros puede resultar oprimente.

—Hilda me encontró este sitio...

—Qué cuadros tan espantosos. ¿Querida, los has comprado tú?

—Sí.

—Lo siento. Soy alérgico a las reproducciones. No creo que te salga esto muy barato. Me han dicho que esta parte de Londres se está poniendo de moda.

—No se está mal aquí. ¿Es verdad que vas a comprar una casa en los Boltons?

—Quizá. Debe uno tener algún sitio donde dejar sus cosas, ¿no crees?

—No te puedo imaginar viviendo en un piso permanentemente.

—En realidad, soy muy casero. ¿Vives todavía de aquellas trescientas libras que no le pagaste a tu marido? Estáis llenos de sorpresas los ingleses honrados de la clase media.

—Tengo un poco de dinero. Creí que quizá...

—Lo siento muchísimo, pero no puedo prestártelo. Por ahora me fastidian los impuestos.

—¡No iba a pedirte dinero! —dijo Morgan muy enfadada.

Por una vez no tenía ganas de hablarle a Julius, que se había presentado en su piso, sin anuncio previo, media hora antes. Morgan quería quedarse sola para pensar en una carta que había recibido aquella mañana. El humor y la malicia de Julius, que recordaba le habían divertido tanto, le causaban ahora fastidio. El masoquismo tiene unas normas estrictas. El dolor aceptable va dentro del amor. Desde luego no es que Morgan estuviera desencantada pero por el momento parecía haberse producido un cortocircuito.

—Tienes que encontrar una colocación dijo Julius —, no te será fácil. ¿No te convendría empezar a buscar ya algo?

—Y lo busco —le respondió Morgan—. Recibo el Times Educational Supplement..

—Suprimieron la clase que dabas en Londres, ¿verdad?

—Sí. Pero encontraré alguna otra cosa.

—Supongo que tendrás que resignarte a enseñar en un instituto. Podrías dar clase de francés o de alemán, ¿no?, o latín.

—¡No quiero enseñar en un instituto de segunda enseñanza! —dijo Morgan—. Ya encontraré algún empleo universitario en algún sitio.

Morgan estaba sentada ante la mesa. Junto a ella se hallaba una carta medio escondida por un pisapapeles de malaquita verde. La había puesto allí a toda prisa, con el sobre encima, en cuanto oyó pasos por la escalera. Julius había estado recorriendo la habitación observando libros y papeles. Incluso había abierto su escritorio.

—Espero que no serás demasiado optimista. Lo malo de tu especialidad es que no lo es.

—Creo que ya hemos discutido eso antes.

—No es una indiscreción. Nada tienes que decir. Es que te enfadas.

—No me enfado. Tú no comprendes esas cosas; no es lo tuyo.

—Una capacidad para los idiomas... ¿no vas a ofrecerme una bebida? Son las once pasadas.

Morgan se apartó de la mesa sin ganas. Dejó la puerta entreabierta, entró en la cocina y volvió al cabo de un par de minutos con una botella de whisky, un sifón de soda y vasos. Julius seguía de pie en el mismo sitio.

—Mi frigorífico no funciona —dijo Morgan—. Lo lamento, pero no hay hielo.

—No importa. He descubierto que no se me apetece el hielo en Inglaterra. El ambiente tiene mucha importancia. Incluso empiezo a preferir el Scotch. No, sin soda. Gracias. Y como iba a decirte, un talento para los idiomas puede ser práctico, pero no una faceta muy elevada de la preparación mental. Y yo personalmente me encuentro muy satisfecho de que las circunstancias me hayan hecho cuadrilingüe. El conocimiento de los idiomas puede ser sencillo pero desde luego útil, un auténtico conocimiento empírico. Pero el intento de hallar estructuras generales o profundas pautas o sistemas abstractos más allá de la fachada de un idioma es como el intento del filósofo metafísico de apoyar el lío del mundo corriente en un original racional y purificado.

—No niegas que hay una causalidad... —dijo Morgan que estaba decidida a no enfadarse con él. Pero deseaba de todo corazón que se marchara.

Julius se sentó en uno de los sillones, quitó un cojín y se puso cómodo.

—Causalidad, en efecto. Si es que te refieres a algo como la ley de Grimm o la de Verner. Pero estas son simples observaciones de las regularidades superficiales y son en definitiva extremadamente aburridas. El lenguaje es un lío bastante útil con capacidad para maniobrar. Y no niego que estas maniobras podamos observarlas. Pero no son más que lo que son. Nada hay tras ellas. Imaginar que las hay, es infantilismo corriente del metafísico aplicado a esos temas que los disfrazan sin ninguna gracia de ciencia.

—Parece que no te interesan los hechos —dijo Morgan—. La lingüística no es un sistema a priori, sino una extensión natural de la filología. Se deriva de los estudios empíricos de esas “maniobras” de las que hablaste tan a la ligera. ¿Por qué va a ser el lenguaje una montaña de accidentes? Nada más lo es en el mundo. Cualquier teoría trata de explicar, o por lo menos de desplegar, la multiplicidad basándose en la pauta profunda. Desde luego, las teorías lingüísticas son hipótesis, pero hipótesis en el sentido científico.

—Dudo de que tus compañeros en la teoría estén de acuerdo —dijo Julius—. Sospecho que se figuran ser filósofos o matemáticos o algo así y que por ser el pensamiento humano principalmente verbal, han sondeado sus misterios y han inventado lo que imaginan ser una lengua ur. Lo cierto es que si abre uno sus libros tan aburridos se encuentra con que ni siquiera saben escribir la lengua que ellos hablan corrientemente.

—Nadie niega que la filología comparada está en su infancia...

—¡La “glosemática”! Desde luego, tenía que haber un nombre pseudocientífico. Supongo que la fonética se refiere a algo. La semántica empieza a perder contacto con la realidad. ¡Pero hemos de Partir de la glosemática! ¡Qué vanidad la de los seres humanos! En todas sus decenas de miles de años esforzándose miserablemente, el único auténtico descubrimiento que han hecho son las matemáticas, y ese descubrimiento, incidentalmente, acabará con todos ellos muy pronto. Y ahonden en lo que sea, pretenden encontrar las matemáticas en el fondo de un agujero. Los pobres griegos eran típicos. ¡Y tú, la verdad es que me haces reír, con la formación intelectual de una maestra de sexto curso o de un crítico literario, te das importancia porque crees que estás manipulando un álgebra del lenguaje!

—Pero debes reconocer que la filología compara a...

—Ahora te estás enfadando. Sí, sí, los idiomas son útiles. Y supongo que los genitivos, subjuntivos y demás les interesan a algunas personas. Lo malo que pasa contigo, Morgan, es que no sabes quién eres. La investigación metafísica es siempre señal de neurosis. Fíjate, por ejemplo, en Rupert.

—Rupert... —dijo Morgan. Y tocó el pisapapeles y la superficie del sobre.

—Mirándolo superficialmente, Rupert aparece como un monumento al esfuerzo patriótico y a la vida familiar virtuosa. Pero míralo más de cerca y verás un hombre atormentado, un desconcertado, un incapaz. Ese libro suyo, bueno ya sabes que no tengo una gran opinión de esa obra, pero el que lo haya escrito revela una profunda pena y eso es lo que tiene Rupert de más atractivo. Si efectivamente estuviera tan satisfecho como lo parece a veces sería insoportable

—¿Crees que está desasosegado? —dijo Morgan. Estaba ya tranquila y atenta y observaba la expresión vagamente contenta de Julius. Aún bebía éste el whisky a sorbitos,

como si lo estuviera lamiendo en el vaso con una delicada lengua y recorría con la mirada la habitación como si lo que decía le animase mucho.

—Debía de haberse casado con una intelectual. Eso es parte del problema. Es un alma leal.

—Creo que Hilda y él... se llevan bien —dijo Morgan.

—¡Frasas tan convencionales como esa apenas pueden reflejar los hechos! Ya sé que ambos se portan lo mejor que pueden. Sin embargo, me divertí que a Rupert no le pareciese bien contar a Hilda que te había prestado cuatrocientas libras. Eso demuestra que se permite algunos pequeños engaños.

—Es verdad —dijo Morgan—. Y Hilda nunca le ha dicho a Rupert que le viene dando dinero a Peter.

—En fin, esas pequeñas debilidades son conmovedoras. Pero me da un poco de lástima Rupert. Es un alma perdida que anhela algo más fuerte y más espiritual que el sólido sentido común de la excelente Hilda.

—Un matrimonio feliz suele basarse en el sentido común de uno de los cónyuges.

—Sí, sí. Arreglos como ese pueden durar toda la vida y probablemente está muy bien que sean así. ¡Cielos, no estoy sugiriendo que el matrimonio de Rupert amenace ruina! Haría falta un intenso motivo para que él se apartase de su esposa. Nadie oíría nunca esa triste voz interior con la que él gime silenciosamente. —Julius se levantó, dejó su vaso vacío en un estante de la librería después de haber empujado unos libros.

—Hilda es una admirable esposa —dijo Morgan. Se sentía algo confusa y desconcertada. Las palabras parecían tener un significado diferente al auténtico.

—Hilda es una mujer admirable y una esposa muy casera. Lo agradable y la vida cómoda son de gran importancia en la vida matrimonial. Sólo personas de fuera, los intrusos como tú y yo, afectamos sentir desprecio por eso. Y quizá sea porque no podemos tenerlo.

—Los intrusos, eso es. Yo soy una intrusa —dijo Morgan.

—Eres una nómada desencadenada. Por cierto que Rupert te admira muchísimo. La otra noche estuvo cantando tus alabanzas, cuando estuve con él en el club.

—¿De verdad?

—Te ve como una especie de águila, o quizá fuese un halcón. Desde luego, era un símil ornitológico. No pude darme cuenta clara de lo que quería decir, pero tuve la seguridad de que era un gran elogio.

—Entonces, dijo...

—Vaya, qué tarde se ha hecho, tengo que irme. Creo que volvemos a ser amigos, ¿no?

—¡Sí, claro que sí!

—Por lo general, no cultivo amistades con mujeres, pero puedo hacer una excepción. Debemos vernos de cuando en cuando y charlar un poco. ¿Crees que tomaré un taxi en Fulham Road?

—Sí, sólo tienes que echarte a andar hacia la estación de South'Ken.

—Muy bien. *Auf wiedersehe*. Y espero que encuentres ese buen empleo universitario.

En cuanto salió Julius, los dedos de Morgan se dirigieron instintivamente hacia la carta de Rupert. Empezó a sacarla del sobre. Pero ya se sabía ella el contenido de memoria. Lo increíble, lo imposible, había sucedido. “Nunca oírás nadie esa triste voz...” “Yo la he oído — se dijo Morgan—. La he oído y ya no volver a ser nada lo mismo. “

Capítulo 3

—Pon ahí las dos sillas —dijo Julius.

Simon movió las sillas.

—Ahora, descorre el pestillo de la puerta.

—No está cerrada —dijo Simon.

—Bueno. Entremos.

—¡No comprendo! —exclamó Simon desconcertado.

—Ven, no te preocupes. Te prometí una función de marionetas. Te vas a divertir en grande. Entra, pequeño, que yo te seguiré. Luego nos sentaremos en el suelo y charlaremos. Rápido, antes de que aparezca alguien.

Simon empujó la puerta. Era grande y bella, diseñada por Robert Adams poco después de su regreso de Italia en 1785. Había estado en la mansión de un baronet en Northamptonshire. Ahora se hallaba en la Sala 14 del museo del Príncipe Regente.

La puerta estaba flanqueada por delicadas pilastras de escayola y los paneles a ambos lados de ellas eran de color rojo sangre cubiertos por detalladas pautas simétricas y como telarañas con flores, conchas y cremosos óvalos que contenían dramas de ninfas y sátiros. Por dentro, sobre la puerta, un ancho medallón mostraba a Venus que se divertía quitándole a un gordito Cupido su arco. Aquella sección de pared, con la puerta en medio, quedaba reforzada con pilastras mayores coloreadas en verde pompeyano a los lados de las cuales había dos

paneles más, pintados, mostrando el regocijo de unos faunos infantiles desagradablemente precoces. Todo ello sobresalía dentro de la sala y, aunque arbitrariamente puesto allí, era un buen ejemplo de estilo neoclásico. Además, podía servir estupendamente como escondite.

Detrás de la puerta Robert Adams, entre los paneles y el muro del museo, había un espacio de unos cuatro pies abierto por arriba y cerrado por los otros tres lados por despojos de la casa del baronet. Dentro de esta especie de caja, una vez cerrada la puerta, quedaba alguna luz de la que llegaba de arriba. Simon estaba completamente intrigado. Había hecho lo que Julius le había pedido, ir allí, porque él insistió. Sencillamente, Julius lo tenía cautivo.

—Hay aquí un cajón para sentarnos, qué buena suerte —dijo Julius en voz baja—. Siéntate en un extremo. Yo me sentaré en el otro y, sí, aquí tenemos un espléndido agujero para mirar. No tendremos que limitarnos a oír. Por aquí veo la puerta perfectamente. No creo que venga mucha gente a las diez y media de la mañana para admirar interiores neoclásicos, ¿verdad, Simon?

—Desde luego —respondió Simon. Se sorprendió a sí mismo susurrando. Julius le había hecho sentarse en el extremo del cajón junto a él —. ¿Pero qué demonios...?

—Las dos sillas que tú pusiste tan amablemente quedan bastante cerca de nosotros. ¿No te parece que resulta irresistible sentarse en ellas? Ya verás cómo se instalarán ahí nuestras marionetas.

—Julius, no comprendo... —“Esta es una especie de grotesca pesadilla —pensó Simon—. Es algo a la vez ridículo y horrible. Aquí estoy dentro de esta falsa fachada en una sala del museo sentado junto a Julius. Debí decir que no a todo esto. Pero, ¿qué es todo esto?”

—Pronto comprenderás, bonito. Dos personas a las que tú conoces aparecerán pronto en nuestro pequeño escenario. Y presenciarás una escena de amor que te sorprenderá.

—Julius, no quiero; déjame marchar...

Julius le había pasado un brazo sobre los hombros y le apretaba para que no se levantase.

—¡Chist!... Ahora no puedes irte, lo estropearías todo, no te dejaré ir. Te estoy proporcionando una diversión rara. Debías de estarme agradecido.

—¿Pero, qué es?

—Sólo un encantamiento de una noche de verano. Estáte tranquilo y espera. Calma, calma...

En el silencio que siguió sólo oía Simon su propia respiración rápida y el profundo tamtam de su corazón. Se hallaba muy apretado a Julius en la semioscuridad. Notó que éste, mientras seguía sujetándole con fuerza por un hombro, con la otra mano le había cogido una suya y le rascaba con mucha suavidad la palma. A Simon le daba vueltas la cabeza.

Se oyó algo que venía de fuera. Alguien entró en la sala. Sonaban unos pasos leves, los de una mujer. Luego un suspiro. Simon se agitó un poco y tiró de la mano que sujetaba

Julius y que éste soltó. Después de unos pocos minutos sonaron otros pasos, entonces fuertes, de hombre. Alguien hablaba muy cerca. Simon abrió estupefacto la boca y se llevó a ella una mano. Era la voz de Rupert.

—Hola, querida...

La mujer replicó:

—Oh, Rupert...

La voz era de Morgan. Simon, no sabiendo ya qué hacer no sólo se apretaba una mano contra la boca sino la otra sobre los ojos.

—Rupert, perdóname... pero estoy tan conmovida... es tan extraño volverte a ver en circunstancias tan distintas...

—No te preocupes, criatura. Nada hay de qué preocuparse. Sentémonos en esas dos sillas, ¿quieres? No parecen de las que se exhiben en el Museo.

—No puedo evitarlo... pero estoy tan asombrada... Ni por un momento pude creer...

—Estas cosas le sorprenden a uno, querida.

—Todo parece haber cambiado.

—También hay que resistir el cambio. Pero seguimos siendo las dos mismas personas de antes. Y hace tantísimo tiempo que nos conocemos...

—Sí, eso es muy importante, ¿no? Sabía que serías prudente y sensato en esto. En todo eres muy discreto.

—No es fácil ser prudente en una situación como ésta.

—Si alguien puede serlo, eres tú.

—Verás, querida, no subestimo la gravedad de esto.

—¡Cielos, tampoco yo! Oh, Rupert, estoy tan emocionada... eres tan cariñoso conmigo...

—¿Cómo iba a ser? No hay que excitarse. Tampoco vamos a huir, ¿verdad? ¿Estás de acuerdo en no salir huyendo?

—Por supuesto. He pensado mucho en eso. Pero habría sido una vaciedad hacerlo. Rupert, ¿no le has dicho nada a Hilda?

—No. Ni se lo diré. Es mejor no hablarle de esto.

—Sí, es preferible. Aunque pienso, Rupert, si estará muy bien no hablarle de ello. No quiero que nadie resulte herido. Tú, Hilda...

—No creo que nadie pueda sufrir, querida, si no perdemos la cabeza. Supongo que resultará un poco doloroso, pero sólo ahora, al principio. Pero, comprenderás, no puede haber ningún drama, desde luego no puede haberlo. Siempre nos hemos tenido cariño el uno al otro, Morgan, y nos conocemos bien...

—Espero que aún nos conozcamos mejor.

—También yo. Según lo veo yo, no es cuestión de rodear el amor sino de atravesarlo; un amor mejor, mucho más sobrio, mucho más realista. Nada horrible podrá ocurrir.

—¿No lo ves como algo que sea momentáneo, verdad, Rupert? Siento, después de verte a esta nueva luz, que no podría volver a ver las cosas como estaban antes... no podría.

—Ya lo sé. Ni yo tampoco. Y estoy seguro de que no es pasajero, Morgan. Es sincero y profundo. Tienes que verlo así.

—Penetrar en ese amor en vez de sólo rodearlo, sí, sí, tienes muchísima razón. ¡Gracias a Dios que lo consideras con tanta calma, Rupert! Cuando sabía que nos íbamos a reunir ahora, estaba convencida de que estarías muy equilibrado. Vámonos de aquí, salgamos al aire libre. Noto algo de fantasmal en esta sala de museo. Pasearemos por el Parque, ¿quieres? ¿No tienes que volver a la oficina?

—Todavía no. Sí, vayamos al Parque. Hay tiempo de sobra.

Las sillas crujieron y sonaron pasos hacia la salita. Durante algún tiempo había notado Simon que a Julius le temblaba un hombro. Ahora sonó una risita hasta que rompió en una carcajada a la que inmediatamente apagó metiéndose los dedos en la boca. Pero se cayó del cajón al suelo.

—¡Oh, qué maravilla!

—-Chist...!

—Ya no importa, Simon, se han marchado. Podemos salir de aquí.

Simon abrió la puerta Robert Adams y salieron, guiñando los ojos, a la Sala 14. Julius se sentó en una de las sillas vacías y siguió riéndose, aunque ya bajito y tapándose la boca con el pañuelo. El efecto que producía era el de estar gimiendo. Simon volvió a asegurarse de que la puerta estaba cerrada y se sacudió el polvo que tenía en el traje. Le tenía mareado la emoción que había pasado y sentía unos comienzos de náusea, aunque ésta no prosiguió. Apenas podía creer lo que había oído. Parecía una pesadilla, horriblemente inmediata y clara y, sin embargo, de locura. Morgan y Rupert. Había algo de terrible en aquello, peligroso y doloroso. Confusamente sentía celos. Rupert y Morgan, Morgan y Rupert. Se sentó pesadamente en la otra silla.

—Pero, Julius, ¿cómo te habías enterado...?

—Vayamos a tu despacho —le dijo Julius calmándose por fin del tremendo regocijo que le había entrado—. ¡Qué exquisitez, sí, qué exquisitez!

Cuando llegaron a la diminuta oficina de Simon, ocupó Julius la única silla. Simon se sentó encima de la mesa.

—Julius, fue espantoso escuchar aquella conversación espantosa. Era una cosa demoniaca estar allí. ¿Cómo pudiste saber lo de Rupert y Morgan y que se reunirían allí? ¿Y qué hay entre ellos? ¿Están de verdad enamorados el uno del otro?

Julius miraba su reloj de pulsera.

—¡Hay que darles otra media hora! —Y empezó otra vez a reírse. se quitó las gafas y se secó las lágrimas que le habían brotado con la risa—. ¿No te prometí una divertida función de marionetas? ¿Estás contento?

—No —dijo Simon—. No lo estoy. Todavía no entiendo nada. ¿Haces el favor de explicármelo?

—Bah, bah, chiquillo. Nadie se perjudicará. Como te dije, es tan sólo un encantamiento de verano, ¡con dos que se han convertido en asnos!

—Pero, ¿cómo lo sabías?

—Ha resultado una curiosidad conveniente, ¿no? No pude resistir dejar de oír esa conversación. ¿Verdad que fue deliciosamente elevada?

—Pero, ¿cómo pudiste...? ¿Por qué ellos...?

—No te importen los detalles, criatura. Llámale magia si quieres.

—¿Cómo has podido arreglar eso?

—He hecho muy poco. Ellos harán lo demás.

—Pero ellos... ya pude ver que... ¡Pero no he podido entender de qué hablaban!

—No te culpo de no haber comprendido. ¡Tampoco sabían ellos de qué hablaban refiriéndose a sí mismos!

—¿Qué quieres decir?

—-Chist!... Habla más bajo. Estáás chillando. Te diré: cada uno de ellos se figura que ha inspirado una gran pasión al otro. Cada uno cree que el otro está apasionadamente

enamorado. Por eso cada uno tomará la iniciativa en vez de retirarse. ¡Imaginar caballerescamente cada uno que protege y eleva al otro!

—¿Pero por qué piensan eso? ¿Cómo...?

—Tranquilo, tranquilo, niño. No depende tanto de un recurso, pues habría bastado con una casualidad. Y cuando se enteren de la verdad, si alguna vez llegan a saberlo, estarán ya completamente volcados el uno hacia el otro... Están maduros para eso, ¡sí, están maduros!

—Julius, no me has explicado. Dime cómo...

—Bien, bien. Sólo disfruta de lo divertido que es. Allí estaban, tratándose con gran delicadeza, rebotantes de tacto y simpatía, consideración y untuosas naderías. “¡Qué sensato eres!” y “¡Debemos penetrar en un amor más elevado!” y cosas por el estilo. Nunca se hablarán con toda claridad el uno al otro, pues carecen de esa clase de honradez?, y son ambos tan caballerosos. ¡Vaya refinado y elevado lío en el que se van a meter!

—Pero se aman...

—¿Cómo va a ser eso amor? Lo que les mueve es la vanidad, no el amor. Cada uno de ellos está emocionado y halagado por ser objeto de adoración. En todo caso, a eso es a lo más que puede llegar su amor.

—Todo eso está muy mal —exclamó Simon. Se llevó las manos a la cabeza y la sacudió. No debemos permitir que ocurra. ¿Y qué va a ser de Hilda... y qué...?

—No te preocupes. Ya desharé el encantamiento más adelante. Nadie ser herido gravemente. Dos personas muy vanidosas quedarán más tristes y prudentes, eso será todo.

—No puede estar bien engañar así a la gente. De todos modos, ¿cómo has podido saber...?

—Son ellos mismos los que se engañan cada uno a sí mismos! ¡En estos momentos lo están pasando muy bien en el Parque!

—Pues yo no lo aguanto —dijo Simon. Se sentía confuso y desgraciado. Y, para colmo, estaba celoso. La idea de que Rupert y Morgan... Todo aquello era de pesadilla y una barbaridad. Había que acabar con ello.

—Y ¿qué propondrías tú, chiquillo?

—No sé. Contarle a todos...

—¿Contarles, qué? No, no; ya es demasiado tarde para decirlo; las cosas han llegado demasiado lejos. Y tampoco se lo dirás a Axel. Porque Axel actuaría como un instrumento cortante, pero mellado.

—¿Quizá lo que se necesite sea un instrumento así!

—Ahora piensa un momento. ¿Qué sentirían esos dos si Axel interviniera para separarlos? ¿Cómo reaccionarían si cualquier intruso se abriera paso a la fuerza por entre unas relaciones tan deliciosamente delicadas y privadas? ¡Imagínate la humillación que experimentarían, su vanidad herida! ¡Uf!

—Pero de todos modos se herirán, tú mismo lo has dicho...

—No tanto. Tendrán un poco más de experiencia. Todo eso se arreglará sin dolor, ya lo verás. Cualquier revelación, ahora, carecería de sentido y sería fea. Dejémosles vivir su dramita bailar juntos su pequeña danza. Que ellos mismos manejen la máquina. ¡Después se sentirán mejor, aunque se quede cada uno de ellos un poco abandonado!

—No puedes jugar así con la gente.

—¿Por qué no hay que educarlos? Precisamente se preocupan mucho por educar a los demás, por lo menos Rupert.

—Pero eso no justifica...

—Basta, basta. Escucha, Simon, ¿le dijiste a Axel lo que sucedió en mi piso, cuando fuiste despojado tan deliciosamente de tu ropa?

—No.

—Eres un buen chico; ya vas aprendiendo. Y tampoco de esto le hablarás a Axel.

—¡Sí, debo decírselo! ¡No sé qué hacer!

—Te diré qué debes hacer. No, no, te estarás quietecito, querido Simon. Si se lo cuentas a Axel...

—¿Qué?

—¡Informaré a Axel de que me has hecho proposiciones!

—¡Si no te las he hecho!

—¿Qué no?

Julius sonreía amablemente, e inclinaba la silla hacia atrás mientras parecía absorto limpiando sus gafas con un pañuelo azul de seda.

—Julius, sabes perfectamente que...

—¿Qué es lo que sé? ¿No me tenías cogida una mano cuando estábamos sentados en el museo, viendo el espectáculo desde aquella especie de palco?

—¡Eras tú quien me tenías sujeta la mía!

—¿Y qué diferencia hay?

Simon sintió una oleada de pánico. Se había ruborizado y le faltaba la respiración.

—No podrías decirle eso a Axel. Eso sería...

—¡Claro que no se lo diré! Y tú te callarás y no estropearás las cosas, ¿verdad? Si lo piensas, reconocerás que es muchísimo mejor. No cometas equivocaciones, querido Simon. Si yo quisiera, podría destruir con toda facilidad tus relaciones con Axel. Ni siquiera necesito decir mentiras. Bastarían algunos chistes sobre tu interés por mí, porque, Simon, te intereso y no puedes negarlo, unas cuantas ocurrencias, así de paso, unas cuantas oscuras referencias, nada, por supuesto, que pueda tomarse en serio. Pero quedaría veneno en él e iría haciendo su efecto. ¡Y lo más gracioso es que tú mismo me ayudarías! ¡Te sentirías culpable y actuarías como si tuvieras la culpa de algo! ¡Seguramente te das cuenta de lo cerca que está Axel de verte como un vulgar flirteador! Y como sabes, es un hombre muy celoso.

Simon temblaba. Con una rara exactitud, Julius había puesto el dedo en la llaga de los miedos más secretos de Simon. Desde luego, Axel podía ver a éste, lo podría ver en cualquier

momento, como un vulgar coquetón. Era injusto, injusto, injusto. ¡Qué incalculable era su mundo, qué precioso y, a la vez, qué frágil!

—Ya ves, Simon, como en el caso de los dos asnos encantados a los que hemos oído hace poco, sólo hay que poner la maquinaria en marcha y funciona muy bien.

—De acuerdo —asintió Simon—. No se lo diré a Axel.

Se puso las manos en sus ardientes mejillas, apretándoselas.

—Eres sensato, pequeñito. Permíteme que te dé un consejo, Simon. No quiero volcar tu carro de manzanas, pero me appena verte tan lleno de ilusiones. Los amores humanos no duran, Simon, son demasiado egoístas. Pareces creer que tu romance con Axel durará siempre, sin embargo, hace poco temías que la más insignificante tirantez pudiera romperlo. Pero tus temores están más cerca de la verdad que tus esperanzas. Lamento decírtelo. Ahora crees que eres feliz cediendo a Axel y someténdote a sus estados de ánimo y a su mal humor. Pero los seres humanos no pueden vivir sin energía, lo mismo que no pueden vivir sin agua. Ya sé que los débiles dominan a veces a los fuertes por medio de sus enfurruñamientos y despechos. Ahora has decidido ceder. Pero cada vez que cedes lo notas. Quizá más adelante destroces la vida de Axel. Luego, poco a poco, se irá desequilibrando la balanza. Te cansarás de ser el perrito faldero de Axel. La verdad es que no eres monógamo, querido Simon. Echas de menos tus aventuras, reconócelo. Y descubrirás, algún día, que deseas hacer de Axel como otro pequeño Simon. El paso del tiempo trae consigo automáticamente esos cambios, especialmente en relaciones como las que tú cultivas. No estás en los comienzos de un largo matrimonio, mi Simon, sino en el principio de una serie de asuntos amorosos totalmente distintos. No te digo esto para desanimarte, sino sencillamente por amabilidad, para que no sufras un desengaño demasiado grande más adelante.

—Vete —le dijo Simon.

—Axel engordará pronto. ¿Has pensado en eso? ¿Has visto alguna vez una fotografía del padre de Axel? Pronto perderá Axel ese aspecto esbelto y ascético que te gusta tanto. ¿Te seguirá atrayendo Axel cuando parezca un oso de trapo gordo?

—Vete.

Julius se levantó, sonriente aún.

—Vamos, no te enfades conmigo sólo por haberte dicho la verdad. Me gustas, Simon. Me gustaste desde el momento en que dijiste que Tallis no debía haberme dado la mano. Bueno, me iré, ya que, según veo, estás alterado. Sería estupendo que estuvieras fascinador y transportado por el entusiasmo. Pero quizá sea preferible que las cosas vayan por su camino. En un sentido puramente espiritual me hallo siempre en la mitad. Adiós, querido muchacho, y recuerda que has de tener bien cerrada esa linda boquita, ¿eh?

Julius dio unas palmaditas a Simon en una mejilla. La puerta se cerró tras él.

Simon bajó de la mesa. Se sentó en la silla y levantó el auricular del teléfono. Lo sostuvo un rato en la mano y luego volvió a dejarlo lentamente sobre la horquilla.

Capítulo 4

Rupert y Morgan estaban sentados al sol en los escalones del Albert Memorial. Acababan de llegar desde el museo Príncipe Regente hasta el Parque.

Morgan tenía en el bolsillo la carta de Rupert y la tocaba de vez en cuando con las yemas de sus dedos. Se encontraba ahora más a gusto con la carta que con el propio Rupert. La conocía mejor. En presencia de él sentía una mezcla paralizadora de contento y de vergüenza que la hacía a la vez tímida y efusiva. No podía comportarse de modo natural y se daba cuenta sólo ahora de lo mucho que le asustaba la situación. No era un miedo superficial. Estaba asustada por lo mucho que se hallaba en juego, por lo excitante que era aquella situación, y por ser ésta única, sin precedentes. Sentíase cohibida ante este hombre corpulento y rubio cuya sonrisa nerviosa y simpática, como si con ella se disculpara de algo, y que era tan nuevo para ella que apenas reconocía su cara algunas de las veces que ahora lo miraba. Era como un encuentro muy importante al que hubiese encontrado una sola vez y que de pronto e impetuosamente la hubiese besado al despedirse.

Rupert tampoco sabía cómo había de comportarse. Por lo pronto parecía más deseoso de tranquilizarla que repetirle algunas de las incendiarias frases de su carta. La inquieta atmósfera de consideración mutua no era desde luego la más propicia para confesiones apasionadas. Pero allí tenía ella la asombrosa carta. Ha llegado el momento de decirte cuanto te amo... No puedo ya seguir representando el papel del amigo desinteresado y útil... La necesidad que siento desde hace mucho tiempo de estar más cerca de ti y conocerte mejor... Te he admirado desde hace tanto... Y el tiempo nos indicará lo que debemos hacer... Y así páginas de la menuda y casi ilegible letra de Rupert, con muchas tachaduras y la cita en garabatos al final.

Morgan se preguntaba si Rupert estaría ya arrepintiéndose de haberle enviado aquella carta. Era muy posible, a juzgar por su desconcertante proceder. Pero Morgan sabía que no podía hablarle de la carta. Era, sin duda, una carta de lo más extraordinario para que alguien como Rupert la hubiese escrito, impetuosa, indiscreta e incluso desconsiderada. Sin embargo, Morgan estaba encantada de que él se la hubiera enviado y desde el primer momento la deleitó recibir aquel homenaje de su sabio y digno cuñado. De que en el mundo fuesen posibles sorpresas como aquélla. Recordó lo que había dicho Julius de la vida secreta de Rupert, el alma perdida, la pena oculta, las lágrimas que no salían pero que estaban allí. Ahora había comprobado ella esas cosas, aunque quizá sólo por un momento; y se preguntaba ahora con pesar, pero valientemente, si lo que necesitaba Rupert en aquella ocasión fuese tan sólo que ella le ayudara a mantener la máscara. Pero, claro está, ya no era posible que volviese a ponerse la máscara. “Soy ya mucho más íntima para Rupert —pensó—. Rupert me necesita. Estamos implicados el uno en el otro para siempre.”

La carta de Rupert nada decía de Hilda a no ser indirectamente. Ambos tenemos nuestras responsabilidades. Y sí, también había que tener en cuenta a Tallis. ¡De pronto se le había hecho evidente a Morgan que ella había esperado que Rupert aclarase sus sentimientos en cuanto a Tallis! Sólo que no había esperado ese método de clarificación. Y lo que supo al pensar tanto sobre la carta de Rupert aquella mañana, antes y después de la visita de Julius, fue que desde luego se sentía más a gusto con Rupert de como estuvo con Julius o con Tallis. Porque Tallis había sido un fantasmal ensueño, Julius una fuerza bella, pero que resultaba destructiva. Rupert era un hombre, un intelectual, una persona más como ella misma, alguien que le interesaba profundamente y a quien ella podía hablar, Rupert era alguien que podía haberla hecho feliz.

Esa irrealizada hipótesis le hizo volver, inquieta, a la realidad. Estaba excitada, pero también asustada. Era inconcebible que fuese a perjudicar el matrimonio de Hilda. Sin embargo, había surgido una situación, y ya estaba madura, que amenazaba a su tan querida hermana. Hilda nunca debe enterarse de esto. Si había dolor, Morgan y Rupert tendrían que compartirlo. Casi con alegría se creyó capaz de aceptar ese desafío. Hilda, que había tomado parte en todas las dificultades de ella, nunca podría compartir ésta. Morgan estaría mucho más cerca de Rupert, le ayudaría a soportar su pena privada. Mantendría el gran secreto con él, transformaría, por medio de su paciencia, la violencia de su amor. Y si era lo bastante esforzada para emprender esa peligrosa y pesada tarea, ¿no sería porque confiaba en el buen juicio de él y no en el suyo propio?

—Confío en tu buen juicio —dijo. Me fío de él. Me fío de ti.

—Sin duda, has demostrado tu confianza en mí —dijo Rupert—. Espero merecer esa confianza.

—Hilda no debe enterarse.

A Rupert le daba el sol en la cara y guiñaba los ojos.

—Uno detesta el engaño...

—Ya lo sé. Pero es menos doloroso. ¿Cómo íbamos a decirle a ella eso?

—Desde luego, creo que por ahora debemos mantenerlo en secreto —dijo Rupert después de pensar un momento.

—Sí, sí. —A Morgan se le iba haciendo difícil la conversación. Buscaba cuidadosamente las palabras y frases y notaba que a Rupert le ocurría lo mismo. Con una cierta dolorosa alegría pospuso el momento de estrecharle una mano.

—Rupert, creo que dijiste lo esencial cuando hablaste de traspasar y no huir. Siempre ha habido amor entre nosotros, ¿no?

Rupert se protegió del sol los ojos. Parecía inseguro, aprensivo.

—Sí.

—Lo que ha ocurrido no es tan nuevo ni tan raro. Desde luego, han cambiado nuestras relaciones, han de ser distintas. Claro que debes de sentirte alterado y algo trastornado. Pero al llegar a la decisión de vernos, ¿no es natural que consideremos esta nueva relación como un nuevo desarrollo de una vieja amistad? ¿Acaso no es la manera más sensata de tomarla? ¿Y no seguir muy bien para nosotros ese desarrollo si mantenemos fija la mirada, seriamente, el uno en el otro?

—Admiro tu confianza, tu buen sentido...

—¿Sabes? En cierto modo estoy segura de que esto tenía que suceder, estaba ya en el seno del tiempo.

—No creo yo eso. De todos modos, como he dicho, lo tengo por algo que es profundo y serio, no como una locura pasajera.

—Por supuesto, Rupert, es un sentimiento hondo. Siendo tú una de las personas que lo sienten, no podría ser de otro modo.

—Bueno, supongo que debemos librarnos de la tormenta.

—Pareces muy preocupado, Rupert, ¡y tan triste! Anímate, querido mío. Nos veremos muchas veces. Iremos conociéndonos tranquilamente. ¡Ya sabes que los dos somos muy racionales! No te apenes y yo tampoco me entristeceré.

—Sólo espero que no sea todo... demasiado doloroso para ti.

—Qué maravillosamente atento eres, querido. No. Esto será penoso para ti. Pero debemos sufrir juntos ese dolor.

—Lo que me duele es no decírselo a Hilda, pero reconozco que es inevitable. ¿Le has dicho algo a Tallis?

—¡Dios mío, no! Nada tiene que ver Tallis en esto.

—Me parecía, querida, que en cierto modo, era...

—No lo creo así. ¡Nada va a ocurrir! Esto es un enredo nuestro, Rupert, tuyo y mío.

—No sé si te sentirás libre de Tallis, quiero decir emotivamente.

“Qué preocupado está —pensó Morgan—. Tengo que tranquilizarlo.”

—Sí, me he liberado de él. Desde luego, hay aún mucha tensión entre los dos. Pero estoy fuera de ese bosque. —“¿Lo estoy?”, pensó. Lo que estaba perfectamente claro, por lo pronto, era que su tarea inmediata consistía en una atención absoluta a Rupert.

—Todo esto es muy complicado—dijo Rupert—. Eres más fuerte espiritualmente que yo. Es muy frecuente que las mujeres lo sean en estas ocasiones. Eres tan fría y serena ahora. Pero no puedo evitar preocuparme mucho por ti. No quiero llevarte, como si dijéramos, a una situación aún más penosa. Imagínate en mi posición.

—¡Pero, querido, claro que me doy plena cuenta! Todo eso lo veo: tu desconcierto, tus escrúpulos, el dolor. Pero ya que hemos decidido aguantar la tormenta, como dices tú, lo que tenemos que hacer es confiar el uno en el otro y esperar a que el tiempo y el cariño nos muestren la forma de unas relaciones más profundas y permanentes. Porque eso es lo que ambos deseamos ¿no, Rupert?

—Sí, es lo que quiero. ¿Lo crees posible?

—¡Tu desconfianza me conmueve! ¿Puedes creer que voy a salir huyendo y abandonarte? ¡Aunque sería posible!

Rupert, sentado de lado, se hacía pantalla en los ojos y la miraba.

—Deseo tantísimo que no sufras. ¿No crees que estamos jugando con fuego?

—La vida está hecha de fuego.

—Morgan, tu valentía es fantástica.

—Y la tuya también, querido mío

—Escucha —dijo Rupert—. Tengo que volver a la oficina. Y quiero pensar mucho en todo esto.

—¿No irás a cambiar y decirme luego que debemos olvidarlo todo y dejar de vernos o algo así?

—No, eso no.

—¿Cuándo volveremos a vernos? ¿Pronto?

Empezaron a descender por los escalones dirigiéndose hacia High Street.

—De todos modos, estoy muy preocupado —dijo Rupert—. En todo ello hay algo muy intrigante. Y no quiero someterte a una tensión terrible.

—Si tú puedes aguantar esa tensión, yo me creo también muy capaz de resistirla. ¿Cuándo nos vemos? Reunámonos mañana para almorzar.

—Mañana tengo que almorzar con Hilda.

Hubo un silencio. Llegaron a la calle y Rupert llamó a un taxi.

—Telefonéame a la oficina —dijo—. Pero hoy no.

—Entonces mañana por la mañana.

—Muy bien.

Se detuvo ante ellos el taxi.

—¿Puedes llevarme en el taxi hasta Whitehall? —le preguntó Morgan.

—No. Perdóname, mejor que no vengas.

Estaban al sol junto al taxi, tiesos, con las manos colgando y pasaban hacia atrás y adelante multicolores figuras. Morgan sentía una tensión física casi intolerable. Quería subir al taxi, estrechar a Rupert en sus brazos y consolarlo. Él la miraba con una fruncida expresión de dolor. Se volvió hacia el taxista:

—A Whitehall, por favor.

—Oh Rupert... —Morgan sentía desolación, frenesí. No quería dejarlo así, ni que él la dejase allí. La separación se le hacía ya horrible. A punto de llorar, Morgan le miraba.

—Perdóname. —Rupert entró en el taxi y cerró con fuerza la portezuela. El taxi arrancó.

“¿Qué me sucede?”, pensó Morgan. Quedó inmóvil al borde de la acera. Luego, dejándose llevar por un súbito impulso, hizo parar otro taxi y le dio la dirección de Tallis en Notting Hill.

Capítulo 5

—Esta caja de fósforos está aplastada. Te habrás sentado en ella.

—No me he sentado encima.

—Tienes que haberlo hecho. Ayer estaba muy bien.

—En un mundo lleno de pecado y desgracia te ocupas de cajas de fósforos aplastadas.

—Me siento muy fastidiado.

—Eso mismo me pasa a mí.

—Vuelvo a tener ese maldito dolor en la cadera.

—Pues yo creía que lo tenías todo el tiempo.

—Claro que me duele siempre. Sólo que a veces es peor.

—No te digo ni una palabra. Deberías arreglarte la dentadura.

—Y ya que hablamos de lo que debe hacerse, ¿por qué no te afeitas? Haces pensar en lo que crece sobre la corteza de los árboles.

—Pues a ti tampoco te vendría mal un afeitado. Déjate la barba o quítate esos pelillos.

—Soy un viejo resto de naufragio, rechazado desde hace mucho tiempo por la sociedad y que pronto me aplastará la naturaleza. Tengo un pie en la tumba y aún puedo sostenerme. No

he de preocuparme de los afeitados. No me relaciono con los diputados ni otra gente de esa. ¿Era de verdad un parlamentario el tipo que vino ayer?

—¿Del Comité de la Vivienda? Pues sí.

—No es de extrañar que Inglaterra esté hecha polvo.

—Tengo que irme para escribir mi conferencia.

—¿Por qué no haces algo que sea útil?

—Enseñar a la gente es útil.

—¡La educación de los adultos! Todo lo que haces es hablarles a nenes de edad madura.

—Se plantean allí discusiones muy interesantes. ¿Por qué no vienes?

—¡Te haría polvo que fuese yo! De ahora en adelante tendré que estar en la cama. Tendrás que sacar los orinales en vez de perder el tiempo con los manifestantes de Jarrow y la huelga general.

—Harás lo que te digan los médicos, papá, y te pondrás muy bien. Ya has visto que no te importó ir al reconocimiento en el hospital. Los de los rayos X fueron muy amables contigo.

—No, no lo fueron. Lo pasé muy mal allí. ¡Uno de aquellos tipos de bata blanca me llamó “vejstorio”!

—Es que quiso tratarte con cierta confianza.

—¡Me llamó vejstorio! Vaya a un nivel que está el Servicio Sanitario. Cuando yo era joven los médicos sabían el lugar que les correspondía.

—Cuando eras joven no podías permitirte los servicios de un médico.

—No empieces con esas historias. Este mundo es una podrida oligarquía organizada por gánsters. Nada mejora nunca en él.

—Vamos, vamos, papá. No te importará que te operen. Esa operación de la artritis es ahora muy sencilla y te quitará el dolor.

—¿Quién va a operarme? Quizá prefiera seguir con el dolor. ¡Tengo que pensarlo mucho!

—Muy bien; entonces no te quejes más.

—¿Quién se está quejando? Yap yap yap yap yap. Nunca me dejas en paz.

—Bien, pues ahora te dejaré en paz.

—Tendrás que renunciar a tu holgazanería cuando esté aquí moribundo.

—Cállate, papá. Ve a afeitarte y dales de comer a los pájaros, por amor de Dios.

—No quiero alimentar a los malditos pájaros. El nuevo médico va a venir. Poco te importa.

—Ah sí, lo había olvidado. ¿Cómo es?

—Un crío.

—¿Quieres que me esté contigo, papá, hasta que llegue el médico?

—Quiero que me dejes en paz.

Leonard estaba sentado en la cama. Le brillaban mucho los ojos, chupaba el aire con su boca desdentada como si estuviera intentando tragarse las encías. Llevaba una vieja camisa azul muy arrugada y un antiguo chaleco muy brillante y con un solo botón. Tenía sujeta al cuello la camisa por un imperdible sobre el cual sobresalía la carne apretada. La tonsura del pelo cano era bufada como si Leonard estuviese coronado por un pequeño neumático de goma. Tallis salió y cerró la puerta con violencia, volvió a abrirla, la cerró de nuevo con más suavidad y salió escaleras abajo. Era otro día caluroso.

Había abandonado la habitación donde habían estado las cosas de Morgan. La habitación contenía ahora un diván con un auténtico colchón. Además había una cómoda, dos sillas y una percha útil para colgar muy diversas cosas. Tallis había prometido al que alquiló la habitación una alfombra. El ocupante era un sikh que conducía un autobús londinense. El turbante del sikh producía repetidos tumultos en una cercana estación de autobuses.

Era de aspecto digno, hombre callado y obstinado, un solitario cuyo único compañero parecía ser su transistor. Tallis comprendió que no podía intervenir entre el sikh y su radio. Esta funcionaba ahora con algo ya pasado de moda que sonaba poco más o menos, así:

El sol tiene puesto el sombrero,

Hip hip hip huray,

El sol tiene puesto el sombrero,

¡Porque va a salir hoy!

La cocina olía a materias descompuestas. Era difícil localizar la fuente de los olores. “Tengo que librarme de todas esas botellas de leche”, pensó Tallis. Algunas de ellas parecían raras filas de tubos de órgano o más bien de órganos humanos conservados en tubos. Era muy difícil sacarlos de las botellas y la última vez que lo intentó atascó las tuberías del fregadero. Cerró de un portazo la puerta de la cocina y cayeron muchas cosas del aparador. Algunas parecían sacar piernas y rodaban cerca de sus pies hasta que las alejaba a patadas. Parecían chillar, no con dolor, sino burlándose. El olor amargo se mezclaba con los demás.

No se sentía lo bastante fuerte para limpiar las botellas de leche, de modo que se sentó ante la mesa de la cocina donde se hallaban sus libros y cuadernos sobre hojas de periódico. Automáticamente apoyó la cabeza sobre la mesa y en seguida la volvió a levantar

El sol tiene puesto el sombrero,

Hip hip hip huray...

Tallis había logrado otra clase nocturna por la que le pagaban cinco guineas a la semana, pero tenía que ir más allá de Greenford y el regreso en autobús le costaba casi diez chelines. Además coincidía la clase con la tarde en que los trabajadores voluntarios del Subcomité del

Comité de la Vivienda solían reunirse y hasta ahora no había podido cambiar las horas de la clase ni de las reuniones para que no coincidieran. Lo que tenía que explicar era la historia del movimiento sindicalista europeo. Los conocimientos que tenía Tallis de esa materia eran muy elementales y había entre los alumnos dos silenciosos y burlones centroeuropeos que casi sabían más que él. Tendría que documentarse.

Era horrible que todo su trabajo careciera de dignidad, reflexionó. En realidad no pensaba en casi nada más. En su vida no era posible pensar en silencio. Siempre estaba raspando, borrando, arreglando de algún modo lo que escribía. Suspiraba y echaba mano de la *Geschichte und Klassenbewusstsein*. El tráfico rugía lejano llegando a sus oídos. El aire irrespirable de Notting Hill presionaba sobre lo alto de la casa y sobre su cabeza. Imaginaba lo que sería hallarse en un campo. Estaba imaginativamente en un campo, lleno de alta y verde hierba y florecillas y de muy diversos aromas. Tumbado en la hierba, se encontraba junto a su hermana.

—¡Tallis!

Tallis se despertó. Allí estaba Morgan.

Ésta tenía un aspecto radiante con su vestido de lino azul cielo y una camisa blanca. El sol había enrojecido sus mejillas. Entró y cerró la puerta. Tallis intentó levantarse y casi se cayó de la silla esparciendo libros.

—¡Estabas echando un sueñecito! ¡Y yo que te creía tan ocupado!

—Lo estoy —dijo Tallis—. Siéntate aquí.

—No gracias, ahí no. Aunque todo este sitio apesta.

—Tengo que limpiarlo dijo Tallis.

—No puedes tomar una asistenta?

—No.

—Pues tienes esto hecho un asco. Y tú estás impresentable. ¿Por qué no te afeitas? Da la impresión de que tienes la barba gris, pero quizá sea sólo polvo. ¿Y por qué llevas ese pedazo de trapo sucio, que ser blanco, en torno al cuello? Debías de ponerte una corbata decente o

llevar una camisa de cuello abierto. Y si has de enrollarte las mangas hazlo bien y no como si fueran unas bolsas de andrajos.

—Vienes maravillosa —dijo Tallis—, haces pensar en las flores y los campos.

—Estás poético hoy.

Tallis sintió una alegría impremeditada e inmediata ante su presencia. Esta vez no se sentía enfermo. Estaba excitado y alegre como un perrillo.

—Dios, cuánto me alegro de verte, Morgan. ¡Es maravilloso que estés aquí!

—Bien, no lo tomes así. ¿Está Peter?

—No, fue a ver a Hilda.

—¿Qué escándalo es ése?

—Un sikh que tiene puesto su transistor.

—Tengo aquí una carta para Peter. La escribí en el taxi.

—Ah.

—¿Quieres dársela a él?

—Sí.

—Pareces decepcionado.

—¿No viniste a verme... a mí? —preguntó Tallis. Luego dijo implorante—: Por favor siéntate y no me mires como si estuvieras a punto de marcharte.

—¿No tienes algún periódico limpio en esta pocilga?

—Aquí está el Daity Worker de hoy.

Morgan puso el periódico cuidadosamente sobre el asiento de la silla y se sentó. Tallis, desde el otro lado de la mesa, la contemplaba.

—¿No te olvidarás de darle a Peter la carta?

—No.

—Muy bien, no te enfades. Porque tú no eres celoso, ¿verdad?

—Te advertí que no debías andar con Peter si no te proponías cuidar de él en serio.

—¿Y quién dice que no esté cuidando bien de él?

—No puedes —dijo Tallis—. No tienes tiempo para ello. También te falta la capacidad necesaria.

—¡Me estás censurando!

—Peter está enamorado de ti.

—¡Estás celoso!

—Bueno, muy bien, dejémoslo, estoy celoso.

—No puedes tener las dos cosas, criticarme y estar celoso.

—¿Por qué no? Tengo la suficiente claridad mental para darme cuenta de que eres una condenada irresponsable. Y supongo que ahora le escribes cartas de amor.

—¡Si oyeras el tono de tu voz! —exclamó Morgan—. No le escribo cartas de amor. Me das asco. Ten, lee esta carta. No he cerrado el sobre.

—No quiero leer esa carta. No es asunto mío.

—Me alegro de que pienses así. En fin, te la leeré yo. Morgan sacó la carta y la leyó en voz alta.

Queridísimo Peter:

Sólo unas palabras para decirte que estaré ausente de Londres algún tiempo y que no debes buscarme. Tengo que ir a Oxford y a muchos otros sitios en busca de trabajo. Te haré saber cuándo he regresado. Sé buen chico. Muchísimo amor para ti, querido Peter.

Morgan

—Ya la has oído, ¿es eso una carta de amor?

—Es una carta de mentiras —dijo Tallis.

—¿Qué quieres decir?

—No es cierto lo que le escribes.

—¿Por qué crees eso? —dijo Morgan ruborizándose.

—Me doy cuenta. No vas a Oxford ni a ningún otro sitio. ¿Vas. . .?

Morgan guardó la carta en el sobre. Luego, con una exclamación de fastidio, lo rompió en pedacitos. Los dejó sobre la mesa y miró furiosa a Tallis.

—Te estás poniendo muy desagradable.

—Es que te quiero —dijo Tallis.

—Oh, no digas tonterías. Y he venido a verte precisamente a ti. No sólo a dejar una carta para Peter.

—¡Me alegro mucho! ¿Quieres tomar una taza de té?

—No. Verás, he decidido divorciarme y quiero que sea pronto.

Tallis la miró un momento en silencio. Luego se volvió hacia la estufa de gas.

—¿Qué haces, por amor de Dios? —le preguntó Morgan.

—Pongo a calentar el agua para el té. Creo que debemos tomarlo.

Morgan encendió un cigarrillo.

—¿Y qué hay de toda esa historia de ser libre e inocente y amar a todos?

—Espero que eso continúe. Pero de pronto me siento capaz de pensar y decidir. Me siento lúcida. ¿Te importaría divorciarte de mí por adulterio?

—Sí dijo Tallis. Sacó de la tetera las hojas viejas de té.

—¿Qué quieres decir con ese sí?

—Que no quiero divorciarme de ti. De todos modos, Julius no se prestaría a ello.

—¿Por qué crees eso? Claro que facilitaría el divorcio. Tallis, no puedes ser tan mezquino como para no querer divorciarte de mí.

—¿A quién has encontrado ahora? —dijo Tallis. Sostenía una manchada taza de té debajo del grifo.

—No sé de qué hablas.

—Quieres estar libre para algún otro. Eso es lo único que puede hacerte lúcida en ese asunto. ¿Quién es?

—Tallis, no seas idiota. Es que estuve pensando en este asunto. Y he llegado a una conclusión bastante lógica, ¿no?

—No. También yo he pensado en ello. Eres demasiado inestable para decidir ahora algo. Espera un año.

—Un divorcio tarda. Quiero que empecemos en seguida.

—Espera un año.

—¡No dispongo de un año! Quiero vivir mi vida.

Tallis secó la taza enérgicamente con un pedazo de papel de periódico. El papel quedó manchado de marrón.

Morgan estaba tranquila mirándolo y fumando. Hacía un calor sofocante en la cocina. Se quitó la chaqueta del traje sastre, se remangó las mangas y se desabrochó un botón de su camisa. Tallis hacía el té.

—Tallis, te engañas a ti mismo.

—Eres tú la que se engaña. Aunque parezca raro, me quieres. Te convencerás de ello más adelante.

—Deja de soñar.

—Eres tú la soñadora. Me casé contigo para siempre. El amor es para siempre.

—Estás ensimismado. Yo soy una aventurera, Tallis. Dudo de que pueda hacer feliz a algún hombre. Por eso...

—A mí podrías hacerme feliz. Me necesitas. Nunca podrás estar satisfecha correteando por ahí con amantes. Sólo elegirás los que no te convienen.

—Eso es lo que puede decir un hombre débil. Deja, he abandonado el azúcar.

—Has olvidado la calidad de la felicidad que tuviste conmigo. Vivíamos en un mundo inocente.

—Ese mundo está ya destrozado.

—Sí, está destrozado, pero aún existe. Eres mi esposa y no has negado que me quieres.

—Sí, pero... ¿puede servir eso de algo? ¡Tallis, me hago un lío con tu insistencia! —cogió la taza que le ofrecía Tallis, el cual se estuvo de pie a su lado—. Es inútil, Tallis. No dejas de hablar, pero no te escucho o me confundo. Soy un mecanismo. Tan sólo una máquina. Parezco un ser humano, pero la verdad es que soy un robot.

—No. Esto es carne y sangraría. —Le acarició un brazo y luego se apartó de nuevo.

—No quiero que me supliques, Tallis, aunque ya sé —cómo no iba a saberlo— y debía de estarte agradecida... Tallis, dame una buena razón por la que debiera volver contigo.

—Te daré dos. Quiero tener un hijo.

—¿Es posible?

—Y tú también quieres tenerlo.

—Oh... —la taza trepidó sobre la mesa.

—Desde luego dijo Tallis hablando con rapidez —eso nos traería dificultades, los niños siempre las causan, y tendríamos muy poco dinero. Si decidieras abandonarme más adelante, habría problemas con el hijo o los hijos que pudiéramos tener para entonces; y sé que no soy el único varón sobre la Tierra pero te soy muy conveniente como marido aunque la sociedad sea en estos tiempos tan terriblemente tolerante y bien sabes que puedes confiar en mí por completo. ¿En cuál otro podrías confiar tanto? De todos modos tardarías mucho en hallarte tan bien con alguien a quien quisieras para padre de tu hijo. Y después de todo no eres tan joven; tienes ya treinta y tantos años y si quieres tener hijos debes darte prisa, ¿no?

Morgan se puso en pie. Se bajó las mangas y se puso la chaqueta.

—¡Tallis, creo que eres muy desagradable!

—Sólo he dicho que soy el adecuado —dijo Tallis.

—Me voy. Te escribiré acerca del divorcio. Adiós.

—Espera un minuto. —Tallis pasó al otro lado de la mesa y quedó frente a la puerta—. He tenido una gran paciencia en el asunto de dejarte estar por ahí viviendo con uno durante dos años, y todos pinchándome para que fuese duro contigo, y ahora vuelves y me dices un montón de tonterías sobre tus estados mentales. A la porra tus estados mentales. Si quieres que coopere contigo, bien sea para continuar nuestro matrimonio o terminarlo, has de hablarme sensatamente. Estoy harto ya de tus historias y tus declaraciones. Sobre si sientes esto o lo otro. Precisamente a mí es a quién tienes que hablarme. Eres mi esposa y quiero saber lo que has estado haciendo y lo que haces ahora. Quiero saber lo que sucedió en los Estados Unidos, y si crees haberte enamorado ahora de otro quiero saber quién es.

—Es un poco tarde para representar el papel de marido celoso —dijo Morgan—. Y no eres precisamente un buen actor.

—No estoy haciendo teatro.

—Sí, sí. Porque te lo tragaste todo, ¿verdad?

—No tuve más remedio. Sabía que volverías.

—No, Tallis. Cuando pretendes ser duro te pones patético y no puedo soportarlo. Ahora, déjame pasar, por favor. ¿Qué es eso que llevas por debajo de la camisa? Cielos, si es mi collar de ámbar. Me preguntaba dónde estaría. Creí que lo había perdido. Eres un sentimental, ¿eh?

—¿Pretendes decir que habías olvidado que me lo pusiste alrededor del cuello?

—Claro que se me olvidó. ¡No fue el tuyo el único cuello de varón que ha estado en mi piso últimamente! He tenido otras cosas en que pensar además de en ti. ¡Como tú mismo me lo has sugerido!

—De modo que hay otro

—No. Y déjame pasar.

—¿Quién es? ¿Quién es? —Tallis le sujetó de la blusa blanca por el cuello.

—Suelta, que la vas a romper. ¡Suelta! ¿O es que quieres pelearte conmigo?

—Quiero que te quedas aquí y me hables como debes.

—¡Bien, a ver si eres capaz de retenerme aquí!

Morgan, con el pie izquierdo, intentó ponerle una zancadilla a Tallis y le apretó el cuello con la mano derecha. Vacilaron ambos, e hicieron salir rodando una fila de botellas medio llenas de leche que estaban en el suelo. Tallis retorció el blanco cuello de la camisa de nylon hasta que lo rompió, le sujetó a Morgan una mano y empezó a doblarle el brazo a la espalda. Sus caras estaban la una contra la otra. La mano libre de Morgan agarró la camisa de él y los pies de ella empezaron a resbalar hasta que cayó pesadamente al suelo, haciendo caer encima de ella a Tallis. El hilo del collar se rompió y las cuentas se esparcieron por el suelo en torno a ellos. Morgan, retorciéndose, pudo librarse de él y ágilmente se puso en pie. Sonaron dos portazos, primero de la puerta de la cocina; en seguida, de la de la calle.

Tallis se levantó lentamente del suelo. Tenía magullado el cuello. Le dolía la rodilla. El suelo de la cocina estaba cubierto de cristales rotos y de apestosa leche amarillenta. Cogió una

mitad de botella y la tiró al fregadero, donde se partió en más pedazos. Agachándose, fue recogiendo cuentas de ámbar aquí y allá y se las guardó en los bolsillos de los pantalones.

—Ah, perdóneme... —Un joven de cara redonda, con gafas y llevando una cartera negra de mano y un impermeable de nylon, se hallaba junto a la puerta.

—¿Qué quiere usted ? —le preguntó Tallis. Y siguió buscando cuentas.

—Lo siento... Preferí esperar hasta... Tenía que hablar con usted.

—¿De qué? —Tallis tiró al fregadero otro pedazo de botella.

—Soy el médico nuevo.

—Ah. —Tallis se incorporó—. Perdone. ¿ha estado usted con mi padre?

—Sí.

—Perdone —dijo Tallis—. ¿No quiere usted sentarse? Ha tenido dolores en estos días.

—Hemos hablado...

—¿Pueden ustedes operar esa clase de artritis? No me he enterado de nada más después del reconocimiento con rayos X.

El médico, que no se había sentado, cerró la puerta de la cocina. Trató de evitar pisar la leche agria derramada. Miró a Tallis con una expresión más bien rara.

—Lo lamento, pero las noticias no son buenas.

—¿Quiere decir que no podrá operar?

—Lo que voy a decir es que no se trata de artritis. Lo de la artritis de su padre no es tan grave. Pero...

—Ya; es cáncer —dijo Tallis.

—En efecto.

—Ya. —Recogió las dos tazas del té y las puso en el fregadero entre los vidrios rotos—.
¿Qué perspectiva hay?

—Su padre podría vivir un año.

—Ya —dijo Tallis.

—Desde luego no se lo he dicho. Sigue pensando que es artritis. Naturalmente creemos que en tales casos son los parientes quienes deben decidir.

—Sí, sí. Ya me hará usted saber el tratamiento. No quiero, si eso le prolonga la vida un poco, que sufra... pero usted me dijo que una operación podía suavizarle el dolor.

—Se considera aconsejable.

—¿Podría usted dejarme solo, por favor? —dijo Tallis.

—Si quiere usted ver al especialista le recibiremos con mucho gusto en el hospital, mañana por la mañana a la hora que usted quiera, pero telefóneee antes.

—Sí, sí, iré. Y ahora haga el favor de irse y perdóneme. Gracias.

Se cerró la puerta.

La cocina donde solía haber tanto ruido, estaba completamente silenciosa. Incluso el murmullo del tráfico parecía haberse hecho menor. Tallis miró a los vidrios rotos, al papel arrugado y a la leche derramada que ya se había secado en manchones amarillos. Contemplaba un mundo que había cambiado muchísimo

Capítulo 6

Hilda daba cautos golpecitos en el cabello de Peter. Éste, haciendo que no se daba cuenta, tenía su noble y lejano aspecto napoleónico. Estaban en el tocador de Hilda, sentados juntos en el pequeño sofá.

—¿De modo que le puedo decir a tu padre que irás por fin a la Universidad en octubre?

—Sí. ¿No se lo has dicho ya?

—Bueno, en cierto modo sí. Pero quería estar segura. Creía que cambiarías de idea.

—No. Ya le he dado mi palabra a papá.

Hilda suspiró. Se había dado cuenta del amor de su hijo por la hermana de ella. No estaba alarmada pero la entristecía. La hacía sentirse vieja.

—Tu padre se sentirá muy aliviado de que reanudes los estudios.

—¡No me importa lo que él piense!

—Peter, procura ser un poquito más amable con él. Le haces mucho daño con tu actitud. Es tu padre.

—¡Precisamente por eso!

—Peter, no seas tan pesado.

—¡Si por lo menos dejase de actuar como un padre! Hablar con él es como pasar una tarde aburrida en el teatro.

—También tú deberías dejar de actuar.

—Muy bien, madre, muy bien.

Hilda pensó: “Debo pedirle a Morgan que le diga a Peter que sea cariñoso con Rupert. A ella le hará caso”. Y volvió a suspirar. Pero habría que esperar, ya que Morgan había telefoneado hacía poco para cancelar una comida a la que el matrimonio le había invitado y anunciar que se marchaba de Londres por algún tiempo.

—Morgan me dijo que debía ser más amable con él —dijo Peter—, de modo que supongo que haré lo posible.

—Se apartó suavemente de la leve presión del brazo de su madre y se sentó un poco más allá en el sofá.

—Así, que ella ya... ¿vendrás a la cena, Peter?

—¿Te refieres a la que daréis para celebrar el gran libro de papa? No creo que venga. ¿Esta terminada ya esa tremenda obra maestra?

—Sí.

—¿La leerá en voz alta en la cena?

—No seas tonto.

“Rupert está triste por haber terminado el libro —pensó Hilda—. Lleva tantísimo tiempo con él. Y ahora que ha dejado de trabajar en esa obra es probable que sienta toda clase de dudas e inquietudes sobre si vale o no. Rupert ha estado en un raro estado de ánimo últimamente, nervioso, preocupado, inquieto.”

—A propósito, Peter, ¿sabes la dirección de Morgan? ¿Está fuera, no? —Morgan había colgado tan pronto, que no pudo preguntárselo.

—Creo que va a hacer una serie de visitas buscando trabajo. Me envió una nota pero sin dirección. Bueno, tengo que irme en seguida, madre querida. —De pie junto a ella le puso la

mano suavemente bajo la barbilla. Hilda le cogió la mano, se la apretó con rapidez y le besó los dedos mientras cerraba los ojos unos momentos. Mirando a su alto hijo sentía una angustia por habersele frustrado el impulso protector de su cariño. Le preocupaba mucho el futuro de su hijo, tan lleno de terribles incógnitas. Gimió casi en silencio por el peso de un amor que apenas podía empezar a expresarse. Ya le había soltado la mano.

—¿Te encuentras bien, no, Peter?

—Sí, madre. Estoy estupendamente.

Parecía estar bien, más en calma y haber engordado algo. Todo eso era obra de Morgan.

—Vuelve pronto. —Hilda se sentía tan triste de que se fuera su hijo, triste por la inevitable separación que había entre ellos, triste de que Morgan lo hubiese acaparado tanto, triste por su propia inadecuación a las inmensas necesidades de la juventud de Peter—. Deseo que vuelvas a vivir aquí.

—He de tener mi propio sitio. Es cada vez más importante.

—¿Cómo se encuentra Tallis?

—Creo que Tallis se está volviendo loco.

—¿No hablarás en serio? dijo Hilda.

—No, supongo que no, pero ha estado muy raro últimamente. En fin, quizá no más raro que antes. Tengo que irme, mamá.

—¿Volverás pronto?

—Sí, sí.

—¿Cuándo?

—Pues, quizá, la semana que viene. Telefonaré. Adiós y gracias por el dinero.

Después de marcharse Peter, Hilda se levantó del sofá y dio unas palmadas a los cojines para dejarlos en forma. Se secó el pelo pues lo tenía un poco húmedo de una reciente zambullida en la piscina. Luego fue a su escritorio, donde la esperaba su correspondencia. La

atrasada: la Sociedad para la conservación de Kensington y Chelsea, la Liga para disminuir el ruido en West London, la sociedad de Ayuda a los Presos Liberados, Oxfam, el Partido Laborista, Gremio de Mujeres de la Ciudad, la Clínica Bardwell para Madres Solteras, Amigos del old Vic, la National Gallery, el Wigmore Hall, Delincuentes Juveniles de Fulham y Putney, Sociedades Británicas para la Paz en varias partes del Mundo.

Hilda no podía fijar los ojos en las cartas. Se sentía desconcertada y triste sin saber por qué. Desde luego, estaba un poco preocupada por Rupert. ¿Era su libro lo que le preocupaba o tendría algo de gripe? Había estado Hilda muy decepcionada de no ver a Morgan y le hirió un poco la brusquedad con que Morgan rechazó su invitación. Nunca había sido tan importante como ahora el vínculo con su hermana. Hilda había esperado mucho el regreso de Morgan, casi una renovación de la vida. Se daba cuenta que le había halagado que la derrotada Morgan volviese a ella para que la cuidasen, pero también sabía que en ella ese agradecimiento era una expresión de amor. Había algo de volver a disfrutar del pasado al poder recuperar y querer a su hermana, una línea de fuerza que llegaba desde la infancia hasta el futuro. Hilda necesitaba que se apoyaran en ella y le tuviesen confianza y Morgan no podía haber sido más dependiente de ella ni más franca. Hasta ese punto, en la química del mundo todo iba bien. Hilda se había apenado cuando su hermana se fue de la casa, pero comprendía su deseo de independencia. Ahora le preocupaba ese impulso. Quizá Morgan estuviese arrepentida de haber hablado demasiado.

Procuró ser comprensiva con Morgan, como intentaba serlo con Peter. Pero no es fácil mimar a un temperamento posesivo por naturaleza. ¿Sabía Peter lo que era para ella que anduviese por la habitación diciendo vagamente que quizá volviese a la semana siguiente, o diciendo, también vagamente, que telefonaría? Peter vivía libremente y aunque Hilda sabía que su hijo la quería mucho y que le hablaba con una franqueza poco frecuente, después de todo ella era sólo su madre, lo cual significaba que era para él un ser único y precioso, pero también que tenía el privilegio especial de tolerar humildemente y sin queja toda clase de descuidos de su hijo. Peter sabía muy bien que era una imposibilidad metafísica que el amor de su madre por él disminuyera ni una pizca, hiciera él lo que hiciese o dejara de hacer y, precisamente, esto le permitía prescindir de ella en su mente.

Hilda le dio vueltas algún tiempo a estas paradojas pero no era adicta a compadecerse a sí misma y pronto empezó a concentrar su atención en las cartas. Estaba cogiendo la pluma

cuando oyó algo en las escaleras. Se volvió. Era demasiado temprano para que fuese Rupert. Pensó que podía ser Morgan. Alguien llamó suavemente con los nudillos en la puerta.

—Entre —exclamó Hilda.

Alguien abrió la puerta con cierto cuidado y miró en la habitación. Era Julius King.

—¡Ah! —dijo Hilda—. Cielos, me ha asustado usted. Entre, Julius.

Hilda había visto a Julius sólo dos veces desde que regresó a Inglaterra, y en ambas ocasiones porque Rupert lo había querido. Rupert tenía mucho interés en que Hilda no pareciese tratar a Julius con indiferencia. Por eso había ido ella a almorzar una vez con Rupert y Julius y más recientemente había ido Julius a Priory Grove a tomar una copa y se había quedado allí sólo media hora.

—Perdóneme por haber entrado. La puerta estaba abierta.

—Suele estarlo —dijo Hilda—. Supongo que quiere usted ver a Rupert. Lo siento, pero ahora no está.

—No. no quería precisamente encontrar a Rupert. Pasaba por aquí cerca y me apeteció librarme del sol un poco de tiempo. Debe usted perdonarme, es que me siento aquí como en mi casa.

—Sí, estoy encantada con su visita! —dijo Hilda—. Hace mucho calor, ¿eh? ¿No le apetece refrescarse en la piscina? Puede usted usar las prendas de baño de Rupert.

—No, no. Me pongo nervioso en el agua, aunque sea en las piscinas.

—¿Quizá quisiera usted ver a Simon? Lo siento, pero en estos últimos tiempos parece haber perdido su afición a la piscina.

—No. ¡Qué modesta es usted! Se figura usted que quiero verlos a todos menos a usted.

“¿Habré sido descortés?”, se preguntó Hilda. Siempre se sentía un poco torpe con Julius.

—No he pensado eso... ¿Querría usted té, whisky u otra cosa? Aunque creo que es algo temprano para beber, ¿no le parece?

—Me encantaría un poco de limonada —dijo Julius—o Coca-Cola, si tiene usted alguna en la nevera. He cogido mucho calor andando por los Boltions ¡y he de confesar que la perspectiva de beber algo frío entraba en mis planes al venir aquí!

—Desde luego, desde luego, venga conmigo abajo. Lo siento, Coca-Cola no tenemos pero puedo darle limonada con mucho hielo.

Julius esperó en la sala mientras Hilda exprimía unos limones y traía de la cocina la limonada y los vasos.

—¿Quiere que le ponga un poco de ginebra? ¿No? Siéntese. —Abrió los ventanales y un denso aroma penetró del jardín en la habitación—. Espero que no eche usted de menos el aire acondicionado. Pero este verano es muy poco propio de Inglaterra y no creo que dure mucho.

Julius se limitó a sonreír y a beber la limonada. Se había sentado en un silloncito medio vuelto hacia la ventana. Hilda anduvo por la sala y luego se sentó cerca de él. La habitación estaba sombría en contraste con la brillantez de fuera. Hilda se sentía intranquila.

—Tengo entendido que puede usted llegar a ser vecino nuestro en los Boltions —dijo—. ¡Estará instalado en gran plan cuando viva allí, no nos atreveremos a visitarle! —“Estoy diciendo tonterías —penso Hikia—. ¿Por qué soy tan inepta?”

—Espero que venga usted, —dijo cortés Julius—. Hilda qué limonada tan perfectamente fresca. ¿Qué son los tan alabados placeres de la carne comparados con la gran alegría de calmar la sed en un día de terrible calor?

Julius tomaba a sorbitos su limonada, sonriendo a Hilda casi extático y su cara parecía casi una máscara. “Qué cabello tan pálido y ojos tan oscuros tiene —pensó Hilda—. La verdad es que Julius es de un aspecto muy extraño. Tiene su cabellera un aire raro, como marchita, como pelo antiguo conservado, y sin embargo, su cara es joven. No es exactamente rubio y sus ojos deben de ser grises oscuros, ¿o son castaños oscuros con algo de azules? Y qué grande y curvada es su boca, como dos bocas fundidas en una —y pensó—; no debo mirarle así.”

—Es agradable esta zona —dijo Hilda.

—También me gusta la parte donde vive Morgan —dijo Julius—. Está muy cerca de aquí, ¿no?

—Ha ido usted a ver a Morgan...

—Sí. Por supuesto, sólo como amigo, pues nuestro drama ya pasó. Supongo que no pensar usted demasiado mal de mí.

—Yo... no... ¿cómo podría juzgarle?

—Es inevitable juzgar. Morgan debe de habérselo contado a usted todo.

—Un poco sí me dijo, pero...

—¿Pero...?

—Las vidas de las demás personas son muy misteriosas —dijo Hilda—. Apenas puede una darse cuenta de cómo es otra persona.

—¿Quiere usted decir que no puede saber cómo soy yo?

—No, me refiero a la propia Morgan, aunque creía conocerla bien. Me habló de lo de ustedes, pero no he podido llegar a hacer un juicio.

—Gracias —dijo Julius, después de un momento de silencio.

Tenía ya un tono más bien solemne. A Hilda la agitaba esta conversación. Julius la observaba, estudiándola, mientras que ella no podía mirarle. Lo que miraba era el jardín lleno de sol, el agua destellante y las rosas. Se deslumbraba. Movi6 su silla y qued6 mirando al interior de la sala oscurecida. La figura de Julius, vaga y turbia en su atenci6n. Se sentía nerviosa y, sin embargo, al mismo tiempo, casi soñolienta.

—Puede parecerle a usted raro pero me preocupa mucho lo que pudiera usted pensar.

—¿Lo que pensara yo?

—Sí. Quizá elija uno instintivamente sus jueces. Quizá haya un profundo sentido en la selección. Siempre me preguntaba: ¿qué pensar Hilda?

—Pero si usted apenas me conoce, me conocía.

—Me alegra que haya usted cambiado el tiempo del verbo. Morgan hablaba mucho de usted. Y, además, la he visto y he hablado con usted varias veces. Es usted una persona a la que no se olvida. Me atrevo a decir que yo la he observado a usted mucho más que usted a mí.

—¡Me cuesta mucho trabajo creer que se preocupase usted por mi opinión! —dijo Hilda. Sin embargo, la idea le agradaba.

—¡Pues le aseguro que la tenía en cuenta! Usted es mucho más seria y adulta que Morgan, mucho más un ser genuinamente reflexivo. Cuando intentaba yo ser objetivo procuraba ver el asunto a través de los ojos de usted. ¡Ya sé que eso es imposible, pero le aseguro que era un ejercicio muy saludable!

A Hilda le conmovió aquello. También se le ocurrió que nunca había creído que Julius tuviera escrúpulos. Había sido algo injusta con él.

—Espero que no le hiriera mucho lo que llama usted el drama.

—¡Gracias por preguntármelo, Hilda, gracias por pensar en eso! Pues sí, me hizo mucho daño, después de todo le tenía mucho cariño. ¡Y supongo que también me dolió la conciencia un poco! Una mujer casada y todo eso. Pero se recupera uno y los detalles no importan ya. Soy lo bastante mayor para ser muy convencional en el fondo. Pero puede uno llegar a un acuerdo con su conciencia. Como Morgan lo hizo con la suya. Y no voy a pretender que soy un santo.

—Creo que ese asunto fue un enredo —dijo Hilda—. Tantas cosas lo son en la vida.

—Muchas cosas lo son. Siento que Morgan tenga propensión a los líos.

—Creo que se enreda con la gente porque es una mujer de muy buen corazón —dijo Hilda—y luego se encuentra con que no se puede desenredar.

—Exactamente. Y en verdad es una persona muy inocente.

—¿Cree usted que Morgan se ha recuperado?

—¿De mí? ¡Pues sí! ¿No lo cree usted?

—Sí —dijo Hilda pensativa—. Ahora está absorbida por... en fin, que ejercita su buen corazón en otro sector. —Soltó una risita—. Y como usted dice, es muy inocente.

—¡Dios mío! —dijo Julius—. ¿De modo que lo sabe usted ya? —dejó el vaso en el suelo y se quedó mirando a Hilda.

—Sí, por supuesto —dijo Hilda—. Pero, ¿cómo lo sabía usted? ¿Se lo dijo Morgan?

—Tuve que enterarme.

—Espero que no se hable por ahí de eso ni se le dé más importancia de la que tiene.

—Lo toma usted con una gran calma, Hilda.

—¿Por qué no? —dijo Hilda—. Después de todo, no es alarmante y tiene su lado bueno. Ambos son sensatos y la diferencia de sus edades...

—¡Hilda, me deja usted estupefacto! Le confieso que siempre la he admirado a usted, pero ahora la reverencio.

—¡Empieza usted a preocuparme, Julius! —dijo Hilda—. ¿Quiere más limonada? Quizá debería yo estar más alterada. Pero estoy segura que nadie quedará herido...

Julius dejó escapar un largo y fuerte suspiro.

—Hilda, es usted maravillosa, ¡y tan sin convencionalismos! No es usted sólo heroica, sino probablemente también muy lista. Después de todo, como usted dice, son dos personas sensatas y estas cosas se deshacen solas si tiene uno el buen sentido de esperar y no intervenir. Probablemente, en efecto, no ser más que buen corazón por las dos partes...

—¡No creo que por parte de Peter sea cuestión de buen corazón! Me parece que el pobre Peter se ha enamorado un poco de su tía Morgan. Pero no es más que un amor de principiantes y estoy segura de que Morgan llevará ese asunto con prudencia.

Hubo un silencio. Pero fue un silencio demasiado largo. Hilda se volvió para mirar a Julius. Él la miraba con una rara expresión horrorizada.

—¿Qué pasa, Julius?

—¡Ah, Peter! Ya comprendo. Creí que estábamos hablando de... de otra persona... ¡Qué cosas!

—¿De qué otra persona podíamos estar hablando? —preguntó Hilda, muy sorprendida.

—Sí, sí, claro. Ya, Peter, desde luego. Vaya, qué tarde es, Hilda. Tengo que irme en seguida.

Ella se levantó también.

—Nada, nada, es que ha habido una mala interpretación. Quiero decir que yo también me refería a Peter. Morgan me lo contó todo. Perdóneme, Hilda, pero he de irme en seguida. Como estoy tan cerca, podría visitar a Morgan. Gracias por la limonada.

—Morgan está ausente de Londres —dijo Hilda—. Estará fuera una o dos semanas.

—¿Eso le ha dicho ella? o sea, claro, ya comprendo, que dijo que no estaría en Londres. Sí, sí. Hilda, tengo que irme en seguida.

Estaban en la puerta principal.

—Me deja en una gran confusión, Julius —dijo Hilda—. ¿Qué quiso usted decir hace poco cuando hablaba de...?

—Nada, nada. Sólo me refería a Peter. Hilda, yo... Perdóneme, perdóneme...

Julius le besó la mano. Luego se alejó rápido, agitando un brazo. Casi corría por la calle buscando la sombra.

Hilda se sostenía con la otra la mano que Julius le había besado. No estaba acostumbrada a que le besaran la mano. Volvió lentamente hasta la sala. Se había quedado intrigadísima. Luego empezó a asustarse, como si su vida estuviera de repente amenazada.

Capítulo 7

—He puesto las flores de lis en el jarrón blanco art nouveau —dijo Simon— Supongo que lo aprobarás.

—En esas cosas me fío de ti, querido.

—Pero, anda, dime que te gustan.

—Me parecen preciosas.

Era el cumpleaños de Axel.

Simon había decidido por fin no preparar la trucha de mar. Iban a empezar con boquerones y retsina. Después de una cazuelita con arroz y Nuits de Young. Luego un sorbete de limón seguido por una ensalada de achicoria y lechuga, un poco aliñada, seguida por queso blanco de Stilton y bizcochos especiales de la tienda de la calle Baker, con vino un poquito dulce.

Desde luego hacía demasiado calor para una cazuelita, pero a Simon le encantaba cocinarla. Además, era una tarea absorbente y él, para no pensar en sus preocupaciones, se buscaba, una tras otra, ocupaciones que le acaparasen la atención. Ya había empezado la tarde anterior a ocuparse preparando unas alubias con muchos alardes y aditamentos. Esta tarde, cuando volvió del museo, había asado cordero y medio pato, mientras las alubias cocían a fuego lento. Simon se abstraía en su afición a la cocina.

—¿No te pone casi a punto de desmayarte de alegría oler este guiso? —le dijo Simon a Axel—. Debo decirte que tengo muchísima hambre. Tenemos que cuidar de no abusar de los boquerones.

—Creí que no te gustaban los pescados cuyos ojos no pudieras ver. ¡Quizá los de los boquerones sean demasiado chicos para acusar!

—¡Por favor, Axel, ésta no es ocasión para el sentimentalismo! Espero que hayas seguido mis instrucciones y no almorzaras.

Estaban ambos en la cocina y tenían vasos de jerez en sus manos. Simon llevaba un delantal muy largo con margaritas rojas y blancas.

—Me pareció muy raro que me prohibieran almorzar por ahí en mi día de cumpleaños.

—¡Esto justifica de sobra la prohibición!

—Te confieso que tomé algo de almuerzo, muy poca cosa.

—Vamos, vamos, ¿es que no tomas en serio la comida?

—Pero, ¿no es la cazuelita demasiado pesada con el calor que hace?

—Te hará sudar y luego te sentirás más fresco.

—Has hecho muchísima cassoutet. Tendremos que comérmola en varios días.

—Está deliciosamente, fría.

—Sí, es cierto que no tomo en serio la comida —dijo Axel—. Soy un puritano.

—¡Esa condición tuya la hemos discutido refiriéndonos a otras actividades!

—La comida revela la ordinariez característica de los humanos y también el inevitable fracaso de sus satisfacciones. Llegamos a la mesa ansiosos, nos atiborramos y terminamos deprimidos y decepcionados, además de sentirnos un poquito nauseabundos para colmo. Es una imagen de la decadencia en la existencia humana. Un comienzo ansioso y un final embrutecido. Los camareros, que observan constantemente ese proceso deben de ser, de los hombres, los más desilusionados.

—¡Parece mentira, Axel, que digas semejantes cosas delante de mi cassoulet! Creo que deberíamos retirarnos a la sala.

Y allá se fueron. La imagen del kouros, que había estado eclipsada muy poco tiempo, había vuelto a su sitio habitual. Simon empezó a arreglar de nuevo las flores de lis. Eran tallos altos y “con barba”, y de colores insólitos, púrpura casi negro, naranja casi marrón y unos azules metálicos brillantes, casi luminosos. Le habían costado a Simon muy caros en Harrods.

—¿Te gusta tu corbata, Axel?

—Sí, es preciosa.

Axel llevaba una corbata algo oscura y discretamente florida que Simon le había regalado y que tenía un cierto parecido con el fondo de un cuadro prerrafaelista. El gusto de Axel en cuanto a las corbatas seguía siendo un misterio. Cuando Simon lo había conocido, solía Axel llevar diariamente la misma corbata, una muy fea, azul oscura, con lunares blancos. Simon, esforzándose por educar a su amigo, había cometido al principio, y ahora se daba cuenta de ello, el error de aplicarle una táctica de choque. En cuanto a las corbatas, Axel era muy cortés y misterioso. Aceptó con exclamaciones de entusiasmo las de “estilo Matisse” que Simon le había regalado con la esperanza de animar su sentido del color. Sin embargo, Simon observaba que Axel apenas se ponía las corbatas que él le regalaba y que la monstruosidad de lunares blancos tendía a reaparecer después de un breve intervalo. Hasta que un día se la llevó Simon y la tiró a una papelería en el metro. Más adelante, con mayor tacto y mejor conocimiento del tema, Simon concibió un estilo especial para Axel, unas corbatas oscuras y, sin embargo, de color vivo, con diseños intrincados aunque no excesivamente llamativos. Como alguien que estudia en un animal los efectos que le causa una nueva alimentación, Simon estudiaba las reacciones de Axel a las corbatas nuevas. Después de haber utilizado un extenso repertorio corbateril, Simon podía ya hasta hacer estadísticas y descubrir en qué coincidían su propio gusto y el de Axel. La corbata que había comprado para el cumpleaños de Axel era buena muestra, pensaba Simon, del resultado de sus investigaciones.

—Y las camisas, ¿te gustan?

—Sí, precisamente son las que me vienen bien y que prefiero, querido.

Ése era un regalo un poco fastidioso. Axel le había instruido, con insistencia, en cómo quería las camisas. Es verdad que llegar a acertar le había costado a Simon un par de fracasos

bastante caros en el pasado. Axel no era, desde luego, fácil para hacerle regalos. Tendía a decir: “Pero si ya tengo una de esas”, cuando le regalaba Simon alguna prenda cuidadosamente seleccionada y de diseño único. Llegó a admitir la posibilidad de que su compañero padeciera de daltonismo. “A mí, en cambio, se me hacen regalos con toda facilidad —pensaba Simon—. Hay tantísimas cosas que me gustan y quiero.” Y se acarició la corbata azul real con hojas de acanto verde esmeralda que llevaba puesta en el cuello de la más pálida de sus camisas verde pálido.

—Tienes una nueva corbata, Simon. Eres un chiquillo extravagante.

—Siempre se me permite regalarme algo a mí mismo con motivo de tu cumpleaños. Es una tradición. Y la casa también recibe un obsequio con ese motivo.

—Sí, sí. Ya lo he notado. Has comprado otro de esos caros jarrones irlandeses. Sé más prudente, criatura. No estamos hechos de dinero.

A Simon le encantaba ese plural.

Esos eran momentos en que debería haberse sentido muy feliz. Y en cierto sentido lo estaba. Desde el incidente en el restaurante chino, Axel había vuelto a estar de buen humor. Estaba excepcionalmente cariñoso con Simon y parecía haber olvidado por completo el fastidio que le había causado Morgan. Pensaba Simon que el perdón era una gran prueba de amor y a éste le habría hecho muy feliz de no haber sido por la complicación con Julius. Simon se sorprendió a sí mismo pensando obsesivamente en Julius y en cómo le había implicado éste en una situación tan rara sin que llegara él a entender en qué consistía esa situación. Sin duda, tenía algo de perverso, más bien aterrador, e implicaba decir mentiras. También era algo profundamente asqueroso. Julius parecía estar tratando de complicarle en una especie de conspiración, pero, ¿con qué finalidad? Si no le hubiera ocultado Simon a Axel aquella escena tan desagradable en el piso de Julius... Y si, pues el pecado retrocedía en el tiempo, le hubiera dicho Simon a Axel que Julius le había pedido ir a su piso. Si por lo menos hubiera dicho Simon la verdad en la segunda etapa, aunque Axel se hubiera enfadado mucho, todo iría ya por buen camino en cuanto a ellos dos. Como un delincuente que pide le sean tenidos en cuenta contra él otros delitos, Simon podría ya haberse descargado de todo el asunto y podría disfrutar, con el corazón limpio y contento, las recientes pruebas del amor de Axel. ¿Acaso no había tenido ocasión de contárselo todo a Axel? ¿No debería, incluso ahora, decírselo?

Simon se hallaba aún bajo los efectos de la impresión que le causó lo que le hizo escuchar Julius en el Museo. Tal secreto pesaba sobre él insoportablemente y, sin embargo, sentíase Simon obligado a seguir guardándolo. Revelarlo significaría contar toda la historia. Y no es sólo que temiera las amenazas de Julius. Por supuesto, las temía, pues se relacionaban profundamente con las pesadillas permanentes de su vida. Pero también era porque decirle eso a Axel significaba traicionar a otras personas. ¿Sería sensato contárselo a Axel tal como estaban ya las cosas? Julius había previsto ya el problema. ¿Qué haría Axel si se enteraba? ¿No intervendría o, por el contrario, iría en seguida a hablar con Rupert e incluso con Hilda? A Axel le era antipática Morgan. ¿No aprovecharía ese asunto para echárselo en cara y querría desacreditarla? Y había que tener en cuenta que Axel detestaba las ocultaciones. Habría un doloroso y terrible lío, incluso quizás un escándalo. Le impedía a Simon pensar con claridad su insistente incredulidad de que Julius estuviera diciendo la verdad. ¿Había éste tramado todo ello haciendo que Rupert y Morgan creyesen, cada uno de ellos, que el otro estaba enamorado? ¿Cómo demonios lo había logrado? E incluso, si no lo había tramado él, ¿cómo supo dónde se iba a reunir la pareja? Desde luego, pudo haber interceptado una carta. Este horrible enredo entre Rupert y Morgan podía ocurrir completamente aparte de Julius, y éste pudo haber decidido por oscuros motivos propios intrigar a Simon sobre ello. Y si era un lío tramado por Julius, ¿podría también interrumpirlo sin que nadie sufriera, como se había jactado ante Simon? ¿Podía uno confiar en Julius o creerle en cualquier asunto en que interviniese? ¿Cómo era posible que semejante enredo no llegase a tener un final muy desventurado? ¡Es que se trataba precisamente de esas dos personas! Para colmo. Simon sentía confusos celos por lo que estaba ocurriendo, a la vez que le daba pena de sí mismo. Confiaba que todo ello terminaría bien, aunque no sabía cómo; tan bien que luego parecería no haber ocurrido nada en absoluto. Esta esperanza era en parte lo que le convencía de no abrir su propio corazón ante Axel.

Simon estaba obsesionado. Pero los seres humanos se acostumbran a llevar una doble vida. Evitaba pasar por Seymour Walk y Priory Grove. Y cuando estaba con Axel, todo aquello parecía no importar mucho, o que al final se arreglaría todo bien. Mientras Simon iba de un lado a otro por la salita arreglando las flores de lis, dando palmaditas para alisar los cojines y echando más jerez muy seco en el vaso de Axel, se sintió tranquilo y contento.

—Ahora que me acuerdo dijo Axel—. No sé cómo se me olvidó decírtelo: Julius llamó y preguntó si podía venir esta noche.

—¡Oh, no!— Simon dejó la botella encima de la mesita, en la que hizo un ruidoso “clack”.

—Dije que muy bien —añadió Axel—. Supongo que no te importará. Me pareció un buen detalle de Julius que se acordara de mi cumpleaños.

—¡Dios mío! —dijo Simon. Levantó la botella y automáticamente con su pañuelo limpió el cerquillo que había dejado en la mesita.

—¿No te importa, verdad, Simon? ¿Qué pasa?

—Creí que íbamos a estar solos tú y yo —dijo Simon—. Me hacía mucha ilusión.

—No seas chiquillo. Después de todo, comemos tete-a-tete muchísimas veces al año. ¿Para qué preocuparse por ésta?

—Ésta es especial. Axel, creo que debías haberme consultado.

—¿Y cómo te lo iba a preguntar? Habría parecido una grosería. Tenía que decir sí o no por las buenas.

—Pues debiste decir no, ¡ea!

—¡Parece mentira, Simon! Supón que tuviera yo la idea de ver esta noche a Julius.

—Entonces, ¿por qué no lo llevas a cenar fuera?

—¡Simon, basta ya! Debes dejarte de esos estallidos irracionales de celos que lo estropean todo. ¿Por qué no piensas un poco antes de hablar? Te conduces como un niño de tres años. Julius es un viejo amigo y no voy a renunciar a mis amistades sólo para calmar tu exclusivismo infantil. Estoy harto de esos caprichos tuyos. Sabes perfectamente que te quiero. Creo que eres de lo más desagradecido.

—Muy bien, muy bien, lo siento. De todos modos, no se trata de eso que dices. Quiero decir que no es por celos. Es sólo porque... Lo siento, Axel. Pero lo arreglé todo con tanto cuidado y ahora de pronto me vienes con eso.

—¡Bueno, no puedes decir que no haya bastante comida!

—No habrá bastantes boquerones.

—Tú mismo dijiste que no debíamos comer muchos boquerones. Anda, Simon, que es mi cumpleaños. Precisamente has insistido tú mucho en celebrarlo. No te enfades conmigo. Quizás haya debido decírtelo con más antelación, pero se me olvidó. ¡Lo cual te demuestra que no puede haber sido tan importante para mí!

—Sí, sí. Perdón, cariño. ¿Cuándo viene Julius?

—Ahora que lo pienso, no me lo dijo. Sólo me preguntó si podía venir por aquí.

—¡De modo que, supongo, tendremos que esperarlo indefinidamente! La cazuelita estará hecha un asco.

Simon se fue a la cocina y miró el gran cacharro de barro que habían comprado ellos dos en Besançon. Todo se había ennegrecido y muerto de pronto. ¡Oh, si no hubiera empezado a mentirle a Axel!

—Hola, Axel.

—¿Qué tal, Julius?

—Que cumplas muchos años con felicidad.

—Gracias.

—Hola, Simon, estás muy guapo.

—¿Quieres un martini seco?

—No, gracias. Mi delicado y fastidioso interior ha agradecido que no haya tomado martinis desde que estoy en Inglaterra. Y creo que esa renuncia me viene muy bien para no tener dolores de cabeza. Sólo un whisky corto, por favor. ¿Me puedo sentar aquí?

La cassoulet se había pegado. Simon rechazó la propuesta de Axel de que empezaran a comer sin esperar a Julius. Insistió en que debían esperarlo. Eran ya más de las nueve.

En su traje negro de tejido muy ligero, tenía Julius un aspecto inmaculado y clerical. Llevaba consigo al entrar, y la dejó sin comentarios junto a su silla, una caja grandísima en papel marrón. De la forma cómo la manejaba, la caja parecía ser de poco peso. Simon la miraba con inquieta curiosidad. ¿Qué contendría? Debía de ser un regalo para Axel.

—Qué habitación más inglesa es ésta —dijo Julius. Bebía muy lentamente su whisky y recorría con la mirada la salita satisfecho.

—¿Qué tiene de inglés? —preguntó Simon. Se sentía nervioso, irritado y muy fastidiado. Era su estado de ánimo cuando deseaba que todo se pusiera embarazoso, desconcertante e incluso de espanto.

—Este tranquilo y confiado eclecticismo multicolor. A los norteamericanos les asustan los colores y mezclar los estilos. El resultado suele ser de un efecto aburrido y feo. En los Estados Unidos no puede uno encontrarse en un ambiente agradable.

—Tienes muy buen aspecto, Julius —dijo Axel—. La vida en Inglaterra parece estarte sentando bien. He oído rumores de que vas a instalarte en Londres.

Axel y Julius se habían instalado en dos grandes sillones, uno a cada lado de la chimenea, con las piernas muy extendidas. Se habían relajado como después de un largo e intenso esfuerzo. El bochornoso olor de la cazuelita entraba desde el fondo de la sala. Simon tenía un hambre tremenda.

—Sí, estoy pensando en quedarme aquí. Londres es una ciudad tan civilizada y sienta muy bien a los nervios. No creo que pudiese vivir ahora en París. ¿Y tú?

—Nunca me ha gustado mucho París. En Roma, en cambio, podría vivir, pero quizá sea una ilusión mía. Siempre he tenido la fantasía de estar viviendo en Roma.

—¿Sí? Si que es raro, porque también yo he tenido esa fantasía. Aunque nunca he estado allí más que unas semanas.

—Tampoco yo he estado más tiempo en Roma. Pero me obsesiona. ¡Aquella masa coagulada de historia! Está todo allí tan espléndidamente desarreglado, como en Londres.

—Exactamente. Me gusta la vida pueblerina de Roma.

—Aquellas innumerables placitas.

—Y las fuentes. Y las estatuas blancas entre los árboles.

—Y las columnas antiguas en muros del Renacimiento.

—Y las luces de neón de noche en casas de color oscuro.

—Y los muchachos desnudos bañándose en el Tíber.

—¡Ah, los muchachos desnudos bañándose en el Tíber!

“Con esos elogios pueden seguir indefinidamente”, pensó Simon. Estaba decidido a no proponer que cenasen. Que se pegara la cazuelita.

—Desde luego, la ópera no es tan buena como en París —dijo Julius.

—Es cierto, pero siempre puede tomarse un avión a Milan.

—Van a dar Mozart en el Sadlers Wells. ¿Está bien esa compañía este verano?

—No está mal. Dieron una cosa bastante presentable olvidé lo que están poniendo ahora.

—*Die Entführung aus dem Serail*. ¿Eh, Simon?

—¿Qué? —dijo Simon. Había estado asomado a la ventana, malhumorado.

—*Die Entführung aus dem Serail*.

—No puedo soportar a Mozart —dijo Simon.

—Axel, creo que no debes dejarle decir cosas como ésa. Me hacen sentirme apocado.

—No digas, Simon, que no te gusta algo de Mozart. Ayer mismo estuvimos tarareando *Voi che sapete*.

—*Voi che sapete!* —exclamó Julius—. *Tiens!*

—Sólo me gusta la música que puedo tararear —dijo Simon

—No es mal principio —dijo Julius—. Por lo menos es honrado. No hay que despreciar al tarareo. En realidad, es un punto de partida.

—Sin embargo, dudo mucho que Simon pase de ahí —dijo Axel—. He interrumpido su educación musical.

—Qué lástima. Parece tan impropio de Simon que no le guste la música.

—De acuerdo.

—Es una persona tan femenina. Todos los detalles de esta habitación son indudablemente obra de Simon. El ingenio con que están distribuidos esos cojines y la forma de colocarlos, la graciosa colocación de esas cortinas, el arreglo tan especial de las flores, y hasta la presencia misma de éstas. ¿No llevo razón? Simon proporciona aquí el toque femenino. Por eso tendría que saber música. La mayoría de las mujeres son musicales.

—¿Lo crees así? —dijo Axel—. La experiencia me ha enseñado que los hombres son mucho más musicales que las mujeres. La verdad es que no conozco mujeres con gran capacidad para la música.

—No conoces a ninguna mujer —dijo Simon.

—Ha de darse uno cuenta —dijo Julius— de lo significativo que es quién es musical y quién no. Por ejemplo, Morgan detesta la música...

Simon miró subrepticamente su reloj de pulsera. Diez minutos más tarde discutían los otros dos de alguien o algo llamado *Dieter Fischer-Dachau*.

Simon descendió silenciosamente las escaleras.

Estuvo un rato en la cocina bebiendo jerez. Que hablasen cuanto quisieran. Supuso que iban a continuar una hora más. Sólo el olor a quemado de la cazuela de barro se estaba haciendo casi insoportable. Simon resistió la tentación de levantar la tapadera y sacar unas alubias. Quería sufrir. De la salita le llegaba algo de la conversación y supo que hablaban de Wagner.

—Wagner era, por supuesto, un homosexual —decía Julius cuando Simon volvió a la habitación. Éste llenó otra vez su vaso y se sentó junto a la ventana. Incluso esa información no le interesaba por Wagner. Ahora se habían lanzado a comentar el viejo y aburrido Anillo.

—Pero aquí estoy yo charla que te charla —dijo Julius por fin— y no le he dado a Axel su regalo. ¿En qué estoy pensando? —Se inclinó y empezó a deshacer el nudo del gran paquete de papel marrón—. ¡Nunca he sabido deshacer nudos!

—¡Qué amabilidad la tuya de traerme un regalo! No te preocupes con el nudo. Te traeré unas tijeras. —Se levantó y salió de la habitación.

—Simon —dijo Julius en voz baja—. Ven aquí.

Simon, automáticamente, se levantó y se acercó a él.

—Escucha, Simon, no te preocupes. Todo saldrá bien. ¿Comprendes?

Simon miró hacia abajo al rostro ansioso y sonriente de Julius. Luego volvió la cabeza y se apartó. Cuando Simon inició esa retirada, Julius le dio un pellizco en el trasero.

Se oyeron los pasos de Axel en el descansillo.

Simon estaba asomado a la ventana. Tenía arrebolada la cara.

—Aquí están las tijeras —dijo Axel detrás de él.

—No sé si podrás figurarte lo que es.

—No tengo ni la menor idea.

—Simon, ven aquí a ver el regalo de Axel.

Simon se volvió, intentando ocultar su emoción. Sentía a la vez vergüenza y furia y una excitación horrible.

Julius había quitado ya el papel del envoltorio y tenía abierta la caja. No se sabía aún lo que ocultaba el papel fino del interior.

—Desenvuélvelo tú, Axel.

Intrigado, Axel empezó a sacar el papel fino. Aparecieron un par de peludas orejas. Un momento después tenía Axel en las manos un oso de peluche rojo.

—¿Verdad que es adorable? —exclamó Julius. Sonrió, lanzó una risita burlona y por fin se rió con ganas.

—¡Dios mío! —dijo Simon consternado.

—Tenéis que quererlo mucho, los dos —dijo Julius—, porque si no le queréis los dos, sufrir mucho el pobre. Espero que no acabe haciendo celoso a nadie aquí. —Estaba tan regocijado que la risa casi le ahogaba.

Axel no lograba quitarse la expresión de horror y de incredulidad que se le había puesto. Todo lo más que consiguió fue un gesto helado. Puso en el suelo el oso de peluche. Finalmente dijo:

—Gracias, Julius, por haberte acordado de mi cumpleaños. —Se inclinó y empezó a doblar el papel de seda. Mientras tenía Axel agachada la cabeza, Julius le hizo a Simon una burlona señal poniendo en círculo los dedos índice y pulgar.

—Creo que deberíamos cenar ya —dijo Simon desesperado.

—¿Cenar? —exclamó Julius—. Si he cenado hace horas. Creí que ésta era una visita para después de cenar. ¿Quieres decir que vosotros no habéis comido?

—Es que estábamos esperándote —dijo Simon—. Entendí que Axel decía que te habías invitado a cenar.

—No, no. Estoy seguro de que dije “después de cenar”. Me pareció un poco raro que me ofrecierais un martini, ¡pero di por cierto que era un tributo vuestro a lo que consideraréis las bárbaras costumbres de los Estados Unidos!

—De todos modos, te agradecemos tu visita —dijo Axel.

Evidentemente, seguía sufriendo la tremenda impresión que le había causado el regalo.

—¿Te ha gustado el oso, verdad?

—Claro que sí. Es de lo más original.

—He tenido la seguridad de que estaría feliz aquí. No me ha dicho cómo se llama, pero estoy convencido de que no tardará en murmurárselo tímidamente a Axel. Parece ser fiel, ¿no creéis? No dejéis de quererlo mucho. Es gordito y falto de confianza. “Un oso, por mucho que haga para evitarlo, se pone rechoncho si no hace ejercicio.” Ya veis lo enterado que estoy de literatura inglesa. ¡Vaya, qué tarde es!, son mucho más de las diez. Tengo que irme, soy un fanático de acostarme temprano. Y vosotros dos debéis de estaros muriendo de hambre.

Buenas noches, Axel. Buenas noches, Simon, cariño. Disfruté muchísimo de nuestra última reunión. No, no me acompañéis por las escaleras, puedo encontrar muy bien la salida. Buenas noches, buenas noches.

Salió Julius y se cerró la puerta de la calle. Simon, que había ido con él sólo hasta el arranque de las escaleras, volvió a la sala. Axel se levantó y le dio una patada al oso, enviándolo al otro extremo de la habitación.

—¿Qué es eso que te ha dicho sobre vuestra última reunión?

—No hablaba conmigo. Se refería a nosotros dos...

—No, no. Se dirigía sólo a ti. No me habías dicho que estuviste con Julius.

—Bueno, no es que estuviera con él. Me telefoneó...

—Lo viste. ¿Cuándo?

—Sólo un momentito. Vino a mi despacho. Fue tan...

—¿Qué quería?

—Pues quería... Verás, quería decidir qué te regalaría para tu cumpleaños.

—¿Ese regalo? ¿Quieres decir que fuiste tú quien le aconsejó regalarme un grandísimo oso de peluche?

—No, no, claro que no. Eso se le ocurrió después a Julius y yo no me enteré. Ha sido una broma suya.

—Ya, ya, y tú le habrás animado a ello. Os reísteis de mí juntos. ¿Era a eso a lo que aludía cuando te hizo una seña?

—No me hizo seña alguna.

—No digas más mentiras. Y estuvisteis murmurando cuando yo salí de la habitación.

—En verdad, Axel...

—Sí, sí. Y estabas coloradísimo cuando regresé aquí. ¿Crees que estoy sordo y ciego?

—Te aseguro que no hubo nada...

—¿Has estado en su piso?

—No.

—Mírame, ¿has estado alguna vez en el piso de Julius?

—No, no, nunca..

—Ya veo que mientes.

—Axel, te juro.

Axel se volvió y salió de la habitación. Simon corrió tras él hasta el dormitorio. Axel se estaba poniendo la chaqueta.

—Por favor, Axel, por favor...

—Quítate de en medio. Voy a salir.

—Pero nuestra cena; la cassoulet...

—Que se vaya a la porra tu cazuelita.

—Axel, por favor no te vayas; voy a ser muy desgraciado.

—Y saca de la casa ese maldito oso. No quiero volverlo a ver.

—No ha sido idea mía.

—No me toques. Y no te acerques a mí esta noche. No quiero verte ni hablarte. De ahora en adelante puedes dormir en la habitación de los huéspedes.

—¡Axel!

Axel desapareció escaleras abajo y salió a la calle. La puerta principal fue cerrada con violencia.

Simon descendió lentamente. Abrió la puerta; volvió a cerrarla. Fue luego a la cocina. La cazuelita estaba quemada. Mientras le corrían abundantes lágrimas por la cara, cerró el horno.

Capítulo 8

—Preferiría que no les hubieras dicho eso —dijo Rupert.

—¿Qué me voy de Londres?

—Sí, no era necesario. Es mucho mejor atenernos a la verdad lo más posible.

—No tenía más remedio, Rupert. Debía “despejar las cubiertas”. No quiero tener que ocuparme de otra gente. Y, tal cómo están las cosas, no podría enfrentarme con Peter. El pobre chico no puede dejar de hacer peticiones. La verdad es que desearía dedicarte toda mi atención, poder pensar, ¿está mal eso?

—Siento mucho que hayamos tenido que desorientar a Hilda. .

—En fin, ya la estábamos despistando, ¿o no? Y al decirle a Peter que me iba, tenía que decirle lo mismo a Hilda. Vamos, Rupert, reconoce que no te gustaría que Peter o Hilda llamasen a la puerta.

—Supón que Hilda te ve en algún sitio.

—No me verá, Rupert. No te preocupes tanto. Hilda nunca viene por Fulham Road a no ser para visitarme. Y aquí no vendrá porque cree que no estoy. No es su territorio. Ya sabes que siempre va por Earls Court.

—Más vale que no vayas por Earls Court Road.

—Desde luego. El único fastidio es que no puedo contestar al teléfono y podrías ser tú.

—Ellos no te llamarán por teléfono.

—Ellos no, pero puede ser otra persona y podría difundirse la noticia si contesto. Por ahora he de ocultarme a todos.

—Querida, todo esto es tan... A mí me puedes llamar a la oficina.

—Ya lo sé, y es una bendición. ¿No te ha importado que te llamase hoy? Tenía que verte.

—Oh, Morgan, Morgan. No sé si estamos siendo prudentes. Me ha afectado tanto que le dijeras esa mentira a Hilda.

—Rupert, te pones tonto. No le podemos contar a Hilda lo otro, lo nuestro, ¿eh? Ya estamos de acuerdo en eso. Y esta otra falsedad es de muy poca importancia.

—¿Le has dicho también a Tallis que estarás fuera?

—Se lo habrá dicho Peter. ¿Acaso no te da una mayor seguridad saber que podemos estar solos?

—Así parece todo más clandestino.

—Y es clandestino.

—¿Y Julius?

—A él le he enviado una tarjeta. Nadie vendrá aquí.

Rupert se sentó en el sofá de Morgan. Se sentía perplejo, turbado, inquieto y también profundamente interesado. Morgan le inspiraba al mismo tiempo una creciente ternura y preocupación. Daba ella la impresión de hallarse en un estado de ánimo muy raro. En los últimos días había recibido él en su oficina muchas cartas de Morgan, todas las cuales leyó varias veces antes de romperlas meticulosamente. Algunas de las cartas eran razonablemente tranquilas, llenas de reiteraciones de confianza y de preocupación por los sentimientos de él y por su bienestar, otras eran las de más frenético amor que hubiera recibido Rupert en su vida. Le trastornaban y asustaban muchísimo. Morgan parecía estar con respecto a él en un estado casi esquizofrénico. También le asombraba y le tenía impresionado la firmeza con que insistía en verlo. Pensaba que si estuviera él en la situación de Morgan, habría huido. Y se sentía

obligado, cuando ella se lo pedía, a acudir. Una negativa podía producir un extremado frenesí. Además, le gustaba ir a verla.

—Hay algo muy raro en todo esto dijo Rupert. Morgan había cogido una silla y se sentó muy cerca de él. Se miraron el uno al otro.

Morgan estuvo contemplándolo unos momentos en silencio. Luego le dijo:

—Te estás portando bellamente.

—Sospecho que como me porto es temerariamente. Estoy dejando pesar sobre ti una carga que probablemente no se esperaría que tú soportaras, ¡aunque seas tú quien la haya pedido! Debe de haber más pena que placer de verme.

—No te preocupes por mí. Puedo resistir cualquier carga. Debemos y podemos sólo aguantarla los dos juntos. No te asustes.

—No estoy seguro de que no haya una especie de contradicción en lo que intentamos hacer. Estas citas nuestras son muy dramáticas, sobre todo, porque han de ser secretas.

—Desde luego, por ahora te hacen sentirte más agitado. Pero si yo me marchase lejos, ¿no te sentirías, y perdóname por decirte esto, frenético? Eso sí que sería un drama. Debemos tratar de hacerlo todo con naturalidad. Tienes que ir acostumbrándote a mí. Sencillamente, acostumbrarse el uno al otro, sentirnos, será ganar la mitad de la batalla. Nos hemos tenido por sabidos tanto tiempo y sólo ahora nos damos cuenta de que somos unos desconocidos. Rupert, no vamos a dejarnos el uno al otro por lo que ha sucedido. Es un desafío. Algo que debemos transformar en una bendición, en algo muy bueno. ¿No es así?

—Supongo que sí —dijo Rupert dudando— No quiero adoptar una actitud negativa. Eso sería, estoy de acuerdo contigo, una lástima, un despilfarro.

—Un crimen contra la vida, Rupert.

—Mmmm. Quizá no tengo una idea tan elevada de la vida como tú. Me es muy difícil no emocionarme ahora, cuando te veo así.

—¿Pero, por qué no has de dejarte llevar por las emociones? Tenemos que ser realistas ante nuestra situación. ¡No podemos prescindir de la emoción! Ten mi mano —Morgan le tendió la mano.

Rupert la miraba. El rostro de ella estaba bronceado, serio, duro. Él le tomó la mano tendida. En seguida inclinó la cabeza y se puso la mano de ella en la frente. Ella se apartó en seguida.

—Oh, Rupert, Rupert —dijo Morgan—. ¿Te acuerdas de cuando, poco después de mi llegada, estando los dos en tu despacho, fuiste tan amable conmigo y me diste aquel pisapapeles de malaquita? Yo te estaba diciendo tonterías y aunque olvido las palabras exactas, algo acerca de que “Uno se pierde en su psique. Nada es real. No hay partes duras ni centro. Sólo hay cosas inmediatas como...”, y entonces cogí el pisapapeles y dije: “Como esto”, y me lo puse sobre la frente. Pero lo que deseaba significar con eso, lo que en verdad quería yo entonces era tomarte la mano en vez del pisapapeles y hacer lo mismo, pero con ella, lo que has hecho tú con mi mano hace poco, querido Rupert...

Rupert se levantó. Se acercó a la librería y miró los libros.

—Creo que lo mejor que podrías hacer sería un crucero muy lejos.

—¡Querido, te estás riendo de mí y eso me alegra mucho! ¡Si podemos tener los dos sentido del humor, todo saldrá bien!

—En esta situación necesitamos algo más que sentido del humor —dijo Rupert—, lo que nos hace falta es un clarísimo sentido del bien y del mal, y no estoy seguro de que yo pueda proporcionarlo.

Durante los últimos días había tenido Morgan fugaces, excitantes y extrañas citas con Rupert, tensas esperas interminables e interesantes reflexiones después de lo hablado. Morgan sentía una gran agitación pero, lo que era sorprendente, muy poca inquietud. Era un tiempo del destino, no de tomar decisiones. Nada terrible ocurriría. Ella y Rupert tenían sólo que tomarse las manos. Los dioses harían el resto.

Al principio estuvo ella perpleja sobre el estado de ánimo de Rupert. Él le había enviado varias cartas. Dos de ellas eran extraordinariamente sobrias de tono, llenas de disgusto y dudas así como de tierno afán de que Morgan no sufriera. Las otras cartas, en violento

contraste, parecían insensatas, una tremenda locura rebotante de apasionadas declaraciones de amor, súplicas, exaltadas peticiones. Desde luego, Rupert tenía una gran habilidad para manifestar su amor en el papel, aunque cuando se hallaba junto a ella parecía estar arrepentido de lo que había escrito o incluso lamentablemente mudo. Ella rompía todas las cartas de Rupert, como él le había dicho que hiciera, pero no pudo resistir a la tentación de copiar los pasajes más elocuentes en un cuaderno. Era evidente que Rupert luchaba consigo mismo e igualmente claro que el impetuoso y salvaje Rupert de las cartas era quien iba ganando, el oculto y profundo Rupert. Tenerlo así a sus pies era conmovedor para Morgan: sentía piedad, compasión, delicia. Después de mucho tiempo, volvía a sentir una extraña conmoción de felicidad.

Morgan tenía una capacidad para tratar de sólo una cosa a un tiempo, y de no preocuparse, casi de no ver, otras facetas de la situación. Como se sentía segura de que debía otorgarle ahora a Rupert toda su atención, no le era difícil no pensar demasiado urgentemente en Hilda, en Peter o en Tallis. Por supuesto, tenía en cuenta a estas personas e incluso sus deseos, pero parecía hallarse en otro esquema de tiempo. Las tenía “pendientes” y Morgan no sentía, cuando estaba con Rupert, que durante aquellos minutos y horas existiera realmente Hilda cerca y pudiera estarse preguntando dónde estaba su marido. En Julius pensaba de otro modo. Julius seguía grande y omnipresente en su conciencia y algo misteriosamente implicado en los nuevos sentimientos de ella. “¿Qué ha pasado? —se preguntaba Morgan—. ¿Es que Julius me liberó y esto es la manifestación de mi libertad? ¿O es que el aceptar el amor de Rupert es una especie de venganza mía contra aquél?” Le habría gustado mucho discutir este asunto con Julius. ¡Cuánto le interesaría a él! Sin duda le habría encantado a Morgan jactarse ante él de su conquista. Pero, por supuesto, eso sería inconcebible. Era ciertamente algo no nuevo y de gran importancia; y disponer, después de Julius, de algo que fuese grande e importante en su vida, de una novedad extremadamente inesperada en su vida, era un triunfo que la reanimaba mucho. Por medio de eso volvía a presentarse el antiguo amor, pero muy cambiado, y esto, pensaba Morgan, era formidable. Entretanto sus pensamientos acerca de Tallis, y desde luego seguía pensando en él, eran vagos, vagos, vagos. En Peter apenas pensaba. También se le hacía aún más claro, y lo consideraba como muestra de su propia y duradera racionalidad que, como compañero y persona, Rupert fuese más conveniente y mejor pareja para ella que ningún otro hombre de los que había conocido. Los otros dos hombres más importantes en su vida, Julius y Tallis, eran, y ahora se daba cuenta, inadecuados en absoluto para ella. Julius, demasiado errático y

dominante, y Tallis demasiado inseguro para captarla e irremediablemente excéntrico. “Tallis nunca me ha poseído”, pensó. Rupert, incluso estando tan afectado por la situación, tenía sobre ella una especie de autoridad a la que toda su naturaleza podía responder con calma. Eran, entre el tumulto de las pasiones de Rupert y los sentimientos excitados de ella, la calma y la firmeza de su respuesta las que la hacían sentirse confiada en la rectitud de su decisión de seguir viéndolo. Sabía que la situación era peligrosa pero no podía darse plena cuenta de ese peligro. Tenía una gran confianza en la sensatez de Rupert y en su bondad. Desde luego, quizá fuera de eso de donde surgía su profundo sentido del destino. Rupert la ayudaría a cuidar del propio Rupert.

Al pensar en el asunto, alegraba a Morgan descubrir que no había otra alternativa en cuanto al camino que tomaba. Basaba su punto de vista, que había tomado con algún cuidado, en parte en el conocimiento de su propio temperamento, y en parte en sus hipótesis sobre Rupert, así como que la conjunción de que su unión con Rupert era la voluntad del mundo. Morgan, sonriéndose astutamente a sí misma ante el espejo, sabía muy bien que no era capaz de prescindir de esta aventura. No era ella la que había pedido el amor de Rupert. Se había quedado estupefacta ante esa revelación. Pero ya que lo tenía, no iba a marcharse en un crucero por el mundo huyendo y aspirar a encontrarse con un Rupert cortésmente turbado pero ya curado, esperándola a su regreso. Fuera lo que fuese aquella pasión, estaba decidida a cruzarla por en medio.

Por supuesto, Rupert se curaría, por lo menos cambiaría en cierto modo. “Y, oh, en el cambio —pensaba Morgan—, ¡que nada se perdiera!” Todo lo que había en esta nueva relación era preciadísimo. Las propias necesidades de Rupert le dictarían a ella su conducta. Felizmente ya le iban dictando una táctica semejante a la que ella deseaba. Sería inconcebible abandonar a Rupert en este tremendo lío. Es raro que dos seres humanos de verdad se pongan a muy poca distancia el uno del otro. Sería injusto para con Rupert no intentar convertir esa inesperada proximidad en algo psicológico y moralmente practicable. “Seremos amigos muy íntimos —se decía Morgan—, muy, muy íntimos. Nadie lo sabrá. A nadie le herirá esta grandísima amistad. Puede lograrse.” Y sentía la impresión de que, al tomar ella esta decisión, la vida estaría de su parte.

—Lo malo es lo condenablemente atraído que me siento por ti —dijo Rupert.

—¡Adoro tus afirmaciones, quitándole importancia a lo que dices! Ya lo he notado en tus cartas. Y ya que dices eso, has de saber que también tú me atraes muchísimo.

—Disfruto mucho viéndote —dijo Rupert—. Aunque desde luego siempre nos hemos visto mucho, así que esto de ahora no lo varía.

—¡Supongo que no!

—Y eres capaz de ser tan maravillosamente tranquila...

—Hemos de acostumbrarnos de nuevo el uno al otro, pero de una manera nueva, de modo mejor y más profundo. Rupert, lo nuestro está muy bien ¿sabes?

—Cuando te oigo decir eso con tanta calma y firmeza, deseo creerte. Pero, de todos modos, no puedo comprender, no puedo. Al reconocer que me quieres...

—Y te quiero, Rupert, puedes estar seguro.

—Y en el sentimiento... inspirado por ti... yo mismo...

—¡Ya te dejas llevar otra vez! Pero no puedo evitar que me guste mucho verte tan conmovido.

—Yo, nosotros, estamos creando una situación dramática, que bien podríamos no ser capaces de controlar.

—Creo que por ahora debemos sencillamente dejarnos llevar por esa situación —dijo Morgan.

—No estoy tan seguro —replicó Rupert—. Hay, sin embargo, una prueba para ponerlo todo en orden.

—¿Qué prueba?

—Contárselo a Hilda.

Morgan se quedó callada. Había temido que Rupert propusiera eso. Y le era intolerable ese plan. No resistiría que Hilda lo supiera. Tal confesión le quitaría al amor de Rupert la mitad de su dulzura. Por otra parte, el hecho de que Hilda fuese hermana de ella y que se quisieran tanto, hacía que la revelación fuese la única imposible. Fuera de lo que fuese en su vida esta extraña y excitante relación, al saberlo Hilda la desharía. ¿Cómo podría ella, sin revelar todo lo que sentía, disuadirle de ese proyecto?

—Es sólo una idea —dijo Rupert—. Yo mismo no estoy muy seguro de...

—No podemos herir así a Hilda —dijo Morgan. ¿La angustia de Hilda, la tremenda preocupación de Hilda, la comprensión de Hilda? No.

—Es que ella te quiere mucho. En cierto modo la insultamos al dar por seguro que ella no podría soportar conocer tus sentimientos...

—¿Cómo siento? ¿Y soportaría saber cómo sientes tú? ¡No, Rupert, cosas como ésta no las pasa nadie por encima! Es tan impredecible. Podrías destruir tu matrimonio, quiero decir, más que lo está, y exactamente ese daño es el que tratamos de evitar, ¿no?

—Estoy confuso —dijo Rupert—. Quisiera no estar tan inseguro de mis propias emociones. Querría poder convencerme de que...

—¡Tu última carta no “sonaba” como si estuvieras inseguro de tus emociones!

—Mis cartas son más tranquilas que mi mente.

—¡Entonces debes tener muy alterada la mente!

—Eres muy penetrante, Morgan. Querida, he de marcharme. Pensaré despacio en todo eso.

—¡Siempre estás diciéndolo! Rupert, ¿no se lo dirás de pronto a Hilda sin advertírmelo primero?

—No, no. Quizá tengas razón en que es mejor no decírselo, o por lo menos esperar a que se calmen las cosas.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo... ¡Rupert, qué aspecto de dulzura se te pone cuando estás tan preocupado! ¡Como un querido animalito perplejo!

—¡Es que soy un animal perplejo!

—Y qué azulísimos son tus ojos —dijo ella—. Creo que el sol te va poniendo más azules los ojos y también más rubio el pelo.

Rupert se sonrió:

—Dios mío, cuánto quisiera que las cosas fueran menos complicadas. Adiós, llámame.

Estaban de pie, muy cerca el uno del otro, junto a la puerta. Morgan dijo:

—Rupert, lo lamento y quizá no esté bien, pero no puedo evitar abrazarte. —Se apretó a él rodeándole la cintura. Rupert cerró los ojos y la estrechó un rato en silencio.

Capítulo 9

—¿Adónde vas?— dijo Hilda.

—A ver a Julius —le respondió Rupert—. Me pidió que me pasara por su casa esta noche. Que me “dejara caer” por allí, como dice él. Acepté porque creí que ibas a salir. ¿No vas a esa reunión del Comité?

—Sí, pero no es hasta las nueve y media. Olvidé decirte que ha llamado Simon.

—¿Qué quería?

—Nada, sólo que no podía venir a ocuparse de lo del cuarto de baño. Creo, y lo siento, que ha perdido interés por nuestros problemas de decoración.

—Parece haber perdido interés por nosotros. Mejor no preocuparse por eso.

—Sí, dejémoslo. ¿Te encuentras bien, Rupert? Apenas has comido.

—Sí, me siento muy bien.

—No vuelvas demasiado tarde...

Rupert se volvió para salir. Luego retrocedió y, muy serio, besó a su mujer. Se fue por fin dejando la puerta abierta. Penetró en la casa el frío aire de la tarde.

Hilda regresó a la sala. Tuvo un escalofrío y cerró los ventanales. Quizás estuviese cambiando el tiempo. Fue a la cocina y empezó a poner los platos en el lavavajillas. Fregó los cuchillos y tenedores. Al cabo de un rato volvió inquieta a la sala. Levantó el auricular y marcó el número de Morgan. No hubo respuesta. Puso el teléfono en la mesita y dejó que siguiera sonando el número. Había visto a Morgan aquella mañana en la calle Fulham.

Aún no sabía Hilda qué sacar en limpio de la intrigante conversación que había tenido con Julius. Lo malo era que ya no podía recordar bien la conversación. Era como un sueño que la mente despierta evoca vagamente pero no puede concretar. Había habido una mala interpretación. Pero en qué consistía el error y qué había sido dicho exactamente. Morgan estaba enamorada de alguien. Hilda se portaba heroicamente. Morgan había dicho que se iba de viaje. Era más sensato esperar. Algunas de las posibilidades, como las desplegaba la asustada imaginación de Hilda, eran tan grotescas que Hilda las ocultó con una especie de neblina. Estaba convencida de que a ella no le podía ocurrir nada verdaderamente horrible. Pero desde luego, Morgan se había comportado de manera muy rara. Y, ¿se había ido de viaje o no?

Hilda telefoneó al piso de Morgan varias veces y no obtuvo respuesta. Aquella misma mañana decidió subir al piso y tocar el timbre. Parecía una actividad sin sentido pero por lo menos era hacer algo. Era ya algo que podía hacer para tranquilizarse. Al salir de los Jardines Drayton para entrar por la calle Fulham vio a Morgan en la acera de enfrente, cuando entraba en una tienda de ultramarinos. Hilda estuvo a punto de desmayarse. En seguida dio la vuelta y regresó hacia casa. Llegada a ésta se sentó muy tiesa en la sala durante casi una hora. En todo el día, con mucha calma, estuvo dándole vueltas al misterio que tan de repente y de modo tan raro se había introducido en su vida.

El teléfono seguía llamando en casa de Morgan. Hilda había olvidado que se dejó el receptor encima de la mesa. De nuevo lo levantó, apretó el interruptor exterior y telefoneó a la amiga en cuya casa se reunía el Comité para decirle que no podría ir. Ya no se creía capaz de ocuparse de esas cosas que le eran habituales. Había cambiado el mundo. “¿Es todo esto una alucinación?”, se preguntaba Hilda. ¿Se refirió Julius a Peter como insistió al final de la conversación que tuvo con ella? No, no, estaba claro que no se había referido a Peter. Y si no fue a éste... entonces... Pero todo ello resultaba impensable, absurdo. Desde luego, Hilda había notado que Rupert se comportaba de modo un poco raro; incluso antes de aquella conversación que tuvo ella con Julius. Se había dado cuenta Hilda de algo a lo que, antes de

aquella tarde, aún no pudo definir, algo muy deprimente, que ahora veía que era esto. La honda relación entre ella y su esposo se había roto en cierto modo. Hilda sentía eso como una enfermedad física, un dolor. En todo matrimonio feliz hay un denso y continuo sentido magnético de comunicación. Constaba lo que había disfrutado con Rupert ininterrumpidamente durante años. Incluso cuando Rupert se hallaba ausente, ese magnetismo llenaba la casa, una red sobre la cual descansaba el espíritu de Hilda y en la que viajaba. Mirando, tocando, en la telepatía del silencio, en todo el misterio del amor conyugal confiado, había dado por cierta esa íntima relación. Ahora se daba cuenta de que algo había cambiado. Rupert se comportaba de modo muy parecido al de antes, pero no completamente igual. Estaba nervioso o abstraído y parecía rehuir su mirada. La entonación de su voz parecía un poco distinta. Y había muchas otras pequeñas cosas. La peor era que sus canales de comunicación con Rupert estaban indudablemente bloqueados. Hilda se preguntaba si no debería decirle algo a Rupert acerca de ello. No le había hablado de la visita de Julius. Pero, ¿y si todo era un error colosal? otras veces se proponía preguntarle sinceramente a Julius. Aunque, ¿no sería eso terriblemente indiscreto? Pensándolo bien, parecía absurdo y cuanto ella temía era muy borroso. No creía que Rupert y Morgan estuvieran “liados”. Si uno de ellos hubiera visto que eso se acercaba, habría salido huyendo. Además, era imposible. ¿Tendría Morgan dificultades secretas y la estaría ayudando Rupert? Quizá se hubiera metido en algo que le avergonzara confesárselo a Hilda, aunque sabía que su hermana deseaba verla. Claro, Morgan estaría pasando por dificultades, y Rupert la auxiliaba. Sin embargo, no dejaba de ser raro que no le hablasen del asunto. ¿Y por qué había dicho Julius que Morgan se había enamorado de nuevo y que Hilda era heroica? Porque esas cosas las había dicho.

“Debo parar esto”, pensó Hilda. Y en sus pensamientos latía el pánico. Estar perdiendo el contacto con Rupert le dolía muchísimo. Incluso las palabras que había dicho hacía poco junto a la puerta sonaron a falso como si para ambos tuviesen otro sentido, hubiera algo oculto en ellas. “¿Adónde vas?” Seguramente, unos días antes no le habría preguntado eso. “¿No vas a esa reunión del Comité?” El tono fue inadecuado. “He de conservar la calma y la cordura —se dijo Hilda a si misma—. Rupert me quiere y nada ha cambiado, nada puede cambiar.” Se agarró a la silla pues de pronto se sintió mareada. ¿Y si Rupert se arrepentía de haberse casado con ella? No era lista, no era una intelectual. Había sido una esposa muy aburrida para un hombre tan brillante. “Después de todo, ¿por qué va a amarme?”, pensó. Quizá, poco a poco, hubiera ido él echando de menos lo que ella no había podido darle.

Hilda se levantó rápidamente. La habitación estaba en penumbra y le parecía extraña. Las cosas podían cambiar, todo podía cambiar. Encendió una lámpara de un rincón y sacó una botella de whisky. Vertió un poco y empezó a beber a sorbitos. Sintió un instante de falso consuelo. El whisky no estaba enterado de sus preocupaciones. Pensó: “Como Rupert estaba tan enamorado de mí, todo sucedió muy rápido. Debimos haber esperado un poco. Pero yo estaba decidida a que no se me escapara. Quizá debería él haberse casado con otra persona de muy distinta condición”. Sin embargo, ¿tenían sentido esas dudas después de veinte años de matrimonio tranquilo y firme?

— ¿Puedo pasar?

Hilda dio un brinco y dejó el vaso en una mesita. Alguien se hallaba en la semioscuridad junto a la puerta. Era Julius.

— Oh, Julius..? —Hilda encendió otra lámpara y vio mejor a Julius. Llevaba puesta lo que parecía una esclavina de noche y sostenía, en una mano, un ramo de rosas amarillas. Parece usted tan... ¿Qué le pasa, echa usted de menos a Rupert, o qué?

— ¿Rupert? ¿Por qué, acaso me buscaba Rupert?

— Dijo que tenía una cita con usted. Salió hace más de una hora.

— ¿Una cita conmigo? No, no nos hemos citado. —Hubo un momento de silencio. Luego dijo Julius—: Pues a lo mejor me dijo algo. Quizás esté equivocado... quizá me dijera... Me parece recordar algo ahora... No, debe haberseme olvidado.

— Muy bien, muy bien —dijo Hilda—. Usted reconoce sus olvidos. —Encendió varias luces más.

— Le traje a usted estas rosas —dijo Julius—. Sé que parece un Poco exótico traerle a usted rosas cuando su jardín está lleno de ellas. Pero éstas son de un amarillo tan delicioso y todas las del jardín creo que son rojas y blancas, de modo que me pareció que así variaba usted.

Hilda las cogió. Estaba a punto de llorar.

— Muchísimas gracias... las pondré en agua.

Cuando fue a la cocina derramó algunas lágrimas, pero contuvo el llanto apretando los dientes. Debía tener ahora la mente despejada y sacarle a Julius la verdad.

Él estaba sentado cuando ella regresó. Se levantó, volvió a sentarse y aceptó el whisky que le ofrecía Hilda. Vestía smoking.

—Muchas gracias por las rosas.

—En realidad, no iba a quedarme... Voy de camino a una fiesta nocturna... pero quería traerle a usted algo.

—Julius —dijo Hilda—, ¿qué está pasando?

—¿Pasando? No sé a qué se refiere usted.

—Sí, lo sabe. Morgan dijo que se marchaba de Londres y no se ha ido. Rupert está de lo más reservado y raro. Está pasando algún drama. ¿Cuál es?

Julius estuvo callado un rato. Se miró los dedos, observó su vaso de whisky, miró a la pantalla azul oscura que formaba la ventana sin visillos y lanzó una rápida mirada a Hilda. Por fin dijo:

—En fin, supongo que tendría usted que enterarse.

—¿Que debía enterarme de qué?

—De lo de Rupert y Morgan.

Hilda se esforzó por dominar su cara y su voz.

—¿Acaso quiere usted decir que ocurre algo entre ellos?

—No, no —dijo Julius—. Eso sería... no estoy completamente seguro de lo que quiere usted decir... pero no hay que exagerar... y con dos personas como ellos...

—¿Pero qué es?

—Probablemente, una nadería, Hilda —dijo Julius fijando en ella su densa mirada. Parecía muy serio y alterado—. Probablemente una sombra que, créame, es mucho más

sensato y amable ignorarla sencillamente. Temo que nuestra última conversación le haya podido parecer a usted demasiado importante. Y, ciertamente, no me habría expresado de aquel modo de haber pensado..., figúrese, me imaginé que los dos se lo habrían contado a usted todo. En realidad, lo tomé como una prueba de que todo ello carecía de importancia. Debo decirle que me sentí bastante aliviado.

—Pero a mí no me han dicho nada —exclamó Hilda—. No, no me lo han contado. — Había empezado a temblarle la mano. Dejó el vaso en la mesilla.

—Sí, sí, pero estoy seguro de que se lo contarán. O no es mucho más probable que no se lo digan. Les parecerá que se ha exagerado todo y que si le hablan de eso parecerá mucho más grave de lo que pueda ser. Honradamente, Hilda, casi no ha pasado nada. Y después de todo, piense en quiénes son.

—¿Pero de qué se trata? —dijo Hilda—. Habla usted como si yo estuviese enterada. Nada sé de ello.

—Ya le he dicho que no hay nada. Quizás un poco de apasionamiento en uno de ellos y un poco de amabilidad en el otro. ¿Quién sabe cómo empiezan las cosas? Créame, Hilda, no preste atención a eso. Dentro de unos pocos meses habrá pasado y todos ustedes lo habrán olvidado.

—Yo no podría... olvidarlo... —dijo Hilda—. Lo cambia... todo. —Sintió que de nuevo le acudían las lágrimas y apretó sus manos con fuerza sobre los ojos.

—Hilda, Hilda, por favor, no llore, me trastorna usted terriblemente y me echo la culpa, pues debo de haberle dado una impresión equivocada. No hay... no hay lío amoroso, Hilda.

—No, no lo habrá, pero están enamorados.

—Tampoco podría decirse eso; apenas se trata más que de un leve, digamos, enamoramiento pasajero. ¡Vaya por Dios, por qué habremos empezado a hablar de este asunto! Me ha hecho usted decir cosas que no debería haber dicho. Queridísima Hilda, es usted tan bondadosa que no puedo soportar haberla hecho sufrir.

—Ha sido usted muy amable, Julius, y no debe echarse la culpa. Le estoy agradecida Es mejor saberlo.

—Pero le insisto, Hilda, que nada hay, o casi nada: una sombra, una fantasía... sea generosa. No le hable de ello al pobre Rupert. Que ellos mismos arreglen el asunto. Bueno, quizá lo hayan hecho ya. En un matrimonio largo y feliz debe haber momentos en que se hace uno el ciego. Sea misericordiosa con ellos y haga que todo se entierre y se olvide. Es algo insignificante y muy pasajero. Y ya sabe usted que la pobre Morgan se halla en una situación mental muy inestable.

—Tengo que pensar —dijo Hilda—. Sí, debo pensar.

—Querría deshacer el efecto que le han causado mis palabras. La verdad es que no hay nada entre Morgan y Rupert. Honradamente, lo acertado sería decir eso y no darle mayor importancia.

—Se deja usted llevar por su bondad, Julius, y es usted muy leal. Ahora debe irse a su fiesta. No quiero que Rupert vuelva y nos encuentre hablando.

Julius se levantó.

—¿Puedo volver a verla, Hilda? No quiero decir para hablar de eso. Pronto ser algo que pasó, historia antigua. A veces me apena que pueda usted pensar mal de mí.

—Tengo un excelente concepto de usted, Julius. —Se levantó y le tendió la mano.

Él la retuvo, la presionó, empezó a llevársela formalmente a los labios, la volvió e hizo que los dedos de Hilda rozaran levemente su mejilla.

—Me alegro, queridísima Hilda. Es usted una persona fuerte y la admiro. Más aún, más que eso. Soy un hombre sin hogar. No tengo familia y menos amigos de los que usted se pueda figurar. Una amistad firme con una mujer seria, sin dramas, sin pasiones, sin miedo... ¿sería posible? ¿Quién sabe? Estoy cansado de aventuras, Hilda. Pero éste no es el momento de hablarle a usted de mí. Quizás en otra ocasión. Buenas noches, querida.

Un poco después se oyeron los pasos de Rupert, abajo. Llegaba encendiendo las luces del vestíbulo. Hilda estaba de pie cerca del descansillo de las escaleras. Se había cubierto la cara con crema para ocultar el hecho de que había estado llorando. Desde allí le habló a su marido:

—Hola. ¿Pasaste una buena tarde con Julius?

—Sí, fue estupenda. Te envía sus saludos. ¿Qué tal fue la reunión del Comité?

—Muy divertida —dijo Hilda. Se retiró al dormitorio y apagó la luz junto a la cabecera de su lado de la cama.

Capítulo 10

La paloma se hallaba, invisible casi en la esquina, detrás de una pila de planchas de madera al fondo del primer ascensor en el lado de Bakerloo en la estación de Piccadilly Circus. Morgan la vio con un inmediato escalofrío de dolor y miedo. Pasó junto a ella. Se detuvo y volvió. Había estado toda aquella tarde en la Biblioteca de Londres y se proponía regresar a Fulham por South Kensington. Evitó pasar por Earls Court. Miró a la paloma. Estaba allí inmóvil, muy atrás en la esquina, con sus ojos brillantes e inexpresivos. Pasaba por allí mucha gente, la mayoría de ella que bajaba del ascensor. Era el principio de las prisas. Nadie prestó atención a Morgan ni a la paloma. Morgan estaba allí tan inmóvil como el ave y su corazón latía con la misma rapidez. Había visto a Rupert la noche anterior. Había sido terrible. En cuanto llegó él, empezó a sonar el teléfono. Morgan no podía contestar, de modo que siguió tocando mientras ella y Rupert, sentados, se miraban, intentaban hablar pero permanecían silenciosos. El aparato siguió sonando durante cerca de veinte minutos. Por fin Rupert se puso nervioso. Ella permaneció sentada, muy tiesa, mientras él soltaba un incoherente torrente de reproches contra sí mismo. Sus cartas se hacían más desconcertantes que apasionadas y ahora quería referirse siempre a Hilda, al terrible dolor que le causaba tenerle que mentir a su esposa y la angustia de haber perdido su contacto diario de confianza y amor absolutos con ella. Le pedía a Morgan que saliera de Londres. Morgan insistió en que no quería ni podía, por lo menos aún no. ¿Adónde iba a ir donde no fuera desgraciada? Se volvió casi irritada de la angustiada figura de Rupert que de pronto se había puesto tan patética y perdía su digno aspecto. “En fin, ¡Empezaste tú!” “No, fuiste tú la que empezaste”, casi se pelearon. “¿Por qué tengo que sufrir tanto? —pensó Morgan—. Después de tantas desgracias y tantos desengaños y que tanta gente me abandone, por fin descubro una persona

que de verdad podría ayudarme y tiene que ponerse imposible. Si por lo menos mantuviese Rupert la cabeza en su sitio. Todo podía irnos bien”. Y tardó en explicarle esto a él.

—Te amo, queridísimo Rupert. Y confío en tu amor por mí. Pronto te sentirás mucho más tranquilo cuando estés acostumbrado a verme. Somos seres racionales, debemos construir aquí nuestra amistad, podemos hacerlo. No vamos a permitirnos desperdiciar el amor que es tan raro de encontrar en este mundo bestial. Y el amor auténtico es sabio, tú mismo lo has dicho. Te necesito, Rupert. Nadie saldrá herido de esto.

—No es prudente el amor que yo siento por ti —dijo Rupert—. Todo esto se está convirtiendo en una pesadilla.

—Pues debes tratar de dominarlo. Has de practicar lo que predicas.

—No puedo, no puedo!

Morgan se acercó a la paloma, que no se movió. Era un ave de excelente aspecto y no parecía que la hubiesen herido. Morgan dejó su bolso sobre la pila de maderos. Con mucha cautela empezó a dar la vuelta al otro lado del montón de maderos y empezó a inclinarse hacia el ave. Extendía las manos hacia ésta. Cuando sus dedos casi tocaban las suaves plumas grises, la paloma salió volando y dio contra su cara. Pasó por encima de su hombro, por encima de las cabezas de la gente apresurada y se posó en lo alto de un poste que sobresalía frente a la parte baja del ascensor.

Morgan estuvo un momento contemplándola. Luego se abrió paso por entre la gente y se acercó al poste. Le pareció que podría alcanzar a la paloma. Por lo menos si podía afirmarse en sus piernas. ¿Qué haría el ave? ¿Saldría volando alocadamente, muy asustada, y la picotearía quizás a ella? A veces morían de terror las aves si las capturaban de pronto. ¿Cómo sujetaría aquellas alas si se movían locamente? ¿Y si se rompía un ala? Las manos de Morgan le buscaron el pecho y el cuello. Luego respiró profundamente varias veces, se puso de puntillas y empezó lentamente a pasar las manos por el poste. Con un rápido aleteo la paloma emprendió de nuevo el vuelo y esa vez subió casi hasta la mitad de la caja del ascensor. Morgan pensó que, incluso si podía alcanzarla donde se había posado, podría el ave ver la luz del día por una de las salidas y emprender el vuelo. Tendría allí más posibilidades de supervivencia que donde estaba. La idea de una paloma atrapada en aquel sótano polvoriento, iluminado por luz eléctrica, le angustiaba el corazón de compasión y horror.

Morgan tomó el ascensor hacia arriba. Había otro exclusivamente para bajar. A aquella hora del día no había demasiada gente y cuando llegó Morgan cerca del sitio donde se había posado la paloma extendió el brazo lo más que pudo. Cuando el brazo se acercó a su objetivo, la paloma voló unas cuantas yardas y se colocó entre los dos ascensores. Cuando Morgan llegó junto adonde estaba, la paloma volvió a elevarse más. Luego, cuando la mano de ella se acercó por tercera vez, el ave, con un agitado aleteo, se colocó de nuevo en el sitio donde había estado antes, en lo alto del poste, junto a la parte baja de la caja.

Llegada arriba, Morgan salió del ascensor. Podía ver a la paloma, ahora mucho más abajo que ella, posada encima del poste. Se apresuró, empujando entre la gente, a tomar el ascensor descendente. Gente cansada y abstraída en sus pensamientos le obstaculizaba el camino. Cuando por fin llegó, adelantándose a la parte baja de la escalera, la paloma seguía posada en lo alto del poste, Morgan se detuvo abajo. Desesperadamente y esta vez con más decisión alzó las manos. La gente se apresuraba detrás de ella y no eran más que sombras con inquietos ojos vagos. Nadie se detuvo, nadie miró, nadie prestó ni la menor atención a lo que ella hacía. Tocó los fríos y escamosos pies y estuvo casi a punto de agarrarla. Pero no cerró a tiempo los dedos. La paloma emprendió de nuevo el vuelo, volando de lado ahora, y desapareció por la arcada que conducía hasta el segundo ascensor que descendía a la línea Piccadilly. Morgan lloraba por haber fracasado.

Abriéndose paso por la creciente multitud entró en la zona de lo alto del ascensor de la línea Piccadilly. Muchísimas personas apresuradas y preocupadas tropezaban con ella, la dejaban atrás y ni la veían mientras ella miraba con los ojos muy abiertos y buscaba entre los muros y en los rincones a la pobre paloma. No había señal de ella. Cuando se convenció de que no estaba allí descendió por la escalera mecánica hasta el nivel de las vías. Anduvo lentamente por ambas plataformas con una mezcla de angustia y esperanza en todos los polvorientos rincones, debajo de los asientos y detrás de cualquier cosa que pudiera ofrecer un refugio. Estuvo mirando al techo curvado y brillantemente iluminado. Dos trenes llegaron y partieron. El andén se vació, volvió a llenarse de gente y de nuevo se quedó vacío. Por fin se volvió Morgan, mirando aún en torno a ella y regresó lentamente hasta la escalera mecánica. Se sentía fracasada y confusa a la vez que le dolía lo que pudiera haber sido de su pobre fugitiva. ¿Dónde estaría ahora? Puso los pies sobre la escalera mecánica. Luego se dio cuenta de que no tenía su bolso. Morgan, de la impresión, se puso colorada. Recordaba haberlo dejado encima de la pila de maderos donde había visto por primera vez la paloma. Empezó a correr. Por fin llegó hasta donde estaban los maderos. No había ni indicio de su bolso. Quizá

se le hubiera caído detrás. Miró allí, incluso movió los maderos y se arrodilló. No había duda de que el bolso había desaparecido. Morgan se puso en pie y miró a la gente que pasaba. Alguien lo habría cogido quizá sólo unos momentos antes. Alguien se lo llevaba. Corrió unos cuantos pasos. Debía buscar, pedir ayuda, decírselo a alguien. Pero se quedó inmóvil, con su fracaso y su vejación.

¿Cómo podía uno esperar encontrar un bolso robado en la estación de Piccadilly Circus en una hora punta? No debiera haberlo dejado allí. Se puso con la espalda contra la pared.

Una mujer que acaba de perder su bolso siente como si hubiese perdido un miembro. Morgan se sentía mutilada, desnuda. Se dijo a sí misma: “No seas tonta. Un bolso perdido no es el fin del mundo”. Luego se dio cuenta de que había perdido también el billete y que estaba dentro de las instalaciones del metro sin billete y sin dinero. Empezaron a fluirle las lágrimas. Tendría que subir y explicárselo al que recogía los billetes. ¿La creería o la trataría sin consideración? La idea de que alguien la tratase mal aumentó su llanto. Pensó: “Debo salir lo más pronto posible de este fantasmal metro. He de hacerme en algún sitio con algo de dinero”. Quizá pudiera encontrar a alguna persona conocida si volvía a la Biblioteca de Londres o quizá debiera tomar un taxi hasta Priory Grove y... no, maldita sea, no podía hacer eso. “¡Demonios! —pensó Morgan—, -que también tenga que pasarme esto!” Y, Dios mío, llevaba el bolso lleno de tarjetas de crédito, la tarjeta de un banquero, todo un libro de cheques y otro de sus ahorros en Correos. Un ladrón hábil podría robarle todo ese dinero en una hora y llenaría Londres con facturas a su nombre. Se secó las lágrimas y entró en una escalera mecánica para subir de nuevo hasta arriba del todo.

Cuando estaba la escalera a medio camino vio Morgan a Tallis. Estaba en la escalera del otro lado bajando, e iba lentamente hacia ella de pie entre la larga fila de personas al lado derecho de la escalera. Al principio no estuvo segura de si realmente era Tallis o alguno de los hombres en quienes solía fijarse ella, pues por un momento le parecían él. La escena vacilaba ante sus ojos y las filas de rostros borrosos se movían hacia abajo con una lentitud hipnótica. Morgan se sujetó a la barandilla deseando llamar a Tallis, pero tenía la lengua como de plomo y un silencio turbador y eléctrico la rodeaba dejándola sin movimiento y sin palabras. Si, esta vez era de verdad Tallis. Separado ya del neblinoso friso de otras figuras, le vio la cara con toda claridad. Triste y de bellos ojos, miraba a lo lejos y no parecía haberla visto a ella. Luego desapareció hundiéndose después de haber pasado cerca de Morgan y un momento después ella salió dando tumbos arriba.

Se apartó y dejó que saliera la gente. Sentía un insondable pánico y en la garganta una rápida náusea. Las luces parecían pasarle a gran velocidad y había junto a ella un profundo vacío en el que podía caerse. Se dijo: “Voy a desmayarme”. Apoyó una mano en el muro y procuró respirar lenta y profundamente. La otra mano la hundió en su bolsillo y tocó una moneda. Sacó media corona. Las fulminantes luces disminuyeron. Morgan pensó: “Debo seguir a Tallis. Debo ver a Tallis, debo verle en seguida”. Se abrió camino hasta la escalera descendente. La gente que estaba detrás de ella se movía con mucha lentitud. Ella procuraba avanzar a la vez que la escalera se movía y procuraba pensar: “¿Por dónde ir él? ¿Cómo llega uno a Notting Hill desde Piccadilly?”. Su mente desentrenada trataba de extender en un mapa imaginario el sistema del metro de Londres. Pero lo había olvidado. Dios, ¿estaba Notting Hill en el Bakerloo? Pero de todos modos ésa no era la estación de Tallis. Su estación era Ladbroke. Si pudiera dar con un mapa. Bajó a un andén y cuando vino un tren lo cogió.

Cuando por fin llegó a Ladbroke Grove, salió y orientándose con dificultad llegó ante la puerta de Tallis y entró.

—¡Morgan!

Era Peter.

—¿Dónde está Tallis?

—No vendrá esta noche. Desde donde da esa clase irá a no sé dónde en Chapman, donde alguien está enfermo y pasará allí la noche. ¡Morgan, salgamos para celebrar este encuentro! Sabes, he estado trabajando de verdad, y...

—Hace muchísimo calor —dijo Morgan. Se oyó otro trueno y parecía cañonazos muy lejanos.

—¿Querías beber algo aquí mismo? Tallis tiene unas latas de cerveza. Morgan, pareces estar rara, ¿qué te pasa? Morgan, queridísima...

—He perdido mi bolso.

—¡Oh, cuánto lo siento! —Peter había puesto otra silla junto a ella.

—Y había una paloma... en la estación de Piccadilly Circus... junto donde empiezan o terminan las escaleras mecánicas... intenté atraparla...

“El niño —pensó Morgan—, el niño podría estar vivo ahora. Tendría unos cuantos meses.” Podría haber sido la solución de todo. ¿Por qué no había comprendido lo terrible que era privar de la vida a aquel hijo? Lo había matado tan sin darle importancia y se bebió después media botella de Bourbon.

—El niño... —El horror del mundo.

—Morgan, ¿te sientes bien?

Los truenos se acercaban, eran más explosivos, restallando encima de Londres. Cayeron unas gotas enormes de lluvia, como guijarros resonando sobre los tejados y las ventanas. Empezó a penetrar en el denso aire amarillo un súbito fresco.

Estaba muy oscuro en la cocina. Peter acercó su silla aún más a Morgan e intentó abrazar a ésta, y ella le empujó bruscamente y se levantó.

—¡No me toques!

—No me mires de esa manera, Morgan.

—Déjame.

La lluvia empezó a arreciar como si volcasen cubos de agua. Un tremendo relámpago iluminó la cocina con un flogonazo frío y plateado, revelando los ojos muy abiertos de Morgan y la cara asustada y desventurada de Peter. Luego la lluvia hizo aún más sombría la escena como una densa cortina de metal gris y estridente.

La figura de Morgan se fundió con la oscuridad tormentosa de la puerta y otro flogonazo mostró las luminosas líneas de lluvia formando como una cortina en la puerta de la calle. Ella se había marchado, corriendo, esfumándose, disolviéndose en la lluvia, desapareciendo en seguida en la espesa sustancia gris del violento chaparrón.

Capítulo 11

—Oh, es usted— dijo Tallis.

—¿Me esperaba?— preguntó Julius.

—Supuse que vendría usted alguna vez. Entre.

Julius siguió a Tallis a la cocina. Era media mañana y había una luz triste encalmada.

El suelo de la cocina estaba muy mojado y pegajoso como si lo cubriera una capa de aceite negro.

—Lo siento —dijo Tallis—. Tuvimos un poquito de inundación con la tormenta. Dejé abierta la ventana y entró la lluvia.

—Porr qué está el suelo tan pegajoso? —preguntó Julius.

—Siempre está así de pegajoso, no sé por qué. La lluvia parece haberse mezclado con la grasa. Quédese donde está y pondré papeles en el suelo.

Tallis extendió por el suelo hojas de periódico y Julius avanzó de puntillas hasta la mesa y se sentó.

—¿Enciendo la luz? —preguntó Tallis.

Desde la tormenta el tiempo había estado frío, nublado y lluvioso con la continua presencia de nubes bajas y cargadas.

—Como usted quiera.

—Entonces, si a usted no le importa, prefiero no encender. La luz eléctrica resulta un poco deprimente durante el día.

—Completamente de acuerdo.

—Lamento que haga aquí tanto frío. La ventana no cierra bien. Podría encender la estufa de gas. —Tallis abrió la puerta del horno y acercó un fósforo a la fila de mecheros de gas que estaban detrás. Se encendieron con una pequeña explosión. Dejó abierta la portezuela del horno.

—En estos días ha cambiado mucho el tiempo —dijo Julius.

—Si, hace mucho frio, ¿verdad?

—Si, y con tanta humedad. No estoy acostumbrado a tanta humedad combinada con una temperatura tan baja, para este tiempo.

—Ya me lo figuro.

—Espero no haberle interrumpido. ¿Estaba usted trabajando?

—No, no; sólo arreglando un collar. —Tallis recogió de la mesa las cuentas oscuras amarronadas y las guardó en el cajón. Lo cerró y se sentó frente a Julius.

—De todos modos, no ha llovido esta mañana —dijo Julius—. Todo está tranquilo. Tardo tanto tiempo en enrollar mi paraguas para quedar bien según las normas inglesas, que es una pena deshacer mi obra maestra. —Dejó apoyado el paraguas contra la mesa. Su mango negro estaba rematado por una bola de marfil con el leve diseño de un loto—. ¿No creerá usted que mi paraguas es demasiado femenino?

—No; es muy elegante

—En Londres puede uno llevar cosas como ésta. En Nueva York sería imposible.

—Ya, ya.

Julius iba impecablemente vestido, aunque de manera un poco anticuada, con un traje oscuro, camisa blanca, y una estrecha corbata con rayas horizontales. Se había cortado recientemente su incoloro cabello. No llevaba sombrero.

—¿Trabaja usted en un libro? —Julius señaló hacia el montón de papeles, libros y periódicos al otro extremo de la mesa.

—No. Sólo conferencias.

—Creí que escribía usted un libro acerca de Marx y de Tocqueville.

—Lo dejé.

—Lástima. Era un tema muy interesante.

Hubo un breve silencio durante el cual Julius observó la cocina con un leve gesto crítico, fijándose en las botellas de leche, los platos, los montones de diarios y el curioso lio coagulado sobre el aparador.

Tallis miraba por la ventana, abriendo mucho los ojos, que se le habían empañado algo.

Dijo:

—Mi padre está muy mal.

—Lo siento muchísimo.

—Se está muriendo... de cáncer.

—Cuánto lo siento. ¿Puede vivir aún mucho?

—Seis meses. O, como mucho, un año.

—No es poco, siendo una enfermedad incurable. Espero que no sufra muchos dolores.

—Sí los padece dijo Tallis. Seguía mirando por la ventana. —Figúrese, creíamos que era artritis. Tenía desde hacía mucho tiempo ese dolor en la cadera y últimamente ha ido

empeorando. El médico dice que con algún tratamiento con rayos podría disminuirle el dolor, y con algunas pastillas. He olvidado cuáles dijo que eran...

—¿Sabe su padre que tiene cáncer?

—No, no lo sabe —dijo Tallis—. Y no se lo he dicho. Le hago creer que su enfermedad es la artritis y que podría tener que someterse a una operación. De eso puede uno hablar; quizá el creer que es artritis le haga más soportables los dolores. Creyendo que es eso, se ha ido acostumbrando a los dolores. Pero se me hace terrible mentirle y darle toda clase de detalles de lo que no es verdad en su caso.

—Ya me imagino cómo se siente usted —dijo Julius.

Empezaba a llover un poco. Se oía el murmullo del viento y la lluvia penetraba con un largo suspiro por la ventana.

—Parece muy mal mentirle a alguien que se está muriendo. Y sin embargo, viene a ser ésta una idea tonta. Llevo ya mucho tiempo cuidando de él. Tengo la impresión de ser irremediabilmente un protector. Me gustaría evitarle la desgracia y el miedo.

—Le comprendo de sobra.

—Y en cierto modo a quien protejo es a mi mismo. Es mucho más fácil vivir con él en la mentira que en la verdad.

—Y al pensar en usted mismo, ¿está usted más dispuesto a poner en duda que lleva usted razón?

—Si.

—¿Qué clase de hombre es su padre? —dijo Julius.

Tallis guardó silencio un momento.

—Es muy difícil ser objetivo con él. Nadie me ha pedido hasta ahora que lo describa. No estudió. Fue mozo en un matadero. Solía llevar de un lado a otro reses muertas. Alguien tenía que hacerlo. Luego pasó sin trabajo muchísimo tiempo. Se colocó en un garaje, mucho más tarde. Siendo nosotros niños, yo tenía una hermana gemela que murió de polio, vino mi

padre al sur desde Derbyshire. Cuando vinimos a Londres mi madre nos abandonó. Por supuesto, mejoró mucho de posición con ello. Papá nos alimentaba con pan, mantequilla y asados. Éramos una tremenda carga para él. Dios, mi padre ha llevado una vida malísima. Todos hemos de morirnos más pronto o más tarde, pero ojalá no hubiese pasado él una vida tan asquerosa.

—¿Se lleva usted bien con su padre? .

—Si. Aunque nos gritamos mucho el uno al otro.

—Quizá sea porque la verdad les resulta violenta a los dos. Y les ser imposible hablar de ella.

—Desde luego, no podríamos hablar de aquello. Y cuando creemos poder hacerlo, es imposible.

—¿Qué tal es como persona; su carácter?

—Decepcionado, orgulloso. Amargado

—¿Le pertenece su vida? Porque no todos los hombres disponen de su propia vida.

—Él, sí.

—Entonces debe usted decirle lo de su enfermedad mortal.

—Si, quizá deba. ¿Quiere usted cerveza?

—No, gracias. ¿Cómo está Peter?

—Se siente muy desgraciado. Era feliz, ahora no. No sé por qué. Hubiera debido averiguarlo. Y no lo sé. A propósito, dígame algo; usted debe de saberlo.

—¿Qué?

—¿Por qué está mal robar?

—Es cuestión de cómo se defina —dijo Julius.

—¿Qué quiere usted decir?

—Es una tautología. “Robar” es un concepto con un sentido peyorativo inevitable. Así, decir que robar está mal es sencillamente como decir que está mal lo que está mal. No es una afirmación significativa. Es una vaciedad.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿quiere usted decir que está mal?

—No me ha comprendido usted —dijo Julius—. observaciones como ésa no son en absoluto declaraciones y no pueden ser ciertas ni falsas. Son más bien como gritos o súplicas. Puede usted decir: “No robe, por favor” si quiere, siempre que se dé cuenta que nada hay detrás de esas palabras. Todo ello sólo son convencionalismos y sentimientos.

—Ya comprendo —dijo Tallis. Hubo una pausa—. ¿No le importa que tome cerveza? ¿Quiere usted café? ¿No?

Revolvió, en la ya tan revuelta alacena, y sacó una lata de cerveza que puso encima de la mesa. Luego empezó a buscar, en la amontonada masa de objetos muy diversos en el aparador, un abrelatas. Cayeron varias cosas. Todos los cacharros estaban también pegajosos. Tallis intentó abrir una lata de cerveza con un destornillador.

—¡Oh maldito sea!

—Se ha cortado usted —dijo Julius levantándose.

—No ha sido nada.

—Ponga la mano bajo el grifo.

Julius abrió el grifo y Tallis hizo que el chorro le lavase la sangre que fluía sobre su mano. En cuanto apartó de allí su mano mojada, volvió a ponerse enrojecida.

—No la mueva de ahí, bobo —exclamó Julius—. Tendrá usted que ponerse esparadrapo. El corte está muy claro. Supongo que no tendrá usted desinfectante. Estaba seguro de que no. No, en esa sucia toalla no. ¿No hay algo que esté limpio en esta casa? Le secaré la mano con pedazos de cuartillas y le ataré con mi pañuelo. Más le valdría comprar algo en la farmacia.

Julius arrancó unas hojas de un bloc que había sobre la mesa y secó la mano de Tallis. Luego sacó del bolsillo un pañuelo blanco y cubrió el corte atando luego los picos del pañuelo en la muñeca de Tallis.

—Parece usted muy alterado.

—Lo siento —dijo Tallis—. Me siento estos días tan fastidiado que cualquier cosa me hace llorar. —Se sentó.

—Mejor que beba usted cerveza. Supongo que no habrá algo más fuerte en la casa. Todavía no se las ha arreglado usted para abrir esa lata. Vaya, aquí ha estado el abridor todo el tiempo. —Julius le sirvió a Tallis un vaso de cerveza.

Julius se quedó de pie ante Tallis mirándole mientras bebía. Al cabo de un rato dijo:

—La primera vez que le vi a usted no me di exacta cuenta de cómo es. Pero debo reconocer que me decepciona usted.

—Ya lo sé —dijo Tallis—, es que no puedo... lo único en que puedo pensar ahora es en mi padre.

Hubo un minuto de silencio en la cocina medio a oscuras. Tallis sorbía la cerveza mientras miraba a la gris ventana, hacia abajo de la cual resbalaba silenciosa la lluvia.

—¿Le ha pedido Morgan a usted el divorcio? —preguntó Julius.

—Sí.

—¿Y sabe usted por qué?

—No. Bien, ¿por qué no habría de quererlo?

—Es que se ha liado con Rupert.

Tallis seguía mirando por la ventana. Dijo:

—Eso no puede ser cierto.

—Bueno, bueno —dijo Julius recogiendo su paraguas, de nada sirve hablar con usted. Me atrevo a decir que todo lo llevan en el plan más elevado. No creo que se proponga apropiarse de Rupert. Él la está sitiando. Y apartarle a usted es el evidente primer paso.

—Váyase al infierno, ¿quiere usted? —dijo Tallis. Se echó más cerveza de la lata.

—Tiene usted que cuidar de esto —dijo Julius—. Hay aquí un olor muy raro. Deben de abundar los gérmenes. Tendría que hacer una limpieza completa de todo esto. O mejor aún, mudarse a otro sitio y empezar de nuevo. Escuche, me sobra el dinero. Nunca lo presto. Los préstamos sólo causan inconvenientes. Permítame que le dé dinero.

—No sea idiota.

Julius suspiró.

—No diré que soy un incomprendido. Estoy seguro de que me comprende usted muy bien. Pero estoy, como digo, decepcionado en más de un sentido. En fin, adiós. Después de todo, parece que tengo que desenrollar mi paraguas.

Después de haberse marchado Julius, Tallis permaneció un rato contemplando el rápido radio de las gotas de lluvia bajando por el cristal de la ventana. Brillaban muy levemente doradas, como zafiros blancos. Era ya más ruidosa la lluvia, silbando, golpeando. El sikh seguía fuera, conduciendo su autobús y llevando su discutido turbante. Los paquistaní es de arriba habían alojado a un gran número de nuevos parientes de Lahore incluyendo varios niños. Se oía una débil y lejana barahúnda continua. Un policía se había presentado aquella mañana y preguntado por alguien con un nombre que sonaba como uno de los nombres de arriba. Tallis había dicho que nada sabía de aquello. Habitualmente ayudaba a la policía. Aunque otras veces, de pronto y por instinto, no colaboraba con ella. Pensó: “Papá debe de seguir dormido. Si no, estaría gritando. Esas nuevas pastillas tranquilizadoras han de ser soporíferas”. Tallis lanzó un largo suspiro. Terminó su cerveza. Bichos que habían huido aterrorizados a la llegada de Julius habían empezado a asomarse por debajo del fregadero y de la alacena. Lo contemplaban. Pensó en Morgan y Rupert. Era inconcebible que se hubieran enredado en serio. Hilda y Rupert estaban ¡tan casados! Rupert era concienzudo y honesto Morgan quería mucho a su hermana. Tallis admitía que Rupert estuviese tratando de centrar a Morgan e incluso que le hubiese aconsejado divorciarse. A Rupert le molestaban los líos. “No consentiré en el divorcio —pensó Tallis—. Me opondré seriamente. Si no hay divorcio, Morgan volverá a mí. ¿o es que me engaño a mí mismo? He de hacer algo. Debo verla. Pero siempre que nos vemos sale mal el asunto. Soy tan torpe y estúpido con ella... Le escribiré hoy. Quizá, además, debiera visitar a Rupert. Si por lo menos tuviera energía y pudiese pensar. ..” Le volvió la pena, que ya le era muy insistente, del estado de su padre. Otros pensamientos iban y venían en su mente como era inevitable, pero la enfermedad mortal de su padre era en su propio corazón como un peso de plomo que dirigía infaliblemente su

conciencia hacia el dolor. ¿Cuánto tardaría su padre en comenzar a sospechar algo? En aquellos días estaba cumpliendo el trágico y final tránsito desde ser una persona que padecía ciertos dolores a ser alguien muy gravemente enfermo. Tallis le había dicho: “Cuando pase una semana o poco más podrás andar por ahí”. ¿Le había creído? Debía decírselo a su padre; Julius llevaba razón. Leonard era el dueño de su propia vida. Hasta el último y miserable fragmento de ella. Y su terrible mal también le pertenecía. Debía serle permitido tener presente sus últimos pensamientos, si quería. No es justo engañarlo. “Tengo que decírselo — pensó Tallis—; sí, debe enterarse, y por mi. Pero hoy no.”

Todas las noches soñaba Tallis con su hermana. Cada noche un cárdeno resplandor pendía como un palio sobre su cama y una alta figura con blanca túnica se quedaba mirándole, impresionantemente inmóvil, en silencio. Tallis no podía ver aquellos ojos pero sí sentir cómo lo escrutaban, mientras él sudaba de excitación y cierto miedo. Nunca dejaba de asombrarse de la aparición. Y a veces se sentía luego muy cansado. Algo se consumía cada vez. ¿Había cambiado de alguna manera su visitante nocturno? ¿O era que él llegó por fin a darse cuenta que siempre fue así? No era una presencia protectora ni benigna. Tampoco, exactamente, hostil sino ambigua. Algo mucho mayor y más augusto le contemplaba, pero con una curiosidad que no era completamente distinta de la de las criaturas con garras y cola que hablan habitado durante tanto tiempo en los agujeros y rincones de su mundo.

Tallis se sintió de pronto mareado. Y fue un mareo como producido por un inmenso espacio vacío que lo rodeaba sin sostenerlo, como si no cesara él de girar, girar y girar a punto de caerse. Se sujetó, sacando fuerzas de flaqueza, al borde de la mesa. Se miraba la mano vendada y la brillante mancha de sangre en el pañuelo de Julius. Podía reconocer, pero no comprender, aquellos impresionantes momentos de tentación. La informe luz que desde hacia tiempo conocía, se había retirado de él, y por primera vez en su vida creía que era ilusoria. Quizá fuese la aparición, después de todo, la reina de otro mundo y, ¿habría sido aquella gloriosa impresión un vacío reflejo del pasajero esplendor de su túnica?

Capítulo 12

—¿Así que mis visitas no le parecen las de un intruso? —preguntó suavemente Julius.

Hilda le soltó la mano que él le había estado estrechando.

—No, no. Ha sido usted para mi un gran consuelo. No sé cómo habría podido soportar este tiempo si no hubiera tenido alguien con quien hablar. Si no hubiera podido confiarme a usted. Es usted tan sensato.

—Por desgracia no soy tan sensato como cree; pero sí su más devoto servidor.

Estuvo lloviendo y había poca luz, dorada y verdosa, en el jardín. Era por la tarde. Julius e Hilda se sentaron en la sala junto a una mesa para el té. Habían bebido de éste, pero ninguno de los dos probó el pastel de nueces.

—Estoy segura de que lleva usted razón. Me ha convencido —dijo Hilda— en que es mejor esperar y dejarles a que terminen con el lío —Miró hacia fuera a las goteantes rosas.

—Ya ve usted, son tan orgullosos... dijo Julius —. Respetemos su orgullo.

—En cierto modo, eso va contra mis instintos.

—Ya sé. Pero recuerde que se está usted sacrificando a ellos. Sufre usted y les evita a ellos que padezcan.

—Lo plantea usted con toda claridad. Si, sé que Rupert me contará, algo del asunto. ¿Me lo dirá, verdad?

—Si, claro. Por ahora debe de estar bastante desconcertado. Pero, en cuanto pase todo, se lo contar a usted. Tiene usted que ser paciente, Hilda. Después de todo, no creemos, ¿verdad?, que sea mucho lo que está pasando.

—A mi, desde luego, algo me pasa —dijo Hilda—. Algo se ha estropeado ya sin remedio quizá.

—Me alegro de que haya dicho usted “quizá”. Porque no debe usted albergar ese pensamiento. Tiene usted el deber, Hilda, de mantener incólume aquello de lo que es usted la guardiana.

—No es sólo por Rupert, sino Morgan... Dios mío... Lo siento, Julius. Le hemos dado muchas vueltas a este asunto. Ha sido usted muy amable escuchando sin cansarse mis obsesivas preocupaciones...

—Ya lo sé, querida amiga. La han herido a usted de dos maneras. Pero, desde luego, no debemos exagerar. Me culpo a mi mismo en cierto modo. Hemos hablado tanto de esto, que parece mayor de lo que es. No es como si fueran amantes o se propusieran fugarse o algo así. Se reduce todo a una fase emotiva en las relaciones entre cuñado y cuñada. Lo cual no es insólito en absoluto. Morgan necesita ayuda y Rupert puede prestársela. Sólo así de sencillo.

—Parecía usted darle más importancia cuando sostuvimos la primera conversación.

—No, nunca consideré grave este asunto. Ni usted tampoco, Hilda, ¿verdad que no? Reconózcalo.

—No sé —dijo ella—. Son esos engaños... A veces todo ello se agiganta, como una pesadilla, como si estuvieran viviendo en un mundo épico...

—Bah, bah. No debe exagerar. Seguro que ha observado usted a Rupert y se habrá dado cuenta que para él no es tan importante. ¿Qué maldad puede haber en un pequeño engaño sobre adónde fue al salir de casa?

—¡Era inevitable que hubiera ocurrido antes de ahora! Y puedo imaginármelos a él y a Morgan sentados y charlando acerca de la situación económica o la ética poscristiana o algún otro tema y olvidándose de cogerse las manos. Es una pareja de gran intensidad mental... Pero entonces por qué... No puedo enfocar... Prefiero no figurarme nada. Estoy segura de que Rupert no me engañó antes, ni siquiera en cosas insignificantes.

—Su fe es conmovedora, Hilda. Sin duda, sabemos que Rupert es una persona excepcional.

Hilda estaba sentada muy quieta, y miraba al jardín, donde la luz se hacía más rojiza y los rosales más lúcidos con el aire más caliente, y en sus hojas se secaban las gotas. Sentada, muy derecho el torso, en la silla, las manos levemente apoyadas en los brazos, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que estaba hecha de porcelana finísima. Había dado por cierto que Rupert no le podía mentir. Pero esa seguridad, mirada desde fuera, podía parecer una ingenua suposición. Pero Hilda no se basaba en lo exterior. Tenía pruebas extra, las que le proporcionaba su sentido de conexión, una amorosa comunicación que llevaba consigo sus propias señales de verdad. Ciertamente que últimamente había fallado esa comunicación. Pero, ¿hasta dónde recordaba ella el pasado? ¿Estaba satisfecho Rupert con su matrimonio? ¿Y habría llegado ella, de no verse inducida a ello por las circunstancias, a hacerse esta pregunta? Sus motivos para engañarse a sí misma eran fuertes y por primera vez eran visibles para ella.

—No debo perder la cabeza —dijo Hilda pensando en voz alta.

—No se preocupe tanto, Hilda. —Julius se inclinaba hacia adelante a propósito por encima de la mesa de té. Tocó el dorso de la tensa mano de Hilda. Sus ojos, de densas pestañas, se clavaron en los de ella. Era su expresión bienhumorada, tranquilizadora, y con suplicante afecto. Llevaba el cabello más corto y alisado hacia atrás, lo que le hacía la cara aún más juvenil y más aquilina. Su boca, larga y curvada, tomó una simpática expresión—. Querida amiga relájese. Recuerde que se enfrenta usted con varias cosas sin importancia, no con una grande.

—Muchas pequeñeces forman una cosa de gran tamaño.

—No, en este caso no. Los pequeños malos comportamientos de Rupert, si es que lo son, han sido muy espaciados y probablemente momentáneos, casuales. Muy bien supongo que le mintió a usted la otra noche. Figúrese que le ha dado dinero a Morgan. Suponga que le ha

escrito un par de veces y ella a él sólo eso, y que los han visto juntos. Cosas como ésas no han de ser sumadas. Es más justo verlas como una serie de impulsos más que como una táctica deliberada.

—¿Darle dinero? —dijo Hilda. Eso era una idea nueva.

—¿Y por qué no? —le preguntó Julius—. Confieso que eso era algo que he dado por cierto o que he adivinado. Morgan parece haber conseguido últimamente dinero de alguien. Piense en todos esos nuevos vestidos bastante caros. Y desde luego, yo no le he dado nada.

Hilda pestañeó mirando al jardín, que estaba ahora soleado aunque todavía húmedo, reluciendo aquí y allá con destellos donde algunas últimas gotas colgaban de las hojas. Bueno ¿por qué no? Pero la idea de Rupert dándole secretamente dinero a Morgan para vestidos era algo desconcertante. Quizá fuese con ella a las tiendas...

—No, no dijo Hilda —, eso lo dudo. Sin embargo, los vestidos... ya me había extrañado...

—Después de todo, no es tan grave —dijo Julius—. Vamos, ¿acaso usted misma le dice siempre a Rupert en qué gasta el dinero? ¿No ha tenido para él secretitos?

—Nada de secretos. Bueno, casi ninguno. Nunca le dije que yo le daba dinero a nuestro Peter. Pero eso es diferente. Pero no deja de ser un engaño, una raja en la estructura.

—En fin, son cosas minúsculas, me parece —dijo Julius—, y no debe usted preocuparse. Es preferible saber a no enterarse. Espero que haya dado un vistazo a la mesa-despacho de Rupert.

—¡No, no se me ocurriría registrarle! —se indignó Hilda—. Además, es un hombre muy cuidadoso...—”¿Adónde voy a parar? —pensó—. He saltado en un instante de la indignación a pensar en que de nada serviría un registro. Con qué rapidez puede una perder la confianza y abandonar las normas que ha tenido siempre.”

—Hilda, Hilda no me interprete mal. No estaba pensando en una búsqueda de documentos incriminadores, ya que estoy seguro de que no los hay en absoluto. Sólo se lo decía porque eso podía tranquilizarla a usted. Quiero decir: suponga usted que encuentre alguna nota sin importancia de Morgan afectuosa, corriente. Eso le daría a usted una visión

interna de la relación de ellos. Y eso es precisamente lo que necesita usted: calmar todos esos miedos ridículos.

—¡Pues desde luego no registraré la mesa de Rupert! —dijo Hilda.

—Muy bien, querida, si lo prefiere usted así. Pero, por favor, créame que todo ha sido tan sólo una acumulación de pequeñeces. Nada de asunto amoroso, nada que tenga consecuencias. ¿Lo cree usted así, no?

—Sí —dijo Hilda. Pero la palabra le sonó a falsa a ella misma.

—Entonces, tranquilícese. ¿Puedo tomarle la mano otra vez? Creo que el contacto físico es muy importante. Incluso en nuestro tiempo se oponen a ello los convencionalismos. Los jóvenes están más convencidos del valor que tiene eso. Estamos tan poco tiempo los seres humanos en este valle de lágrimas. No debemos renunciar a ningún método que pueda servirles para consolarse.

—Es usted muy amable, Julius —dijo Hilda tendiéndole una mano. Correspondió con otra a la presión de su mano mientras le miraba a sus ojos castaños intensamente oscuros, casi negros y violeta, aterciopelados. La ancha boca de Julius caía y temblaba.

—Querida Hilda, es usted la que me trata con gran amabilidad. Porque es portarse muy amablemente cuando alguien le deja a uno que le ayude aunque sea en algo muy pequeño. Soy un hombre solitario y que se halla privado de muchas cosas, sin vínculos familiares. Espero que no le importe que le diga que me ha dado una visión de amistad y afecto.

—Celebro que haya sido así —dijo Hilda—. Ha de saber usted que puede venir a verme siempre que quiera... ¿No tiene usted parientes que le vivan?

—Ninguno. He sido lo que se llama un triunfador. Soy muy conocido en mi profesión. Tengo unas rentas que me permiten ser independiente. No debería tener preocupaciones. Pero por dentro todo eso está hueco, Hilda, hueco. Se siente uno tan solo.

—¿Nunca ha pensado usted seriamente en casarse?

—No. Perdóneme, Hilda, Morgan es cariñosa pero también es..., en fin, usted y yo la conocemos muy bien, es inestable. Y desde luego, hubo otras mujeres en mi vida. Ya no soy joven. No quiero aparecer como uno que se compadece a sí mismo. Las mujeres siempre me

abandonan y entonces me siento aliviado. Creo que probablemente no me iría bien el matrimonio. Lo que necesito es la firme amistad de una mujer mayor que yo, casada, alguien sensata y lista y de cálido corazón. Algo como esto. —Al decir “esto”, le estrechó la mano—. ¿Sabe usted que es mucho más inteligente que su hermana? Hay muchas cosas extrañas de las que podría hablarle, Hilda. Algún día le contaré a usted todo lo de mi vida pasada, si no le aburre a usted y está dispuesta a escucharme.

—Julius, bien sabe usted que me encantará escucharle ¡y en modo alguno me aburriría!

—Soy un hombre sin hogar...

—Pues que sea éste su hogar. No puede usted dudar de que nos gustaría mucho... —Se interrumpió. Ese plural fue instintivo. Pero ya no había allí “nosotros”. Ya no había hogar. Sólo una casa donde unas personas se miraban unas a otras. Al decir aquel plural reaccionó mecánicamente. Y era, en tales circunstancias, muy raro poder complacerse en el tacto de la mano de Julius, sentirse profundamente consolada por aquel enérgico y cálido apretón de manos y la mirada de los ojos aterciopelados, halagarle que Julius le hubiera prometido contarle su vida con lo cual llegaría a saber acerca de él más que el propio Rupert. Éste se quedaría impresionado. “Julius nunca se confía a nadie” había dicho una vez Rupert. Invitarían a Julius. Pero al pensar esto había cometido de nuevo Hilda la misma equivocación, la misma extensión natural hacia un futuro que ya no podía existir. Debía de tener cuidado al hablar. Sólo quedaban algunas pequeñeces inconexas, sin la menor importancia, sólo pasajeras. Nada había ocurrido hasta entonces, nada absolutamente. Hilda rompió a llorar.

—Queridísima... —Julius pasó al otro lado de la mesa y se arrodilló junto a Hilda—. No llore. Ver llorar me trastorna muchísimo. ¡Empezaré a llorar yo también y, entonces, adónde iremos a parar!

—¡Oh, Julius, sé que he sido una tonta! ¡Pero soy tan desgraciada!—Hilda se buscó, tanteando, el pañuelo y siguió sollozando.

Julius le dio unas palmaditas y se levantó.

—¡Madre!

Peter había entrado en la sala.

Hilda lanzó un gritito y ocultó el rostro en su pequeñísimo y húmedo pañuelo. Julius tuvo el buen tacto de apartarse al otro extremo de la habitación. Peter se arrojó al suelo de rodillas junto a su madre.

—¡Mam queridísima, qué te pasa, deja de llorar, por favor no llores, no puedo soportarlo!
—Se agarró a ella poniéndole una mano en una rodilla y un brazo, rodeándole la espalda. Mientras, apoyaba la cara en el brazo de ella, en el hueco del codo.

Hilda se esforzó por contener las lágrimas.

—Estoy ya tranquila... No ha sido nada...

—Algo terrible ha debido de ocurrir —dijo Peter. Sentía ella en su vestido los labios mojados de su hijo—. Seguramente, habrá habido un accidente o estás mala...

—No, no. Nada de accidente, a nadie le ha pasado nada. No estoy enferma. Sólo que soy una tonta. Peter, por favor, no te alarmes. Ayúdame a ser sensata siéndolo tú también. No pasa nada en absoluto.

—Entonces, ¿por qué llorabas de esa manera tan horrible? La gente no llora así por nada.

—¿Puedo proponer más té? —preguntó Julius—. ¿O quizá unas copas?

—Té, por favor, Julius. Yo misma...

—No, no, lo haré yo —dijo Julius—. Quédese usted aquí hablando con Peter. Me llevaré la tetera a la cocina, para hacer un poco más de té.—Salió entonces de la sala, cerrando la puerta tras él.

—Madre, ¿qué ha pasado? Me has aterrado.

—Peter, no ha pasado nada, de verdad que no. Es que estoy cansadísima. Mis lágrimas no significaban nada. Lloro con mucha facilidad.

—Eso no es verdad. Nunca te había visto llorar antes en mi vida. Nunca antes en la vida.

—Sera porque no te acuerdas. De todos modos, ya ha pasado todo, fíjate, no más llanto. Fue sólo un momento tonto.

—Estás enferma, madre. Y acaban de decírtelo. Seguramente, que tienes cáncer o algo así.

—No, hijo, tengo una salud perfecta. Y también tu padre. Y todo va muy bien. Sólo ha sido que me sentí cansada y atontada, cosa típica de mujeres, pero ya se me ha pasado ¡y no debes ponerme nerviosa dándole esa importancia!

—¿Me aseguras que no tienes alguna enfermedad incurable?

—Te lo aseguro. Ya está. Y ahora seamos los dos de nuevo muy sensatos, ¿verdad? ¡Cuánto me alegra verte, Peter! ¿Te has portado bien y has trabajado bien como dijiste que harías?

Peter se sentó en la alfombra. En su cara permanecían las huellas de la impresión y el dolor.

—Madre, fue espantoso llegar y encontrarte tan alterada. Me has asustado tanto.

—No le des más vueltas a eso, querido. Ahora háblame de ti.

—¡Ah!, a mí no me pasa nada. Si, he trabajado algo. Por lo menos he leído un libro. He creído que tú sabrías cuando volverá Morgan.

—Lo lamento, pero no sé cuando volverá.

—¿No tienes su dirección?

—No.

—Bueno, no importa. ¿Está padre en casa?

—No; hoy ha de trabajar hasta muy tarde en la oficina.

—Lo siento, pero llené con agua caliente la tetera eléctrica —dijo Julius—, de modo que hirvió más pronto. Espero que no tendrán ustedes creencias supersticiosas sobre eso. Alguna gente cree que el té no sabe bien si no se hierva el agua estando ésta fría desde el principio. He traído otra taza para Peter. Té delicioso para todos. ¿Y no se compadecerá alguien de la pobre tarta de nueces?

—Dios le bendiga, Julius —dijo Hilda. Julius empezó a servir el té.

—Yo no tomaré. Gracias —dijo Peter.

—¿Querías otra cosa?

—¿Te apetece jerez, querido? ¿No? ¿Y usted, Julius, no beberá algo? Quiero decir algo más fuerte que el té.

—No, gracias, pero déjeme traerle whisky. Sí, insisto. Sé dónde está .

Hilda, suspirando, se instaló mejor en su silla. Bebía té y whisky. Peter estaba sentado en el suelo, ante ella, y apoyaba la barbilla en las rodillas, mirando a su madre, por debajo de sus mechones de cabello rubio, con inquietud y curiosidad.

—Hay algo que no me has dicho, madre.

—Nada hay que no te haya dicho.

—Perdona, pero no te creo.

—Oh, Peter, no digas eso. Lo que me pasa es que estoy terriblemente cansada y nerviosa.

—Si, en efecto —dijo Julius—, y no es éste el momento oportuno... Tu madre está cansadísima... todos esos comités...

Peter se levantó de un brinco:

—¡Muy bien. me voy!

—Por favor, cariño

—No te alteres, madre. No estoy enfadado. Ya comprendo. Estás cansada. Volveré mañana.

—Si, si, no dejes de venir mañana y podremos hablar tranquilamente. Mañana por la mañana, ¿me lo prometes?

—Si, prometido. Te llamaré a las nueve y quedaremos de acuerdo. Te lo prometo.

Cuando se cerró la puerta, dijo Hilda:

—Ha sido una desgraciada coincidencia. Se va a preocupar muchísimo. Y si empieza a darle vueltas

—¿Qué le dijo usted, Hilda? —le preguntó Julius.

—Pues nada de particular. Quise tranquilizarle asegurándole que nada malo pasaba.

—La verdad, Hilda, no tiene usted remedio. Debería usted haber inventado alguna mentira plausible. Ahora, desde luego, se hará preguntas y se preocupará mucho.

—No sirvo para decir mentiras plausibles.

—Pues debió haber dicho algo. ¿Quiere que le dé alcance y lo tranquilice? Pensaré en algo inofensivo pero convincente. Eso hará que deje de preocuparse. ¿No querrá usted que empiece a investigar?

—No, no, eso sería espantoso. Sí, vaya usted tras él, por favor, Julius. Tiene usted mucha inventiva y es muy rápido. Dígame algo para que crea que no pasa nada.

Julius salió corriendo para alcanzar a Peter. Hilda echó té en la taza que no llegó a usar Peter. Cerró los ojos, irritados e hinchados. Cuánto jaleo probablemente por nada. Cuando volviera Rupert lo miraría cuidadosamente y se convencería de que estaba tan tranquilo y normal como siempre. La costumbre la consolaría. Desgraciadamente, se quedaría trabajando hasta muy tarde en la oficina esta noche. ¿Hasta muy tarde en la oficina? ¿Por qué?

Al poco rato volvió Julius. Ya había oscurecido en el jardín. Cantaba el mirlo.

—¿Qué le dijo usted?

—Pues que cuando él llegó acababa usted de enterarse de la grave enfermedad de la mejor amiga que tenía usted en la escuela y a la cual no veía desde hace muchísimos años. Esa noticia le trajo multitud de recuerdos. Le dije que no quiso usted hablarle de eso porque temía que él lo encontrase absurdo. Incluso le dije el nombre de esa condiscípula de usted y que seguramente le había oído hablar de ella.

—¡Julius! ¿Cómo se llama? ¡Más vale que lo sepa!

—Antoinette Ruabon. Es francesa. Vive en Mont de Marsan. Siempre la nombra usted Toni cuando se refiere a ella. Han estado ustedes escribiéndose durante muchos años.

—Julius, es usted tan...

—Si se quiere mentir bien hay que inventar los detalles.

Hilda empezó a reír alocadamente.

—¡Cuánto me anima usted con sus ocurrencias! Estoy segura de que mantendré ya para siempre el mito de Toni Ruabon.

—Ruabon es su apellido de casada. De soltera se llamaba Mauriac. Prima lejana del novelista. Su esposo...

—Por favor, Julius. No me diga más de esa historia, que no puedo contener la risa —dijo Hilda poniéndose una mano en el costado—. Cuando me hace usted reír tanto me parece de pronto que soy feliz y, sin embargo, soy muy desgraciada y eso causa dolor. ¿Le creyó a usted Peter?

—¡Por completo! Incluso creyó que le había oído hablar a usted de ella. Supongo que no le importara a usted, pero para darle más verosimilitud a la historia hice una leve referencia a lo próxima que está usted de la menopausia, a los síntomas nerviosos en las mujeres de media edad...

—¡Pues esa parte fue completamente cierta!

—Una buena mentira siempre debe tener unas gotas de verdad. En fin, creo que Peter habrá dejado ya de alarmarse. Y ahora, querida Hilda, lamento tener que marcharme.

—Por favor, no se vaya. Creí que quizá, después de irse Peter, usted... Pero, claro, tiene usted que atender a sus asuntos. Julius, aún no sé qué hacer en cuanto a esa cena.

—¿Se refiere usted a la celebración de haber terminado Rupert su libro? Claro que debe usted dar esa cena.

—¡Pero si es mañana!

—Parecería muy raro que la cancelase usted ahora. ¿Me dijo usted que había enviado las invitaciones? Claro, si yo he recibido ya la mía.

—Por lo menos, he invitado a la familia —dijo Hilda—. Peter, Morgan, Simon, naturalmente a Axel con Simon... Y a usted.

—¡Me agrada mucho que me haya considerado usted como familia!

—Ibamos a invitar a algunos compañeros de oficina de Rupert y a sus esposas. Y a ese filósofo de nombre tan divertido a quien admira tanto Rupert. Yo pensaba quedar con él en a qué personas invitáramos... pero lo he ido dejando... y ahora no sé...

—Bueno, Hilda, ¿por qué no lo deja en esos que ha dicho? Será un grupito muy agradable.

—¡Oh, Dios!

—No puede usted cancelarla, querida, sin que se den cuenta de que está enterada. Debe usted celebrar esa cena. Cuente usted con mi apoyo.

—Julius, es usted un ángel. Muy bien. Le agradezco inmensamente su ayuda y consejos. La verdad es que no sé qué haría sin usted. Y por favor, vuelva por aquí, aparte de la noche de la cena. Sepa que siempre puede usted venir. Y hablaremos de usted en otra ocasión.

La compañía de Julius había sido un buen estímulo. Ahora, cuando él ya no estaba, se sentía Hilda muy desanimada y casi aterrada. Se llevó a la cocina las cosas del té. Se daba cuenta de que tenía mucha hambre, pues no había almorzado. Cortó un trozo de la tarta de nueces pero no pudo comerla. Fue al piso de arriba, a su *houdoir*, levantó el auricular del teléfono y marcó el número de Whitehall. La telefonista de la oficina de Rupert dijo que no contestaba nadie al teléfono de él. Lo cual nada probaba. Hilda entró en el dormitorio, se lavó la cara con agua fría y se puso de nuevo maquillaje. El jardín estaba luminoso, con una densa luz vespertina albaricocue, clara y algo amenazadora. La casa parecía “hueca”, sin sentido, y triste como una casa vacía. Zumbaba en el cielo un aeroplano de los que venían a Londres. El sol y el crepúsculo estaban desolados.

Hilda pensó: “Debo esforzarme para no dejarme invadir por el pánico”. Volvió a su cuarto, se sentó ante la mesa y empezó a revolver papeles. Sentía que sus ojos lo miraban todo

amedrentados. Pensó: “Debo encontrar algo que me sirva de apoyo, algo que me una al mundo real, que me haga creer en la realidad del pasado. Quizá pudiera repasar alguna de las viejas cartas de Rupert. Una palabra suya aunque fuese de hace un año, aliviaría esta sensación desconectada que me tortura”. Había guardado la mayoría de las cartas de Rupert de los primeros tiempos de su noviazgo. En cambio, había pocas que fueran más recientes, ya que siempre habían estado juntos. Las cartas estaban en un compartimiento secreto en la parte trasera de la mesa. Era una caja metida en esa parte de atrás del cajón más bajo, el cual quedaba acortado correspondientemente. Y ese cajón se hallaba dispuesto de manera que no podía ser sacado del todo, y al compartimiento secreto sólo se podía llegar sacando el cajón de arriba y metiendo por ahí la mano. Hilda quitó el cajón de arriba y sus dedos tocaron la caja secreta. Incluso antes de poderlo agarrar y sacarlo se dio cuenta de que estaba vacío.

Se quedó sentada un rato con la caja vacía frente a ella sobre un montón de papeles en la mesa. Luego empezó lentamente —parecía faltarle la respiración y era que respiraba a propósito con lentitud— a registrar la mesa. Metió la mano arriba y abajo donde había estado la caja, buscando posibles grietas y huecos. No los había. Abrió los otros cajones aunque sabía que eso de nada le servía. Ya con más frenesí registró el resto de la mesa, miró por debajo de ella e incluso la apartó de la pared contra la que estaba apoyada. Luego se sentó en un sillón y se puso a pensar.

Las cartas habían desaparecido. Sólo Rupert sabía dónde las guardaba ella. Por tanto, era Rupert el que las había cogido. Hilda se enderezó rígida en la silla. ¡Qué absurdo, cruel y loco, eso de haberse llevado las viejas cartas de amor que le había escrito a ella, y llevárselas sin decirle nada! Ese acto le hacía ver a Hilda toda la dimensión de la separación que buscaba Rupert, el haberse él “convertido en otro”. Tenía Rupert toda clase de pensamientos, necesidades e impulsos de los que nada sabía ella, que nunca podría concebir ella. Había querido Rupert... ¿qué había querido? ¿Mezclar con el pasado su lío actual? ¿Destruir las pruebas del amor que le tuvo a Hilda? Había entrado en aquella habitación de ella y con una expresión de seguridad inimaginable en su rostro había introducido furtivamente una mano en aquel compartimiento secreto y sacado de la caja las cartas. ¿Era posible que hubiese dado por cierto que ella no se daría cuenta de que faltaban? Desde luego, hacía ya un año desde que ella relejó algunas la última vez. ¿Acaso la estaba probando a ella? ¿Qué podía pensar Hilda?

Se había levantado sin darse cuenta. Descendió las escaleras y salió al sombrío jardín, aunque aún había sol. Largas lenguas de sol cruzaban el pavimento alternando con anchas sombras y la estropeada superficie del viejo muro de ladrillo brillaba a trozos con marrones dorados y tonos rosas. La media luz se concentraba en los sitios donde las plantas relucían con una momentánea intensidad de verdes. “¿Qué significa todo lo que me está pasando?”, pensaba Hilda mientras se agarraba asustada el vestido. Luego vio, por el rabillo del ojo, que algo redondo y castaño flotaba en la superficie de la piscina. Se volvió y miró con interés. Era el erizo.

Hilda se arrodilló y metió los brazos en el agua. El erizo flotaba medio enroscado. Quedaba hacia arriba su oscuro dorso. Le puso las manos por debajo y sintió la piel mojada y suave, las patitas colgantes. Lo sacó. Estaba muerto. Hilda dejó el leve cuerpecito redondo en el suelo, donde el agua formó una mancha oscura. El hociquillo negro apuntaba hacia ella, tenía los piecitos lacios y arqueados y cerrados los ojos. Corrieron lágrimas por el rostro de Hilda. Pensó: “Debo decírselo a Rupert y él me consolará”. Medio se levantó y volvió a sentarse en el suelo gimiendo. “Debo enterrar al erizo”, pensó; pero la tarea era demasiado para ella en su estado de ánimo. Rápida, levantó al animalito y lo tiró detrás de unas plantas. Luego entró corriendo en la casa y subió a toda prisa las escaleras, llorando.

“Las cartas —se dijo—, si pudiera encontrar las cartas, ¿dónde estarán? ¿A salvo por aquí cerca? No puede Rupert haberlas destruido. ¿Será posible que las quisiera tener a mano para consolarse, para que le hicieran recordar?” Fue al estudio de Rupert. Allí era terrible su ausencia. Hilda quería contarle lo del erizo y llorar en sus brazos. Abrió su escritorio y empezó a revolver papeles. Rupert no tenía precisamente muy ordenada su mesa. Había en ésta una fila de pequeños compartimientos en los que guardaba facturas, papeles de los seguros, matrices de libros de cheques gastados, viejos diarios que solía escribir, fotografías, apuntes, folletos de poco tamaño. Hilda se secó unas lágrimas con el dorso de la mano y miró con mayor atención la mesa. No era un absurdo lo que había dicho Julius de que esa observación pudiera tranquilizarla. Suponiendo que pudiera encontrar alguna comunicación de Morgan, algo que fuese por completo inocente y sin importancia, algo que pudiese darle a ella el tono de esas relaciones... Pues era, sobre todo, el misterio de éstas lo que la desquiciaba a ella. Y, después de todo, podían resultar inocentes. ¡Qué aliviada se sentiría entonces! En cuanto a las cartas que le había escrito él mismo a Hilda, podía habérselas llevado Rupert para releerlas. Y se reiría él del temor que había pasado su mujer.

Hilda comenzó un sistemático registro de la mesa. Repasó las fotografías. Las había de Peter y de ella, ya muy pasadas. Algunas cartas de un anticuario sobre la reparación de una librería, de un librero con motivo de completar una colección de revistas... Sus dedos pasaron por encima de los documentos de seguros y de los libros de cheques. Luego se detuvo. Rupert reunía en el último compartimiento las viejas matrices de los libros de cheques, los destruía al cabo de un año. El más reciente quedaba siempre encima del montón. Hilda sacó éste y fue mirando los diferentes asientos. En eso era Rupert meticuloso. Librería, tienda de bebidas, Harrods, New and Lingwood, Fortnum and Mason, Comisarios de la Renta, Dirección General de Correos, el constructor local. La siguiente anotación decía sólo: "M. 400 libras". Hilda dejó en su sitio el librito. Se sentó en la silla de Rupert.

Siguió registrando el resto de la mesa, con más prisa. Miró en todos los cajones, sacándolos uno a uno y mirando su contenido. Nada había de particular. El cajón de más abajo no salía del todo; parecía estar atrancado. Hilda tiró de él cuanto pudo, luego introdujo en él la mano y sacó cuantos papeles pudo. Sólo un catálogo de una sala de subastas y algunos sellos de correos. Luego pensó: "El cajón es demasiado corto, tiene que haber en él, como en mi escritorio, una parte secreta". Eran mesas de estilo y fecha parecidos. Temblando, sacó el cajón de encima y por el hueco introdujo una mano por el compartimiento de atrás; el cajón parecía atrancado. Sus dedos tocaron un papel doblado. Extrajo la caja secreta por el hueco de arriba y cogió el papel. Vio en seguida que estaba escrito por Morgan. Era una carta y empezaba así:

Ángel mío, el éxtasis de tu amor me hace la persona más feliz del mundo. ¿Te parece raro que llorase ayer cuando estaba en la cama contigo? Es que lloraba de alegría. ¿No habrá manera de que pronto estemos juntos como debemos estar?

Hilda leyó la carta hasta el final. Luego volvió a doblarla y a colocarla en la caja. Puso ésta en su lugar secreto. Cerró todos los cajones, dejó el contenido del escritorio como estaba antes y lo cerró. Descendió lentamente las escaleras y fue a la sala.

Capítulo 13

—No debo quedarme aquí más tiempo.

—Pero si le dijiste a Hilda que trabajarías hasta muy tarde en la oficina. Todavía no tienes que irte.

—Fuiste tú la que me convenciste para que le dijera eso. No debí haberte hecho caso.

—¡Qué cobarde eres, Rupert! ¡Hilda no irá a buscarte a la oficina para convencerse de que estás allí! Y aunque fuese o te llamara, podrías inventarte una historia. Creo que has sido mucho más imprudente al dejar tu coche ante mi puerta.

—Sí, ya lo sé. No pensé...

—¡Rupert, no te pongas tan nervioso! Lo que tienes que hacer es confiar en mi.

—Eso quisiera yo. En estos momentos tengo la impresión de que no sé qué estoy haciendo. Me repugna mentirle a Hilda.

—Bueno, ten en cuenta que tampoco ella te dice siempre la verdad.

—¡Si que me la dice!

—Por ejemplo, nunca te ha dicho que le da mucho dinero a Peter desde que dejó Cambridge. ¡Y mientras le dabas tanta importancia a que él tuviera que bastarse con dos libras a la semana, o lo que quiera que fuese!

—¿Si? ¿Es eso verdad?

—¿Dudas de mi palabra? Pregúntaselo a Hilda. Y seguramente habrá otras cositas como esa. Las hay en cualquier matrimonio. ¿Por qué va a ser tan especial el tuyo?

—¡Era especial! —exclamó Rupert—. Lo era. ¡Oh Dios mio!...

—Bueno, no te aferres a esas ideas. Decidiste romper. Y no has tenido que hacerlo. Sin embargo, supongo que lo necesitabas. Los hombres suelen tomar esa decisión cuando pasa cierto tiempo.

—Yo no he “roto” —dijo Rupert—. Estoy casado con Hilda. ¿Acaso lo has olvidado?

—No lo olvidé, pero creía que tú, si.

—Me parece que los dos nos estamos portando muy mal.

—Vamos, vamos, apenas nos estamos portando de ninguna manera! Y de todos modos, todo esto ha sido una idea tuya.

—¡No fue mia sino tuya!

—Bien, dejemos a un lado si fue del uno o del otro; lo cierto es que estamos los dos en este asunto y todo saldría perfectamente si tú no buscaras tantas complicaciones. Fuiste tú quien dijo que podíamos vencer todas las dificultades y crear unas maravillosas relaciones. Yo no habría empezado si no hubieras estado tan confiado y hubieses tenido como un deslumbramiento. Dijiste que no lo dejarías. Creí que eras muy valiente. Ahora lo estás poniendo todo a punto de naufragar porque te fallan el sentido común y la decisión. Decidete de una vez y haz lo que sea, por amor de Dios. ¿o quieres que me vaya yo, o qué?

—No quiero que te vayas —dijo Rupert, muy desanimado. No podría hacer que te fueras. Eso lo supe desde un principio. Pero no puedo seguir con esto a base de engañar a Hilda. Está envenenando mi vida.

—Si se lo dices a Hilda, todo cambiará por completo.

—¡Bueno, pues mejor!

—¡Entonces muy bien, díselo a Hilda!

Morgan y Rupert estaban sentados el uno frente al otro en el cuarto de estar de aquélla, cada uno en una silla. Con los ojos muy abiertos y en posturas rígidas, parecían un par de figuras egipcias. Ambos habían bebido ya mucha ginebra. El sol, que ya iba de retirada, doraba la pared del otro lado de la calle y la habitación se llenaba de una suave luz reflejada. El tráfico zumbaba por Fulham Road.

—Oh, Rupert, no nos peleemos —dijo Morgan—. Debe de haber algún modo racional de enfrentarse a esta situación tan peculiar. Con tantas ganas como tenía de que vinieras esta tarde y ahora nos estamos peleando.

—También yo tenía muchas ganas de venir. —Le tendió una mano a Morgan y ella se la estrechó con entusiasmo. Luego volvieron a tomar sus rígidas posturas frente a frente.

—No es que sea partidaria de no decírselo a Hilda —dijo Morgan—. Lo que me parece es que no tiene sentido comunicárselo ahora. Éste es el momento del mayor caos. Ni siquiera sabríamos qué decirle a Hilda y cualquier cosa que le dijésemos la desanimaría y le haría creer que hay más de lo que efectivamente hay. Así es más leal no contarle nada por ahora. Quiero decir...

—Temo que haya muchísimo ya en este asunto —dijo Rupert—. Eso es lo malo —Se levantó y empezó a pasearse por la habitación.

—Sí, ya sé —dijo Morgan—. También yo tengo esa impresión. Desde luego. Pero no hemos perdido la cabeza. ¡Vaya una frase!— Se rió y se sirvió más ginebra.

Rupert se sentía muy desgraciado. Haber perdido el contacto con Hilda le hacía sentirse reducido y mutilado. Le era odioso tenerle que decir mentiras a Hilda y sentía un abyecto miedo a que se descubrieran sus mentiras. Al mismo tiempo le atraía mucho la compañía de Morgan e incluso discutir con ella se le había hecho imprescindible. Habían tratado interminablemente de la situación y sólo lograban complicarla hasta un grado misterioso. Habían racionado sus besos. Pero se daba plena cuenta de la pasión de ella y ya sabía que Morgan sentía la de él.

Al principio le había parecido muy claro a Rupert que debía hablar con Morgan y no enviarla lejos, sencillamente porque la idea de hacer que se fuera sintiéndose tan desdichada le parecía a él espantoso. Morgan lo había pasado muy mal. Se había hecho un lío en cuanto a su propia vida, y le necesitaba. Todo ello parecía añadirse a cierto deber. Tomó ella la

responsabilidad de manifestar su amor. Y él tenía que asumir la responsabilidad de llevarlos a los dos hacia la cordura.

Ahora todo ello parecía mucho menos claro y era horroroso, y, sin embargo, no podía ver cuál era el mal paso que había dado él. Engañar a Hilda, desde luego sólo temporalmente, había sido sólo cumplir su deber para con Morgan. Sin duda, se daba plena cuenta del gran afecto que le tenía a Morgan. Y sobre ese cariño estaba él dispuesto a construir. Sólo el amor engendra auténtico amor, que el hombre cuide de la mujer y ella de él. No enviaría a Morgan por ahí lejos para que viviera amargada y desgraciada. Necesitaba amor, como todos los seres humanos. Él le daría amor, amor firme, prudente y fuerte, lo cual —él lo creía honradamente— la liberaría de todo el embrollo —Tallis, Julius, él mismo— y entonces sabría qué hacer con Tallis. Se convertiría de nuevo, o quizá por primera vez, en una persona completa.

Lo que apoyaba a Rupert en esta decisión era su profunda y “ancestral” confianza en el poder de la bondad. Y no era que localizase esa bondad en él mismo. Era algo muy exterior a sí mismo, pero a la vez próximo y muy real. Rupert no creía en Dios, en verdad incluso desaprobaba que se creyera en Dios, pues decía que la creencia debilitaba las fibras morales. Pero en tal falta de fe sí creía y bajo esa estrella cuidaría de Morgan. De ese modo había amado ya a otras personas y, por lo que él sabía, los resultados habían sido buenos. Pero nunca se había tratado de alguien tan próximo a él. La capa superior de la estructura moral no era un ensueño y esto lo había probado él mediante ejercicios de amorosa atención: amó a la gente —alguna de ella—, amó al trabajo, a los pavimentos y a las hojas de los árboles. Ésa había sido su felicidad. Esta libertad fue también la piedra clave de su matrimonio. Era algo, por raro que parezca, de lo que no le había hablado nunca a Hilda. No creía que ésta pudiera comprenderlo. Había escrito de ello, de un modo medio oculto, como si fuera un secreto en su libro filosófico. Cuando estuviera mecanografiado, lo leería Hilda. Y no lo entendería. Lo cual no importaba. Precisamente amaba más a su esposa porque estaba Rupert convencido de poder amar todo lo demás del mundo, sin privarla a ella de nada en absoluto. En realidad, su amor secreto enriquecía su matrimonio.

Por eso le había parecido a Rupert que sería muy fácil controlar su situación con Morgan. Desde luego, llegaría a amar a ésta más que ahora, pero en ello no habría peligro, sólo salvación. ¿Qué era lo que había dejado de tener en cuenta? No comprendió que su vida se envenenaría al tener que decir un par de pequeñas mentiras necesarias. No había esperado

esta curiosa rotura de comunicaciones con Hilda. Se halló completamente preparado para que Morgan lo hiciese caer físicamente, que ella lo fuese atrayendo en un nuevo sentido. Todos los afectos de Rupert tenían un aspecto físico: y esto era también cierto cuando se trataba de hombres aunque nunca le habría confesado eso a Axel. Había cosas secretas de las cuales se sonreía. Pero no estaba preparado para el deseo nervioso de la presencia de Morgan que le afligía ahora, ni para las concretas y localizadas urgencias de estrecharla en sus brazos. No había previsto que llegaría a esta confusión, las discusiones, la oscura impresión de haberse “liado” con ella, el enredo. No previó que su estimación de sí mismo estuviese de pronto en peligro.

—Creo que he sido un insensato —dijo Rupert—. Quizá convendría que te fueras. He debido ser más severo contigo. Aléjate durante seis meses. Sabes muy bien que por eso no me perderás a mí ni te faltar mi amor. Nada habrá de qué preocuparse. Pero creo que los dos hemos de calmarnos de esta situación. Mientras estés fuera le diré a Hilda lo nuestro. No dejaré que parezca más importante de lo que es.

—¿Dónde demonios voy a marcharme seis meses?

—A cualquier parte: Francia, Italia... Yo te lo pagaré. Ahora que nos conocemos más, bien puedo hacerlo.

—Rupert... tu dulzura me parte el corazón. Pero, querido, no puedo irme por ahí. Hace una semana aún habría sido posible. Ahora ya no lo es. Necesito verte y hablarte. Verte es lo único que me queda. Fuiste tú el que te comprometiste a hacerte responsable de mí, Rupert, y has de cumplir esa obligación. Si me fuera, enloquecería de pena. No sabes lo que estás diciendo. ¡Imagínate sola en algún fantasmal hotel de Antibes! Me volvería loca, sí. Tengo que hablar con alguien; ésa es mi única curación, Rupert, hablar, hablar, hablar. Dios mío, hay tantísimas cosas que me envenenan, cosas de las que necesito hablarte para librarme de ellas, cosas de las que únicamente a ti puedo hablarte.

—Lo siento —dijo Rupert. Se detuvo frente a ella y volvió a coger su vaso—. Soy egoísta y me falla la imaginación. Si, llevas razón, tenemos que seguir.

—No te he hablado del niño.

—¿Qué niño?

—Me quedé embarazada de Julius.

—¡Oh, Morgan...! —Rupert se sentó, acercando más su silla a ella y le tomó una mano—. Cuéntame, querida.

—Por supuesto, hice que me provocaran el aborto. Estaba sola; había dejado a Julius y estaba sola en la Costa oeste. Fue una pesadilla.

—Pobre criatura, cuanto lo siento.

—Ya te contaré todo aquello... quizá pronto. Necesito contarle a alguien los detalles. No sabía cómo encontrar un médico que pudiera hacerme abortar. Fui a uno a la casualidad, me trato groseramente y me pidió muchísimo dinero. Entonces fui a otro, que estuvo insinuante y bestial pero, con tal de que le pagase de antemano, se comprometió a hacerme la operación pero creí que no la haría. Lloré todo el tiempo y aquello fue tan humillante...

—Ya ha pasado todo, Morgan, no llores más, querida mia. Sí. Creo que deberías contarme los detalles.

—Pero no se trata sólo de aquello, Rupert; es que aún ahora me siento tan culpable y lo lamento muchísimo. Quisiera tener aquella criatura, la echo tanto de menos...

—Morgan, Morgan, no te alteres tanto; ten, bebe más. Hablaremos de todo eso extensamente cuando quieras. Y desde luego, no puedes irte por ahí sola. Ya lo arreglaré todo; sí, lo arreglaré.

—Gracias, cariño...

De repente sonó junto a ellos un ruido tan fuerte que al principio no supieron lo que era. Rupert se levantó con un brinco. Miró en torno suyo por la habitación creyendo que se había caído algo muy pesado. Morgan le miraba espantada. Se repitió el ruido y Rupert dijo que alguien llamaba a la puerta a golpes. No era que llamaran sino más bien que alguien quería destrozar los paneles de la puerta. ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Morgan se levantó e instintivamente fueron ambos hacia el dormitorio sujetándose uno a otro muy asustados.

—¿Quién es? —murmuró Rupert.

—No sé. Podría ser Hilda. Ssss. ¿No sería mejor no contestar?

Mientras se estrechaban fuertemente las manos, se preguntaban con la mirada.

—Debe de ser alguna equivocación —susurró Morgan—. No puede ser para mí.

—Quizá debieras contestar antes de que vengan alarmados todos los de la casa.

Se había reanudado el terrible estrépito. Alguien aporreaba la puerta del piso con el puño cerrado.

—Quédate ahí —susurró Morgan—. Y no hagas ruido. Veré quién es y haré que se vaya.
—Empujó a Rupert dentro del dormitorio y cerró la puerta. Luego fue a la del apartamento y la abrió.

Peter entró como una tromba en el cuarto de estar. Miró un momento y en seguida abrió la puerta del dormitorio. Salió Rupert. De repente se había sentido mal, casi a punto de desmayarse y se sentó en una silla. Morgan cerró la puerta del apartamento. Se quedaron mirándose.

—Fue una manera muy rara de llamar, Peter.

ⓈÉste pareció durante un momento incapaz de hablar. Y Rupert sabía que él no podría pronunciar ni una palabra. Se esforzó por normalizar su respiración y se llevó una mano a la garganta.

—Siéntate —dijo Morgan—. Sírvete alguna bebida.

Peter dijo algo. Sonó a algo así como “tarde en la oficina”.

—¿Qué dices? Siéntate, Peter —dijo Morgan—. ¿A qué viene tanta agitación?

Peter seguía en pie. No miraba a su padre, como si no estuviera allí. Le dijo a Morgan:

—¿Así que es verdad?

—¿Qué es verdad? —Morgan se sentó mirándolo. Se había ruborizado, pero su expresión era dura y firme.

—Estás liada con mi padre.

—No tengo esa clase de relaciones con él, tonto. Ahora tranquilízate y...

—Entonces, ¿por qué no me has abierto la puerta en seguida? —le preguntó Peter—. ¿Y por qué estaba él en el dormitorio y por qué está la cama deshecha y por qué tiene él ese aspecto, y...

—¡Cállate ya! —dijo Morgan—. Acabarás enfadándome. Sencillamente, estábamos hablando de algo. Y en cuanto a mi cama, no la hago hasta la tarde. Y fue la manera de llamar tan escandalosa lo que nos hizo vacilar antes de abrir la puerta.

—¿Y de qué estabais discutiendo?

—De algo privado.

—¿Y por qué dijo que estaría hasta muy tarde en la oficina si era aquí dónde estaba?

—Su propósito era quedarse hasta tarde en la oficina. Y entonces lo llamé yo y le pedí que viniera. Si quieres saberlo, era de ti de quien hablábamos. Nos ocupábamos de cómo debía ser tu educación.

—Lo siento mucho —dijo Peter—. Pero no me creo ni una palabra de lo que dices. — Estaba pálido y temblaba un poco sin dejar de mirar a Morgan.

—Escucha, Peter. ‘Te aseguro que tu padre y yo no somos amantes! Es una idea inconcebible. ¿No te convences de que digo la verdad? Habla, Rupert, ¿o es que se te ha comido la lengua el gato?

—Es cierto —dijo Rupert— lo que dice.— Pero apenas podía levantar la cara y la voz le sonaba pastosa y muy confusa. Parecía tenerla llena de piedras.

—¿Qué te ha inducido a venir aquí y aporrear la puerta de esa manera tan horrible? —le preguntó Morgan—. ¿Qué se te ha metido en la cabeza?

—Alguien me lo dijo... que tú y mi padre...

—¿Qué alguien te lo dijo? ¿Quién?

—Es igual. Pero le estoy agradecido. Quería convencerme con mis propios ojos. Y ya lo he visto, aunque apenas he podido creerlo. Además estaba el coche fuera, y ahora que os he visto

a los dos... ya estoy seguro. Pero no os preocupéis; me voy en seguida. Ahora podéis seguir con lo que estuviésteis haciendo.

—Peter, que tonterías más tremendas —dijo Morgan—, tu padre y yo estamos muy enfadados contigo. ¿Le has contado, o le ha dicho esa otra persona, algo a tu madre sobre esa fábula?

—No —dijo Peter—. Ella no sabe nada. Por lo menos, ella no lo sabe. Y no soy yo quien se lo va a decir. Podéis seguir con vuestro secretito, siempre que lo estéis pasando bien.

—Peter, qué ocurrencia. Estoy furiosa contigo.

—También conmigo te divertiste —dijo Peter—. Debi darme cuenta de la clase de persona que eras. Tú empezaste. Besándome y revolcándote conmigo en la hierba. Sabías perfectamente que me estabas haciendo enamorarme de ti. Luego, a la semana siguiente, decidiste abandonarme y liarte con él. Espero que la semana que viene empezarás con otro.

—Peter...

—Muy bien, muy bien, ya me voy. —Se volvió hacia la puerta y luego se inmovilizó. El trozo de malaquita verde se hallaba en la mesa del pequeño vestíbulo sujetando un montón de cartas. Peter se volvió hacia Morgan, la cual se había levantado—. Ya veo que te ha dado eso. Ese pedazo de piedra verde. También a mí me lo dio una vez, hace muchos años, siendo yo un niño. Luego se le olvidó que me lo había regalado y volvió a ponerlo en su despacho. Se ha olvidado sencillamente de mí, olvidado, olvidado. Y todo lo que me dijiste allí entre las vías no es verdad, ahora lo sé. Las campanas siguen sonando pero ya no es un sonido bonito ni mucho menos.

Peter se había puesto a llorar de repente. Se cubrió la cara con ambas manos y luego se volvió y salió corriendo fuera del piso. Sonaban fuertes sus pisadas en las escaleras y pronto se oyó un portazo abajo.

—Oh, querido —dijo Morgan, cerró la puerta del apartamento que había dejado abierta Peter—. Bebe algo, Rupert. Creo que necesitamos un buen trago.

—No sé como puedes estar tan... tranquila —dijo Rupert. Tenía la lengua estropajosa.

—No tengo tanta calma, tontísimo. Estoy al borde de la histeria. Pero, ¿de qué nos serviría que empezara yo a gritar? La verdad es que no me has ayudado mucho ahí sentado sin pronunciar palabra y con un aspecto inconfundible de culpable.

—Morgan, por favor, no me grites que estoy muy trastornado.

—Rupert, es que me pones mala. Te creaste esta situación deliberadamente, con los ojos bien abiertos. Y ahora, cuando llegamos a este estado tan horrible, te inhibes. Muy bien, ve a contárselo todo a Hilda que yo me iré a Saint-Tropez o Marraskesh o Timboctoo, y no precisamente con tu dinero.

—Es que somos culpables.

—¿Qué dices? A ver si puedes hablar más claro.

—Que somos culpables.

—Más trastornada estoy yo... Y tenemos que pensar. En eso tienes razón. Te ruego que me perdones, Rupert. Lo lamento muchísimo, pero esa visita me ha desquiciado.

—¿Quién demonios puede habérselo contado?

—Axel.

—¿Axel?

—Sí. Pensándolo mucho he llegado a esa conclusión.

—¿Y por qué Axel?

—Es la única persona que me detesta —dijo Morgan—. Y es el único que puede haberse enterado, o casi el único. Debes de haberte dejado alguna de mis cartas olvidadas en tu mesa de la oficina. ¡Y últimamente me he estado expresando con mucho ardor!

—Te aseguro que nunca he dejado cartas por ahí. Las he destruido todas inmediatamente.

—Bueno, bueno, no te estoy culpando, bebe algo y ánimo. Espero que Hilda no lo sepa. Y hemos de tener en cuenta esa absurda cena de celebración que va a celebrarse mañana.

¡Vaya una ocasión para que se reúna la familia! Pero yo no estaré allí. Creo que mañana de verdad no estaré en Londres.

—¿Qué es eso de que estuvisteis revolcándoos sobre la hierba?

—Le besé cuando volvíamos de Cambridge. Fue una tontería por mi parte. Era un día muy caluroso.

—¿Dejaste que te hiciera el amor?

—¡No, claro que no! Vamos, Rupert, ¿acaso vas a empezar a ponerte celoso de Peter?

—No —dijo Rupert. Se levantó pesadamente—. Me preocupa Hilda mucho más...

—¿Más que yo? ¡Gracias!

—Morgan, Morgan, todo mi mundo ha naufragado...

—Si, eres un cobarde —dijo Morgan—. Creo que habría sido mejor y más honrado si por las buenas nos hubiéramos acostado, que es lo que ambos deseamos. En vez de tener esta especie de discusión interminable que va a acabar con nuestros nervios.

—Esto es imposible.

—No lo es, pero no te preocupes. No voy a pedirte nada. Lo que quiero es que no pierdas los nervios y que no se lo digas a Hilda. Ten en cuenta que yo también quiero mucho a Hilda. Le tengo un profundo cariño y me importa mucho su opinión. No quiero que sea espectadora del lamentable lío en que parecemos habernos metido. Ahora padecemos ambos de la impresión. Y lo único que podemos hacer es esperar. Apoyarnos el uno en el otro y esperar. Y es que te quiero, Rupert.

—Sí, sí. También te quiero yo. Descuida, no se lo diré a Hilda.. todavía.

—Ven aquí, Rupert, déjame que te abrace. Así está mejor... Supónete que Axel se lo dice a Hilda.

—Eso no lo podríamos evitar. Pronto te enterarás de ello... Tengo que irme a casa en seguida.

—Descansa, descansa. Ven a acostarte en mi cama un rato. No te asustes, no voy a seducirte. Sólo quiero que estemos tranquilos algún tiempo antes de que te vayas.

Lo llevó al dormitorio y allí se acostaron abrazados en la revuelta cama. Rupert se sentía tan asqueado y angustiado que casi se durmió y ella tuvo que sacudirlo cuando empezaba a hacerse de noche.

—Creo que deberías marcharte ya, cariño.

Después de que Morgan hubiese despedido a Rupert en la puerta principal de la calle vio que había una carta para ella sobre la esterilla. Era de Tallis. Subió lentamente y cansada las escaleras. Cuando estuvo sola en el cuarto de estar quedó allí inmóvil algún tiempo con la carta en la mano y contemplando el blanco muro de enfrente iluminado ya por la luz del farol de la calle. Fue hasta la ventana y echó las cortinas. Rompió el sobre de Tallis en varios trozos y también la carta que llevaba dentro. No le fue fácil romperlos porque la carta parecía ser muy larga. Echó los pedazos en el cesto de los papeles. Luego pasó al dormitorio y, metiéndose un trozo de sábana en la boca, tuvo una reacción llorosa pero tranquila.

Capítulo 14

—El tiempo parece haber mejorado mucho.

—Creo que no está tan caluroso, ¿verdad?

—¿Qué dice el hombre del tiempo?

—Que seguirá el calor. ¿No quiere usted beber un poco más de champán, Julius?

—Gracias, Hilda. Oh, Axel, ¿te he quitado tu sitio?

—No, no, no te muevas. Voy a ver las rosas de Hilda.

—Están un poco estropeadas, por desgracia. ¿Champán. Rupert? ,Crees que está bastante helado?

—Exactamente en su punto, querida. Gracias, sólo un poquito.

—¿Hace fresco ahí, Simon?

—No, el agua está muy calentita. ¿Por qué no venís aquí los demás?

—No, el especialista del agua eres tú, ja, ja.

—¿Quieres otra aceituna negra, Axel?

—Qué lástima que Morgan no esté con nosotros!

“Que notable talento tienen los ingleses para ocultar sus intereses”, pensó Simon observando desde el nivel del agua la pequeña reunión de personas bien vestidas.

Los hombres llevaban trajes de etiqueta. Hilda se había puesto un vestido que le llegaba hasta el tobillo, de tela de seda verde manzana, abierto por un lado, dejando ver las medias de un verde algo más claro. Se disparaban tapones, tintineaban los vasos, se inclinaban botellas, sonreían los rostros y se elegían con entusiasmo aceitunas y sabrosos bizcochos. Simon se había refugiado en la piscina.

Los últimos días habían sido una pesadilla para Simon. Proseguía entre Axel y él la guerra fría. Todo era difícil. Incluso librarse del oso de peluche fue difícilísimo. Nunca se había parecido un oso de juguete más a un albatros. Como haciéndose el distraído lo había llevado por una y otra calle. “¡Qué asco!”, dijo un viejo caballero de aspecto militar cuando pasó ante Simon acariciando su desagradecida carga. Había intentado dejarla en el cementerio, detrás de la estación del metro de Barons Court, pero su llegada con un enorme oso de peluche y sus gestos furtivos habían interesado tanto al jardinero y a dos señoras de edad avanzada, que le siguieron todo el tiempo que estuvo allí. Después de eso intentó dejarlo en un tren Upminster, pero alguien corrió detrás de él gritándole: “¡Ha olvidado usted su oso, señor!”, cuando las puertas se estaban cerrando. Un jamaicano conductor de autobús le prohibió que lo dejara en éste y cuando desesperado se lo quiso regalar a un niño en los jardines Kensington, la madre del niño estuvo a punto de llamar a la policía. Por fin tomó un taxi hasta un hospital para niños y se lo entregó, sin pronunciar una palabra, al recepcionista.

Simon había hecho innumerables intentos para abrir las negociaciones con Axel. Pero le fue imposible ponerlas en marcha. Axel estuvo cortés, pero distante, y puso cara de gran aburrimiento cada vez que Simon empezaba a hablar. Éste creía que sólo con que pudiera triunfar, incluso en el principio de una discusión acre, podría empezar a confesar su pequeña historia. Pero resultaba que desde el principio se sentía helado y paralizado y también lo bastante fastidiado con su amigo para preferir que la situación continuase e incluso se estropeará aún más. Volvía a su antiguo estado de ánimo de “que todo era horrible”. Una clase de desesperación que él reconocía y desaprobaba, pero que parecía incapaz de dominar. Entretanto mantenía una intermitente “barrera de fuego”, suplicando unas veces y gritando

otras. Axel le contestaba con espantosa calma. “Por favor no seas el motivo.” “Por favor no grites.” “Esta clase de charla es inútil.” Y también: “Por favor, considérate libre por completo”. “¡No soy libre! —chillaba Simon—. Ni quiero serlo.” Axel tosía y miraba su reloj. Simon se retiraba, derrotado, a la habitación de los trastos. Axel pasaba las tardes en el club, llegaba tarde y cerraba su puerta.

Cada día había un momento en que Simon decidía contárselo todo a Axel. Más tarde decidió no hacerlo todavía. Empezó a sentirse horrorizado, ya que si le contaba todo a Axel, éste no lo creería o no lo perdonaría. La terrible posibilidad se alojaba en él como un témpano de hielo haciéndole creer que los días de su unión con Axel estaban contados. Todo resultaría haber sido una ilusión. Pronto volvería a ser un nómada y, volviendo la vista atrás, se asombraría de su experimento en la constancia. No podía enfrentarse con esta idea y no sólo aceptarla, sino tampoco pensar en ella, pero sabía que su presencia le envenenaba y que dejarla existir era darle más fuerza. Procuraba imponerse una pauta para retrasar la comprensión. Si se pudiera enterar de más cosas acerca de Rupert y Morgan. Si pudiera descubrir si Julius había dicho la verdad... si pudiera entender los motivos de Julius o si ocurriera algo público. Después de eso podría saber qué hacer, o por lo menos se vería obligado a hacer algo. Pero Morgan estaba fuera de Londres, según le había dicho a él Hilda. Y no se atrevía a preguntarle a Julius. No porque temiese que lo sospechado por Axel pudiera convertirse en la verdad. Pero Julius poseía la extraordinaria facultad de hacerle ver cosas donde no las había. Y Simon no quería aumentar las pruebas contra él mismo.

Era una parte de la moral táctica de Axel guardar las apariencias. Desde luego tenían que asistir ambos a la cena de celebración por haber terminado Rupert su libro. El automóvil estuvo puntualmente ante la puerta de la casa. Por el camino sostuvieron una conversación que llevó a Simon a un frenético final de terror.

—Axel, te ruego que dejes de estar tan frío conmigo.

—¿Podrías retirar tu mano, por favor?

—Me espanta tener que asistir a esta reunión. Me encuentro tan decaído...

—Tu hermano nos espera. Y no veo la necesidad de hacer público el fracaso de nuestra pequeña felicidad.

—Pero si por lo menos quisieras hablar de ello...

—Nada hay de qué hablar.

—No comprendes. Nada hay entre Julius y yo...

—Te ruego que no empieces con esa historia.

—Pero Axel, es verdad... no he visto a Julius desde...

—No quiero que me des detalles de tu horario. Por lo que a mi respecta debes considerarte libre. Tu vida privada es asunto tuyo de ahora en adelante y la mia es asunto mio.

—Te quiero, Axel, estamos unidos...

—No me gustan esas vacias chácharas emotivas.

—Debes hablarme como me merezco.

—Puedes encontrar a alguien a quien amar. Estoy seguro de que lo encontrarías sin dificultad en la estación de Piccadilly Circus. Tus antiguos amigos frecuentan todavía, sin duda, los urinarios.

—¡No, no, no! Axel. He sido un terrible tonto... tontísimo.

—Por el contrario, la estupidez ha sido por completo mía. Fui tan ingenuo que te creí capaz de cambiar de costumbres por mi. Fue un error patético y muy injusto para ti. Te debo una disculpa.

—Pero he cambiado de costumbres! Oh, Axel, ¿no irás a dejarme, verdad?

—Ahora, circunstancialmente, compartimos una casa.

—Pero no irás a tomar otras medidas, ¿no? Dijiste que no querías que supiera Rupert...

—No quiere uno tener dia tras dia espectadores de cómo se disuelve el ménage de uno.

—Pero no irás a irte, verdad, Axel. Tienes que decirme que no te irás y te juro que todo esto pasará. Te quiero y...

—Como ya te he dicho, eres enteramente libre. Y yo me considero tan libre como tú; por tanto, no me propongo consultarte sobre lo que voy a hacer.

—Axel. ¡Cómo puedes ser tan cruel! Me es imposible existir sin ti.

—Detesto estas escenas que de nada sirven. Ya estamos en casa de Rupert. Procura comportarte con naturalidad, ¿eh?

Simon se lanzó a la piscina en cuanto entró en el jardín para que su cara estuviera, de todos modos, mojada.

—¡La cena! *Messieurs sont servis!* —Era, desde la casa, la voz de Hilda, un poco chillona—. -Vístete en seguida, querido Simon!

Axel y Rupert, que discutían sobre la exención de impuestos como incentivo para grupos de renta inferior, empezaron a moverse hacia los ventanales-puertas. Julius permanecía junto a la piscina. Llevaba un smoking, cuya chaqueta era de terciopelo azul-medianoche, que hacía parecer más rubia su pálida cabellera y favorecía al violeta claro de sus ojos. Miraba hacia abajo sonriéndole a Simon.

Dándose de pronto cuenta de su delgadez, Simon nadó hasta la parte menos profunda para salir, y Julius anduvo hasta aquella parte para salirle al encuentro. Estaba de espaldas a la casa. La piscina de Rupert, muy pequeña y calculada sólo para nadadores, se inclinaba mucho hasta los seis pies de profundidad y había muy poco sitio para estar de pie. Los pies de Simon tocaron el resbaladizo fondo y trató de llegar a la escalerilla de aluminio. Entonces, cuando puso temeroso un pie en el escalón más bajo y empezó a subir, sintió un empujoncito en el pecho. Perdió el equilibrio y cayó hacia atrás con un chapoteo y tragando una gran bocanada de agua. Julius le había empujado con el pie.

Simon seguía chapoteando.

Julius se rió. Luego arrodilló una pierna en el pavimento inclinándose hacia Simon.

—¿Has sido un buen chico, Simon?

—Maldito seas —dijo Simon.

—No te apures, que todos han entrado en la casa. Están en el comedor. Podemos permitirnos una breve charla.

—No quiero hablar contigo, ea.

—Qué malísimo eres. ¿No le habrás contado a Axel ninguno de nuestros secretitos?

—¡No, pero se lo voy a decir todo! —Simon empezó a subir de nuevo la escalerilla.

—Te aconsejo que no se lo cuentes —dijo Julius—. Espera, quiero hablarte. —Empujó a Simon con los nudillos en un hombro y de nuevo lo hizo caer de espaldas al agua.

Esta vez no llegó Simon al fondo. Manoteó en el agua y miró furioso a Julius:

—¡Déjame salir! Tengo que vestirme para la cena.

—No, todavía no. He de tranquilizarte.

—¡Me estás volviendo loco! ¿Qué les ha pasado a Rupert y Morgan?

—Me extrañaba que no me lo hubieses preguntado ya.

—Bueno, ¿qué ha pasado?

—Pues muchas cosas. No creerás que voy a contártelo ahora, estando Rupert y Hilda a veinte metros. Debes venir a mi piso y entonces te lo diré. Sabrás que he estado esperando tu visita.

—¡No iré, no iré! ¡No quiero tener ya nada que ver contigo!

—¿No quieres saber algo de Morgan? ¿No te dije que lo iba a dejar yo todo arreglado sin que nadie sufra? Quizá necesite tu ayuda.

—No te ayudaré. Bastante daño me has hecho ya. Y déjame salir ya.

Simon nadó un poco, agarró la escalerilla y empezó a subir. Julius, riendo, levantó la mano. Antes de que Julius pudiera empujarlo, Simon se echó hacia atrás, nadó lo más rápido que pudo hasta el otro extremo de la piscina y empezó a salir de ella. Allí no había peldaños y el borde suavemente redondeado de la piscina era resbaladizo. Julius anduvo hasta allí,

esperó hasta que Simon hubiera puesto una rodilla en el borde y luego lo tiró de nuevo al agua dándole con uno de sus zapatos.

—Eres mi prisionero, pequeño.

Simon, escupiendo agua y jadeante, miró furioso a su atormentador

—Déjate ya de bromas. Me estoy enfriando. Y no soy un nadador muy resistente.

—Estás en apuros. ¿No es esa una expresión inglesa? No tienes más remedio que nadar mientras estés en apuros.

—Se lo voy a contar todo a Axel —dijo Simon.

—No, no se lo contarás a nadie, pequeñito. Si lo haces le daré a Axel una detallada información de cómo hemos tenido tú y yo nuestro pequeño idilio.

—¡No hemos tenido nada parecido!

—¿Cómo puedes haber olvidado nuestros almuerzos íntimos en mi piso de la calle Brook y la larga tarde que estuvimos juntos cuando fuimos al Museo y luego a tu estudio?

—No te creería. De todos modos, todo es tan terrible ahora...

—No creas que no podría ser aún peor. Eso sería un gran error, porque Axel te quiere mucho. Vuestro pequeño enfado pasar probablemente. Nada irremediable ha ocurrido... todavía. Si te portas bien podría ayudarte a reconquistar a Axel. Pero si no eres bueno... Simon se lanzó hacia el otro extremo de la piscina y tenía ya una pierna tendida de lado en el pavimento cuando Julius le empujó suavemente poniéndole un pie en el estómago. Volvió a caer en el agua con un gran chapoteo y la espumosa agua le cubrió la cabeza. En seguida sacó ésta, jadeando.

—Vas a ahogarme. Déjame salir.

—No seas tonto. Sólo quiero que me asegures que serás discreto.

—Tengo frío y estoy agotado. Déjame salir. Me va a dar un calambre.

—No. Voy a pisarte los dedos. Fíjate.

Simon se retiró hacia el centro de la piscina. Empezaba a sentir mucho frío y estaba cansadísimo.

—Por favor, Julius.

—Así va mejor. Te dejaré salir si repites estas palabras...

—¡Oh, maldito seas!

—Si dices: “No se lo diré a Axel”.

—Y ¿de qué te sirve que yo...?

—Dilo. ¡Tus dedos! Promételo.

—No se lo diré a Axel.

—Muy bien. Ya puedes salir.

Simon se agarró al borde de la piscina y con mucho esfuerzo intentó salir de ella. Estaba agotadísimo y tragar tanta agua le había dejado asqueado. Se cayó de espaldas en el agua, se izó de nuevo apoyándose con los temblorosos brazos y tendió una pierna sobre el resbaladizo borde. Julius, que le contemplaba riéndose, no le ayudó. Simon se arrodilló en el suelo y lentamente se puso en pie. Temblaba de frío. Luego se volvió y con un rápido movimiento, tendiendo los brazos, empujó a Julius, tirándole al extremo más hondo de la piscina.

En aquel momento salían de la sala Axel, Rupert y Hilda. Ésta chilló. La piscina se había agitado mucho, revuelta por una inmensa masa de resistente negrura. El agua se removía en “oleadas” causadas por el cuerpo de Julius debatiéndose a la desesperada.

Un brazo con manga oscura salía del agua como queriéndose agarrar a algo. La cabeza de Julius parecía haber desaparecido. Surgió durante sólo un momento, colorada, tratando agua, jadeante, con la boca abierta y redondeada. Se vio la lengua roja y sus ojos parecían los de alguien que se estuviera ahogando en el mar. Los brazos giraban torpemente y la cabeza se le hundía como una gran piedra. El agua, frenética, se apartaba y volvía a juntarse sobre la voluminosa y retorcida masa, incapaz de valerse a sí misma.

—¡Simon, eres un loco, Julius no sabe nadar!

Simon se tendió en el suelo y abrió las manos. Los demás se precipitaron hasta el borde de la piscina. Pudieron sujetar a Julius por la cabeza y tiraron de él hacia atrás. Sintió que le sujetaba alguien por el cuello. Tenía el cuerpo muy pesado y se le hundía. Movía desesperadamente rodillas y brazos para liberarse. Sobre su cabeza se arqueaba una verde cúpula cristalina, mientras que una barra también verde parecía irle a ahogar. “Que siga respirando —pensaba—, que respire otra vez, otra vez.” Angustia en su boca y pulmones.

Por fin, con la cabeza al aire, podía respirar y arrojaba el agua. La respiración le salía como un gemido, que se convertía a veces en un grito. Vio, con toda claridad y con vivos colores, el soleado jardín por encima de él. Las rosas, las caras asustadas, el cielo azul. Algo que era ancho y oscuro frente a él quedaba ahora a sus espaldas. Y es que le habían puesto adosado al seto, sujetándole por los brazos Rupert y Axel.

—No te preocupes, Julius, no te pasa nada. Sólo tienes que respirar tranquilamente, te ayudaremos a subir esos escalones y en seguida podrás ponerte en pie.

Nadie le prestaba atención a Simon, el cual quiso también ayudar pero no le quedaban fuerzas y se encontró con que sujetaba débilmente el terciopelo de la empapada chaqueta de Julius. La soltó. A Julius lo remolcaban hacia los escalones poquito a poco. Simon siguió al grupo.

Julius quedó sentado en aquéllos, que eran de piedra, y su ropa soltaba agua. Hilda, con su vestido verde y mojado, y oscurecido por ello, se arrodilló junto a él. Axel y Rupert, que tenían las mangas empapadas, se hablaban a la vez el uno al otro.

—Dale la vuelta.

—No, así no.

—Respiración artificial.

—Tiene agua en los pulmones.

—Ha perdido el sentido.

—No, no lo he perdido —intervino el propio Julius—. Estoy perfectamente. Respiro normalmente. Por favor, dejadme solo unos momentos, dejadme. —Y permaneció con los ojos

cerrados respirando profundamente. Luego se volvió lentamente de lado y empezó a sentarse. Se tiró del cuello de su camisa. Rupert se lo desabrochó.

—¿Te has vuelto loco peligroso o qué?—le preguntó Axel furioso a Simon en voz baja. Simon temblaba, sosteniéndose alternadamente en uno u otro pie.

—Trae esa toalla, ¿quieres? —le dijo Rupert. Le dio en seguida la toalla de Simon. Julius se secó la cara con ella y se la pasó por el cabello, echándoselo hacia atrás. Se le había oscurecido con la gran mojadura, y se pegaba a sus mejillas y su frente.

—Creo que voy a desmayarme —dijo Hilda. Se sentó en una de las sillas e inclinó el torso hasta apoyar la cabeza en las rodillas. Rupert corrió hasta ella. Julius empezaba a levantarse.

—Siento muchísimo —dijo Julius— haber ocasionado todo este jaleo.

—No fue culpa tuya —le dijo Axel.

—¡No me pasa nada —exclamó Hilda—, no me pasa nada, déjame! —Y comenzó a llorar.

—¿De verdad te encuentras bien, Julius? —le preguntó Axel.

—Sí, estupendamente. Lo que me hace falta, si me la deja Rupert, es cambiarme de ropa. Hilda, querida...

Hilda fue hacia la casa, corriendo. En la sala sonó un tétrico gemido.

Rupert, titubeando, atendió la petición de Julius:

—Sí, sí, pasa adentro. Te daré ropa.

—Creo que debemos marcharnos —dijo Axel—. No es una tarde apropiada para celebrar...

—Perdona unos momentos —dijo Rupert y corrió hacia la sala. Volvió en seguida.

Julius estaba ya de pie frotándose la cara y el cuello con la toalla.

—Vístete ya —le dijo Axel a Simon. Empezaron a moverse hacia la casa.

—Un momento —dijo Julius haciéndole una seña a Simon.

Estaba Julius vuelto de espaldas a los demás. Simon se acercó a él. Y pensó: “Ahora me va a pegar”. Empezó a levantar una mano para protegerse. Entonces vio que los ojos de Julius le miraban relucientes. Y que le cogía una mano y se la acercaba a la boca... Sintió Simon el calor de los labios de Julius sobre sus frios dedos. Julius murmuró algo. Sonaba a algo así como: “¡Bien hecho!”

Capítulo 15

—¡Hilda! ¡Hilda! ¡Abre la puerta!

Julius se estaba cambiando de ropa. Simon y Axel se habían marchado. Se abrió el pestillo del dormitorio y Rupert entró. Hilda se hallaba allí, sentada en el borde de la cama. Se había quitado el vestido verde, que estaba tendido y retorcido sobre el respaldo de una silla. Llevaba una combinación blanca de encajes y se inclinaba hacia adelante temblorosa mirando a un rincón del cuarto.

—Hilda, ¿qué pasa? ¿Qué te ocurre?

—Bien sabes lo que pasa —dijo con una voz velada por la emoción y cargada de pena. Seguía mirando fijamente al rincón como si intentase descubrir algo allí.

Rupert sintió terror. Se acercó más a ella, parecía como si fuera a arrodillarse pero no llegó a hacerlo, sino que sólo tocó sus rodillas cubiertas con medias verde claro. Ella se apartó sin mirarle.

—Hilda, te ruego... Sea lo que sea...

—No, por Dios —dijo Hilda—, no intentes fingir. Así está peor. Me pone mala. Y no te acerques a mí demasiado, por favor.

—Hilda, no sé lo que piensas, pero te aseguro...

—No mientas más, te lo ruego. Rupert, si hubiera sido otra mujer y no precisamente Morgan, no tomaría yo una actitud tonta y convencional. Si se tratase de una... Por lo menos haría lo posible... Pero esto. No sabéis lo que me habéis hecho entre los dos. Es que me habéis matado, sencillamente.

—Hilda, nada hay entre Morgan y yo. Tan sólo...

—Lo sé todo. No hables. No seré un obstáculo para vosotros.

—Hilda, escucha —dijo Rupert—. Ha habido una mala interpretación, que te explicaré. Entretanto, te ruego que no saques las cosas de quicio y ayúdame a seguir siendo sensato. Hemos de sostener al mundo y no dejarlo caer sobre nuestras cabezas. Te quiero y eres mi esposa. Te contaré toda la verdad, lo que debí haber hecho desde un principio. Me reprocho terriblemente...

—¿No comprendes que de nada servir lo que digas? Nada puedes decir. Los hechos bastan y sobran en este caso. Una cosa así no podrás explicarla. Y es que tienes una fe patética en las palabras. Pero no podrán consolarme las palabras ni componer lo que has estropeado irremediablemente, lo que has destrozado.

—¡Pero si nada se ha estropeado, Hilda, nada se ha roto! Te juro que no tengo un lío amoroso...

—Lo siento mucho, pero lo que yo sé es muy distinto. Y me molesta mucho que mientas tan torpemente y de un modo tan estúpido. ¿No puedes darte cuenta del alcance de lo que has hecho?

—Es que no sabes, por mucho que digas, que te equivocas.

—No deberías dejar por ahí cartas apasionadas.

—Nada he dejado por ahí. Rompí...

—Muy bien, dejémoslo en que había cartas extáticas, pero las rompiste. No quisiera saber mentir eficientemente. Oh, Rupert, te quise tantísimo. Te reverenciaba, te admiraba, tenía una absoluta confianza en ti...

—Hilda, escucha... —Rupert se sentó en la cama—. Reconozco que te he engañado aunque sólo un poquito y que me he portado mal, pero no es lo que tú crees. Es que Morgan se enamoró apasionadamente de mí...

—No quiero saber los detalles —dijo Hilda—. Las anécdotas de quién se fijó primero en quién son para que tú y Morgan podáis entreteneros en vuestras citas. Pero yo no quiero oírlas. —Se levantó y fue a sentarse ante el tocador. Empezó con lentos movimientos a darse en la cara una loción.

—Haz el favor de escuchar. Morgan se enamoró de mi. No podía yo echarla. He tratado de hacerla entrar en razón...

—Desde luego. Vaya una charla fascinante. Y luego la proseguiais en la cama. No niegues que estás enamorado de ella.

—La atiende —dijo Rupert—. La quiero. Pero...

—Bueno, qué más da. Los hombres de tu edad se enamoran con frecuencia de mujeres más jóvenes y se hacen amantes de ellas. Debería estar agradecida a que esto no ocurriese antes. ¡Y pensar que esas veces que decías que debías quedarte en la oficina hasta muy tarde era yo tan tonta que te compadecía al verte llegar a casa cansado! Pero has elegido precisamente a la persona a quien no puedo tolerar en ese papel. Tanto porque la quiero a ella, como porque te quiero a ti. Y no quiero decir que vaya a insistir en que te separes de ella. Ya no habría ninguna diferencia para mi, aunque terminara lo vuestro. Aunque no volvierais a veros a partir de hoy mismo. Cuando ocurre una cosa como esta, es eterna, se queda dentro de una para siempre y lo que has roto lo rompiste para siempre y nada puede hacer ninguno de nosotros por restablecer nuestro matrimonio como era antes.

—Pero Hilda, te aseguro que nada ha sucedido... Y creo haberlo exagerado en lo que he hablado ahora contigo... Morgan estaba muy emocionada y en cierto modo trastornada... Le tuve que hablar cariñosamente... Estábamos ambos muy preocupados por ti...

—Has sido amabilísimo al preocuparte por mi. Si, estoy segura de que estabais los dos apenados por la pobre y vieja Hilda. Vuestra solicitud me parece vil. Tan vil como vuestra traición. —Se volvió hacia él un momento, brillante su cara con la loción, y arrugados la boca y los ojos. En seguida lanzó un sollozo y se volvió de nuevo al espejo.

Rupert, en medio de la habitación, respiraba con trabajo. No podía creer que algo tan horrible le estuviera ocurriendo a él. Debía de haber algún medio para impedir aquella destrucción, detener el mecanismo que la estaba produciendo.

—Hilda, no te dejaré destruir nuestro matrimonio.

—No lo estoy destruyendo, Rupert, ¿o no ves que estas cosas son automáticas por completo? Nada puede hacer en esto mi voluntad. No puedo hacer que cambie, como no puede lograrse que el sol salga de noche. Morgan y tú, sencillamente, habéis cambiado el mundo.

—¡Pero si nada ha cambiado, Hilda, nada! Debe haber algún error. No estoy enamorado de Morgan, no soy amante de ella...

—Oh, cállate, Rupert. No quiero discutir eso. Quizá no debieras haberte casado conmigo. Morgan y tú os convenís mucho, indudablemente el uno al otro. En cierto modo, lo siento por ti, ya que te ves obligado a darme explicaciones. Te aseguro que no me echaré a rodar por el suelo chillando. La verdad es que estoy dispuesta a hacer lo que quieras, aparte de que he decidido alejarme durante algún tiempo para descansar y ser yo misma. Más adelante, si quieres que siga en esta casa y me ocupe de llevar adelante los asuntos domésticos, lo haré. Sólo que no quiero ver más a Morgan. Tendrás que encontrarla en otro sitio y no hablarme más de ese asunto. Diría que todo esto podría transformarse en eso que llaman... Pero Rupert, ¿cómo podría soportarlo... cuando hemos sido tan felices tu y yo? —Empezó a sollozar, llevándose las manos a los ojos.

—¡Hilda, querida Hilda! —Se arrodilló junto a ella y aspiró el suave aroma cosmético de su cuerpo, al que estaba tan acostumbrado, y miró los blancos tirantes de satén presionando sobre la abundante carne de los hombros. La humilde y amable familiaridad de estas cosas le causaron una terrible impresión de pérdida—. Hilda, volveremos a ser felices, lo seremos de nuevo... Comprender cómo ha sido... Te explicaré...

—Vete, Rupert, por favor. Me encuentro mal. No sé cómo voy a poder seguir viviendo sola. Todo mi ser está tan unido a ti, hemos “crecido” juntos. Pero te veo ahora de modo tan distinto que no sé si podré vivir contigo fingiendo. Y de todos modos, Julius cree que todos saben...

—¿Julius? ¿Está él enterado?

—Si. Se ha portado muy bien, ha estado tan comprensivo y simpático. Oh, Rupert, qué vergüenza que te vea la gente a esa horrible luz, tú, a quien todos admiraban y consideraban como un gran ejemplo, y siendo la gente como es... les encantar descubrir... que después de todo, eres como ellos...

Rupert se llevó las manos a la cabeza.

—¿Julius? ¿Cómo demonios puede haberse enterado?

—Es que por lo visto lo saben todos.

—Pero si es imposible. Además...

—Estoy segura de que Morgan y tú habéis sido muy cuidadosos y discretos —dijo Hilda—, pero la gente es tan curiosa que no resulta fácil ocultar esas cosas. Parece que he sido la última en enterarme. —Empezó a cepillarse el cabello.

—Esto es una pesadilla dijo Rupert —. No lo comprendo. Morgan y yo... sólo era el principio... sólo nos hemos visto unas pocas veces... nadie puede haberse enterado en tan poco tiempo...

—En poco tiempo puede pasar mucho y es mucho lo que puede hablar la gente —dijo Hilda—. Si vuestro asunto, según tú, “acaba de empezar”, es que empezasteis a toda prisa. Por favor, Rupert, déjame sola. Me cansa, me cansa me cansa todo este asunto. Creo que probablemente mañana mismo me iré por ahí.

—¡Pero debes creerme! —exclamó Rupert—. Todo se ha exagerado y deformado. Morgan te dirá cómo ha sido. Le horrorizará saber que...

—Ya lo sabe —dijo Hilda—. Le escribí esta tarde una larga carta y la hice entregar a mano. Le he rogado que no intente comunicarse conmigo nunca más. Ahora vete, quieres, Rupert, vete, y no vengas esta noche. Puedes pasar la noche donde quieras. Y no te preocupes por mi. No voy a suicidarme ni nada por el estilo. Únicamente deseo estar sola. Ahora debes ir en busca de Julius. Supongo que aún está en esta casa.

Abajo sonó un portazo.

—La verdad es que nada... se ha estropeado irremediablemente... —dijo Rupert. Casi no podía hablar porque se lo impedía la tremenda pesadez que sentía en todo su cuerpo—. Ya lo comprenderás, Hilda... nada se ha dañado... y estaremos unidos para siempre...

—Vete, por favor.

Rupert salió del dormitorio. Escuchó que Hilda cerraba la puerta tras él.

Bajó las escaleras y pasó a la sala.

Julius se levantó cortésmente. Tenía puesta la bata de seda azul de Rupert, y en la mano un vaso con whisky.

—Espero que me perdones haberme servido una bebida, Rupert.

—¿Cómo, está todavía... aquí? —dijo Rupert. El sol había dejado de lucir y el jardín estaba muy oscuro. Un leve vientecillo rozaba las rosas. Julius había encendido una lámpara pero la habitación quedaba mal iluminada.

Julius seguía en pie, un poco inclinado hacia adelante. Su cara resultaba borrosa con tan poca luz. Sonreía. Sus facciones, anchas y pálidas y el pelo ya seco pero estirado después de la inmersión.

—Ya me doy cuenta de que no ha resultado una tarde muy buena. Pero no me podía marchar con su bata puesta y no me he decidido a ponerme uno de sus trajes sin consultarle. Temo que mi ropa esté todavía calada.

—¿Le dijo usted a Hilda que Morgan y yo éramos amantes? —preguntó Rupert.

—No, eso no —dijo Julius—. Ya sé que se habla de eso. Lo que le dije a Hilda fue que no diese mucho crédito a ese rumor.

Rupert se quedó mirando el rostro borroso de Julius y luego la gran sombra que proyectaba en la pared. Dijo:

—Algo insensato ha ocurrido.

—Ya me doy cuenta de cómo se siente usted. Déjeme que le ponga un poco de whisky. Y, a propósito, ¿ha visto a Peter?

—No. ¿Ha estado aquí? —Rupert, automáticamente, aceptó el vaso de whisky.

—Sí, estuvo aquí. Se fue hace pocos minutos. Era él quien dio al salir un portazo tan fuerte.

—¿Qué quiere usted decir con que sabe cómo me siento? —le preguntó Rupert—. El rumor es completamente falso.

—Sí, claro —dijo Julius.

—Entonces, ¿de qué demonios habla usted y por qué ha estado tratando de eso con Hilda?

—Mi querido Rupert, era Hilda quien deseaba hablar de eso conmigo. Hice cuanto pude para tranquilizarla. Le dije que esas cosas acaban pronto y que era mucho mejor que fingiese no haberse enterado.

—La ha estado usted animando a que pensara cosas de mi...

—No sea ridículo, Rupert. Y por favor, no se acalore tanto. Su esposa necesitaba que alguien la escuchase y quizá la aconsejase. Le dije, y así lo creo, que es muy poco lo ocurrido y que no hay un motivo grave para alarmarse.

—Es que nada ha ocurrido.

—Claro, Rupert, si usted lo dice.

—¿Acaso no me cree?

—Desde luego que sí.

—Todo ha sido un embrollo de pesadilla, y no puedo comprender cómo ese rumor...

—Bien, ya sabe usted lo maliciosa y aguda que es la gente. Y cuánto le gusta descubrir faltas en las personas que envidia y admira.

—Pero la culpa la tengo yo —dijo Rupert—. Algo ha ocurrido. Sin duda, ese rumor tiene que basarse en algo. Debe culpárseme por ello. —Se sentó.

—Quizá sea mejor que tome usted esa actitud —dijo Julius—. Y después de todo, ¿por qué no ha de tener usted un poco de culpa? Comprendo que esté desconcertado porque la imagen que había usted creado se haya agrietado y porque la imagen que de usted tenía Hilda se haya sacudido. Quizá solo astillado un poco o quebrado algo. Ha esperado usted demasiado de usted mismo, Rupert. Ningún matrimonio es tan perfecto como ha imaginado usted que lo era el suyo. Y ningún hombre es tan recto moralmente, ha presentado usted su propia imagen. Quizá sea una lástima que haya elegido usted a su cuñada para acostarse con ella...

—Pero es que no me he acostado con ella.

—Bueno, los detalles no importan, Rupert. Ha reconocido usted que algo ha ocurrido. Desde el punto de vista de Hilda, no importan esos detalles, no cuentan. Lo ve a usted íntimamente ligado con su hermana y es lógico que su ídolo se le haya caído. Y quizá sea mejor. Sin duda, las cosas no podrán ser como antes, pero su matrimonio podrá continuar y no ser peor que el de un vecino. Un poco de realismo con algo de, digamos, pesimismo irónico, engrasar las ruedas. La vida humana, en el mejor de los casos, es un negocio en quiebra y le convendría renunciar a su aspiración a ser perfecto, Rupert, ¡sobre todo después de las últimas pruebas! En cuanto a Morgan, la pobre mujer es una cazadora nata de hombres, una irremediable liosa y persona que se engaña a sí misma. Se cree la infeliz una especie de águila intelectual, cuando está cegada por el sentimiento y debilitada por la indulgencia consigo misma. Pero de todos modos es una mujer muy dulce y desde luego hace usted bien en ser cariñoso con ella. Es muy atractiva y le necesita a usted. En estas circunstancias era inevitable un asunto amoroso y no debe usted culparse demasiado...

—Pero si no habido tal cosa... Confunde usted, a propósito, las cosas... yo no podría vivir así. No podría vivir de esa manera.

—¿De qué manera? ¿Sin tener una falsa imagen de usted mismo?

—No. Lo que quiero decir es que no podría vivir en el cinismo.

—¿Para qué emplear esa sucia palabra? Digamos: vivir aceptando sensatamente ser de segunda fila.

—No acepto ser de segunda fila.

—Pues si continúa usted viviendo en la misma casa, pasando por ser como antes, no tendrá más remedio que serlo. No podrá evitar que algunos se sonrían, pero, ¿qué puede importarle? Los que sonrían intencionadamente sólo demostrarán su propia ordinariéz. Y la vida humana, querido Rupert, es una ordinariéz. No hay matrimonios perfectos. No hay cumbres deslumbrantes. Muy bien, Hilda dejar de admirarle. Pero, ¿acaso merecía usted de verdad su admiración? ¿No se ha engañado a sí mismo como también se engaña Morgan? De acuerdo, Hilda no le querrá a usted como antes. Puede complacerle, puede incluso despreciarle un poco. Pero no olvide usted que ha aprendido a fingir, a llevar una doble vida. Eso es natural para usted, Rupert; todos ustedes lo hacen. Habrán esas noches “con mucho trabajo en la oficina”, y Hilda sabrá y a la vez no sabrá lo que pasa, y llegar a no importar tanto como parece importar ahora.

—Cállese —dijo Rupert—. Hay algo sin lo que no puedo vivir...

—Un espejismo, mi buen amigo. Mejor es el mundo real, por vil que sea, que vivir en esa ilusión altiva. Y a propósito, ¿ha estado usted en su estudio en esta media hora pasada?

—No.

—Pues más le valdria subir y ver lo que hay allí.

—¿Ver, qué?

—Yo iré con usted. Vamos.

Julius salió de la sala seguido por Rupert. Subieron por las casi oscuras escaleras. Ante la puerta del estudio de Rupert, dijo Julius:

—Prepárese para sufrir una mala impresión.

Abrió la puerta y encendió la luz.

Rupert le siguió, guiñando los ojos. La habitación parecía más pálida, diferente. Miró en torno suyo.

Parecía haber estado nevando allí. El suelo, las sillas, la mesa-despacho, todo estaba cubierto como de trozos blancos. Era papel roto. Papel en pedazos muy pequeños. Cogió uno de ellos. Vio en él su propia escritura.

—Si —dijo Julius—. Temo que sea su libro.

Rupert fue cogiendo varios pedacitos más de papel. Los dejó caer. Miró a la mesa, donde había estado el montón de cuadernos de cubiertas amarillas.

—Lamento decirle que todos están rotos —dijo Julius—. Fue Peter. Subi por si había acabado usted de hablar con Hilda y oí ese curioso ruido de romper papeles en su estudio. Cuando entré, ya había realizado Peter aproximadamente la mitad de su destrozo.

—¿Cómo no le impidió usted que continuase?

—¿Cómo iba a hacerlo? No podría haber empleado la fuerza. Traté de convencerle. Y por fin acabé ayudándole.

—¿Que le ayudó usted... a destruir mi libro?

—Si. Quizá fuese una tontería por mi parte. Pero me convencí que seguiría su labor de destrucción, de modo que decidí romper yo, por lo menos, un par de cuadernos. Además, Rupert, si he de ser completamente franco, no creo que fuese un libro muy bueno. No sólo quiero decir que no fuese verdadero, sino que ni siquiera era muy agudo, por lo menos no estaba ni mucho menos a la altura de sus pretensiones. No es ésa la calidad mental que tiene usted. No habría favorecido su fama.

Rupert se volvió hacia la puerta, se apoyó en el marco y apagó la luz.

—Ahora puede irse.

—No cubierto con su bata, querido Rupert, por favor.

—Póngase cualquiera de los trajes... ahí están en mi ropero... y luego váyase. No quiero volver a hablar con usted esta noche.

Rupert descendió las escaleras. Unos pocos minutos después oyó que la puerta principal se cerraba suavemente. Apagó la luz que estaba encendida en la sala y se estuvo allí a oscuras. Le dolía todo el cuerpo, por lo desgraciado que se sentía y por su atormentado amor a Hilda. Mañana hablaría con ella. La convencería de que no se fuera. Pero sabía muy bien que de algo no podría convencerla ni volvería a convencerse tampoco él. Algo se había desvanecido para siempre del mundo.

Capítulo 16

Morgan dejó la extensa carta de Hilda. La había leído con mucha atención, pero una sola vez. Luego la rompió en pedacitos.

¡Qué larga distancia hay entre un acto y sus consecuencias!

¿Cómo era posible que su ensoñadora conversación con Rupert hubiese ocasionado, hubiera causado, tan terrible violencia? Era como si el tarareo de una canción hubiera hecho que se estrellara un avión. ¿Se había merecido ella aquella tremenda reacción de Hilda y el horror que le causaba la pena de aquélla? “Todo es una gran equivocación —pensó—. Tendré que explicarlo.” Pero, ¿podría explicarse ya qué había pasado? El amor de Rupert era un hecho y su aceptación un hecho. Incluso había empezado Morgan a pensar que se había enamorado de Rupert. Y ahora parecía horrible todo aquello.

“¿Cómo había sucedido?”, se preguntó. Hilda no decía cómo se había enterado. Debió de habérselo dicho Axel. Morgan se lo imaginaba todo. Las alusiones de Axel, las crecientes sospechas de Hilda, cómo llegaba a convencerse, su presión sobre Rupert para que éste hablase, y la confesión de él. Era lastimoso figurárselo. Después de todo, Rupert era un debilucho. ¿Cómo podía habérselo imaginado ella como un héroe? Rupert cedía hasta confesarlo todo, era capaz de contarle a Hilda todos los detalles de su amor a Morgan, jurar que renunciaría a éste, quizá llorar, prometer que no volvería a ver a Morgan. Por eso era lógico que Hilda creyese que todo había sido tan terriblemente grave. “Y esto ha ocurrido por haber sido yo amable con él —pensó—. El plan de Rupert era que nos reuniéramos y

charlásemos creyendo que su confianza lo hacia todo permisible. Y ahora me escribe Hilda como si yo intentase quitarle el marido.”

Morgan se sentó. Tenía secos los ojos. La ira, el desprecio, el remordimiento la ponian rígida. “No me dominarán —pensó—. No seré objeto de censura ni, por último, de la compasión de la pareja casada.” Qué idiotez la de Morgan al haber animado tanto a Rupert. Por supuesto, le tenia cariño y sin duda habia sido interesante y se habia pasado ella muchos años admirando el inmenso edificio sin grietas del matrimonio de su hermana. Pero debía haber visto desde el principio que Rupert era un enredador y un inepto para la vida práctica. Seguramente se dejó cartas peligrosas en la oficina. ¿Cómo, si no, iba Axel a haberse enterado? “Rupert es un blando —pensó Morgan—. Alguien más enérgico y valiente no habria dejado que me hirieran asi. Rupert tenia que arrodillarse ante Hilda a los primeros reproches de ella. Habrá empezado confesando su amor para intentar negarlo después. Me abandonará por completo en su corazon.” “¿Cómo pude meterme en todo esto?”, se preguntó. “¿Qué tenía Rupert que pudiera parecerle a ella tan notable? ¿Era sólo por su matrimonio tan tremendamente perfecto?” En torno a él parecia flotar, reluciente, cierta gloria moral. “Creo que me impresionó su propia satisfacción de si mismo”, pensó. Hay gente asi. Se hallan tan profundamente satisfechos con ellos mismos que sugestionan a los demás para que los admitan. Quizás en el caso de Rupert tuviese eso algo que ver con sus teorías. Desde luego, Morgan no habia leído lo que escribia Rupert, aparte de las cartas, pero esas ideas surgian en su conversación. Estaba convencido de que lo sabía todo de la bondad. Se imaginaba que le estaba permitido amar y hacer cuanto quisiera. Mas, ¿qué era él en realidad? Un funcionario hedonista, un miembro del Sistema, de vida fácil en éste, con una admirable esposa y una afortunada situación. Pero esta vez le habia abandonado su buena suerte.

“Qué poco se merecia él a Hilda”, pensó. Cuántas veces habia tomado, respecto a ella, una actitud superior. Hilda no era una intelectual pero, sin duda, una mujer maravillosa. ¿No se daría cuenta Rupert de que Hilda era mucho más lista y mejor persona que él? Hilda no era una despistada. Ser la persona más dulce del mundo no le impedia que fuese acerbamente fidedigna y de cabeza muy clara. No necesitaba vaporosas visiones de gran altura moral para que fuera un ser humano muy decente. ¿Quién era el que siempre estaba hablando de ayudar a los demás? Rupert. ¿Quién los ayudaba efectivamente? Hilda. Y si no se fijaba una en la

virtud de Hilda era porque ella misma no se daba cuenta de ser así. Se refería a sus buenas obras como si fueran bromas.

Morgan seguía sentada muy quieta, con los ojos entrecerrados, inclinada hacia adelante, endurecido el rostro, extraño a ella como una máscara. Sentía que los cimientos de su vida se removían y temblaban. “Todavía no sé quién soy —pensó. Pero lo sabré. Tengo que conocerme.” Permaneció allí sentada tranquilamente mucho tiempo. Deseaba no haber roto la carta de Hilda, pues ya se había calmado lo bastante para meditar sobre lo que ella le escribía. Le había causado tal choque y tanta pena que, instintivamente, había destruido lo que tanto la había herido. Empezó a recoger en la papelera los trozos de la carta.

Pero entre aquellos pedazos los había también de la carta de Tallis y se apresuró a tirarlos. Eran parte de la que había roto sin leerla. Ambas cartas, la de Tallis y la de Hilda, parecían ahora inextricablemente unidas en el cesto. De nuevo fue cogiendo trozos de la carta de Tallis y conforme los iba leyendo volvía a tirarlos: ...¿recuerdas de verdad nuestra vida juntos?, esto era de Tallis, ...incluso nuestra inocente infancia, decía Hilda, ...y al decir un vínculo familiar me refiero, esto de Tallis, ...¿Acaso te desorientó Rupert? Nuestra felicidad, escribía Hilda, ...muchas tonterías, queridísima, Tallis, ...sólo esta concreta traición, Hilda, ...en situación de mandar y no de pedir, Tallis, ...engaños y mentiras vulgares, Hilda, ...indemne y brillante, decía Tallis, ...manchado y destnuido, era de Hilda, ...siempre, siempre de Tallis, ...nunca, nunca, de Hilda.

“Los hombres —pensó Morgan—; en mi vida todas las complicaciones me las han causado los hombres. Cuando únicamente fui feliz fue hace muchísimo tiempo, estando juntas Hilda y yo, y desde entonces, en cierto modo, ha sido Hilda la guardiana de mi felicidad, que no vine a reclamarla, pero tenía yo la seguridad de que me esperaba junto a ella y ése era mi único firme consuelo. En todo aquel tiempo horrible que pasé en Norteamérica lo único que me tranquilizaba era pensar en Hilda, y cuando regresé, lo primero que hice fue ir en busca de Hilda. Qué chiquillada la mía al haber intentado engañar a Hilda. ¡Cómo si hubiera sido posible!” El flirteo con Rupert había sido una estupidez. Pero engañar a su hermana fue un delito por el que debía padecer, padecer una pena purgativa y plena de sentido, teniendo a Hilda como juez, verdugo y médico.

Al repasar Morgan su vida y la profunda interrelación de su pasado y su presente, sintió en todo su ser, aún dolorido por la carta de Hilda, una especie de amarga confianza y la impresión de haber hallado por fin la verdad. Comparadas con el vínculo que la unía a Hilda,

aquellas relaciones con hombres, fuesen amantes o maridos, parecían muy superficiales. Y se le ocurrió pensar que, comparado con la relación de Hilda con ella, incluso el matrimonio de ésta podía considerarlo como un intermedio. Algo podría mancharse y destruirse, pero no sería el lazo que unía a Morgan con Hilda. Este vínculo no podría nunca deshacerse. Desde luego, Morgan se había portado mal. Pero se sometería al juicio de Hilda.

Levantó Morgan la cabeza y un rayo de luz del lejano pasado, de los oscuros comienzos de su existencia, le hacía resplandecer los ojos como ámbar. Hilda debía saber esto. Hilda tenía que saber que no habría horror, choque emocional ni crimen que pudiera en modo alguno deshacer esa última relación de pertenecerse la una a la otra.

El sol había dejado de lucir y la habitación se había oscurecido mucho. Morgan se levantó y encendió una de las bombillas. Se instaló ante su escritorio. Le escribió una larga carta a Rupert. Empezaba así:

Mi querido Rupert:

He recibido una carta muy emotiva de Hilda. Me hace dar por cierto que le has contado todo sobre la iniciativa que tomaste conmigo. Comoquiera que se me hace muy difícil creer que tus sentimientos puedan resistir a que Hilda lo haya descubierto, doy también por cierto que nuestro raro intermedio ha terminado. No puedo evitar sentirme un poco resentida de que hayas llevado tan mal el drama, que tú mismo has provocado la ira de Hilda contra mí. Creo que te confiaste demasiado. Quizás ese método le habría resultado eficaz al santo que no eres. Para los mortales corrientes son preferibles reacciones más convencionales. Desde luego se me puede culpar de haber seguido tu “elevado estilo” en vez de mis instintos, que son más mundanos. Estas cosas, tanto tu táctica como la mía poco sensata, son lamentables, aunque quizá no muy importantes. El rendimiento y el orgullo heridos son picaduras que cura el tiempo. Y ahora me parece que tus emociones eran tormentosas pero no profundas. Lo que es importante para mí, y en esto encuentro más difícil perdonarnos, tanto a ti como a mí, es el daño causado a mis relaciones con Hilda: un cariño más antiguo y, me atrevo a decir, más profundo del que puede haber sido el de cada uno de nosotros por el otro. Lo que puedas decidir ahora pensar o hacer con tu matrimonio es, desde luego, asunto tuyo. Pero me gustaría decirte esto: no seré un obstáculo para la restauración y celebración de vuestra dicha conyugal. En resumen, no me separarás de Hilda. No me propongo salvarte de esta delicada

situación evitando ir a vuestra casa, aunque a ti procuraré no verte. Y la explicación que verdaderamente importa de nuestro pequeño drama ser la que Hilda reciba de mi...

A Hilda sólo le escribió Morgan estas pocas palabras:

Queridísima, resiste. No nos separarán.

M.

Capítulo 17

—¡Axel, para el coche por ahí, en cualquier sitio!

Axel no respondió pero dejó detenido el automóvil en una calle lateral y detuvo el motor. Luego encendió un cigarrillo y se quedó mirando directamente ante él. Se habían marchado de Priory Grove después de la inmersión de Julius en la piscina.

—Quiero decirte algo —dijo Simon.

Axel no pronunció ni una palabra.

—Han ocurrido muchas cosas que no sabes... —a Simon le era muy difícil hablar. Aún le dolía la garganta. Estaba muy ruborizado de emoción y algo como un sollozo le impedía hablar con fluidez.

Axel seguía callado, mirando calle abajo y fumando su cigarrillo.

—Escucha —le dijo Simon—. Tengo que contártelo todo. Debi hacerlo desde el principio. Pero temía decírtelo. Te temía a ti. Me asustaba que te enfadaras o que no comprendieras o algo así. Podías no creerme o verme de pronto de un modo nuevo muy perjudicial para mí. Mas ahora se ha puesto el asunto tan horrible y Julius parece estarme dominando, quiero decir controlándome, pero lo que le dijiste a Rupert era tan terrible que pensé no tener nada que perder ya. Quiero decir que ya no ibas a pensar peor de mí. Y estoy seguro de que

sospechas toda clase de cosas que no son ciertas. Y si te digo la verdad quizá reconozcas que es la auténtica verdad y me creas.

Dejó de hablar unos momentos. Axel seguía aún inmóvil con una mano en el volante y en la otra su cigarrillo y mirando fijamente hacia adelante.

—Empezó todo —dijo Simon— el día en que Julius vino por primera vez a comer. Cuando se marchaba me dijo muy bajito que yo debía ir a visitarle el viernes siguiente por la tarde. Era cuando fuiste a Fidelio. Me dijo: “Ven a verme, pero no se lo digas a Axel”. Me pareció un poco raro pero pensé que Julius quería que le ayudase a buscar un regalo para ti en tu cumpleaños. De modo que fui; lo siento, porque todo esto parecer una locura, pero todo es cierto; fui y no estaba allí Julius sino Morgan, completamente desnuda.

—¿Desnuda? dijo Axel. Tiró el cigarrillo. Pero seguía inexpresivo.

—Sí. Algo había ocurrido entre ella y Julius, no sé qué, y él había roto en pedacitos toda la ropa de Morgan; ya sé, ya sé, parece cosa de locos, y luego la había encerrado en el piso, pero fuera del dormitorio, y se había marchado, y allí estaba ella sin ropa cuando llegué; entonces Morgan me convenció para que le dejara mi traje y pudiera ir a recoger en Priory Grove algo que ponerse, de modo que le di mi traje, la camiseta y la camisa y me quedé allí en calzoncillos hasta que llegó Julius.

Simon se calló. Nada dijo Axel.

—Julius se rió de mí. Dijo que se le había olvidado que me había invitado, pues solamente lo hizo para ver si yo era capaz de ir. Luego regresó Morgan y me devolvió mi ropa y los dos me convencieron de que no te contara nada de aquello. Les parecía bastante divertido. Entonces...

—Espera un momento —dijo Axel—. Una o dos preguntas. ¿Por qué quisieron que no me lo contaras y por qué no lo hiciste?

—Morgan no quería que se supiera que había estado con Julius y que él la había rechazado y le rompió la ropa. Dijeron que te parecería muy absurdo todo aquello y creerías que me había ridiculizado en una escena indigna y que me odiarías por haberme mezclado con ellos en un asunto semejante. Creí que tenían razón. Y entonces...

—Espera. ¿Es ésa, hasta ahora, toda la historia?

—Sí.

—¿No tuviste ninguna relación amorosa entonces con Morgan ni con Juilus.? —Axel se volvió de lado en el asiento para mirar a Simon. Éste volvió la cabeza hacia él:

—No.

—Sigue.

—¿Me crees, Axel?

—Sigue.

—Lo siguiente fue que Julius me llevó un día al Museo porque, según decía, quería que yo presenciase algo que él llamaba una función de marionetas. Recordarás, bueno, quizá no lo recuerdes, que hay una falsa fachada en la sala 14, con un portal de Adan y un trozo de muro detrás del cual hay un espacio en el que puede uno ocultarse. Julius me hizo esconderme con él tras la falsa fachada y allí nos sentamos. Parecía saber exactamente lo que iba a ocurrir y pocos minutos después entraron Rupert y Morgan en la sala. Tenían en ella algo así como una cita amorosa.

—¿Rupert y Morgan?

—Sí. Me quedé de una pieza. No tengo idea de cómo sabía Julius que iban a reunirse allí, pero sostuvieron en unos cuantos minutos una conversación más bien intensa y luego se marcharon y Julius y yo volvimos a mi oficina y...

—¿Has dicho una cita de amor? ¿Qué pasó exactamente?

—No lo sé. Me hallaba bastante trastornado y confundido. Parecía que se estuvieran haciendo declaraciones de amor el uno al otro. Además, estaban ambos muy agitados.

—¿Así que no era nada que llevase mucho tiempo?

—No. La verdad es que Julius me explicó entonces algo, pero yo no podía creerlo. Me contó alguna fantasía de cómo había inventado él todo el asunto haciendo que Morgan

creyese que Rupert estaba enamorado de ella y que Rupert pensara que Morgan se habia enamorado de él. Y parecia pensar que su plan los haría enamorarse de verdad a los dos.

—¿Te dijo por qué los estaba haciendo bailar a su son?

—Algo así como para castigarlos por su vanidad.

—Ya. Sigue.

—Dilo que era una especie de encanto de una noche de verano y que él lo desharía más tarde sin que nadie sufriera por ello.

—¿Cuáles fueron tus reacciones a todo esto?

—Me horroricé —dijo Simon—. Le adverti que te lo contaria todo, que se lo diria a todos.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque Julius dijo que si lo contaba te haria creer que habia tenido relaciones conmigo.

—¿Y hay algo de verdad en eso?

—¡No!

Axel quedó callado un momento y luego puso en marcha el coche. Dijo:

—Nos iremos a casa. Sigue hablando.

—Ahora creo que entonces estuve como loco —dijo Simon—, pero entonces creia que no me quedaba otra solución. Me encontraba tan aterrado de Julius. Me amenazó con romper las relaciones entre tú y yo. Y en cierto modo creí que podria hacerlo. Aunque no, claro está, que pudiese disminuir la fe que tengo en ti. Pero podia hacer algo para que la perdieras también. Hacer que me vieras como alguien sin valor... una especie de fulana... o por lo menos, asi lo temia yo.

Nada dijo Axel.

—Bueno, ésa es la parte principal de la historia. Lo demás sólo son consecuencias. En tu cumpleaños, nada tuve que ver con aquel horrible oso, eso fue nada más que una ocurrencia

de Julius. en tu cumpleaños me miraba y susurraba y me tocó cuando estabas fuera de la habitación y luego soltó aquella alusión, al final, de cuando yo había ido a verle. Creo que lo hizo a propósito para hacerte pensar que había algo entre él y yo.

—¿Y había algo?

—¡No, no, no! Te estoy contando toda la historia, todo lo que pasó. Luego no le volví a ver hasta esta tarde, cuando me habló en la piscina estando todos vosotros dentro de la casa. No hacía más que empujarme cada vez que intentaba salir del agua. Me preguntó si te había contado algo y le dije que no. Y él que más valía así, pues si no te contaría detalladamente como habíamos tenido él y yo lo que llamaba un romance.

—¿Y después le empujaste para que cayera a la piscina?

—Sí.

—Una cosa. ¿Cuál era la fecha en que Julius te llevó al Museo y te hizo espiar a Rupert y Morgan?

Simon lo pensó.

—Creo que era un martes. Si, hace tres semanas el próximo martes.

El coche se detuvo ante la puerta de la casa de ellos y salió Axel. Simon le siguió, entró y subió hasta la sala. Simon cerró la puerta. Entonces, de pronto, sintió débiles sus rodillas. En el automóvil había logrado confiarse, pues le animaba la convicción de decir por fin la verdad. Ahora, en cambio, de pie, allí en la habitación cerrada y oscura, sentía mucho miedo.

—¿Y qué hay de Rupert y Morgan?

—Pues no sé —dijo Simon—: No tengo idea de cómo les ha ido.

—¿Quieres decir que no querías pensar en eso ni intentar saberlo por Julius?

—No quería. Quizá debiera haberlo hecho, pues me preocupaban. Pero no podía preguntarle nada a Julius. Lo que deseaba era huir de él. Y últimamente he estado mucho más preocupado por ti.

—¿No has visto a Morgan?

—No. No la he visto desde aquel día en que estuvo aquí y llegaste... y nos encontraste.

Hubo un silencio. Axel miraba por la ventana. Simon no le podía ver la cara. Después de un ratito, Axel se movió para encender una lámpara de pie. Empezó a echar las cortinas.

—Axel, ¿me crees, verdad? ¿Crees todo lo que te he contado? Sé que he sido muy tonto. Pero no ha habido nada más, en lo que se refiere a mi. Nada en absoluto.

Silencio.

—Axel..

—Ven aquí un momento.

Simon se acercó y le miró a la cara.

—Sí, te creo.

—Dios mio... —dijo Simon.

—Por favor, querido muchacho, no te exaltes. Siéntate. Bebamos ginebra, la necesitamos. Ten.

—¿Me censuras mucho? —dijo Simon. La alegría le debilitaba. Intentó dominar sus facciones y su voz. Estaría tranquilo, digno, sobrio, todo lo que Axel deseaba que él fuese. Pero de todos modos estaba en casa y se sentía seguro.

—Desde luego te censuro. Puedo comprender que Julius te tuviera dominado y asustado. Pero no comprendo cómo has podido mentir tanto tiempo, engañándome en cuanto a esa historia, cuando veías que estaba yo tan abatido con tu extraña conducta.

—¿Abatido...? —dijo Simon. Estaban sentados el uno junto al otro bebiendo cerveza.

Quien había estado abatido había sido él. Axel, en cambio, estuvo feroz, peligroso, terrible.

—Creo que me hundi en un estado tal de terror culpable por lo mucho que me preocupé de mi mismo y no me di cuenta de lo que te pasaba a ti. Pensaba en lo enfadado que estarías

conmigo. Temia que Julius te hiciera verme de modo diferente. No creí que te sentias desgraciado.

—Si. Lo fui. Ahora lo comprendo. Respecto a lo de verte de modo diferente, no era precisamente que tuvieras un halo que perder. He conocido lo peor durante años, tontito. ¿Y cómo pudiste creer que Julius iba a hacerme tragar algo que fuera por completo mentira referente a ti? ¡Piensa, Simon! Ahora te creo porque estás diciendo la verdad y es completa y absolutamente evidente, tan evidente como lo era antes que estabas mintiendo. Julius no podía haberme engañado y dudo incluso que lo hubiese intentado.

—No, supongo que no. Lo malo fue que en cuanto empecé a mentir me senti tan culpable que me figuré que Julius podía colgarme al cuello lo que quisiera.

—Precisamente. Julius es muy listo. ¡Por eso te dejó hacer todo el trabajo del engaño! Y creí que te había perdido.

—Axel, no puedes haber pensado...

—También yo fui tonto. Y me culpo por ello. No debiste tenerme tanto miedo.

—Siempre te lo he tenido y creí que no te importaba. Más bien me resultaba una especie de escalofrío agradable. Pero cuando eso se mezcló con el tenerte que engañar, fue una pesadilla. Luego todo fue creciendo y se hizo cada vez más difícil decirte la verdad. Fue solo... lo que dijiste en el coche cuando íbamos a casa de Rupert... y luego que Julius no me dejara salir de la piscina... me hizo sentir de pronto que cualquier cosa era preferible a seguir en esa especie de infierno.

—¡Lástima que no llegaras a esa conclusión un poquito antes!

—Axel, ¿de verdad que ibas a dejarme?

Pasado un momento dijo Axel:

—No lo sé. Creía absolutamente que tenias algún asunto amoroso con Julius. Me lo había imaginado todo detalladamente y todo parecía encajar. ¿Has notado que Julius lleva una loción americana bastante cara?

—Pues no.

—Bien, una vez llegaste a casa empapado de esa loción y cuando te pregunté el día del Museo estuviste más bien evasivo. Entonces no saqué conclusiones pero más tarde resultaba una prueba condenatoria para ti.

—¡Si, fue el día en que tú y Julius estuvisteis muy juntos espiando!

—Estaba sentado muy cerca de mi. Incluso me cogió la mano. Oh, Axel...

—Bueno, bueno, no me importa que Julius te cogiera la mano. En fin, todo encaja muy bien en la manera de ser de Julius. Ya en otra ocasión hizo algo así, engañar a la gente y hacerles interpretar papeles. No te preocupes.

—Sabía que tú sospechabas algo. Pero si creías de verdad que entre Julius y yo había algo, me sorprende que tú...

—¡Y no pensaste lo mucho que yo sufría! ¡Estaba tratando de decidirme a echarlo! Pero eso resultaba ser muy, muy difícil.

Esto emocionó a Simon. Miró al techo.

—¿Más ginebra, Axel?

—Gracias. No sé si en lo de Rupert y Morgan tendríamos que hacer algo.

Simon lo pensó por primera vez:

—Es un poco difícil, sin saber si ha ocurrido algo. Honradamente, no sé siquiera si Julius decía la verdad. Desde luego les oí hablar aquella vez. ¿Crees que deberíamos ver a Julius y hacer que lo explique todo?

Axel estaba pensativo.

—No puedo evitar preguntarme cómo lo hizo, si es que fue él. Pero no tengo muchas ganas de ver a Julius, por ahora.

—¡Yo tampoco!

—¿No tienes otras pruebas?

—No, ninguna. ¿Has notado algo insólito?

—No, nada. Sólo que Rupert estaba un poco nervioso. Pero yo tenía mis propias preocupaciones.

—Hilda estaba hoy al borde del ataque de nervios.

—Creo que lo mejor es que dejemos pasar este asunto —dijo Axel—. Si se produce algún drama evidente, podríamos pensar en decirle algo a alguien, pero incluso entonces sería un poco delicado. No quiere uno ser indiscreto y levantar una falsa alarma. Si no hay lío, entonces todo irá bien. Y si hay lío no estamos en condiciones de entenderlo y nuestras revelaciones podrían empeorar las cosas. Quizá lo mejor sea dejar que lo arreglen ellos mismos.

—¡Completamente de acuerdo! —exclamó Simon—. Dejémoslo pasar. En realidad nada tiene que ver con nosotros, ¿no? ¡Oh, Axel, queridísimo! Axel, Axel, Axel...

—¡Muy bien, chiquillo! ¡Muy bien, muy bien, muy bien!

Capítulo 18

—Hola.

—¿Le interrumpo a usted? —dijo Julius.

—No —dijo Tallis—. Entre.

Julius entró ante él en la cocina, pisando con cuidado. El periódico que Tallis había extendido en el suelo se hallaba aún allí ya completamente negro y algo pegajoso. Tallis quitó de las sillas unos platos sucios y los puso bajo el fregadero.

—¿Qué hace usted? —le preguntó Julius mirando a la mesa.

—Poniendo direcciones en esos sobres.

—¿No es un desperdicio de sus facultades intelectuales?

—Alguien ha de hacerlo. De todos modos, no tengo facultades intelectuales. Siéntese.

—Gracias.

Un extremo de la mesa estaba cubierto con un montón desordenado de sobres oscuros, algunos de ellos sin nada escrito y otros dirigidos con la letra grande de Tallis. En el otro

extremo de la mesa se apilaban libros y cuadernos y encima de todo un ejemplar del New Statemarl envolviendo malamente algunos restos de salazón. Tallis los puso en el suelo

—¿Quiere té?

—No; gracias.

—¿Cerveza?

—Tampoco, gracias. ¿Cómo va su mano?

—¿La mano?

—Recordar que se cortó la mano la última vez que estuve aquí.

—Ah sí. Me puse un emplasto con un esparadrapo —dijo Tallis—. Ya se me había olvidado. Ya ve que aún lo llevo puesto. Debe estar muy bien la cortadura.

—¿No haría usted mejor quitándose el esparadrapo y viendo cómo está la herida? —dijo Julius—. Venga aquí. Déjeme verla. Voy a tirar. Puede dolerle.

Julius tiró del esparadrapo.

—¡Aaah!

Tallis esperó con paciencia, mirando vagamente por la ventana. Julius le examinó la mano. El corte se había casi cicatrizado. La piel en torno a él estaba arrugada, virulenta y un poco más pálida que el resto de la mano.

—Más vale que la deje usted al descubierto —dijo Julius—. Que le dé el aire. Podría usted lavarse las manos de vez en cuando. Es un viejo recurso, pero muy eficaz.

—Lo siento.

—No es una crítica. Pienso en su bienestar.

Tallis fue a sentarse al otro extremo de la mesa, ante los sobres. Puso la cabeza en la mesa y la volvió a levantar. Veía a Julius por entre una neblina de cansancio y abatimiento. Julius llevaba un suéter azul marino con escote de polo y una chaqueta de suave tweed gris. Parecía

descansado y juvenil. La cocina estaba más bien fría y la iluminaba escasamente el débil reflejo de la luz del sol de la tarde Tallis empezó a frotarse los ojos y luego a meterse. ambos índices, cada uno en una oreja. Le picaban los ojos.

También los oídos; en lo hondo de sus cavidades, y la garganta. Además, le picaba el paladar y tenía un poco hinchada la lengua.

—¿Qué?

—Decía que debería usted limpiar este sitio. No puede convenirle para su salud.

—No tengo tiempo para limpiar dijo Tallis.

—Pues debe usted sacarlo de donde sea. Toda esta ridícula actividad suya no es necesaria. Sólo hace usted esas cosas para impedirse a sí mismo pensar.

—Quizá.

—Debería usted utilizar a alguna persona sensata para librarse de tanta suciedad. ¿Por qué no se pone en contacto con los samaritanos locales?

—Yo soy de “los samaritanos locales”.

—Oh. ¿Y cómo está su padre?

—Muy bien. Quiero decir que, poco más o menos, igual.

—¿Se lo ha dicho usted ya?

—No —dijo Tallis. Dejó de meterse los dedos en las orejas. Lanzó un profundo suspiro—. Llevaba usted mucha razón al decir que debía decírselo. Tiene derecho a saber la verdad. Es una persona que incluso podría sacarle a ésta algún partido. Pero resulta para mí tremendamente difícil decirle lo que pasa. No encuentro un momento que me parezca que sea mejor que otro para ello. Resulta tan arbitrario, cualquiera que sea el momento, cambiar el mundo a una persona hasta ese extremo. Y ahora mismo está un poquito mejor. Le ha disminuido el dolor y está muy optimista. Ya no se queda acostado el día entero. Ahora, por ejemplo, anda por ahí dándole de comer a las palomas.

—¿Le han aplicado ya un tratamiento de rayos?

—No. Temi que si se lo hacian adivinase él para qué era. Pero van a decirle que es un tratamiento para la artritis. Le tiene mania a los médicos, pero de todos modos se cree todo cuanto ellos le dicen.

—Me doy cuenta dijo Julius —de que no encuentre usted el momento para decirselo. Lo lamento.

Permanecieron un rato callados. Tallis encontró un pequeño paquete de peppermints debajo de las cartas.

—¿Quiere un peppermint?

—No, gracias.

Tallis empezó a chupar uno.

—¿Ha visto usted a Morgan últimamente?

Tallis se tragó lo que le quedaba del peppermint.

—No, pero le he escrito. No me ha contestado.

—¿De qué sirve escribirle, tonto? —dijo Julius—. Tiene usted que ir a verla.

—Ya lo sé —dijo Tallis—. Iré. Pero estoy por ahora tan cansado y desanimado... Sé que lo estropearia todo yendo a verla. Parece haber una especie de pauta. Ella se ha hecho una idea de cómo quiere que sea yo, y precisamente es lo que no puedo ser lo que la exaspera. No puedo soportar esa exasperación. Ya soy lo bastante desgraciado ahora sin tener que pensar en una lamentable entrevista que pudiera haber tenido con Morgan. Supongo que es una cobardia recurrir a las cartas. Pero si se escriben, puede uno seguir esperando.

—Me asombra esa especial tenacidad que tiene usted dijo Julius —. Podría comprender que fuese usted a verla y le armase un escándalo y entenderia también que rompiese usted completamente con ella y buscase otra mujer. Pero me es incomprendible esa actitud suya de espera y de aguantar.

—Es una forma de cobardia.

—No sé. Quizá sea una virtud. Supongo que hay cosas de ésas. ¿Está usted enterado del último “round” en Priory Grove?

—No.

—Simon me empujó para que me cayese en la piscina.

—¿Es posible? exclamó Tallis —. ¿Por qué?

—En fin, es una larga historia. ¿Dispone de un rato? ¿Quiere que le ayude escribiendo sobres?

—No, ya me las arreglaré.

—Estaba yo vestido de etiqueta. Con la mojadura se inutilizó el traje, por supuesto.

—Hace mucho tiempo que no veo a Simon. ¿Se encuentra bien de salud?

—Perfectamente. Otros, en cambio, no tan bien.

—¿Por qué le tiró a usted a la piscina?

—Es que le estuve atormentando. Y debo confesar que me impresionó mucho su ánimo. No lo esperaba. Sin embargo, ese incidente entre él y yo no tiene ninguna importancia. ¿Le cuento lo que pasa?

—Sí, si quiere usted.

—¿Sabe que Hilda ha abandonado a Rupert?

—¡No! —dijo Tallis. Dio un brinco haciendo caer los sobres al suelo. ¿Cómo ha podido?

—Bien, ésa es la historia. Y no carece de interés. Hilda ha huido de Priory Grove y se ha ido al cottage de Pembrokeshire. Sólo que no le ha dicho a Rupert dónde está. Le dijo que se iría a París. No quiere que él la pueda seguir.

—Seguramente no le habrá abandonado en serio, no puede haber...

—El tiempo lo dirá. Entretanto...

—Pero, ¿por qué?

—Porque Hilda cree que Rupert se ha liado con Morgan.

Tallis miró la blanda y juiciosa cara de Julius. Éste parecía explicarle algo a un discípulo.

—Me dijo algo acerca de Morgan y Rupert la última vez que estuvo usted aquí, pero no le creí. Pensé que era natural que Rupert quisiese ayudar a Morgan pero no podía ser un asunto de tales consecuencias... Pensé...

—En cierto modo llevaba usted razón —dijo Julius.

—Es imposible que sean amantes.

—Sin duda acertó usted al pensar eso. Me figuro que no se han hecho amantes.

—Entonces, ¿por qué...?

—De todos modos es seguro que están implicados en unas relaciones especiales el uno con el otro, y desde el punto de vista de Hilda...

—Pero, ¿qué ha ocurrido? ¿Y cómo es posible que Hilda...?

—Espere, espere, cada cosa a su tiempo. Debo reconocer que todo este asunto es más bien complicado. Desde luego, lleva usted razón al pensar que Morgan y Rupert no... Y si no hubiera intervenido nadie no habría habido complicaciones, aparte del poco de sentimentalismo que usted ha supuesto tan acertadamente. Pero intervino alguien.

—¿Quién?

—Yo

—¿Por qué?—dijo Tallis.

—Se precipita usted. ¿Quiere usted saber exactamente lo que ha ocurrido? El porqué lo sabe usted bien. Como digo, es complicado y no sabe uno por dónde empezar.

—Siga, siga.

—Verá usted, todo empezó con unas cartas.

—¿Cartas?

—Si, los seres humanos deberían tener muchísimo más cuidado con las cartas. Son unas armas muy poderosas. Sin embargo, la gente las escribe en momentos de emoción y quienes las reciben no las destruyen.

—¿Qué cartas? ¿Las cartas de quién?

—No me haga usted apresurarme. Todo comenzó, no sé cuándo empezó... en cierto sentido, supongo, en Carolina del Sur, ¿pero se puede saber dónde empieza algo? Pero de un modo más inmediato, el principio fue una tarde, cuando me hallaba yo solo en Priory Grove. Como sabe usted, siempre dejan la puerta abierta. En fin, no había nadie y pude permitirme empezar un registro. Siempre me ha gustado curiosear lo que tiene la gente en sus casas. Le sorprendería a usted saber lo que puede uno encontrar. Considerando lo indecente que es el género humano, es asombroso lo descuidado que puede ser a la vez. Entré en el estudio de Hilda, que ella llama su *houdotr*. Había por allí encima unas cartas y las lei. Siempre leo las cartas que encuentro. Nada de interés, sólo referentes a sus caridades y cosas por el estilo. En realidad, y sin buscar nada determinado, me preguntaba si Hilda tendría una vida sentimental secreta. Después de todo, la mayoría de la gente la tiene. Y empecé a registrar el escritorio. Aquella clase de escritorio del siglo dieciocho siempre tiene un cajón secreto, sólo que no es secreto porque todos lo tienen y no suelen ser muy difíciles de descubrir. Por fin descubrí el del escritorio de Hilda y por supuesto estaba lleno de cartas de amor. Pero sólo eran de Rupert. La vida secreta de Hilda era su marido. ¿Permite que beba un poco de agua? No, no se levante. Lavaré esta taza bajo el grifo.

Julius reanudó muy poco después su relato:

—Dejé las cartas en su sitio. Sonreí pensando en la virtud de Hilda y luego descendí a la planta baja y allí encontré a Rupert., que había estado en el jardín, bebimos y empezamos a hablar de su libro. Y debo confesar que me fastidió bastante. Supongo que Rupert no le habría aburrido nunca a usted con sus ideas. Probablemente habrá sido, me parece, porque le habrá supuesto a usted incapaz de teorizar. Pero a mí me somete siempre a grandes sesiones de teoría. De todos modos, salió a relucir el libro y luego Rupert empezó a defender la bondad y esa clase de conversación me pone malo, como creo que le pasar a usted. No pude evitar preguntarme cómo se enfrentaría Rupert con una verdadera prueba y a qué irían a parar en la

práctica todas aquellas tonterías elevadamente intelectuales. ¿Comprende usted lo que quiero decir?

—Sí —dijo Tallis. Se inclinaba tenso hacia adelante, con el borde de la mesa apretándole el pecho. Iba oscureciendo.

—Hacia el mismo tiempo, o un poco después, empezó a aburrirme en serio Morgan. Bueno, quizá la palabra adecuada no es “aburrido”. Lo que sentía era una especie de repugnancia. Creí que sería lo bastante sensata para dejarme solo, pero no estaba dispuesta a ello. Me la encontraba en cualquier sitio a donde yo fuese. Morgan tiene una notable capacidad para hacerse falsas imágenes de la gente y luego la persigue con sus falsas imágenes. En fin, ya lo sabe usted. A mi me había dado el papel de fuerza liberadora y entonces empezó a colocarme el disco de la libertad. Espero que a usted también le habrá venido con el cuento.

—Si —dijo Tallis.

—Acerca de la libertad y el amor y sobre amar sin limitaciones ni convencionalismos, como una noble salvaje; no recuerdo cómo era exactamente. En cierto modo era una versión inferior de lo que sostenía Rupert. Y parecía que yo le diese el visto bueno a sus tonterías, o mejor dicho, daba por cierto contar ya con éste. Luego, lamento decir que yo mismo la impulsé.

—¿Cómo que la impulsó usted?

—Lo que yo deseaba era hacerle convertir en tonterías sus ideas, por lo menos eso fue lo que quise al principio. Quería ver hasta dónde era capaz de llegar, incluso sin darse cuenta, en la frivolidad y el cinismo. Me admiró ver lo pronto que respondió. Cuando yo le hablé de la fragilidad de los vínculos humanos ella pretendió no estar de acuerdo, a la vez que parecía desear tentarme, y le dije que la fe de una persona en otra podía romperse en muy poco tiempo por el más sencillo de los recursos. Exclamó: “¡No!”, abriendo mucho los ojos y presumiendo de una superioridad sofisticada. Apostó conmigo a que eso no se podía conseguir. Entonces elegimos una víctima.

—¿Una víctima? ¿Quién?

—Simon.

—¿Simon?

—Es decir, Axel y Simon. Morgan apostó diez guineas a que no podría yo separar a Simon de Axel de allí a tres semanas.

—Dios mio —dijo Tallis.

—Sí. Todo aquello me repugnaba. Cuando pensaba en ella me sentía muy asqueado. Y entonces un día, en que estaba pensando en Morgan y luego en Rupert y cómo en cierto modo eran tal para cual, de pronto decidí hacer que se unieran.

—Ya —dijo Tallis—. Siga.

—Morgan quería una demostración de la fragilidad de los vínculos humanos. Decidí proporcionar yo mismo esa demostración. También quería quitármela de encima porque se estaba poniendo muy pesada. Ésa era la mejor manera de librarme de ella. ¿Comprende?

—Sí.

—En cuanto al método, todo dependía de las cartas, y cuando lo puse en práctica, todo resultó sorprendentemente fácil como lo son todos los intentos para hacer que los seres humanos cambien. Apenas hay ninguna decepción, si se eligen cuidadosamente las personas con las que cooperar. Los mueve el egoísmo y el miedo y en seguida se ponen en marcha. Pues bien, yo conservaba todas las cartas de amor que me escribió Morgan en Carolina del Sur, cuando lo nuestro acababa de empezar...

—¿Las tenía usted?

—Sí. No parece lógico, pero es que soy más bien sentimental. Lo cierto es que disponía de esas cartas. Y en el escritorio de Hilda había una excelente colección de cartas de amor de Rupert a ella. Entré allí una tarde y me las llevé. Tenía pues en mi poder un espléndido paquete de cartas y sólo tenía que manejarlas con cuidado. Las repasé, tachando las referencias locales. Casi todas las cartas empezaban “Queridísimo”, “Ángel mío” o cualquier cosa lo mismo de ambigua. En verdad, el estilo de las cartas de amor entre gente de cierta parte de la sociedad es notablemente parecido. Lo cual es, sobre todo, cierto en las de las mujeres, incluso cuando éstas son intelectuales. Tengo centenares de cartas de amor. Y esas muestras de éxtasis autoindulgente son de un tono casi impersonal. Y por supuesto la

vanidad ciega al que las recibe cuando las lee. Así, no era probable que los destinatarios se dieran cuenta de que no habían sido escritas para ellos. Puse en marcha la máquina enviando simultáneamente una carta de amor de Rupert cuidadosamente seleccionada, como si hubiera sido escrita por Rupert para Morgan, cuando él se la había dirigido a Hilda, y una carta de amor de Morgan como si ella la hubiese escrito para Rupert. En cada una de ellas añadí un lugar de cita. Me fue muy fácil poner un postscriptum garrapateado pero que se pareciese lo bastante a la letra de la carta. La gente no examina detalladamente la escritura en las cartas que recibe, sobre todo si conocen al que se las envía y leen algo que les hace cosquillas a su vanidad y su curiosidad. Desde luego, acudieron a la cita, al lugar indicado en la carta recibida primero. Acudí como testigo, y me llevé conmigo al pequeño Simon Foster. No le cansaré a usted contándole los detalles de mi espionaje, que fueron ingeniosos. En cuanto a Simon, como ya dije, no tiene importancia en este asunto. Le atormenté un poco, lo confieso, pero Simon fue marginal en este asunto. Nunca me propuse en serio apartarlo de Axel. Bien, llegaron Rupert y Morgan, ambos pletóricos de curiosidad e interés y excitación de haber inspirado tan inesperadamente un amor apasionado al otro, y ambos decidieron llevar el asunto con discreción, buen criterio, compasión y, además, compatible todo ello, desde luego, con sacarle lo más posible a tan fascinante situación. ¿Me explico bien?

—Sí dijo Tallis.

—Por supuesto —prosiguió Julius—, todo el plan podría haberse venido abajo desde el principio si ambos hubieran estado más a ras de tierra, pero lo esencial del asunto es que se trataba de personas que en cierto modo flotaban en el aire. Ninguno de ellos dijo nada tan directo como: “oye, no he entendido tu carta” ni. “Me preocupa mucho saber que estás enamorado de mí”. Se pusieron a lanzar delicadas referencias a la situación, a los sentimientos del uno para el otro, y cada uno de ellos sería más “caballeroso” que el otro, y así sucesivamente. Lamenté no haber podido oír más que el principio de la conversación, mas era evidente que estaban bien lanzados. Y se podía estar bien seguro que a los pocos días de aquel juego sentimental se produciría tal red de confusión emotiva que ya no podrían comprobar nada. En los días siguientes envié más cartas, eligiendo las que me parecieron más a propósito. Me divertí seleccionar las cartas. Pasado algún tiempo dejé de mandarlas porque creí que ambos estaban en condiciones de escribirse sus propias cartas de amor. Se dará usted cuenta de que como cada uno de ellos suponía que el otro se hallaba comprometido mientras que, a la vez, ellos, como pareja, estaban libres, podían absorberse en el drama sintiéndose

superiores e incluso inocentes. Mezcle la compasión, la vanidad y la novedad en una persona emotiva y obtendrá un resultado muy parecido al amor.

—¿Y qué pasaba con Hilda? —preguntó Tallis.

—Ya llego a Hilda. No la descuidé. Sé que suena despiadado, pero se me despertó la curiosidad y quería ver hasta dónde llegaba cada uno. Ya sabe usted de cualquier mujer se puede lograr que haga lo que sea si se la halaga lo suficiente. Y nunca se queda uno corto en los halagos. Sólo hay que alabarlas desproporcionadamente, no importa cuánto, siempre que sea mucho, y pierden la cabeza como algunos pájaros y animales cuando se les hacen cosquillas de cierta manera. De todos modos, lo reconozco, me decepcionó un poco Hilda. No busco siempre éxitos fáciles y esperaba que Hilda presentara interesantes dificultades. Pero me bastó señalarle algunos indicios para hacerla sospechar. Y ya había por entonces algo que era sospechoso. Llevé la situación al clímax mediante un verdadero golpe maestro. Había descubierto antes, en una de mis pequeñas incursiones, que la mesa-despacho de Rupert contenía un cajón secreto, muy parecido al de Hilda. Ese cajón de Rupert estaba vacío, más bien polvoriento y evidentemente no lo usaba. Esconder cosas en los cajones secretos es una ocupación femenina. Elegí una de las apasionadas misivas de Morgan, una escrita poco después de que nos hubiéramos acostado por primera vez y llena de referencias muy atrevidas, y la guardé en el cajón secreto de Rupert. Luego medio le sugerí a Hilda que podía tranquilizarse registrando la mesa de su marido. Por supuesto, se negó a ello, indignada, diciendo que nunca haría tal cosa. Desde luego, se apresuró a registrar todos los cajones donde podía Rupert haber guardado algo. Y encontró la carta de Morgan.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Tallis.

—Me lo dijo Hilda. Me ha informado bien de cuanto tenía yo que saber. Debo decir que respeto a Hilda y no la acuso demasiado de su desconcierto. Es una excelente persona, muy amable, que no se da importancia. No está interesada por ella misma como tantas otras. Por eso es tan plácido estar con ella. Ya sabe usted que Hilda solía tenerme prevención, pero celebro decir que ha vencido por completo esa antipatía. Lo pasé muy bien acompañándola y hablando con ella. A diferencia de su hermana, Hilda es muy fidedigna y genuina. La verdad es que en otras circunstancias, Hilda... Hay en ella algo tan descansante... En fin, supongo que siempre aspiré a una figura maternal... Pero no estoy aquí para hablar de mí mismo.

—¿Y qué sucedió con Rupert y Morgan?

—No sé cómo habrá ido el asunto últimamente, pero Hilda me contó cuanto ella sabía antes de irse a Gales. A Rupert le afectan de tal modo la culpabilidad, la vanidad herida y la pérdida de prestigio que ya no dice ni hace nada a derechas. Morgan, con su eterna decisión de tenerlo todo de todas las maneras y comerse todos los pasteles, quedándose a la vez con ellos enteros, le ha rogado a su hermana invocando, como algo sagrado, los días de la infancia. He de reconocer que se han portado las dos, aunque era predecible, de una manera impresionante. Y si alguna de ellas hubiera sido menos predecible, todo ese asunto se habría venido abajo en su primera etapa. En realidad, son marionetas, marionetas.

—¿No ha hablado de lo ocurrido con Rupert y Morgan?

—Me he mantenido a distancia de Morgan. Su compañía me resulta insoportable e incluso me ha disminuido mucho el placer de la curiosidad por ella. He hablado algo con Rupert. Lo que más le preocupaba era la destrucción de la impecable imagen-Rupert que le venía sosteniendo y que él confunde con cierta visión de la bondad. También le afectó terriblemente que Peter destruyera el manuscrito de su libro.

—¿Destruyó Peter el libro de Rupert?

—Sí. En pedacitos. Y desgraciadamente no había copia de ese manuscrito. Sin embargo, no creo que el mundo haya perdido una obra maestra.

—Pero, ¿por qué hizo Peter...?

—El pobre Peter siempre ha estado enamorado de su mamá y últimamente también lo estaba de su tía, y cuando supo que papá engañaba a mamá con su tía, fue demasiado para el pobre chico.

—¿Cómo se enteró?

—Se lo dije yo. Llegó un día cuando yo visitaba a Hilda y ésta lloraba. Se marchó muy afectado y le dije a Hilda que yo saldría a darle alcance e inventaría cualquier historia que le tranquilizase. Y lo que le conté fue, aunque en versión resumida, la verdad, y su imaginación puso lo que faltaba. Fue entonces a armar una escena y, sin duda, causó una tremenda impresión. Quizá no debiera habérselo dicho a Peter, pero fue mi instinto de artista y lo improvisé. Supongo que de todos modos se habría enterado.

—¿Cuándo se fue Hilda a Gales? —dijo Tallis.

—Anteayer. Habría yo venido a verle a usted ayer, pero tuve un terrible dolor de cabeza. Debi habérselo dicho todo la última vez que vine, y lo intenté, pero empezó a hablarme usted de su padre y me pareció fuera de ocasión contarle esta historia.

—¿Por qué me la cuenta usted ahora?

—Ya sabe usted por qué. Y le aseguro que no quise que llegaran las cosas tan lejos. Se me fue de las manos el asunto. Espero que también usted haya tenido experiencias parecidas. Honradamente le digo que me estoy cansando un poco de esa historia, y no sé cómo continuarla.

Tallis se sentó unos momentos a reflexionar. Luego se levantó con un brinco.

—Debemos telefonar a Hilda.

—¿Para contarle todo eso?

—Sí. Hay que decírselo a todos. En seguida. Y no por el teléfono de aquí. Se enterarían todos los que viven en la casa. Hay una cabina telefónica calle abajo. Venga usted.

—¿Va usted a hablarle a Hilda?

—No. El que le va a hablar a Hilda es usted.

Capítulo 19

Llovía. El viento hacía temblar los cristales y caía sobre la hierba mojada aplastándola y sacudiéndola. En la tierra sin árboles caía un frío, relumbre otoñal, entre marrón y verdoso, y la leve lluvia brillantaba al crepúsculo.

Hilda se había imaginado que la soledad del cottage sería para ella un refugio y que le proporcionaría cierta libertad. Antes de ir se veía a sí misma sentada allí pensando, sin apenas cesar, en sus cosas. Había tenido el cuidado de engañar a Rupert, haciéndole creer que se marcharía al extranjero. Sin embargo, al cabo de dos días la soledad y toda clase de miedos físicos que se apoderaron de su débil organismo la habían reducido a tal estado de angustia y pánico que era completamente incapaz de pensar. Nunca estuvo sola antes en aquella casa de campo. Siempre la había acompañado la fuerte y tranquilizadora presencia de Rupert, baluarte completamente eficaz contra toda clase de angustias. El cottage le hacía echarle muchísimo de menos instintivamente, y lloraba. Tanto el día como la noche se le hacían temibles. Durante el día aparecían a lo lejos raras figuras y parecían observar. Desaparecían cosas de las dependencias de la casa. Las ventanas se abrían y al cerrarse retumbaban horriblemente. De noche había ruidos que Hilda escuchaba espantada. Cuerpos que parecían rozar las paredes de la casa. Se abrían silenciosos los pestillos y en las puertas con cerrojos parecía empujar alguien. Se oían súbitos y muy cercanos ruidos, roces y pequeños murmullos y misteriosos y distantes estampidos incomprensibles. Hilda se figuraba a animales feroces, gitanos, asesinos y seres de otro mundo cuya presencia notaba ella cuando salían tranquilamente de los matorrales y se arrastraban lentamente hacia la casa. Se pasaba noches enteras a la sola luz de las velas y de la chimenea encendida. Había lámparas de aceite pero

no sabía cómo encenderlas. Rupert erasiempre el que encendía las lámparas. Después de la primera noche, se dijo Hilda a si misma que debía marcharse si no quería perder la razón. Pero la debilidad que atraía los terrores la hacía también incapaz de moverse. Aquel sitio lo había creído seguro, por lo menos le era familiar, y parecía sensato irse allí. ¿Adónde, si no, podría ir? ¿Habría de vivir en un hotel, sentarse en una tétrica habitación, comer sola en el comedor? Si vivía con alguien de su familia, le sería imposible a Hilda fingir y a nadie le quería contar la carnicería que habían hecho en su vida. La única persona a la que quería ver era a Julius y a veces incluso anhelaba verlo pero no dejaba de ser un extraño deseo, como por algo irreal. Unos pocos días sin ver a Julius le hicieron parecer, una vez más, remoto e inaccesible, y le faltaba valor para telefonarle, aunque antes de salir de Londres le escribió una larga carta.

No había habido una explicación definitiva con Rupert. En realidad, Hilda le había evitado. En la primera conversación que tuvieron sobre el asunto, Rupert pareció estar completamente trastornado.

Hilda había cerrado la puerta del dormitorio, Rupert había llamado en ella hasta ya de madrugada. Por su voz parecía estar bastante borracho. A la mañana siguiente comprobó Hilda que su marido se había bebido casi toda una botella de whisky y se había ido a dormir vestido a su tocador. Hilda se fue de la casa antes de que él se despertase y se instaló en un hotel cercano. Por lo pronto no podía soportar la presencia de Rupert. Una vez pasado el primer enfrentamiento, los celos se adueñaron de ella como una fiebre, haciéndola temblar y sudar. Tenía que marcharse de aquella casa donde tantas cosas corrientes desconocían la infidelidad de Rupert y donde los cepillos para el suelo, las tazas de té, las cajas para cigarrillos y otros objetos pequeños e inocentes le recordaban a ella cada momento la extensión de su pérdida. Algo muy parecido a la turbación, pero una turbación crecida hasta la angustia la impulsaban a alejarse de su marido. No quería ver sus ojos culpables ni al hombre a quien había adorado, deshecho ya, derrotado, hecho un guiñapo.

También era muy necesario que no viera a Morgan. En cuanto a ésta, sentía Hilda un malestar demasiado profundo para que pudiera ser identificado con el sufrimiento o con la ira. Aquella traición tan especial había inyectado su venenoso poder en todo el pasado de Hilda, transformando en algo que parecía podrido lo que antes había sido tan bueno. Todo era diferente ahora, incluso en ese pasado, desde el principio. Querer a su hermana había sido el principal impulso de su vida, una fuente constante e infalible de calor y sentimiento. Había

recibido una nota en la que Morgan le decía: No nos separarán y pensó en lo ridículamente característico que era eso antes de darse cuenta, con un sobresalto, que semejante pensamiento impedía ya el afecto.

Hilda volvió para recoger su ropa. No vio a Rupert ni a Morgan. Había cartas de ambos sobre la mesa del hall de Priory Grove y las leyó más tarde en su habitación del hotel. La de Rupert era muy confusa, llena de autoacusaciones y súplicas y, al mismo tiempo, de negaciones de que hubiera ocurrido verdaderamente algo digno de mencionarse. Hilda rompió esa carta con pena y asco. La de Morgan tenía mucho más sentido común. Explicaba que Rupert se había enamorado locamente de ella de pronto, que habían decidido no decirselo a Hilda, que ambos esperaban que la situación podría ser dominada. Hilda, más pensativa, dejó a un lado esa carta. Dejándose llevar por el impulso del momento escribió una carta muy amargada a Rupert. Terminaba diciéndole que se iba a París y se alojaría en casa de su vieja amiga Antoinette Ruabon. Lo mismo le comunicó a Morgan en una tarjeta. Luego alquiló un automóvil para que la llevase a Gales.

El cottage, que estaba a seis millas de la carretera principal y más lejos aún del pueblo más cercano, tenía acceso por un camino en muy malas condiciones, entre elevaciones del terreno cubiertas de matorrales y que fueron en tiempos muros de piedra. El único sitio habitado cerca de ese camino era una granja, ya vacía y puesta a la venta. El mar estaba a dos millas. Hilda se había imaginado a sí misma contemplando el mar y recibiendo de su indiferente inmensidad una especie de antiquísima, gris y cansada sabiduría. La verdad es que no llegó a la orilla del mar. En la primera mañana que partió hacia allí, se arañó una pierna en un alambre espinoso y regresó llorando al cottage.

Decidió: “Mañana he de ir a Londres. Dios mío, ojalá no le hubiera escrito aquella horrible carta a Rupert. Hablarán de lo que ha pasado y es despiadado y cobarde salir huyendo. Los dos deben de estar atormentados. Ahora comprendo que me escapé para castigarlos así”. Luego empezó a preguntarse: “¿Qué estarán haciendo en este momento?”. Luego, apretándose las manos una contra otra, trataba de decidir lo que debía hacer. “Estarán consolándose el uno al otro. Discutiendo acerca de mí.” Y lloró dolorida, sola en aquella sombría habitación tan incómoda. Se dijo: “Yo soy la destruida por esas relaciones tan especiales, por esa absoluta y tan poco frecuente crueldad. Ellos tienen futuro, yo no. ¿Podremos Rupert y yo, al final, intentar que todo vaya como antes? Nunca podrán las cosas ser como antes y hagan lo que hagan, lo que ha ocurrido es para siempre”. Recordó la carta

de Morgan, y pensó: “No puedo existir sin Morgan y, sin embargo, ya me es imposible existir con ella. No puedo volver a aceptarla en mi vida. Oh, ¡qué será de mi ahora?”.

Hilda se levantó y echó los cerrojos a las puertas. Afuera estaba oscuro, ventoso y con lluvia. Desde la vacía costa y el mar llegaba una rumorosa oscuridad. Hilda encendió tres velas y puso en la chimenea unos leños y descorrió cuidadosamente las cortinas, pensando en lo solitario y extraño que podía parecer aquel cuadrado de ventana iluminada, brillando en medio de ninguna parte. Esperaba que nadie estuviera observando. Sentóse junto al fuego y empezó a llorar suavemente. Había sido feliz y estado protegida durante tanto tiempo. Era demasiado vieja para encontrar su camino en aquel desierto, donde no era posible predecir la violencia.

Un súbito y agudo ruido llenó la habitación. Hilda se levantó dando un brinco y un grito de miedo. En seguida se dio cuenta de que era el timbre del teléfono. Pensó al instante: “Es Rupert”. Levantó el auricular con torpes y temblorosos dedos.

La remota e impasible voz de una telefonista dijo:

—La llama el profesor King desde una cabina telefónica de Londres. ¿Pagará usted la conferencia?

—¿El profesor...? Si, si, por favor, sí...

—Hola, Hilda —dijo la voz de Julius.

—Oh Julius, gracias a Dios, estar aquí me vuelve loca. No debería haber venido, no puedo pensar y todo se me convierte en una pesadilla. Me hubiera gustado mucho verle a usted antes de marcharme de Londres, pero quise salir huyendo y ahora me convengo de que era una locura; aquí lo estoy pasando horriblemente. Julius, cuánto le agradezco a usted que me llame, qué alivio oír su voz, podremos charlar un poco...

—Hilda, escuche, por favor...

—¿Ha visto usted a Rupert o a Morgan? —Qué terriblemente real y presente hacia parecer a Londres la voz de Julius.

—No, no los he visto, Hilda. Quiero decirle a usted algo muy importante y quiero que me escuche con toda atención.

—¿Algo acerca... de ellos?

—Sí. Usted...

—Julius, he sido tan desgraciada, ahora estoy convencida de que no debería haberme ido de Londres...

—Hilda, por favor, límitese a escuchar. ¿Me oye usted bien? Ha sido usted víctima de una jugarreta.

—¿Cómo una jugarreta?

—Sí. Rupert y Morgan no se enamoraron y no han sido amantes. Lo que ha sabido usted no es más que la fachada de un conjunto de falsedades. Sencillamente, ustedes tres han sido víctimas de un engaño.

—No comprendo —dijo Hilda—. ¿De qué está usted hablando?

—A ellos los han engañado y, por extensión, a usted también. Cada uno de ellos estaba falsamente convencido de que el otro se había enamorado. Sus amables y escrupulosos modos de ser hicieron el resto de la confusión. No ha habido nada de relaciones amorosas ni, desde luego, amor.

—Pero, ¿quién puede haber tramado una broma tan terrible y de tan mal gusto?

—Fui yo el mago, Hilda. Lo empecé, efectivamente, como una broma, pero lamento que se me fuera de la mano. Pero no se preocupe por mí. Debe escucharme con mucha atención mientras le digo exactamente lo que ocurrió para que se convenza usted de que Rupert y Morgan no son culpables.

—¿Fue usted, Julius... pero...?

—Robé las cartas que guardaba usted, las de Rupert a usted, del cajón secreto de su escritorio, y las envié a Morgan como si se las hubiese enviado Rupert. Y a él le fui mandando las cartas que me había escrito a mi Morgan. No le preocupen a usted los detalles. Cada uno de ellos dos se convenció de que el otro se había enamorado. Se reunieron varias veces para tratar de la situación. Nada más ha ocurrido entre ellos, y cuando se enteren, aparte, naturalmente, de enfadarse un poco conmigo...

—No puedo creerle, Julius —dijo Hilda—. Por favor, no bromee conmigo, pues con lo que me dice se hace aún peor la pesadilla. Lo que se propone usted inventando esto es ayudarme. Sé a qué atenerme, tengo pruebas, he visto...

—¿Qué ha visto usted, querida Hilda? Encontró una carta de Morgan en la mesa de Rupert. Esa carta me la había escrito ella a mi y la puse en aquel sitio para que usted la encontrase. Se han comportado los dos como si tuvieran un secreto culpable, pero su secreto no era más que la ilusión de cada uno en cuanto al amor del otro. No ha pasado nada. Todo ello es sólo una magia que se disolver con la verdad. Ustedes tres han sido burlados por meras apariciones y fantasmas.

—Julius... no puede ser... Rupert se portó de un modo tan extraño y...

—Rupert está siempre irracionalmente afanoso por echarse la culpa de lo que sea y creía estar protegiendo a Morgan.

—¿Pero cómo pueden haberse equivocado los dos?

—Muy fácilmente. La gente no suele resistirse a creer que otros la supervaloran. La vanidad natural y corriente los mete en esos líos. Ya le contaré a usted los detalles en otra ocasión. Lo importante ahora es que me crea usted. Lo he inventado yo todo, Hilda. Hice que pasaran las cosas.

—Julius, no puedo creerlo; es demasiado fantástico. Cómo iba usted a hacer algo tan extraordinario y de todos modos es totalmente imposible...

—No hay manera de que me crea... ¿Quiere usted hablar con Tallis? Está aquí a mi lado. Espere un momento.

Hilda oyó que la voz de Tailis decía:

—Es cierto, Hilda, Julius los ha engañado a ustedes tres y ni Rupert ni Morgan tienen culpa alguna, sencillamente son víctimas como lo es usted. Julius envió las cartas, como ha dicho, e hizo que tanto Rupert como Morgan imaginasen que el otro se había enamorado. De verdad que no hay más en el asunto que eso. Ha sido un bromazo, nada más. Y no hay otras personas que sepan nada de ello. No ha habido rumores ni se ha hablado de eso. Así que nada ha cambiado...

—Pero yo... ¿Les han dicho ustedes algo a Rupert y a Morgan?

—Aún no. ¿Qué quiere que hagamos? ¿Cree usted lo que le hemos contado, no?

—Sí, ya que usted también me dice lo mismo, pero es tan raro...

—Sin duda lo es. Pero ya se lo explicar Julius más tarde. Escuche, Hilda, ¿quiere usted que telefonee a Rupert?

—Si. No, le telefonaré yo. No intervengan ustedes más. Déjenme a mi ahora ocuparme de esto, por favor. Gracias por haber... Tallis, ¿es verdad que lo tramó todo Julius?

—Desde luego. ¿Llamará usted en seguida a Rupert, no?

—Si, inmediatamente, ahora mismo. Gracias, Tallis. Adiós.

Hilda fue poniendo el auricular en su sitio. Le temblaba la mano y sin querer empujó el teléfono a un lado de la mesita. Cayó por el borde de ésta al suelo. El auricular rodó por debajo de la mesa. Hilda se arrodilló torpemente en la oscuridad y tiró del revuelto hilo. Levantó del suelo el teléfono y empezó a marcar a la central.

Pero algo se había estropeado en el aparato. Era un teléfono muy viejo, con un disco saliente. Cuando Hilda introdujo un dedo en el agujero del primer número que debía marcar, se dio cuenta de que algo debía de haberse roto. La parte exterior del disco se movía fácilmente, con demasiada facilidad, mientras que la parte interior con los números parecía girar también. Proseguía el ruidillo de la señal continuamente y era que el disco no estaba ya conectado adecuadamente al interior del instrumento. Hilda lo observó. Estaba demasiado saliente y ladeado. Intentó volverlo a colocar bien, pero no podía porque parecía haber por dentro algo que se resistía. Nuevamente trató de marcar, pero el círculo numerado giraba a la vez que el exterior, mientras que éste se pasaba de su límite normal. Siguió mirando al aparato y tratando de pensar. En un instante el teléfono se había transformado de ser un medio natural de comunicación, una extensión de ella misma, en un grotesco objeto sin sentido, inútil e incluso siniestro. Hilda lo sacudió desesperadamente y lo dejó en la mesita.

Encendió dos velas más y fue corriendo a la cocina en busca de un destornillador. De nuevo junto al teléfono, le dio la vuelta y empezó a destornillar el fondo. Una masa de alambriillos como gusanos de diferentes colores formaban un curioso enjambre en la oscura

caja. ¿Qué ocurría dentro de un teléfono cuando uno marcaba? No era cosa de magia. Debía de haber alguna manera de hacer lo que el disco hacía. Algo se había roto. ¿No podría descubrir ella la avería y repararla? Por lo menos si pudiera comunicarse con la central... Puso el teléfono sobre la mesita y el aparato se deshizo, echando entrañas de hilo rojo.

“De nada sirve lo que hago —pensó Hilda—, debo ponerlo como estaba.” Pero ahora había demasiado alambre, rollos y manojos de éste por fuera negándose a recuperar su anterior puesto dentro del aparato. El disco colgaba por fuera del instrumento como un ojo desorbitado. Hilda empezó a meter los alambres esperando colocar por fin el disco en su sitio. Parecía ir recobrando ya su posición. Sólo que la sección giratoria del disco se había puesto de manera que la mitad de los agujeros dejaban ver los números y los otros daban sobre partes blancas. Gimiendo con exasperación, Hilda agarró la parte exterior e intentó hacerle recuperar su sitio. Algo se rompió y se quedó ella con el disco en la mano. Lo tiró al suelo y le fluyeron las lágrimas. Tenía que hablar con Rupert en seguida, debía decirle que todo estaba ya bien, que nada había cambiado y que la perdonase. ¿Cómo había podido juzgar en un instante a Rupert? ¿Por qué había tenido tan poca fe en su marido y en su hermana? Tantos años de amor deberían por lo menos haberla hecho esperar, al menos haberle dado un poco de calma. Hilda sacó su impermeable. Tenía que ir en su auto al pueblo para telefonar desde allí.

Llovía espesando el aire cuando Hilda chapoteó hacia su coche. Sentada en el lugar del conductor, encendió los faros, que revelaron múltiples líneas de lluvia, amarillentas piedras, y ortigas. La llave del encendido estaba todavía puesta. La hizo girar. Hubo un breve sonido infructuoso del arranque. Apagó los faros, sacó el estrangulador y probó de nuevo. El mismo ruidito seco y vacío. otra vez. Otra vez. otra vez. “Oh no”, pensó Hilda y se le saltaron las lágrimas. Estuvo sentada, quieta, un minuto y luego intentó una vez más poner en marcha el motor. Era inútil empeñarse en ello. “¡Rupert! —gritó Hilda—, ¡Rupert!” Se apeó del coche, encontró una linterna eléctrica y abrió la cubierta con la intención de secar la cabeza del distribuidor. Quizás hubiese entrado allí la lluvia. Pero a la luz de la linterna se veía caer mucho más la lluvia que antes, empujada por el viento en grandes rachas, y se apresuró Hilda a cerrar la cubierta. En todo caso, el motor le era incomprensible y ni siquiera recordaba qué debía hacer.

Hilda se lanzó corriendo por el enfangado y pedregoso sendero. Iba lamentándose. La luz de su linterna danzaba sobre los brillantes pedruscos, los negros charcos, la hojarasca y viejas

alambradas. Llamando a gritos a Rupert se alejó por la oscuridad y el cuadrado apenas iluminado de la ventana del cottage se hacia más y más pequeño tras ella.

Capítulo 20

Morgan llamó al timbre de Priory Grove. Eran las diez y media de la mañana. Rupert estaría en la oficina. No hubo respuesta. Sacudió la puerta. Estaba cerrada.

Cuando Morgan le había escrito a Hilda: No nos separarán había sentido un escalofrío. Su cariño a su hermana era firme y decidido. No podían destruirla, superaría aquel lio, volvería a tener ese cariño. Sin duda, todo podía explicarse y Hilda reconocería que no había sido culpa de Morgan. Cuando le escribió su segunda carta explicándole el asunto —es decir, la versión que ella tenía sin saber el engaño de las cartas—, tuvo la impresión, a medida que cubría las cuartillas, de que verdaderamente se iba desentrañando la pesadilla. Haberle dicho a Hilda lo que ella creía la verdad le calmaba el corazón y la hacía confiar en que todo podría quedar bien. Entregó la carta a mano ya muy de noche.

Al día siguiente se sintió un poco menos segura. Telefonó varias veces a Priory Grove, pero nadie le respondió. No había allí absolutamente nadie. Exponiéndose a encontrarse con Rupert, rondó la casa y por fin se atrevió a llamar. Nadie. Luego recibió la tarjeta en que Hilda le decía que se iba a París. Esto asustó a Morgan. Fue a toda prisa a la biblioteca pública y pidió la guía telefónica de París. Había varios Ruabons. Les telefonó a todos, pero entre ellos no encontró a la amiga de Hilda. Ésta había dicho París, pero desde luego podía ser en algún sitio cerca de París. Después telefonó Morgan cautamente a una o dos de las

caritativas amigas de Hilda, pero nada sabian de dónde estuviera ésta. La necesidad de Morgan por ver a su hermana era ya extremada. Parecía una idiotez ir a Francia a buscarla, mas era tal su afán de encontrarla que estuvo a punto de marcharse en su busca. Pero se dijo que seguramente Hilda volvería muy pronto. No entraba en la manera de ser de Hilda dejarlo todo en la confusión y marcharse. No tardaría en estar de vuelta. La indecisión y el gran número de posibilidades le impedían a Morgan actuar. Se pasaba muchas horas insomne, hasta que por fin se dormía por la mañana y entonces soñaba con el querido rostro de Hilda, aquel orbe de bondad que siempre había iluminado su vida con un amor más que maternal. Entonces la despertaba una atormentada perplejidad. Si por lo menos pudiera ver a Hilda, tener una de sus manos tranquilamente entre las suyas y explicarle.

Morgan no podía decidirse a preguntarle a Rupert la dirección de Hilda. Rupert podía no saberla. En todo caso, ahora era inconcebible para Morgan que pudiese comunicarse con él. Lo consideraba como un ciego instrumento de destrucción. Al estropear su matrimonio había dañado más de lo que él creía. La gran pasión de Rupert había sido esencialmente algo frívolo o eso parecía por sus resultados. Y Morgan se culpaba a sí misma por no haber rechazado desde el principio aquella peligrosa frivolidad. Debía haberse reído del amor de Rupert. Ni siquiera podía recordar ella lo que había sentido por Rupert al principio. Se sintió conmovida, tierna, sentimental y suponía que en cierto modo estremecida. El remordimiento la hizo gemir. Si viese ahora a Rupert, enfermaría Morgan de vergüenza. Y en cuanto al futuro de sus relaciones con él, prefería no pensar. Se reprochaba constantemente a sí misma con la voz de Hilda, cayendo en abyectas y apasionadas súplicas ante aquella acusadora sombra.

“Cuanto hice últimamente ha sido un desastre —pensó Morgan—y, sin embargo, cada cosa de las que han pasado parecían absolutamente naturales cuando ocurrían.” Era natural enamorarse de Julius, y también fue natural compadecerse sentimentalmente de Rupert. ¿Cómo se puede vivir como es debido, cuando nuestros actos parecen al principio tan inevitables y justificados mientras que al final son tan imprevisibles e innaturales? ¿Qué había esperado ella? Porque seguramente había esperado algo. ¿Acaso olvidó esa esperanza? A veces se le ocurrió acudir a Tallis y hablarle de Rupert y de Hilda. Contárselo todo, todo. Si Tallis hubiese tenido más autoridad, más dignidad y “estatura”, Morgan habría reposado su cabeza sobre las rodillas de él. Pero tal como Tallis era, no podía influir en ella a distancia. Y le parecía que confiar en Tallis sería serle desleal a Hilda.

Morgan empezó a recorrer un lado, fuera de la casa, desde la puerta de madera que daba al jardín. Había decidido entrar por algún sitio y buscar en el libro de direcciones de Hilda dónde vivía aquella Ruabon y el número del teléfono de ésta.

Caía una leve lluvia y el viento agitaba las rosas contra el enrejado. Pétalos de rosa mojados se adherían al suelo formando un curioso diseño de corazones rojos y gotas blancas. La lluvia batía la superficie de la piscina haciéndola parecer una parrilla de metal gris. Morgan intentó entrar por la puerta de la cocina pero estaba cerrada. Con menos esperanza probó en los ventanales-puertas y los encontró abiertos. Entró de puntillas, cerró cuidadosamente tras ella y se quedó quieta en la sala, y de repente respirando con dificultad. Se oía el tictac de un reloj. La casa daba la impresión de un intenso recogimiento, misteriosa, llena de pensamientos. Le fue causando a Morgan una sensación de paz, pero en seguida se dijo: "Todo ha cambiado, pero la casa no lo sabe todavía. Aún conserva ésta, para mí, una Hilda sonriente". Luego se dijo: "Quizás el cambio no haya sido tan terrible, después de todo. Hilda perdonar a Rupert. Pero estará, de ahora en adelante, más cerca de mí".

Morgan abrió la alacena donde se guardaban las bebidas. No había whisky, pero encontró algo de ginebra y se la echó en un vaso. Había bebido mucho en los dos días anteriores. Luego, con el vaso en la mano y yendo instintivamente muy despacio, subió las escaleras. Entró en el boudoir de Hilda. La habitación estaba bien arreglada, llena de terciopelos extendidos y fragantes telas estampadas. Había algunas rosas marchitas en un jarrón de plata. Morgan las tiró a una papelera. Luego empezó a registrar el escritorio de Hilda. Pequeñas pilas de cartas impersonales, facturas, folletos, circulares. Pronto encontró el libro de direcciones y, dando por cierto que encontraría la que buscaba, miró en la letra R. No aparecía ningún apellido Ruabon. Morgan dejó el libro desconcertada. Hilda solía ser tan metódica en esas cosas. Luego se le ocurrió que si aquella Ruabon estaba casada y era una antigua amiga de Hilda, ésta la habría anotado por su apellido de soltera. Morgan se sentó y empezó a repasar el libro entero. No había Antoinettes ni direcciones en Francia. En la tarjeta que le envió a Morgan había escrito Hilda "una antigua amiga". ¿Habrían estado juntas en el colegio? ¿Serviría de algo preguntar en ese centro? A causa de la diferencia de edad, Morgan no había conocido a las compañeras de estudio de Hilda. Y no podía recordar que Hilda se hubiese referido a esa Antoinette. ¿Habría hablado de una muchacha francesa hacía mucho tiempo? Morgan recordaba vagamente algo así. Pensó. Se le ocurrió que, desde luego, la razón de que no estuviera anotada la dirección sería que Hilda la conocía tanto que habría

sido innecesario apuntarla. Morgan empezó a pensar seriamente en aquella Antoinette Ruabon.

Después de todo sabía muy poco de la vida privada de Hilda. Ahora se daba cuenta de que había dado por cierto que Hilda carecía de vida “personal”. La gente felizmente casada no la tiene. Hilda era la esposa de Rupert, la hermana de Morgan y la madre de Peter. Así, Morgan había creído que en esas relaciones familiares tan satisfactorias había quedado absorbido, sin residuos, aquel ser tan generoso. Desde luego, Hilda tenía muchas amistades cultivadas en comidas, reuniones para fines benéficos, en las que se bebía jerez. Pero no contaba con amigas íntimas. ¿Estaría equivocada esa visión? ¿Por qué, después de todo, se había enamorado tan repentinamente Rupert de Morgan? ¿Caba la posibilidad de que se sintiera abandonado? ¿Tendría algún significado aquella huida a París? Morgan pensó: “Cuando volvi de Norteamérica hablé demasiado de mi misma. No le hice a Hilda ninguna pregunta íntima. Dios mio”. Morgan empezó de pronto a sentir celos y se asustó de un modo completamente distinto.

Decidió ocuparse, registrar el resto de la casa por si otros papeles de Hilda revelaban la ansiada dirección. Miró en el dormitorio. La cama estaba deshecha, abiertos los cajones, y había por aquí y por allí alguna ropa interior de Hilda, un frasco, de oscura loción, roto sobre la alfombra. Morgan inspeccionó el tocador y el armario. No había papeles. Revisó el vestidor de Rupert, donde tampoco estaba hecha la cama-diván, y el estudio de Rupert, donde había muchísimos papeles rotos, como hojas de otoño, y algo la hizo temblar ante aquello. En la mesa junto a la pared aparecían unos junto a otros muchos de los pedazos de papel como en un intento para reconstituir las hojas rotas. Morgan se apresuró a cerrar la puerta. Allí nada había de Hilda. Pronto descendió al piso bajo y empezó a registrar la sala y la cocina. Nada encontró. Echó en un vaso la poca ginebra que quedaba en la botella y pensó qué hacer luego. Era curiosa su resistencia a irse de la casa. Entrar en ella había sido tan importante para Morgan. Luego pensó: “Cartas. ¿No había cartas de aquella Antoinette?”. Cuando había estado buscando la dirección sólo había mirado por encima las cartas de Hilda. Volvió a subir y empezó una vez más a registrar el escritorio de Hilda. Las cartas nada le dijeron. Morgan bebió el resto de la ginebra y se asomó pensativa a la ventana. Había dejado de llover.

Morgan miró al jardín familiar. El sol empezaba a ponerse y un poco de vapor salía del mojado pavimento. La piscina producía una extraña sensación. Morgan se agarró al alféizar. Algo horrible y siniestro se hallaba en la piscina y daba la impresión de ocuparla casi por

completo. Algo oscuro, como una inmensa araña flotante. Un gran fardo, algún inmenso animal o...; el vaso de Morgan se cayó al suelo. Corrió a la puerta y bajó corriendo y gimiendo las escaleras. Los ventanales de la sala estaban abiertos. Morgan llegó al borde de la piscina. Se le aflojaron las piernas y quedó sentada en el suelo, sollozando. Un cuerpo humano, completamente vestido, flotaba en la piscina por debajo de la superficie, con los brazos y las piernas extendidos y sin movimiento propio. Era un hombre. Era Rupert.

Morgan no podía verle la cara, pero sí la ropa, que reconocía, así como la forma del cuerpo. Intentó gritar pero tenía tan apretada la garganta que apenas si podía respirar. Estaba allí jadeante, respirando roncamente. Luego consiguió ponerse en pie y trató de tirar por alguna parte de aquel terrible objeto flotante. Su mano tocó una manga pero no pudo agarrarla. Se puso de rodillas. Empezó a bajar por la escalerilla de la piscina, pero el agua estaba tan intensamente fría que de modo instintivo volvió a salir con la falda empapada y pegada a sus piernas. Se le salió un zapato y los peldaños de aluminio de la escalerilla le cortaron el pie. Perdió el equilibrio y cayó en el agua con un chapoteo. Ésta le llenó los ojos y la boca y sus pies resbalaron en el suelo inclinado de la piscina. Por fin pudo gritar. Lanzó un sollozante gemido y tendió las manos ciegamente. Tocó algo, lo agarró, tiró de aquello y entonces se dio cuenta de que tenía otra mano humana en la suya. La soltó, quiso chillar. Y luego tiró de un tejido, algo inmenso y oscuro se movía lentamente contra ella en el agua.

Rupert flotaba boca abajo, con la cabeza inclinada hacia el fondo de la piscina, y los brazos y piernas extendidos. Morgan, con la boca muy abierta y temblando toda ella de terror, procuraba subir los hombros. Entonces se había apoyado en la cabeza del ahogado y le agarró el cabello. Aquella cosa empapada era pesada, pesadísima. La parte de atrás de la cabeza fue saliendo a la superficie y Morgan tuvo una terrible visión de un rostro oscurecido, hinchado y casi irreconocible. Luego, el pecho del cuerpo se apartó de ella de nuevo y la cabeza volvió a hundirse.

Morgan empezó a salir de la piscina. Notaba que de un momento a otro se iba a desmayar. Apenas pudo salir. Se arrastró por el pavimento y empezó a esforzarse para ponerse en pie. "Hay que pedir ayuda —pensó—, pedir ayuda." Pero no pudo gritar ni decir nada. Su ropa empapada le impedía moverse, temblaba de frío y apenas podía andar. Entró en la sala. En ese momento sonó el teléfono.

La llamada familiar del teléfono sonaba como una señal de otro mundo. Pero Morgan levantó automáticamente el receptor.

La voz de Hilda dijo. "Rupert".

Morgan se sentó en un sillón, poniéndose un momento el auricular contra el pecho. Luego lo levantó de nuevo.

—Rupert, querido. Soy Hilda.

Morgan tragó algo. Y dijo con algo parecido a su propia voz

—Hilda, soy Morgan.

Hubo un momento de silencio. Luego dijo Hilda:

—¿Está Rupert ahí?

—No, no está.

—Bueno, escucha y no te preocupes. Dale este recado, ¿quieres? Estoy en Newport esperando para un transbordo Sólo puedo hablar unos segundos. Voy camino de casa. Por favor, dile a Rupert que todo está perfectamente. Y a ti también te digo, queridísima, que todo está arreglado. Ha habido un extraordinario error. A nadie hay que echarle la culpa. No debí de haberme marchado. Ya os contaré a los dos cuando os vea. Dale a Rupert mi cariño, mi cariño muy especial, y dile que no se preocupe. Ni tú tampoco debes preocuparte. Después de todo, nada terrible ha ocurrido.

Morgan dejó el teléfono. El reloj seguía con su tictac. Entonces volvió a levantar el receptor y marcó el número de la policía. En cierto sentido ya no había prisa. Desde luego, Rupert no estaba allí.

Capítulo 21

—No crea usted que el mérito es mio dijo Julius —. Es que tengo una verdadera pasión por la limpieza y el orden.

Bien remangadas las mangas de la camisa, fregaba los platos mientras que Tallis estaba sentado junto a la mesa de la cocina y lo contemplaba. La mesa había sido restregada y puestos los libros y cuadernos de Tallis en pilas ordenadas. Los periódicos y otros desechos, quitados del suelo, y éste pudo ser limpiado y vaciados los cubos de basura. Julius puso otra colección de platos en el agua humeante.

—¿Qué hizo usted con todas aquellas botellas de leche? —preguntó Tallis.

—Enjuagué unas cuantas y las puse aparte. Las demás las tiré en el montón de basura que hay al otro lado de la calle. Hice bien trayéndole a usted unos paños para secar. Ya he empapado varios.

—Había por aquí un par de ellos...

—Los he tirado. No habrían servido ni de paños respetables para el polvo. También le he traído esto para limpiar el fregadero. Espero que no le haya molestado que empezase antes de llegar usted, ¿eh?

—No, en absoluto. Le agradezco su amabilidad.

—¿Esperaba usted que viniese?

—Si, suponía que vendría usted.

—No puedo jactarme mucho de cómo he limpiado el suelo —dijo Julius—. Es una tarea superficial. Habría que rasparlo todo con un cuchillo y luego someterlo a un lavado intensivo.

—Me parece muy bien como ha quedado —dijo Tallis.

—Y he vacilado antes de ordenar su alacena. Creo que mucho de lo que hay en ella habría que tirarlo. Tendrá usted que hacerlo.

—Si, si, ya lo haré.

—¿Cómo está su padre?

—En la cama.

—¿Le dijo usted ya...?

—No.

—¿Le han empezado el tratamiento?

—Si. Pero estoy seguro de que él cree que es para la artritis.

—¿Le dirá usted la verdad?

—Sí. —Tallis empezó automáticamente a extender sus libros y cuadernos ante él.

—Debia usted dejar esa tontería de las conferencias. Le agota a usted y no es constructiva ni mucho menos. ¿No puede usted encontrar un modo más fácil de ganar dinero? Debería emprender alguna investigación seria en la universidad. Seguramente conocerá usted a algunos que conozcan a alguien influyente, ¿no?

—No.

—No se desanime tanto. No tuvo usted la culpa en lo de Rupert.

—Es posible.

—¿Cómo iba usted a saber que Hilda rompería su teléfono?

—Desde luego.

—¿O que se iba a extraviar junto al pantano y andar perdida toda la noche?

—Claro.

—En todo caso parece que Rupert podía estar ya en el agua cuando telefoneamos a Hilda.

—Quizá.

—Y por supuesto, no creerá usted que fue suicidio, ¿eh?

—No.

Rupert había muerto ahogado, pero con una gran dosis de pastillas para dormir y de alcohol en el cuerpo. Se supuso que había caído en la piscina accidentalmente. El veredicto en la encuesta fue de muerte por un desgraciado accidente.

—Pero, en verdad, de qué manera tan terriblemente estúpida se portaron todos ellos. ¿No está usted de acuerdo?

—Mmmm.

—Los seres humanos suelen juzgarse unos a otros así. Ponga en situación complicada a varios seres humanos bastante listos pero emotivos y, en vez de intentar comunicarse tranquilamente, acuden a alguna forma de violencia colectiva.

—Sí.

—Todo eso, desde luego, es egoísmo. Prefieren hacerse unos a otros las cosas más terribles con tal de no parecer que se burlan de ellos o que pueda creerse que no dominan la situación.

—Eso es verdad.

—Y el sexo... Se agitan muchísimo, anhelan y lo lían todo. Debo decir que siempre me ha parecido un fenómeno al que se le da excesiva importancia. ¿Dónde pongo estos platos?

—Ahi dentro.

—Dios, que revuelto está aquí todo. Creo que esto, sea lo que sea, podría tirarse. ¿Puedo?

—Si.

—De Hilda, por ejemplo, podrian haberse esperado cosas más sensatas. ¿Por qué tenía que salir huyendo de aquella manera? Debía haberse quedado, hablado y escuchado. Pero, el orgullo ofendido de una esposa ultrajada tenía que calmarse con algún gesto violento. Quería que los otros dos se sintieran despreciables y entonces, si se consolaban el uno al otro, serían aún más culpables. ¿Y por qué, cuando le telefoneamos, insistió tanto en decirles la verdad a los dos? Tenía que ser ella el hada buena, la que sabia y podía.

—Quizá.

—Y Rupert y Morgan. Sin duda, en un principio estaban ambos en un estado de estupefacción al sentirse adorados. Luego se convencieron de que eran tan sensatos y buenos que podían arreglar el asunto ellos solos y transformar aquella pasión en impecable amor sin poner en peligro su fidelidad a Hilda. Luego, de pronto, descubrieron que era muy feo ser descubiertos y que en sus relaciones nada había de elevado ni de digno. Morgan se enfada y le echa la culpa a Rupert. En cuanto a éste, se limita a retirarse. No puede soportar la destrucción del respeto que se tiene a sí mismo. Rupert, en realidad, no amaba la bondad. Lo que adoraba era una imponente imagen del buen-Rupert. Rupert no murió ahogado. Murió de vanidad.

Tallis callaba.

—Parece usted estar muy cansado. ¿Se encuentra bien?

—No dormí lo bastante anoche dijo Tallis.

—¿Por qué no? ¿Acaso padece usted de insomnio?

—No. Es que estuvo aquí la policía.

—¿Para qué?

—Detuvieron a alguien de arriba.

—¿Qué había hecho?

—Algo relacionado con automóviles.

—A propósito, ¿cómo está Peter?

—No sé. Ha desaparecido. Hilda tampoco sabe dónde

—¿Y dónde se encuentra Hilda?

—En Lyme Regis.

—Espléndido. ¿Sola?

—No, con Morgan.

—¿Es cierto que está a la venta la casa de Priory Grove?

—Sí.

—Por casualidad, ¿no sabrá usted cuánto pide Hilda por ella? Busco una casa en aquella zona.

—Pues no sé.

—Preferiría los Boltons, pero por ahora no hay nada libre por allí. ¿Dónde consiguió usted estas tazas y platillos tan bonitos? Creo que son auténtico Worcester.

—Son de antigua loza familiar —dijo Tallis—. Siempre los hemos tenido. Creo que pertenecían a la familia de mi madre.

—Los pondré en ese aparador. Los platos, en pie, y las tazas colgando. Mire qué bien están. De todos modos, habría que limpiarlos antes. En Nueva York tengo muy buena vajilla y no la he visto desde hace años. He de tener aquí una casa para lucir todo eso. Mis padres tenían un gusto excelente y muy buen criterio para comprar cosas.

—¿Viven todavía? —preguntó Tallis.

—No. Y la verdad es que perdi todo contacto con ellos hace muchísimo tiempo. De todos modos, ya no nos hablábamos.

—¿Por qué?

—Es que cambiaron nuestro apellido en King. Y también se convirtieron al Cristianismo.

—¿Cómo se llamaba usted antes?

—Kahn.

—¿Por qué no vuelve a ponerse aquel apellido?

—No sé. Quizá por un sentido de la historia. Tengo un vivo sentido de la historia. Lo que ha ocurrido se justifica de alguna manera. Por lo menos es superior a lo que no ha sucedido.

—¿Es usted hijo único?

—Si. En cambio, usted tenía una hermana. Murió de polio.

—No, no fue por eso —dijo Tallis—. La asesinaron. Fue violada y matada por un maniaco sexual. Tenía catorce años.

—Lo lamento muchísimo.

—No se lo cuento a la gente —dijo Tallis—. Aquello sigue siendo demasiado espantoso.

—Lo comprendo. ¿Dónde pongo los cuchillos?

—En el cajón de la mesa. Aquí. —Tallis apartó su silla un poco y abrió el cajón.

—¿Quiere que los ordene de alguna manera especial?

—Lo mismo da.

Julius se inclinó hacia adelante y empezó a colocar los cuchillos en el cajón. Lo cerró.

—Espere un momento —dijo Tallis.

Julius se había enrollado las mangas de la camisa hasta los codos. Por encima de éstos se veía algo en un brazo. Tallis cogió el puño de Julius con una mano y con la otra enrolló un poco más la manga de la camisa. Aparecía un tatuaje azul con un número en un círculo. Tallis lo soltó.

—¿Así que estuvo usted en un campo de concentración?

—Sí —dijo Julius. Y añadió como disculpándose—: Es que pasé la guerra en Belsen.

—Morgan debe haber notado esa marca —dijo Tallis.

—Es raro, pero no se fijó. Quizá sea sólo visible con ciertas luces. Necesita usted aquí un tendedero para poner a secar sus prendas. Están todas empapadas. Bien, creo que esto es todo cuanto puedo hacer por ahora.

—Gracias —dijo Tallis.

Julius se desenrolló las mangas y empezó a ponerse la chaqueta.

—Está saliendo el sol. Esto está muy bien. En fin, creo que he de marcharme.

Tallis se levantó y Julius anduvo hasta la puerta para abrirla. Se miraron y luego ambos apartaron la vista.

—Lo siento —dijo Tallis—pero eso es lo que hay.

—Ya comprendo. Bueno, ¿qué he de hacer?

—¿Qué quiere decir?

—Ya lo sabe.

—Oh, debe marcharse —dijo Tallis—. No debe quedarse a vivir en los Boltons ni en Priory Grove. Váyase de Londres.

—Sí, sí, claro. La verdad es que no me proponía instalarme en Londres. Sólo me distraía dándole vueltas a esa idea. Me iré al extranjero. Pronto puedo tener otra estupenda colocación. Lo de ahora ha sido sólo un intermedio.

—Naturalmente.

—Procure lograr un puesto digno de usted. Tal como están las cosas, ¿qué le saca usted a la vida? Supongo que siempre vive usted así, pero me da lástima. Después de todo, soy un artista. Y esto es un lastimoso lío.

—Sí, ya sé —dijo Tallis.

—Déjeme prestarle algún dinero —dijo Julius—. O más bien, permítame que se lo dé. Como ya he dicho, nunca presto.

—No, gracias.

—¿Por qué no? Ya sé que me lo ha rechazado antes, pero nos conocemos más ahora. Piénselo otra vez. Tengo dinero, usted lo necesita. Morgan le debe dinero. Déjeme pagar la deuda de ella. Le debía a usted cuatrocientas libras y le pagó a usted un centenar. Permítame que le dé las trescientas restantes. Vaya, sea usted generoso.

Tallis lo pensó.

—Muy bien. Desde luego, me harán el avío. Gracias.

Julius escribió el cheque.

—Bueno, tengo que irme —dijo Julius—. Adiós. Supongo que es natural que volvamos a vernos. —Aún permaneció allí unos momentos—. ¿Me concede usted la presunción de que soy un instrumento de la justicia?

Tallis se sonrió.

La puerta se cerró tras Julius e inmediatamente se llenó la casa de ruidos. Chasquidos en la cocina, música de jazz en la habitación de enfrente, altercado en urdu en las escaleras, y Leonard que llamaba en voz muy alta a su hijo.

—Ya voy, papá, ya voy, ya voy.

Capítulo 22

El Hillman Minx azul pálido se dirigía al sur. La carretera, a la que daban sombra los álamos aparte, colándose entre éstos algunas rayas de sol, era por allí recta, y así seguiría en mucha distancia. Simon tendía el brazo por detrás del asiento.

—Pensábamos en nosotros mismos.

—Es que nos quedamos, maldita sea, tan aliviados.

—Si por lo menos hubiéramos pensado un poquito más en ellos.

—Sin embargo, entonces pareció lo sensato quedarse quietos.

—Pero, Dios mío, si no hubiésemos estado tan tranquilos...

—No te tortures con eso, Simon.

—Claro, nos habíamos quedado muy tranquilos —dijo Simon—. De nuevo nos encontramos el uno al otro. Al reanudar la vida de antes nuestro amor fue maravilloso. Casi me desmayé de alegría aquella tarde. Me sentía librado del embrollo. Lo que aún quedaba por ahí era tan enmarañado y tan oscuro... No quise pensar más en ello. Tenía la impresión de que mi propia culpa quedaba allí detrás, y ya no sentía responsabilidad alguna, aparte de mi amor por ti.

—Hemos vivido demasiado dentro de nuestro mutuo cariño.

—Axel, no querrás decir...

—No, no; deja de asustarte. Sólo quiero decir que deberíamos ver a más gente y vivir más en el mundo. Hemos estado cerrados, el uno con el otro.

—Si. ¿Sabes?, creo que si viéramos a más gente y fuésemos juntos por ahí, eso me daría confianza en mi mismo.

—Eso tiene probablemente que ver con ser homosexual. Todos nosotros le tenemos un poco de miedo a la sociedad. Hay una tendencia a esconderse. Es mal asunto.

—¿No quieres ya enviar aquella carta que decías al Times ni contarle todo en Whitehall?

—No. Eso no les importa. Pero no deberíamos ocultarnos tanto. Creo que si hubiéramos vivido más al descubierto no nos habríamos visto metidos en ese terrible lío.

—Dios mío —dijo Simon—, ya lo sé. Todo fue culpa mía, fui yo...

Habían hablado de aquello muchísimas veces. Con una paciencia melancólica, Axel había hecho pasar a Simon por el círculo de acusación, explicaciones, disculpas, de nuevo acusación... Y cada vez decía Axel un poco más, era algo más concreto, un poco más insistente, intentando aclarar tanto los cargos como las disculpas, tratando de ayudar a Simon a aceptar y comprender todos los horribles detalles de lo que había sucedido.

—No dijo Axel—. Si piensas en la red horriblemente compleja de las causas que produjeron la muerte de Rupert y en lo poco que ninguno de nosotros sabía en un momento dado de toda la situación, acerca de las consecuencias de nuestros actos...

—Pero es que yo obré equivocadamente sabiendo que me equivocaba —dijo Simon—. Los demás, en cambio, se hallaban metidos en un lío. Si no hubiese empezado yo a decirte mentiras, si te lo hubiera contado desde el principio...

—Si lo hubieses hecho, Julius no te habría dicho nada de su pequeño plan en absoluto.

—Pero si te lo hubiera contado entonces, después de lo del Museo...

—Aún podríamos haber decidido no intervenir... casi seguramente nos habríamos mantenido aparte. La única persona con instinto seguro en este asunto fue Tallis. Llevó a Julius directamente al teléfono.

—Sí, Tallis tenía razón. Vio lo horriblemente peligroso que era todo.

—Y nosotros no intervenimos porque estábamos demasiado absorbidos por nosotros mismos. Creimos que los demás se las arreglarían.

—De todos modos, Axel, no puedo evitar la convicción de que soy más culpable que los demás. Dejé que Julius me esclavizara.

—Querido, también yo soy culpable. No tomé a Julius lo bastante en serio como posible enredador. Sin embargo, ya le había visto hacer antes algo parecido. Y tampoco entonces hice nada, sencillamente porque me halagaba ser amigo de él y por ver que, siendo tan peligroso para otras personas, no me complicaba a mí. Lo mismo que ahora, me dejé halagar por Julius y cuando empecé a sospechar, lo único que pude ver fue su relación contigo. Aquel día, cuando dejamos a Rupert en su casa después de haber empujado tú a Julius a la piscina, al decirme tú “Para el coche”, ¡creí que ibas a anunciarme que te ibas con Julius!

—Oh, Axel, Axel...

—Ahora, gracias a Dios, aquello resulta una locura. En cuanto a que me dijeras mentiras. ¿por qué lo hiciste? Porque me tenías miedo. Ese miedo no debía haber existido. No lo justifica el que yo haya podido tenerte un poco a raya porque entre amantes eso no importa. Pero es verdad que siempre me he reservado algo de mí mismo. Tú te has dado cuenta de ello y eso te ha asustado.

—Sí. Lo he sentido —dijo Simon—, pero de eso me culpo a mí mismo. Después de todo, ¿por qué tenías que interesarte por mí? Soy tan poca cosa comparado contigo. Y ya sabes que siempre he odiado ese mundo, aunque pertencí de modo tan absoluto a él... fue muy fácil para Julius hacerme creer que me echarías con cualquier motivo.

—Bueno. En eso debiste tener más redados. Esperanza fe y también valor. Pero si habías tenido esas dudas yo las contrarresté apartándome de ti, manteniendo en reserva alguna parte de mi personalidad, algo que tú nunca viste en absoluto y que podía llevarme intacto a cualquier otro sitio. Fue, en parte, que fallaron los nervios, y, en parte, por orgullo. Quería

sentir que si llegábamos a un final lamentable, quedaba una parte de mi mismo que nunca se comprometió y que no estaba desacreditada ni comprometida. Fue un fracaso del amor. Tú no te reservaste nada, pero yo jugaba sobre seguro. No he merecido tu plena y absoluta confianza.

—Axel, ¿no irás a irte a algún otro sitio?

—No me estés preguntando tantas veces eso, que es ridículo. Sabes muy bien que estamos más estrechamente unidos ahora que nunca lo hemos estado.

—¿De modo que no me abandonarás?

—No, tonto. ¿Y tú, no me dejarás?

—Axel, ¿quieres que te jure que no...?

—Muy bien, muy bien.

—Y tú, Axel, ¿nunca me dejarás?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Lo que puedo decirte es que no pienso separarme de ti, eso es todo. Te quiero, y basta.

—¿No me rechazarás al final?

—¿Cómo puedo saberlo ahora, chiquillo?

—Llevas razón al decirme que debí tener más redaños con Julius.

—Debiste haber sido más valiente, como aquella noche en el restaurante.

—¿Nos llevaremos ya bien, Axel?

—Tenemos una buena oportunidad. El amor mutuo es algo bastante raro en este valle de lágrimas. Pero ya sabes que estas cosas son precarias.

—¿Dejarás de tener esa reserva después de lo que ha pasado, no me excluirás?

—Procuraré no tenerla. Nunca he sido así con ninguna otra persona. Pero el amor es terriblemente difícil, Simon. Se aprende eso cuando van pasando los años.

—A mí me resulta fácil el amor. Nada me es más fácil en el mundo que amarte.

—Querido.

—¡No puedo dejar de alegrarme que no viniese Hilda a vivir con nosotros! Espero que le hayamos insistido lo suficiente.

—Creo que si. Quizá sea mejor para ella no vernos ahora. Todos estamos todavía bajo los efectos de la “explosión”.

—No sé si le convendrá pasar tanto tiempo con Morgan.

—No podemos saber lo que pasa entre esas dos.

—Es casi como si Morgan... se hubiera encargado de ella

—Hilda debe de estar sufriendo terriblemente. Y en el mundo hay muy poca gente a la que pueda uno confiarse. Piensa en lo horrible que habría sido para nosotros si no hubiéramos podido hablar interminablemente el uno con el otro.

—¿No crees, Axel, que hayamos hecho trampa? Quiero decir si no nos habremos refugiado demasiado en nuestro amor en vez de enfrentarnos a lo sucedido sufriendo por ello como hubiéramos debido.

—Desde luego nuestro amor es egoísta. Casi todo amor humano es condenadamente egoísta. Si se tiene algo a que sujetarse, se aferra uno a eso sin cesar. Hemos procurado enfrentarnos a lo ocurrido y padecerlo. Pero refugiarse en el amor es un instinto, y un buen instinto.

—Me siento, maldita sea, responsable y muy culpable. Si por lo menos lo viese todo claramente...

—Eso nunca podrás conseguirlo.

—Si se lo hubiera contado a todo el mundo...

—No empieces de nuevo, cariño. Hoy no. Ahora deberías mirar el mapa...

—Axel, si al menos...

—Calla, Simon. Dijiste que había un pueblo con una iglesia románica.

—Si, ya casi debemos estar allí. ¿Nos detendremos para echar una ojeada?

—Creo que ahí está tu pueblo. Podemos pasar allí la noche, si hay algún pequeño hotel que no esté muy mal. No necesitamos darnos prisa. Cruzaremos los Alpes pasado mañana.

—Eso es verdad, no es preciso que nos apresuremos. Qué luz tan rara y maravillosa. Reluce el sol pero puedo ver una estrella. Mira.

—“La estrella matutina es la estrella vespertina.” Frege.

—Pero Axel, eso no es poesía sino lógica.

Las formas sólidas y grises del pueblo se elevaban por detrás de una colina, la rara luz había transformado la hierba en peludo terciopelo verde. El Hillman Minx azul claro subió muy rápido el monte y entró suavemente en la plaza gris donde el sol poniente creaba sombras por entre el empedrado. Una pequeña *mairie* con un techo brillante de pizarra azulada se enfrentaba a la fachada de la iglesia. La torre de ésta se elevaba en locas líneas irregulares de arcadas y pequeños arcos hasta una fina espira de pizarra azul que hacía juego con los tejados y su gallo del tiempo se había convertido en una confusa lanza de oro. En el tímpano de la entrada un Cristo, muy baqueteado por el tiempo, abría cansadamente sus largos brazos y enormes manos recibiendo, juzgando.

—¡Entremos en seguida! —dijo Simon.

—No. Ya está demasiado oscuro ahí dentro. Mañana la visitaremos.

Simon no insistió. Tenía la impresión de que nunca más discutiría con Axel.

—Aquí está nuestro hotel —dijo Axel.

De modesto aspecto, el “Hotel Restaurant du Commerce” ocupaba una esquina de la plaza. El Hillman Minx se detuvo ante él.

Simon siguió a su amigo, pero se quedó fuera mientras Axel le pedía al patrón una habitación. Simon podía leer en francés, pero apenas hablarlo. Le gustaba que Axel fuese quien supiera esas cosas.

La pequeña entrada al hotel estaba oscura y olía a algo muy apetitoso. Simon vio que había más allá un jardín donde el sol relucía en la hierba cortada y en una parra sujeta en un enrejado formando un pequeño refugio donde había una mesa y dos sillas.

Simon entró por el zaguán y pasó al jardín. El sol estaba aún ardoroso y brillante aunque la estrella de la tarde brillaba ya mucho. En la viña colgaban hermosos y translúcidos racimos y las hojas y zarcillos brillaban con verde palidez extendiéndose, acogedores y quietos, en la tranquila luz del sol. Simon avanzó hacia la parra, inclinó la cabeza bajo el sombrío arco y tocó las cálidas bolas de los racimos.

Salió Axel quitándose la chaqueta y enrollándose las blancas mangas de su camisa. El sol hacia parecer dorado su oscuro cabello.

—Le he pedido al patrón que nos traiga una garrafa de vino aquí mismo. Ahora voy a ver nuestra habitación. Quédate tú aquí.

Simon se sentó a la mesa. El patrón, luciendo sus tirantes verdes, llevó una garrafa y dos vasos.

—Merci.

Simon se sirvió un poco de vino para probarlo. Era excelente. Las dentadas y verdes hojas de parra extendían por encima, y ante él, su inmóvil pauta de manos angélicas. El aire temblaba con calor y difundiendo la luz.

Simon pensó: “Es un instinto, y no un mal instinto, que el amor lo consuele a uno”. Con cautela volvió sobre la pena que le había angustiado tanto tiempo y comprobó que ya la sentía un poco menos, algo menos intensa. Al pensar en Rupert lo hacía ya alejándose a un pasado lejano, a los buenos tiempos que tenían su propia e intocable realidad. Bebió algo más de vino y levantó la cara hacia el deslumbramiento solar entre las hojas y sintió que la juventud lo animaba y le daba nuevas energías. Era joven y saludable, amaba y era amado. Imposible para él, sentado allí a la verdosa luz del sur y esperando a Axel, no sentir en sus venas la ardiente anticipación de una nueva felicidad.

Capítulo 23

—¡Ni siquiera las cajas de fósforos son como antes! Cuando yo era joven, una caja de fósforos era algo especial, tenía personalidad. Ahora son porquerías llamativas o medios para sacarle dinero a los turistas.

—Te he traído una taza de té, papá.

—El mundo está envenenado, muriéndose de hambre al borde de la guerra nuclear y todo cuanto puedes hacer es traerme una taza de té. Y lo has derramado en el platillo.

—Lo siento.

—Tengo un horrible dolor en la cadera, pero a ti te da lo mismo.

—¿Has tomado las tabletas?

—Si. No me sirven de nada. Son sólo placebos, esas medicinas que se le dan al enfermo para ilusionarlo. Probablemente las hacen de azúcar. Ahí tienes el Servicio Sanitario y has de pagar un chelin.

—Déjame arreglarte las almohadas: las tienes revueltas.

—Puedo ponerlas bien yo mismo. En cambio, podrías emplear tu valioso tiempo en limpiar esta habitación. Es asombroso que aún esté vivo con todos los gérmenes que debe de

haber por aquí. La tostada que te tiré la semana pasada está ahí poniéndose rancia debajo del tocador.

—La quitaré.

—No, déjala. Ya me gusta verla ahí. Es agradable ver una cara conocida. Y tú nunca te molestas en venir a verme.

—Perdona, papá, pero tengo que acudir a mis clases y...

—Es de risa que vayas a enseñarle algo a alguien. No sé qué hice para merecerme un hijo tan tonto. Porque supongo que soy tu padre. Otros hombres de tu edad se las arreglan para vivir muy bien. Están bien colocados, tienen buenas casas, y esposas que no se casan con judíos.

—Bébetelo té, papá, y te sentirás mejor. ¿Quieres tomar algo de tarta?

—No, no quiero. Me siento perfectamente, aparte de este infernal dolor. No iré a que me hagan más tratamientos de esos. No me están sentando bien. Me siento peor que cuando empezaron a dármelos.

—Lo que te perjudica es el tiempo húmedo. Pronto te encontrars mejor.

—Y esos tipos del hospital hablan de mi como si yo fuese un animal o un deficiente mental. “Empújalo hacia aquí Joe”, decía uno de ellos la semana pasada. “Empújalo”, dime si éstas son maneras de hablar. ¡Me extraña que no dijeran “eso”! Y todo el tiempo charlan, se rien, e ignoran a los pacientes. Apostaría que todos ellos son maricas.

—Si tan mal te resulta aquello —dijo Tallis—, no vayas más.

—¡Y por qué no he de ir! Por lo menos es una ocasión para salir de esta casa de mierda. Así cambio de estas cuatro malditas paredes, de ti y de tus tazas de té. Y más vale que el Estado del Bienestar de los demonios haga algo por mi, aunque no sea más que tonterías, ya que he venido pagando tanto durante muchos años. Y creer que la gente es lo bastante tonta para estarle encima agradecida después de que el Estado le ha quitado casi cuanto gana para darle alguna atención médica al final, una atención muy superficial, cuando tienen ya un pie y medio en la tumba y no se dan cuenta de que han pagado ya por ese servicio cincuenta

veces lo que vale. La gente tan testaruda merece un Gobierno como éste. Si, se merecen que la traten como es tratada, como borregos.

—Ahora está la gente mucho mejor...

—Ahora que tienen televisiones para convertir todos los horrores del mundo en unas horas de entretenimiento. Todo se estropeó desde el principio. No es mejor ahora ni tampoco peor, sólo más estúpido y más vulgar. Cuanto antes desaparezca todo bombardeado, mejor.

—Papá, debo ir a escribir mi conferencia.

—Ojalá me dieran media corona por cada vez que has pronunciado esas palabras de recurso para alejarte de mi.

—Pero si es cierto...

—¡Bah! Tú y tus conferencias. Eres como una solterona con su labor de crochet. Excepto que por lo menos ese trabajo sirve para algo.

—¡Puedo hacer algo por ti?

—No, sólo dejarme tranquilo. Aunque si, puedes quitarme del suelo algunos periódicos. No, éstos no. Aquéllos. Llevan ahí semanas. Ten cuidado porque hay alguna porquería dentro de uno de ellos. Dios sabe lo que será, pues se diría que la mitad de los perros de Notting Hill estuvieran haciendo aquí sus necesidades.

—No te has bebido el té.

—Tu mal olor estropea su sabor. Además, está frío. No, no te necesito ya más. Y puedes decirle a esos malditos que apaguen esa porquería de transistor.

—Ya les diré que lo cierren.

—“Ya les diré que lo cierren.” Hablas como una cursilita debutante. A veces creo que eres una chica disfrazada. Les tienes miedo a esos negros o lo que sean, miedo a decirles algo desagradable y herir sus preciosos sentimientos, y no son más que una partida de maleantes.

—Muy bien, papá. Haré que...

—Qué costumbre más sucia llevar un turbante todo el tiempo. No me sorprendería que también lo llevaran en la cama y no creo que se hayan lavado el pelo desde hace años. A este paso tendremos piojos en la casa. Aunque también es verdad que tú mismo no te has lavado el cabello desde hace años. Bueno, bueno, vete ya.

Tallis se retiró, pero antes de cerrar la puerta vio que su padre se sentaba muy derecho en la cama con una vieja chaqueta de tweed y una camisa azul sucia y arrugada. Los ojos de Leonard brillaban con su vitalidad ofendida. Su rostro se hacia ya más tirante, más pálido y transparente. Su piel estaba más suave y amarillenta y la nariz más afilada. Su pelada cabeza plateada era ya más lisa y menos poblada.

Tallis bajó las escaleras y llamó. Le pidió al sikh que pusiera más bajo el transistor, pero éste lo apagó del todo. Preguntó amablemente por Leonard. Tallis, a su vez, se interesó por la disputa que había habido en la cochera de los autobuses acerca del turbante. Aquello parecía haberse solucionado. La gente de allí se había acostumbrado a aquel trabajador de tan raro aspecto. El sikh se hallaba ya bien con sus compañeros, pues a todos ellos les interesaba sabotear el plan de colocar mujeres conductoras. Le ofreció té a Tallis pero él lo rechazó. Miró con simpatía a los amables ojos oscuros, tan amables, de aquel hombre de tan lejos. Había oído la historia de la vida del sikh, que no era, por cierto, una vida feliz.

Tallis fue a la cocina y cerró la puerta. Había una mortecina luz de anochecer y empezaba a llover. Arrojó el viejo periódico que llevaba debajo del fregadero, donde de nuevo se habían amontonado varias botellas de leche. Cerró la ventana. Muchas hojas secas se habían metido dentro y daban vueltas por encima del desagüe. Pensó por el momento en el sikh y en los paquistanies que vivían arriba y se habían instalado allí con la esperanza, sin duda, pues quién puede evitarle al corazón humano que espere, llegados de sus revueltas tierras a aquel ambiente extranjero de pobreza, tensión racial y delincuencia menor.

Aún estaban sobre la mesa los restos de alubias del almuerzo de Tallis. Raspó el caldo que aún quedaba en los platos con un periódico y puso el plato en el fregadero. La tubería llevaba atascada varios días y estaba llena de un agua grasienta y oscura. Quizá las hojas secas la hubiesen atascado o quizá la grasa caliente que había echado por allí el otro día. Ahora lavaba algunas veces en el fregadero y luego tiraba el agua sucia por la ventana.

Aún no se había atrevido a decirle aquello a su padre. ¿Lo sabía ya Leonard?; ¿habría adivinado y era una comedia lo que hablaban entre ellos, una comedia que continuaría hasta

el final? “Pronto te sentirás mejor, papá querido.” “En cuanto venga el buen tiempo te pondrás mejor.” Tallis no podía creer que su padre hubiera comprendido por sí mismo cuál era su mal. Y seguía pensando en decírselo para que no dejase de tener la última libertad de saber lo que hacía. Pero, ¿cuándo y cómo decírselo? ¿Iria a verlo ahora?, subiría las escaleras, abriría la puerta e interrumpiría la sarcástica bienvenida de Leonard. “Hay algo que debo decirte. Estás más enfermo de lo que crees.” ¿Qué tono, de todos los tonos posibles de cuantos utilizaban, convendría para este tema? La viveza de Leonard, su manera de hacerse ya la víctima por otras muchas cosas de mucha menor importancia, animaban a decírselo. Era muy capaz de convertir en algo irreal lo que le esperaba, tendiendo un velo sobre ello desde el pasado. Los seres humanos no pueden vivir sin la costumbre. Leonard siempre había sido así. ¿Cómo podía dejar de serlo, cómo se le podía terminar al oír la dramática noticia, aquella temible y característica vitalidad?

“Debo decírselo —pensó Tallis—. Mañana se lo diré.” Se sentó ante la mesa e hizo el acostumbrado gesto de extender sus libros. La clase en el Greenford le era hostil. Allí parecían disfrutar fastidiándole, pero quizá fuese todo ello imaginación suya. Se quedó mirando hacia adelante. En el aparador estaban los bonitos platillos y tazas que Julius había colocado allí, las tazas colgando de ganchos, los platillos derechos sobre el estante. Viéndolos allí tan limpios y bien dispuestos recordaba antiguas y tranquilas cosas casi más allá del alcance de su memoria, su más remota infancia, un mundo ordenado, su madre. Cerca de las tazas, de otro gancho, colgaba el collar de ámbar que Tallis había vuelto a reparar. Aún no había tenido tiempo de quitar los cacharros ya inutilizables. Mientras buscaba el abrelatas, hizo caer varios de aquéllos al suelo.

En el aire se notaban muchos ruidos apagados. Tallis estaba acostumbrado a ellos. El interminable rumor de los autos hacía vibrar la habitación y tintinear los bonitos platos y tazas. Había metálicos sonidos de roces y sacudidas y chirridos, ruiditos que hacían rechinar los dientes, el alboroto en tono menor en el que vivía él intermitentemente desde hacía tanto tiempo. Alguna vez había temido que aquello fuese empeorando hasta que llegó a horrorizarle. Pero ya se había acostumbrado a considerarlo sólo como un fastidio, como un acompañamiento mecánico de su conciencia. E incluso cuando distinguía con claridad algún horripilante bichito arrastrándose, sentía más compasión que asco. A otras presencias las temía. Así, la ambigua de su hermana. Sus visitas le perturbaban con un sentido de extraña realidad, algo peligrosa, que cada vez le rozaba más. Quizás algún día caería algún fino tabique que parecía protegerle de esa presencia. Había entrado en su dormitorio y tuvo la

impresión de que su hermana se hallaba tendida en la cama de él. Pero aquello debió de ser un sueño.

En cuanto a lo demás, parecía que ya nada le quedaba. Nada de experiencias ni certidumbre alguna. ¿Pero había tenido alguna vez certidumbres? Había habido experiencias. Recordaba algo, como una especie de luz, nada que tuviese forma. Quizás eso hubiera sido también un ensueño. Ya que nunca se arrodillaba, y ese acto de adoración al más allá que se le hacía imposible, hubiera parecido obsceno. Quizá, después de todo, siempre hubiera sido un sucio rito sexual. Cualquier clase de plegaria sería ahora una superstición. Pero a veces agarraba cosas —bordes de mesas, lados de puertas, libros, mangos de baquelita de cuchillos— los apretaba con fuerza, no como si fuera a realizar un acto él mismo, sino para inmovilizarse unos momentos si eso era posible, quizá porque alguien estuviese tirando de él, o quizá le hubiese afectado.

Entretanto, los días de Tallis transcurrían muy como de costumbre. Clases, la preparación para las clases, comités, consecuencias de los comités, escribir manifiestos, recogerlos del impresor, meterlos en sobres, visitar a clérigos, ver a los agentes de vigilancia de los delincuentes juveniles, hablar con personas angustiadas. Pensaba mucho en Rupert. La imagen de éste tendido flotando en la piscina le acudía involuntariamente, como si lo estuviera viendo, y se le aparecía en sueños periódicamente. No creía que Rupert se hubiera suicidado. Pero eso no era un consuelo. El accidente fue el resultado de las circunstancias. Tallis no intentaba desentrañar éstas ni especulaba sobre la culpabilidad de una persona determinada, ni siquiera de la suya propia. Le apenaba algo que, en su desastrosa mezcla de fracaso humano, lio y pura casualidad, se parecía tanto a lo que podía haber sido. “Todo empezó mal desde el principio”, se decía a sí mismo. Mas no eran ésas sus palabras ni ése su pensamiento, y lo apartaba de sí como a una tentación. Luego trataba de recordar a Rupert y despejar su memoria para sentir el dolor sin pensar.

Encima de la mesa estaba una carta de Hilda que había llegado en el correo de la mañana. Hilda y Morgan se hallaban en Norteamérica. Morgan se había colocado como profesora universitaria en la Costa occidental. Habían comprado una casa moderna y bonita con eucalipto y una vista de lo que Hilda llamaba el océano. Hilda escribía con regularidad. Enviaba noticias de Peter. A éste lo detuvieron en una redada de rateros de tiendas. Le habían dejado en libertad provisional y le iban a someter a tratamiento psicológico. Por lo pronto Hilda se lo había llevado con ella y ahora le hacían un prolongado psicoanálisis en California.

El comienzo fue prometedor. Vivía con su analista. Más adelante, Hilda envió fotografías en color de la casa donde ellas vivían. De lo que se abarcaba desde una ventana. Del patio con mosaicos de estilo español. Del Chevrolet en el puerto. Eran cartas “charlatanas”, citando sólo a Morgan de modo casual, como si fuese una querida amiga con la que siempre hubiese ella vivido y a la que diera por persona muy conocida para los demás.

Morgan nunca escribía. Y Tallis, en sus cartas también muy vivas, nunca se refería a ella. Le contaba a Hilda anécdotas de sus clases, pequeños dramas de la casa y de la calle, rumores políticos... Y no dejaba de describir el estado del tiempo. Lo que Tallis no comprendía era por qué le escribía Hilda en ese mismo tono. Probablemente por piedad. Pensaba en Morgan, pero más bien vagamente, con imágenes inconexas del pasado. Evocaba con frecuencia sus ojos, mirándole relucientes con afectuosa exasperación a través de aquellas gafas con montura de acero. Recordaba la casa donde habían vivido en Putney e incluso la visitó una tarde en la cual tuvo que hacer por aquella parte de Londres. Parecía estar llena de chinos. Fue como si viera de nuevo lo horriblemente desarreglada que había estado, pero con una cómoda clase de desorden, muy distinto al revoltijo que era su casa actual. Recordaba una gatita que los había adoptado por un poco de tiempo. Morgan la llamaba “Mackintosh” por uno de sus primeros enamorados. Y era que nunca llegaron a descubrir el sexo de aquel animal. La inquieta y nerviosa ternura que había impregnado a su matrimonio, le volvía a Tallis en momentáneas y claras visiones y en nebulosos jirones de atmósfera. Recordaba cómo, entre bromas y veras, le daba importancia Morgan al anillo de boda y la tímida emoción que sintió él cuando lo sacó ella. Nunca le había comprado un anillo de compromiso. En realidad nunca habían sido novios. De pronto se encontraron casados. A Hilda le fastidiaba que no hubiera llegado a anunciarse ese compromiso. No olvidaba Tallis la tremenda inquietud de la noche de bodas, la extraordinaria ternura de Morgan, las cosas que decía ella, siempre las mismas, como en una liturgia, para animarle, y lo raro que le resultó a él todo aquello. Nunca habían llegado a acostumbrarse el uno al otro. Ahora se preguntaba si llegaría a ver a Morgan otra vez. Sencillamente, dejaba que siguiera ocupando su corazón.

“Si —pensaba Tallis—, mañana se lo diré. Mañana, Dios mío, mañana; hoy no.” Hacía frío en la cocina. Encendió el horno de gas y abrió la puerta de éste. Encontró su pluma y pasó unas hojas de su libro de notas. ¿Sufriría más Leonard si interrumpiese el tratamiento? Los médicos eran tan evasivos en cuanto a eso. Quizás estuvieran sólo experimentando. ¿Cómo

era aquel dolor, llegaría a ser terrible e insoportable antes del fin? “Debo decirselo mañana — pensaba Tallis—. Ha de saber lo que le ocurre. Debo explicárselo todo sin dejar de mirarle mientras se lo digo.” “Dios, mi padre ha llevado una vida tan horrible —pensó—, y ya está casi al final.” Y también se dijo: “¿Cómo podré soportar la muerte de mi querido padre, cómo podré sobrevivir a su desaparición?”. Brotaban lágrimas de sus ojos y empapaban los pelillos de su mal afeitada barba. Guiñando los ojos se inclinó hacia adelante y empezó a escribir: No fue hasta 1680 cuando la Ley que regulaba el trabajo en las minas de carbón ordenó que los niños menores de doce años no pudiesen trabajar en las minas. Antes de esa fecha...

Capítulo 24

El espléndido sol de otoño le sentaba bien a Paris. El Sena estaba esmaltado en azul y plata, bajo un cielo lapislázuli y verdes hojas de castaño, con bordes dorados, yacían inmóviles, como brillantes abanicos desechados, sobre los cálidos senderos de piedra en los jardines de las Tullerías.

Julius cruzaba el puente de hierro. Se detuvo un poco para mirar hacia “Notre Dame” y sentir el oscuro placer de muchos superpuestos e implícitos recuerdos de sus muchas visitas anteriores a Paris, todas ellas felices. Eran recuerdos nebulosos, dulzones, que convertían al tranquilo y brillante paisaje en otro interior de mucha mayor viveza.

Había pasado la mayor parte de la mañana en el Louvre. “Puede no ser la pintura la más importante de las artes —pensó—, pero quizá sea la que proporciona un placer más puro y más intenso. Por lo menos, a mi, sí. Me atrae mucho la música, pero el placer que me causa lo revuelve siempre un poco la emoción. En cambio, el que debo a la pintura es, como ha de ser todo placer, absolutamente frío.” Después de salir del Louvre había sacado una entrada para la ópera. La *Incoronazione di Poppea*, obra que le gustaba mucho, pero que sólo había visto representar una vez. Le apetecía mucho tener una segunda experiencia de ella. Decían que el reparto era muy bueno, con una soprano canadiense que él estimaba mucho. Después anduvo por la Rue de Rivoli y, dejándose llevar por un impulso, compró unas camisetas color malva. Julius solía vestir sobriamente casi de modo clerical. ¿Se estaría apoderando de él el tono de la época? Antes se ajustaba el cuello y la corbata. Vestía un traje gris oscuro de buen estambre

con rayitas casi invisibles, camisa blanca y corbata negra con rosetas rojas. Tenía un fino bastón negro con mango de plata y, aunque le parecía un poco ostentoso, lo llevaba siempre que se hallaba especialmente desocupado.

Se alojaba en el “Crillon”, pero desde luego no comía allí. Le gustaba mucho explorar pequeños restaurantes, bares chiquitos, sitios donde los burgueses insignificantes consumían en silencio los mejores alimentos del mundo. Cruzó el puente aspirando los cálidos y frescos olores y sus pasos eran tan ágiles que casi flotaba en el aire. Se encontraba tan bien él solo, que no le parecía estar relacionado con los demás seres humanos. Siempre le iba mal a sus nervios implicarse con los otros. Tenía amigos en el departamento de biología de la Sorbona, pero no le atraía telefonarles. Le hacía feliz, por lo pronto, estar solo en París como intruso, incluso como turista. Se detuvo en el *quai*, esperando para cruzar mientras veía pasar muy rápidos los automóviles. Sin duda, el tráfico había empeorado mucho. Sin embargo, quizá se hubiera equivocado al decir que no podría vivir en París. Incluso miraría algunos pisos mientras estuviese allí. Así se entretendría.

Pasó bajo la arcada del Institut y subió por la Rue Mazarin. Empezaba a pensar que un tranquilo aperitivo y luego una de aquellas comidas tan “serias” serían lo que le haría falta para completar una mañana tan satisfactoria. Notaba que su digestión mejoraba siempre que se las arreglaba él solo. Volvió a la derecha, por calles que conocía él bien, y llegó a la esquina de la Rue Jacob. Alguien le había hablado de un restaurante que había allí. “Sí, sí, fue Rupert. ¿Cómo se llamaba? A la Ville de Tours.” Julius anduvo un poco más y vio el letrero. Parecía un sitio prometedor. Muy oscuro por dentro, con manteles rojiblancos cubiertos con hojas de papel blanco, paredes pintadas de rojo y desconchadas, un gato gordo y una aspidistra. Probablemente la comida sería allí excelente. Haría que le reservaran una mesa y se iría a la Place Saint-Germain para tomar reposadamente un aperitivo. Empezó a examinar el menú. Luego, el sol le calentó la espalda. La vida estaba bien.